

# **Vida A Través De Su Nombre**

**Una Exposición del Evangelio de Juan**

**Por**

**Charles H. Welch**

**Traducción: Juan Luis Molina**

**Retirado de [bibleunderstanding.com](http://bibleunderstanding.com)**

THE BEREAN PUBLISHING TRUST 52A WILSON STREET LONDON

EC2A 2ER ISBN 0 85156 172 1

## COMENTARIO

No podemos dejar de sentirnos conmovidos verificando un acto repetido, y es que, el monumental volumen escrito sobre Romanos, *El Justo y el Justificador*, conllevó en su dedicatoria un muy tierno agradecimiento a *los cuarenta años de diligente servicio por parte del Sr. F.P. Brininger para con todos cuantos son como los de Berea*; y a seguir, con el lanzamiento de este nuevo volumen – *Vida a través de Su Nombre*, el Sr. Albert Gallimore de Birmingham, ha sido también con mucha gratitud recordado en sus mismos cuarenta años de cooperación *con el mismo empeño* en la compañía del Sr. Charles H. Welch. El paralelo se asemeja, querido lector, en que a ninguno de estos dos pioneros, ni a uno ni a otro, le fue permitido ver impresa la obra en la cual sirvieron ambos de mucho provecho al Sr. Welch, no llegaron a ver en vida el respectivo volumen en el cual había cada uno contribuido a su edición e impresión.

El primero, el Volumen *el Justo y el Justificador*, a través de su exposición en la epístola a los Romanos, nos desveló gran parte de la gracia manifiesta en el *Evangelio de Dios concerniente a Su Hijo*. Y ahora, a su vez, esta nueva exposición, *Vida a través de Su Nombre*, nos introduce en el registro del testimonio del propio Dios, diciéndonos: *En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres*

Muchos se han regocijado comprobando que, en cuanto la *Palabra de Verdad* correctamente dividida, no haya sido dejada desprotegida parte alguna en la armadura provista por Dios para todos cuantos le haya a Él placido escoger *como...soldados*. El regocijo en la comunión con el Sr. Welch del Sr. Gallimore durante más de cuarenta años es un acto de gracia y una responsabilidad no pequeña que deben tenerse en debida cuenta y consideración; sin embargo, si mi dedo índice tuviera que señalar un probado, examinado y aprobado camino trillado por estos dos siervos de Dios para con los pasos de los santos, entonces, mis palabras de dedicación serían: este volumen es algo de lo cual bien podrán *estar confiados como obreros que no serán avergonzados delante de Él*.

Este, por tanto, es mi breve comentario hacia este nuevo libro, y así quiera Dios que por dicha labor reciba Él la debida alabanza debida a Su Nombre.

J.H

Livingston Road,  
Birmingham

## OBSERVACIONES EXPLICATIVAS

**Septuaginta (LXX).** – Esta es la versión griega de las Escrituras hebreas, la más antigua hecha de todas cuantas se hicieron posteriormente en cualquier idioma, y se inició cerca de 280 años antes de Cristo.

**El Talmud.** – Es la tradición oral de los ancianos de Israel puesta por escrito. Se divide en dos partes, El TEXTO o el *MISHNA*, y el COMENTARIO, o el *GEMARA*. El *Mishna* está en hebreo, el *Gemara* en arameo. Si bien contenga dentro mucha exageración, no deja de ser, no obstante, un almacén de información con respecto al Judaísmo y sus posteriores desarrollos.

**Dr. John Lightfoot.** – Nacido en 1602. Sus investigaciones en el Talmud se registran en catorce volúmenes que llevan por título “Las Obras de Lightfoot” y a menudo iluminan pasajes que, a simple vista, serían oscuros para los occidentales. Debe distinguirse del Obispo Lightfoot nacido en 1828 y que falleció en 1889.

**La estructura.** - Uno de los principales valores de la estructura de cualquier porción de Escritura es que nos muestre a la vista el alcance del pasaje, así como también los pasos que se van dando en el argumento. Las estructuras no son algo de invención humana, sino sencilla y simplemente van descubriéndose su inspiración divina a medida que leemos.

**Figuras literarias.** – Cuando presentan alguna dificultad, se puede obtener ayuda consultando *La Companion Bible*, Apéndice 6.

**Gnosticismo.**- Un sistema de filosofía profesamente cristiana con el fin de resolver cuestiones tales como *el origen del mal*. Una gran parte de lo escrito por Juan concerniente a la persona de Cristo se debate en el incipiente *Gnosticismo* de su época.

**Griego y Hebreo.** – Las palabras de estos idiomas se transliteran al castellano, y se imprimen en tipo *itálico*. No haremos ningún intento por distinguir entre la “o” larga y corta, ni la “e” larga y corta del griego, ni tampoco daremos la fonética exacta pronunciada del hebreo.

**El Texto Recibido (Textus Receptus).** – Este es el Nuevo Testamento Griego del cual se hizo la Versión Autorizada inglesa. Los comentarios en esta obra sobre el evangelio de Juan se hacen teniendo en cuenta esta versión del griego, y donde haya variaciones del Texto Griego Nestlé, y/o cualquier otro texto crítico “en el Texto Recibido”, se imprime entre paréntesis la palabra o palabras en cuestión.

# CONTENIDOS

<b>COMENTARIO</b>	<b>Página 2</b>
<b>NOTAS EXPLICATIVAS</b>	<b>3</b>
<b>1 INTRODUCCIÓN</b>	<b>6</b>
Una Cuestión del punto de vista – La evidencial histórica y el Alcance – El Logos – El Logos en la Filosofía y en la Revelación – La estructura del Evangelio, la llave de las Ocho Señales	
<b>2 EL PRÓLOGO</b>	<b>19</b>
En el principio era la Palabra – La Palabra estaba “con” Dios – La Palabra era Dios – La Vida era la luz de los hombres – Revelación, su recibimiento o repudio – La Palabra hecha carne – Plenitud y verdadera gracia en contraste con el tipo y la sombra – El Invisible y el Unigénito.	
<b>3 EL TESTIMONIO Y LA PRIMERA SEÑAL</b>	<b>51</b>
Juan el Bautista – Andrés, Felipe y Natanael – La boda de Caná (1ª señal).	
<b>4 EL TESTIMONIO EN JERUSALÉN, JUDEA Y SAMARIA</b>	<b>66</b>
Jerusalén: El Templo purificado – El nuevo nacimiento – El Hijo del Hombre que está en el cielo – La Vida Eonian – Judea: La Novia y el Novio – Samaria: “Debo irme” – “La hora viene”.	
<b>5 LA SEGUNDA Y TERCERA SEÑAL</b>	<b>107</b>
El hijo del noble – El hombre paralítico – El Sabbath y el Sabatismo – La relación del Hijo – La igualdad del Padre y el Hijo – La vivificación o resurrección de la muerte.	
<b>6 EL VÍNCULO ENTRE LA TERCERA Y CUARTA SEÑAL</b>	<b>132</b>
La igualdad del Hijo con el Padre – El testimonio del Señor, y el Bautismo – El más grande testimonio – El testimonio de las Escrituras.	
<b>7 LA CUARTA Y LA QUINTA SEÑAL</b>	<b>148</b>
La alimentación de los cinco mil – Andando sobre el agua – El vínculo entre la quinta y sexta señal: La obra de Dios – El tipo y el ante-tipo del maná.	
<b>8 LA ENSEÑANZA ASOCIADA CON LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS</b>	<b>162</b>
Estructura y observaciones introductorias – La actitud de los Judíos hacia la enseñanza del Señor – El gran día de la fiesta – La estructura de Juan 8:2-59 – Luz sobre un pasaje difícil – “Antes que Abraham fuese, Yo soy”.	
<b>9 LA SEXTA SEÑAL</b>	<b>191</b>
El hombre nacido ciego – El vínculo entre la sexta y la séptima señal – El Buen Pastor – Las otras ovejas – “Yo y Mi Padre Uno Somos”.	
<b>10 LA SÉPTIMA SEÑAL</b>	<b>209</b>
La resurrección de Lázaro – La resurrección y la vida – Aspectos conclusivos.	

## **11 EL VÍNCULO ENTRE LA SÉPTIMA Y LA OCTAVA SEÑAL 220**

“La unción en Betania” – La entrada triunfal en Jerusalén – La llegada de los Griegos – El príncipe de este mundo – Un aviso y un resumen.

## **12 EL TESTIMONIO DEL SEÑOR DE “SÍ PROPIO” 238**

Una previsión y una aproximación – El propósito específico de la promesa del Señor – El Apóstol y Sumo Sacerdote – El significado espiritual del lavamiento – El pacto del pan. El significado esencial de Gloria (Antiguo y Nuevo Testamento) – La ida del Señor – El nuevo mandamiento.

## **13 LA ESTRUCTURA DE JUAN 13:31 A 14:31 270**

Las muchas moradas – El lugar preparado – dónde, cuándo, cómo – Breve consideración de los capítulos 15 y 16 – La Vid y los pámpanos – El triple testimonio del Espíritu Santo.

## **14 “QUITA TU CALZADO DE TUS PIES” 294**

La estructura del capítulo 17 – el don y el propósito de la vida eterna - el Nombre manifestado – La oración por unidad – El poder protector del “Nombre” – Guardados del mal en el Nombre – La santificación que es “en verdad” – Hechos perfectos en unidad . La consumación.

## **15 MUERTE, SEPULTURA, RESURRECCIÓN 333**

El interrogatorio delante de Pilato – El problema del tiempo concerniente a la Pascua – La crucifixión – La sepultura – La resurrección – La octava señal, el testimonio final.

-----

# VIDA A TRAVÉS DE SU NOMBRE

## CAPÍTULO 1

### INTRODUCCIÓN

#### Una cuestión del punto de vista

Si bien sea cierto que “todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales” estén “por encima de todo”, es esencial que recordemos continuamente las bases sobre las cuales reposan todas las bendiciones, esto es, sobre la obra acabada del Hijo de Dios que Él cumplió en la plenitud del tiempo sobre la tierra. Las epístolas del nuevo Testamento abundan en referencias a la obra finalizada, pero es esencial que los registros inspirados, a los cuales denominamos los Evangelios, sean también leídos, estudiados y comprendidos, si queremos que dicha obra venga a ser una realidad para nuestras vidas. Hay tres cosas que tenemos que tener en cuenta cuando consideramos los Evangelios y el propósito que conllevan.

(1) Los hechos históricos sobre los cuales se basan sus registros. El nacimiento, muerte, resurrección y ascensión del Señor son fundamentales para asimilar la verdad práctica y doctrinal.

- “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, y vuestra fe también ha sido en vano” (1ª Cor.15:14),

(2) Si bien los Evangelios están, en un cierto sentido, completos en sí mismos, el Señor avisó a Sus discípulos que habría posteriormente más cosas que se les revelarían cuando el Espíritu de Verdad viniera.

- “Muchas cosas tengo que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16:12)

(3) Hay un propósito Divino en el hecho de que la vida terrenal de nuestro Señor se registre desde *cuatro diferentes puntos de vista* o distintos ángulos. Aquel Único que pudo haber inspirado un completo registro de dicha vida y ministerio no lo hizo por sí, sino que se complació en inspirar a cuatro distintos escritores a escribir de manera individual y selectiva desde *cuatro diferentes puntos de vista*.

MATEO – El punto de vista de este escritor es el del Reino, y sus lectores son tanto Judíos como creyentes prosélitos del Judaísmo (prosélitos). Comienza con Abraham.

MARCOS – Este Evangelio sigue las líneas trazadas por Mateo, pero es más corto y pasa por alto omitiendo algunos temas carentes de apelativo o interés para los Gentiles prosélitos, para los cuales fue primariamente dirigido.

LUCAS – Lucas escribe para los Gentiles evangelizados por Pablo. Regresa por tanto más atrás en el tiempo, hasta Adán.

JUAN – El punto de vista de Juan tiene todavía que ser descubierto. Todo cuanto podremos decir en este momento es que, en 20:31, el apóstol indica con toda claridad que el gran objetivo que tiene en mente escribiendo su registro es *el ministerio de Cristo*.

Cada y todo maestro, tanto si es inspirado como si no lo es, si es que desea lograr tener éxito en su labor de enseñar, debe establecer contacto en los puntos concordantes con sus oidores, y a seguir entonces, iniciando su enseñanza desde lo que sea conocido y acepte por sus oidores, vaya desarrollando del tema lo desconocido. Mateo, por ejemplo, va pasando por un fundamento que ya de antemano debía resultar muy familiar a sus oidores, trazando la genealogía de nuestro Señor desde Abraham. Cada uno de los nombres en los primeros dieciséis versículos de Mateo debían ser bien conocidos para muchos de sus lectores como siendo los distintivos comunes de las familias. Abraham fue el antepasado común de todos ellos, y Judá el padre de la tribu concerniente en particular. Una vez que establece contacto con sus lectores, Mateo entonces da un paso más en frente para probar que el Hijo nacido de María era el Heredero al trono de David, y al mismo tiempo un Hijo de virgen y Emmanuel, “Dios con nosotros”.

Juan comienza su Evangelio con las palabras.

- “En el principio era *la Palabra*, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios”.

Debemos suponer que, en este caso, también el escritor se basa sobre un fundamento bien conocido y común con sus lectores. Por muy extraño que este lenguaje pueda parecernos a nuestros oídos, demostraremos que la necesidad para el *logos* surgió en la procura de la razón tanto de la filosofía griega como de la alejandrina al tiempo del escrito de Juan, y que la ciudad de Éfeso, de la cual provino el Evangelio, era un lugar donde las filosofías del oriente y occidente se mezclaban y donde estas ideas filosóficas estaban al tiempo en moda y “en vigor”. Más adelante haremos más sólida esta declaración cuando tratemos la importancia que el *logos* mantiene en la antigua filosofía, pero de momento tenemos que seguir adelante.

Está muy claro y es muy evidente que Juan escribió para lectores no Judíos, pues, es obvio que ningún Judío precisaría que le explicasen que, la “Pascua”, era una fiesta de los Judíos, o que “Raboní” significa Mi Maestro. En estos puntos siguientes se ve bien clara la evidencia que no sería los Judíos sus primeros visados:

- La esfera del ministerio de Juan es *el mundo*.
- El hecho de que explique las costumbres Judías.
- *El repudio del Señor por parte de Su propio pueblo* se haya al inicio del Evangelio.
- No se hace mención alguna a la Última Cena, la conmemoración del *Nuevo Pacto*.
- Se enfatiza la *ascensión*.
- La “Palabra” en Juan 1:1 es paralela con la “Imagen” en Colosenses 1:15.
- La oración de Juan 17 se dirige, entre otras cosas, para que “el mundo” pueda conocer.
- Los Milagros no se nombran como tales, sino que se mencionan como siendo “señales”.

Aquellos lectores que no estén familiarizados con los argumentos Escriturales asociados con el sumario anterior se les recomienda que consideren lo que publicamos en el Vol.20 del *Expositor de Berea*. La cuestión del *punto de vista* particular es de suma importancia en el estudio de cualquier porción de las Escrituras. Las “señales” especiales registradas en el Evangelio de Juan, las cuales se asocian de manera tan íntima por el escritor a su mensaje (20:31), son ocho. Aquí damos la estructura:

### **Las Ocho Señales**

A 2:1-11 LA BODA EN CANÁ. Al tercer día. Sin vino. La Gloria manifiesta.

B 4:46-54 EL HIJO DEL NOBLE. Después de dos días. A punto de morir.

C 5:1-15 EL PARALÍTICO. El estanque de Bethesda. Treinta y ocho años.

Sabbath. El pecado.

D 6:1-14 ALIMENTANDO A CINCO MIL. Muchos se vuelven atrás.

(6:66).

D 6:15-21 ANDANDO SOBRE LAS AGUAS. Muchos creyeron (7:31)

C 9:1.14 EL HOMBRE NACIDO CIEGO. El estanque de Siloé.

Desde el nacimiento. Sabbath.

El pecado.

B 11:1-44 LAS HERMANAS DEL HERMANO. Dos días. Lázaro muerto.

A 21:1-14 LA CAPTURA DE PECES. La tercera vez. Sin carne. El Señor

Magnificado.

Posteriormente daremos evidencias de que Juan escribió su Evangelio desde Éfeso y después que Pablo finalizase su carrera. No creemos que Juan enseñe la verdad del Misterio, o que él fuese un miembro del Cuerpo Único, sin embargo, sabía bien que la revelación del Gran Misterio había sido desvelada a través de Pablo, y en su Evangelio, registra aspectos de la Persona y obra de Cristo que no se les permitió a los demás escritores evangelistas revelar.

El siguiente diagrama podrá ayudar al lector visualizando la relación del Evangelio de Juan hacia las epístolas de Pablo:

### **La Evidencia Histórica y el Alcance**

Puede ser que el lector no esté familiarizado ni conozca nada acerca de lo que se denomina el “Alto Criticismo”; pues las Escrituras ya nos bastan por sí y nos hablan de muy clara manera avivando el entendimiento sin que sean precisas pruebas exteriores. Sin embargo, no debemos olvidarnos que la incapacidad de responder cumplidamente al *criticismo*, o fracasar a la hora de poner delante la evidencia, puede significar que, en algún importante momento, nuestro testimonio venga a ser menospreciado y que algún amigo o conocido se quede confuso sin llegar a discernir.

El Evangelio de Juan ha sido mucho más severamente criticado que los otros tres, y muchas veces fue puesta en causa su autenticidad. No tenemos intención ahora a este respecto de llenar nuestras páginas con nombres antiguos o con muchos extractos de la antigüedad. Tan solo daremos unas pocas referencias. Clemente de Alejandría, que vivió entre los años 150 a 215 después de Cristo, escribe:

- “S. Juan, el último (de los evangelistas), viendo que los hechos ocurridos ya habían sido mostrados en los (ya existentes) Evangelios, incitado por sus amigos (y) divinamente movido por el Espíritu, puso por escrito un Evangelio espiritual”

Uno de los más tempranos y más importante testigo en esta conexión es Ireneo (nacido el año 98 de nuestra era), quien conoció y fue convertido por Policarpo, un discípulo de Juan. Ireneo adscribe sin duda alguna el cuarto evangelio a Juan, y habla de esta creencia como siendo de universal aceptación en su día.

Victorino de Pettau escribió concerniente a Juan y su Evangelio:

- “Cuando Valentus y Cerinthius y Ebion y otros de la escuela de Satán fueron esparciéndose a través del mundo, todos los obispos de las provincias vecinas se



reunieron con él (con Juan) para obligarle a poner su propio testimonio por escrito” (*Migne Patrol* v.333).

En conexión con esta citación es interesante observar que Cerinthius enseñaba que Cristo era meramente un hombre, y nada más que un hombre, y que era el hijo tanto de José como de María – una doctrina que se refuta radicalmente al comienzo mismo del Evangelio de Juan. Ireneo también dejó por escrito que, Juan, “quiso, por la publicación de su Evangelio, erradicar el error que Cerinthius había diseminado entre los hombres”. Y nos dice, además, que Juan permaneció en Éfeso hasta la época del emperador Trajano.

No nos proponemos perseguir este tema por más tiempo. Los lectores que se preocupen con las pruebas evidentes de la autenticidad del Evangelio de Juan y que quieran apreciar la histórica evidencia, ya deben tener consigo los medios suficientes para seguir sus estudios sin nuestra ayuda, y aquellos que no tengan esa necesidad, no han de ver provecho alguno en que sigamos multiplicando aquí las pruebas.

Ahora iremos al libro en sí en relación a los demás Evangelios, y observaremos en primer lugar las cosas y asuntos que son comunes al Evangelio de Juan y a los tres restantes Sinópticos.

- La obra del “Precursor”, Juan el Bautista.
- La última cena, pero sin referencia a la institución del memorial de la fiesta.
- El ungimiento en Betania.
- El milagro de la alimentación de los 5.000.
- El milagro andando sobre el mar.
- La crucifixión.
- La resurrección.

La palabra “sinóptico” ha sido empleada en la observación anterior, y bien puede suceder que algunos lectores no tengan claro su actual significado. La palabra significa “observación conjunta”, “tener un punto de vista en común”; y es este punto de vista común que unifica los otros tres Evangelios. Juan, si bien registra algunos de estos comunes acontecimientos en la vida, muerte y ministerio del mismo Señor, mantiene no en tanto un punto de vista enteramente propio y particular. Este diferente punto de vista no se manifiesta tan solo en el versículo inicial (*En el principio era la Palabra*) sino a través de todo el Evangelio. Debemos por tanto que aprender más “probando las cosas que difieran”, que por la observancia de las cosas en común con los otros tres evangelistas; y es por eso que ahora y a manera de ejemplos registramos unas cuantas de estas diferencias.

*La Companion Bible* nos llama la atención para unas ochenta y cuatro palabras empleadas por Juan que no se utilizan por los escritores Sinópticos, y estos términos irán siendo examinados a medida que procedamos en nuestra exposición. Hay, además, otras palabras que, sin ser de la exclusividad de Juan, son sin embargo por él empleadas con mucha más frecuencia que en los demás Evangelios, y estas palabras se agrupan en *La Companion Bible* en el comentario inicial del Evangelio de Juan. De esta lista de treinta y dos palabras nombraremos tan solo las siguientes como ilustración:

	<i>Palabra</i>	<i>Evangelio de Juan</i>	<i>Evangelios Sinópticos</i>
<i>Kosmos</i>	EL MUNDO	79 veces	15 veces
<i>Ho Pater</i>	EL PADRE (de Dios)	121	66
<i>Martureo</i>	TESTIGO	33	3
<i>Aletheia</i>	VERDAD	25	7

<i>Pempo</i>	ENVIADO	33	15
<i>Teleioo</i>	ACABADO	19	2

Estas seis palabras, que son características del mensaje de Juan, si se estudian conjuntamente, han de arrojar mucha luz sobre el especial propósito de su Evangelio. La interrelación que damos a seguir de los cuatro Evangelios es bien conocida, pero, de todas formas, la exponemos ahora con el fin de que nuestro testimonio sea completo, y que los lectores menos conscientes de ella puedan beneficiarse:

**MATEO** – Cristo es visto como siendo el REY. “He aquí tu Rey” (Zac.9:9). Cristo se muestra como siendo el RENEVO de David. “He aquí...Yo levantaré a David un justo Renuevo, y un Rey reinará y prosperará” (Jerem.23:5, 6; 33:15). Por ese motivo se da la genealogía de Cristo desde Abraham a través de David (Mat.1:1-17). Cristo, relativamente, se presenta en la más alta posición como un REY.

**MARCOS** – Cristo es visto como un SIERVO. “He aquí Mi siervo” (Isaías 42:1). También se muestra como un RENEVO. “He aquí Yo traigo a Mi siervo, el Renuevo” (Zac.3:8). Cristo, siendo visto como siervo, no precisa aquí de genealogía alguna. Cristo, relativamente, se presenta como estando en la posición más baja terrenal, un SIERVO.

**LUCAS** – Cristo es visto como HOMBRE. “He aquí el Hombre” (Zac.6:12). La genealogía de Cristo se traza por eso desde Adán. Cristo, de manera intrínseca, se presenta como siendo el HOMBRE ideal.

**JUAN** – Cristo es exhibido como siendo DIOS. “He aquí tu Dios” (Isaías 40:9) Cristo es visto como el RENEVO de Jehová. “En aquel día el Renuevo de Jehová será para hermosura y gloria” (Isaías 4:2). Cristo, como Dios que es, no puede tener genealogía. El “era” en el principio. Cristo, de manera intrínseca, se presenta como “DIOS”, de manera mediadora como la “PALABRA” y de manera salvadora como “JESÚS EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS”, “LA PALABRA HECHA CARNE”.

### **El “Logos” en la Filosofía y en la Revelación**

Cuando el Apóstol Pablo se vio confrontado por los filósofos Estoicos y Epicúreos en Atenas, no utilizó palabras de burla o desprecio, sino antes bien de empatía. El carácter Judío en él, así como el cristiano, abominaba a los ídolos que estaban a la vista expuestos y leemos que “su espíritu se enardecía viendo a la ciudad devotada a la idolatría” (Hechos 17:16). Sin embargo, cuando se presentó delante de estos filósofos, no se distanció de ellos ridiculizándolos ni despreciándolos, sino antes bien empleó las condiciones culturales locales como punto de partida para darles su mensaje:

- “Hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. A éste que vosotros adoráis, pues, es a Quien yo os anuncio” (Hechos 17:23).

Este es el mismo proceder que tiene Juan en Éfeso cuando estaba rodeado de filósofos griegos y alejandrinos, e inicia su Evangelio con el bien por ellos conocido título *Logos*. No hay una presentación al título, ninguna guía o explicación, sino simplemente una declaración con la cual él sabe que la mayor parte de sus oídos están bien familiarizados. A seguir al prólogo de 1:1-18, el título *Logos* no vuelve a emplearse de Cristo, siendo que el completo objetivo del Evangelio sea el de probar que, el Mesías, el Hijo

de Dios, cumple de sobra todo cuanto los antiguos filósofos o escritores de la literatura en la Sabiduría Hebrea jamás siquiera concibieron – que el *Logos era una Persona*.

Ya hemos referido antes la actitud de Pablo en Atenas, la cual actualmente registramos como una ilustración de cuál fue además la probada actitud de Juan en Éfeso, actitud que se entiende por deducción. Veamos ahora un poco más de cerca las circunstancias en Atenas. El filósofo Crisifo había dicho que Dios impregnaba toda la naturaleza y que tenía muchos nombres coincidentes cada uno con sus operaciones.

- “Ellos lo denominan *Dia*, “a través” de quien todas las cosas existen, y le llaman *Zeus*, una vez que es el causante de la “vida”. (Diog. Laert VII. 147).

De acuerdo a Crisifo, Zeus es el *Logos* que regula (*dioikeo*) todas las cosas, y es el alma del mundo.

En otra ocasión, cuando Pablo se presentó delante de un grupo de Fariseos y Saduceos, vemos que se aferró a la oportunidad presentada por las distintas convicciones de ambas partes, por sus antagonismos en las distintas credenciales que sostenían, con el fin de ganarse a los Fariseos en la cuestión de la resurrección. De igual modo, aquí, en Atenas, ante los Estoicos y Epicúreos, se aferró a sus diferentes convicciones para mostrar cómo se hallaba el *Logos* en la persona de Cristo. Conociendo bien los dichos corrientes y habituales entre ellos, les dice que “linaje Suyo somos”, y además que Él no se asemeja “al oro, o a plata, o a piedra, escultura de arte o imaginación de hombres”. Les enseña la Divina *transcendencia* (la posición Epicúrea): “No es honrado por manos de hombre, como si necesitase de algo”, pero además les enseña la Divina *inmanencia* (la posición Estoica) añadiendo: “si en alguna manera palpando, puedan hallarle...porque en Él vivimos y nos movemos, y somos”. Y a seguir, cuando ambas partes son conscientes de que Pablo ha disertado con sus posiciones en conflicto, entonces les pone delante estos opuestos puntos de vista en síntesis, llamándoles su atención sobre el “Hombre” que había sido designado (Hechos 17:31).

Pablo no recurría necesariamente a la de alguna manera popular etimología de Crisifo. *Dia* y *Dion* no se derivan necesariamente de *dia* “a través”, y hay otros posibles orígenes de *Zeus* al lado de *zoe* “vida”; sin embargo, la idea era cuanto bastaba para que el apóstol la emplease como punto de partida desde el cual dirigía la atención a sus oídos hacia el Señor Dios, el verdadero Origen de vida, a través de Quien todo lo demás debe derivarse. Y por eso Juan, viéndose rodeado en Éfeso con una mezcla de filosofía griega y filónica, así como de la Sabiduría Apócrifa Hebrea, aprovecha el tema central de estas filosofías, el *Logos*, y despojándole sus adiciones paganas y hebreas y añadiéndole aquello que tan solo la revelación puede ofrecer, lleva a sus oídos a ver que el alusivo y abstracto *Logos* de la filosofía humana encuentra su plenitud y perfecto significado en la Persona Viviente de Jesucristo, el Hijo de Dios. Ninguna explicación de Juan 1:1 puede compararse tan bien como lo que el mismo escritor registra en su primera epístola:

- “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos, tocante a la Palabra de vida (porque la vida se manifestó, y la hemos visto, y damos testimonio, y os declaramos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó a nosotros); lo que hemos visto y oído eso os declaramos, para que vosotros tengáis también comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo. Y estas cosas os escribo para que vuestro gozo sea cumplido” (1ª Juan 1:1-4).

Así como los primeros dieciocho versículos de Juan forman un tipo de prólogo para el Evangelio, de igual modo los primeros cuatro versículos aquí en su 1ª Epístola forman un prólogo para la Epístola. En ambos casos observamos, tal como Westcott afirma también, una similar secuencia de pensamiento:

- “En cada caso, el sujeto principal se describe primeramente (Juan 1:1-5; 1ª Juan 1:1).
- A seguir su histórica manifestación (Juan 1:6-13; 1ª Juan 1:2).
- Y después su personal aprendizaje (Juan 1:14-18; 1ª Juan 1:3)”

Cada libro, sin embargo, posee su distintivo punto de vista. El Evangelio se ocupa en demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y de ahí que, creyendo esto, la vida pueda sobrevenir a través de Su nombre. La epístola, por otro lado, se ocupa del resultado práctico de esta verdad. Las referencias al *Logos* en los escritos de Juan son las siguientes:

A Juan 1:1-5 En el principio. Con Dios (*pros*).

B Juan 1:14 Hecho carne. El Cordero (en el contexto).

A 1ª Juan 1:4 Desde el principio. Con el Padre (*pros*).

B Apoc.19:13 Venido en carne (1ª Juan 4:3; 2ª Juan 7). El Cordero.

Sin ser en los escritos de Juan no hay más referencia alguna al *Logos* (a menos que Hebr.4:12, 13 lo sea) pero si bien la palabra en sí no sea utilizada por Pablo, la doctrina que conlleva por detrás se halla gloriosamente presente en todas sus epístolas. Nos habla de la “Imagen del Dios invisible” (Colos.1:15, vea además 2ª Cor.4:4), lo cual y para todo propósito corresponde al *Logos* de Juan 1:1-5. Nos habla además de “la expresa Imagen de Su Persona” (Hebr.1:3), que todavía se aproxima más del significado del *Logos*. Estos pasajes iremos a examinarlos más de cerca posteriormente. Ahora debemos continuar nuestra procura en la doctrina subyacente del *Logos* en 1:1-5:

- “El Señor me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de Sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrado; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido Yo engendrado; no había aun hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba Yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen Su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con Él estaba Yo ordenándolo todo, y era Su delicia de día en día, teniendo solaz delante de Él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres” (Prov.8:22-31).

Los escritos apócrifos también deben ser considerados, puesto que, si bien no sean canónicamente escriturales y no se consideren como inspirados ni de autoridad, los pensamientos o ideas que expresan y las palabras que emplean no obstante ocupan un lugar importante en la historia de la doctrina.

En el Apócrifo *Eclesiástico de la Sabiduría* se persiguen las mismas líneas de pensamiento que las ofrecidas en Proverbios 8. Se representa como procurando el reposo, y el Creador hace con que el tabernáculo de la Sabiduría repose sobre Jacob. Cuando en Juan 1:14 leemos que la Palabra se hizo carne y “habitó” (literalmente *tabernaculó*) entre nosotros, creemos que hay por lo menos un relance pasajero a este

antiguo libro de la Sabiduría. Juan, no en tanto, nos muestra que la pretensa añoranza del Eclesiástico, queriendo que la Sabiduría encuentre un habitáculo entre los de Israel, no se cumple o realiza de inmediato, pues nos dice que, “Él, a los Suyos (a Su pueblo Israel) vino, y los Suyos no le recibieron”

La cita siguiente también es del Apócrifo Eclesiástico o Sabiduría de Salomón – un pasaje que es difícil de entender sin tener en cuenta Juan 1 y Hebreos 1:

- “Pues ella es el aliento del poder de Dios, y la pura emanación del Todopoderoso...Pues ella es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mácula del poder de Dios, y la imagen de Su bondad” (Sabiduría de Salomón, 7).

Hay algo de comparable, además, entre La Sabiduría de Salomón 18:15 y Apocalipsis 19:

- “Tu Palabra Omnipotente descendió del cielo proveniente de Tu trono real, como un hombre de guerra airado en medio de una tierra de destrucción”.

Si bien el parafraseado del Tárgum o el Arameo del Antiguo Testamento no fue encargado que se escribieran sino a seguir a la era cristiana, ambos incorporan en su seno la enseñanza que ya era corriente desde un periodo mucho más temprano, y en estos Tárgum encontramos frecuentemente la palabra *Memra*, “La Palabra”. Por ejemplo, en el Tárgum de Onkelos sobre Génesis 3:8, de Adán y Eva se dice que oyeron la voz de *la Palabra* del Señor paseando en el jardín. Y en Deuteronomio 5:5 el Tárgum dice:

- “Estuve firme entre la Palabra (*Memra*) del Señor y tú, para anunciarte en ese tiempo la palabra (*pithgama*) del Señor”.

Observaremos que el Tárgum diferencia aquí entre “la Palabra” (*Memra*), y la palabra hablada. Es “la Palabra” (la *Memra*) que crea, preserva y redime. El Tárgum, sin embargo, no llega a expresar toda la verdad, pues no identifica la *Memra* con el Mesías. Esta identificación es el peculiar oficio del Evangelio de Juan. Nuestra consideración del pensamiento hebreo en cuanto al *Logos* no estaría completa sin una referencia al *Libro Apocalíptico de Enoc*, del cual cierta autoridad ha dicho: “La influencia de Enoc en el Nuevo Testamento ha sido mayor que la de los demás libros apócrifos y pseudo apógrafos conjuntamente”. Esto no significa que Juan copiase del tal *Libro de Enoc*, pero es obvio que el inspirado escritor de la Escritura debió utilizar palabras comprensibles para sus lectores, y que no podía ignorar las doctrinas que se creían y enseñaban a su tiempo y su alrededor.

El Libro de Enoc es una recopilación cuya fecha se sitúa por diversas autoridades entre el año 170 y el 64 antes de Cristo. En la sección conocida como las *Similitudes* encontramos el pasaje siguiente, que en algunos aspectos es paralelo con el Prólogo de Juan en su insistencia sobre la ascensión:

- “La Sabiduría procuró habitar entre los hijos de los hombres, y no halló lugar; así, pues, la Sabiduría se volvió, y tomó ascendiendo asiento entre los ángeles”.

La filosofía de los griegos, y particularmente la de Heráclito y Platón, debe siempre tenerse en cuenta como provechosa a la hora de considerar el significado del *Logos*. Esto no implica que debamos importar las especulaciones de hombres en la revelación de Dios, sino simplemente deberíamos reconocer, que, aun mismo la verdad inspirada, por condescendía, bien puede utilizar palabras de común o familiar significado, y que los inmediatos lectores de Juan debían estar plenamente familiarizados con el uso filosófico de estas sus palabras inspiradas.

Refiriéndose a Heráclito, el Dr. Drummond escribe:

- “Entiende perfectamente que el universo era uno, y que toda su multifacética mudanza era gobernada por una ley racional e inalterable. A esta ley le otorga el nombre propio que nosotros traducimos “Palabra” en el Evangelio”

Para Heráclito, no en tanto, el *Logos* no era una persona, sino algo más parecido con lo que los científicos denominan “las leyes de la naturaleza”.

Lo que Paltón considera sobre el *Logos* se registra en el *Timaeus*:

- “El mundo se representa como “un organismo racional y viviente”, el “unigénito” (*monogenes*) Hijo de Dios, siendo Él propio un dios y la imagen expresa (*eikon*) del Dios supremo” (J.S. Johnston).

Aquello que Platón adscribe a la creación en sí, la revelación lo adscribe a la Persona del Hijo de Dios. El andar a tientas de la razón tropezó necesariamente en los términos “logos” y “único generado” e “imagen”, pero no pudo relacionarlos el uno con el otro, ni tampoco a la verdad. Platón habla de las ideas como siendo “vocales”, las cuales, semejantes a una cadena, están siempre presentes en todas las cosas (Soph.253) – una sugestión que nos lleva a pensar de Aquel Quien es el Alfa y la Omega, como la gloriosa semejanza de la cadena vinculando las edades.

Ahora debemos pararnos a considerar a Filo, un Judío de Alejandría que intentó unificar el vacío existente entre la revelación de Dios, tal como fue dada en las Escrituras Hebreas, y las demandas de la Filosofía. Este filósofo sostiene dos puntos de vista en cuanto a la naturaleza de Dios: uno de ellos era que Dios es *transcendental*, y el otro que es *inmanente*. El primer punto de vista considera a Dios lo más lejos posible de la creación y de los asuntos de la humanidad, reduciéndole a lo abstracto, mientras que el segundo le identifica con la creación, tan próximo, que llega a ser virtualmente un Panteísmo. El Dios transcendental era “imposible de conocer e inimaginable”. No poseía cualidad alguna ni tampoco cualquier atributo. Su único nombre era “Yo soy aquel que soy”.

Teniendo en cuenta estos pensamientos, ahora debemos volver una vez más al Evangelio de Juan. Aquí, además, encontramos Aquel Quien dijo: “Antes que Abraham fuese, YO SOY” (8.58), pero también leemos que dijo, “Yo soy el pan *de vida*”, y “Yo soy la luz *del mundo*”. El Único transcendental era además inmanente. La filosofía griega sintió la necesidad del *Logos* mediador, sin embargo en ella el *Logos* no se consideraba *ni Dios ni hombre*. La revelación cristiana también enfatiza la necesidad del *Logos*, sin embargo revela el hecho glorioso de que es *tanto Dios como Hombre*. En otras palabras, el pasaje en 1.14: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”, junto con su complemento en 11:25, “Yo soy la resurrección, y la vida”, contiene la verdad que Platón y Filo procuraban, pero en vano. Cuando consideramos estos deseos procuradores de la verdad e comparamos su posición con la nuestra, ¡Cuán agradecidos debemos estar por la iluminación derramada sobre nosotros en este día de gracia!

Juan revela que Dios es transcendental en Su natura (1:18), pero que en el *Logos* también es inmanente a través de toda la extensión de Su creación. La creación, la revelación, la encarnación, la redención, la ascensión, todo esto es posible y necesario, si es que el *Logos* de Juan es verdad.

La Escuela Rabínica de Alejandría, donde Filo vivió, enseñaba el aspecto transcendental de la naturaleza de Dios hasta su extremo, confrontando todas las formas del antropomorfismo. Filo, por ejemplo, dice que, aceptar en su literal sentido las palabras “Dios se arrepintió de haber hecho al hombre”, sería una

culpabilidad e impiedad más grande que la de todos cuantos perecieron en el diluvio. Para Filo, Dios era algo abstracto, y Su naturaleza tan solo podría ser retratada por negativos. Tan solo podemos saber aquello que Él *no sea*.

Cuán consolador es salir de un tal punto de vista por un instante para reasumir las palabras de 14:9: “Aquel que me ha visto a Mí ha visto al Padre”, aun cuando, al mismo tiempo, no debemos olvidar la efectiva transcendencia de pasajes tales como 5:37: “Nunca habéis oído Su voz, ni habéis visto Su rostro”. A medida que nos damos cuenta del vacío tan inmenso que hay entre el lejano dios Platonista, y los asuntos de tiempo y sentido, tal vez comprendamos mejor la razón por la cual el Señor utilice la figura de la escalera de Jacob como representación de Sí Mismo en 1:51.

Filo utiliza los siguientes nombres y títulos en su descripción del *Logos*:

- El “hijo de dios”; el “hijo primogénito” (*protogonos*); la “imagen de dios” (*eikon Theo*); “dios”; el “segundo dios” (*ho deuterios Theos*); el “arquetipo del hombre” (*ho kat'eikona anthropos*).

Cuando leemos y escuchamos a muchos cristianos hoy en día refiriéndose al Señor Jesucristo, nos sorprende comprobar que no van más allá del “segundo dios” que Filo proclama. Filo nos habla del “manto sin igual” cuando se refiere a la textura indisoluble del universo, y ciertamente no es por acaso que este a primera vista irrelevante detalle se incorpore en 19:23, puesto que debemos siempre recordar que la doctrina del prólogo se elabora y se va ilustrando a través de todo el registro del Evangelio. También se refiere Filo a la *divina palabra* como siendo semejante a un río, lo cual se puede comparar con la referencia que hace Juan a las *aguas vivas*. Además, también habla del *Logos* como siendo el “pan celestial”, lo cual es paralelo con la referencia del Evangelio hacia Cristo como siendo el Pan que desciende del cielo.

En su libro *Confesiones* (VII. IX.) Agustín tiene un fino comentario sobre la esencial diferencia entre la filosofía y la revelación:

- “Tú procuras para mí, por medio de una vanagloria con desmesurado orgullo, ciertos libros de los Platonistas, traducidos del griego al latín. Y en ellos leo, no realmente en las palabras en sí, sino en el mismísimo propósito que conllevan, reforzado por muchas y diversas maneras, que, en el principio era la Palabra, y que la Palabra estaba con Dios, y que la Palabra era Dios; y que estaba en el principio con Dios; todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada se hizo; que aquello que por Él fue hecho es la vida, y la vida era la luz de los hombres, y que la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no le conocieron...PERO QUE, ÉL, A LO SUYO VINO...y que a todos cuantos le recibieron, les dio potestad de venir a ser los hijos de Dios, a todos cuantos creyeron en Su nombre; NADA DE ESTO LEO. Vuelvo a repetirte, lo que en ellos leo (es decir, en los escritos de los filósofos), es que Dios la Palabra nació, pero no en la carne, no de sangre, no por voluntad humana alguna, sino de Dios. PERO QUE LA PALABRA SE HIZO CARNE, y que habitó entre nosotros, DE ESO NADA LEO”.

Agustín puso su dedo en la llaga del asunto. La razón humana bien puede percibir la necesidad para el *Logos* – pues todos los caminos de Dios fueron trazados con alguna razón por medio – sin embargo, jamás podrá penetrar en el misterio de la piedad y descubrir que “Dios fue manifiesto en la carne”. El hecho

glorioso de que “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo para Sí Propio” era el secreto del Amor de Dios, y fue este secreto que conlleva el mensaje de Juan, tanto en su Evangelio como en sus Epístolas.

### **La Estructura del Evangelio - La Llave de las Ocho Señales**

Hasta aquí lo que hemos hecho es meramente ir aclarando la vía para la bendita tarea que ahora tenemos delante: un examen de la enseñanza de este cuarto registro de la vida y ministerio terrenales del Hijo de Dios. Nuestro primer deber es ver el libro como una unidad, con el fin de descubrir tanto su tema como la vía por la cual este tema se elabora, ilustra y prueba. En el mismo comienzo de este Evangelios nos quedamos sorprendidos debido a su punto de vista único. Comparemos la vía en la cual da inicio con respecto a los otros Evangelio:

**MATEO:** Este evangelio comienza con las palabras: “El libro de las generaciones de Jesucristo, el Hijo de David, el Hijo de Abraham” (1:1).

**MARCOS:** El escritor omite cualquier referencia a la genealogía, y comienza con las palabras: “El principio del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios” (1:1).

**LUCAS:** Lucas regresa atrás, antes del adviento de Cristo, al nacimiento del *precursor*, Juan el Bautista. Comienza con un prólogo explicativo, a Teófilo, e inicia su Evangelio con las palabras: “hubo en los días de Herodes, el rey de Judá, un cierto sacerdote de nombre Zacarías, del curso de Abías” (1:5).

**JUAN:** Juan tampoco nos da la genealogía, como si lo hace Mateo; regresa en el tiempo hasta un más temprano comienzo que aquel que Marcos refiere; y nos habla de un tiempo y una esfera en la cual el Señor, como Dios, no precisa de tener ningún precursor. Comienza con las palabras: “En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios” (1:1).

Los primeros dieciocho versículos de este Evangelio constituyen un maravilloso y sorprendente prólogo inspirado para con el resto del libro. El prólogo nos anuncia el tema, y el resto del Evangelio elabora y demuestra su verdad. La sección central y más larga del Evangelio es una cadena dorada de ocho eslabones, las ocho “señales” seleccionadas sobre las cuales se mueve toda la narrativa del Evangelio. Sobre estas ocho “señales” haremos una referencia al testimonio que especialmente se nos presenta. El más simple análisis posible del Evangelio de Juan sería el siguiente:

A 1:1-18                    EL PRÓLOGO. El tema enunciado.  
A 1:19 a 21:25            EL EVANGELIO. El tema elaborado.

Tomando el segundo miembro A podemos exhibirlo en su forma más simple, así:

B 1:19-51                TESTIMONIOS  
C 2:1 a 21:14            SEÑALES  
B 21:15 a 25             TESTIMONIOS

Esta simple estructura contiene, claro está, una riqueza de detalles y su gradual desarrollo posterior, confiamos que sea para regocijo del corazón que prosigamos las líneas en esta amorosa labor. Cada uno de los miembros denominados “Testimonios” puede ser subdividido de la siguiente manera:



**B 1:19-51 TESTIMONIOS.**

**a** 1:19-34. El testimonio de Juan el Bautista. “Este es el testimonio...Yo vi”.

**b** 1:35-51. Simón, el hijo de Jonás, Felipe, Natanael. “Seguidme”.

Esta sección que trata con el *testimonio* aparece en paralelo al cierre del Evangelio pero en el orden inverso de la manera siguiente:

**B 21:15-25 TESTIMONIOS.**

**b** 21:15:23. Simón Pedro, Hijo de Jonás, Juan. “Seguidme”.

**a** 21:24, 25. El testimonio de Juan. Sabemos que este testimonio es verdadero.

La mayor parte del Evangelio se encuentra entre estas dos posiciones, y, tal como ya hemos referido anteriormente, se entrelazan con las ocho distintivas “señales”. No ha de servir de provecho que exhibamos ahora en pleno detalle esta gran sección – los detalles en sí se irán por sí descortinando ante nuestros ojos a medida que prosigamos nuestro estudio – sin embargo, para llevar a cabo este estudio analítico de manera completa, debemos aquí y ahora mostrar la manera cómo está diseñada esta sección central.

***Las Ocho Señales (2:1 a 21:14)***

PRIMERA SEÑAL – LAS BODAS EN CANAÁ (2:1-11). – “Mi alimento...acabar Su obra” (*ergon*). “Ahora creemos” (*pisteuo*) (2:13 a 4:42).

SEGUNDA SEÑAL – EL HIJO DEL NOBLE. “A menos que veáis las señales” (4:43-52). “Él creyó” (*pisteuo*) (4:53, 54).

TERCERA SEÑAL – EL HOMBRE PARALÍTICO (5:1-15) “Mi Padre trabaja...y Yo trabajo” (*ergon*) “Creed en Aquel que me envió” (*pisteuo*) (5:16-47).

CUARTA Y QUINTA SEÑAL – ALIMENTACIÓN DE 5000. ANDANDO SOBRE EL MAR (6.1-25). “Esta es la obra (*ergon*) de Dios para que creáis (*pisteuo*)...las obras de vuestro padre” (6 a 8).

SEXTA SEÑAL – EL HOMBRE NACIDO CIEGO (9:1-41). “Las obras (*ergon*)...en el nombre de Mi Padre portan testimonio”. “Vosotros no creéis” (*pisteuo*) (10:1-42).

SÉPTIMA SEÑAL – EL HERMANO DE LAS HERMANAS RESUCITADO (11:1-46) “He finalizado la obra” (*ergon*) “Que la Palabra sea creída” (*pisteuo*) (11:47 - 20:31).

OCTAVA SEÑAL – LA CAPTURA DE PECES (21:1-14).

Las ocho señales alternan con las seis secciones intervinientes, cada una de las cuales se caracteriza por una doble referencia a las “obras” y a la “creencia”, excepto en el caso del *hijo del hombre noble*, donde no se mencionan las “obras”. Las ocho señales están de manera muy patente en correspondencia, pero servirá de provecho que todos comprobemos que, las seis secciones intermedias, están también cuidadosamente arregladas y dispuestas en un balance perfecto. La importancia de todo esto puede que no sea de momento muy clara, pero confiamos que, al tiempo de acabar nuestro estudio, el resultado de la revelación dada en el prólogo ha de volverse evidente. La estructura de los vínculos intervinientes es la siguiente:

A 2:13 a 4:42. Mi comida es...que acabe Su obra.

B 4:53, 54. Él creyó.

C 5:16-47. Mi Padre trabaja...y Yo trabajo.

C 6:26 a 8:59. Esta es la obra de Dios...las obras de vuestro padre.

B 10:1 a 42. Las obras...en nombre de Mi Padre, aportan testimonio.

A 11:47 a 20:31. He acabado la obra.

Esta importante interrelación nos ofrece el énfasis del propio Señor, y mientras mejor y más claro lo veamos, menos precisaremos la ayuda del hombre. Algunos ya deben haberse dado cuenta que la estructura dada en el Evangelio de Juan es enteramente diferente de cualquier otra que hayamos publicado anteriormente. Hubiese sido muy fácil que adoptásemos la estructura ya exhibida en *La Companion Bible*, y habríamos ahorrado muchas horas de trabajo, pero ese no es el hábito de los que portan el título del *Expositor de Berea*. No podemos ignorar el propio significado que da Juan en la declaración del capítulo 20, y fue por esa declaración que una nueva estructura se hizo necesaria.

- “Y ciertamente muchas otras señales hizo Jesús en presencia de Sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro; pero estas se escribieron para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo podáis tener vida a través de Su nombre” (30, 31).

Cualquier estructura que ignore este testimonio debe ser insuficiente, y consecuentemente equivocada. Estamos por tanto obligados a elaborar dicha estructura de nuevo, y el resultado lo dejaremos a la consideración del lector.

## Capítulo 2

### El Prólogo en sus Contornos (1:1-18)

A la hora de leer el cuarto Evangelio, la mayoría de nosotros, encontraremos que sea el prólogo aquello que contiene la mayor dificultad de comprensión, mientras que, en el cuerpo en sí del Evangelio, sentimos que pisamos un suelo mucho más firme y familiar. Es probable, sin embargo, que aquellos a quienes el apóstol tuviera primeramente en vista cuando escribió este registro, habrían de pensar justamente lo contrario. Así que comenzasen a leer sobre el *Logos*, al principio del Evangelio, habría de resultarle todo el relato de lo más familiar, y que sin embargo a la hora de ir avanzando sintiesen que andaban pisando un suelo totalmente nuevo en los pasos terrenales de Aquel Quien era efectivamente el *Logos* “hecho carne”. Con frecuencia pensamos del pueblo hebreo como siendo el medio o el canal de la Divina revelación, y además, el supremo ejemplo del fracaso de la criatura para *alcanzar la justicia*, sin embargo, tendemos a olvidarnos de la nación griega como el ejemplo más claro del fracaso de la razón humana para *alcanzar la sabiduría*. Expresa y claramente se nos avisa diciendo que el Judío procuraba yendo atrás de la justicia, pero que no la logró alcanzar porque la procuraba por la ley y no por la fe (Rom.9:31, 32; 10:3), pero en 1ª Corintios también leemos:

- “Los Judíos piden señal, y los griegos persiguen la sabiduría” (1:22).
- “Pero por (de) Él estáis vosotros en Cristo Jesús, Quien de Dios es hecho por nosotros sabiduría, y justificación, y santificación, y redención” (1ª Corintios 1:30 R.V.)

En los tres primeros Evangelios el Judío es distintamente prominente, y existen muchas referencias a las Escrituras del Pacto Antiguo. Ambas cosas aparecen, también, en el cuerpo del Evangelio de Juan – pues es un fiel registro tanto de los actos como de las palabras del Señor en Jerusalén, Judea y Samaria – sin embargo, en el prólogo, *el punto de vista griego* es el prominente, y el problema del griego se ve resuelto en la persona y obra del Hijo de Dios.

Es interesante observar que este Evangelio sea el único que utiliza la palabra *Hellen*, “Griegos”. Con la llegada o introducción de los “Griegos” y su indagación: “Queremos ver a Jesús” (12:20, 21), el Salvador dijo *por primera vez*: “La hora ha llegado, para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12:23). A su madre en cambio le dijo en las celebraciones de la boda: “Todavía no ha llegado Mi hora” (2:4). A la mujer samaritana le dijo: “Ha llegado la hora” (4:21, 23). En el capítulo 5 dice: “La hora viene, (y ahora es), cuando los muertos oigan la voz del Hijo de Dios” (5:25). En 7:30 y 8:20, leemos que “Su hora todavía no había llegado” (4:21, 23). Y a seguir en el capítulo 12, *con la indagación de los griegos*, alcanzamos por fin el punto de vuelta del Evangelio: “La hora ha llegado, para que el Hijo del Hombre sea glorificado”. Está claro, por tanto, que el punto de vista griego no pueda ser ignorado sin que suframos graves pérdidas.

Una vez que no somos “Griegos”, ni hayamos sido educados o instruidos en una atmósfera de filosófica retórica, tendremos que hacer una pausa de vez en cuando considerando algunos puntos, tal como hecho con el prólogo, y familiarizarnos con algunas ideas que Juan nos parece que tuvo en mente a medida que escribía su Evangelio. Todos tenemos alguna idea de lo que se entiende por el título “La Palabra”, sin embargo, ¿cuántos de nosotros saben algo de la historia en la indagación por el *Logos*?

Con respecto a la estructura de estos ocho versículos se ve muy claramente que los versículos 1 y 8 están en correspondencia:

- a En el principio era la Palabra
- b La Palabra ESTABA CON DIOS
- c La Palabra era Dios
- c El unigénito de Dios
- b En el Seno del Padre
- a Él le ha declarado.

Aquí la palabra se repite en eco por “declarado”, y el término “con Dios” encuentra su eco “en el seno del Padre”. La lectura “el unigénito de Dios” repite en eco la declaración la “Palabra era Dios”. Dejaremos de esto para más tarde la prueba. La estructura de la sección completa es la siguiente:

- A 1:1 a LA PALABRA. En el principio.
- b CON. La Palabra estaba con Dios.
- c DIOS. La Palabra era Dios.
- B 2 estaba en el principio con Dios.
- C 3 Todas las cosas por Él fueron hechas (*egeneto dia*).
- D 4, 5 En Él luz y vida (*en*)
- E 6-8 JUAN. Testigo (*marturia*).
- F 9 La luz verdadera vino al mundo (*erchomenon*).
- G 10, 11 No la recibieron (*paralambano*)
- G 12, 13 Recibieron (*lambano*).
- F 14 La palabra hecha carne habitó entre nosotros (*eskenosen*).
- E 15 JUAN. Testimonio (*martureo*).
- D 16 De Su plenitud (*ek*).
- C 17 Gracia y verdad vinieron o se produjeron por Jesucristo (*egeneto dia*).
- B 18 Nadie ha visto jamás a Dios.
- A 18 c DIOS. El unigénito de Dios (La Palabra era Dios).
- b SENO. El seno del Padre (Con Dios).
- a DECLARADO. Él la ha declarado (*la Palabra*).

Pedimos al lector que observe las correspondencias en esta estructura. Ya hemos llamado la atención para los miembros en balance inverso al principio y al final. Volviendo al versículo 3, vemos que se corresponde con el versículo 17, ambos pasajes revelan a Cristo como el Creador tanto en naturaleza como en el medio de gracia. Las palabras *egeneto dia*, “producidas por” se utilizan en cada caso. En los miembros marcados por E, E tenemos una doble referencia al testimonio de Juan el Bautista, mientras que *erchomen*, versículo 9, se repite en eco por *eskenosen*, “habitación” o “tabernáculo”, en el versículo 14. El pasaje central se mueve alrededor de la idea del “recibimiento”.

Habiendo hecho un esbozo de las condiciones bajo las cuales escribió Juan su Evangelio, y habiendo dado los contornos de la estructura del prólogo y del Evangelio en totalidad, ahora estamos listos para emprender la gozosa labor desvelando algunos de los tesoros de sabiduría y gracia que han de hallarse en aquel que tal vez sea el último libro en las Sagradas Escrituras.

## “En el principio era la Palabra” (1:1)

En el campo de la experiencia humana hay dos condiciones que son inseparables de la existencia y la acción – las condiciones del *tiempo* y las del *espacio*. Es verdad que en un cierto sentido el “pensamiento” es libre de las condiciones del espacio, pues el pensamiento no puede ser medido como si ocupase metros cúbicos, sin embargo, por otro lado, no puede haber pensamientos sin que haya un pensador y, hablando humanamente, la personalidad viva del pensador debe conformarse a todas las condiciones de su espacio y de su tiempo. Así, por tanto, ahora volvemos al hecho fundamental, esto es, que debe haber un lugar donde, y un tiempo cuando, sucedan todas y cada una de las experiencias humanas. Con este primer versículo delante de nosotros nos viene al pensamiento particularmente las limitaciones del tiempo, y el lector recordará que el Predicador (Eclesiastés), que examinó todas las cosas hechas “debajo del cielo”, se dio cuenta que había un tiempo y una ocasión para cada propósito (Ecles.3). Los Evangelios sinópticos, y las secciones narrativas de este Evangelio no son excepción a esta regla. La vida terrenal del Hijo de Dios fue tan condicionada por el tiempo y el espacio como la de los hijos de los hombres.

- “Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes...”.

Aquí tenemos las dos condiciones esenciales: el lugar, “en Belén”, y el tiempo, “en los días de Herodes”. Leemos además que Herodes indagó “dónde” debería nacer el Cristo, y a “qué tiempo” aparecería. También descubrimos que, desde el principio de Su ministerio, el Señor fue consciente de un periodo de tiempo en el cual Su obra tenía que cumplirse, y de una hora específica en la cual su obra alcanzaría su crisis.

Cuando vemos las palabras iniciales del Evangelio sin embargo somos confrontados inmediatamente con un estado de cosas que no están condicionadas en la misma manera que las nuestras. No leemos nada acerca del comienzo de un acontecimiento particular ni de acto alguno que pueda ser empleado como un tipo de cómputo de tiempo. No nos es posible demarcar aquí una fecha al margen, pues todo es intemporal. Tan solo se nos dice que “en el principio” (cualquiera que sea el regreso atrás en el tiempo) la Palabra ya “era” o “existía”. Nada se nos refiere actividad alguna; tan solo la *pura existencia*. El pasaje es totalmente distinto al de Génesis 1:1, donde leemos que “en el principio Dios creó”. Aquí, en Juan, es la pura existencia incondicional lo que nos confronta, y si somos honestos diremos, concerniente a esta esfera de existencia, que nada podemos de ella saber aparte de lo que nos dice. Poner e importar en este primer versículo argumentos extraídos de nuestra propia experiencia ha de ser simple y completamente irrelevante y en vano. Nuestra dificultad a la hora de comprender la declaración diciendo que la Palabra estaba “con Dios”, y que además la Palabra era “Dios” es inevitable debido nuestras actuales humanas limitaciones. No podemos hacer con que el ser incondicional de Dios se conforme a las limitaciones del tiempo y del espacio.

“**En el principio era la Palabra**” (*En arche en ho logos*). Cada uno y todo estudiante del Nuevo Testamento Griego puede leer y comprender perfectamente las frases iniciales de este Evangelio. Representan, en cuanto a las meras palabras concierne, tal vez, el colmo de la simplicidad. Sin embargo, ¡Qué enorme diferencia hay entre la “forma” (las palabras efectivamente utilizadas) y el “contenido” (la verdad que estas palabras conllevan y enseñan)! Pues, ¿quién entre nosotros podrá jamás sondear las profundidades o altas escalas de una tal revelación? Sin embargo, tal como cualquiera se impresiona con la serena majestad del Everest, sin que haya tenido que poner un pie en sus heladas laderas, del mismo modo podemos contemplar la majestad de este primer versículo sin pretender que tal infinitud sea comprendida.

Lo que sí podemos y debemos es *creer* aquello que Dios nos ha dicho, aun cuando el sujeto trascienda o vaya más allá de nuestra limitada experiencia.

*En arche.* – Antes de nada, observemos las cuatro ocurrencias de esta frase en el Nuevo Testamento.

- “*En el principio era la Palabra*” (1:1).
- “La Palabra estaba *en el principio* con Dios” (1:2).
- “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros *al principio*”. (Hechos 11:15).
- “Y sabéis también vosotros, oh Filipenses, que *al principio* del evangelio...ninguna iglesia participó conmigo...sino vosotros solos” (Filip.4:15).

Podremos ver que cada caso debe contener alguna cosa a ser entendida, si es que vamos a conseguir deducir el pleno significado del escritor. Por ejemplo, en Hechos 11:15 la referencia es *al comienzo* del ministerio del apóstol, y tiene en vista el tiempo anterior de Hechos 2:4. En Filipenses 4:15 el apóstol fornece la explicación necesaria, la cual nosotros omitimos en la cita anterior de propósito, pues, inmediatamente a seguir a las palabras “*en el principio* del evangelio”, él añade “cuando partí de Macedonia”. Nos parece, por tanto, que en cada ocurrencia de la frase “en el principio” debemos añadir un término explicativo que comience con la palabra “cuando” – y ahora debemos considerar la cuestión en cuanto *qué* debería añadirse a este primer versículo del Evangelio de Juan.

Bloomfield dice que “*en arche*, se comprende *ton panton* (“de todas las cosas”) por el subsecuente contexto en el versículo 3, *panta egeneto* (todas las cosas por Él fueron hechas)”. Sin embargo, si consideramos Colosenses 1:16-18, recordaremos que, cuando Cristo es descrito como el Creador de todas las cosas visibles e invisibles, de Él se dice ser “antes de todas las cosas”, tanto en cuanto a tiempo como en preminencia. *La Companion Bible* suple en cambio a la cuestión las palabras “de las edades”, y refiere Hebreos 1:2 y 11:3, donde de las edades se dice que son preparadas por Él (al tiempo del universo).

Hay un paralelo muy obvio entre el primer versículo de Génesis y el de Juan, pero además hay también una importante diferencia a observar. En Génesis se lleva a cabo un acto, mientras que en Juan tenemos tan solo un Ser en existencia. Génesis nos habla del primer instante del tiempo, mientras que Juan va más atrás, a un periodo anterior a las edades. En el capítulo diecisiete tenemos dos referencias a este periodo “anterior a las edades”:

- “Ahora pues, Padre, glorifícame Tú al lado Tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (17:5).

Podemos por tanto comprender que, “En el principio (antes que el mundo fuese) *era* o ya existía la Palabra”. El segundo pasaje en el capítulo diecisiete dice:

- “Tú me has amado desde antes de la fundación (caída, *katabole*) del mundo” (17:24).

Esto se refiere a un periodo anterior a Génesis 1:2, y por tanto no es paralelo con el primer versículo de Juan. La relación parece por tanto ser la siguiente:

- Primariamente, originalmente, antes de las edades, antes que el mundo fuese, era o existía la Palabra (Juan).
- “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis)

La revelación subsecuente nos enseña que Aquel Quien es llamado *Elohim* o Dios en Génesis es llamado *Ho Logos* o Dios en Juan, y todas las cosas sin excepción fueron hechas por Él.

Es un error considerar la “Sabiduría” en Proverbios 8, y el *Logos* en Juan con la idea de que sean idénticos. En Juan el *Logos* es *el Creador*, mientras que en Proverbios, del Creador se dice que *poseía* la sabiduría “en el principio de Su camino”. Así que, si nos damos cuenta de esta importante distinción, también somos consciente de la importancia que se revela en Proverbios 8:22-36 en cuanto al carácter del Creador, el *Logos*, Quien, por Su sabiduría, hace todas las cosas.

Cuando alguien habla en la propia lengua madre, tiene siempre por detrás en mente otros distintos significados al lado del que se entiende primariamente. Por ejemplo, cuando utilizamos las palabras “derecho” y “justicia”, tenemos por detrás en mente la idea de una línea “recta”, o “plomada” de nivel, algunas veces absoluta, inmutable. Del mismo modo, cuando usamos la palabra “errado”, tenemos la débil idea por detrás de un “salirse” o un “deturpar” de lo “derecho”. Similarmente, un griego, o cualquiera que esté familiarizado con el lenguaje griego, no podría utilizar la palabra *arche* en el sentido de “comienzo” sin tener por detrás consigo los varios tipos de significado que conlleva adjunto. Será por tanto provechoso para el lector que se vaya familiarizando con los diversos significados de *arche* en el Nuevo Testamento:

- Un comienzo, en orden de tiempo, tal como en Juan 1:1.
- Un principio o estado original: “los ángeles que no guardaron su primer estado” (Judas 6)
- Autoridad, tanto humana como angelical. *Humana*: “Estar sujetos a las autoridades”; *Angelical*: “Por encima de todo principado y autoridad” (Efesios 1:21).
- El “Principal”, “Cabeza”, o “Principio” como título de Cristo. “He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios” (Apoc.3:34). “He aquí Yo hago todas las cosas nuevas...Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (Apoc.21:5, 6).

En combinación con otras palabras tenemos las siguientes:

- *Archegos*. – Líder, Capitán, Autor (Hebr.2:10; 12:2).
- *Archiereus*. – Sumo Sacerdote (Hebr.2:17).
- *Architecton*. – Arquitecto (1a Cor.3:10).

El título de Cristo “el Principio de la creación de Dios” contiene y sugiere una gran profundidad. Existe una nota Rabínica al primer versículo de Génesis en la cual las palabras “En el principio (*B’reshits*)” se toman como siendo referidas al Mesías, puesto que *rosh* significa tanto “cabeza” como “principio” (compare el equivalente griego *arche*, con el significado de “principal” y de “principio”). El *Logos* creó todas las cosas (en el principio) y Él es en Sí Mismo “el Principio de la creación de Dios”.

Volviendo ahora al Evangelio de Juan observamos cómo se relaciona este comienzo a Aquel Quien es la Palabra. “En el principio ERA la Palabra”. Particularmente se nos llama la atención a la palabra “era” que es parte del verbo *eimi*, “ser”. En contraste a esto leemos en el tercer versículo que “todas las cosas por Él

fueron *hechas*”, siendo que el verbo aquí sea *egeneto*, “venir a existir en concreción” o “venir a ser”. Así, por tanto, debemos desechar la más leve sugestión de que Juan nos esté diciendo que la Palabra solo “*vino a ser*” en el principio. Tan solo y simplemente se nos dice que Él ya “era” en el principio. Aquí tenemos la base del extraordinario reclamo hecho por el Señor en Juan, “Antes que Abraham fuese (*genesthai*, “pasar a ser” YO SOY (*Ego eimi*). Siendo como es “la Palabra hecha carne”, bien pudo decir, “Yo soy *el Pan de vida*”, “Yo soy *el buen Pastor*”. En todos estos casos, el absoluto “YO SOY” viene a ser relativo e inmanente.

Si nos atrevemos a pensar de Dios *como Él es*, estaremos haciendo un intento imposible de lograr. “Nadie ha visto jamás a Dios”. Tanto Juan como Pablo revelan el hecho de que Dios, en Su esencia, sea “invisible”, Él es “espíritu” y ningún hombre ha visto Su “faz” ni ha oído Su “voz”. Sin embargo, este mismo Dios, se revela como siendo esencialmente “amor”, y sabemos además que Él “creó” los cielos y la tierra, y, finalmente, también al hombre en Su Propia imagen. Está claro por tanto que se propuso revelarse a Sí Mismo y, siendo amor, debe inevitablemente desvelarnos este Su amor a la hora de darse a conocer. Él por tanto decidió entre otras cosas limitarse a Sí propio. Él, el Único invisible, se hace visible; por eso es que Pablo puede hablar de la “imagen del Dios invisible”. Aquel cuya voz ningún hombre había jamás oído, pasa a ser audible; y posteriormente leemos que Aquel Quien no sea accesible (1ª Tim.6:16) puede ser “tratado” por los hombres y mujeres del mismo modo que nosotros, aproximándonos de Él (1ª Juan 1:1, 2).

El nombre por el cual Juan es inspirado a exhibir esta gloriosa autolimitación y mediación del Altísimo es el *Logos*, o “la Palabra”. Escribiendo a los Filipenses, Pablo utiliza la palabra *morphe*, “forma”; dirigiéndose a los Colosenses emplea *eikon*, “imagen”; a los Hebreos, *charakter*, (la imagen expresa); mientras que en 1ª Timoteo 3:16, en el centro de una epístola que comienza y acaba con el pensamiento de la *invisibilidad* de Dios (1ª Tim.1:17 y 6:16), refiere el Misterio de la Piedad: “Dios fue *manifestado* en la carne”. En todos estos casos debemos tener cuidado para no emplear ninguno de estos revelados títulos fuera de su contexto. Cada uno tiene su propio asentamiento, y tomados en conjunto proveen una completa y maravillosa presentación de la verdad. La examinación por tanto de estos varios pasajes no puede emprenderse hasta que en primer lugar hayamos examinado con cuidado la sección de apertura del prólogo de Juan (1-5).

Ya hemos dado algunas indicaciones del amplio concepto del *Logos* en la mente de los pensadores de la antigüedad. La razón humana descubrió la necesidad por el *Logos*, pero fue totalmente incapaz de fornecer y suplir la necesaria explicación. El *Logos* fue una sentida necesidad, pero estaba por encima de la capacidad o del poder del hombre proveer una satisfactoria explicación. Las palabras del Profesor Burton sobre este punto son muy sugestivas:

- “S. Juan fue en la medida de lo posible el primero a utilizar el término *Logos* para Cristo. Supongo que lo consideró de aplicación tan universal que no trató de rehuir al hábito del lenguaje popular, sino que conservó su apropiado medio y lo preservó de las extrañas corrupciones”.

Nuestra traducción al castellano de *Logos* como “la Palabra” nos ha llegado proveniente del latín. En los tiempos antiguos se utilizaban frecuentemente dos palabras por los traductores latinos, *Sermo* y *Verbum*, pero con el tiempo *Sermo* cayó en desuso y *Verbum* fue universalmente acepte. Pero Tertuliano (160-220) si bien nos da ambas palabras como una traducción de *Logos*, prefería antes la menos usual palabra *Ratio*.



- “*Logos* significa la “palabra”, pero no en un sentido gramatical, para lo cual tanto se utiliza *rhema*, *noema*, o *epos*, sino siempre igual que *vox*, de la viva palabra hablada, no en su forma externa, sino con referencia al pensamiento conectado con la forma” (Passow).

El *Logos* de 1:1 denota a Cristo como Aquel Quien representa, o en Aquel Quien siempre estuvo escondido, por toda la eternidad, y especialmente desde el principio del mundo, todo aquello que Dios tenía para decirle al hombre. Una vez que Cristo le dijo a Sus discípulos, “Muchas cosas tengo que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar” (16:12), así sabemos que Dios ha ido hablándole al hombre en sucesivas etapas. En su estado original de *inocencia*, el hombre andaba y hablaba con Dios (Gén.3:8), pero, a seguir a su expulsión del Edén, su andar y conversación con Dios fue decayendo en una más y más baja degradación. Entre las naciones, en general, la única voz que fue oída fue la voz de la creación (Rom.1:19, 20; Hechos 14:17; Salmo 19:1-4). El hombre caído, aun cuando había sido especialmente escogido tal como lo fue posteriormente el pueblo de Israel, no puede soportar oír la palabra de Dios directamente, y es por esa razón que leemos: “Y ellos le dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no permitas que Dios hable con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:19). Y a su debido tiempo entonces tenemos la venida del Propio Cristo, y leemos:

- “Dios, Quien en diversos tiempos y de diversas maneras habló en tiempo pasado a los padres por los profetas, nos ha hablado en los últimos días a nosotros por Su Hijo” (Hebr.1:1, 2 R.V.).

Sin embargo, aun cuando el tiempo había llegado para que “la Palabra” apareciese entre los hombres, y cumplierse en Sí todo cuanto ni la Ley ni los Profetas podían haber cumplido, aun así, Él no pudo revelar todo sino hasta que llegó el tiempo para el advenimiento del Espíritu de verdad – Quien no iría a hablar nada de Sí Mismo, sino que “tomará de lo Mío, y os lo hará saber”.

En el Nuevo Testamento encontramos un paralelo muy cercano entre el *Logos* viviente y el *Logos* escrito. Podríamos recopilar una larga lista, pero la siguiente será suficiente para ilustrar lo que decimos:

*La Palabra viviente*

LA VERDAD (14:6)  
 LA VIDA (11:25)  
 EL JUICIO (5:26, 27)  
 EL SANTIFICADOR (17:19)

*La Palabra escrita*

LA VERDAD (17:17)  
 LA VIDA (6:63)  
 EL JUICIO (12:43)  
 EL SANTIFICADOR (17:17)

Estos pocos ejemplos paralelos tomados del Evangelio de Juan podrían ser suplementados por prácticamente cada uno de los libros en el Nuevo Testamento. Hay dos palabras adjuntas a la palabra griega *Logos* que no deben ser ignoradas, y están señaladas por las traducciones “cuenta” y “razón”:

- “Busco fruto que abunde en vuestra *cuenta*” (*logos*) (Filip.4:17).
- “Estad siempre preparados para presentar defensa (*apologia*) con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande *razón* (*logos*) de la esperanza que hay en vosotros” (1ª Pedro 3:15).

Cristo, el *Logos*, le habla al hombre, con el fin de que el hombre pueda conocer los pensamientos de Dios, Quien en Su esencia está por encima de la humana comprensión. En Cristo, el *Logos*, tenemos *la*

razón de Dios para todo cuanto Él ha planeado y hecho, es *el recuento lógico* de la creación y el propósito de las edades. Esto lo veremos más plenamente cuando lleguemos al versículo 18, y tiene su eco repetido en Colosenses 2:2, 3.

La observación que hace el Nuevo Testamento de Webster y Wilkinson en este punto es digna de registrar:

- “La indecisión, inestabilidad y presunción de los Racionalistas Germánicos, en su criticismo sobre este término, son, tanto si intencionales como si no, admirablemente satirizados por Goethe, cuando hace a Fausto traducirlo primeramente “la Palabra”, a seguir “el pensamiento”, después “el poder”, y por último y *por la ayuda del Espíritu*, “el acto”.

Hemos ahora aprendido que antes de todas las cosas y antes de todo tiempo, “era” en existencia intemporal, la Palabra, la Razón, el Arquetipo, el Mediador, el Revelador. La esfera destinada es el mundo, y el recipiente destinatario de la revelación sin precio de Dios es el hombre, no tan solo como todopoderoso e invisible, sino además, a través de la Palabra que se hizo carne, como el Dios Aquel que es amor, y el Dios Aquel que es también Padre.

- “En el principio era la Palabra”
- “Él ha declarado al Padre”

### **La Palabra era “con” Dios (1:1)**

Ya hemos señalado que la verdad contenida en la frase inicial de este Evangelio está por encima de cualquier cosa que pueda ser directamente experimentada humanamente. “En el principio era la Palabra” es una declaración muy sencillamente expresa y fácilmente creíble, sin embargo, refiere una condición de estado enteramente descabida para nuestra experiencia propia. Y lo que es verdad de la frase inicial es además verdad de cada sucesivo eslabón en la cadena de revelación que conforma los cinco primeros versículos. Todo se vuelve claro para la fe, al punto y entre tanto que no procuremos ir más allá de nuestras propias limitaciones, pero tan pronto como intentemos medir lo infinito con la cinta métrica finita nuestra, estaremos introduciéndonos inevitablemente en medio de las aguas movedizas de la confusión. El siguiente vínculo o eslabón en la cadena que se nos presenta es la declaración:

- “Y la Palabra era con Dios”.

El idioma griego es muy rico en partículas, y en el Nuevo Testamento no hay menos de catorce diferentes preposiciones griegas que se traducen todas “con”. Si Juan hubiese estado familiarizado por su personal experiencia con el sujeto o tema del versículo inicial, se habría visto obligado a ejercitar el cuidado más escrupuloso a la hora de determinar cuál de las catorce expresaría el exacto reflejo del significado apropiado al caso; pero, cuando nos damos cuenta que, aun mismo el discípulo amado que había aprendido recostado sobre el seno del Señor en la última cena, no tenía tampoco consigo la posibilidad personal ni el experimental reconocimiento para con las condiciones habidas “en el principio”, entonces podemos fácilmente ver que nada sino la sola y superintendente inspiración de Dios podría infaliblemente seleccionar aquella única preposición de las catorce disponibles que expresaría completamente la verdad. Así, pues, ¿En

qué sentido se dice que estaba el *Logos* “con” Dios? Tomemos en primer lugar la preposición *meta*. Esta es la preposición utilizada por Nicodemo:

“Sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces si no está Dios *con* él” (3:2).

Dios estaba “con” el Señor Jesucristo en el sentido de *meta*, pero ese no es el significado aquí, puesto que Juan no emplea esta palabra. *Meta* no implica una tan próxima e íntima comunión como otras distintas preposiciones que tenemos que examinar. Su significado raíz es “tras”, tal como en la palabra “*Metafísica*”, el tratado escrito por Aristóteles “tras” la unidad sobre física. Denota asociación, sin embargo, por un lado, una cierta cosa no puede venir *tras* otra a menos que esté unida en algún tipo de *secuencia*.

A seguir consideremos la preposición *sun*. ¿Estaría el *Logos* “con” Dios en el sentido que *sun* indique? *Sun* indica una íntima asociación que está implicada por *meta*, y el apóstol la usa con mucha frecuencia hablando de la comunión que existe entre los miembros del Cuerpo Único y Cristo, la Cabeza. Tan solo aparece tres veces en este Evangelio (12:2; 18:1 y 21:3) y nunca se utiliza en las epístolas de Juan ni en el Apocalipsis. Una vez que *sun* no se emplea aquí, concluimos que la Palabra no se representa como siendo meramente “en comunión” con Dios.

Otra posible preposición podría ser *para*. ¿Estaba el *Logos* “con” Dios en el sentido que *para* indica? Esta palabra tanto significa “al lado” como en “paralelo”, y aparece en 16:27, “Yo he venido del Padre” – es decir, “de al lado del Padre”. *Para* podría por tanto emplearse, tal como *meta* también, para indicar una cierta relación entre el Padre y el Hijo, pero ni *meta* ni *para* se utilizan para el caso en cuestión.

No vamos a seguir procurando las posibles restantes preposiciones, sino que iremos a la positiva enseñanza del pasaje. La palabra que actualmente emplea Juan es la preposición *pros*. El *Logos*, tal como Juan lo revela, no estaba simplemente “con Dios” en el sentido de estar coexistiendo, *einai meta* (“Aquel que *estaba contigo* al otro lado del Jordán” 3:26); ni tampoco unido por cosas que mantuvieran en común, *einai sun* (“También éste (hombre) *estaba con Él*” Lucas 22:56); ni en conexión con relaciones locales o de tiempo, *einai para* (“La gloria que *tenía contigo* antes que el mundo fuese” Juan 17:5); sino en un sentido diferente de todos estos, que tan solo puede expresarse por la preposición *pros*.

Ahora entonces, vayamos por un momento al cuarto capítulo de Hebreos, donde se utiliza la misma palabra *pros*. Sería considerado presunción si una persona, al menos que estuviese plenamente capacitado para disertar, sugerir que todas las traducciones existentes de Hebreos 4:13 se hayan equivocado; y sin embargo, tal como veremos, hay mucho que decir en favor de una más literal traducción. La Versión Autorizada tanto como la Revisada ambas ponen “con Quien tenemos que *tratar*”, mientras que otras traducciones alternativas ofrecidas dicen “a Quien tenemos que *dar cuenta*”, o “acerca de Quien sea nuestro *discurso*”. El original es *pros hon hemin ho logos*, o, traducido literalmente “con Quien para nosotros la Palabra”. Podemos ahora comparar esto con Juan, *Kai ho logos en pros ton Theon*, “Y la Palabra estaba con Dios”. Hay tantas cosas en común entre Juan 1:1-5 y Hebreos 1 que debemos considerar posteriormente, que nos sentimos obligados a preguntar la razón por la cual Hebreos 4:13 no debería ser acepte literalmente:

“Porque la palabra de Dios es viva, y poderosa...todas las cosas están desnudas y abiertas ante los ojos de Aquel *con Quien para nosotros es la Palabra*”.

El argumento en Hebreos concerniente a Cristo es el mismo que el de Juan. Hebreos 4:14-16 sigue la referencia a la Palabra que estaba “con” Dios (*pros*) por una alentadora declaración concerniente a la empatía de Aquel Quien ha pasado a través de los cielos hacia el lugar donde ya Él se hallaba anteriormente. No en tanto, ahora debemos dejar de lado este punto tan complicado y volver nuestra atención hacia la más amplia consideración del distintivo significado de la preposición *pros*. Algunos han señalado que *pros* se emplea muchas veces con el verbo *lego*, *laleo*, etc., significando “hablar”. Una traducción muy común de “*pros*” es “a”, como por ejemplo, “le trajo a Jesús” (1:42). También algunas veces se traduce “para con” o “hacia” tal como en Efesios 2:7; y ocasionalmente “para” como en la frase: “Si tenéis alguna palabra de exhortación *para* el pueblo, hablad” (Hechos 13:15). Una traducción muy sugestiva se encuentra en 13:28, “Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué (para qué, con qué intención) le dijo esto”. Observe además el uso de *pros* en los siguientes pasajes:

“Y el fariseo, puesto en pie, oraba *consigo mismo*” (Lucas 18:11).

“Entonces ellos discutían *entre sí*” (Lucas 20:5).

“Tenemos paz *para con* Dios” (Rom.5:1).

“¿Qué comunión (tiene) la luz *para con* las tinieblas?” (2ª Cor.6:14).

Ahora podemos fácilmente “probar” que *pros* en Lucas 20:5 puede a veces implicar por lo menos dos separadas personas, “Ellos razonaban *entre sí*”; pero ¿podemos descubrir dos personas en Lucas 18:11: “oraba *consigo mismo*? Hasta que podamos, no nos dejemos engañar por la muestra de sabiduría que argumente acerca dos separados individuos en Juan 1:1, porque el pasaje dice: “La Palabra *estaba con* Dios”. El hombre confronta un misterio cuando se mira en su propia naturaleza. ¿Cuánto más, por tanto, cuando se confronta con una revelación que afecta la natura de Dios?!

Tal vez podamos captar un relance del significado en Juan si observamos la última referencia que dimos anteriormente. Tal como 2ª Corintios 6 indica, no puede haber comunión alguna entre la luz y las tinieblas. Sabemos que Dios es luz, y que la Palabra era tanto la luz como la vida – y así es como la Palabra estaba y era “con” Dios. Aquí ya no podemos separar las personalidades tal como hicimos en Lucas 18:11 o Rom.7:15-25. Además, confiamos que nadie ha de objetar el argumento que emplea la natura del hombre como guía para con la natura de Dios, pues las propias Escrituras en sí respaldan dicho punto de vista. El hombre fue hecho en la imagen de su Creador, y en el medio de la gracia el “Nuevo hombre” se renueva en el conocimiento según la imagen de Aquel que lo creó (Colos.3:10). Mismo con respecto al hombre natural, Pablo escribe: ¿Pues, qué hombre conoce las cosas del hombre, salvo el espíritu del hombre que está en él? Así, del mismo modo, el hombre no conoce los pensamientos de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1ª Cor.2:11). El hombre, cuerpo, alma y espíritu, todavía sigue siendo un misterio para sí mismo. No deja de ser sino una sombra del Ser ideal, el Propio Dios, y está con toda seguridad fuera de su alcance intentar “explicar” la natura de la Esencia Divina, cuando él propio tiene que confesar que no puede lograr siquiera sin la ayuda de la metafísica que él discierna ni su propia personalidad. Podemos al menos apreciar algo de la intención por detrás de la selección de *pros* en Juan cuando recordamos la manera cómo empleamos la misma idea entre nosotros propios sin ninguna sugestión de física proximidad.

### **La Palabra era Dios (1:1)**

Ahora llegamos a la tercera declaración del primer versículo.

“Y la Palabra era Dios – *Kay Theos en ho logos*”.

Ya hemos visto que el hombre, en su intento por encontrar algunas explicaciones del universo y algún tipo de mediación entre las cosas visibles e invisibles, llegó al cabo de darle a esa mediación algo del nombre que conlleva el *Logos*, pero sin llegar a darse cuenta que el *Logos* era una Persona. Ahora llegamos a la palabra *Theos*, la griega equivalente para “Dios”.

La siguiente citación del *Léxico Griego* del Dr. Bullinger nos dará una idea del derivado de la palabra:

- “*Theos*, Dios. – Un nombre que los paganos reclaman, y empleado en el Nuevo Testamento para el verdadero Dios. Varias derivaciones, antiguas y modernas, han sido propuestas, pero es casi cierto que su origen es proveniente del Oriente y de la raíz sanscrita, *DIU-S*, que significa (1) en el masculino: fuego, el sol, (2) en el femenino: un rayo de luz, día (de ahí la latina *Dies*, (3) en el neutro: el cielo, celestial”.

La traducción de las Escrituras Hebreas conocida como la Septuaginta adopta la palabra *Theos* como la equivalente griega *Elohim* pero con unas pocas excepciones, el singular *Theos* se emplea para traducir la plural *Elohim*.

- “Los propios Talmudistas se persuadieron de una pluralidad expresa en la palabra *Elohim* como para enseñar que, los intérpretes de la Septuaginta, mudaron la noción de propósito...con el fin de que Ptolomeo Philadelfus creyera que los Judíos poseían una creencia politeísta” (Allix)

El Nuevo Testamento sigue el mismo procedimiento, y retiene el singular *Theos* por el plural *Elohim*. Tanto la Septuaginta como el Nuevo Testamento emplean frecuentemente *Theos* por *Jehová*, como por ejemplo en Mateo 4:4, que cita Deuteronomio 8:3. Debe observarse que los mejores textos omiten la palabra *Theos* en Marcos 12:32. En vez de “uno es Dios”, el pasaje debería decir:

“No hay sino UNO (Jehová, esto es, la misma palabra utilizada en Deuteronomio 6:4 pero que, para la cual, el lenguaje griego no suple ningún término equivalente), y otro no hay sino ÉL” (Parkhurst).

Nosotros estamos muy agradecidos de vivir en un día cuando la revelación está completa, y que podamos ver la plena verdad tal como se presenta por el libro de ambos Pactos. Si estuviésemos limitados exclusivamente al Nuevo Testamento Griego podríamos entablar una discusión acerca de la naturaleza de la Deidad resaltando el uso *singular* de *Theos*. Por otro lado, si tan solo tuviéramos el Antiguo Testamento Hebreo podríamos excesivamente destacar el uso *plural* de *Elohim*. Teniendo con nosotros ambos testamentos poseemos la verdad al completo, y solo así se produce la armonía. Antes de intentar considerar la natura de Dios, sin embargo, pensemos por un momento en una o dos declaraciones concernientes a nosotros propios que podrían ser referidas hablando de un ser de un orden diferente.

- “Los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio” (Efesios 5:31, 32).
- “Dios creó al hombre en Su Propia Imagen, en la Imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gén.1:27).
- “Y llamó su nombre Adán...y Adán vivió ciento y treinta años, y engendró un hijo...” (Gén.5:23).

Bien podemos imaginarnos seres de un orden diferente cuando nos confrontamos con estas declaraciones, divididos en campos opuestos y enmarcando teologías y credos distintos, con lo cual se demostraría simplemente su falta de verdadero y unánime reconocimiento. No iremos nosotros aquí a llevar a cabo un tal intento en nuestro estudio. Términos humanamente concebidos podrán ser útiles cuando se refieran a asuntos que nos sean familiares y de nuestro conocimiento, sin embargo, serán, casi seguro, engañosos y causa de muchas amarguras y disputas cuando los utilicemos de asuntos que están fuera de nuestro alcance y percepción. Por Juan sabemos que “la Palabra era Dios”. Si el propio Juan tuvo algunas dificultades y problemas con respecto a esta declaración, eso es algo que no nos dice. Ninguna explicación al respecto se ofrece. Se espera de nosotros que creamos la revelación dada, puesto que Aquel Quien habla es verdadero, y se espera además que examinemos Sus palabras para descubrir en la medida de nuestras capacidades el significado que contengan. No dudamos, por tanto, en preguntar:

- (1) ¿Por qué se invierte el orden de las palabras del uso habitual? Y
- (2) ¿Por qué aparece la palabra *Theos* sin el artículo?

1- *El orden de las palabras.* – En la segunda frase del primer versículo el original es: *Ho logos en pros ton Theon* (“La Palabra era para con Dios”). En la tercera frase, sin embargo, el orden de las palabras se invierte, *Kai Theos en ho logos* (“Y Dios era la Palabra”). Esta mudanza de orden es un ejemplo de la figura denominada en el griego *Hipérbaton* y en el castellano “Transposición”. Esto es:

- “Cuando se quiere llamar la atención hacia una palabra en particular. Podría pasar desapercibida si ocupase su ordinaria posición. Pero si se ubica fuera de su usual lugar, y se pone al comienzo, en vez de al final de una frase, será imposible que el lector la ignore o pase por alto” (*Las Figuras Literarias*, Dr. Bullinger).

La palabra en particular que en este caso se resalta es *Theos*. La figura enfatiza por tanto el hecho de que Aquel Quien se revela bajo el título *Ho Logos* es, en Sí Mismo, verdadera y esencialmente “Dios”. Con unas pocas excepciones, podemos afirmar cual sea el sujeto o el predicado de una frase por la presencia o ausencia del artículo. En todas las tres frases aquí es “La Palabra” el sujeto:

- “LA PALABRA”.- Él es Aquel que era en el principio.
- “LA PLABRA”.- Él es Quien era con Dios.
- “LA PALABRA”.- Él es Quien era Dios.

En paralelo con esta última expresión está la que se encuentra en 4:24, *Pneuma ho Theos*. Literalmente esto sería, “Espíritu el Dios”, pero si lo tradujésemos para que el lector castellano sintiese el mismo efecto que le produciría al oírlo a uno griego, tendríamos: “Dios es (en cuanto a Su esencia) ESPÍRITU” (no “un espíritu”). De igual modo en 1:1, “La Palabra era (en cuanto a Su esencia) DIOS (no “un dios).

2 *La ausencia del artículo.* - Hay algunos quienes traducen esto de este modo: “La Palabra era *un* Dios”, debido a que *Theos* está sin el artículo. Las siguientes referencias, sin embargo, que aparecen todas en el prólogo, serán suficientes para demostrar la incorrección de una tal traducción.

- “Hubo un hombre enviado por un Dios” (6).
- “Potestad de ser hijos de un Dios” (12).
- “Que fue nacido de un Dios” (13).

- “Nadie ha visto jamás a un Dios” (18).

La última referencia del versículo 18 corresponde con la del versículo 1, tal como se ve por la estructura:

- “La Palabra era Dios” (en cuanto a Su sustancia o esencia).
- “Nadie ha visto a Dios” (en cuanto a Su sustancia o esencia).

Un uso similar del artículo, o bien de su ausencia, se encuentra en el versículo 14, “La Palabra se hizo carne”. Sería absurdo que esto se tradujese “La Palabra se hizo una carne”.

La palabra Theos se emplea hablando de Dios en las Escrituras de tres diferentes maneras.

- (1) *Esencialmente*, tal como en Juan 4:24: “Dios es Espíritu”
- (2) *Personalmente*, como del Padre: “Dios el Padre” (Gálatas 1:1). O tal como del Hijo “Del Hijo dice...oh Dios” (Hebr.1:8) o tal como del Espíritu: “El Espíritu Santo...Dios” (Hechos 5:3, 4).
- (3) *Manifiestamente*, tal como de la Palabra: “La Palabra era Dios” (1:1)

En la sección narrativa del Evangelio, Juan utiliza muchas oportunidades para poner de relieve la cuestión concerniente a la Deidad de Cristo. Estos pasajes los iremos viendo en su orden apropiado a medida que vayamos avanzando en la exposición del Evangelio, sin embargo hay tres que la mayoría de los lectores prontamente recordarán:

- (1) “Por eso los Judíos más procuraban matarle, porque no tan solo quebraba el día de reposo, sino que además afirmaba que Dios era Su Padre, haciéndose así igual a Dios” (5:18).
- (2) “Yo y Mi Padre uno somos. Entonces los Judíos tomaron piedras queriendo apedrearle”... ¿cómo Tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios?” (10:30-33).
- (3) “Tomás entonces le dijo, Señor mío y Dios mío” (20:28).

Ya hemos visto que el objetivo de este Evangelio es expandir y probar la verdad revelada en el prólogo, y esperamos venir a tratar en detalle los pasajes citados anteriormente a medida que a ellos vayamos llegando en el transcurso de nuestra exposición.

### **La Vida era la Luz de los Hombres (1:4)**

La gran simplicidad del versículo inicial nos inclina más bien a la adoración en vez de a un más profundo escrutinio, así que seguimos adelante sin intentar dar más explicaciones de aquello que se haya fuera de nuestra esfera. Cualquiera que sea el nombre bajo el cual Él se revela, Dios se nos ha de dar a conocer de una forma tan solo *relativa*. Debemos recordar siempre que las palabras empleadas son símbolos y no las propias *realidades* en sí. El gran objetivo de las Escrituras no es hacer de nosotros teólogos (aunque se está acercando el día cuando hemos verdaderamente de “conocer como fuimos conocidos”), sino enseñarnos nuestra propia necesidad y la provisión de Dios para suplirla teniendo en vista el futuro día de gloria. Nosotros creemos las declaraciones del primer versículo sin reserva alguna, pero eso no significa que hayamos comprendido el misterio de la Deidad. Si Juan hubiese sido inspirado a ocupar varios capítulos en la exposición de este versículo inicial nos habríamos deleitado siguiendo sus pasos, pero no fue lo que hizo. Lo que por inspiración hace es ir guiándonos, desde lo alto de una gloria no creada en el versículo uno, hacia

la “la gloria del unigénito del Padre” en el versículo 14; y a seguir vuelve atrás de nuevo en el versículo final del prólogo, donde la introducción del título “Padre” aparece supliendo el omitido aspecto que podamos haber estado inconscientemente aguardando queriendo entender lo que leíamos de la declaración inicial.

Después de la referencia que introduce a la Persona del Creador, Juan continúa su labor en el versículo 3: “Todas las cosas por Él fueron hechas”. A seguir, por una hermosa transición, sugiere que la “vida” es la física creación, y que la “luz” tuvo que venir a existir en la nueva creación, y así llegamos al punto central del prólogo (10-13), donde nos informa que algunos “no le recibieron”, y otros “le recibieron”. La narración entonces da inicio a su vuelta ascendente, ubicando la nueva creación del versículo 17 en contraste con la creación material del versículo 3, y así regresando al punto de comienzo, la declaración de Dios por Aquel Quien en el principio era la Palabra, y Quien desde la encarnación fue conocido como “el Hijo”. Será en vano que procuremos en el desarrollo de la revelación de este Evangelio por posteriores explicaciones del título “La Palabra”, y nada más tampoco aprenderemos concerniente a la física creación de “todas las cosas”. En vez de eso, vamos a ser guiados paso a paso desde una *señal* a otra *señal*, hasta el gran objetivo del Evangelio, esto es, que podamos llegar a creer que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyendo podamos tener vida a través de Su nombre”. Somos llevados, efectivamente, desde la contemplación de Aquel en Quien nuestra vida *física* se encuentra, hasta Aquel en Quien tan solamente podemos hallar aquella vida que es *permanente*.

Con estas observaciones en mente, ahora debemos retomar nuestro estudio en Juan 1:3, recordando en medio de toda la riqueza de detalles ese fino hilo rojo del amor redentor, el cual no tan solo vincula juntamente el versículo de apertura con el del cierre del prólogo, sino que además nos va apareciendo a través de todo el Evangelio, revelando que, Aquel Quien hace todas las cosas, es “Amor”, y que en la plenitud del tiempo dio a Su Hijo en nuestro respaldo.

Si el versículo 3 hubiese sido una directa continuación del versículo 1, podríamos haber tenido dudas en cuanto si es que la frase “todas las cosas por Él fueron hechas” se refería al Theos, o al Logos, “la Palabra”. El versículo 2 sin embargo nos deja claramente ver que la referencia es a “la Palabra”.

Una traducción literal del tercer versículo se leería: “Todas las cosas a través de Él vinieron a existir, y aparte de Él no vino en existencia nada de lo que pasó a existir”. Bien podemos no aprobar esto como siendo una sentencia o frase castellana, sin embargo tiene el mérito de obligar al lector a percibir, en la insistencia del verbo *ginomai*, el entendido contraste entre el Creador y todas las cosas que Él ha creado. *Ginomai* significa “pasar o venir a ser” o “pasar a existir”, tal como en Hechos 12:18 “Qué había sido de Pedro”. La palabra se utiliza también frecuentemente en el sentido de “hacer” (1:3) y “venir a suceder”, “a ocurrir” o “a nacer” (Gálatas 4:4). *Ginomai* es esencialmente una palabra que denota *origen*, y palabras tales como “generaciones”, “engendrar”, “padre”, son derivadas suyas. En contraste con *ginomai* tenemos el verbo *eimi*, “ser”, que encontramos en los dos primeros versículos. El lector tal vez aprecie mejor el contraste si vamos al original de 8:58:

“En verdad, en verdad te digo, antes que Abraham viniese a ser (*ginomai*), Yo soy (*ego eimi*).

Los Judíos entendieron perfectamente lo que tales palabras comportaban. Una afirmación de ese tipo la consideraban como una “blasfemia” (10:31-33), y leemos que tomaron piedras para apedrearle (8:59).



Tiene que hacerse siempre una fundamental distinción entre Aquel Quien puede decir “Yo soy”, el Único Quien era “en el principio”, y todos cuantos han *venido a existir (ginomai)* como finitas criaturas. Posteriormente en nuestro estudio de este prólogo iremos a descubrir que, después que la Palabra se hiciera carne, de Él referido, entonces sí se emplea la palabra *ginomai*. Esto, sin embargo, debemos dejarlo para más tarde. Ya hemos señalado que cada Evangelio mantiene su propio punto de vista, y es interesante observar que Juan es el único de los cuatro evangelistas a exhibir el clamor representado en el tercer versículo.

Pablo también mantiene su propio y particular punto de vista, y arroja mucha luz a la hora de comparar la vía por la cual se refiere a la misma verdad. Donde Juan dice “Todas las cosas por Él fueron hechas”, Pablo escribe en Colosenses, “Todas las cosas por Él fueron creadas”. Juan deja de lado la expresión “todas las cosas” sin más explicaciones, sin embargo Pablo, cuyo tema es Cristo como la Cabeza de la Iglesia y la gloria de la dispensación del Misterio, expande por su vez la idea de la creación de todas las cosas, y nos habla de las “cosas que están en el cielo, y las que están en la tierra, visibles e invisibles”. Además, en armonía con su tema en Colosenses – la esfera de bendición perteneciente al Misterio – continúa diciendo: Sean tronos, o dominios, o principados, o potestades; todas las cosas por Él fueron creadas, y para Él” (Colos.1:16).

Donde Juan habla de Cristo como siendo “la Palabra”, Pablo nos refiere a Cristo como “la Imagen del Dios invisible”. Además, el lector ha de observar que, mientras que Juan difiere o aplaza el título “el Unigénito del Padre” hasta que la Palabra se “hace carne”, Pablo regresa más atrás, al principio, y habla de Él como “el Primogénito de toda criatura”.

En su epístola a los Hebreos, el apóstol habla del Señor y la creación en un distinto conjunto de términos. Habla de Cristo como siendo “la expresa Imagen de Su persona”, o “el externo y manifiesto carácter de su sustancia invisible” (Hebr.1:3), y además refiere a la tierra, cuya fundación Él ha sido Quien ha depositado, y al cielo, que por Su mano fue hecho. El apóstol se refiere a estas cosas como siendo transitorias y destinadas a desaparecer, enfatizando así la necesaria lección de que Cristo “permanece” – una lección que los Hebreos precisaban y mucho de aprender, una vez que todo cuanto ellos consideraban las cosa más vitales (la ley, el sacerdocio, los sacrificios, el templo) también tenían que desaparecer. Cada uno de los libros de la Biblia trata con algún nuevo aspecto de la Persona y Obra de Cristo.

El lector observador ya sabe que cuando Agustín cita Juan 1:1-4 en su *Confesiones* (pag.17) divide los versículos 3 y 4 de una manera un tanto diferente de la que encontramos en la Versión Autorizada. En vez de “Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada se hizo de lo hecho. En Él estaba la vida”, él dice: Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo: aquello que fue hecho por Él es vida”. Esta traducción se pone al margen de la Versión Revisada. Rotherham, por otro lado, adopta esta lectura, y pone en cambio la puntuación de la Versión Autorizada al margen, mientras que Alford cita el empleo de Juan y da las razones gramaticales por las cuales mantiene la traducción de la Versión Autorizada. El comentario de Webster y Wilkinson es el siguiente:

- “Muchos de los antiguos comentadores traducen, *ho gegonen en hauto zoe en* – “Cualquier cosa que ha venido a existir deriva su origen y existencia de Él”

Cualquiera que sea la puntuación que al fin y al cabo aceptemos, el significado del apóstol permanece intacto. Así como Pablo pudo decir que “en Él vivimos, y nos movemos, y existimos”, del mismo modo Juan revela que, en Él, Quien era la Palabra y Quien en la encarnación se dio a conocer como siendo el

Unigénito del Padre, estaba la vida. Y a seguir, transfiriendo su pensamiento desde el medio físico al espiritual, traduce “vida” en términos de la “luz” y dice: “La vida era la luz de los hombres”.

Así como Dios divide separando la luz de las tinieblas, del mismo modo leemos:

“Y la luz resplandece en las tinieblas; y las tinieblas no “prevalcieron” (1.5).

La palabra “prevalcieron” aquí es una traducción de *katalambano*, proveniente de *kata*, una intensiva, y *lambano*, “tomar”. En la voz media gramatical estaría bien traducida, pero cuando aparece en la activa o pasiva, su significado es preminentemente “percibir”, “captar”, “asimilar”. Y así en Juan 8:3, 4 leemos: “sorprendida (*tomada por sorpresa*) en adulterio”, o en 12:35: “no os sorprendan (*sobrecojan*) las tinieblas”; y en 1ª Tesalonicenses 5:4: “Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que el día no os sorprenda (*sobrecoja*) como ladrón”.

Algunos leen Juan 1:5 como si la idea fuese que las tinieblas no se sobreponen o dominan a la luz. Sin embargo, y aun cuando sea cierto, el significado primario “percibir” nos parece ser el más apropiado en este caso: “las tinieblas no la percibieron” y la razón nos parece ser la siguiente: La tiniebla física se desvanece y dispersa así que resplandece la luz, sin embargo, la tiniebla espiritual y mental es más parecida con una densa niebla que permanece oscura y gris aun cuando la luz del sol esté brillando. Que este es el significado del escritor podemos claramente verlo leyendo el versículo 11, “A los suyos vino, y los Suyos no le recibieron (*paralambano*)”. La súbita transición al ministerio de Juan el Bautista en el versículo 6 demuestra que Juan no está tratando con la cuestión del medio físico de la vida y la luz, sino que está empleando la analogía de la creación para enfatizar la verdad de las cosas espirituales. Esto se confirma por la estructura del pasaje que aquí exhibimos.

C 1:3. Todas las cosas por Él fueron hechas (*egeneto dia*).

C 1:17. La gracia y verdad por Jesucristo vinieron por Jesucristo (*egeneto dia*).

Cristo es el Originador en ambos medios. Él es la Fuente y Manantial, tanto de la vida física como de la luz, tanto de la gracia espiritual como de la verdad.

Teniendo este aspecto presente, observemos además que el versículo 4: “En Él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres”, se equilibra por el versículo 16: “De Su plenitud tomamos (o hemos recibido) todos”. El último versículo es realmente una expansión del principio espiritual anterior. Con el prólogo ya concluido, Juan regresa una vez más al testimonio de Juan el Bautista y esta vez tratándolo en detalle (19-36), enfocando nuestra atención sobre el gran propósito para el cual había venido – esto es, testificar que el Mesías tenía que manifestarse a Israel (31). En el prólogo en sí, en vez de referir al Cordero de Dios, o al Mesías de Israel, Juan deja de lado el tema del *Logos* y nos habla de “vida” y “luz”. En el versículo 7 nos dice que Juan el Bautista fue enviado “para dar testimonio de esa Luz, para que todos los hombres a través de él (esto es, del testimonio de Juan el Bautista) puedan creer”. El mismo escrupuloso cuidado que diferencia entre la Palabra Quien “era”, y toda la creación que “vino a existir”, se evidencia de nuevo en el versículo 8, donde se dirige nuestra atención al hecho de que Juan “no era esa Luz”. Posteriormente en este Evangelio leemos que Juan el Bautista tan solo “era antorcha que ardía y alumbraba” (5:35), no “la luz” en sí, sino una “lámpara”. La distinción es similar a la que encontramos en Génesis 1, donde la “luz” en el versículo 3 es *or*, mientras que la palabra para “lumbres” en el 14 (refiriéndose al sol y la luna) es *maor*.

Otra muy hermosa ilustración del carácter del servicio de Juan se encuentra en 1:23. El propio Cristo es descrito como “la Palabra”; Juan, por otro lado, se describe a sí mismo como “una voz”. ¡¿Qué más grande servicio puede cualquiera rendir que este aquí expreso en este versículo?! - ¡Ser una voz para dar a conocer la Palabra, una lumbrera a través de la cual pueda brillar Su luz, un dedo indicador erguido señalando al Cordero de Dios! Un tal ministerio ha de guiar a cuantos vengan a estar bajo su influencia a dejar de lado al propio que testifica, con el fin de seguir adelante al Único Testificado. Tal como leemos en 3:30: “Es necesario que Él crezca, pero que yo mengue”.

En el versículo 8, él “fue enviado para dar testimonio de la Luz”, donde se emplea la preposición *peri*. El lector recordará muchas palabras en nuestro lenguaje que comienzan con estas cuatro letras – por ejemplo, “perímetro”, que significa “circunferencia”; “periodo”, un ciclo de tiempo; y “perífrasis” una manera de hablar en rodeos. La idea en este versículo es que Cristo era el centro alrededor del cual gira el ministerio de Juan. Su testimonio giraba en vuelta de Él.

Ha tenido lugar mucha discusión acerca del significado del apóstol en el versículo siguiente:

Literalmente, “Aquella luz verdadera, que alumbr a todo hombre, viene a este mundo”. La encrucijada del problema está en el verbo “viene”. ¿Se refiere a todo hombre que viene a este mundo, o a la verdadera luz?

La traducción y observación de J.N Darby son dignas de citar en este punto:

- “La verdadera luz era aquella que, viniendo al mundo, alumbr a cada hombre”.
- “O, es luz para cada hombre”. No “ilumina” sino que “arroja su luz sobre”. Yo juzgo que no es, “cada hombre que viene”, a pesar de lo que digan los antiguos. “Viene al mundo”, es una expresión Rabínica para “hombre”, es cierto, pero aquí se refiere a la encarnación tal como el versículo 10 demuestra. El punto de vista de los Padres del asunto es Platonista, el cual Juan refuta en cada punto. La introducción de *antrophon* hace con que la citación de la expresión Rabínica en cuanto al argumento para la interpretación “cada uno que viene al mundo” sea un error: pues el uso Rabino “Viniente al mundo” es equivalente a los “hombres”.

El testimonio del propio Señor nos parece ser conclusivo aquí:

“Yo, la luz, he venido al mundo, *para que todo aquel que cree en Mí* no permanezca en tinieblas” (12:46).

“Y esta es la condenación, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (3:9).

Una persona bien puede estar dándole la luz, y sin embargo carecer de iluminación. Las tinieblas bien pueden fracasar a la hora de percibir la luz, aun cuando la luz sea tan brillante como el sol. Una vista de ojos en la estructura confirma este significado, pues la palabra *erchomenon* “vino”, se equilibra en balance por *eskenosen* “habita”, refiriéndose ambas palabras a la encarnación, la venida al mundo de “la Palabra hecha carne”.

Ahora llegamos al miembro central del prólogo, la gran división de los caminos.

## La Revelación, su Recibimiento o Repudio (1:10-13).

Hemos ido descendiendo por una serie de seis pasos, desde el “principio”, recorriendo a través del acto de la creación y la vital función de la luz, hasta el testimonio de Juan el Bautista en conexión con la verdadera luz que “vino al mundo”. El séptimo paso nos guía al gran aspecto del “recibimiento” o del “repudio”.

Si la “revelación” prueba su efecto, debe ser por algunos “recibida”; de otra manera sería estulticia. El propio objetivo para el cual vino el Señor al mundo se anula por la incredulidad. Si fuese verdad que no haya habido ninguno que creyese o que venga a creer, entonces todo el esquema de la revelación y la redención habría llegado a un súbito final. Este, gracias a Dios, nunca ha sido el caso, y Su propósito por tanto sigue avanzando en desarrollo. Será bueno para nosotros, no en tanto, echar un vistazo al lado negativo por un instante, una vez que con eso podemos apreciar más plenamente el lugar que ocupa la fe en el plan Divino. Así como no se puede comprar sin haber quien venda, ni saber que hay música sin haber quien escuche, o tampoco del color si no hay retina, así tampoco puede haber revelación si no hay su recepción. Bien pudo Dios haber hablado, por supuesto, pero el único resultado habría sido una serie de ecos vacíos transcurriendo a través del tiempo. Volviendo ahora a la estructura del pasaje, observamos que los versículos que estamos viendo ocupan la posición central, y que tratan con la cuestión del recibimiento o el repudio.

G 1:10, 11. No le recibieron (*parelabon*).

G 1.12. Le recibieron (*elabon*).

El lector debe observar cuidadosamente la diferencia entre el versículo 10 y el 11. En el primer versículo leemos: “En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció”. Esto no se refiere al nacimiento en Belén, sino al hecho de que el Creador, aunque estaba “en el mundo” en Su providencia y hecho manifiesto por las obras de Sus manos delante de todos, no obstante, era desconocido – “el mundo no le conoció”. El apóstol expresa un pensamiento similar:

- “...el Dios viviente, Quien hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que en ellos hay...no se dejó a Si Mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvia del cielo y tiempos fructíferos , llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (14:15-17).

Sin embargo, a pesar de todo de todo este derramamiento de “bondad y bienes” sin reservas, el mundo no le conoció. La revelación de Dios en la creación vuelve de nuevo a referirse en Romanos:

- “Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas hechas, de modo que no tienen excusas...habiendo conocido a Dios...no aprobaron tener en cuenta a Dios” (1:20, 21, 28).

Volviendo al Evangelio, Juan, en el versículo 11 deja de lado la creación, donde la Palabra “era” e “hizo”, y sigue adelante hacia la encarnación, donde toma ahora la Palabra “viene, o pasa a ser”. “A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron”.

- “En el mundo Él ESTABA”, *en to kosmos en*.

- “A lo Suyo Él VINO”, *eis ta idia elthen*.

La expresión “lo Suyo” se repite dos veces en el versículo 11, y en la Versión Autorizada se repite sin alteración alguna. Pero hay, sin embargo, una diferencia entendida en el original que debe observarse. La primera ocurrencia “A lo Suyo vino” es *ta idia* (neutro), mientras que la segunda “los Suyos no le recibieron” es *hoi idioi* (masculino). Las mismas palabras griegas se utiliza en 19:27 y en Hechos 21:6, y Moulton da un número de referencia al uso de este término en el Papiro. La referencia posterior también ilustra el uso del masculino *hoi idioi* para “la relación de alguno”. Cuando Cristo nació en Belén “Él vino a Su propiedad”, pues el territorio era peculiarmente Suyo: “el territorio no será vendido, porque Mío es el territorio” (Lev.25:23). Cuando Cristo vino a Jerusalén, de nuevo “a lo Suyo vino”, puesto que, de esta ciudad, por Daniel se dice de ella que sea “Tu ciudad”, “la ciudad que es llamada por Tu Nombre” (Dan.9:16, 18). Además, cuando Cristo vino a Israel, “Él vino a los Suyos”, pues del pueblo de Israel leemos: “El Señor Tu Dios te ha escogido para ser un pueblo especial para Sí Mismo” (Deut.7:6).

La palabra “recibir” en el versículo 11 es *parelabon*, y siguiendo la referencia a Su venida a los Suyos, implica una oferta que ellos no “aceptarían”. El Dr. Weymouth traduce la palabra “no le dieron la bienvenida”. En el versículo 12 la palabra “recibir” es simplemente *elabon*, que es paralela con “creencia” al final del mismo versículo. Si el “propio pueblo” del Señor que “no le recibieron” son Israel, ¿quiénes, entonces, son aquellos que le recibieron? Si respondemos que aquellos que le recibieron fueron “algunos de Israel” pareciera como si la declaración del versículo 11 fuese demasiado determinante. Hubo ciertamente un remanente de creyentes a través de los Hechos que pertenecían a Israel, sin embargo en Hechos 28, se pone de manifiesto que “Su propio pueblo en la totalidad no le habían recibido. Los otros Evangelios guían al lector paso tras paso hacia la crisis del repudio del Señor. Juan, por otro lado, ubica este punto en su prólogo, y la totalidad del Evangelio se escribe con el previo conocimiento de que Israel había fracasado. Juan habla del “mundo”, y del “otro rebaño” que debía ser procurado, y su testimonio se relaciona a la revelación que ya anteriormente había sido hecha en las epístolas de Pablo.

Leemos, de aquellos que le recibieron, que el Señor les dio “potestad de venir a ser hijos de Dios” (1:12). Las palabras “potestad” e “hijos” aquí precisan de una pequeña revisión. La palabra traducida “potestad” es *exousia*, proveniente de *exesti*, “legal”. Por ejemplo, “No te es *lícito* cargar tu cama” (5:10). Un poco más adelante en el mismo capítulo nos encontramos con *exousia* “y le ha dado a Él potestad (autoridad) para ejecutar también juicio, por cuanto Él es el Hijo del Hombre” (27). La palabra se utiliza constantemente, por ejemplo, “quien tiene autoridad” (Mat.7:29), ¿Con qué autoridad? (Mat.21:23). Usualmente se traduce “poder” o “potestad”, tal como en la frase “principados y potestades” (Efesios 1:21), y “el príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2:2). La última ocurrencia en el Nuevo Testamento se halla en Apocalipsis 22:14, “para *tener derecho* al árbol de la vida”. No es bien una cuestión de “poder” en Juan 1:12, sino de “tener derecho a” o “autoridad para”. Cuando Israel como una nación fue puesta de lado en repudio, el Señor le dio a todos cuantos creyesen, sin tener en cuenta la nacionalidad, el “derecho” o “autoridad” de venir a ser “hijos de Dios”.

La palabra para “hijos” también precisa ser revisada. Hay dos posibles palabras que pueden ser traducidas “hijos”, *huios* y *teknon*. *Huios* aparece en 1:18: “El Hijo unigénito”, y con *thesia* se forma la palabra traducida “adopción”, “darse la posición y dignidad del heredero”. La palabra se emplea en 1:12, sin embargo, no es *huios* sino *teknon*. En su epístola Juan utiliza *huios* veinticuatro veces, pero nunca en conexión con el creyente. Las familiares palabras de 1ª Juan 3: “Para que seáis llamados los hijos de Dios...Ahora somos los hijos de Dios”, no son una correcta traducción. En ambos casos la palabra que se

emplea es *teknon* “afiliados”. Por otro lado, tenemos correctamente traducido el título familiar “los hijos de Israel”, y no “los afiliados de Dios”. Filiación (o “adopción”) le pertenece en la tierra a Israel (Rom.9:1-4). Cuando Israel fracasó en su cometido (Hechos 28), el Señor no les dio a quienes Juan ministraba el mismo derecho de filiación de Israel, sino antes bien el mismo derecho de ser llamados “*los afiliados*, pero en otro sentido, de Dios”.

Juan utiliza la palabra *teknon* en el capítulo 11 de su Evangelio, donde el Señor habla de “*los hijos de Dios que estaban dispersos*” (52). Está claro en este pasaje que aquellos llamados “hijos” estaban fuera, o viviendo como extranjeros, de la nación de Israel, pues leemos: “Y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno *a los hijos de Dios (de Israel) que estaban dispersos*”. Aquellos que ahora reciben este maravilloso privilegio son descritos como siendo los que “creen en Su nombre” (1:12). La idea del “nombre” en la Escritura es de suma importancia. El “nombre del Señor” simboliza su naturaleza. Cuando el niño Cristo nació, recibió dos nombres:

- “...llamarás Su nombre JESÚS; porque Él ha de salvar a Su pueblo de sus pecados”.
- “...le pusieron por nombre EMMANUEL, que siendo interpretado, es, Dios con nosotros” (Mateo 1:21, 23)

Podremos observar que ambos nombres tienen su propio y distintivo significado, y se da la interpretación. Por la manera en la cual utiliza Juan el “nombre” (20:31) nos aparece resumido todo el carácter Mesíasico del Señor:

- “Pero estas están escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida a través de Su nombre”.

En la gran oración del capítulo diecisiete encontramos un cuádruplo énfasis puesto sobre el nombre del Padre.

A 6 He manifestado Tu *nombre* a todos cuantos del mundo me has dado.

B 11 Ya no estoy en el mundo. A los que me has dado, guárdalos en Tu *nombre*

B 12 Cuando estaba con ellos en el mundo Yo los guardé en Tu *nombre*.

A 25, 26 El mundo no Te ha conocido. Yo les he dado a conocer Tu *nombre*.

Para apreciar plenamente el significado del “nombre” debemos antes saber algo de las condiciones y costumbres en los tiempos del Antiguo Testamento. Cuando la ley y el orden no se regían por la misma mecánica legal que en los días actuales, un hombre que tuviese que ser llamado a responder era “llamado en el nombre de su parentesco”. De ahí que en el Salmo 20:1 (denominado el Salmo del Nombre) encontremos el “nombre” del Señor en el cual puede el creyente obtener refugio:

- “...el *nombre* del Dios de Jacob te defienda”.
- “...alzaremos pendón en el *nombre* de nuestro Dios”. (20:5)
- “Estos confían en carros, y aquellos en caballos; más nosotros del *nombre* de Jehová nuestro Dios tendremos memoria. (20:7).

Teniendo esto en cuenta podemos decir que, aquellos que “le recibieron” y “creyeron en Su nombre”, le aceptaron en la plenitud de todo cuanto Su nombre representa – tanto siendo la Palabra (Su nombre “en el

principio”) y como “Jesucristo”, (Su nombre a cuando “la Palabra vino a hacerse carne”). La palabra traducida “en” en la expresión “creyeron *en* Su nombre” es *eis* y literalmente significa *a*. Esta palabra generalmente *indica* la creencia de una persona; la más plena palabra *epi* (en o sobre) denota dónde la confianza puesta, la cual es un desarrollo o avance de Juan 1:12. En el versículo 13 leemos:

- “Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”.

Es interesante preguntarse si es que este versículo complete la declaración del versículo 12, o si sirve en cambio de introducción para la gloriosa doctrina del versículo 14. Tal como se hace la traducción en la Versión Autorizada (y la Reina Valera), las palabras “ los cuales...son engendrados”, siendo plural, debe necesariamente referirse a aquellos que creyeron, cuyo nuevo nacimiento es enteramente distinto de la “sangre” – esto es “ancestralmente” – y por la “voluntad de la carne” y la “voluntad del hombre”. Griesbach, sin embargo, ha llamado la atención a una traducción diferente. En vez de *hoi...egennethesan*, él pone *hos...egennethe*, “Quien (singular) no fue nacido de sangre...sino de Dios”. Esta lectura significaría que el versículo 13 se refiere a Cristo.

*La Companion Bible* hace la siguiente observación en conexión con este versículo:

- “Pero antecedente a cualquiera de los antiguos MSS., Ireneo (año 178), Tertuliano (208), Agustín (395) y otros Padres dicen “Quien fue nacido” (Singular y no plural). Concordando así el *hos*, (Quien) con el *autou* (Su nombre. En el griego, *onoma autou*, el nombre de Aquel). El versículo 14 continúa hablando de la encarnación de Aquel Quien no fue engendrado a través de humana generación. El *Codex Latin Veronenses* (anterior a la Vulgata de Jerome) pone *Oui...natus est*. Tertuliano... adscribe la lectura del texto Recibido hecha al artificio del *Valentinian Gnostics* del segundo y tercer siglo. Vea la “Enciclopedia Británica”, onceava (Camb.) edición, vol.27, pags.852-7”.

Es evidente por la nota anterior el Dr. Bullinger (quien preparó personalmente las notas hechas al décimo capítulo antes de su muerte) que él creía que “Quien fue nacido” era la verdadera traducción. Sería demasiado demorado que ahora nos parásemos a emitir una opinión más detallada en este punto. Podrá verse, no en tanto, que cada palabra en el versículo 13 se aplica más apropiadamente a Cristo “hecho carne” que a los “creyentes”, pues difícilmente sería necesario decir que un creyente no fue “nacido de la voluntad de la carne”. En cualquier caso, y esto es bueno referir, no se modifica ninguna verdad doctrinal ni un poco siquiera, cualquiera que sea la traducción que adoptemos. Todo lo que podemos decir es que la proximidad de la encarnación en el versículo 14, y la manera en la cual el versículo 13 nos va guiando hacia ella, es un argumento en favor de la lectura sugerida por Griesbach y adoptada en *La Companion Bible*.

### **La Palabra hecha Carne (1:14) La Gloria del Unigénito del Padre**

La estructura del prólogo se asemeja bastante a la letra V. Comienza con un descenso inclinado desde el primer versículo hasta el punto más bajo alcanzado en el versículo 14, y después, desde este punto en adelante, tenemos un ascenso inclinado hasta que vemos el Hijo de Dios “de vuelta a donde Él estaba anteriormente”. Ahora llegamos al versículo 14, donde tenemos las maravillosas palabras:

- “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, (y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Debe observarse que Juan no hace referencia alguna a los varios aspectos en conexión con el nacimiento actual de Cristo que fueron referidos por Mateo y Lucas. Ni tan siquiera menciona a María, la madre de Cristo, sino cuando el Señor está a punto de iniciar Su público ministerio; y si bien María se mencione diez veces en el Evangelio, nada se dice al respecto del nacimiento virginal ni al cumplimiento de la profecía en Belén, excepto en una discusión entre los Judíos que tan solo sabían que Cristo provenía de Galilea. Pareciera como si Juan se refrenase de propósito de señalar el cumplimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento – un aspecto muy recurrente y significativo del Evangelio de Mateo, el cual fue escrito particularmente para todos cuantos las conocían bien – y, en vez de eso, Juan nos va poniendo delante una evidencia detrás de otra hasta que por su peso nos inclina a decir, con Tomás, “Señor mío, y Dios mío”. Tomás no estaba convencido por ninguno de los reclamos de la Escritura de que Jesús fuese el Cristo, ni que hubiese de nuevo resucitado. Tan solo se convencería por el testimonio de sus propios sentidos.

- “...pon aquí tu dedo, y mira Mis manos; y acerca tu mano, y métela en Mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27).

En el caso de Natanael, también, la evidencia fue personal en vez de escritural. Estaba convencido que el Señor era el Hijo de Dios y el Rey de Israel, no por el cumplimiento de la profecía, sino por la evidencia de un carácter puramente personal – “Porque te dije, te vi debajo de la higuera, crees” (1:50). Así, pues, aquí en el prólogo, nada vemos que nos diga Juan acerca de la profecía de Isaías 7:14, lo cual vemos resaltado en Mateo, ni tampoco nos dice nada acerca de la revelación hecha por Gabriel a María que vemos en Lucas. Tan solo nos dice que: “la Palabra se hizo carne”, y a seguir nos da su testimonio personal, “nosotros vimos Su gloria”.

A medida que prosigamos en nuestro estudio estamos convencidos que nosotros también hemos de ser capaces de ver Su gloria, así como iremos adquiriendo un muy satisfactorio reconocimiento de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

Las ocurrencias de la palabra “carne” en relación a Cristo en los Evangelios Sinópticos son realmente muy pocas. Si las palabras de Mateo 26:41 y Marcos 14:38, “la carne es débil”, se interpretasen como siendo las palabras del Señor con referencia a Él propio y a Su física debilidad en el huerto de Getsemaní, constituirían la única referencia a Su “carne” hallada en estos dos Evangelios, mientras que Lucas tan solo contiene una única referencia (24:39), donde el resucitado Cristo dice: “Un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que Yo tengo”. En contraste con estas tres pocas evidencias en los Evangelios Sinópticos (o una sola, si es que las de Mateo y Marcos consideremos de dudable aplicación) tenemos “siete” referencias en el Evangelio de Juan, y tres más en Sus epístolas. Estas siete se hallan en 1:14 y 6:51, 52, 53, 54, 55, 56. La expansión de 1:14 en 6:51, donde el Señor dice: “El pan que Yo daré es Mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo”, nos muestra el propósito esencial de la encarnación. La misma idea encontramos en Hebr.10:5: “Sacrificio y ofrenda no quisiste, Me preparaste un cuerpo”.

Las tres referencias en las epístolas son 1ª Juan 4:2, 3 y 2ª Juan 7. Estas tres referencias se hallan en un solemne contexto.



- “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo *ha venido en carne*, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo *ha venido en carne*, no es de Dios.
- “Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo *ha venido en carne*”. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

Juan utiliza dos diferentes modos del verbo “venir” en estas dos epístolas. En los dos primeros pasajes está hablando del hecho histórico, y de ahí que el verbo sea *eleluthota*, el pretérito perfecto, que significa como está escrito “ha venido”. En 2ª Juan 7, por otro lado, no es una cuestión de tiempo, y se emplea el participio presente, *erchomenon*. En el primer pasaje es una cuestión de *historicidad* de la encarnación; en el segundo se trata de su *posibilidad*. En la más temprana Iglesia no se atacaba la Deidad de Cristo, sino Su humanidad. Hoy en día el péndulo se inclina más sobre el extremo opuesto, y los “humanistas” han insistido tanto sobre la esencial humanidad de Cristo que han minimizado o mismo negado Su equitativa Deidad. Ni la Deidad ni la humanidad de Jesucristo pueden ser comprendidas de manera separada. Tienen que ser consideradas en conjunto. Esta esencial unidad se refiere en 1ª Juan 5:8, la última frase del versículo debería haber sido traducida, “y los tres son para con el único”, es decir, para con la unidad única que se obtuvo entre la humanidad y la Deidad del Hijo de Dios. Esto también se ve de manera muy clara en las epístolas de Pablo. En Romanos 1:3 por ejemplo leemos que el Señor provenía “de la simiente de David según la carne”; mientras que en Romanos 8:3 el apóstol salvaguarda “la semejanza de carne de pecado”. En la misma epístola encontramos el resonante término empleado en conexión con Su Deidad:

- “...de quien según la carne vino Cristo, Quien es sobre todos, Dios bendito por los siglos de los siglos” (9:5).

Tanto en Efesios como en Colosenses nos encontramos con referencias a “Su carne”, y al “cuerpo de Su carne”, mientras vemos que “Aquel Quien es “Dios” y “Creador” en Hebr.1:8, viene a ser partícipe de “carne y sangre” en Hebr.2:14.

Volviendo al Evangelio de Juan, encontramos que hay seis referencias al *soma*, “cuerpo”, cada una refiriéndose al cuerpo físico del Señor (2:21; 19:31, 38 dos veces, 40; 2:12). En 1:1, donde leemos que “la Palabra era Dios”, el verbo es *eimi* “ser”, sin embargo en 1:14, “La Palabra se hizo carne” es *ginomai* (“llegar o pasar a ser”. Los dos verbos aparecen juntos en 8:58, donde el Señor dice de Sí Mismo, “Antes que Abraham viniese a existir (*ginomai*) Yo soy (*eimi*)”. En 1:1, 14 tenemos dos modos de existencia, pero tanto cuanto pueda el verbo modificarse, la Persona sin embargo permanece. Él era tanto la Palabra después de Su nacimiento en Belén como lo era “en el principio”.

*Y habitó entre nosotros.* – La palabra “habitó” aquí es *eskenosen*, proveniente de *skene*, una “tienda” o “tabernáculo”. La palabra se asocia a la hebrea *shaken*, “habitar como en un tabernáculo”, y nos da la expresión – generalmente utilizada sin el reconocimiento de su verdadero significado – El *Shekinah* glorioso”. El apóstol no tan solo entiende por el uso de esta palabra la indicación del carácter transitorio de esta vida en la cual se mantuvo el Señor durante treinta y tres años (vea 2ª Cor.5:1), sino que además se está refiriendo al tabernáculo en el desierto como siendo un tipo de Cristo. Cuando llegamos al segundo capítulo encontraremos al Señor hablando también del Templo como siendo una figura de Su cuerpo. Aquí es el tabernáculo. Todo cuanto el tabernáculo tipifica, con su trono de misericordia, su arco, luz, proposición, altar de incienso, y velo, todo llega a verse en concreción y en realidad en la “Palabra hecha carne”. Las palabras “gracia y verdad” en el versículo 17 realmente significan una misma cosa, “verdadera gracia”. Es

decir, aquello que era real y ante-tipo en contraste con las sombras y tipo de la ley. Esto de todas formas lo veremos más detalladamente cuando lleguemos al versículo correspondiente.

La Versión Autorizada ubica en paréntesis las palabras “Y vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre”. En el original, el lector se quedaría sorprendido con la oleada de palabras que aquí se emplean, que literalmente dicen: “Gloria como la de un unigénito de un padre”. Esto se observa al margen en una nota de la Versión Revisada, y en otras versiones revisadas tales como la de Rotherham, Darby, y Cunningham. La intención de apóstol parece ser: “Vimos Su gloria, una gloria tal como la que se asocia a alguno único generado de un padre”. La palabra “padre”, si bien en último caso se refiera al propio Dios en sí, aquí se utiliza en un sentido general. La gloria que fue vista por los afortunados discípulos no era la “gloria” que el Salvador “tuvo” con el Padre “antes que el mundo fuese” (17:5), pues una tal gloria, que todavía aguarda por ser desvelada y manifiesta (17:24), fue suavizada y velada mientras el Salvador vivió aquí y portaba consigo un cuerpo en semejanza de pecado. La “gloria” referida aquí por el apóstol en 1:14 es más bien la clase de gloria compatible con la posición o estatuto de un hijo único de un padre. Aquel Quien es Dios en Sí Mismo y Quien se humilló a Sí propio en el mundo, se tituló a Sí propio como “el Enviado”. Él entonces reconoció que “Mi Padre es mayor que Yo”, y que siendo “el Hijo”, había recibido el poder y la autoridad del Padre. Ninguno de estos reconocimientos, por supuesto, afectaba de ninguna manera a Su Deidad; tan solo decían respecto del humilde lugar, de la humillación que decidió tomar cuando se “hizo carne”. No deseamos tomar parte en las disputas concernientes a la Filiación del Señor que han arruinado tantos testimonios evangélicos. Los propios términos que se han empleado en estas disputas son ya de por sí carentes de base espiritual. En ninguna parte de la Escrituras se dice: “En el principio era el Hijo”. Tan solo cuando la Palabra se hizo carne es que aparece Su filiación. Frases tales, por tanto, como las “Eternas Generaciones del Hijo” no podemos considerarlas como siendo escriturales.

Las palabras “el unigénito”, siempre y cuando se utilizan aparte de Cristo, siempre se refieren a un único hijo o hija que haya sido nacido por un padre. Las palabras se emplean hablando de Isaac (Hebr.11:17), del hijo único de la viuda de Naín (Lucas 7:12), de la hija única de Jairo (Lucas 8:42), y del hombre cuyo único hijo estaba poseído de un espíritu maligno (Lucas 9:38). No hay nada extraño acerca de la palabra *monogenes*. Si quitásemos la palabra para “único” obtendríamos *genes*, que se relaciona íntimamente a las palabras traducidas “engendrar” (Mateo 1:2), “nacer” (Mateo 1:16), y “generación” (Mateo 1:1). Si la “generación”, el “nacimiento”, el “engendrar” de Jesucristo se atestan de este modo por la Escritura, ¿quiénes somos nosotros para extender el brazo intentando salvaguardar el Arca de Su Deidad, robándole Su perfecta humanidad y filiación?

Muy poco hemos hablado del nacimiento virginal, pues estamos siguiendo la línea de enseñanza que nos da Juan, pero, para que nadie menosprecie nuestro silencio, de paso afirmamos nuestra incondicional fe en el testimonio de aquellas Escrituras que insisten repitiendo la concepción sobrenatural del Hijo de Dios, Su nacimiento virginal y Su indiscutible humanidad.

Está llegando un día cuando el Hijo le entregue en manos todo a Aquel que le sujetó todas las cosas bajo Sus pies, “para que Dios sea todo en todos”. No tenemos el derecho de entender con esto “que el Padre sea todo en todos” pues debemos recordar que la declaración de Juan nos dice que “la Palabra era Dios”. La gloriosa humanidad de Aquel Quien vino a ser el Mediador y el Sacrificio por el pecado es vital para nuestra esperanza y nuestra paz. Seamos conscientes de que, usando un lenguaje que no sea escritural a la hora de hablar del “Hijo”, estaremos negando que “Jesucristo ha venido en carne”.

## **Plenitud y Verdadera Gracia, en contraste con los tipos y las sombras (1:15-17)**

Una vez más se vuelve el apóstol a referir al testimonio de Juan el Bautista, cuyo primer testimonio, tal como se registra en este Evangelio, es para con Cristo, “la luz verdadera”, con el objetivo de que “todos los hombres puedan creer a través de él” (1:6-8).

Juan el apóstol y Juan el Bautista no portan consigo sino un único testimonio, siendo que el testimonio del Bautista venga a estar imperceptiblemente entrelazado con el testimonio del apóstol sin romper su hilo ni desbaratar su armonía.

- “Juan dio testimonio de Él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: Aquel que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (1:15).

El Bautista no hace otra cosa sino confirmar el maravilloso testimonio del apóstol dado en 1:1 y 14. En punto de tiempo, Cristo, siendo “la Palabra, era antes que Juan; y Cristo, siendo “la Palabra hecha carne”, vino a nacer después de él. Este testimonio del Bautista se expande en 3:27-31 y le daremos la debida consideración cuando lleguemos al pasaje. Se introduce aquí para suplementar la declaración del apóstol, para que por boca de dos testigos pueda toda palabra establecerse. Así que ahora vamos a ver los tres siguientes versículos.

En el versículo 14 el apóstol había estado hablando de Cristo como estando “lleno de gracia y verdad”. Ahora se refiere a esa misma “plenitud” (1:16) como siendo la fuente de la “gracia y verdad” (1:17) que los creyentes han recibido. En el versículo 14 el apóstol había estado hablando por primera vez de Cristo como siendo “el unigénito del Padre”. En el versículo 18 nos lleva un paso atrás, hacia el contra balance, en tiempo, diciendo que la Palabra era “en el principio”. Estos versículos, por tanto, son una expansión y exposición tanto de aquello que al hombre se adscribe como lo perteneciente a Dios por la encarnación. “Porque de Su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (1:16). No podemos esperar entender este pasaje centrándonos meramente sobre el significado de la palabra “plenitud”, sino que debemos determinar lo que se asocie con dicha plenitud y de qué manera sigue en la declaración el tema del apóstol. Esto precisa que consideremos la expresión “gracia sobre (tras) gracia”, y una vez que la plenitud del Señor se asocia antes que nada con “gracia y verdad”, y se pone en contraste a la ley dada a Moisés en el versículo 17, será necesario incluir y considerar estas referencias antes que podamos venir a apreciar en alguna medida la intención que reside en el versículo 16. Observamos por tanto un señalado contraste entre “la ley” que fue dada a Moisés y la “gracia y verdad” que “vino por Jesucristo”. Aquí, junto con el versículo 18, tenemos ahora dos líneas en contraste de enseñanza:

*Moisés*

Ley

Dada por (*edothē*)

Dios

No visto

Espaldas (Éxodo 33:23)

Siervos (Hebr.3:5)

*Jesucristo*

Gracia y verdad

Se introdujo (o vino) por (*egeneto*)

Padre

Declarado

El Seno

Hijos

De momento dirigimos nuestra atención a la expresión “gracia y verdad”. Ahora bien, cualquiera que sea el significado del término, está claro que pertenece a una, y a una solamente, de estas dos categorías. Pertenece a la categoría encabezada por “Jesucristo”; no pertenece a la encabezada por Moisés. ¿Es por tanto cierto que no había “gracia” en la ley?

- “¿Cómo es que llegó Israel a obtenerla, y no los Babilonios, Egipcios, Filisteos, Asirios, etc.? ¡Sí, fue todo de gracia! Tal como Dios les pregunta y les dice tan solemnemente y tan a menudo, en Deuteronomio 4:32-40 y otros lugares. Así pues, ¿no habría gracia en la ley? Claro que sí, y ciertamente cada palabra era verdad también. Sin embargo, en Juan 1:17 el contraste se da entre una cosa que fue dada por Moisés, y otra cosa distinta que vino por Jesucristo” (Dr. Bullinger, *Las Figuras Literarias*).

El uso de la figura literaria denominada Endíadis, *hen-dia-dys*, lo “uno por medio de dos”, es la explicación de la aparente dificultad. Las dos palabras “gracia y verdad” representan realmente una sola cosa, y se emplean con solidez para enfatizar la palabra “verdad”. Lo que se entiende es el término “verdadera gracia”, con énfasis sobre la palabra “verdadera”. Ahora hemos contrastado una con la otra, la “ley” con la “verdadera gracia”. Pero debemos descubrir qué sea la “verdadera” gracia. No puede haber algo tal como la “falsa” gracia, y las palabras “verdadera gracia” aquí y por tanto se mantienen en contraste con algún otro concepto. Para aclarar el punto vamos a considerar el uso de la palabra *alethinos*, “verdad” o “verdadero”.

- “Aquella luz *verdadera*” (Juan no era aquella luz) (1:9).
- “...los *verdaderos* adoradores han de adorar a Dios en espíritu y en verdad” (En contraste a la adoración tanto en Samaria como en Jerusalén) 84:23).
- “Mi Padre os da el *verdadero* pan” (en contraste con el tipo ofrecido por Moisés) (6:32).
- “Yo soy la Vid *verdadera*” (de la cual las referencias en el Antiguo Testamento eran solo tipos) (15:1).

Podemos observar que Juan utiliza frecuentemente esta palabra con el significado “ante-tipo, o real”. Hay una referencia que ubica actualmente la palabra “verdad” en contraste directo con “tipo” y está en Hebreos:

- “Porque Cristo no entró en el santuario hecho de mano, figura (ante-tipo) del verdadero; sino en el cielo *mismo*” (hebr.9:24).

Ahora podemos regresar a Juan 1:17 y poner las expresiones “ley” y “gracia y verdad” bajo un común denominador, puesto que ambas pueden ser denominadas “gracia”, pero la diferencia se da en que, en la ley, la gracia era “típica” y las ofrendas “sombras”, mientras que en el evangelio la gracia era “realmente verdadera”, y la obra de Cristo *el cumplimiento de las sombras y tipos de la ley*.

Ya hemos señalado la diferencia entre la ley que fue “dada” por Moisés y la verdadera gracia que “vino” por Jesucristo. En la estructura del prólogo esto se encuentra en correspondencia con la declaración en el versículo 3, “Todas las cosas por Él fueron hechas”. Aquí, Cristo es visto como el Creador en ambos medios.

Ahora podemos regresar a 1:16 y comprender la expresión “gracia sobre gracia”. La palabra traducida “sobre” es *anti*, que significa “en contraste”; “gracia en contra de gracia” significa, a la luz del versículo 17, “la gracia de las realidades evangélicas en lugar de la gracia de tipos y sombras”. Esta “verdadera gracia”, aprendimos, es “proveniente de Su plenitud”.

“Porque de Su plenitud hemos recibido todos, y gracia en lugar de gracia; porque la ley fue dada por Moisés, pero la real gracia vino por Jesucristo” (Juan 1:16, 17 traducción del autor).

La “plenitud”, que es la fuente de esta riqueza suplida, es aquella que ya hemos observado en el versículo 14, y surge tan solo del hecho que “la Palabra se hiciera carne y habitase entre nosotros”. En la epístola a los Colosenses observamos que la “plenitud”, *pleroma*, vincula el testimonio de Juan al de Pablo, y que aparte del pasaje de Juan 1:16, la palabra *pleroma* se utiliza, en referencia a Cristo, exclusivamente por Pablo. Ahora daremos un análisis de la distribución de la palabra.

### La Plenitud

A Juan 1:1-18 Su TÍTULO. En el principio. La Palabra.  
Su OFICIO. El Hacedor de todas las cosas.  
Su título en la carne. El Unigénito Hijo.  
Dios declarado ser invisible.

B Gálatas 4:1-10 Los rudimentos del mundo.  
Guardáis los días, meses, estaciones y años.  
Hecho de una mujer. Hecho bajo la ley. Filiación  
(Adopción).

C Efesios a 1:10 Objetivo. Cristo la Cabeza sobre todas las cosas en el cielo y tierra.

Su Iglesia b 1:23 La Cabeza. La plenitud de Aquel.

a 3:19 Objetivo. Llenos a plenitud de Dios

b 4:13 Medida. La plenitud de Cristo.

A Colos.1:12-22 Su TÍTULO. – Antes de todas las cosas. La imagen.

Su OFICIO. – Creador de todas las cosas.

Su título en las dos esferas. Primogénito de toda la creación.

Primogénito de los muertos.

Dios declarado ser invisible.

B Colosenses 2:8-23 Los rudimentos del mundo.

Fiestas, lunas nuevas y Sabbath (días de reposo).

Corporalmente. Completos.

La expresión en Gálatas 4:4, “la plenitud de los tiempos”, se refiere al glorioso cumplimiento, la generación que había de surgir en el glorioso reajuste por el nacimiento, muerte y resurrección de Aquel Quien había *entonces* venido a nacer.

- “Vimos Su gloria...lleno de gracia y verdad...y de Su plenitud tomamos todos, y aun la gracia del evangelio en vez de la gracia de tipo y sombra” (el *pleroma*) (Juan 1:14-16 traducción del autor).

El lector observará que ahí, donde “la plenitud del tiempo” se menciona, tenemos el repudio de los rudimentos (o elementos) del mundo, “los días, meses, estaciones y años”, así como las observancias religiosas, y además ahí tenemos el paralelo con Juan 1:14, “la Palabra hecha carne”, proveniente de una mujer.

Si seguimos en nuestra investigación observaremos las mismas características en la sección correspondiente, esto es, en Colosenses 2:8-23. Cuando Juan escribió su Evangelio, todas las observancias ceremoniales habían acabado. La epístola a los Hebreos se envió a todos cuantos estaban envueltos en la transición; la epístola a los Colosenses demostró de una vez por todas la plenitud del creyente en Cristo, y así Juan, aun cuando ministraba un mensaje de “vida” para todo el “mundo” donde no se le encargó que hablase del misterio y sus particulares bendiciones, no puso ni podía poner sobre el “otro rebaño” la esclavitud del ceremonial que ahora se había removido y sustituido por la gracia. Esto se ve muy claro en 4:20-24, pero debemos ahora dejar de parte la consideración de su mensaje hasta que llegemos a ese capítulo.

En todo testimonio, especialmente donde las mudanzas, la oposición y la disputa se hallen envueltos, hay el peligro de dar una mala impresión por sobrepasar o menoscabar la verdad, o por omitir algunos aspectos tan bien conocidos y tan plenamente creídos como para parecer que estén sin precisar de justificación. Nosotros queremos, por tanto, evitar la más leve apariencia de maldad, y maldad sería si es que algún lector viniese a sospechar que estemos menospreciando la inspiración y la gloria moral de la ley dada por Moisés. Así, por tanto, ahora citaremos las trece referencias a Moisés en el Evangelio de Juan, completando de esa manera la presentación de la verdad.

### **Moisés en el Evangelio de Juan**

- “Porque la ley fue dada por Moisés, pero la verdadera gracia vino por Jesucristo” (Juan 1:17 traducción del autor).
- ...Hemos hallado Aquel de Quien Moisés en la ley, y los profetas, escribieron” (Juan 1:45).
- “Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe el Hijo del Hombre ser levantado” (Juan 3:14).
- “...hay quien os condene, Moisés, en quien vosotros confiáis. Pues si creyeseis a Moisés, a Mi me creeríais” (Juan 5:45, 46).
- “En verdad, en verdad os digo, no os dio Moisés el pan del cielo; sino Mi Padre os da el Verdadero Pan del cielo” (Juan 6:32)
- “¿No os dio Moisés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros guarda la ley? ¿Por qué procuráis matarme” (Juan 7:19).
- “Moisés por tanto os dio la circuncisión; (no porque fuese de Moisés, sino de los padres;) y vosotros en el día de reposo circuncidáis a un varón. Si un hombre recibe la circuncisión en día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrada; ¿Os enojáis conmigo porque he sanado del todo a un hombre en el día de reposo? (Juan 7:22, 23).
- “...Moisés nos mandó en la ley, que los tales debían ser apedreados, ¿Qué, pues, dices Tú al respecto? (Juan 8:5).
- “Entonces le increparon, y dijeron, Tú eres Su discípulo; pero nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; pero en cuanto a Este, no sabemos de dónde provenga” (Juan 9:28, 29).

El lector debe ir trazando la secuencia de estas referencias. Primero tenemos la distinción entre “ley” y “gracia”, y a seguir el hallazgo del Mesías, el Sujeto de la profecía. El propio mensaje evangélico de 3:16 encuentra su sombra y tipo en el acto de Moisés, así como el Verdadero Pan se había tipificado por el Maná. Hasta aquí, las referencias, con una sola excepción, han sido una expansión de 1:17. La excepción fue el aviso de 5:45, 46.

Las restantes referencias indican la creciente oposición de los ciegos discípulos de Moisés que culmina en el capítulo 9. Al cierre de este capítulo nos encontramos con muchas cosas que nos recuerdan el quinto versículo del capítulo 1. Las tinieblas no comprendieron, o no percibieron, la Luz.

- “Y Jesús dijo: Para juicio he venido Yo a este mundo, para que puedan ver los que no ven; y los que vean sean cegados. Y algunos de los Fariseos que estaban con Él oyendo estas palabras, le dijeron, ¿Somos acaso también nosotros ciegos? Jesús les dijo: Si vosotros fueseis ciegos, no tendríais pecado, pero diciendo, Vemos; por tanto, vuestro pecado permanece” Juan 9:39-41).

En este capítulo Aquel Quien estaba en el mundo hecho carne es denominado por Sus enemigos “un pecador”, uno que “no provenía de Dios”, sin embargo para el hombre nacido ciego Él es antes que nada: “un hombre llamado Jesús”, a seguir “un profeta”, y por fin “el Hijo de Dios” y “Señor”.

A Moisés por tanto se le da su debido lugar en el Evangelio de Juan. Al igual que Juan el Bautista, él fue también una voz, una lámpara, un dedo índice erguido. Pero es Cristo Quien es la Palabra, la verdadera Luz, y el Cordero de Dios.

### **El Invisible y el Unigénito (1:18)**

Ahora llegamos a la extraordinaria conclusión de este gran prólogo; desde la revelación de “la Palabra” en el principio, hemos ido descendiendo hacia la creación, hasta llegar a la manifestación y encarnación. La Palabra se hizo carne. A seguir iniciamos el ascenso hacia “la gloria que Él poseía anteriormente”, siendo que el propósito de la Palabra en la carne era la redención.

- “Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Hijo, que estaba en el seno del Padre, Él le ha declarado” (Juan 1:18).

La “Palabra” del versículo 1 pasa a ser ahora “el unigénito Hijo”, mientras que “Dios” viene a ser “el Padre”. Cuando nos referimos al Espíritu Santo, generalmente, no conjuramos alguna forma o aspecto peculiar, pero cuando los creyentes hablan del “Padre”, generalmente, se olvidan de las palabras de Juan 4

- “...los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre procura que tales adoradores le adoren. Dios es espíritu; y aquellos que adoran, han de adorarle en espíritu y en verdad” Juan 4:23, 24 traducción del autor).

No podemos malentender el significado de este pasaje. “El Padre” se pone en correspondencia con “Dios”, Quien es espíritu. De nuevo, en Juan 5 leemos:

- “Y el Padre Mismo, que me envió, ha dado testimonio de Mí. Nunca habéis oído Su voz ni visto Su rostro” (Juan 5:37).

Y otra vez en el capítulo 6, “No que alguien haya visto al Padre, sino Aquel que es de Dios, Él ha visto al Padre” (46). De manera similar, en 1ª Timoteo 1:17 de Dios se dice que sea “el Rey eterno, incorruptible, invisible”, mientras que en el capítulo 6 de la misma epístola leemos, “En Quien tan solamente habita la inmortalidad, habitando en la luz en la cual ningún hombre se puede aproximar; a Quien ningún hombre ha visto, ni puede ver” (16 traducción del autor). Tal es la consistencia del testimonio de la Escritura. Algo inherente a la esencia misma de las cosas materiales es que puedan ser tanto vistas, como oídas, o sentidas. El mundo material se vincula íntimamente con los sentidos corporales, sin embargo, es propio de la esencia del espíritu que el ojo humano, y el oído y la mano no puedan percibirlo: “Mira Mis manos y Mis pies...palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo” (Lucas 24:39). A medida que el lector ha ido asimilando todo cuanto hemos ido viendo de la Escritura, es bien probable que, mentalmente, haya ido recordando un cierto número de pasajes del Antiguo Testamento que a primera vista parecen contradecir este testimonio. Por ejemplo, en Génesis 35, leemos:

- “*Apareció* otra vez Dios a Jacob...Yo soy el Dios Todopoderoso...y se fue de él Dios, del lugar en donde había hablado con él...y llamó Jacob el nombre de aquel *lugar* donde Dios había hablado con él, Bet-el” (Gén.35:9-15).

Aquí, está claro que Jacob tuvo un trato muy personal con “El Señor Dios Todopoderoso”. Además, en una ocasión anterior en la que Jacob se encontraba viajando desde Belén a Padan-Aram, leemos:

- “...y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba...Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar Peniel: porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (Gén.32:24, 30).

Y de nuevo, en Éxodo, leemos:

- “Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel...y vieron a Dios, y bebieron y comieron” (Éxodo 24:9-11).
- “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11).

Ya hemos estado viendo el lugar que la encarnación ocupa y mantiene en el plano Divino, y ahí llamamos la atención para el hecho de que Juan 1:14 no nos dice que, “La Palabra se hizo *hombre*”, sino que “La Palabra se hizo carne”. El Nuevo Testamento declara que Jesucristo era un “hombre”, sin embargo no nos dice que se hiciese como tal en la encarnación. Filipenses 2 declara que fue hallado en la semejanza de hombre, y Romanos 8 que se hizo o pasó a existir en “la semejanza de carne de pecado”, pero Génesis 32 ya nos había señalado que el Dios de Jacob era un “hombre” mucho antes del humilde nacimiento en Belén. Todo esto hemos visto y considerado cuando tratamos con Juan 1:14, pero es tan importante que aquí repetimos algunas de nuestras conclusiones. El Dios invisible se expresó a Sí Mismo antes que diese inicio el tiempo. Aquel Quien creó el mundo y todas las cosas, antes que nada se humilló a Sí Mismo tomando una forma visible. Vino a ser la Imagen del Dios invisible, el Primogénito de todas las criaturas, el Comienzo de la creación de Dios. Él, el Dios visible, fue Aquel según Cuya imagen y semejanza fue creado Adán, y fue además Aquel que se paseaba en el Edén al aire del día. Él, el Dios visible, fue el Dios de Israel visto por Moisés y los Setenta. Por tanto, cuando Juan 1:18 declara que “nadie ha visto *jamás* a Dios”, y el Antiguo



Testamento declara que ciertos hombres vieron a Dios, no hay ninguna contradicción. Juan se refiere al Dios Quien es Espíritu, mientras que el Antiguo Testamento nos habla de Aquel Quien, por los propósitos de la creación y mediación, vino a ser la Imagen del Dios invisible, y en la plenitud del tiempo, para la remoción del pecado, se hizo carne, y el Unigénito del Padre.

La segunda parte de Juan 1:18 en la Versión Autorizada se lee así: “El unigénito Hijo, Quien está en el seno del Padre”. La Versión Revisada pone al margen: “Muchas antiguas autoridades de la antigüedad ponen *Dios unigénito*. Esta lectura se encuentra en el Codex Sinaítico, el Codex Vaticano, el Codex Ephraemi, y el Codex Regio. También se encuentra en treinta y tres de los manuscritos cursivos, las versiones Peshito, la Menfítica y Etíope, y una hueste de los Padres. Arios, aunque se oponía a la doctrina de la deidad de Cristo, sostiene no en tanto consigo esta lectura, y se incorporó en el credo de Antioquía. Lachmann, Tregelles, y Westcott y Hort también la aceptan como siendo la verdadera versión. Las palabras “unigénito Hijo” son las palabras que deberíamos esperar, y nos parece casi imposible que una tan extraña lectura como “Dios unigénito” hubiera sido por una mano injertada en lugar del más usual “el unigénito Hijo”.

En este maravilloso prólogo tenemos algunas portentosas revelaciones de los movimientos de la Deidad, todas ellas dirigidas hacia la manifestación y realización – “la Palabra”, “la Luz”, “la Gloria”, “la Plenitud”, “la Palabra era Dios”, “la Palabra se hizo carne”, y ahora “Dios unigénito”. Él “era” en el principio; Él “tabernaculó” entre nosotros; Él “está” en el seno del Padre. Esta última declaración utiliza las palabras *ho on*: “el Único Quien está”. Estas palabras refieren la ascensión del Señor, tal como en Juan 3:13:

- “...nadie ascendió al cielo, sino Aquel que descendió del cielo, el Hijo del hombre Quien está (*ho on*) en el cielo”.

El Salvador, siendo el Hijo del hombre, regresó “donde antes estaba” (6:62), y es como el “Unigénito”, que Juan nos dice de Él ahora que es Quien está en el seno del “Padre”. Antes de la encarnación, antes que la Palabra se hiciera carne, del Señor no se dice que sea “el Unigénito”, ni tampoco se denomina “el Hijo del hombre”. Él ahora ha regresado a la gloria, pero ha regresado con las evidencias de la redención cumplida, y es por tanto como pudo revelarnos al Dios invisible como el Padre.

Tan solo hay una referencia más a la palabra “seno” en el Evangelio de Juan, y se halla en 13:23: “Y uno de Sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado “al seno” de Jesús”. La palabra no es que indique un lugar de cálido cobijo, sino antes bien un lugar donde se reciben mensajes confidenciales, tal como podemos comprobar por la sugestión hecha por Pedro para que Juan le preguntase al Señor quién sería que le iría a traicionar. En 13.23 tenemos la palabra *en* (“en el seno”); en el versículo 25 es *epi* (“sobre el pecho”); mientras que en 1:18 se pone *eis*. Esta última preposición indica algo más íntimo y se asemeja a la palabra “con” (*pros*) en Juan 1:1.

Observamos este mismo énfasis puesto sobre la nueva relación del Señor ascendido en Hebreos 1:3-5. En el versículo 3 se dice que Él sea “el resplandor de Su gloria”, y “la imagen misma de Su sustancia (persona en la R.V)” (títulos comparables con “La Palabra” de Juan 1:1). Además, en Hebr.1:10 se le adscribe con la obra de la creación al igual que en Juan 1:3. El paralelo vuelve a aparecer de nuevo en Hebr.2:14, que es comparable con Juan 1:14, y en Hebr.1:3-5, paralelo con Juan 1:18, leemos:

- "...habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí Mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas; hecho superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy?".

El Señor regresó siendo "el Unigénito Hijo", habiendo "obtenido" un nombre más excelente que los ángeles. Decir simplemente algo así como que el Señor sea "Dios" sería absurdo. Nadie precisa que se le diga que Aquel de Quien se dice ser "Dios (Juan 1:1; Hebr.1:8) tiene un más excelente nombre que los ángeles. ¿En qué sentido, entonces, pudo "la Palabra" Quien "era Dios" haber obtenido este nombre? La respuesta es que Aquel que estaba tan alto, se rebajó a la condición de hombre, y en ese estado se hizo un poco menor que los ángeles, por nuestra causa y para nuestra redención. Siendo el Hombre que de esa manera había triunfado, de Él pudo decirse que había "obtenido" por herencia un más excelente nombre, siendo que este nombre no era otro sino "el Unigénito Hijo de Dios". Siendo "la Palabra", el oficio del Señor fue dar a conocer la voluntad y la gloria del Dios invisible. El pecado, como sabemos, se había introducido en el mundo, y por eso la Palabra "se hizo carne". Llegó a ser "la Luz del mundo", y el creyente fue capaz de ver la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Él le dijo a Sus discípulos que, "aquel que me ha visto a Mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9), y de ese modo el apóstol, alzando sus ojos hacia la diestra del Padre, bien pudo decir que: "Él le había declarado".

La palabra "declarado" aquí es *exegeomai* (de donde proviene nuestra palabra "exegesis"), y significa literalmente "guiar, o llevar a". La palabra aparece seis veces en el Nuevo Testamento, incluyendo el pasaje en Lucas:

- "Entonces ellos *contaban* las cosas que le habían acontecido en el camino, y como le habían reconocido al partir el pan" (Lucas 24:35).

Las demás ocurrencias están en Hechos 10:8; 15:12, 14, y 21:19.

No es de extrañar, visto que en este prólogo Juan haya tomado el lenguaje de la filosofía, que nos encontremos esta palabra "declarar" aun siendo un término técnico muy utilizado en conexión hablando por *oráculos*, e interpretando asuntos relativos al ser Divino. Cristo es el verdadero Intérprete de Dios para el hombre. Él descendió del cielo, no para demostrarnos Su propia Deidad, sino para mostrarnos cómo era el Dios invisible. Aquellos que han "visto" a Cristo de manera apropiada, han "visto" al Padre. Sabemos cuál sea el amor de Dios porque lo hemos visto puesto de manifiesto en Cristo. Conocemos Su paciencia, Su paz, Sus pensamientos, Su voluntad – le conocemos a Él, puesto que el "Hijo Unigénito" nos ha ofrecido una completa exposición Suya. Él es nuestro Intérprete, nuestro Mediador, nuestro Pariente Redentor. Él nos ha mostrado al Padre, "y eso nos basta".

Ahora vemos que el prólogo ha cumplido su propósito. El Evangelio en sí nos aguarda en frente, y desde el principio hasta el final iremos a descubrir que, en el Hijo de Dios, se manifiesta, revela e interpreta el Padre a Sus hijos. Ha de ser por tanto nuestra deliciosa labor ahora destapar estos tesoros y exhibirlos para bendición y consuelo del creyente, así como además para la gloria del Señor.

### **CAPÍTULO 3**

#### **Los Testimonios y la Primera Señal**

#### **Juan el Bautista (Juan 1:19-34)**

“Y Yo le vi, y he dado testimonio de que Este es el Hijo de Dios”

Podremos observar en la estructura que ya hemos ofrecido de este Evangelio que todo el libro, aparte del prólogo, está cubierto por la palabra “Testimonios”. Omitiendo todos los detalles, la estructura es la siguiente:

- A 1:19-34. El Testimonio de Juan el Bautista.
- B 1:35-51. Simón, el hijo de Jonás: “Sígueme”.
- C 2 a 21:14. El Testimonio de las ocho señales.
- B 21:15-23. Simón, el hijo de Jonás: “Sígueme”.
- A 21:24, 25. El Testimonio de Juan el apóstol.

En el prólogo en sí, el testimonio de Juan el Bautista se introduce dos veces, y de tal manera que forma una parte definitiva de la estructura:

- E 1:6-8. Juan. Testimonio (*marturia*).
- E 1:15. Juan. Testimonio (*martureo*).

Juan es de todos los escritores en el Nuevo Testamento aquel que utiliza más frecuentemente la idea de “dar testimonio”. Desde el principio hasta el final su Evangelio está basado en peso sobre el testimonio. Este hecho se confirma por las siguientes figuras que dan las ocurrencias de:

- *Martureo*. – En los Evangelios Sinópticos 4 ocurrencias. En el Evangelio de Juan 33 ocurrencias, y en sus demás escritos 14 ocurrencias.
- *Marturia*. – En los Evangelios Sinópticos 4 ocurrencias. En el Evangelio de Juan 16 ocurrencias.

Esta presentación demuestra muy claramente el lugar supremo que Juan le da a la cuestión del “testimonio”. Además nos surge otro factor. Los Evangelios Sinópticos utilizan estas dos palabras *siete veces*, y el propio Juan *setenta y siete*. El número indica plenitud y perfección. Para el propósito que se escribió Juan, sus respectivos testimonios fueron completos. Nos aparece de modo evidente que el propósito de Juan ha requerido mucho más la vía del testimonio que en los casos respectivos de Mateo, Marcos y Lucas. Aquellos para quienes los escritos Sinópticos fueron dirigidos poseían consigo un más pleno conocimiento de las profecías del Antiguo Testamento que aquellos para quienes Juan escribió, y las genealogías dadas por Mateo y Lucas habrían sido una vía demasiado larga para fornecer la evidencia testimonial. Por eso Juan, al escribir para el mundo, depende más sobre los registros aportados por el Bautista y él propio y no tanto de las profecías del Antiguo Testamento. Y así vemos que tan solo aparecen ocho o nueve referencias al cumplimiento de profecía en este Evangelio, en contraste con las cuarenta y siete referencias a *martureo* y *marturia*.

Un examen de las catorce referencias a *marturia* en este Evangelio divide el testimonio en tres grupos – el testimonio de apertura de Juan el Bautista, el testimonio de cierre del apóstol Juan, y el triple testimonio del Señor Mismo:

### ***Marturia* (“testimonio”) en el Evangelio de Juan**

A 1:7, 19. El doble testimonio de Juan el Bautista.

B <i>El</i>	a 3:11. No recibido.	
<i>Triple</i>	b 3:32. Nadie recibe.	<i>Hombre.</i>
<i>Testimonio</i>	c 3:33. Aquel que recibe.	<i>Verdadero.</i>
<i>Del</i>	a 5:31. No verdadero.	
<i>Señor</i>	b 5:34. Yo no recibo testimonio de hombre.	<i>Hombre.</i>
<i>Jesucristo</i>	d 5:36. Más grande que Juan.	<i>Las Obras.</i>
	a 8:13. No verdadero.	
	c 8:14 Mi testimonio es verdadero.	<i>Verdadero.</i>
	b 8:17. El testimonio de dos hombres.	<i>Hombre.</i>

A 19:35 a 21:24. El doble testimonio del apóstol Juan.

Es evidente por el análisis anterior de estas catorce referencias que el “testimonio” juega un importante papel en su presentación de la verdad.

Ahora debemos volver nuestra atención al testimonio de apertura en la estructura – es decir, al testimonio que nos ofrece Juan el Bautista. Este testimonio, que se da en pleno y apropiado detalle, asienta un número de puntos vitales con respecto a Aquel Cuya Persona y Obra rellena el Evangelio con Sus glorias, y a Quien se exhibe como siendo “el Camino, la Verdad, y la Vida”. El testimonio de Juan el Bautista afirma los siguientes hechos cruciales:

### **El Testimonio de Juan el Bautista (1:19-34)**

- El Testimonio de Juan cuando le preguntaron los Judíos
- A 19:28 a 19 ¿Quién eres tú?
- b 20-21 No soy el Cristo, ni Elías ni el profeta.
- a 22 ¿Quién eres tú?

- b 23 Yo soy la voz
- a 24, 25 ¿Por qué bautizas?
- b 26, 27 Él es
- El Testimonio de Juan cuando vio la señal
- A 29:34 c 29, 30 He aquí el Cordero de Dios
- d 31 Yo no le conocía
- e 31 Juan el Bautista
- f 31 Agua
- c 32 Yo vi el Espíritu
- d 33 Yo no le conocía
- e 33 El Bautismo de Cristo
- f 33 Espíritu Santo
- c 34 El Hijo de Dios

Ahora debemos examinar más de cerca los hechos que sobresalen de estos testimonios y el peso que tienen sobre el propósito del Evangelio.

A menos que el lector haya hecho ya un estudio del testimonio de Juan el Bautista, es muy poco probable, si se le preguntase cuantas veces aparece por nombre en los Evangelios y los Hechos, que su respuesta no se quede muy corta respecto al número cierto. A Juan el Bautista se menciona actualmente no menos de noventa veces por nombre, incluyendo las referencias en el Apocalipsis.

Lucas, en su primer capítulo, nos ofrece el relato detallado del nacimiento del Bautista, y en el capítulo 3 nos habla de su sentimiento de indignidad cuando comparado con Aquel Quien detrás de Él venía:

- “Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene Uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado, Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego” (Lucas 3:15, 16).

El testimonio del Señor hacia la persona de Su predecesor, lo encontramos en Mateo:

- “...a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Porque de éste es de quien está escrito: He aquí Yo envío mi mensajero delante de Tu faz, el cual preparará Tu camino delante de Ti. De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista” (Mateo 11:9-11).

Los acontecimientos que se asocian de cerca con el nacimiento de Juan el Bautista nos indican claramente que se trata de alguien de no poca importancia, y no nos sorprende que aquellos quienes estuviesen presentes, dijese, “¿Qué clase de niño ha de ser éste?” Además, debemos recordar el testimonio de Hechos, pues por él sabemos que su ministerio llegó en su fama fuera de Palestina; y así vemos que tanto Apolo de Alejandría como los doce discípulos de Éfeso, ya habían llegado a estar bajo su influencia (18:25; 19:1-4). El más grande, por supuesto, debía ser Aquel Rey a Quien él representaba; si el predecesor era de tal calibre, Aquel ante Quien el propio Juan sentíase indigno de desatar Su calzado, ¡Cuán grande debía ser!

Juan comienza su testimonio en el versículo 19 por la pregunta que le presentan a Juan el Bautista los Judíos, y su respectiva respuesta de vuelta. Los sacerdotes y Levitas enviados de Jerusalén simplemente le preguntaron, “¿Quién eres tú?” Abiertamente no le preguntaron, “¿Eres tú el Cristo?”; pero, conociendo de antemano que era eso lo que tenían en mente (vea Lucas 3:15), Juan se anticipa y les confiesa – no negando, sino confesando, “Yo no soy el Cristo”. Hagamos aquí una pequeña pausa. Juan informa, que, aquellos que hicieron la pregunta al Bautista, eran “Judíos”. Mateo refiere a su propio pueblo como “Judíos” una sola vez (28:15), siendo que sus otras cuatro referencias provengan de terceros. Marcos por su vez habla de los Judíos una sola vez de las seis ocurrencias que contiene, cuando describe, por causa aparentemente del lector Gentil, la costumbre Judía del lavamiento (Marcos 7:3). Y Lucas, que tenía en mente al lector Gentil, contiene tan solo dos referencias de un total de cinco ocurrencias (7:3, 23:51). Juan, por otro lado, utiliza la palabra “Judío” sesenta y ocho veces, con lo cual se indica que, al tiempo de escribir su Evangelio, su propio pueblo había dejado ya de ser una nación, y tan solo podía ser referido por el nombre en uso común entre los Gentiles. En contraste con las sesenta y ocho referencias a los “Judíos” de Juan debemos ubicar sus cuatro referencias a Israel (1:31, 49; 3:10; 12:13), y las doce referencias de Mateo. Estos son números significativos, especialmente cuando los consideramos a la luz de la posición anterior y posterior de Israel a Hechos 28.

El Sanedrín actuaba dentro de su jurisprudencia cuando enviaron a preguntarle a Juan el Bautista quién era él, pues eran los responsables por la vida religiosa del pueblo. Viendo que Juan negaba tan categóricamente que él fuera el Cristo, a seguir le preguntaron, “¿eres tú Elías?” Hay un insistente testimonio en los escritos Rabínicos para con el apareamiento de Elías justo antes del adviento del Mesías, una expectativa que se justificaba por la profecía de Malaquías 4:5. Juan respondió a esta segunda indagación con las palabras. “No soy”. La embajada entonces le puso una cuestión más, “¿Eres tú el profeta?” Esta es una referencia a la promesa de Deuteronomio 18:18, una promesa cumplida en el propio Cristo. Juan respondió con una sola palabra, “No”. Una mera negativa, sin embargo, no sería suficiente respuesta para el Sanedrín, y los Judíos por tanto volvieron a preguntarle de distinta manera: “¿Quién, pues, eres tú? Para que podamos dar respuesta a quienes nos enviaron ¿Qué dices de ti mismo?” Para muchos, he aquí, una tal pregunta sería causa de orgullo, sin embargo Juan supo mantener su sencillez. Comenzó por decir, “Yo soy una voz – no dijo, “Yo soy *la voz*” pues no hay artículo – y entonces les dice que él es el precursor prometido por Isaías, y que Aquel Cuya venida anuncia él no era otro sino el Señor.

Esto, sin embargo, levantaba ciertos problemas en el pensamiento de los Judíos. La enseñanza de los Rabinos había sido que el mundo estaría restaurado a la venida del Mesías, y Kimchi nos habla de la tradición Rabínica diciendo que Elías purificaría al pueblo en su venida, de tal manera, que mismo los hijos ilegítimos serían restaurados para la congregación. Si por tanto Juan el Bautista, con su bautismo y nuevo orden de cosas, no era ni el Mesías, ni Elías, ni “aquel profeta”, ¿con qué autoridad entonces bautizaba? Por el registro sabemos que, aquellos que le hicieron las preguntas eran “de los Fariseos”, una secta de lo más escrupulosa con respecto al ceremonial. Si bien el bautismo se empleaba y se permitía cuando los prosélitos Gentiles eran admitidos en la ciudadanía de Israel, ahora, no en tanto, Juan estaba bautizando a Judíos también, y naturalmente procuraban una explicación. Juan estaba muy preparado para darles la respuesta. Les dijo que su bautismo no dejaba de ser sino una ceremonia introductoria. Les dijo además que ya había Uno entre ellos infinitamente superior a él propio, por cuyo adviento, su oficio era el de anticipar y preparar a viva voz. A seguir a este catecismo de Juan viene su propio espontáneo testimonio en los versículos 29-34.

Aquí se nos presenta el verdadero corazón del Evangelio. De un golpe dejamos atrás los argumentos de los Fariseos y sus escrúpulos concernientes al bautismo, y damos de frente con el claro y evangélico testimonio del versículo 29: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Aquí, en un instante, una clara y cortante frase cristaliza en sí el supremo propósito del prólogo. Fue para este propósito que la Palabra se hizo carne.

- “En el cuerpo de Su carne a través de la muerte, *para presentaros santos y sin mancha e irreprochables a Sus ojos*” (Colos.1:22).
- “...para que a través de la muerte pudiera destruir a quien tenía el poder de la muerte, esto es, el diablo, y libró...” (Hebr.2:14, 15).

Este mismo propósito, expresado en varias lenguas, es el testimonio tanto del profeta, como del evangelista, y del apóstol al mismo tiempo. A través de todo el sistema sacrificial de la ley de Moisés, el ofrecimiento del Cordero es una constante recurrencia. A ningún Judío había que recordarle, que, al comienzo de cada año (Éxodo), se daba la ofrenda del cordero Pascual, y al inicio y al fin de cada día en que duraba, el sacrificio de un cordero sobre el altar. Había un pasaje, sin embargo, que se avivaría más prominente en sus pensamientos cuando escucharon el clamor, “He aquí el Cordero de Dios” – el bien conocido por ellos pasaje en Isaías 53.

- “...llevado como un cordero para el matadero” (7)
- “...llevará nuestras iniquidades” (11)
- “...lleva el pecado de muchos” (12)

El testimonio de Juan es que él era el precursor del Señor de Isaías 40, y del Cordero de Isaías 53.

La frase, “que quita el pecado *del mundo*” no la registra ninguno de los otros evangelistas. Mateo, por ejemplo, dice, “Él salvará Su pueblo de sus pecados”. Juan, sin embargo, no deja por escrito este más temprano testimonio. Es además interesante observar, de paso, que la siguiente ocurrencia de la palabra *kosmos*, “mundo”, se encuentra en 3:16.

El título “El Cordero” (*amnos*) que Juan emplea en 1:29 tampoco se encuentra en los demás Evangelios. Una palabra similar se utiliza en el Apocalipsis, donde aparece como un título de Cristo no menos de veintiocho veces (4 x 7). Nunca se emplea en las epístolas de Pablo. Juan ahora se vuelve hacia el propósito de su bautismo, y explica que fue instituido, entre otras cosas, como un medio de identificación del Mesías. Comparando el registro en Mateo 3 con el de Juan 1, deducimos que Juan el Bautista poseía un personal conocimiento del Señor, y que sabía aspectos acerca de Su nacimiento y vida ejemplar. Lo que no sabía, sin embargo, hasta que le fue dada la señal, es que “Jesús es el Cristo”. Esta señal que él vio (y así Juan el Bautista vino a ser el primero de una larga lista de testigos), nos guía hasta último testimonio del capítulo 20: “*Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios*”. El significado de las palabras, “el espíritu descendió y permaneció sobre Él”, se explica más plenamente en 3.34. Como Alford bien dice:

- “Nosotros le recibimos (al Espíritu) al punto que podamos, tan solo al punto que nuestra receptividad se extienda por medida; pero Él, lo recibe en la plenitud e infinita capacidad de Su Ser Divino”.

Ahora debemos pasar a ver el segundo testimonio, esta vez un testimonio colectivo.

## Andrés, Felipe y Natanael (1:35-51)

“Hemos encontrado Aquel – el Mesías, el Hijo de Dios, Rey de Israel”

En 1:19-51 tenemos un testimonio que se dio en cuatro días consecutivos.

*Primer día.* – El testimonio que dio Juan a los enviados por el Sanedrín. – el Señor, Aquel que Viene, Quien es antes de mí (19-28).

*Segundo día.* – El testimonio de Juan a todos cuantos a él se acercaban. – Su bautizo en Betábara. El Cordero de Dios. El Hijo de Dios. Aquel Quien bautiza con Espíritu Santo (29-34).

*Tercer día.* – El testimonio de Juan – El Cordero de Dios, y Andrés – El Mesías (35-42).

*Cuarto día.* – El testimonio de Felipe y Natanael. – Aquel de Quien escribió Moisés. El Hijo de Dios. El Hijo del hombre. El Rey de Israel (43-51).

Hemos considerado el testimonio de Juan el Bautista en el primer y segundo día; ahora tenemos que oír el testimonio que dan los demás en los dos días consecutivos. En primer lugar vamos a descubrir la estructura, y así han de hacerse manifiestos los aspectos más sobresalientes.

A 35. Al día siguiente Juan y los dos discípulos. Ellos le siguieron

B<sub>1</sub> 36-39 EL TESTIMONIO a 36. El Cordero de Dios.

DE JUAN

b 38. Rabí.

c 39. Venid y ved.

B<sub>2</sub> 40-42 EL TESTIMONIO

d 41. Hallaron a Simón.

DE ANDRÉS

e 41. Hemos encontrado al Mesías.

A 43. Al día siguiente. Jesús y Felipe. Sígueme.

B<sub>1</sub> 43-46 EL TESTIMONIO

d 45. Hallaron a Natanael.

DE FELIPE

e 45. Hemos encontrado Aquel

c 46 Ven y ve.

B<sub>2</sub> 46-51. EL TESTIMONIO b 49. Rabí.

DE NATANAEL a 49-51. Hijo de Dios. Hijo del hombre. Rey de  
Israel.

El buen orador o predicador, deseoso por repartir lo mejor que a él le haya dado el Señor, a menudo siente que se repite a sí propio. Hablamos francamente en abierto sobre este asunto, pues muchas veces nos entra dudas pisando suelo ya trillado, sin embargo, por causa de algunos recién llegados, nos hemos arriesgado a incurrir en la censura de la mera repetición. Pablo había dado testimonio a este mismo punto de la repetición en Filipenses 3:1, y Juan el Bautista lo ejemplifica en el siguiente pasaje:

- “El día siguiente otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos; y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios! Los dos discípulos lo oyeron hablar, y siguieron a Jesús” (Juan 1:35-37).

No sabemos si estos dos discípulos habían estado presentes o no el día anterior, si estuvieron, la repetición del testimonio les resultaría bendita a sus oídos, y si no se hallaban presentes, ahora tenían la oportunidad de escucharla. Juan sabía que él tenía que menguar, y el acto de sus dos discípulos fue para él el



comienzo del fin. ¡Pero qué fin tan maravilloso! ¡No hay nada mejor que despedirte de algunos discípulos para que pasen a ser por sí seguidores de Cristo! - Pareciera como si nuestro Salvador, viendo que le seguían, acercándose de ellos les preguntó, “¿Qué procuráis?” Sería bueno que todos nos hiciéramos esta pregunta al principio de nuestro discipulado. ¿Qué andamos procurando? ¿Cuál es nuestra misión? ¿Cuáles son nuestras razones o motivos? Los dos discípulos sencillamente respondieron, “Rabí, ¿dónde moras?”. Debemos observar que en este punto el apóstol vuelve a utilizar el paréntesis para interpretar el título “Rabí” a sus lectores. Esto, por sí, nos indica que el escritor del Evangelio tiene en vista una audiencia Gentil, y una audiencia Gentil muy alejada de la influencia Judía. Si fuese frequentador de la sinagoga sabría muy bien el significado de “Rabí”, y mismo los Gentiles que frecuentaban la sinagoga de Antioquía, estos “prosélitos” tampoco precisarían para nada la interpretación de Juan. Cuando, por tanto, observamos que en este evangelio se recurre con frecuencia a la interpretación del Hebreo o el Arameo, se hace claro y evidente que los lectores de Juan en vista no podían haber sido Judíos. No tan solo se interpreta “Rabí”, sino además “Mesías” (1:41), “Cefas” (1:42), “Siloé” (9:7) y “Raboni” (20:16).

Es bien posible que la pregunta “¿Dónde moras?” conlleve por detrás más profundos sentimientos, pero, cualquiera que sea su grado, el Señor no acostumbra evadirse respondiendo, y les dice: “Venid y ved”. Ninguna descripción se nos ofrece del humilde habitáculo del Hijo de Dios, pero nadie puede dejar de pensar en las deliciosas horas que ahí debieron transcurrir bajo aquel tejado y con semejante maestro. Del tal tejado salieron estos dos discípulos con la convicción que habían encontrado al Mesías. Uno de los dos discípulos que había escuchado a Juan, y siguió tras Cristo, fue Andrés, hermano de Simón Pedro” (1:40). ¿Quién era entonces el otro discípulo, del cual no se da el nombre? Juan nunca se nombra a sí propio en este Evangelio: lo normal es que hubiese citado los nombres de ambos discípulos. Sin embargo leemos:

- “...y Simón Pedro siguió a Jesús, y *lo mismo hizo el otro discípulo*: éste discípulo era conocido del sumo sacerdote” (18:15).
- “Cuando entonces Jesús vio a su madre, y *al discípulo que estaba al lado*, a quien Él amaba, le dijo a su madre: ¡Mujer, he ahí tu hijo! Y a seguir le dijo *al discípulo*: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la tomó a su cargo en su casa”.

En Juan 20:2, 3, 4, 8 y 21:7, 20, 23, 24, volvemos a ver referido al “tal discípulo”. La última referencia, sin embargo, nos quita todas las dudas: “Este es el discípulo que testifica estas cosas, y escribió estos asuntos”.

La declaración en el versículo 41, “Halló primero a su propio hermano Simón”, nos parece que demanda la secuencia, “y Juan entonces halló a su propio hermano Jacobo”. Sin embargo, es al testimonio de Andrés donde debemos dirigir la atención, “¡Hemos hallado al Mesías!, (que, siendo interpretado, es el Cristo)” (1:41).

El objetivo expreso del Evangelio de Juan es que vengamos a creer que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y que creyendo podamos obtener la vida a través de Su nombre” (20:31). El testimonio de Andrés, por tanto, es algo temporal, y si precisamos informarnos sobre este punto, podemos aprender por el paréntesis, que, “el Cristo”, es la interpretación griega de la hebrea “mesías”. A seguir, también podemos descubrir que el “Mesías” es “el Ungido”, *Mashiac* (Salmo 2:2), y que este unguimiento se aplica al Profeta (1ª Reyes 19:16), al Sacerdote (Éxodo 29:7), y al Rey (2ª Samuel 2:4). La selección escogida de cada tema en el Evangelio de Juan, la producción de cada testimonio, y la omisión de muchas cosas que se encuentran en los demás Evangelios, todo se lleva a cabo con la vista puesta en la demostración de este hecho glorioso. El

testimonio de Andrés, por tanto, es el que va directamente al punto. Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios. El Señor confirma la fe de los discípulos en Su oficio Mesiánico, por el re-nombramiento de Simón. El nombre Cefas significa “una piedra”, y el renombre se prueba que es profético (Mateo 16:16-18).

Ahora debemos volver nuestros ojos al testimonio de Felipe. No sabemos nada acerca de cómo vino a conocer al Señor; no se nos dice si es que él también oyó hablar a Juan el Bautista; ni tampoco si es que el suyo fuese un llamamiento personal, pero se nos informa que Felipe era de la misma ciudad que Andrés y Pedro, una circunstancia que ya de por sí establece un vínculo entre ellos. Bien podemos pensar que el Señor debió ir a Galilea, y que procuró a los discípulos, y así fue llamado Felipe. Antes de salir para Galilea, Felipe imitó el ejemplo de Andrés, y halló a Natanael, diciéndole: “¡Hemos hallado Aquel de Quien Moisés escribió en la ley, y los profetas, a Jesús de Nazaret, el Hijo de José” (1:45)!”

En vez de utilizar el título del “Mesías”, Felipe refiere el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento que al Mesías señalaba. Es injustificable que se resalte en demasía las palabras añadidas “el hijo de José” en un contexto del cual se discuta la validez del nacimiento virginal. El Evangelio de Mateo, que claramente deja de lado a José en cuanto al parentesco dice respecto (1:18-25), nos da la genealogía del Salvador a través de “José el marido de María”, y Lucas, quien nos da una muy específica información acerca del mismo nacimiento virginal de Cristo, nos dice en Lucas 3:23: “Jesús Mismo, cuando comenzó Su ministerio, era como de treinta años, hijo (según se creía) de José”. La propia María, quien ciertamente debía conocer bien los hechos concernientes al nacimiento de Cristo, con cierta convicción le dice a Él, “Tu padre y yo estábamos preocupados procurándote” (Lucas 2:48). El remarque de Felipe por tanto no puede recaer sin error si se introduce hablando de un término teológico. Dijo simplemente aquello que todos dirían, “el hijo de José”, pues esa era Su taya “en la ley”.

El testimonio de Natanael reúne en sí todo cuanto se ha distribuido entre los testimonios, haciendo con que el conjunto en abierto de tales testimonios alcancen su cumbre o clímax. Al igual que Tomás, Natanael no era fácil de convencer. Su punto de vista recae sobre la referencia hacia “Nazaret”, diciendo: “¿Podrá de Nazaret salir cualquier cosa de bueno?” (1:46). Esta fue la actitud mental que demostraron el grupo de oficiales del sumo sacerdote: “¡Escudriña, y ve, si es que de Galilea salió algún profeta!” (7:52). El hecho de que Juan registre la opinión de Natanael con respecto a Nazaret, y la opinión de los líderes de los Judíos con respecto a Galilea (y debemos recordar que Cristo fue llamado “el profeta de Nazaret de Galilea” (Mat.21:52), sugiere que aquí confrontaba una objeción. Algunos de cuantos conocían la profecía concerniente a Belén bien podían de asociarlo con la referencia a Nazaret. Aquí se confronta, aunque no se explique. Probablemente tenga en vista el propósito del reino de Mateo, y el énfasis sobre “Galilea de los Gentiles (o de las Naciones)” y pasando por alto a Nazaret, tenga en vista el propósito mundial del Evangelio de Juan. Es aparente que Felipe no debate ni discute el asunto con Natanael, sino que emplea el argumento que se había probado ser tan eficaz e irresistible con Andrés y Juan. “¡Ven y ve”. Tan pronto como se aproximó Natanael del Señor, el Salvador le dijo: “¡He aquí un verdadero Israelita, en quien no hay engaño!” (1:47). Si hubiese habido un pequeño rasgo de engaño en el carácter de Natanael se habría visto un tanto afectado de modestia como si fuera una burla, pero siendo genuinamente “sin engaño”, aceptó la descripción como siendo verdadera, si bien que preguntándose sorprendido de dónde podría conocer su carácter. La respuesta le reveló que estaba delante de un Profeta: “Antes que Felipe te llamase, cuando tú estabas debajo de la higuera, Yo te vi” (1:48).

No era algo fuera de lo común procurar tales lugares de reclusión para orar, y el hecho de que el Señor tuviese reconocido no tan solo el carácter de Natanael, sino además su privada devoción, le llevó a pronunciar su gran confesión: “¡Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel!” (1:49).

Hay algo en la súbita conversión de Natanael que nos recuerda a Tomás, y la propia respuesta del Señor a Natanael tiene en sí algo reminiscente de la escena en aquella habitación cuando los discípulos estaban reunidos, la cual se describe en 20:26-29.

“... ¿Porque te dije, Te vi debajo de la higuera, crees? Mayores cosas que estas verás. Y le dijo, En verdad, en verdad te digo, De aquí en adelante verás el cielo abierto, y los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del hombre” (1:50, 51).

“En verdad” es la traducción de la palabra Amén, una palabra que pasó del Hebreo para el Griego. Juan es el único que registra esos duplos Amén del Señor, de los cuales no hay menos de veinticinco. Las palabras se emplean para introducir alguna enseñanza o declaración de importancia, y creemos que no debemos omitirle al lector la lista completa, para que, así el tiempo lo permita, sea capaz de sopesarlos en la balanza del santuario.

### **La Doble Veracidad (Amén, amén) del Evangelio de Juan**

- En verdad en verdad, te digo. El cielo abierto. Ángeles ascendiendo y descendiendo (1:51).
- En verdad en verdad, te digo. Sin nacer de nuevo, no se puede ver el reino (3:3).
- En verdad en verdad, te digo. A menos que seamos nacido de agua y espíritu, no tenemos entrada (3:5 R.V.).
- En verdad en verdad, te digo. Nosotros hablamos lo que sabemos (3:11).
- En verdad en verdad, os digo. El Hijo no puede hacer nada por Sí Mismo (5:19).
- En verdad en verdad os digo. Aquel que oye...tiene...vida (5:24).
- En verdad en verdad os digo. Los muertos oirán...y vivirán (5:25).
- En verdad en verdad, os digo. Me buscáis...porque comisteis... (6:26).
- En verdad en verdad, os digo. No os dio Moisés el pan del cielo (6:32)
- En verdad en verdad, os digo. A menos que comáis...bebáis...no hay vida (6:53).
- En verdad en verdad, os digo: Cualquiera que comete pecado es su esclavo (8:34).
- En verdad en verdad, os digo. Si alguno guarda Mis dichos...nuca verá muerte (8:51).
- En verdad en verdad, os digo. Antes que Abraham fuese, Yo soy (8:58).
- En verdad en verdad, os digo. El ladrón sube por otro lado (10:1)
- En verdad en verdad, os digo. Yo soy la puerta de las ovejas (10:7).
- En verdad en verdad, os digo. A menos que el grano...muera...permanece solo (12:24).
- En verdad en verdad te digo. El siervo no es mayor que su señor (13:16).
- En verdad en verdad, os digo. Aquel que recibe a quien Yo envié, a Mí me recibe. (13:20)
- En verdad en verdad, os digo. Uno de vosotros me va a entregar (13:21)
- En verdad en verdad, te digo. El gallo no ha de cantar sin que tú me niegues (13:38).
- En verdad en verdad, te digo. Aquel que cree mayores obras hará (14:12)
- En verdad en verdad, os digo, Vosotros lloraréis, pero se tornará en regocijo (16:20).
- En verdad en verdad, os digo. Cualquier cosa que pidáis en Mi Nombre, (16:23).

- En verdad en verdad, te digo. Cuando eras joven...te ceñías...cuando llegues a viejo otro te ha de ceñir (21:18).

A menos que alguno emprenda en la obra tiempo ilimitado y paciencia, y haya provisto un espacio ilimitado, el análisis de esta lista tan formidable está condenado al fracaso. Pues estas sentencias, tan solemnemente introducidas, son de gran peso, no nos cabe duda alguna, y apreciaremos mejor lo que aportan al gran testimonio en su totalidad, si observamos su lugar y asociación a medida que la historia de este Evangelio se va desplegando. Con ese objetivo, mantendremos siempre delante la lista para futuras referencias. No hay motivo alguno, claro está, para que el lector deje de hacer sus propios análisis. Inmediatamente descubrirá que estos decretos de nuestro Señor dicen respecto con *vida y muerte, reinado y servicio*, esto es, la comunión propia del Señor con el Padre y el creyente. Por ejemplo, puede observar que la catorceava referencia se hace al gran “Yo soy” del pasaje 8:58. Ahora, por tanto, tenemos suficiente en manos para confrontarnos con el primero de estos dobles “Amenes”.

Cuando pretendíamos demostrar la vía en la cual Juan refiere a Cristo como siendo la Palabra, y la Palabra se hizo carne, dijimos, hablando del uso filosófico del *logos* y del fracaso de la sabiduría humana:

- “A medida que vayamos viendo más clara la inmensidad del Golfo que se abrió entre el lejano dios de los Platonistas, y los asuntos del tiempo y del sentido, podamos tal vez comprender mejor el por qué utilizó el Señor la figura de la escalera de Jacob representándose a Sí Propio en Juan 1:51”.

En la cima, bien visible, de la confesión inicial de Natanael permanece “El Hijo de Dios”. En la parte baja permanece la propia ascensión del Señor, “El Hijo del hombre”. Jacob, antes de venir a ser “realmente un Israelita” (pues había manifestado una considerable astucia), se le dio a contemplar la visión de *Bethel*.

- “...soñó, y he aquí una escalera apoyada en tierra, y su tope llegaba al cielo; y he aquí los ángeles de Dios ascendían y descendían por ella. Y, he aquí, el SEÑOR estaba en lo alto de ella” (Gén.28:12, 13).

Los Rabinos habían dado rienda suelta a sus imaginaciones en relación a la escalera de Jacob, y si por un lado sería un desperdicio de espacio que citemos sus especulaciones, su prevalencia haría con que la alusión del Señor a la escalera de Jacob le pareciera bastante razonable a los oídos de Natanael. El ponernos juntos al cielo y la tierra, el lugar del Hijo de Dios en un extremo y el Hijo del hombre en el otro, es tal vez el aspecto y carácter más importante imaginable.

Con el testimonio de Natanael acaba el testimonio inicial hacia la persona y obra de Cristo. Ahora nos acercamos a la gran porción central del Evangelio, los capítulos 2:1 a 21:14, y los testimonios que ahí vamos a escuchar no son tan solo los de hombres, sino de milagro; no tan solamente el falible testimonio de carne y sangre, sino del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. A este importante tema debemos dirigirnos ahora, y esperamos que pasando muchas horas de deliciosa comunión hemos de trazar el testimonio de las ocho señales a su evangélica conclusión, “Vida a través de Su nombre” (20:31).

### **La Boda en Caná (2:1:12)** **La Primera de las Ocho Señales**

Habiendo puesto ya atención a los sucesivos testimonios que nos ha ido poniendo delante Juan sustanciándonos la gran verdad desplegada- en el prólogo (1:1-18), ahora llegamos al cuerpo del Evangelio, el cual se extiende desde el capítulo 2:1 hasta el capítulo 21:14; y con la apertura del segundo capítulo llegamos a la primera de las ocho señales que son una característica tan distintiva del Evangelio. Ya hemos dado la estructura superficial de esta gran sección en la página -, y vimos cómo estas ocho señales forman, así, como están, la espina dorsal del libro. Ahora debemos estar al tanto con otro aspecto muy importante, el cual ha sido ya examinado con mucho detalle en el Apéndice 176 de *La Companion Bible*. Una vez que la interrelación de estas ocho señales requeriría por lo menos dos páginas del tipo para exponerlas plenamente, hemos adoptado el método más breve de exhibir tan solo el esqueleto del agrupamiento, y a seguir, a medida que vayamos procediendo en nuestro estudio, iremos separando cada pareja de señales y demostraremos su balance *in extenso*.

### **Las Ocho Señales del Evangelio de Juan**

A 2:1-11. LA BODA EN CANÁ. El tercer día. No hay vino. La Gloria se manifiesta.

B 4:43-52. EL HIJO DEL NOBLE. Después de dos días. A punto de morir.

C 1-15. EL HOMBRE PARALÍTICO. El estanque de aguas. 38 años. Sabbath. Pecado.

D 6:1-14. LA ALIMENTACIÓN DE LOS CINCO MIL. La única señal (con *D*) registrada en los demás Evangelios.

D 6:15-21. ANDANDO SOBRE EL MAR. La única señal (con *D*) registrada en los demás Evangelios.

C 9:1-41. EL CIEGO DE NACIMIENTO. El estanque de aguas. Desde el nacimiento. Sabbath. Pecado.

B EL HERMANO DE LAS HERMANAS. Dos días. Lázaro ha muerto.

A 21:1-14. LA CAPTURA DE PECES. La tercera vez. Sin qué comer. El Señor se manifiesta.

Ahora, por tanto, separaremos la primera y la octava señales, con el fin de mostrar su completo paralelismo:

#### **A 2:1-11. LA BODA EN CANÁ**

a 1:49-51. EL ANTECEDENTE.- La perplejidad de Natanael, seguida de su plena confesión.

b 2:1. EL LUGAR.- Galilea.

c 2:1. TIEMPO.- El tercer día.

d 2:2. INVITACIÓN.- Jesús es convidado, y Sus discípulos.

e 2:3. CONFESIÓN DE CARENCIA.- No tienen vino.

f 2:6. NÚMEROS.- Seis tinajas, dos o tres cántaros.

g 2:7. MANDAMIENTO.- Llena las tinajas con agua.

h 2:7. OBEDIENCIA.- Ellos las llenaron.

i 2:7. LAS TINAJAS LLENAS.- Hasta el borde.

j 2:8. LOS SIERVOS.- Los siervos llevan (*enenkan*)

k 2:11. EL RESULTADO. La Gloria se manifiesta

(*ephanerosen*).

#### **A 21:1-14. LA CAPTURA DE PECES.**

a 20:24-29. EL ANTECEDENTE.- La incredulidad de Tomás, seguida de su plena confesión.

b 21:1. EL LUGAR.- Galilea.

c 21:14. TIEMPO.- La tercera vez.

d 21:12. INVITACIÓN.- Venid y comed.

- e* 21:3, 5. CONFESIÓN DE CARENCIA.- Nada, sin comida.  
*f* 21:8, 11. NÚMEROS.- 200 codos; 153 peces.  
*g* 21:6. MANDAMIENTO.- Echad la red al agua.  
*h* 21:6. OBEDIENCIA.- Entonces la echaron.  
*i* 21:8, 11. LAS REDES LLENAS.- Tantos.  
*j* 21:10. LOS DISCÍPULOS. Traed de los peces (*enenkate*)  
*k* 21:14. EL RESULTADO.- Manifestado (*ephanerothe*)  
 (La Companion Bible)

A medida que estos paralelismos van siendo descubiertos en sus detalles, va haciéndose más evidente que no pudo ser por suerte o coincidencia que suceda este fenómeno, sino que conlleva por detrás un propósito y diseño. Juan nos asegura que poseía una riqueza de material de donde podría haber seleccionado el que quisiera, y si de cientos de milagros realizados que presencié, ha seleccionado tan solo ocho, bien podemos creer que estos ocho forman una cadena de evidencias tal, como para ser capaz de agrupar y exhibir “la gloria del unigénito del Padre, lleno de verdadera gracia”, y además tan plenamente, que ya no serán precisas más evidencias posteriores, ni las ofrecidas anteriormente. Con estas ocho señales como el recurrente “testimonio” de este Evangelio se completa la evidencia, y desde entonces, los cielos se han mantenido en silencio.

En el registro de la señal de apertura en Caná, la primera afirmación refiere al tiempo: “Y al tercer día se hicieron unas bodas”. Ya hemos visto que Juan 1:19-51 ofrece el testimonio de cuatro días consecutivos: 1º día (19-28); 2º día (29-34); 3º día (35-42); 4º día (43-51): 7º día (es decir, tres días después del último acontecimiento, 2:1). El Señor descansó al séptimo día de la creación y el día fue santificado. En los setenta años-día de la gran semana de la tierra, tendrá lugar el guardar del Sabbath por parte de los hijos de Dios (Hebr.4:9, sabatismos), y “La Boda del Cordero”. En el primer día de su testimonio, Juan el Bautista señaló al Señor como siendo “El Cordero de Dios”; tan solo el apóstol Juan emplea este título. El Dr. Lightfoot nos da una larga lista de leyes y regulaciones con respecto a las celebraciones de bodas, tal como se muestran en el Talmud y los escritos Rabinos, aunque tan solo algunos de estos escritos contengan algo de importancia sobre Juan 2: “La festividad Nupcial duraba una semana entera de siete días”. Vemos que Labán le dice a Jacob en las bodas de Lea, a pedido de Rebeca, “Completa su semana”. Igual escenario nos aparece en el caso de Caná, fácilmente entendemos que la festividad se extienda por un periodo de *siete días*, aportar el suministro del vino podía no ser apropiado.

- “Y cuando les faltó el vino, la madre de Jesús le dijo a Él, *¿no tienen vino!* (Juan 2:3).

La vía en la cual María actuó en este pasaje nos deja claramente ver que eran parientes de la casa, y el hecho de informarle al Señor de la *carencia del vino* indica que aguardaba con anhelo un acto Suo, de Su parte, para remediar la falta, pues ella conocía bien del bautismo de Juan, la descendencia del Espíritu como una paloma, y la atestiguación tanto de Juan como otros. Para nuestros oídos, la respuesta del Salvador nos puede parecer un tanto ruda, pero debemos recordar que el uso de la palabra “mujer” era una respetuosa manera de dirigirse al tiempo, tal como podemos comprobar por 19:26 y 20:13, 15. Debemos, además, comprender que estas palabras fueron exclusivamente dirigidas a oídos de María, y que nada tenemos que nos indique otros tonos acompañantes, inflexiones o apariencias que modifiquen en nada la palabra que le dirigió. En más de una ocasión el Señor tuvo que interceptar la intromisión de Su propia madre, en asuntos de una esfera que iría más allá de todas las comuniones terrenales. A la edad de doce años, cuando María, habiéndole hallado en el Templo, le dijo: “He aquí tu padre y yo te hemos procurado angustiados”, el Señor

gentilmente les dijo que estas ligaduras familiares tenían que quebrarse, y que Él en breve tendría que dedicarse en exclusivo a los negocios de Su Padre” (Lucas 2:48, 49). De manera similar, en otra ocasión, cuando “Sus hermanos y Su madre” le procuraban, Él respondió, “¿Quién es mi madre, o mis hermanos?” (Marcos 3:31-35). De nuevo, repetimos, que la expresión, “¿Qué tengo Yo con vosotros?”, no le debió sonar tan ruda a oídos de María como a los nuestros, puesto que contiene en sí un *hebraísmo*, y por tanto nosotros no debemos tomarlo demasiado literalmente. Lo utilizó David en 2ª Samuel 16:10 y 19:22, y la viuda dirigiéndose a Elías en 1ª Reyes 17:18. Lo utilizaron además los demonios cuando estaban a ser expulsos por el Señor (Mateo 8:29; Marcos 1:24; Lucas 4:34). Las palabras fueron no obstante suficientemente decisivas, e indican que el Señor ya se había introducido en el tal ministerio, donde tan solo la voluntad del Padre era suprema, y que de manera inflexible le guiaría hasta la muerte de cruz. Las palabras, “Mi hora todavía no ha llegado” aparecen con la sugerencia en vista de la cruz, aun mismo en la boda en Caná. Algunos han dicho, que, en el caso presente, no se debe entender una tan solemne asociación en las palabras, pero la manera en la cual esta declaración reincide en este Evangelio, nos obliga que veamos en esta primera ocurrencia, aun mismo en el escenario de la festividad de boda, la sombra de la cruz. Aquí tenemos las ocho ocurrencias de esta o similares expresiones:

- “Mi hora no ha llegado todavía”. En respuesta al pedido de su madre (2:4).
- “Mi tiempo no es llegado todavía”. En respuesta al pedido de sus hermanos” (7:6).
- “Mi tiempo todavía no ha llegado” La razón para acercarse a la fiesta en secreto (7:8).
- “Su hora todavía no ha llegado”. De ahí que ningún hombre le hubiera echado mano todavía (8:20).
- “La hora viene”. Cuando los griegos le procuraban (12:23).
- “Jesús sabía que Su hora había llegado”. Su salida anunciada del mundo (13:1).
- “Padre, la hora ha llegado”. La obra acabada (17:1).

A esta lista debe añadirse 12:27 y 16:25, 32.

Cualquiera que sea el punto de vista que tomemos, está claro, por su precaución hacia los siervos que inmediatamente viene a seguir, que, María, no pareció sentirse puesta de lado: “Cualquier cosa que os diga, hacedla”.

Antes de seguir en frente precisamos ver el material con el cual operó el Señor.

- “Y había allí seis tinajas de piedra, según el rito de la purificación de los Judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros” (Juan 2:6).

Las Eminencias de considerable fama difieren en cuanto a la exacta cantidad de agua que un cántaro representa. La Septuaginta utiliza la palabra para traducir la medida hebrea de un “bato” (2ª Crónicas 4:5). Josefo dice, “Ahora bien, un bato puede contener *sesenta y dos sextarios*” (Ant. viii. 2, 9). Una vez que un *sextario* corresponde a un poco menos que al *cuartillo* castellano, una tinaja serían probablemente cerca de unos cuarenta a cincuenta litros\* (N.T. un lector español sabe muy bien aún al día de hoy cómo son esas “tinajas” y cómo se llenan con “cantaros”; pues en España todavía hay muchos lugares donde se utilizan a diario. En España se introdujeron por los Fenicios, cuya capital o centro comercial se hallaba en el Tarsis de la Biblia. Es esta la ciudad en el sur de España a la cual quería Jonás huir de la presencia del Señor.) *La Companion Bible* nos da para el “bato”, “cerca de seis galones” (unos 4, 6 litros por gallón, esto es, cerca de treinta litros), y, para la tinaja de unos 18 galones (unos 90 litros)”. Si tomamos lo más alto figurado, que es seis tinajas de tres cántaros contados, obtenemos un total de 540 litros. Esta cantidad de agua puede parecernos excesiva, pero

hemos examinado procurando con otros comentadores y hallado que hay un consentimiento general. Alford nos de la cantidad de 580 litros; admitida como buena por Bloomfield. Teodoro, nacido en Antioquia el año 386 de nuestra era, dice, “En estos asuntos seguimos a Josefo, puesto que poseía un buen conocimiento tanto de los pesos como medidas de la nación”.

Se debía a las necesidades rituales de los Judíos que fuera tan grande la cantidad de agua requerida. Por ejemplo, a través de un escrito rabínico sabemos, que:

- “Consumían unos 20 litros para el lavamiento de las manos de una o dos personas; y cerca de 30 si fueran tres o cuatro; y 50 litros para cinco o diez, hasta un ciento; con la provisión, dice el Rabí José, que el último que se lavase, no debía tener menos de unos diez litros para sí” (*Jadaim* Cap.1. part.1).

Así, bien podemos ver, que, una tal cantidad de agua como la considerada, no debía salirse mucho de la cantidad precisa para una festividad de siete días de duración, y en la cual asisten un cierto número de convidados presentes.

La cuestión que ahora se levanta es, “¿Por qué era necesario proveer una tan gran cantidad de vino al final de la fiesta?” A esta pregunta se han dado todo tipo de respuestas. Tanto incrédulos como críticos han cavilado en ella o de ella se han burlado. Comentadores devotos han procurado justificar lo superfluo a través de varias conjeturas. Antes de intentar una solución, asegurémonos antes por la Escritura si es que el Señor produjo tamaña cantidad de vino. La creencia general es que las seis tinajas se convirtieron en vino. Este punto esperamos venir a demostrar que no fue el caso. Nuestra atención se dirigió hacia este punto, muchos años atrás, por un escritor cuyo nombre o bien olvidado o que le hallamos dado su debido atención, al observar que “aquel día” tanto el sembrador como los segadores irán a estar reunidos, todo está bien.

Las tinajas eran antes que nada llenadas hasta el borde con agua. Esta agua debió antes haber sido sacada de un pozo, y el hecho de que los siervos pasaran y repasaran del pozo a las tinajas, sería suficiente para demostrarnos que no hubo alteración alguna con el agua previa. Cuando el último cántaro de agua se vació en la tinaja, el Señor dijo, “Sacad ahora”, y el lector, a pesar de la declaración diciéndole que las tinajas eran para la purificación, salta a la conclusión que Él les esté diciendo a los siervos para “sacar de las tinajas”. Esto, sin embargo, nosotros no creemos que sea así, y aquí está la razón para nuestra creencia.

La palabra traducida “sacad” es *antleo*. *Antleo* se deriva de *antlos*, “la amarra del barco donde prende la quilla del barco”, y así vino a quedar por “la quilla” en sí. *Antlema* es un “cántaro”, y *antleo* significa en el clásico “enfardar” por fuera un barco. En la versión Septuaginta del Antiguo Testamento se limita a la idea de *sacar agua de un pozo*.

- “Moisés se levantó y las ayudó, y *sacó agua* para ellas y para su ganado” (Éxodo 2:17 Septuaginta).
- “Un Egipcio...*sacó agua* para nosotros, y para dar de beber a nuestro ganado” (Éxodo 2:19).
- “He aquí, yo estoy junto *al pozo de agua*, y las hijas de los varones de esta ciudad salen para *sacar agua*... (Gén.24:13).
- “Por tanto con regocijo, *sacaré agua* del pozo de salvación” (Isaías 12:3).



La única otra ocurrencia en la Septuaginta está en Proverbios 9:12, donde la palabra se emplea en un alto sentido figurado “cargar con” el mal, un uso de la palabra que demanda una más profunda aquiescencia con las maneras y costumbres orientales que aquellas que poseemos. Hemos recordado el pasaje por causa de la complejidad, aunque no añada nada nuevo al punto que estamos viendo.

Ahora vamos a ver el uso de *antleo* en el Nuevo Testamento, y hallamos que hay cuatro ocurrencias, Juan 2:8, 9; 4:7 y 15, y una ocurrencia de *Antlema*, “un cubo o balde”, “algo con lo cual se extrae” (4:11). Estas referencias son, confesadamente, para extraer agua de un pozo muy profundo, y las referencias en la Septuaginta nos hablan todas del mismo efecto.

Con esta información ahora volvemos a la boda de Caná y comprendemos todo cuanto el Señor llevó a cabo. Después que los siervos hubieron llenado las tinajas hasta el borde, teniendo en vista la totalidad de los convidados, Él dijo, efectivamente, “Id una vez más al pozo, (con los cántaros) y sacad de nuevo, pero, esta vez, llevádselo al maestra sala”. Habiéndolo probado el maestra sala expresó su sorpresa en cuanto a su excelente calidad, y que su testimonio fue totalmente imparcial se deduce por las palabras, “sin saber de dónde procedía”. Sin embargo, se nos dice que los siervos que la sacaron (*antleo*, extraer de un pozo, con un *Antlema*, cubo o cántaro) lo sabían. (N.T. Observe que el maestra sala no podría haber probado el agua de las tinajas, que pesaban en agua más de lo posible izar, pero si de los cubos o cántaros de mucha menor capacidad)

El método adoptado por nuestro Señor fue de tal orden como para que todos admitiesen la autenticidad del milagro. En este Evangelio estamos tratando con el “testimonio”, de ahí que se nos ponga delante este tan evidente milagro.

- “Este principio de milagros hizo Jesús en Caná de Galilea, y así manifestó Su gloria; y Sus discípulos creyeron en Él” (Juan 2:11).

Juan ya había antes dicho que habían visto “Su gloria, la gloria como del unigénito hijo del Padre, lleno de verdadera gracia”, y en este milagro se “manifestó” dicha gloria.

La tierna asociación del matrimonio con la conversión del agua en vino, forma un resonante contraste con el severo carácter de Juan el Bautista, que “ni comía ni bebía”. Las aguas rituales dan lugar al vino, la Ley de Moisés a la verdadera gracia, y de esta plenitud todos hemos recibido. No tan solamente se “manifestó” la gloria del Señor, sino además también se logró el gran objetivo del Evangelio, “sus discípulos creyeron en Él”. Mateo utiliza la palabra *dunamis*, “maravillosas obras” 8:22), “grandes obras” (11:20, 21, 23; 13:54, 58; 14:2), una palabra también empleada tanto por Marcos como por Lucas para describir los milagros del Señor. Esta sin embargo no es la palabra que utiliza Juan, sino que en su lugar emplea *semeion*, que se traduce “milagro” trece veces, y “señal” cuatro. Los Evangelios Sinópticos utilizan *semeion* casi las mismas veces que usan *dunamis*. El propósito de Juan no es señalarnos el gran poder, sino proveer la evidencia. Del mismo modo que los milagros producidos por Pablo fueron “señales” de su apostolado (2ª Cor.12:12), igual fueron estos milagros seleccionados como señales del “apóstol” (Hebr.3:19), el gran “Enviado”, el Hijo de Dios. El hecho de que este milagro fuese el “principio” de los milagros, anula la validez de la ilusoria tradición que reula hasta los primaverales días de los milagros producidos por el niño Jesús, así como la reconvención de María en el cuarto versículo del capítulo es el golpe mortal de la Mariolatría. Cuando haya “visto Su gloria”, el hombre ya no precisa la intercesión de santos, ni de ángeles ni de la Virgen.

**CAPÍTULO 4**  
**El Testimonio en Jerusalén, en Judea, y en Samaria**  
**(2:13 a 4:42)**

**Jerusalén, el Templo purificado**

Ahora llegamos al primero de los seis eslabones en la cadena que junta las ocho señales. La interrelación de estos vínculos o eslabones con las señales en sí, así como los seis eslabones o vínculos en su totalidad, ya las exhibimos antes al comienzo de este estudio. En cada uno de estos vínculos o eslabones, vemos que hay un énfasis puesto sobre *las obras y la fe*, excepto en el segundo caso, donde, si bien las obras estén envueltas en el caso, no obstante, no se mencionan específicamente.

El pasaje que tenemos delante es 2:13 a 4:42, y observamos que se equilibra en balance por 11:47 a 20:31.

A 2:13 a 4:42. Jerusalén, Judea, Samaria. “Mi comida es...*que acabe Su obra*”

A 11:47 a 20:31. Efraín, Betania, Jerusalén. “*He acabado la obra*”.

Cada una de las geográficas subdivisiones (Jerusalén, Judea, Samaria) en la primera de estas secciones, nos guía hacia un gran testimonio Mesiánico, y cada una da continuación al testimonio que se da en 1:19-51.

- JERUSALÉN. 2:13 a 3:21. “El Hijo de Dios”. “El unigénito Hijo de Dios” (3:13, 18).
- JUDEA. 3:22 a 42. “Yo no soy el Cristo”. “El Hijo” (3:28, 35, 36)
- SAMARIA. 4:3-42. “Yo soy Aquel”. “El Cristo, el Salvador del mundo” (4:26, 42).

La riqueza de material que aquí tenemos a disposición es impresionante, y, a menos que vayamos con cuidado, podremos fácilmente llegar a pasar por alto e ignorar el tema principal. En Jerusalén, tenemos la

purificación del Templo, la referencia profética a la resurrección del Señor, las solemnes palabras a Nicodemo, y además el evangelio ilustrado por la serpiente de bronce. Después de todo esto, tenemos la disputa acerca de *la purificación*, y además el informe en moda, esto es, que el Señor estaba atrayendo atrás de Sí a las multitudes. Esta fama le da a Juan el Bautista una oportunidad más para testificar por Cristo, el afamado. El Señor entonces se decide a pasar por Samaria; aquí testimoniamos la conversación que Él mantuvo con “la mujer en el pozo” – una conversación que está repleta de enseñanza, puesto que conlleva la subsecuente testificación a Cristo, esta vez por parte del pueblo de Samaria. Los diecinueve versículos que comprimen esta sección están repletos con *verdad doctrinal, dispensacional y devocional*. Al contemplar semejante riqueza, nos viene al pensamiento nuestra total limitación, nuestra total debilidad para comprender todo esto. Hay esta experiencia cierta en el Cristiano: Se nos agudiza mucho en la conciencia nuestras limitaciones cuando por Su Gracia contemplamos algo Suyo-, y tenemos por tanto que concentrarnos tan solo en los puntos sobresalientes cuando deseamos explicarlos; estos puntos, no los descubrimos nosotros, sino que se descubren por una examinación de la estructura de la Escritura, la cual damos a continuación:

### EL TESTIMONIO EN JERUSALÉN. EL UNIGÉNITO HIJO DE DIOS, EL HIJO DEL HOMBRE

- A1 EL TEMPLO (2:13-23)
- a 13. La Pascua, Jerusalén
  - b 14-16. El Templo. El azote.
  - c 17. Los discípulos recuerdan la Escritura.
  - d 18. La Señal. Pregunta.
  - b 19-21. El Templo. Yo lo erguiré de Nuevo.
  - c 22. Los discípulos recuerdan la Escritura.
  - a 23. La Pascua. Jerusalén.
  - d 23. Las Señales. Creencia.
- A2 NUEVO NACIMIENTO (2:24 a 3:12)
- e 24, 25. El testimonio no precisado.
  - f 3:1, 2. Nosotros sabemos.
  - g 3. En verdad, en verdad. El Señor.
  - h 4. ¿Cómo? Nicodemo.
  - g 5-8. En verdad, en verdad. El Señor.
  - h 9. ¿Cómo? Nicodemo
  - g 10, 11. En verdad, en verdad. El Señor.
  - f 10, 11. Nosotros sabemos.
  - e 11, 12. El Testimonio no recibido.
- A3 LA VIDA AIONION (3:13-21)
- i 13. El Hijo del Hombre. Ascendido.
  - j 13. Él descendió del cielo.
  - I 14. El Hijo del Hombre. Levantado.
  - j 15. Perezca. Vida Aionian.
  - I 16. Su Hijo. Sentado.
  - j 16. Perezca. Vida Aionian
  - i 17. Su Hijo. Enviado.
  - j 17, 18. Condenado. Salvo.
  - I 18. El Hijo unigénito de Dios.

j 19-21. K Ha venido la luz.

L Malas obras.

K Luz. No viene.

L Obras reprobadas.

K La Luz. Viene.

L Obras manifiestas

Este, por tanto, es el análisis del testimonio dado en Jerusalén.

La sección comienza con una referencia a la Pascua, justo igual que ya anteriormente había hablado Juan el Bautista del Señor como siendo “El Cordero de Dios”. Como un tipo de la redención, la Pascua, nos enseña la absoluta necesidad del derramamiento de sangre, pero como una “fiesta” también resalta la respuesta personal del participante, expresa, de acuerdo a la ley, por la remoción de la levadura del hogar.

La purga simbólica de la levadura se cumple en el lavado o purificación del templo que lleva efectivamente a cabo el Señor. En conexión con esto, hay dos factores que debemos observar.

(1) Esta purga del Templo fue *el primer acto público* del Salvador en Jerusalén; (2) La limpieza del Templo tal como la registran Mateo, Marcos y Lucas, viene a seguir a Su entrada en Jerusalén montado sobre un burro; y también fue *Su acto público final* en Jerusalén antes de ser apresado y Su crucifixión, que tuvo lugar, tal como la primera limpieza del Templo, justo antes de la Pascua.

En Juan, desde debajo de la higuera el “Israelita en quien realmente no había engaño” sale el Salvador como “El Rey de Israel” (1:49). En Mateo, a seguir a la limpieza del Templo (21:12), tenemos el Hosanna de los hijos, sin embargo la higuera se marchita (21:19, 20), y la casa se deja abandonada (23:38) hasta que tenga lugar la segunda venida.

No creemos que ninguno de nuestros lectores precise la prueba detallada de que la limpieza descrita por Juan y la que registra Mateo son ocurrencias enteramente distintas. Toda la historia de Israel, desde el tiempo de David hasta el retorno de la cautividad Babilonia, se vincula vitalmente con la actitud del rey y del pueblo hacia la Casa de Dios. El mero ceremonial no tiene ningún valor, pero la verdadera adoración reside en la fundación de toda verdad; pues, se nos dice que Satán, cuya caída se exhibe bajo la figura del Rey de Tiro en Ezequiel 28, se asociaba originalmente con *las cosas sagradas*. Posteriormente llegó a ser profano, e introdujo en ellas “mercancías” (28:16). La adoración es el principio básico que conlleva los diez mandamientos, y el conflicto Satánico de las edades tiene la adoración como su objetivo (Apoc.13:4 compare también Mateo 4:9). Recordaremos, además, que, en la sección de Juan que ahora estamos considerando, es donde aparece el pasaje que habla de la adoración al Padre en espíritu y en verdad (4:24).

En 1:23 Juan el Bautista declara que él había sido enviado antes del Señor como un precursor, y que esto se debió hacer en cumplimiento de la profecía de Isaías. Debe recordarse que los enviados por el Sanedrín habían indagado de Juan en cuanto a sí él sería “Elías”, y Juan les había contestado que no lo era. Al mismo tiempo, Mateo 17:10-13, nos demuestra que había una definitiva relación entre Juan el Bautista y Elías, y que en el nacimiento de Juan, el ángel declaró que él venía antes del Señor “en el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:17).

El Judío que conocía perfectamente las profecías del Antiguo Testamento no tardaría mucho en asimilarlo, y asociaría la súbita y repentina aparición del Señor en el templo con la profecía de Malaquías:

“He aquí, Yo os envío al profeta Elías antes que venga el gran y terrible día del Señor, a Quien vosotros procuraréis, de repente ha de venir a Su templo...Él es como un fuego refinador...Él ha de purificar a los hijos de Leví...He aquí, Yo os envío a Elías el profeta antes del gran y terrible día del Señor” Malaq.3:1-3; 4:5). Vemos, por tanto, que la repentina apariencia del Señor, con un látigo en mano, fue un testimonio público hacia Su oficio Mesiánico.

Volviendo al registro actual de 2:13-23, leemos: “Y la pascua de los Judíos estaba cerca, y Jesús subió a Jerusalén, y halló en el Templo a los que vendían ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados” (2:13, 14). Al mismo tiempo que estos versículos particulares hablan de aquellos que vendían los varios animales habidos en el Templo, el versículo 15 claramente demuestra que los animales en sí también estaban allí efectivamente. Está muy claro además por los otros registros que los animales se traían actualmente al recinto. El Talmud, por ejemplo, registra el celo de Baba Ben Bota, quien, hallando el recinto vacío, envió y encomendó tres mil ovejas y las trajeron al recinto del Templo. Era además necesario que cada Judío pagase su medio Shekel. Maimonides habla de eso como siendo “un afirmativo precepto de la ley, que todo Israelita debería pagar, anualmente, medio shekel”. En el primer día del mes de Adar se hacía una proclamación, con el objetivo de que el pueblo estuviese preparado. En el quinceavo día, los cobradores de impuestos ocupaban sus asientos en cada plaza; y el veinticincoavo día ocupaban sus asientos en el Templo – “y forzaban el pago a los hombres; y si alguno se recusaba, le confiscaban sus bienes”.

La indignación del Salvador no se levantó ni por la venta del ganado ni por los cambistas del dinero, pues ambas operaciones eran necesarias, sino antes bien por la codicia que los líderes manifestaban, y los beneficios exigidos por los cambistas. Tomando unas pocas “cuerdas” (*schoinion*, de *schoinos* “una soga”) que se usaban para atar al ganado, el Señor condujo las ovejas y bueyes para fuera del Templo, esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas, diciendo a los que vendían palomas, “Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de Mi Padre casa de mercado” (2:16). Al inicio de Su público ministerio, el Señor llama al Templo “la casa de Mi Padre”, y refiere su “mercado”; al acabarlo, habla del Templo como habiéndose vuelto una “cueva de ladrones” y lo llama “vuestra casa” que “se os deja desolada”.

En 2:8 los Judíos le pidieron al Señor una señal para justificar Su manera de actuar en el Templo. Justo igual que en otra ocasión, Él les dio “la señal del profeta Jonás”, de igual modo aquí, les refiere del Templo como un símbolo de Su resurrección. Los Judíos, sin embargo, no entendieron la respuesta del Señor y dijeron: “Cuarenta y seis años estuvo este templo edificándose, y Tú ¿has de levantarlo en tres días?” Josefo nos dice en su *Antigüedades* que el Templo comenzó a ser edificado por Herodes el Grande en el año 18 de su reinado. Además declara que Herodes vivió treinta y siete años desde ese tiempo de la purificación del Templo, entonces tenemos un periodo de cuarenta y ocho años, lo cual se considera exclusivamente (es decir, no contando los años de su apertura y cierre que estaban incompletos) que pasan a ser un periodo de cuarenta y seis años, tal como los Judíos le refirieron. El Templo no se completó actualmente sino en el año 64, bajo Herodes Agripa II, así que los Judíos debieron estar refiriendo a la parte suya que ya se había concluido hasta ese tiempo. Los discípulos se acordaron de la profecía del Señor después de Su resurrección; y los Judíos la recordaron contra Él cuando procuraban alguna evidencia sobre la cual le condenasen a muerte. “Él hablaba del templo de Su cuerpo” (2:21). Ya habíamos llamado la atención del lector al hecho, que, cuando la Palabra se hizo carne, Él “tabernaculó” entre nosotros, y que esto se conecta con “la gloria del Unigénito del Padre” y la “gracia real” que en Él se halla. Por tanto, aquí, el templo de Herodes, con una magnífica estructura y ricamente decorado, se contrasta con el cuerpo viviente del cuerpo del Señor. En el Talmud de Jerusalén leemos:

- “En el segundo templo se halla el deseado fuego del cielo, el Arca con el Propiciatorio y el Querubín, el Urim y Tumin, el Shechinah o tabernaculante gloria, el Espíritu Santo, y el aceite del ungimiento”
- “Los asuntos ya no son pedidos o inquiridos mediante Urim y Tumin por el sumo sacerdote, puesto que no habla por el Espíritu Santo, ni tampoco tiene ninguno de sus divinos alientos sobre él”.

Aquello que al Templo de Zorobabel y de Herodes le faltaba, se hallaba en su plenitud y realidad en el Señor Jesús. El fuego del cielo, del cual se refiere la aceptación de la ofrenda, llega a cumplirse cuando el cielo fue abierto y se escuchó la voz diciendo: “Éste es Mi amado Hijo, en Quien tengo complacencia”. El Arca, el Propiciatorio, y el Querubín, todo se incluye en el hecho que Cristo era “El Cordero de Dios”. El Urim y Tumin también se hallan en Él, y en el Espíritu Santo de Quien Él dijo: “Él os guiará a toda la verdad”. Ya hemos explicado que el Shechinah de gloria se refiere en 1:14, y también leímos que el Espíritu Santo no le fue a Él derramado por medida. Finalmente, en conexión con el aceite de la unción, tenemos el advenimiento del Mesías en Sí, el Cristo, el Ungido”.

### **Jerusalén – El Nuevo Nacimiento (2:24 a 3:12)**

Hemos escuchado el primero del triple testimonio dado en Jerusalén, y ahora tiene lugar el segundo testimonio dado en Jerusalén, esta vez “siendo de noche”. La estructura es simple, y la vamos a exhibir un poco más adelante. Esta sección comienza en los versículos finales del capítulo 2, donde las palabras “Él sabía lo que había en el hombre” son seguidas por, “había un varón de los Fariseos, llamado Nicodemo”, y no tenemos que leer mucho para ver cuán verdaderamente “sabía Él” lo que había en el corazón del hombre. Nicodemo es nombrado por Juan en tres distintas ocasiones:

- (1) Como el hombre que se acercó de noche, tal como vemos en 3:2.
- (2) Cuando se interpuso en una reunión de los Fariseos, diciendo: “¿Acaso juzga nuestra ley a un hombre antes de oírle, sin saber lo que ha hecho?” (7:51).
- (3) Después de la muerte de Cristo, cuando Nicodemo trae una mezcla de mirra y aceites, con unas cien libras de peso (19:39).

Nicodemo debió ostentar consigo más de un oficio y título, sin embargo ha pasado en la Escritura con tan solo un título, y ha de ser conocido por todas las edades como el Fariseo que “vino a Jesús de noche” (3:2; 7:50; 19:39). Poseemos el claro, el imparcial testimonio de Juan el Bautista, el impetuoso anuncio de Andrés, y la convicción de Natanael, sin embargo, ¿qué buen provecho deducimos por la admisión que se le da a este hombre que se acercó *por la noche*? - Hay por lo menos dos grandes propósitos que se deducen: 1. – Nicodemo era un Fariseo, un Gobernante, un hombre con cierto grado de educación. El testimonio de un hombre así debía ser de muy valiosa adición en la red del pescador. 2. – Uno de los enunciados de la doctrina del Nuevo nacimiento que reposa a la raíz de la doctrina de la vida *aionian*; *sin nacimiento, no hay vida*. Esto, de por sí, fue extremadamente valioso y demanda un reconocimiento terrenal.

En cuanto al título de Nicodemo muy poco se conoce. Se menciona a un Nicodemo por los Talmudistas como siendo un hombre de gran riqueza, y se describe como habiendo pasado a ser un “seguidor de Jesús”, pero este hombre floreció al tiempo de la destrucción del templo en Jerusalén. No es imposible, claro está, que Nicodemo viviera hasta dicho acontecimiento, pero las palabras de 3:4, “cuando

era viejo”, debe ser una referencia de paso a él propio. El asunto no puede confirmarse, y además es de poca importancia. Lo que sí sabemos, en cambio, es que fue un Fariseo, así que servirá de provecho que observemos el papel que juegan los Fariseos en el registro de Juan.

Por 3:25 aprendemos que se levantó una discusión entre los seguidores de Juan el Bautista y los Judíos a causa de la *purificación*, y por el relato nos parece que se llevó a cabo un atentado para sembrar celos y contiendas entre las partes, pues estos Judíos enviaron a Juan el Bautista refiriéndoles a Cristo, diciendo: “He aquí, él mismo bautiza, y todos los hombres acuden ahora a Él”. Cuando el Señor supo que los Fariseos estaban aprovechando las circunstancias con el propósito de introducir celos destructivos, se fue de Judea (4:1-3). Ya no encontramos ninguna referencia más a los Fariseos hasta que nos adentramos de lleno en el capítulo 7, donde nos acercamos a ver la Fiesta de los Tabernáculos, y la insistencia de los hermanos del Señor increpándole para que se presentara en la fiesta abiertamente. Los Judíos al mismo tiempo estaban en la fiesta procurándole, y “algunos decían, Es un hombre bueno; otros decían, No, sino que engaña al pueblo” (7:12). En medio de esta dividida compañía, como a mitad de la fiesta, se presentó el Señor, y como resultado de Su denodada aparición algunos del pueblo comenzaron a preguntarse, “¿Habrán los líderes reconocido que este sea verdaderamente el propio Cristo?” (7:26). Otros, tomando un punto de vista contrario, procuraron echarle mano. Cuando los Fariseos oyeron que muchos del pueblo creyeron en Él, enviaron oficiales para prenderle (7:32), pero el poder de Su testimonio fue de tal orden que estos hombres se quedaron postrados y sin fuerzas. Después de informar lo sucedido a los Fariseos, les preguntaron, “¿También vosotros habéis sido engañados?, ¿Ha creído por acaso en Él alguno de los Fariseos?” (7:45-48). Fue aquí donde Nicodemo interpuso su inútil interposición (7:50-52). No logrando prender al Señor por la fuerza, los Fariseos recurren a la astucia, y traen consigo el incidente de la mujer sorprendida en adulterio, con el impresionante registro de la convicción y derrota de los acusadores (8:3, 9), y por primera vez llegamos a la grave acusación de blasfemia orquestada contra el Señor por los Fariseos (8:13). A seguir viene el milagro del hombre nacido ciego, el intento de intimidación que sobre él llevan a cabo los Fariseos, y la pregunta que le dirigen, “¿Somos acaso nosotros también ciegos?” (9:40).

La resurrección de Lázaro llega a oídos de los Fariseos, y confiesan que,

- “éste hombre hace muchos milagros. Si se lo permitimos, todos los hombres han de creer en Él; y vendrán entonces los romanos y saquearán tanto nuestro lugar como nuestra nación” (11:46-48).

Aquí Tenemos realmente un valioso testimonio, pues hasta los propios enemigos del Señor admiten el hecho de los milagros, sin embargo, les preocupa más todo cuanto puedan venir a perder de prestigio sus vidas, “su lugar y su nación”, que la verdad del Reino de Dios. Una vez más, por última vez, se le permite al Fariseo hablar. Leemos:

- “Los Fariseos por tanto cavilaban entre sí: Veis que no ganáis nada, he aquí, el mundo se va tras Él” (Juan 12:19).

Con el final del capítulo 12 alcanzamos el cierre del ministerio público del Señor, y aquí encontramos unos cuantos gobernantes más como Nicodemo:

- “Y muchos aun mismo entre los gobernantes principales creyeron en Él; pero por causa de los Fariseos no le confesaban públicamente, para que no fueran expulsos de la

sinagoga; pues ellos amaban más la alabanza de los hombres que las alabanzas de Dios” (Juan 12:42, 43).

El reticente testimonio de alguien imparcial es de grande peso como evidencia. Esto debemos mantenerlo en el pensamiento a medida que intentemos averiguar el valor de la visita registrada de Nicodemo, “un principal (o gobernador) de los Judíos. Aunque tan solo por sí mismo pueda hablar, nos parece probable que Nicodemo, cuando dijo “nosotros sabemos”, pretendía que el Señor comprendiese, que viese que, los Gobernadores y Fariseos, compartían una convicción: Que éste nuevo ministerio, atestiguado como estaba por los indudables milagros, probaba que Su Ministerio era uno de “Maestro enviado de Dios”, y eso a pesar de Su menospreciada conexión Galilea y al hecho de que fuera un Nazareno. La palabra “Maestro”, *didaskalos*, es la misma palabra “Amo”, un apelativo al mismo título que los hombres del rango de Nicodemo compartían (3:10); y sin embargo, este alto cargo oficial del Sanedrín se acercó de un desconocido, y aparentemente menos letrado, joven visitante de Galilea, y se dirigió a Él como “Maestro”. Esto, educadamente, se hizo en la natura de una entendida concesión ¿Cuántos, desde entonces, han sucumbido a una aproximación similar? - tan solo “aquel día” lo revelará. Pero ya hemos sido informados que nuestro Señor “sabía lo que había en el hombre”, y Su “respuesta” persigue este divino reconocimiento, pues en vez de enfocarse sobre cualquier cosa que Nicodemo haya “dicho”, le respondió a lo más profundo de su corazón su gran necesidad. Debió haber sido un duro golpe para el orgullo y creencia de Nicodemo, ver omitida y puesta de lado su educada presentación, y en su lugar oír una declaración que exponía su gran necesidad de un nuevo nacimiento. Juan el Bautista ya había avisado a los Fariseos, diciéndoles: “Y no caviléis en vosotros mismos, diciendo, nosotros tenemos a Abraham por nuestro padre” (Mat.3:9), y en el octavo capítulo de Juan tenemos un argumento que continúa en las mismas líneas (33, 37, 39, 40, 52, 56, 57, 58).

Nicodemo sabía y reconocía que un prosélito se volviera “renacido”, pues “*si alguno pasa a ser prosélito, es como un niño chico recién nacido*” (Jeramoth). Maimonides enseñaba que el prosélito Gentil era tan literalmente igual que un recién nacido, que vino a ser legal para él contraer matrimonio con su propia madre o la hermana de su madre, y tan solo era prohibido teniendo otras bases. Esto nos demuestra que la idea no debería ser del todo desconocida para Nicodemo. Lo que tenía de novedad, y que fue duro de oír, fue, que él propio, un Gobernador, un Maestro en Israel, un Fariseo, un indudable hijo de Abraham, precisase de un mismo nuevo nacimiento.

Las palabras traducidas “nacer de nuevo” son *gennethe anothen*. Ahora bien, el verbo *gennao* se emplea *tanto para* la gestación por un padre, *como para* el dar a luz por una madre. Esta palabra que se utiliza se traduce en Mateo 1:1-20 “engendrar” treinta y nueve veces, “nacido” una, y “concebido” una también. La palabra *anothen* aparece en el Evangelio de Juan como sigue:

“A menos que un hombre nazca *de nuevo*” (3:3).

“*Tenéis que nacer de nuevo*” (3:7).

“Aquel que viene *de arriba*” (3:31).

“A menos que le fuere dado *de lo alto*” (19:11).

“Un solo tejido *de arriba a abajo*” (19:23).

En los demás sitios también se traduce “de arriba a abajo” (Mateo 27:51); Marcos 15:38), “desde el mismo principio”, “desde el comienzo” (Lucas 1:3; Hechos 26:5) “de lo alto” (Sant.1.17; 3:15, 17). *Ano*, de



donde se forma *anothen*, nunca se traduce “de nuevo”, sino “la cima o borde”, “superior”, “alto” y “encima”.

La respuesta perpleja de Nicodemo, y su referencia a la maternidad natural, deja ver claro que tomó las palabras de nuestro Señor en un sentido errado. En efecto, lo que el Salvador le dijo a Nicodemo fue que, a pesar a toda su educación, su dignidad y su conexión racial con Abraham, precisaba de ser “generado de arriba”. Aquello que este regenerar de lo alto implicaba se da a conocer en la segunda declaración del Señor. Aquí vuelve Él a reemplazar la palabra *anothen*, “de lo alto”, por “agua y espíritu”. Aquí tenemos que ser muy cuidadosos y emitir un juicio imparcial. En la referencia al “agua” y al “espíritu”, el Vicario de la iglesia, el Ritualista, y el Bautista, encontrarán justificación por el bautismo como una ordenanza de iglesia. Aquellos que tengan consigo la luz de la verdad dispensacional, que sepan que no había “iglesia alguna” en formación durante las primeras semanas del testimonio público de Cristo, y se han dado cuenta, que, para la iglesia del misterio, no hay sino “un solo bautismo”, el cual no puede ser aquel del agua, estos han de contemplar la expresión “agua y espíritu” como siendo una figura literaria, y significa “agua espiritual”, es decir, “no agua sino espíritu”. Estamos convencidos, por tanto, que Nicodemo no debió comprender las palabras de nuestro Señor. La visita de Nicodemo se divide por el testimonio de Juan el Bautista a través tan solo de un capítulo y por unos pocos días. Juan y su bautismo se nos ponen delante una vez más antes que este capítulo finalice (3:23). Juan había testificado: “Yo bautizo con agua...Aquel es Quien bautiza con el Espíritu Santo” (1:26-33).

Entre aquellos que asistieron al bautismo de Juan hubo Fariseos que recibieron el aviso, “no penséis en vosotros mismos, tenemos a Abraham por padre; pues os digo, que Dios es capaz de sacar de estas piedras hijos para levantarle descendencia a Abraham...Yo ciertamente os bautizo con agua para arrepentimiento, pero detrás de mí está Quien es más poderoso que yo, Cuyo calzado no soy digno de desatar; Él os bautizará con el Espíritu Santo, y con fuego” (Mat.3:7, 9, 11)”

No sabemos si es que Nicodemo atendió en persona al bautismo de Juan, pero algunos de los Fariseos fueron bautizados, y posteriormente muchos de los Gobernantes pasaron en secreto a ser creyentes; de todas formas, Nicodemo es avisado por el Señor de la inutilidad de confiar en cualquier cumplimiento, en, o por, la carne, ni aun mismo con la idea de que haya sido una ordenanza de origen divino. Por tanto, antes que la nota evangélica de la *vida eonian* se escuche, se demuestra que una gestación divina y espiritual es absolutamente necesaria (“tenéis que”) para la admisión en el Reino de Dios.

De alguna manera, el repudio práctico de la carne en 3:6 se queda un tanto escondido por la traducción de la Versión Autorizada, una falta que no ha sido corregida por la Versión Revisada. Una traducción literal del versículo sería: “Aquello que ha nacido de la carne, es carne; y aquello que ha nacido del Espíritu, es espíritu” (N.T. la Reina Valera traduce correctamente) El énfasis sobre la proveniencia “de” nos señala la fuente u origen. El modo perfecto verbal le da la idea de “aquello que ha sido y permanece”, tal como lo dijo Pilato: “Lo que he escrito, he escrito”, una resonante declaración que carga consigo su mensaje aun mismo para todos cuantos no estén familiarizados con las sutilezas de la gramática.

La palabra “carne” tiene tres matices de significado en el evangelio de Juan:

1. – La humanidad sin pecado del Hijo de Dios (1:14, etc.),
2. – La Humanidad “poder sobre toda carne” (17:2,
3. – La carne representando la natura humana caída y enemiga del espíritu. La referencia: “que fue nacido, no...de voluntad de la carne” (1:13) puede tanto referirse a cada uno (2) o a ambos (3)

- “Es el espíritu aquel que vivifica; la carne para nada aprovecha; las palabras que os hablo, son espíritu, y son vida” (Juan 6:63).
- “Vosotros juzgáis según la carne” (Juan 8:15).

Estas dos referencias tienen en vista al hombre errante, caído. La carne en Nicodemo era idéntica con la carne del *fellaheen* común y despreciado. La actitud mental que caracteriza a los Fariseos y a los Gobernantes del tiempo se expresa en las palabras:

- “¿Acaso alguno de los Fariseos ha creído en Él? Pero esta gente que no conoce la ley son malditos” (7:48, 49).

Es la misma actitud mental que causó a los Judíos maravillarse y decir: “¿Cómo es que sabe éste hombre de letras sin haberlas nunca aprendido?” (7:15). Sin embargo, toda la educación y aprendizaje de la ley debe ser puesta de lado como inútil, el orgulloso Fariseo debe humillarse, y el testimonio del apóstol Pablo en cuanto a que “no hay diferencia”, tanto en materia del pecado como de la salvación, debe ser acepte.

Mucho de todo cuanto el Señor le enseñó debía saberlo Nicodemo. Era un maestro en Israel, si no mismo “el maestro de Israel”, tal como nos puede indicar la presencia del artículo, sin embargo el Señor le dijo que era un “ignorante de estas cosas”, pudiendo haber deducido la necesidad del nacimiento espiritual por Ezequiel 11:19, 20:

- “Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en Mis estatutos, y guarden Mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y Yo sea a ellos por Dios”.

Sin este nuevo espíritu, ningún hombre de Israel “ve” o “entra” en el reino de Dios.

El Señor desarrolla más esta declaración concerniente a la carne y al espíritu con las palabras que vienen a seguir:

- “No te maravilles que te haya dicho, tenéis que ser engendrados de lo alto. *El viento* sopla de donde se oye, y tú *escuchas* su *sonido*, pero no puedes decir de dónde viene, y a dónde va; pues así es aquel que es generado del Espíritu” (3:7, 8).

Esta es la única ocasión en el Nuevo Testamento donde las palabras *to pneuma* se traducen “el viento”, cuya palabra en 6:18 es *anemos*, y así se traduce treinta y una veces. La palabra “escuchas” es *thelo*, “querer”, tal como se encuentra en 5:21, “a quien Él quiere, vivifica”. Esta palabra aparece veintitrés veces en este Evangelio, y en veintidós de las referencias personales se sobre entiende el *querer*. La palabra “sonido” es *phone* y siempre se traduce “voz” en el Evangelio de Juan, excepto en 3:8 (vea 1:23; 3:29; 5:25, 28, 37; 10:3, 4, 5, 16, 27; 11:43; 12:28, 30; 18:37). Así, pues, el versículo 8 debería traducirse así:

- “El Espíritu sopla (respira) de donde quiere, y tú escuchas Su voz, pero no sabes de donde Él viene ni dónde Él va; así es todo aquel que haya sido generado del Espíritu” (traducción del autor).

Para todo aquel como Nicodemo, que estuviese familiarizado con las profecías del Antiguo Testamento, la conexión entre 3:6, 8, y Ezequiel 11:19 (citado encima) y Ezequiel 37:9, “Profetiza al viento...sopla respirando sobre estos muertos para que vivan”, y Ezequiel 37:12-14, “Yo abriré vuestros sepulcros...y pondré Mi espíritu en vosotros, y viviréis”, les parecería bastante claro; y para nosotros, quienes leemos el Evangelio y recordamos el contexto remoto de 5:21-29, con los paralelos: “a quien *quiere* Él, vivifica”, “todos cuantos estén en los sepulcros oirán *Su voz*”, nos sugieren posteriores asociaciones.

Nicodemo, sin embargo, aparentemente fundamentándose todavía por las tradiciones de su secta, y todavía manteniendo las ventajas de ser un físico descendiente de Abraham, tan solo pudo replicar, “¿Y cómo puede hacerse eso?” El Señor, tal vez con pesar del duro velo que todavía cegaba sus ojos, le dijo: “¿Eres tú maestro en Israel y no sabes estas cosas?” El Dr. Lightfoot nos dice que había cuatro clases de maestros. El maestro de niños, los maestros públicos en las sinagogas, aquellos quienes tenían sus *midrashoth*, o escuelas en divinidad, tal como las escuelas de *Hillel* y *Shammai*, o *Gamaliel*, y aquellos en el Sanedrín, la gran escuela de la nación. A esta gran compañía de grandes doctores y maestros del Sanedrín pertenecía Nicodemo.

“La divinidad que mantenían, que ellos enseñaban y aprendían, era generalmente de este tenor: - edificar sobre sus privilegios de nacimiento desde Abraham, basarse en la ley, confiar en sus obras propias, cuidarse de cualquier fe que no fuera histórica, y golpearse el pecho con oraciones... ¿Cómo iríamos a imaginarnos, que, la doctrina propia del nuevo nacimiento, pudiera ser ni tan siquiera imaginada o soñada entre ellos, contemplando la salvación bajo tales principios y términos?” (Dr. Lightfoot, Vol.v., pag.44).

La doctrina del nuevo nacimiento no es una nueva revelación, pertenece al Antiguo Testamento, y el Señor lo implica claramente cuando le dijo a Nicodemo: “Si te he dicho las cosas terrenales, y no las creéis, ¿cómo iréis a creer, si os hablo de las cosas celestiales?” (3:12). Cualquier referencia a las cosas “celestiales” debería avivar y mucho el interés del lector, pues tales cosas bien pueden pertenecer a su propio llamamiento y esfera. No estaría fuera de lugar, por tanto, si es que tomamos un poco más amplia la encuesta que la referencia en Juan a simple vista parece garantizar. Pero, antes que nada, hablemos un poco del uso de la concordancia.

El lector ya lo sabe, pero puede ser necesario recordarle, que, una concordancia, no deja de ser sino una invención humana, y por tanto debe ser tratada como tal. Una concordancia trata simplemente con las ocurrencias de las palabras, y está totalmente fuera de su alcance tratar con el significado de las palabras. Además, aun siendo un buen siervo, es al mismo tiempo un pésimo amo. Veamos lo que queremos decir. Vaya a cualquier concordancia Griego – Ingles y abra en la palabra *ge* y observe que las ocurrencias ocupan varias columnas impresas. Estamos convencidos que tenemos delante cada ocurrencia de la palabra *ge*. Hasta aquí, todo va bien. Pero ¿qué “sabemos” sobre esta palabra? La primera ocurrencia en el Nuevo Testamento dice, “el *ge* de Judá (Mat.2:6), y bien podemos (si es que ya no lo sabemos mejor) pensar que *ge* sea algo particularmente conectado con los Judíos. La siguiente referencia es más extensa pero no fundamentalmente diferente, “el *ge* de Israel” (2:20). Aquí no vamos ahora a seguir dando las 241 ocurrencias, así que omitiendo unas pocas líneas leemos en 5:18, “hasta que el cielo y la *ge* pasen” mientras que en 13:5 leemos, de la simiente, que “no tenía profundidad de *ge*”. Vamos repasando los Evangelios y

nuestro ojo se ilumina en 1ª Corintios 15:47, “el primer hombre es de la *ge*”. Ahora vemos Hebreos, donde encontramos que “Tú, Señor, en el principio echaste los cimientos de la *ge* (1:10), y que esta *ge* “bebe la lluvia” (6:7), que si el Señor “estuviera en la *ge*, no sería un Sacerdote” (8:4), y que Israel fue sacada “fuera de la *ge* de Egipto” (8:9).

El lector, no en tanto, no es engañado por este surtido. Sabe bien que la palabra *ge* denota la tierra en cuanto a su distinción del cielo, el suelo en el cual la simiente debe ser sembrada, o una cualquier tierra, o bien Judá, Egipto u otro lugar. *Pero el lector debería recordar que esto no lo deduce por la concordancia.* Un ser espiritual, deseoso de convencer a otros seres espirituales, que no tengan un conocimiento personal con la tierra, con estos variados significados de la palabra fantásticos y no verdaderos, bien puede impresionar a algunos de sus oidores por una formidable concordancia de los pasajes. A nosotros no nos prueba nada, pero para ellos bien puede ser prueba para poner un punto final a todo argumento. Ahora vamos a revertir el punto de vista y preguntamos, ¿Qué es lo que sabemos del “cielo” por estar conscientes con esto? ¿Consiste su totalidad de un espacio sin divisiones? ¿Contiene alguna cima o parte más alta? ¿Puede ser medida por quilómetros? ¿Es de tres dimensiones su espacio? ¿Hay alguna cosa en el extremo o por encima del cielo? Si es así, ¿puede cualquier cosa que esté por encima de los cielos también ser referida como estando en el cielo? ¿Cómo podemos responder? Si en este punto otro cualquiera, igualmente ignorante por reconocimiento con los cielos, pudiera producir una concordancia de ocurrencias de la palabra “cielo” la larga lista de palabras podría impresionar al temeroso, pero eso no “probaría” para nada que el “territorio” y el “suelo” y la “tierra” fuesen todas una y la misma cosa en significado e intención.

Vayamos ahora del conocimiento para lo menos conocido, y hacia lo desconocido. Vayamos de *ge*, “tierra” a *Ouranos*, “cielo”. La concordancia nos presenta con una lista de 283 ocurrencias. Procedamos tal como hicimos con *ge*.

- “El reino de *ouranos* (plural) está cerca” (Mat.3:2).
- “He aquí las aves del *ouranos* (singular)” (Mateo 6:26).
- “Porque tiene arreboles el *ouranos* (singular) nublado” (Mateo 16:3).
- “Las estrellas caerán del *ouranos* (singular)” (Mateo 24:29).
- “El *ouranos* (singular) da la lluvia” (Sant.5:18).
- “Descendiendo (La Ciudad) del *ouranos* (singular) de Dios” (Apoc.21:2).

Aquí encontramos que las “estrellas” y las “aves” y la “lluvia” y la “Nueva Jerusalén”, todo esto pertenece a *ouranos*, en el singular; sin embargo el reino que el Señor viene a establecer sobre *la tierra* era el reino de *ouranos*, en el plural.

En Efesios 4:10 leemos que el Señor ascendió “por encima de todos los *ouranos*” (plural), y que tenemos un Amo Maestro en los *ouranos* (plural) (Efesios 6:9). Es fácil ridiculizar el intento por distinguir las cosas que difieran, y, una vez que conocemos menos de los cielos que de la tierra, el intento algunas veces fracasa tristemente antes de dar inicio. Sin embargo los de “Berea” no se impresionan por columnas de palabras, sino que “escudriñan y ven” si es que las cosas que estas palabras enseñan “son así”; usan la concordancia como un siervo, pero no le permiten que pase a ser su maestro. Además, qué argumentos podrían inventarse en cuanto a la básica distinción que debe observarse entre los cielos (plural) y cielo (singular). Sin embargo Mateo 3:16 dice “cielos” (plural) y Juan 1:32 dice “cielo” (singular), mientras que Hebreos 8:1 dice que Él está en los cielos (plural) y Efesios 4:10 que Él ascendió por encima de todos los cielos (plural).

Ahora bien, así como, desde un cierto punto de vista, un Judío viviendo en Jerusalén podría describirse como viviendo en (*en*) el *ge* (en el territorio), también podía ser descrito como viviendo sobre (*epi*) el *ge* (sobre la superficie de la tierra) sin envolver con eso una contradicción. Pues de igual modo, y en un largo número de vías, pueden los cielos ser descritos sin confusión o contradicción.

Ahora vamos a pasar de esta polémica hacia una lectura más constructiva. En Mateo 6:10 debemos recordar que nuestro Señor dijo literalmente, “Hágase Tu voluntad, como EN (*en*) el cielo, así también SOBRE (*epi*) la tierra”. Y de nuevo, hablando del mismo reino, Él dijo literalmente, “Toda autoridad me ha sido ofrecida EN (*en*) el cielo y SOBRE (*epi*) la tierra” (Mateo 28:18). *Epigeios* “cosas terrenales”, aparece siete veces en el Nuevo Testamento. En 1ª Corintios 15:40 se traduce así “terrenales”, y se refiere al cuerpo resucitado de algunos cuya herencia sea “sobre la tierra”. En 2ª Corintios 5:1 la referencia se hace al cuerpo presente, anterior a la resurrección. Filipenses 2:10 contrasta las cosas sobre la tierra con las cosas en los cielos (*epouranios*), y las cosas subterráneas (*katachthonios*); y en Filipenses 3:19 la exhortación aparece para evitar el ejemplo de aquellos que “piensan en las cosas terrenales”. Santiago emplea la palabra para contrastar la sabiduría celestial con la proveniente de *anothen* (Sant.3:15).

En la página 5 hemos sugerido, en forma de mapa, la relación que existe entre la enseñanza de Juan y el ministerio de Pablo en prisión, y que mientras que Juan se envía al “mundo”, Pablo se dirige a los “santos” que ya tienen “fe en nuestro Señor Jesús”. De este modo, Juan ofrece un testimonio externo, cuyo objetivo es “vida”, mientras que Pablo da un testimonio interno, cuyo objetivo es la membresía del Cuerpo de Cristo.

El lenguaje de nuestro Señor a Nicodemo garantiza nuestra introducción en el mundo con Juan 3:16, y asegura al mismo tiempo a quienes creen que hay “cosas celestiales” a ser recibidas por el mismo ejercicio de fe. Los “pastores” incluidos en los dones de Efesios 4 tienen una obra legítima que hacer entre “las otras ovejas” de las cuales habla Juan, sin tener por qué confundir la dispensación del misterio con el testimonio de Juan. Encomendamos a cada lector el pleno ejercicio del espíritu de los de Berea – Escudriñad y ved.

### **Jerusalén. “El Hijo del Hombre que está en el cielo (3:13)**

Si el lector está familiarizado con los *comentarios Bíblicos*, ha de estar al tanto en cuanto a la variedad de explicaciones dadas al problema que se levanta por estas palabras: “El Hijo del Hombre que (Quien) está en el cielo”. En primer lugar, es importante reconocer que la gramática y la lógica tan solo son relevantes cuando se mantienen limitadas dentro de su propio dominio. Es verdad en el medio de la carne que una persona no puede estar en dos diferentes lugares a la vez y al mismo tiempo, sin embargo, ¿será necesariamente verdad en el medio del espíritu? Es también cierto de todo cuanto pertenece al hombre en su esfera, que, todo aquello que nunca haya tenido un principio en el pasado, no exista ahora en el presente, pero, ¿es esto cierto de Dios? ¿Tiene Dios un principio? Y, si no lo tiene, ¿debemos volvernos todos ateos?

La gramática del lenguaje es un ejemplo de lógica aplicada. Nadie, ningún hombre, tan solo hombre, pudo jamás decir con sentido común y verdad: “Antes que Abraham fuese, Yo soy”. Y sin embargo estas fueron efectivamente las palabras empleadas por el Señor (8:58). Tomando otro ejemplo del mismo Evangelio, el Señor (16:13) emplea *ekeinos* (masculino) junto con *pneuma* (neutro) porque, más importante que la conformidad hacia las ordinarias reglas del lenguaje, era necesario enfatizar la personalidad del

Espíritu. De manera similar, en el pasaje que tenemos delante, tenemos una declaración que trasciende los límites o fronteras de la lógica humana. Ningún simple mortal aquí sobre la tierra podría referirse a sí propio como estando al mismo tiempo “en el cielo”.

Hemos ido sopesando sobre la mayor parte de la evidencia puesta delante, tanto por como en contra de la sugerencia que sea el Propio Cristo el que hable en los versículos 13-21, y estamos inclinados a concordar con el punto de vista que considera el registro de la conversación del Salvador con Nicodemo acabado en el versículo 12, y que el orador, quien habla en el versículo 13, es Juan el Evangelista. Esto, por supuesto, no es base alguna para argumento o fundación por doctrina. Tan solo debemos considerar estas palabras tan divinamente inspiradas palabras de vida eterna, tanto si pronunciadas por Cristo Mismo sobre la tierra, como si lo fueron por Su siervo Juan inspirado por Su Espíritu después de Su ascensión. La primera parte del versículo 13 se lee de la siguiente manera:

- “Y ningún hombre ha ascendido al cielo, sino Aquel que descendió del cielo”.

Las referencias, tanto directas como indirectas, al hecho de que el Señor “desciende” del cielo y “regresa” al cielo, se encuentran frecuentemente en este Evangelio. En el sexto capítulo, por ejemplo, hay siete referencias a este “descenso” del cielo, y una al ascenso de vuelta de nuevo:

#### ***Katabaino* “Descender” en Juan 6**

(Traducciones del autor)

- “Porque el pan de Dios es Aquel que (Quien) *desciende del cielo*, y le da vida al mundo” (33).
- “Porque Yo *he descendido del cielo*, no de Mi propia voluntad, sino de la voluntad de Aquel Quien Me envió” (38).
- “Los Judíos entonces murmuraron contra Él, porque había dicho: Yo soy el pan que *desciende del cielo*. Y ellos dijeron, ¿no es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos tan bien? ¿Cómo es eso que Él dice: Yo *desciendo del cielo*?” (41, 42).
- “Este es el pan que *desciende del cielo*, para que un hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que *desciende del cielo*” (50, 51).
- “Este es aquel pan que *desciende del cielo*; no como vuestros padres comieron el maná, y están muertos; aquel que come de este pan vivirá para siempre” (58).

#### ***Anabaino* “Ascender”, en Juan 6**

- “¿Y qué, si viereis al Hijo del Hombre *ascender* adonde estaba primero?” (62)

En la tercera de Juan el contexto inmediato del versículo 13 habla del izado de la serpiente en el desierto por Moisés, y su típica asociación con el don de vida. En el capítulo 6, donde vuelve de nuevo a ser referida la ascensión, tenemos una referencia más a Moisés en el desierto, pero esta vez en conexión con el maná. En los dos próximos capítulos tenemos varias alusiones posteriores a este “descenso” y “regreso de vuelta”:

- “Entonces Jesús les dijo, Todavía un poco estaré con vosotros, y después voy a Aquel que Me envió” (7:33).
- “Vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy” (8:14).
- “Yo me voy, y vosotros Me procuraréis, y en vuestros pecados moriréis. Donde Yo voy, vosotros no podéis venir...Y Él les dijo: Vosotros sois de abajo; Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo; Yo no soy de este mundo” (8:21, 23).

Con el final del capítulo 12 se llega al cierre de la primera parte del Evangelio de Juan. La nueva sección, comenzando con el capítulo 13, trata con la instrucción más íntima y personal, esto es, la instrucción que el Señor da a “los Suyos” antes que les fuese quitado de su lado. Encontramos, no obstante, el mismo testimonio a la ascensión en este capítulo y el siguiente, que ya habíamos hallado en los capítulos 7 y 8:

- “Jesús, sabiendo que el Padre le había puesto todas las cosas en Sus manos, y que Él provenía de Dios, y a Dios volvía...” (13:3).
- “Hijitos, aun un poco de tiempo estaré con vosotros. Vosotros Me procuraréis; y así como dije a los Judíos: Donde Yo voy, vosotros no podéis venir; así ahora os digo...Simón Pedro le dijo: Señor, ¿a dónde has de ir? Jesús le respondió: Donde Yo voy, tú ahora no Me puedes seguir; pero Me seguirás después” (13:33, 36).
- “Voy a preparar un lugar para vosotros...y sabéis a donde voy, y sabéis el camino” (14:2, 4).
- “Yo me voy, y de nuevo vuelvo a vosotros...Yo voy al Padre” (14:28).

Dos referencias similares a la ascensión se encuentran en el capítulo 16:

- “Pero ahora sigo Mi camino hacia Aquel que Me envió; y ninguno de vosotros Me pregunta a dónde voy” (16:5).
- “Un poco más, y ya no Me veréis...porque Yo voy al Padre” (16:16).

En el próximo capítulo, donde se resalta la obra que Él vino a realizar, vuelve a referirse que el Señor regresa “a donde estaba antes”:

- “Y ahora Yo vengo a Ti” (17:13).

En el capítulo 20, en la gloriosa mañana de la resurrección, este mensaje de la ascensión es el que el Señor escoge como Su primer saludo hacia Sus disgustosos discípulos:

- “Jesús le dijo a ella: No Me toques; pues todavía no he ascendido a Mi Padre; pero ve a Mis hermanos, y diles, que Yo asciendo a Mi Padre, y vuestro Padre, y a Mi Dios, y vuestro Dios” (17).

De momento no vamos a intentar tratar con estos pasajes ni a considerar sus contextos. Estamos simplemente citándolos para demostrar cuán íntimamente se entrelaza este hecho del descenso y ascenso de Cristo en el tema o sujeto del Evangelio de Juan. Volviendo de nuevo al tercer capítulo, observamos que la estructura de los versículos 13 y 14 es la siguiente:

I1 13. EL HIJO DEL HOMBRE. Ascendido.

J1 13. Él descendió del cielo.

I2 14. EL HIJO DEL HOMBRE. Levantado.

Los versículos 14 y 15 se leen de la siguiente manera:

“Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, igual debe el Hijo del Hombre ser levantado; para que cualquiera que en Él crea no perezca, sino que tenga vida eterna”

En el capítulo 5 el Señor dice de Moisés:

“Hay uno que os acusa, Moisés, en quien vosotros confiáis. Porque si creyeris a Moisés, a Mí me creeríais; porque de Mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a Mis palabras?” (45-47).

Se ha informado que a un Obispo Modernista, visitando una escuela pública, le preguntó el Director qué podría hacer acerca de la enseñanza de Juan 3:16.

- “Yo doy por cierto”, dijo el Director, “que quieras enseñarme la verdad de Juan 3:16”.
- “Sí, sí”, replicó el Obispo.” Por supuesto”.
- “Sin embargo”, dijo el Director, “Yo también le enseño a estos muchachos la Lógica”.
- “Ahora bien”, replicó el Obispo. “¿Y qué pasa con eso?”
- “Si le enseño a estos muchachos Lógica, junto con Juan 3:16”, dijo el Director, “y no en tanto les enseño al mismo tiempo que Moisés nunca existió, o que jamás levantó una serpiente en el desierto, ¿no se darán cuenta, y con razón, que el “así como” y el “pues igual” de Juan 3:14 vincula a Moisés, la serpiente, el desierto, y el evangelio de Juan 3:16 tan vitalmente juntos, que repudiando uno viene a ser lo mismo que repudiar lo otro?”

Es inútil y de necios decir que no importa si es que el Antiguo Testamento sea real o ficticio, entre tanto que prediquemos el “sencillo evangelio”; puesto que no existe tal cosa como “el sencillo evangelio” si es que Moisés, Abraham, Adán, Noé y los demás caracterizados son tan solamente míticos. La gracia de Cristo se contrasta con la ley de Moisés. El cumplimiento por Cristo se sobrepone en contra de las promesas hechas a Abraham. Y en la vida ofrecida por Cristo se presenta el glorioso sustituto para la vida perdida por Adán.

Cuando consideramos la sobrehumana naturaleza de Aquel Quien habla en este Evangelio, en relación al mismo testimonio del Orador a Moisés y se reconocen los registros del Pentateuco, ninguna duda puede mantener cualquiera que crea en “el Hijo del Hombre, que está en el cielo” en cuanto a la integridad de los registros del Antiguo Testamento. La Palabra viva y la Palabra escrita deben o bien mantenerse firmes o caer conjuntamente.

**Jerusalén, la vida Aionion (3:13-21)**



Ahora llegamos a la sección del Evangelio que contiene uno de los más bien conocidos y mejor amados pasajes de La Sagrada Escritura, esto es, 3:16.

Así como, por indebido énfasis, la tradición a menudo tergiversa la verdad, de igual modo los parciales sectarios tienden a resaltar un aspecto de verdad hasta el punto de ocultar o minimizar otro igual. Al tiempo que esto y mucho más se podría decir como un aviso contra la aceptación de los puntos de vista tradicionales, realmente, es también verdad, que, donde una cualquier doctrina haya sido tan bien recibida con universal aceptación, donde un particular aspecto de verdad haya sido abrazado con tanto gozo y predicado con tal fervor, por hombres representativos de casi todos los cismas en la Iglesia, y donde haya servido como instrumental guiando a las almas de la muerte a la vida, haremos bien en no dudar mucho y meditar profundamente antes de dejar de lado repudiando tamaña unidad de testimonio. Este es un texto de ese tipo. Permanece tan llamativamente supremo en su comprensivo alcance, tan sencillamente grande y de tema tal claro, como para demandar la más cuidadosa y piadosa consideración. Bajo examinación se vuelve evidente que aquello que se dice en los versículos 14 y 15, se expande en el versículo 16.

A 14. ASÍ COMO (el primer elemento en el símil demandando el seguimiento “ASÍ ES”).

B 14. MOISÉS levantó la serpiente en el desierto.

A 14. ASÍ ES (el segundo elemento en el símil).

B 14. EL HIJO DEL HOMBRE, levantado.

C 15. PARA QUE, “el objetivo”, para que **a** cualquiera

**b** que crea

**c** no perezca

**d** vida eterna

D 16. PORQUE (conectando el vínculo entre el tipo y el cumplimiento)

A 16. DE TAL MANERA (la extensión del símil hacia la secuencia)

B 16. EL UNIGÉNITO HIJO dado.

C 16. PARA QUE, el objetivo, para que **a** cualquiera

**b** que crea

**c** no perezca

**d** vida eterna.

El versículo 16 se conecta con los versículos precedentes por el signo de correlación “para”, la griega *gar*. Esta palabra griega es una contracción de *ge*, “verdaderamente” y *ara*, “por tanto”, “además”. Las dos partes de la oración, en orden inverso y en una forma sin contraste, son de frecuente ocurrencia en el Nuevo Testamento, siendo que *arage* se traduzca “así por tanto”, “entonces”, “De manera que”, “verdaderamente”, etc.

En el versículo 19 *gar* se traduce “por causa de”, o “porque”, y esta es una buena traducción de la *conjunción casual*. El versículo 16 por tanto surge lógicamente de los versículos 14 y 15. El tipo del Antiguo Testamento, tal como se muestra en la Ley de Moisés, demanda, como una lógica secuencia, la realidad del Nuevo Testamento tal como se muestra en el evangelio de Cristo. La serpiente levantada no fue un fetiche, sino una profética anticipación de Aquel Quien, aunque no conoció pecado, por causa de nosotros “fue hecho pecado”. El hecho de que Moisés “levantase” la serpiente en el desierto debe ser considerado una definitiva sombra refleja de la cruz. Que esto no es meramente un pio capricho, en avance a la posición de prueba, portan testimonio los hechos siguientes: *Hupsoo*, la palabra traducida “levantar”, aparece veinte

veces en el Nuevo Testamento. En catorce de estas se traduce, “exaltar”, y la ocurrencia en Santiago 4:10 debería traducirse así (N.T. En la Reina Valera se traduce bien en Santiago 4:10, “exaltar”). Esto nos deja de parte cinco ocurrencias, todas las cuales se encuentran en el Evangelio de Juan y se traducen “levantar”: no teniendo referencia alguna a la “exaltación” del Señor.

### Las cinco ocurrencias de *Hupsoo*.

- “Así como Moisés *levantó* la serpiente” (3:14).
- “Así debe el Hijo del Hombre *ser levantado*” (3:14).
- “Cuando hayáis *levantado* al Hijo del Hombre” (8:28).
- “Si Yo fuere *levantado* de la tierra” (12:32).
- “El Hijo del Hombre debe *ser levantado*” (12:34).

Para que no haya dudas en cuanto al significado de este término, Juan añade la explicación en 12:33: “Esto dijo Él, dando a entender *de qué muerte* iba a morir”. Todo esto y más cosas están implicadas en el uso de la palabra “porque”.

La siguiente palabra que demanda atención es el adverbio *houto*, “tanto”: “Porque tanto amó Dios al mundo”. A primera vista nos inclinamos a ver en la palabra una sugestión de la grandeza de tal amor, sin embargo *houto* es un adverbio de forma o manera, y las siguientes diferentes traducciones revelarán el significado que debe adjuntarse aquí a la palabra.

- “Ahora bien, el nacimiento de Jesucristo fue *de esta guisa o manera*” (Mat.1:18).
- “Así, pues, *de esta manera* oraréis vosotros” (Mateo 6:9).
- “*De igual manera* ha de ser también el Hijo del Hombre” (Mat.17:12).

La frase “de igual modo” en las epístolas de Pablo, como por ejemplo en Romanos 5:18, 21; 6:4, 19; 11:5, 31, también muestra su significado, tal como lo hace la descriptiva “así” en el pasaje: “Estando cansado del camino, (Él) así (o por eso, o por tanto) se sentó sobre el pozo” (4:6). Si nos preguntamos qué es lo que “así” indica aquí, debemos responder “en una manera que expresa cansancio”, pues sentar es el verbo, sin el cual el adverbio carece de significado.

“Porque” la conjunción casual, vincula, no meramente por adición, sino por lógica secuencia, el tipo del Antiguo Testamento con el cumplimiento del Evangelio. “Tanto” el adverbio de manera en la frase “Dios tanto amó”, modifica el verbo “amó” por mostrar la manera de dicho amor, con la idea que Juan ha dicho “como esto”, amó “sobre esta guisa”, amó “así”. Si nos preguntamos, “¿Amó como qué?” se nos lleva de vuelta por respuesta al tipo y su cumplimiento. En el versículo 14 tenemos el “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, ASÍ es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”.

El amor de Dios fue “de esta guisa”; un amor esencialmente asociado con la ofrenda de Su Hijo, y no para ser confundido con Su providencia, con la cual envía Su lluvia sobre los justos e injustos, ni con Su tierna misericordia, la cual está sobre todas Sus obras.

El orden de los libros en el Nuevo Testamento es artificial, y no se debe sobre dicho orden edificar doctrina alguna, antes bien, tomando los cuatro Evangelios como una unidad, estamos en lo cierto diciendo que el Evangelio de Juan fue el último escrito. Ahora bien, aquí tenemos un hecho maravilloso. Cualquier

creyente que estuviera en posesión tan solamente de Mateo o de Marcos o Lucas, jamás habrá leído la declaración que Dios “amó” a cualquiera. Es algo sorprendente descubrir, que si bien podamos aprender tanto por Mateo, Marcos o Lucas de nuestra obligación a “amar al Señor nuestro Dios” o “amar a nuestro prójimo”, o hasta por Mateo y Lucas que debemos “amar a nuestros enemigos”, sin embargo, podemos leer veintitrés pasajes, que contenga *agapao*, “amar”, y nunca leemos nada de que *Dios* amó a Israel, o a la Iglesia, o al mundo. *La primera referencia así al amor de Dios en los cuatro Evangelios está en Juan 3:16*. En el pasado, tal vez, hayamos utilizando esta preciosa declaración demasiado liberalmente, y al hacerlo así se ha dado lugar a credenciales doctrinas que no son de Dios.

Nosotros deducimos, que, por mucho que un hombre haya podido experimentar la bondad y misericordia de Dios, jamás ese hombre podrá conocer el amor de Dios aparte del don de Su amado Hijo. Pero una vez que este aspecto de verdad puede parecer un tanto extraño, vamos a considerar otra ilustración de este conservador punto de vista del amor de Dios. ¿Hay, o no hay, amor de Dios manifiesto en el evangelio de Cristo que es “el poder de Dios para salvación? Lo más seguro es que sí haya, sin embargo Romanos 1:16, 17, donde esta declaración aparece, no deja ver nada de eso. ¿Hay, o no hay, amor en la provisión de una justicia como un don gratuito para los culpables pecadores? ¿Carece de efectivo amor el pasar por alto los pecados que hayamos cometido? ¿Podríamos leer que la fe se cuenta por justicia y olvidarnos de aquel amor hallado en el camino? Si bien sepamos que el amor es la fuente de todas estas cosas, sin embargo, en la epístola de Romanos no encontramos referencia alguna al amor de Dios hasta que leemos el capítulo 5:5. Entonces, de una verdad, el amor de Dios irrumpe a través de todas las restricciones y “se derrama para fuera”, pero había estado oculto hasta que se pudo escribir: “Por tanto, *siendo justificados* por fe, tenemos paz para con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo”.

El amor de Dios es un ilimitado océano, sin embargo tan solo tiene una puertecita para entrar, la ofrenda de Cristo. El mismo Evangelio que se dirige “al mundo”, para que veamos, contiene la más cercana restricción a este respecto, que: “Nadie viene al Padre, *sino por Mí*”. En una dispensación anterior leemos que Dios “amó *al pueblo*” (Deut.33:3), significando Israel (Deut.7:7, 8); posteriormente, de la Iglesia leemos que nada puede separar *al creyente* del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Pero aquí (3:16) por primera vez leemos que Dios amó *al mundo*.

La íntima asociación del amor de Dios con el sacrificio de Su Hijo está implicada en la palabra “tanto”, y recibe sustento por otras Escrituras. En la primera epístola de Juan leemos:

- “En esto hemos conocido (o percibido) el amor: en que Él puso Su vida por nosotros” (1ª Juan 3:16).
- “En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a Su Hijo al mundo para que vivamos por Él” (1ª Juan 4:9).
- “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:10).

Observe las dos palabras “percibido” y “manifestó” en estas referencias. En Juan 3:16 no estamos tratando con el ilimitado amor de Dios, un término que empleamos por falta de otro mejor, sino con la manifestación del dicho amor que tuvo lugar *al tiempo*. Este amor se asocia con un acontecimiento histórico, la venida en el mundo de Aquel Quien era el unigénito Hijo de Dios, la Palabra hecha carne. Este acontecimiento no es “intemporal” sino histórico, pues ya tuvo lugar cuando llegó “la plenitud del tiempo” (Gálatas 4:4). El hecho que pongamos fecha a todos nuestros documentos desde ese periodo en referencia, es

si mismo una admisión de que el elemento tiempo se entremete en los asuntos de Dios. Por esa razón recusamos enfáticamente la traducción que se ha dado diciendo que Dios “ama” al mundo, y “da” a Su Unigénito Hijo. Para el lector inglés o castellano es imposible entender que Dios “da” Su Hijo, sin empañar el borde de la verdad. El insistente testimonio de la Escritura es que Cristo se dio “de una vez por todas”, que “de una vez por todas” fue ofrecido, y no hay más ofrenda alguna por el pecado; Él jamás ya muere. Así, pues, difundir una traducción de 3:16 que declare que Dios “ama” y “da”, es engañoso y peligroso, y así, ignorantemente, además, se sustancia una vaga idea de la doctrina de la segunda oportunidad y emparentados errores. En sí mismo, el amor de Dios puede ser intemporal, pero su manifestación fue de una vez por todas y en un momento determinado. A esto, y solo a esto, se refiere Juan 3:16.

El “Dar” es de la naturaleza propia del amor. Esto ya lo hemos visto en el argumento de los pasajes citados encima de la primera Epístola de Juan. Hay otros que rápidamente nos vienen a la memoria, tales como:

- “El Hijo de Dios, Quien me *amó*, y *se dio* a Sí Mismo por mí” (Gálatas 2:20).
- “Cristo...*amó* a la iglesia, y *se dio* a Sí Mismo por ella” (Efesios 5:25).

Aquí, en 3:16, el objetivo del amor de Dios es el “mundo”. Tal como ya hemos aprendido, esta palabra *kosmos*, “mundo”, es una de las grandes palabras llaves del Evangelio de Juan. Aristóteles define el *kosmos* como:

- “Un sistema compuesto del cielo y la tierra, y de los seres que contienen; dicho de otro modo, el orden y hermoso arreglo del universo”.

*Diakosmesis* es la palabra utilizada por Aristóteles para “hermoso arreglo”. Plinio, el escritor latino, dice:

- “A lo que los griegos llaman *kosmos*, nosotros, por su perfecta y completa elegancia, lo denominamos *mundus*”.

En el Nuevo Testamento “el mundo” es un término más comúnmente utilizado para denotar aquella parte del universo que llamamos “la tierra”, tal como cuando se dice de Cristo que viene a introducirse en el mundo. El Dr. Bullinger hace la siguiente observación en su *Léxico*:

- “Así, por tanto, *kosmos*, denota el orden del mundo, el universo ordenado, la enteramente ordenada creación de Dios, pero considerada aparte de Dios. De ahí, la morada de la humanidad, o el orden de las cosas en las cuales se mueve la humanidad, o de la cual el hombre es el centro; a seguir, la humanidad tal como se manifiesta en sí misma en y a través de dicho orden; después, aquel orden de cosas que, en consecuencia de y desde la Caída, está alejado de Dios, tal como se manifiesta en y a través de la raza humana”.

Es evidente que “el mundo” de 3:16 es el último de ellos, pues sus habitantes son salvos de “perecer” y de la “condenación” tan solo por esta interposición de Cristo en su respaldo.

Muchos y muy ricos son los títulos que pertenecen al Salvador. Algunos pertenecen al periodo anterior a Su nacimiento en Belén, tales como “la Palabra” y “la Imagen”, y otros al periodo posterior a la natiuidad. Entre otros están los tres siguientes:

- “JESÚS” (Mateo 1:21).
- “EMMANUEL” (Mateo 1:23).
- “EL HIJO DEL HOMBRE” (Mateo 8:20).

¿A qué periodo vamos a subscribir el título, “Su unigénito Hijo”? Si no hubiese habido disputa alguna teológica en conexión con la persona del Señor, nunca habrían intentado hombres razonables creer la frase ininteligible, “las generaciones eternas del Hijo”, porque así, o bien la palabra “eterna”, o entonces la palabra “generaciones”, una de ambas tiene que perder su significado y ser modificada. Los lectores de nuestra revista saben que nosotros creemos la doctrina de la Deidad de Cristo. Pero si bien es cierto que este haya sido nuestro testimonio desde el principio, y es firmemente sostenido como tal hoy en día, nosotros no tenemos garantía alguna en cuanto a deturpar la enseñanza de la Escritura con respecto a la persona del Señor meramente por causa que queramos enfatizar Su Deidad. La Escritura es igualmente enfática sobre las doctrinas de Su humanidad sin pecado, y de Su venida en la carne, y como siempre, y esencialmente, asociado con Su venida en la carne está el propósito dominante de Su muerte sacrificial, lo cual precisa la posesión de un cuerpo humano. Esto es tan sumamente vital tanto para toda la verdad como para el testimonio de 3:16, que, ahora, debemos probar cada una de las declaraciones.

- “Así que, por cuanto los hijos son partícipes de *carne y sangre*, Él también participó de lo mismo, para (Él) destruir *por medio de la muerte* a quien tenía el poder de la muerte, esto es, al diablo; y librar así a quienes por el temor de la muerte estaban viviendo siempre sujetos a esclavitud” (Hebr.2:14, 15).
- “Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; pero Me preparaste un *cuerpo*...somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo de una vez y para siempre” (Hebr.10:5, 10).

El testimonio de Hebreos está muy claro. Uno de los pasajes habla de carne y sangre, y el otro de un cuerpo, pero en ambos el objetivo es una ofrenda. En la epístola a los Colosenses leemos:

- “En el cuerpo de Su carne a través de muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de Él” (Colos.1:22).

Aquí vuelve de nuevo la encarnación a estar presente. Veamos un pasaje más:

- “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Propio Hijo en semejanza de *carne* de pecado, y por causa del pecado, condenó al pecado en *la carne*” (Romanos 8:3).

Aquí, una vez más, la venida de Cristo en la carne, se debió a que pudiera cargar la condenación que nuestra carne pecadora merecía por quebrar la ley.

Nosotros creemos que cuando el Salvador es llamado “el unigénito Hijo de Dios”, lo que el Espíritu de Dios tiene en mente es esta condescendencia del Hijo cuando se humilló disponiéndose a tomar consigo la

natura del hombre. Ahora bien, si volvemos al prólogo del Evangelio de Juan, veremos que fue también precisamente lo que el apóstol pensó. “En el principio era la Palabra”. Juan no dice, “En el principio era el Hijo”; eso es lo que muchos credos confiesan, y muchos creyentes asumen que es verdad, sin embargo, como nuestra fe no se basa en la sabiduría de los hombre sino en el testimonio de la Escritura inspirada, debemos, forzosamente, repudiar una tal intrusión.

“La Palabra se hizo carne” (Juan 1:14). Aquí se da una gran mudanza: aquí, mejor que en otro sitio, debemos leer del unigénito Hijo. Veamos:

- “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, (y nosotros vimos Su gloria, la gloria como del unigénito del Padre,) lleno de gracia y verdad” (Juan 1:14).

Cuando Él, la Palabra, pasó a ser carne, Sus títulos fueron, “Emmanuel...Dios con nosotros”, el unigénito del Padre”, “el Hijo de Dios” y “el Hijo del Hombre”. Ciertamente, aunque tuviéramos otras credenciales para soportarlo, o sistema para mantenerlo, el claro testimonio de Juan ya solo por sí sería autoritario y final.

¿Cuál es el significado Escritural de *gennaō*, “generar, o engendrar”? Si la palabra se emplea de un padre, debería traducirse “engendrar”, y si de una madre, “nacer, o “dar a luz”. En Mateo 1:1-16 tenemos una genealogía desde Abraham hasta José donde es imposible malentender el significado de *gennaō*. “Abraham *engendrō* a José...Jacob *engendrō* a José”. En este mismo versículo dieciséis la palabra *gennaō* se utiliza de la madre, “de quién nació Jesús”. Las palabras “unigénito” representa una palabra en el griego, *monogenes*. ¿Sería posible que por la adición de la palabra *monos* “solamente”, el normal, racional, significado de *gennaō* venga a ser tan modificado como para perder su primer significado? A dicha pregunta no podemos dar respuesta, pero podemos demostrar que ningún tipo de alquimia se practica por los escritores inspirados.

- “El hijo único de su madre” (*monogenes*, Lucas 7:12).
- “Pues tan solo tenía na única hija” (*monogenes*, Lucas 8:42).
- “Porque es mi único hijo” (*monogenes*, Lucas 9:38).
- “Por fe Abraham, cuando ya era viejo, ofreció a Isaac; y aquel que había recibido la promesa ofreció a su hijo unigénito” (*monogenes*, Hebr.11:17).

Aquí tenemos cuatro ocurrencias de la palabra, y su significado es obvio. Hay cinco más, y estas dicen respecto al Señor Jesucristo.

En la epístola a los Romanos el don de Cristo se compara con la ofrenda llevada a cabo por Abraham de su hijo único. “Aquel que *no escatimō* ni a Su propio hijo” (Rom.8:32), donde las palabras griegas, “no escatimō”, son las mismas que emplea la Septuaginta de Génesis 22:16. El Señor Jesucristo, la Palabra, se hizo carne, Emmanuel, Dios manifiesto en la carne. Él es Quien sea el unigénito Hijo de Dios, y es Quien únicamente Media, pues es Ofrenda y Salvador del hombre.

El Dr. Bullinger, cuya ortodoxia sobre esta doctrina está fuera de cuestión, dice de la palabra *monogenes* en su *Léxico*: “La relación de Cristo al Padre”. En esta sencilla declaración se comprime toda la materia.

- (1) Es un asunto de “relación”. No se trata con Dios como Absoluto e Incondicional, pues ese no es un tema que se vea en la Escritura.
- (2) Tiene que ver con “Cristo”. Ahora bien, “Cristo” es el título que se da a “Jesús”, y significa “El Ungido”. Este título no hace referencia a un periodo anterior a la creación, ni anterior al milagroso nacimiento en Belén.
- (3) Tiene que ver con el Padre. Siempre que veamos el título “el Hijo de Dios”, “Dios” se refiere al “Padre” y los dos, tanto “Padre” como “Hijo” son términos relativos (de relación).
  - “Porque Dios tanto amó al mundo, que dio a Su unigénito Hijo”. Aquí tenemos la Divina mitad de Juan 3:16. Lo siguiente afecta la necesidad humana y la humana responsabilidad, “Para que cualquiera que en Él crea no perezca, sino que tenga vida eterna”.

En primer lugar, consideremos la necesidad humana. Se resume en la palabra “perecible”. La palabra griega que se traduce así es *apollumi*, y aparece noventa y dos veces en el Nuevo Testamento. En la Septuaginta ocurre unas 300 veces, y para comprender plenamente su significado, estos pasajes deberían ser examinados y además investigadas las equivalentes palabras hebreas.

Se ha levantado una disputa por parte de varios abogados de la doctrina conocida como *El Consciente Sufrimiento Eterno*, afirmando que es poco científico y estrictamente equivocado enseñar que cualquier cosa pueda ser “destruida”, tal como, por ejemplo, un pedazo de madera ardiendo. Apelan estos señalando que ciertas partes de la madera se vuelven en gases, que combinados con el oxígeno interviene en el proceso de combustión; otros componentes se vuelven como el humo y el vapor, dejando un rastro de ceniza como residuo mineral, y las escalas químicas, de ese modo, enseñan que ninguna partícula de la madera ha sido destruida, sino que su todo todavía existe a través de otras formas. Pues bien, a pesar de todo este tono desapasionado y aparentemente científico, todo es fundamentalmente y experimentalmente un fraude, totalmente falso, pues no se trata ni es una cuestión de la indestructibilidad de la “materia”, nada de eso, sino de la *destrucción del trozo de madera*, como *madera*. Nadie que haya sido disuelto en cenizas y presente una pocas jarritas de gases, de él se podría con verdad decir, ¡Aquí está su trocito de madera! La falsedad y necesidad de la declaración se hace aparente. Por tanto, cuando enseñamos que un pecador no salvo sufrirá “destrucción” o “perecerá”, estamos hablando de él como *persona*, no como a una colección de minerales orgánicos, y es en este sentido que la palabra se emplea en la Escritura.

Además se aboga que “el alma” no puede ser destruida, y por tanto el pecador no salvo ha de permanecer en un estado miserable de existencia en el fuego eterno. Aquí ni precisamos siquiera entrar a examinar significado alguno o atributos del alma, pues cualquier declaración de la Escritura será suficiente respuesta a tal objeción.

- “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no son capaces de matar el alma; sino antes bien temed Aquel que es capaz de destruir ambas cosas, tanto el alma como el cuerpo en el infierno (*Gehenna*)” (Mateo 10:28 traducción del autor).

Aquí la palabra “destruir” es *apollumi*, la misma palabra que se emplea en 3:16. Si nos arrodillamos delante de la autoridad de la Palabra inspirada, hablando estrictamente, se hace totalmente innecesario e inútil acrecentar algo más. Nosotros, sin embargo, lo vamos a suplementar e ilustrar un poco mejor antes de pasar a la alternativa, “vida eterna”. Aquí tenemos varias de las vías en las cuales se emplea *apollumi* en Mateo:

- “Herodes procuraba al niño para *destruirle*” (Mateo 2:13).

Si Herodes hubiese cumplido su rudo propósito, ¿Hallarían algún consuelo los abogados de la doctrina que estamos refutando en la teoría de la indestructibilidad de la materia? ¿O que la misma palabra traducida “destruir” también puede ser usada hablando de una “oveja perdida”?

- “Si el ojo derecho te ofende, échalo fuera, y sácalo de ti; pues es más provechoso para ti que uno de tus miembros *perezca*, y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno (*Gehenna*)” (Mateo 5:29).

¿Sería capaz, o, se atrevería alguno a consolar una persona que haya perdido su ojo usando el argumento, que, nada, puede realmente haber sido destruido?

¿Será necesario que sigamos dándole al tema? La palabra se emplea de ahogamiento (Mateo 8:25), del reventar de odres de cuero (Mateo 9:17), de la oveja que se ha perdido (Mateo 10:6), de perder la vida, el alma o la recompensa (Mateo 10:39, 42), y de la destrucción de una persona por muerte (Mateo 21:41; 22:7; 26:52; 27:20). Aquello que es verdad del testimonio del uso en Mateo, es verdad de los demás Evangelios, y el resto del Nuevo Testamento. Casi la totalidad de las palabras tanto en griego como en castellano tienen significados secundarios, pero denota pobreza de argumento, y una presunción, tomar el segundo significado cuando el primero resalta a la vista. Es digno de observarse, que, cuando el apóstol Pablo refiere el incidente, en el libro de Números, donde Moisés levanta la serpiente en el desierto, también él utiliza la palabra *apollumi*:

- “Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos le tentaron, y fueron *destruidos* de las serpientes” (1ª Corintios 10:9).

Del mismo modo se emplea la palabra en 1ª Corintios 15:18 hablando de los que se han ido a dormir en Cristo, “si los muertos no resucitan”. También Judas, cuando refiere el libro de Números, hablando de la rebelión de Coré y su compañía, utiliza esta misma palabra griega (Judas 11). Al cierre de Juan 3 se ponen delante de la solemne alternativa de 3:16. Esta vez, no en tanto, el palabreado muda. En vez de decir “no perezca sino que tenga vida eterna”, leemos:

- “Aquel que cree en el Hijo tiene la vida eterna; y aquel que no creen el Hijo no ha de ver la vida; sino que la ira de Dios permanece en él” (3:36).

Esta permanencia de la ira de Dios es consonante con la declaración paralela del versículo 18, “Aquel que no cree, *ya ha sido condenado*”.

Vamos siendo llevados, y desde la “pérdida perecible” que es el terrible resultado del pecado, se nos guía hasta el bendito don de la “vida eterna” para con todos cuantos creen en el unigénito Hijo de Dios. El objetivo del Evangelio es “vida”, vida de la muerte; vida que no tiene calificación alguna de distinción dispensacional:

- “Pero estas (señales) están escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida a través de Su Nombre” (20:31).



Aquí tenemos la sencilla utilización de este registro, “vida a través de Su nombre”. Esta cuestión de “vida” viene andando a través de todo el Evangelio desde el capítulo 1 hasta el capítulo 20, y es provechoso observar la vía en la cual la “vida” alterna con “la vida eterna”. Una vez que hay envueltas sesenta referencias no las daremos detalladamente, las que exponemos serán suficientes para todos cuantos “escudriñan y ven”.

A VIDA (1:4)

B VIDA ETERNA (3:15, 16, 36)

A VIDA (3:36).

B VIDA ETERNA (4:14, 36; 5:24).

A VIDA (5:24, 26, 29).

B VIDA ETERNA (5:39).

A VIDA (5:40).

B VIDA ETERNA (6:27).

A VIDA (6:33, 35).

B VIDA ETERNA (6:40, 47)

A VIDA (6:48, 51, 53).

B VIDA ETERNA (6:54)

A VIDA (6:63)

B VIDA ETERNA (6:68).

A VIDA (8:12; 10:10).

B VIDA ETERNA (10:28).

A VIDA (11:25).

B VIDA ETERNA 12:25, 50).

A VIDA (14:6)

B VIDA ETERNA (17:2, 3).

A VIDA (20:31).

¿Debemos deducir alguna distinción entre estas dos listas de declaraciones? ¿Debemos decir que “vida” es una cosa, y “vida eterna” es otra diferente? Aparte de la Palabra inspirada nadie puede responder a esta pregunta, y aun mismo aquellos para quienes la lista anterior no sea más sino una simple lista, ninguno está calificado para expresar opinión alguna al respecto. Por ejemplo, bajo examinación, hallamos que cuando Cristo dijo, “Las palabras que Yo os hablo, son *espíritu* y son *vida*” (6:63), Pedro le responde, “Señor, ¿a dónde iremos? Tú tienes palabras de *vida eterna*” (6:68). ¿Debemos aquí ver alguna sutil distinción, o es que la palabra “vida” envuelve todas las subdivisiones? En el mismo capítulo el Señor dijo, “El pan de Dios es Aquel que descende del cielo, y da *vida* al mundo” (6:33). ¿Se halla aquí alguna intencional diferencia de cuando dijo, “En verdad, en verdad os digo, aquel que cree en Mi tiene *vida eterna*. Yo soy el pan de *vida*” (6:47, 48)? O, una vez más, cuando leemos los versículos 53 y 54, “no tenéis *vida* en vosotros...tiene *vida eterna*”, ¿hay aquí alguna distinción intencional?

En el tercer capítulo tenemos “vida eterna” en la presentación del evangelio (3:15, 16, 36), sin embargo en el sumario y conclusión leemos, “no verá la vida”. Es evidente que la “vida” en el Evangelio de Juan incluye la “vida eterna”, y esta vida no puede confundirse con la vida que vive el hombre caído, puesto que Juan nunca emplea la palabra de ese modo ni una sola vez. Lo que dijo, sin embargo, fue:

- “En Él estaba la vida” (1:4).
- “Ha pasado de muerte a vida” (5:24).
- “La resurrección de vida” (5:29).
- “Vida...más abundantemente” (10:10).
- “La resurrección, y la vida” (11:25).

La vida de entre la muerte que estaba “en Él”, y que se da a todos cuantos creen y pasan de muerte a una vida donde no ya no entran en condenación, es evidentemente sinónima con, o si no más grande que, y tan inclusivo de, la “*vida eterna*”, que es el gran don de 3:16. La palabra traducida “eterna” y “por siempre” es *aionios* y aparece en el Evangelio de Juan diecisiete veces. La palabra *aionios*, “eterna”, se deriva de *aion*, una palabra que se traduce distintamente, “siempre” en la frase “para siempre”, “jamás” (literalmente, “no para siempre”) seis veces, y “mundo” una (en las Versiones Inglesas).

Debemos examinar estas traducciones de la misma palabra, pues, al menos a simple vista, parecen demasiado divergentes como para ser verdad, tomemos la forma negativa “jamás”. La frase es esta, *eis ton aiona*, con la negativa, y ha ocasionado algunos muy estúpidos atentados a la literalidad. Así, “y no perecerán jamás” (13:8) ha pasado a ser “no perecerán *hasta el siglo* (o era)”, lo cual deja en mente la impresión de que, al fin del siglo, perecerán, lo cual por supuesto es totalmente contrario al pensamiento que conlleva. “Tú no me lavarás jamás mis pies” (13:8), así, literalmente, pasaría a ser “Tú no has de lavarme mis pies sino hasta el siglo (o era)”, un absurdo que no precisa ni ser considerado. Cuando las Escrituras entienden que una declaración se encargue desde una era a otra, tiene un medio muy amplio para que se vea claro, como por ejemplo, en pasajes tales como, “ni en este siglo, ni en el venidero” que algunas versiones inglesas traducen, “ni en este mundo, ni en el venidero” (Mateo 12:32). En la mayoría de los casos “jamás” es el uso idiomático de “nunca” o “nunca por la era o siglo”, lo cual es paralelo con la etimología y uso de “nunca” o “jamás” en la lengua castellana. No es necesario que importemos el arcaico “siglo”, recayendo el significado en tales usos idiomáticos populares.

En conexión con las traducciones “siempre” y “mundo” hay mucho que decir. Antes que nada, no en tanto, recordemos que, en lo mejor de nosotros, un poco de genuina modestia nunca nos hará mal. Por ejemplo, siempre y cuando nos sintamos tentados a menospreciar traducciones que se encuentren, no tan solo en la Versión Autorizada, sino además retenidas en la Versión Revisada, deberíamos recordar, que, por muy remotas que puedan parecer, hay la posibilidad que estos hombres poseyesen efectivamente un modo de sentido común, así como muy buena escolaridad. Algo más cercano al verdadero espíritu que debía alentarnos, cuando vemos “siglo” traducido por “duradero”, sería, si tuviésemos deseos de descubrir el *por qué* los traductores emplearon esas las palabras, unos “siempre” y “mundo”, mientras que los *literalistas* demandan “siglo” en cada y todo caso. La verdad es que, muchos que se inclinan a adoptar la actitud de críticos, si una respuesta les fuese demandada, tendrían que confesar que no conocen bien la etimología de la palabra castellana “mundo”, y posiblemente tendrán también que alegar ignorancia en cuanto al origen y afinidades de “siempre” y “eterna”. Asentemos antes de nada este asunto.

Puede sorprender a mucho de nuestros lectores venir a saber, que, bajo el encabezado “mundo”, el *Diccionario de Oxford* devota sesenta y dos líneas impresas en una columna muy apretada entre espacios, tratando solo con el primer encabezado, la “*Existencia Humana*, un periodo de este “mundo”, antes de llegar al segundo gran encabezado “*La tierra o una región suya; el universo o una parte suya*” Además, la palabra inglesa “world”, “mundo”, a través de su origen Germánico, se deriva de *wer*, esto es, “hombre”, y *ald*, “edad”, “la edad o siglo, o era del hombre”, consecuentemente, si el lenguaje nunca se hubiera desarrollado,

si el significado nunca mudase por el uso común, y si todos los hombres fuesen etimologistas, entonces la afinidad entre la griega *aion* y la castellana “mundo” sería mucho más obvia y no precisaría de explicación.

No hay, en el uso actual y común, ninguna evidente conexión entre palabras castellanas tales como “eterna” y “para siempre” por un lado, con “edad o siglo” y “mundo” por otro, aunque, volvemos a repetir, las diferencias sean tan claras y visibles, pero se debe y es el resultado del paso del tiempo, pero, en lo básico y original, son una sola cosa. “Era (de edad)” se deriva de la latina *aeuum*, “eterna”, que proviene de *aeuitemus*, “duradero por una era”. “Para siempre” se vincula con la griega *aion*. Los Revisores han mantenido la mayoría de los pasajes donde la Versión Autorizada emplea “mundo” por *aion*, pero poniendo al margen la nota “era”, así que el lector Inglés no tiene por qué confundir esta palabra con *kosmos*.

Sin embargo, todavía tenemos que confrontar el hecho de que, mismo el presente uso que ahora se hace de, “eterno” y “para siempre”, también son impropias traducciones para una palabra cuyo significado es “una era”, “el periodo de la existencia humana”, por tanto, se requiere alguna modificación. Si, por tanto, en 3:16 sustituimos “vida duradera por toda la era” por “eterna” o vida “para siempre”, estamos creando otro problema tan grande por resolver como el inducido por la Versión Autorizada.

Bajo una lectura de la traducción, “no perezca, sino que tenga la vida duradera por toda la edad” la mente poca o ninguna ayuda tiene para dejar de pensar en las mismas líneas sugeridas por la cláusula posterior y, puesto así, se llega a la conclusión que, al fin de la era, por muy larga que sea de duración, la vida ha de cesar. En este punto el lector podrá apreciar el *análisis* de los términos “vida” y “vida eterna” que se hallan en el evangelio de Juan como hemos expuesto unas pocas páginas más al frente.

Hay varias vías en las cuales “vida eterna” se utiliza en el Nuevo Testamento. Algunas veces es vista como una recompensa, tanto bajo la ley como bajo la gracia (Mat.19:16; Rom.6:22), otras veces como un equivalente a la introducción en el reino sobre la tierra (como por ejemplo, Mateo 25:46); otras, como en Juan 3:16, o Romanos 6:23, se considera como un don en gracia. Estas vías han sido tabuladas y examinadas en una serie titulada “Vida Eterna”, que podemos encontrar en El Expositor de Berea, Vols.6, 7 y 8, y que deberían ser consultados por los estudiantes interesados.

Concluimos, por tanto, que la vida, no solamente cuando el tiempo desaparezca y no haya más, sino la vida abundante y rica en su asociación con las fases concluyentes del propósito Divino, es la bendición para todo aquel que cree el testimonio de Juan 3:16, el cual tiene a los flancos por ambos lados lo siguiente:

- A1 14, 15. a La serpiente en el desierto levantada.
  - b Cualquiera que en Él crea no perezca, sino tenga vida eterna.
- A2 16. a El unigénito Hijo de Dios ofrecido.
  - b Cualquiera que en Él crea no perezca, sino tenga vida eterna
- A3 17, 18 a Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenar,
  - b sino para que el mundo viniese a ser salvo a través de Él.
    - Aquel que cree – salvo.
    - Aquel que no cree – condenado.

En vez de ir más lejos, sigamos la guía del evangelista inspirado y consideremos la vía en la cual amplifica y expande el tema del maravilloso versículo.

- Donde 3:16 dice que Dios “dio”, el 17 dice “envió”.
- Donde 3:16 dice “unigénito Hijo”, el 17 dice “Su Hijo”.
- Donde 3:16 dice “perezca”, el 17 dice “condenado”.
- Donde 3:16 dice “tiene vida eterna”, el 17 dice “sea salvo”.

Consideremos estas palabras alternativas y así obtendremos la luz tan clara que derraman sobre este mensaje.

“ENVIÓ”. *Apostello*. – No es en 3:17 que encontramos la primera ocurrencia de esta palabra, pero sí es la primera vez que refiere a Cristo. En la primera ocurrencia se emplea de Juan el Bautista, “Hubo un hombre *enviado* de Dios, cuyo nombre era Juan” (1:6), y el primer uso de la palabra en el Nuevo Testamento, en conexión con el Señor, se halla en Mateo 10:5, “a estos doce *envió* Jesús”, lo cual no deja de tener el mismo significado del versículo 2 del mismo capítulo: “Los nombres de los doce *apóstoles* son estos”, pues, tal como el lector puede fácilmente ver, la palabra *apóstol* es sencillamente la palabra griega derivada de *apostello*. En Hebreos 3:1 se exhorta al creyente a, “considerar al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión”. Esto es comparable con el duplo título de Hebreos 12, donde se nos exhorta a “considerar Aquel” (3), Quien es el Autor y Finalizador de la fe (2 R.V.). El Evangelio de Juan no tan solo resalta el hecho, que, como el “Enviado”, el Señor Jesús fue el gran Apóstol, sino que además nos guía hasta Aquel Quien pudo decir, “Yo he acabado la obra...ahora voy a Ti” (Juan 17:4, 13), y Quien cuando la obra acabó, envió el mensaje a Sus discípulos, “Yo asciendo a Mi Padre, y vuestro Padre; y a Mi Dios, y vuestro Dios” (20:17).

El Evangelio de Juan nos presenta con el Apóstol (“Enviado”) y Sumo Sacerdote (Yo asciendo), el Autor (“Gracia y verdad vinieron a ser por Jesucristo”) y el Finalizador (“Yo he acabado la obra”). La palabra actual “apóstol” no aparece en la Versión Autorizada del Evangelio, sin embargo *apostolos* se halla en el original.

- “El siervo no es mayor que su Señor; ni tampoco *aquel que es enviado* (el apóstol) es mayor que Aquel que le envió” (13:16).

Aquí, además, ocurre algo extraño. Cualquiera esperaría que, en “Aquel que le envió” el verbo apropiado sería *apostello*, pues facilita y simplifica rodeando al sujeto, sin embargo es *pempo*, que aparece treinta y tres veces en Juan, al tiempo que *apostello* aparece veintiocho veces. *Apostello* significa “mandar para fuera”, “despachar”, “emitir”, y *pempo*, aunque incluya estos significados, añade la idea de “acompañamiento”, y “escolta”.

En Juan 20:21 hay por tanto una razón de gracia para con la mudanza de verbo:

- “Como Mi Padre Me envió (*apostello*, Me envió como en una misión, con algún elemento de “despacho” y “emisión”, o por lo menos “distancia”, adhiriendo a la palabra), así os envío a vosotros”, (*pempo*, pero esta vez, “acompañado”, “escoltado”, pues Él había dicho “No os dejaré sin un consolador”).

La vida eterna, o *aionion*, está sujeta con este “Enviado”, pues está escrita no solo al comienzo, sino además al final también del Evangelio:

- “Y esta es la vida eterna (aionion), que te conozcan a Ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a Quien Tú has enviado” (*apostello*) (17:3).

Debemos además observar que mientras *apostello* aparece siete veces en la gran oración del capítulo 17, *pempo* nunca se utiliza. Cuando Dios amó tanto al mundo y “dio” Su Hijo unigénito, le “envió” a ejecutar una comisión; Él vino como el gran “Apóstol”, así como regresó siendo el gran Sumo Sacerdote.

“SU HIJO. – En este Evangelio el Señor se refiere como siendo el “Hijo”, con los siguientes agregados al título:

- “El unigénito Hijo” (1:18, 3:16).
- “El Hijo de Dios” (1:34, 49).
- “El Hijo de José” (1:45).
- “El Hijo del hombre” (1:51, 3:13, 14).
- “El Hijo del Dios viviente” (6:69).

Las referencias dadas no están completas, una vez que algunos de los títulos recurren con frecuencia (aunque el Hijo sea por larga margen el más numerado) sin el título adicional, como en 3:35, “el Padre ama al Hijo”, o en 3:36, “aquel que cree en el Hijo”.

Sea cual sea el título que se emplee, se trata siempre de la misma Persona, y la misma muy bendita e íntima relación, tanto con respecto al Padre que le envió como a los hijos que fueron hechos partícipes de carne y sangre, entre los cuales Él llegó a venir.

El simple título, “el Hijo” nos parece que se utiliza con el propósito de enfocar la atención del corazón sobre su relación mediadora, “la Palabra Quien se hizo carne”, Quien, en el cuerpo de Su carne, a través de la muerte, hizo un sacrificio por el pecado, y así vino a ser el Salvador de todos cuantos en Él confían.

“CONDENADO”. – La palabra griega que se traduce “condenado” es *krino*, y aparece diecinueve veces en el Evangelio. Del número de ocurrencias tan solo se traduce “condenado” tres veces, esto es, en 3:17, 18. En la mayoría de los pasajes se traduce “juicio”, y el significado primario de la palabra es “separar”, “distinguir”, “discernir”. En sí propia, *krino* no implica condenación; puesto que se emplea en Mateo 19:28 en la cláusula “juzgar a las doce tribus de Israel”, y su primitivo significado se distingue bien en la traducción que encontramos en Romanos 14:5 de los Revisores, donde se traduce “estimativa”.

Esta estima o juicio por tanto es la natura y extensión del pecado que nos basta conocer, que un hombre no salvo ha de presentarse delante del Señor como su Juez, y que dicho juicio debe recaer en condenación.

- “Esta es la condenación (juicio), que la luz vino al mundo, y los hombres amaron las tinieblas en vez de la luz, porque sus obras eran malas” (3:19).

La vía en la cual Juan se refiere a la luz en este pasaje es muy parecida con la utilizada por Pablo de la misma figura en Efesios. Juan dice que la luz “prueba” y “hace manifiesto” las “obras” (20, 21), y Pablo dice:

- “No os relacionéis con las obras infructuosas (*ergon* la misma palabra que “obras”) de las tinieblas, sino antes bien *repreendedlas*...todas las cosas son puestas en evidencia por la luz; porque la luz *es lo que manifiesta* todo” (Efesios 5:11-13).

Aquí, en la conclusión del testimonio en Jerusalén, la acusación proferida en el prólogo se vuelve verdad:

- “La luz brilla (*phaino*, la raíz de la palabra traducida “manifiesta”) en las tinieblas; y las tinieblas no lo comprendieron” (1:5 R.V.).

“SALVO”. - Recibir el don de la vida eterna, de acuerdo a esta extensión del tema o sujeto, es ser “salvo”. La salvación incluye tanto vida como liberación de la condenación, los sujetos de los cuales no perecerán, sino que, tal como sale en otro pasaje, han “pasado de la muerte a la vida” (5:24).

Así, pues, todo aquel que sea redimido, cualquiera que sea su llamamiento, esfera y destino, puede regocijarse contemplando el amor, el don, y la liberación revelada en el versículo 16.

### **Judea. La Novia y el Novio (3:22 a 4:2)**

#### **Con especial referencia a la posición dispensacional del Evangelio de Juan**

Esta sección es corta y está delimitada a cada extremo con una referencia a la entrada del Señor en Judea, y su salida de ahí para Galilea. La enseñanza de los versículos intercalados se distribuyen bajo referencias al bautismo, tanto al bautismo del Señor (3:22; 4:1, 2) como al bautismo de Juan (3:23, 24), así como también a la disputa surgida por estas ordenanzas (3:25-36; 4:1).

En el curso del testimonio de Juan el Bautista, y en una ilustración de su declaración “Él debe crecer, pero yo debo menguar”, se utiliza las figuras de la Novia, el Novio y el Amigo del Novio.

- “Aquel que tiene la novia es el novio; pero el amigo del novio, que está a su lado y le oye, se regocija grandemente por causa de la voz del novio; este mi gozo por tanto se ha cumplido” (3:29 traducción del autor).

Al mismo tiempo que en Mateo y Lucas aparece *numphe*, “novia” traducida por “nuera”, Juan es el único escritor en el Nuevo Testamento que utiliza la palabra hablando de una compañía de creyentes conocida como “la Novia”; lo hace así una vez en el Evangelio (3:29), y tres veces en el Apocalipsis (21:2, 9; 22:17).

El título “el amigo del novio” se refiere al *Shoshebin*, una palabra muy común en los escritos y comentarios hebreos, y el oficio está bien ilustrado por el “padrino” del casamiento moderno. Ningún intento se hace aquí para elaborar la doctrina del “Novio”, pero en el Apocalipsis Juan le devota un considerable espacio al tema y nos ofrece una riqueza de detalles en su descripción, de dicha compañía, cuya esfera está en los lugares celestiales, o la nueva, Jerusalén.

Volviendo por un instante al libro del Apocalipsis, observamos que la boda del Cordero y la caída de Babilonia se anuncian ambas; que la asociación de estos dos acontecimientos no surge de ninguna manera por mero accidente o casualidad, los siguientes aspectos lo han de revelar:

- *La ramera.* – “Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas” (Apoc.17:1).
- *La mujer.* – “Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero” (Apoc.21:9).
  
- *La ramera.* – “Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada en una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas...y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA” (Apoc.17:3 a 5).
- *La mujer.* – “Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal...y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel...y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa...cada una de las puertas era una perla, y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio” (Apoc.21:10 a 21).
  
- *La ramera.* – “Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (Apoc.17:18).
- *La mujer.* – “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (Apoc.21:2).

El lector observará las muchas vías en las cuales estas dos compañías están puestas en contraste por el registro de estos capítulos. Dejando este sujeto a la investigación personal del lector, seguimos adelante para notar uno o dos distintivos puntos en las descripciones de la esposa, o sus asociados con ella, a la cual se vuelve a referir después de asentar el argumento para la peculiar constitución de la tal compañía denominada “La Esposa”.

- “La Desposada, la Esposa del Cordero” (21:9).
- “Cada una de las varias puertas era de una única perla” (21:21).
- “Aquel que venza, heredará estas cosas” (21:7).
- “Los que están escritos en el libro de vida del Cordero” (21:27).

Si bien “la esposa” esté más íntimamente asociada con Israel (21:12), por las consiguientes razones escriturales no debe confundirse con Israel *como una nación*.

Aquellos propósitos de Dios que por vía de distinción referimos como siendo los propósitos del “reino”, no tan solo relatan a la tierra, sino también a la esfera celestial. Esto se ve muy claro si consideramos la enseñanza de la Escritura concerniente a Abraham.

Génesis 12 a 15 revela que a Abraham y a su simiente le fue garantizada, incondicionalmente, la esfera terrenal de bendición. A Abraham, no en tanto, le fue abierta la posterior posibilidad de subir más alto y de venir a ser un partícipe del llamamiento celestial. Esto se ve en Hebr 3:1; 11:8-10, 13-16; 12:22. Durante los días de la antigüedad los creyentes Gentiles se asociaban con la esperanza de Israel bajo el Nuevo Pacto (2ª Cor.3; Rom.15:12, 13). Como Gálatas 4:26 demuestra, sin embargo, no fueron partícipes de la esfera terrenal, sino de la celestial esfera del reino.

Israel, *como una nación*, vino a ser “la esposa”, cuando entró en relación de pacto *en el Sinaí*.

- “...el pacto que Yo hice con vuestros padre en el día que los tomé por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; el pacto Mío que ellos quebraron, aun cuando Yo era un marido para ellos, dice el Señor” (Jer.31:32 traducción del autor).

Por el gran amor y misericordia del Señor, Israel, aunque esté así “repudiada”, van a ser traídos de vuelta de nuevo.

- “Ellos dicen, Si un hombre repudia a su esposa, y ella se separa de él, y viene a ser de otro hombre, ¿volverá aquel hombre a ella de nuevo? ¿no ha de estar ese territorio grandemente contaminado? Pues, mira, tú has hecho el papel de la ramera con muchos amantes; sin embargo, vuélvete a Mí, dice el Señor” (Jerem.3:1 traducción del autor).
- “Ciertamente como una esposa que traicioneramente se aparta de su esposo, vosotros Me habéis tratado traicioneramente a Mí, Oh casa de Israel, dice el Señor...Volveos, o hijos rebeldes, y Yo sanaré vuestras rebeliones” (Jerem.3:20-22 traducción del autor).

Esta bendita restauración es el tema de las profecías de Isaías.

- “Nunca más serás llamada la Olvidada; ni tu territorio jamás será llamado Desolado; sino que serás llamada *Hephzibah*, y tu territorio *Beulah*; porque el Señor tiene Su delicia en ti, y tu territorio será desposado” (Isaías 62:4).

La restauración de una mujer divorciada y los esponsales y matrimonio de “la casta virgen” que Pablo refiere en 2ª Corintios 11:2; y la que Juan refiere como la “novia”, no deben confundirse. Israel, como una nación, es la esposa restaurada, pero un remanente salido de Israel, junto con algunos creyentes Gentiles, constituyen la nueva compañía, “la novia, la esposa del Cordero”. Durante los Hechos, los creyentes Gentiles eran, al igual con los creyentes Judíos, simiente y herederos de Abraham, y a esta compañía pertenece la Jerusalén que es de arriba (Gálatas 3:29, 4:26).

La distinción entre estas dos compañías podemos verla sugerida en las dos parábolas de Mateo 13:44-46. El tesoro enterrado en un campo, que, siendo descubierto, fue luego vuelto a esconder de nuevo, representando a la nación de Israel, el peculiar tesoro de Dios.



- “Porque vosotros sois un pueblo santo para el Señor vuestro Dios, y el Señor os ha escogido para ser un pueblo peculiar (*segullah*) para Sí Mismo” (Deut.14:2).
- “Porque el Señor ha escogido a Jacob para Sí Mismo, y a Israel por Su peculiar tesoro (*segullah*) (Salmo 135:4).

Al tiempo que “todo Israel” era un Tesoro, el Señor indica con especial aprobación aquellos “de Israel” que andaban por la fe, y a estos, así como a Abraham, se les garantiza la perspectiva celestial, asociada con la ciudad celestial, y se representan en la parábola como la “perla única”. El lector se acordará que la tal “perla única” se observa en la descripción de las puertas de la Nueva Jerusalén. Al tiempo que la perla es una parte del tesoro del Señor, es también significativamente diferente de otros tesoros en que es orgánica, siendo producida por sufrimiento, tan típico de dicho remanente, según la elección de gracia, que anduvieron por fe, mientras que la mayoría de sus compañeros caían en la idolatría e incredulidad.

“Todo Israel” vendrá a ser salvo (Rom.11:26); la esposa errante será restaurada; sin embargo el casamiento del Cordero no se refiere a esta restauración, sino a la nueva compañía que hereda la esfera celestial del reino. Es a este casamiento del Cordero que la parábola de Mateo 22 visa y nos pone delante, donde el énfasis particular se pone sobre la invitación que se envía a los “convidados”. Nadie, por muy estrecho de imaginación que sea, podrá deducir en una boda que los “convidados” sean denominados como la “Novia”, así que deben forzosamente representar una todavía posterior y más separada compañía, que, ni sean la restaurada Israel, ni tampoco el remanente elegido.

En Su condición de “Cordero” el Señor Jesús es “el Hijo del Rey”, y para Él se hace el casamiento. Los siervos del Rey fueron enviados y llamaron a todos cuantos habían sido convidados, sin embargo no vinieron. Una segunda invitación, correspondiente con la renovación del evangelio en Hechos 2, donde “todas las cosas están preparadas”, volvió de nuevo a hacerse, pero este nuevo convite fue despreciado con excusas y abusos, “sin hacer caso”. En resultado de la dureza de sus corazones fueron estos destruidos y la ciudad pasada por fuego (Mat.22:7). Esto es una alusión muy clara a la destrucción de Jerusalén en el año 70, y las palabras “y no quisisteis” de Mateo 23:37 y la destrucción del templo (24:2) confirman la interpretación.

Después del año 70 de nuestra era, la esperanza de Israel y el Nuevo Pacto quedaron en suspense. Necesariamente, con la suspensión de dicha esperanza y dicho Nuevo Pacto, pasó a suspenderse la restauración de Israel como la esposa, y el llamamiento del remanente como la novia, sin embargo se perpetúa un aspecto característico, esto es, el llamamiento de aquellos que deben ser convidados al casamiento. Estos fueron siendo recogidos de los caminos, “malos y buenos”: “Y las bodas se engalanaron con convidados” (22:9, 10). Todos cuantos “fueron (habían sido) convidados” (22:3) y a quienes se había vuelto a enviar una segunda invitación (22:4) eran Israel. Aquellos que subsecuentemente toman el lugar perdido por Israel, son referidos por Juan: “Él vino a los Suyos, y los Suyos no le recibieron, pero a todos cuantos le recibieron...” (Juan 1:11, 12). Estas son “las otras ovejas” no reconocidas por Israel (10:16).

El Evangelio de Juan difiere de los Evangelios sinópticos en muchas maneras, y sobresaliendo de estas vías tenemos la dispensacional posición de aquellos que creen su mensaje. Los tales no forman parte del reino de Israel, ni tampoco constituyen la Novia del Cordero, sino que se apropian en Mateo 22:9, 10, y aquellos que hoy en día responden al evangelio de Juan 3:16 y ordenan sus vidas de acuerdo a la enseñanza de dicho evangelio constituyen la tal distintiva y bendita compañía que ha de ser convidada en el casamiento

del Cordero, de hecho un gran honor para los tales que habían sido reunidos por los caminos y carreteras, tanto malos como buenos.

En armonía con esta intención, el primer milagro registrado como una señal en el Evangelio de Juan es el de un matrimonio, donde el “amigo del novio” se presenta (2:9) y donde el Señor y Sus discípulos estaban como “convidados”. El Evangelio de Juan es único. Se distingue de Mateo en que no se ocupa con el reino, sino antes bien con una fase del propósito de las edades en la cual Dios rellena el intervalo y vacío ocasionado por el fracaso de Israel. Ambos, tanto el ministerio en prisión de Pablo como el Evangelio según Juan, los dos están escritos teniendo en vista la crisis de Hechos 28. En el prólogo de Juan, la presentación de Cristo como la Palabra es muy próxima con la presentación de Cristo como la Imagen del Dios invisible en el ministerio de Pablo en prisión, aunque los llamamientos sean distintos y esencialmente diferentes. En el Evangelio de Juan al creyente se nombra entre aquellos de los Gentiles llamados después del año 70 como convidados de la fiesta de boda, mientras que, en el ministerio en prisión de Pablo, el creyente Gentil llamado a seguir a Hechos 28:28 pasa a ser un miembro del cuerpo de Cristo. Tanto en Hechos 28 como en el capítulo cimero 12 de Juan, en ambos relatos se indica la crisis extrema por la citación de Isaías 6:9, 10 (Juan 12:40, 41; Hechos 28:26, 27). En Juan 12:20, 21 se cita en los “Griegos” que procuran al Señor; en Hechos 28:28 se cita en los “Gentiles” que son objeto de la gracia.

### **Samaria, el peso que tienen las palabras “debo irme” sobre la posición dispensacional del Evangelio de Juan (4:3-42)**

El ministerio del Señor, tal como se registra por Juan, y el mandamiento que el Señor le dio a los doce después de Pentecostés, siguen un mismo curso – Jerusalén, Judea, Samaria – y la sección que ahora tenemos delante trata con el testimonio del Señor en Samaria. Para que podamos apreciar el lugar y el pueblo de Samaria, daremos un breve repaso suyo que después nos han de iluminar mejor una o dos declaraciones en el cuarto capítulo.

En la diseminación del reino a la muerte de Salomón, las Diez Tribus, usualmente referidas como Israel, hicieron su capital en Samaria, que fue edificada sobre una colina por Omri, Rey de Israel, en la porción de Efraín, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Jerusalén:

- “Y Omri compró a Semer el monte, Samaria por dos talentos de plata, y edificó en el monte, y llamó el nombre de la ciudad que edificó, Samaria, del nombre de Semer” (1<sup>a</sup> Reyes 16:24).

En 2 Reyes 17:5, 6 leemos que el rey de Asiria subió a Samaria y la sitió por tres años, y que en el noveno año de Oseas, el Rey de Asiria tomó Samaria y se llevó cautivo a Israel. En el lugar de los israelitas deportados el Rey de Asiria mandó traer hombres de Babilonia y otras partes de su dominio “y les dio habitación en las ciudades de Samaria” (17:24). Las personas que así se establecían estaban sujetas a ser devastadas por bestias salvajes, por no tener en sus vidas el temor del Señor. Al Rey de Asiria llegó una petición, diciendo, “Las gentes que tú trasladaste y pusiste en las ciudades de Samaria, no conocen la ley de aquel Dios de aquella tierra, y Él ha echado leones en medio de ellos” (17:26). El rey respondió: “Llevad allí algunos de los sacerdotes que trajisteis de allá, y vayan y habiten allí, y les enseñe la ley del Dios del país” (17:27). Así se hizo, sin embargo, he aquí el resultado de la paliación al tiempo:

“Temían al Señor, y honraban a sus dioses” (17:33).

Después del retorno de los Judíos provenientes de Babilonia, los Samaritanos deseaban juntarse con ellos en la reedificación del templo en Jerusalén, diciendo: “Edificaremos con vosotros, pues nosotros procuramos vuestro Dios, como vosotros hacéis; y llevamos a cabo sacrificio para Él desde los días de Esarhaddon Rey de Asiria, que nos hizo venir aquí” (Esdras 4:2). La oferta fue recusada, y el repudio continuó hasta los tiempos del Nuevo Testamento, por eso leemos, “los Judíos no se juntan con los Samaritanos”. Los Samaritanos poseen hasta este día una más antigua copia del Pentateuco, escrita en caracteres que reflejan la Inscripción Siloam y la Piedra Moabita, caracteres más antiguos que los conocidos como “Hebreo” hoy en día.

Maimonides admite que los Samaritanos practicaban rígidamente la ley, y el Dr. Wait en su *Repertorium Theologicum* ha demostrado que los Samaritanos tenían una clara noción de la venida del Mesías. Volveremos a ver estos puntos, pero de momento dirigimos la atención al pasaje que registra los tratos del Salvador con la mujer de Samaria. La sección que tenemos delante (4:3-42) lo divide en tres partes:

- 3:7. La VENIDA DEL SEÑOR A SAMARIA. “Dame de beber”.
- 7:27. La MUJER DE SAMARIA. “Ha venido el Mesías”.
- 28-42. EL PUEBLO DE SAMARIA. “Este en verdad es el Cristo”.

La sección que trata con la Mujer de Samaria se subdivide naturalmente en siete partes, puesto que los veintinueve versículos que dicen respecto a esta mujer, consisten en su mayoría del diálogo entre ella y el Señor.

#### **Juan 4:7-27**

- A a 7. EL SEÑOR. Dame de beber.
- b 8. LOS DISCÍPULOS. Se fueron a comprar comida.
- B c 9. LA MUJER. ¿Cómo? Judíos y Samaritanos.
- d 10. EL SEÑOR. Si conocieras el Don de Dios.
- c 11, 12. LA MUJER. ¿De dónde? El pozo es hondo.
- d 13, 14. EL SEÑOR. Un pozo...vida eterna.
- c 15. LA MUJER. Señor, dame de esa agua.
- d 16. EL SEÑOR. Ve, llama a tu marido.
- c 17. LA MUJER. No tengo marido.
- d 17, 18. EL SEÑOR. Bien has dicho.
- c 19, 20. LA MUJER. Señor, percibo que Tú eres un profeta.
- d 21-24. EL SEÑOR. La adoración del Padre
- c 25. LA MUJER. Yo sé que ha de venir el Mesías
- A a 26. EL SEÑOR. Quien habla contigo, Yo soy.
- b 27. LOS DISCÍPULOS. Volvieron.

Cuando el Señor envió a Sus doce apóstoles a predicar el evangelio del Reino, les dijo:

- “Por camino de Gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis; sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mat.10:5, 6).

En el pasaje que estamos considerando, sin embargo, aprendemos que nuestro Señor Mismo se introdujo en una ciudad de los samaritanos, y, que muchos, fueron salvos; esto fue una primicia de aquellas “otras ovejas” (Juan 10:16) para quienes este Evangelio se escribió. “No vayáis” (Mateo 10:5) y “les era necesario pasar” (Juan 4:4) señalan los dos aspectos dispensacionales de estos dos Evangelios. El propósito de Mateo no habría sido válido para con la revelación de este ministerio del Señor, pues lo que Mateo exhibe es al Salvador, la simiente de David y de Abraham, como Rey de Israel. Juan tiene en cambio otro propósito en vista. Este mismo Cristo, Quien era el Rey de Israel y Mesías, vino para dar la vida donde abundaba la muerte; no en tanto, Él antes había limitado Su ministerio terrenal tan solo a Israel, debido al peculiar lugar que ocupaba Su pueblo en el propósito de las edades, si bien que, aquella vida única, la muerte y resurrección, sean una misma base de cada uno y de todo llamamiento, toda y cada salvación, toda y cada esperanza. Por eso Pablo reveló los Hechos concernientes al sacrificio único, que, aunque ya estaban ciertamente cumplidos, eran tan ciertamente desconocidos al tiempo; pues igual, así es como Juan también revela, por su inspirada selección del ministerio terrenal de Cristo, un más amplio propósito de Dios que aquel que pudo reunirse por la narrativa de Mateo.

Tenemos que recordar que las mudanzas dispensacionales tienen lugar en el momento que llega el tiempo de *anunciarlas*, no cuando la obra sobre la cual se fundamenta *se cumple*. Tanto si es Juan quien lo registre, como Pedro o por Pablo, se trata del *mismo* Cristo y la *misma* cruz; la *misma* resurrección y la *misma* ascensión, sin embargo las doctrinas que se relacionan con dicha obra de Cristo van variando considerablemente, y son dadas a conocer a su tiempo apropiado.

Juan el Bautista no solamente dijo: “Arrepentíos; porque el Reino de los cielos está cerca (literalmente, “a la mano”), sino también: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. La primera declaración se da a conocer por Mateo, y él no incluye la posterior; mientras que Juan ignora la primera e incluye la posterior. Así que es sugestivo, y eso nos señala la tendencia NO JUDÍA del Evangelio de Juan, a quien le fue inspirado registrar el ministerio del Señor en Samaria. Además, está enteramente de acuerdo con el confeso propósito de Juan escribiendo este registro, que, recordaremos era:

- “Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis la vida a través de Su nombre” (20:31).

Esta Mujer de Samaria es llevada a creer que Jesús es el Cristo, y mucha gente de su misma ciudad creyó con ella. Así como Nicodemo se maravilló en el anuncio del nuevo nacimiento, diciendo ¿Cómo es posible? (3:4), de igual modo, al comienzo, la mujer tomó la referencia a las “aguas vivas” físicamente, diciendo: “señor, Tú no tienes cómo sacarlas, y el pozo es hondo: ¿De dónde vas Tú a obtener dichas aguas vivas?”.

El testimonio dado a Nicodemo es precedido por las palabras, “y no precisaba que nadie le diese testimonio del hombre; pues Él conocía lo que en el hombre había” (2:25). Fue este mismo, íntimo, pre conocimiento que convenció a la mujer de Samaria. En el momento que admitió que no tenía marido, el Señor le reveló que Él ya lo sabía, y que ella además había tenido cinco maridos; consecuentemente, en su vuelta a la ciudad, la mujer dijo: “Venid, y ved un hombre, que me ha dicho todo cuanto he hecho: ¿No será éste el Cristo?” (4:29).

- “Y muchos de los samaritanos de la ciudad creyeron en Él por los dichos de la mujer, que testificaba: Él me dijo todo cuanto he hecho...Y muchos más creyeron por causa de Sus propias palabras; y dijeron a la mujer: Ahora creemos, no por causa de tus dichos; pues le hemos escuchado nosotros mismos, y hemos conocido que éste realmente es el Cristo, el Salvador del mundo” (39-42 traducción del autor).

Ya hemos llamado la atención para el hecho de que, donde Mateo refiere al cumplimiento de una profecía, Juan aduce la evidencia del testimonio individual. Esto lo vimos en el caso de Natanael, quien se convenció que Jesús era el Hijo de Dios y el Rey de Israel por el omnisciente conocimiento que el Señor le manifestó. Se debió a una evidencia similar que tanto la mujer como sus conciudadanos se convencieran también. El hombre nacido ciego y el propio Tomás son otros ejemplos. Evidentemente, el apelo no se hace ni al Judío como tal ni a sus sagradas Escrituras, sino al mundo en general. La introducción de un asunto tan conflictivo como el del lugar apropiado de adoración, “si sería en Jerusalén o en este monte”, debió ser el intento natural de la mujer para volver la conversación para medios menos íntimos y personales. Por otro lado, cada uno de parte del Judío, y cada uno de los Samaritanos implicados en el relato, ambas partes debieron reconocer que el asunto se revestía de la mayor importancia. La mujer, tomando conciencia de que Él debía ser un profeta por el íntimo conocimiento de su vida (4:19), parece haber sentido que era una oportunidad demasiado buena para no despreciarla, y dijo:

- “Nuestros padres adoraron en este monte; y vosotros decís, que en Jerusalén es el lugar donde debe adorarse” (4:20).

Al seleccionar así los incidentes, esto es, como un medio para enseñar la especial línea de doctrina inculcada en su Evangelio, Juan parece haber sido guiado por dos aspectos característicos:

- (1) La Evidencia, sobre la cual se fundamenta la fe (como en los casos de Natanael, la mujer de Samaria, o Tomás), que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.
- (2) Los Aspectos Especiales de verdad (tales como el Nuevo Nacimiento), que el recuento del incidente trae a la luz.

Aquí, en la historia de la mujer Samaritana, si bien forneciendo la evidencia, “un Hombre, que me ha dicho todo cuanto he hecho”, más significativamente evidencia, en cuanto a la “vida eterna”, que sea “el don de Dios”; además, también nos trae en prominencia resaltando la cuestión de *la verdadera natura de la adoración*.

Si fuese hablando como los hombres acostumbran, sería en los tratos del Señor con Nicodemo, el maestro en Israel, donde esperaríamos oír un discurso sobre la natura de la adoración, y en cambio una lección sobre la necesidad del nuevo nacimiento a la pobre mujer Samaritana; sin embargo no es ese el caso.

Cuando los escritores de los Evangelios Sinópticos se dirigen en sus escritos a los Judíos, les citaban la ley y los profetas. Se tenía por suficiente evidencia de verdad demostrar que tal y tal acontecimiento cumplía lo dicho por los profetas. Esta es la línea de argumento adoptada por Mateo, aunque algunas de sus “pruebas” precisen una cuidadosa examinación, si es que aquellos que no estén acostumbrados a los métodos hebreos de tratar las Escrituras tienen que convencerse de su importancia, como por ejemplo, el “cumplimiento” de la profecía de Oseas en Mateo 2:15, o la de Jeremías en 2:18. Cuando Juan escribió su

Evangelio, no era al Judío con sus Escrituras que tenía en mente, sino “al mundo”, un mundo desconocido en las Escrituras Hebreas. Abre su Evangelio con una filosófica presentación del Cristo como “el *Logos* hecho carne” (1:14), y aunque Felipe le dijo a Natanael que habían encontrado Aquel de Quien tanto Moisés como los profetas escribieron, el inocente Israelita no se convence por serie alguna de proféticos cumplimientos, sino por la convicción personal producida por el absoluto conocimiento de su ser y de sus actos (1:50).

En el capítulo 2 el testimonio de la Escritura y la fuerza de su cumplimiento pasan desapercibidas de los apóstoles y no se les abre sino después de la resurrección:

- “*Cuando (por tanto) Él fue levantado de la muerte, Sus discípulos se acordaron que les había dicho esto; y ellos (entonces) creyeron la Escritura, y la palabra que Jesús había dicho*” (2:22).

La tendencia general de la enseñanza del Evangelio es probar por la evidencia que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”, y a seguir, una vez que Cristo es creído, tienen además que ser necesariamente creídas las Escrituras que Él adjuntó (5:46, 47). Esto por supuesto no es una regla rígida y apretada; hay veces que Juan llama la atención al cumplimiento de la profecía, pero sigue siendo verdad que la mayor parte básica del Evangelio es el testimonio acreditado. En su ministerio en prisión, Pablo no cita la Escritura del Antiguo Testamento para dar soporte del misterio, puesto que, siendo un misterio escondido en Dios, no forma parte de revelación alguna más temprana. En su Evangelio, Juan no recurre a las Escrituras del Antiguo Testamento para probar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, pues, a todos cuantos dirige su mensaje, ni tenían consigo las Escrituras ni las podían por tanto creer. Su línea de enseñanza es antes bien la fe en Cristo como el Dador de Vida primeramente, a seguir, el reconocimiento de que éste Cristo es el Mesías de la profecía, y, solo consecuentemente, la aceptación de aquellas Escrituras que hablan de Él.

De los escritores del Antiguo Testamento tan solo Juan utiliza el título “Mesías”. Una lectura superficial ha llevado algunos a confesar que esta es la “prueba” de que Juan sí tenía en vista al Judío, sin embargo, el caso es exactamente al contrario. Está muy claro que, en mente, a quien tenía era a un Gentil iletrado, pues, ¿cuál sería el Judío que precisase la explicación siguiente?

- “Que traducido es, *el Cristo*” (1:41).
- “Yo sé que tiene que venir el Mesías, *llamado el Cristo*” (4:25).

Mientras más de cerca examinamos el Evangelio, más convencidos estamos que Juan no escribió la verdad del “reino”, ni tampoco escribió para la circuncisión, sino para el mundo. Un “argumento” contra este punto de vista es que Juan fue un apóstol de la circuncisión (Gálatas 2:7, 9), pero si eso hubiese sido obstáculo a Juan, en su avanzada edad y después que la circuncisión estaba ya puesta de lado, el escribir un mensaje al mundo, también habría obstaculizado a Pablo de escribir la epístola a los Hebreos (lo cual nosotros ni creemos ni enseñamos). Además, aparte del Evangelio de Juan, no hay ministerio alguno que cumpla el llamamiento de los convidados después del año 70 de nuestra era, sin embargo, con él, cada fase del propósito de Dios en gracia se completa en cada esfera de bendición, por lo cual le damos gracias a Dios.

**Samaria. “La hora Viene”. Mudanzas dispensacionales, la verdadera adoración, y el propósito del Evangelio de Juan iluminado.**

Ahora vamos a examinar la enseñanza en el capítulo 4 concerniente a la natura de la adoración. Al comienzo el argumento se pone en un bajo plano, trata con el conflictivo reclamo del Monte *Gerizim* en Samaria, Y Jerusalén en Judea, pero en manos del Señor el asunto rápidamente se eleva a un medio más alto y, por la adición de las palabras “y ahora es”, se hace aplicable al periodo posterior, a seguir a la destrucción del templo en el año 70 de nuestra era.

El argumento recae en dos partes: La cuestión de la mujer, y la respuesta del Señor.

- “Nuestros padres adoraron en este monte; y vosotros decís, que en Jerusalén es el lugar donde los hombres deben adorar” (4:20).

Las palabras “el lugar donde” revelan el corazón de la cuestión; era un asunto de “en” este monte o “en” Jerusalén.

Desde el punto de vista de Filipenses 3:3, cualquier localización de la adoración de Dios, o el mantenimiento de un “lugar” como siendo más sagrado que otro, parece algo infantil, pero no debemos por eso dividir incorrectamente la palabra de verdad. En la más antigua dispensación suponía un asunto de extrema importancia estar seguro del “lugar” de la aceptable adoración.

- “En el lugar que el Señor tu Dios escogiere de todas las tribus poner Su Nombre, en esa Su habitación has de procurar, y a allí te has de dirigir” (Deut.12:5).

En Deuteronomio 27:4, el Pentateuco Samaritano dice *Gerizim*, donde el Hebreo pone *Ebal*, y es esta falsificación del original que se hallaba al cerner de la disputa entre los Samaritanos y los Judíos en el asunto de la adoración.

En Nehemías 13:28 leemos que el nieto del sumo sacerdote Eliasib fue banido por Nehemías porque era yerno de Sanbalat, y Josefo nos dice que este hombre huyó a Samaria, donde su suegro le proclamó sumo sacerdote del templo que había edificado en Gerizim. . Hubo también una rebelión de otros Judíos que habían contraído matrimonio con mujeres extranjeras, consecuentemente, debió haber una fuerte tentación para ellos propios justificarse de ese modo, por alterar el lugar de las palabras *Ebal* y *Gerizim* en la Ley. A esto se añade la extraña idolatría que había y se había introducido por los hombres transferidos provenientes de Babilonia por el rey de Asiria, y la mezcla resultante justificaría el aborrecimiento del Judío y el lenguaje del Señor cuando dijo, “Vosotros adoráis lo que no sabéis”. El Señor estaba a punto de revelar a la Samaritana la dicha mudanza de dispensación que dejaría a Jerusalén en sí de lado en cuanto al “lugar” de adoración, pero, antes de hacerlo, el Señor le hace ver claramente que “la salvación provino de los Judíos” y que la adoración en Jerusalén era de Divino nombramiento.

La respuesta del Señor a la cuestión de la mujer ocupa los versículos 21 a 40, y la estructura es la siguiente:

A 21. – EL CAMBIO DISPENSACIONAL. La hora viene.

B 21. – LA ADORACIÓN DEL PADRE. *Ni* en este monte, *ni* en Jerusalén.

C 22. – LA SALVACIÓN PROVIENE DE LOS JUDÍOS.-

“Vosotros adoráis lo que no sabéis. Nosotros adoramos lo que sabemos”

A 23. – EL CAMBIO DISPENSACIONAL. La hora viene y ahora es.

B 23. – LA ADORACIÓN DEL PADRE. Verdaderos adoradores.

Adoración en espíritu y en verdad.

C 24. – DIOS ES ESPÍRITU. La adoración debe ser *en* espíritu y verdad.

Examinemos este enunciado tan importante sobre la naturaleza de la adoración. Antes que nada observamos que el Señor indica un tiempo cercano en el cual ya no sería necesario discutir si sería Gerizim o Jerusalén el “lugar” donde los hombres “debían” adorar.

“*La hora viene*”. – En el versículo 23, esta referencia a la mudanza dispensacional vuelve a repetirse, pero con el añadido comentario “y ahora es”. ¿Qué debemos entender por estas palabras? En el capítulo 5 tenemos la misma expansión, tan solo en este pasaje el orden se invierte.

- “La hora viene, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios” (5:25).
- “La hora viene, en la cual todos cuantos están en el sepulcro oirán Su voz” (5:28).

Por los versículos 21, 22, 28 y 29 del capítulo 5 está claro que lo que tenemos en vista es la física y actual resurrección, y por el versículo 24 que está en vista además una aplicación *espiritual* de la “vida de entre la muerte”. Aquí el “oír” se equipara al “creer”. La “palabra” es equivalente a Su “voz”; “salir del sepulcro” es equivalente a “pasar de muerte a vida”. De igual modo en el capítulo 4, “la hora viene”. Aun mismo el “lugar” escogido por Dios, y las “ordenanzas” adjuntas en la ley, no dejaba de ser, al fin y al cabo, sino “carnales ordenanzas, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebr.9:10); Y si bien la Samaritana, en el asunto que propuso, estaba equivocada (“Vosotros adoráis lo que no sabéis...nosotros sabemos”, - y hasta este punto en cuanto a la verdad profética decía respecto, la venida del Mesías y la esperanza adjunta – “la salvación provenía del Judío” se hallaba vigente) sin embargo, justo igual que, posteriormente, Pablo tuvo que dejar de lado tanto la circuncisión como la incircuncisión una vez sobrepasadas por la nueva creación (Gálatas 6:15), así aquí y ahora el Señor deja de lado tanto a Jerusalén como a Gerizim, y no tan solo como un futuro efecto del cambio que se avecinaba, sino, por las palabras añadidas, “y ahora es” como un efecto presente al momento. Si bien todavía continuase la adoración en el templo, el verdadero adorador podría, desde ahí, anticipar el día que estaba por llegar plenamente, cuando aquellos que adoran a Dios le han de adorar en espíritu y en verdad. El Señor no dice, “Dios será entonces Espíritu”, sino que “Dios es Espíritu”. La esencia de Dios permanece inmutable a través de Sus sucesivos tratos dispensacionales con los hombres. La imposición de carnales ordenanzas sobre Israel no se debió a Dios hubiese mudado, sino por causa de la inhabilidad del hombre de elevarse a las alturas espirituales.

*Dios es Espíritu*. – Es un error muy grave leer “Dios es un espíritu”, pues esa declaración tan solo sería cierta si es que Dios fuese uno de los seres del orden angelical. Esta sublime declaración refiere, no a Su Personalidad, sino a Su esencia. Él es Espíritu. De ahí que, para ser acepte, la adoración, en su zenit, tenga que ser espiritual. “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”.

¿Cuál es el significado de los “verdaderos” adoradores?

¿Cuál es el significado de “en espíritu y en verdad”?

¿Por qué introduce el Señor al “Padre” aquí?

La palabra traducida “verdaderos” es *alethinos*. “Los sufijos *inos* y *ein*os denotan que la cualidad, como una idea fundamental, existe en abundancia” (Kruger).



“Por consiguiente, *alethinós* se relaciona a *alethes* (verdadero) como forma de contenido o substancia; *alethos* denota la realidad de una cosa; *alethinós* define la relación del concepto hacia la cosa que se corresponde – genuino” (Cremer).

Cuando el Salvador dijo, “Moisés no os dio el pan del cielo; sino que Mi Padre os dio el verdadero pan del cielo” (6:32), Él no estaba negando que el maná hubiera caído en el desierto; lo que afirmaba era que la realidad de la cual el maná era un tipo era Él Mismo.

Cuando Pablo contrastó el tabernáculo terrenal con el “verdadero” (Hebr.8:2; 9:24) no impugnó la integridad del Antiguo Testamento, sino que aseguró que, el tabernáculo edificado por Moisés, no era la realidad de lugar santísimo, el cual se hallaba nada menos que en el cielo. El “verdadero” adorador por tanto era aquel que había sido levantado por encima de la mediación del tipo y símbolo – Jerusalén y Gerizim – y se acerca con un corazón “verdadero”. La palabra “verdad” en la frase “en espíritu y verdad” es *aletheia*. Esta también, algunas veces, tiene el significado de *alethinós*.

La “verdadera gracia” vino por Jesucristo en contraste con la “ley” que fue dada por Moisés (1:17). Sin embargo la ley era tanto verdad como el evangelio, y aquel que repudia a Moisés repudia a Cristo (5:46, 47). El significado de este pasaje es, “La ley que tenía una sombra de las cosas buenas venideras fue dada por Moisés, pero la verdadera, real, ante típica gracia vino por Jesucristo”.

En la frase “en espíritu y en verdad” la segunda preposición “en” debería omitirse. La preposición delante del nombre “en espíritu” se vuelve en un adverbio, como si dijera “espiritualmente”. La frase completa, “en espíritu y verdad”, se pone en la forma de una figura literaria denominada “*endiádis*”, la figura “una por medio de dos”, pues justo igual que en la expresión “gracia y verdad” considerada anteriormente, una cosa, no dos, se entiende, aquí sucede del mismo modo.

“Dios es espíritu, y aquellos que le adoran deben adorarle espiritualmente – si, y una manera verdadera, genuina, sin la intervención de tipos y sombras”

No deja de tener su peso sobre el tema que en 2ª Reyes 17:26 leamos que los Samaritanos estuviesen en angustia acerca de las “costumbres” del Dios del territorio, tal como vimos cuando tratamos con la introducción de este pueblo. El método adoptado por el Rey de Asiria llevó a una adoración de “aquello que no conocían”, sin embargo la enseñanza dada por el Señor llevó a la adoración que es acepte.

Además, observamos que el Señor introdujo el nombre del “Padre”. Si bien “Dios sea Espíritu” y Su adoración debe ser espiritual, es evidente que el hombre pecador jamás puede aproximarse de dicho Dios con una tal adoración. Consecuentemente, el Salvador habla primeramente del “Padre”, y la “paternidad” de Dios se asocia íntimamente con la “filiación” de Cristo. Por eso, inmediatamente después de la declaración concerniente a la verdadera adoración espiritual, la mujer habla de la venida del Mesías, y el Señor hizo la bendita revelación: “Quien habla contigo, Yo soy”. Esta es la séptima declaración (vea la estructura de 4:27), y es el clímax de esta sección. Tanto por la serie de señales que seleccionó y en la sección interviniente que vincula estas señales conjuntamente, Juan, una y otra vez, nos va guiando hasta llegar al hecho supremo, que, “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”.

Cuando al principio del estudio exhibimos la estructura de la gran sección que incluye las ocho señales (2:1 a 21:14), llamamos la atención para la vía en la cual “obra”, *ergon*, y “creencia” *pisteuo*, eran una

característica de cada uno de los pasajes intervinientes que vinculaban las ocho señales conjuntamente. En la sección que hemos considerado ahora, el Señor introduce este tema de Su “obra” cuando Sus discípulos en su regreso le hallaron conversando con la Samaritana.

- “Entre tanto Sus discípulos le rogaban, diciendo, Maestro, come. Pero Él les dijo, Yo tengo una comida que comer que vosotros no conocéis. Por eso se decían los discípulos unos a otros, ¿le habrá traído alguien algo de comer? Jesús les dijo, Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que Me envió, y que acabe Su obra” (4:31-34).

A esta y otras obras adjuntas, hace el Señor un constante apelo a través del Evangelio, y las ocho señales son muchas “obras” entendidas para llevar a la fe en Sí Mismo. Si bien esta sea la única ocasión en esta sección donde la “obra” se asocia con el Señor, como todos sabemos, hay no en tanto un número de referencias a la “creencia”. La palabra “creencia” se emplea quince veces en esta conexión. La importancia del hecho que el Señor permaneciera “dos días” en Sicar (4:40) se vuelve más evidente cuando consideremos la siguiente señal (4:43-54), pero de momento no debemos pasar por alto el significado de las últimas palabras de esta sección

- “Y muchos más creyeron por causa de Sus propias palabras, y le dijeron a la mujer, Ahora creemos, no solo por tus dichos; pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que éste es realmente el Cristo, el Salvador del mundo” (4:41, 42).

Aquí se cumple el objetivo del Evangelio de Juan, que los hombres se acerquen atraídos por el Señor por la evidencia de Sus obras (en este caso el sobrenatural conocimiento), y a través del contacto personal venir a convencerse que Él es el Cristo, el Salvador del mundo. Hay un significativo paralelo en la experiencia de esta mujer y del hombre ciego de nacimiento.

- ELLA dijo de Cristo al comienzo: “Un Judío” (4:9).
- ÉL dijo de Cristo al comienzo: “Un hombre llamado Jesús” (9:11).
- ELLA dijo, después que el Señor hablara: “Tú eres un profeta” (4:19).
- ÉL dijo, después de ser interrogado: “Él es un profeta” (9:17).
- ELLA finalmente recibió la revelación: “Soy Yo, el que habla contigo” (4:26).
- ÉL finalmente recibió la revelación: “Es aquel que habla contigo” (9:37).

Este paralelo es significativo del método de Juan. Pecadores y ciegos como puedan ser, Él lleva a los hombres y mujeres en primer lugar a considerar al Hombre llamado Jesús; a seguir, a darse cuenta que Su título de “la Palabra” indica que Él es “el Profeta”; y finalmente, al reconocimiento Suyo como el Cristo, el Hijo de Dios, y así hallar la vida y la luz creyendo en Su nombre.

**CAPÍTULO CINCO**  
**La segunda y tercera señal**  
**Segunda señal. El Hijo del hombre Noble**

Por Juan se nos asegura que el Señor hizo “muchas señales” que no están escritas en este Evangelio, pero que, no en tanto, seleccionó ocho de ellas con un objetivo definido. Esto lo tenemos que tener en cuenta a medida que nos aproximamos de la segunda señal registrada por Juan.

Escribiendo a los Corintios, el apóstol Pablo dijo, “los Judíos piden una señal” (1ª Cor.1:22). La primera ocurrencia de la palabra “señal” se encuentra en Mateo 12:38, donde los Escribas y Fariseos dijeron, “Maestro, queremos ver una señal Tuya”.

En la ocasión de su limpieza del templo, el Salvador es desafiado con esta pregunta, “¿Qué señal nos muestras Tú, una vez que haces estas cosas?”. En el corazón mismo de la segunda señal vienen las palabras, “A menos que veáis señales y maravillas, vosotros no creeréis” (4:48). Después de la confesión de Tomás, el Señor dijo, “Tomás, porque Me has visto, has creído: Benditos aquellos que sin haber visto, no en tanto, crean” (20:29).

Ahora bien, es digno de observarse que ninguna señal se produjo en Samaria, sin embargo la mujer y muchos de los conciudadanos creyeron. Es este hecho precisamente que da el tono a las palabras que introducen la segunda señal: “Jesús Mismo testificó, que un profeta no tiene honra en Su propio pueblo” (4:44). Los Samaritanos habían creído Su Palabra; “los Galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que Él hizo en Jerusalén en la fiesta; pues ellos también acudieron a la fiesta” (4:45). Esto se refiere a la declaración hecha en 2:23:

- “Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en Su nombre, viendo las señales que hacía”.

Hay observaciones que deben ser tomadas en cuenta de estos aspectos en el análisis que hacemos siguiente:

### La Segunda Señal (Juan 4:46-54)

- A 46, 47.                   a Caná de Galilea. Donde las aguas se convirtieron en vino.  
                                   b Jesús estaba saliendo de Judea y adentrándose en Galilea.
- B 47-49.                   c Descendiese, a punto de morir.  
 EL RUEGO Y               d Si no viereis señales y prodigios.  
 LA REPRENSIÓN       c Desciende antes que mi hijo muera.  
 B 50-53.                   e TU HIJO VIVE  
                                   f El hombre creyó
- LA RESPUESTA Y       e TU HIJO VIVE  
 EL EFECTO               f El hombre averigua las horas  
                                   e TU HIJO VIVE.  
                                   f El hombre creyó con toda su casa
- A 54                       a Esta es la segunda señal.  
                                   b cuando salía de Judea y se introducía en Galilea

“*Dos días después*”. – Recordaremos que estas ocho señales están dispuestas en la forma de una introversión simple, la segunda correspondiendo con la séptima. En estas dos correspondientes señales se mencionan los “dos días” (4:43, y 11:6); en ambas se emplea la palabra “enfermo” (*astheneo*) (4:46; 11:2); en ambas aparece “muerte” (4:47; 11:14); en ambas se hace referencia a Su repudio, 4:44 “no tiene honra”; en 11:8 un recuerdo de que en Judea los Judíos habían intentado apedrearle. El profeta Oseas, hablando del largo periodo del repudio de Israel, cuando serían “*Lo-ammi*”, “No es mi pueblo”, dice:

- “Nos dará vida (revivirá) después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de Él” (Oseas 6:2).

Posiblemente haya aquí una alusión a este periodo profético, y el hecho que en estas dos señales, y tan solo en estas, se encuentre la muerte y resurrección, o la muerte y el revivir, ayuda a confirmar la idea de que el vínculo está sobreentendido.

Además, las dos señales tienen una lección a enseñar por sus puntos de diferencia. El hijo del noble oficial estaba “a punto de morir”, y el ruego es “desciende antes que mi hijo muera”; mientras que Lázaro ya hacía que estaba muerto cuatro días antes que el milagro se produjese. Al igual que Pablo en 1ª Tesalonicenses 4, Juan habla de dos compañías de redimidos; Pablo dice:

- Aquellos que estén vivos a la segunda venida serán transformados.
- Aquellos que han muerto, serán levantados, así como también transformados.

Las dos compañías forman el tema o sujeto de la revelación del Señor en Juan 11:

- “Yo soy la resurrección, y la vida: aquel que cree en Mí, aunque esté muerto, sin embargo vivirá: y cualquiera que vive (en el griego, “este vivo”) y cree en Mí nunca morirá” (25, 26).

Muchos intentos se han llevado a cabo para identificar esta señal de la sanación del hijo del oficial, con la sanación del siervo del centurión de Mateo 8:5-13; sin embargo, y tal como *La Companion Bible* observa:

- “Los dos milagros difieren en cuanto al tiempo, lugar, persona, ruego, enfermedad, la respuesta del Señor, y la fe del hombre, tal como fácilmente puede verse comparando las dos en cuanto a estos detalles”.

Comentando acerca de las diferencias, Crisóstomo dice que “el débil en la fe del noble oficial se fortalece, al tiempo que la humildad del centurión se honra”.

Cuando al regreso del noble oficial se encuentra con sus siervos, y oye la buena nueva que le daban, “Tu hijo vive”, se avivó su interés. Les preguntó a qué horas comenzó la mejoría, y oyendo que había sido “Ayer, a la hora séptima le bajó la fiebre” (4:52), se quedó gratamente sorprendido recordando el hecho de haber sido esa la misma hora que se pronunciaron las palabras de Cristo, y, éste del Salvador más que evidente testimonio hacia Su energía salvadora, no tan solo intensificó la fe del noble oficial, sino que además conllevó a la salvación de toda su casa. Aquí, por tanto, tenemos, de entre las muchas, la segunda señal que Juan selecciona para llevar a convencer que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, y así hasta la ofrenda de la vida a través de Su Nombre.

### **La Tercera Señal. El Hombre Paralítico. El Principio del Conflicto; La Discusión del Sabbath**

El registro de esta señal comienza con una referencia a la fiesta de los Judíos en Jerusalén. Los Comentadores, tanto antiguos como modernos, han sugerido casi la totalidad de las fiestas Judías en cuanto a cuál de ellas concierne. Ireneo entendió que refiere a la segunda *Pascua* del ministerio de nuestro Señor. La tercera por tanto sería la que se menciona en 6:4, y la cuarta en 11:55. Este es el mismo punto de vista que mantienen Lutero y Lghtfoot. Crisóstomo en cambio pensó que sería la fiesta de *Pentecostés*, Kepler que era la fiesta del *Purín*; y otros la fiesta de los *Tabernáculos*, y la fiesta de la *Dedicación*. La omisión del artículo antes de la palabra *heorte* “fiesta”, hace improbable que fuera la Pascua, y el hecho de que la fiesta de la Dedicación fuese en “invierno” (10:22), también es improbable, visto que había una multitud de gente enferma aguardando sumergirse en el agua.

Siempre y cuando Juan entiende que el lector debe saber cuál sea la fiesta en particular que esté en vista, simplemente se lo dice. De ahí que en 2:13 conecte a los cambistas del templo y las ovejas con la observación de la Fiesta de la Pascua. En 7:2 la fiesta de los Tabernáculos se especifica y, una vez más, la afirmación del Señor “en el último día, el día más importante de la fiesta” (7:37) demanda necesariamente el conocimiento de que era la fiesta de los Tabernáculos, para poder hacerlo comprensible. Podemos por tanto estar descansados sabiendo que no hay lección alguna que extraer proveniente de cualquier fiesta en particular, a no ser, tal vez, el mero hecho, que, la referencia a esta fiesta de forma tan simple, “una fiesta de los Judíos”, nos indique el vacío y la esterilidad de mucho cuanto la religión Judía al tiempo contenía.

La ocasión de esta tercera señal fue la que tuvo ocasión en el estanque cercano del mercado de las ovejas o puerta de las ovejas, conocido en la lengua Aramea como *Bethesda*, y *teniendo cinco pórticos*, se le adscribía, al tiempo, con poderes sanadores, que, equivocada o ciertamente, se atribuían a la interposición de un ángel que mecía las aguas.

Es sugestivo que la señal correspondiente – la sanación del hombre ciego en el estanque de Siloé registrado en el capítulo 9 – trate también con un estanque, el nombre del cual también se interpreta para el lector y, además, la sanidad tiene a la par igualmente lugar en un día de Sabbath, tal como sucede en la sanidad paralela del capítulo 5.

*Bethesda* significa “la casa de misericordia”, y, al igual que el *Siloé*, del cual se nos informa que significa “Enviado”, se introduce intencionalmente la traducción por el escritor. La palabra *kolumbethra*, que significa “estanque de aguas”, aparece en Juan cinco veces, y en ningún otro pasaje sale que no sea en Juan 9, la correspondiente sexta señal. ¿Por qué se dirige la atención al hecho de que el estanque estuviese rodeado por “cinco pórticos”? Nada se menciona si es que habría escaleras o ventanas, sino tan solo los pórticos, lo cual debemos por tanto considerar como conteniendo un especial significado. ¿Será posible que Juan en los cinco pórticos viese una referencia al Pentateuco, los cinco libros de la ley donde se sugiere el fracaso e impotencia de la ley para salvar? - “Porque la ley fue dada por Moisés, pero la verdadera gracia vino por Jesucristo”. Moisés realmente está presente en las dos señales (5:45, 46; 9:28, 29), así como está también el hecho de que el Salvador era Señor aun del día Sabbath.

Entre los enfermos que aguardaban la agitación de las aguas había los que padecían de “parálisis”, y ceguera, cojos y atrofiados. El elegido para bendición es el hombre “paralítico e impotente” (*astheneo*). *Astheneia*, la palabra traducida “enfermo” en 5:5, indica tanto debilidad física y debilidad de la carne (Rom.6:19), así como además la debilidad de la ley (Rom.8:3). *Astheneis* se emplea hablando de la ley obsoleta, donde se refiere como los “débiles” y pobres rudimentos (Gálatas 4:9). Además, el hombre había estado paralítico desde hacía treinta y ocho años, el periodo que cubre el deambular de los hijos de Israel.

*Esperaban*. – Desde esta palabra en el versículo 3 hasta el fin del versículo 4, en muchos textos críticos el pasaje está omitido, aunque en el Siriaco se mantiene; sin embargo no hay justificación alguna para la omisión, ni hay tampoco razón alguna para intentar “explicar” la referencia al ministerio angelical. Si, tal como ha sido sugerido, Juan, lo que meramente hace aquí no sea sino introducir una popular aunque equivocada superstición, ¿por qué no omitir también la aplicación de la sugestión a los otros acontecimientos registrados del ministerio angelical en el Nuevo Testamento? Es además innecesario intentar dar una “explanación” sobre líneas naturales. El estanque bien puede, o bien no, haber consistido de un manantial corriente y continuo; bien puede, o no, haber estado conectado con las fuentes de agua de *Gihon*. La verdad es que nadie sabe la localización del estanque. La identificación de la puerta de las ovejas con la puerta de S. Esteban es inexacta, pues Robinson dice que no existió pozo alguno en aquel recinto sino hasta el tiempo de Agripa. En contraposición de la interpretación “natural” de la agitación del agua, debemos ubicar el testimonio del registro:

- (1) Tan solo *uno* de los pacientes se sanaba.
- (2) El *primero* que sumergiese era sanado.
- (3) El acto del poder curativo era *instantáneo*
- (4) La cura o sanidad no se limitaba a una *específica* enfermedad.

Si es que el estanque poseyese tan solo algún tipo de aguas medicinales, su poder no se habría podido consumir en la cura de un solo paciente, ni habría sido necesariamente relevante explicar el orden en el cual los pacientes se metían en el agua. Además, las aguas medicinales no curan instantáneamente, ni tampoco son útiles para todo y cada caso de enfermedad.

Entre los puntos de gran interés que todavía tenemos que examinar en esta tercera señal tenemos la cuestión del versículo 6, “¿Quieres ser sano?” (n.t. en las versiones inglesas, “¿Quieres ser hecho completo?”)

*Thelo*, “Querer”, aparece cuatro veces entre esta sección y su expansión, la cual ocupa el capítulo 5:

- “¿Quieres ser sano?” (6).
- “El Hijo a los que *quiere* da vida” (21).
- “Vosotros *quisisteis* regocijaros por un tiempo en su luz” (35).
- “Y no *queréis* venir a Mí para que tengáis vida” (40).

Antes de seguir adelante tenemos que descubrir la estructura de la tercera señal.

### Tercera Señal (5:1-15)

A 1	1-4	a Una fiesta de los Judíos	
		b Jerusalén. Jesús sube	
EXPECTACIÓN GENERAL		b Jerusalén. Un estanque	
		a Lengua hebrea. Cinco Pórticos	
<i>Quedar sano</i>		a El Paralítico	
		b esperaban por el movimiento del agua	
		b Un ángel de tiempo en tiempo agita el agua	
		a El primero a entrar. Quedaba sano	
A 2	5-7	c Había allí un hombre	
		d Paralítico 38 años.	
CASO PARTICULAR		c Jesús le vio	
		d Mucho tiempo así	
<i>Quedó sano</i>		e <i>Pregunta</i> : “¿Quieres ser sano?”	
		e <i>Respuesta</i> : “Señor, no tengo quien...”	
		c Cuando el agua se agita	
		d me meta	
		c Entre tanto que voy	
		d Otro se introduce antes que yo	
A 3	8-11	f Toma tu lecho y anda	
		g Aquel hombre fue sanado	
LA SEÑAL EN SÍ		h Tomó su lecho y anduvo	
<i>Quedó sano</i>		i Es el día de Sabbath	

h No te es lícito llevar tu lecho  
g Aquel que me sanó  
f Toma tu lecho y anda  
j Ellos le preguntaron  
k ¿Quién es?  
l Toma tu lecho y anda.  
m Jesús se había apartado  
Jesús le halló en el templo  
m Mira, has sido sanado  
No peques más  
j El hombre aviso a los Judíos  
k Que era Jesús  
l Quien le había sanado.

A 4 12-15

EL RESULTADO  
*Has sido sanado*

La fe del elegido de Dios, la fe que se enseña en las Escrituras, debe abarcar todo cuanto haya sido escrito sobre el tema. Seguir la inclinación de cada uno e ir sacando y eligiendo textos y pasajes, es la vía más cierta para producir otra herejía (pues la palabra hereje en el griego significa, literalmente, “un selector”), pero eso no nos guía ni conlleva a la sana enseñanza que se enseña en las Escrituras. En Juan 5 los Calvinistas se sienten atraídos hacia la declaración, “El Hijo a quien quiere vivifica”. Los Arminios hacia las palabras, “¿Quieres ser sano?”. Los que tengan el espíritu de *Berea* deberían sentirse atraídos por ambos pasajes, y su credencial debería abarcar los dos. Aquellos que niegan el libre albedrío al hombre, rara vez, o nunca, citan o exponen las sentidas palabras de Mateo 23:37. “Cuántas veces quise...y no quisisteis” donde la palabra “querer” es *thelo*.

La predestinación no aparece sola; en Romanos 8:29 se declara ser de acuerdo o *según el pre conocimiento*. La Elección no aparece sola, sino que está *de acuerdo al pre conocimiento* del Dios Padre (1ª Pedro 1:2). Por habernos atrevido a creer y enseñar estos hechos Escriturales cuando escribíamos la serie sobre Romanos, tanto nosotros, como muchos de nuestros lectores en este país y en el extranjero, fuimos sometidos a una serie de cartas anónimas en las cuales el escritor, escudándose en su anonimato, no se abstuvo de usar un lenguaje obsceno y abusivo. Es en los vínculos doctrinales que se atan juntas en una totalidad las ocho señales de Juan, y donde se nos da a conocer que esta inter relación de voluntad, evidencia, convicción, fe y elección, que inclinan el *querer*. Entre las últimas palabras del canon del Nuevo Testamento están estas: “Cualquiera que *quiera*, tome y beba libremente del agua de vida” (Apocalipsis 22:17), y contienen la última ocurrencia en el Nuevo Testamento de *thelo*. A medida que nos vayan apareciendo estos variados aspectos de verdad, los iremos tratándolos en su debido tiempo y lugar.

Cuando tuvo ocasión la primera señal, la conversión del agua en vino, no se levantó enemistad alguna, “Sus discípulos creyeron en Él” (2:11). Después de la segunda señal, no tan solamente cree el noble oficial, sino además se salva toda su casa (4:53), y tampoco en ese relato hubo indicación alguna de enemistades. Sin embargo en la ocasión de la tercera señal sí se manifiesta enemistad y oposición. Una característica del Evangelio de Juan que puede resumirse en pocas palabras, así:

REVELACIÓN  
|  
RECIBIMIENTO-----REPUDIO



Después que se da una revelación, leemos de algunos que a Él no le recibieron, y de otros que le recibieron, y esta dupla actitud aparece y es aparente a través del Evangelio. Justificándose a sí misma, no en tanto, la enemistad precisa una razón, o una excusa. En esta tercera señal la excusa estaba a la mano. El hombre había sido sanado, y había llevado consigo su lecho *en el día de reposo*.

- “Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. *Y era día de Sabbath aquel día*” (5:9).

Hay trece ocurrencias de la palabra *Sabbath* en el Evangelio de Juan, nueve de ellas entre los capítulos 5 a 9, y las restantes en aquellos capítulos que tratan con la crucifixión y la resurrección (19 y 20). Es evidente que Juan ha puesto estas dos, la tercera y la sexta señal, en correspondencia; porque, entre otras muchas características paralelas, estas son las dos señales que fueron producidas al día de Sabbath.

- “Y era día de Reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos” (9:14).

La vía o manera en la cual añade Juan este comentario en 5:9 y 9:14, mentalmente nos hace suplir la elipsis, “¡Cuán sorprendente!” Estos pasajes que tratan con el Sabbath, se agrupan entre sí, lo suficientemente, como para capacitarnos a percibir la intención sobre entendida que tienen por detrás.

### ***Sabbaton en Juan 5 a 9***

- A 5:9. El mismo día era el SABBATH.
- B 5:10, 16, 18. El SABBATH quebrado. “Procuraban matarle”.
- C 7:22, 23. Moisés y el SABBATH. El principio envuelto.
- A 9:14. Era el día de SABBATH.
- B 9:16. Él no guarda el día de SABBATH

Si aquí en el Evangelio de Juan tenemos trece referencias al Sabbath, también son trece las que hay en referencia a Moisés. Si las del Sabbath se distribuyen bajo las agrupaciones nueve y cuatro, (nueve como en el inicio, y cuatro al cierre del Evangelio), de igual modo se distribuye el nombre de Moisés bajo un agrupamiento de nueve y cuatro. Cuatro veces deletrea el nombre *Mouses*, y nueve veces *Moisés*. El último deletreado está más en línea con el hebreo, mientras que el primero se deriva del egipcio.

- “Hereupon fue el *Thermuthis* que impuso este nombre *Mouses* sobre él, por todo lo ocurrido cuando fue dejado en el rio; pues los egipcios llaman al agua por el nombre *Mo*, y los tales que se salvan de ella por el nombre de *Uses*” (Josefo, Antigüedades II, IX. 6).

No se ha descubierto razón suficiente ni relevante de por qué un deletreo o el otro debieron ser empleados por los escritores del Nuevo Testamento, y no vamos a gastar el tiempo en vanas especulaciones.

El conflicto en este evangelio se debe a la mala comprensión de la ley, tal como se interpretaba por los legalistas y ritualistas en moda y al día, y al desconocimiento de la interpretación en gracia puesta sobre dicha ley por el Señor. Por eso, pues, Moisés levantó la serpiente, no deja de ser sino un bendito anticipo de 3:16. Moisés dio el maná, un bendito tipo del Verdadero Pan que descendió del cielo. Para evitar quebrar la

ley de Moisés, la circuncisión se realizaba en el día de Sabbath (7:22, 23), y la sanidad de un hombre, y el llevar a cuestas el lecho el hombre sanado, estaban en plena armonía con ta intención en gracia del Sabbath. Es bueno entender que la actitud de nuestro Señor hacia la observancia tradicional del día de Sabbath levantó la primera asesina enemistad registrada por Juan.

La cuádrupla división de la estructura de esta señal, (ofrecida anteriormente) nos pone en prominencia las palabras “se quedó *sanado*”. Esta palabra *hugies*, “completo”, es de donde proviene *higiene*, y aparece siete veces en este Evangelio, esto es, en 5:4, 6, 9, 11, 14, 15; 7:23. Observaremos que cada referencia tiene que ver con esta tercera señal. El versículo 14 asocia la condición paralítica del hombre con el pecado, “No peques más, para que no te venga algo peor”.

La primera señal pone de relieve una deficiencia, y ministró a una gente en regocijo. La segunda suministra vida, “Tu hijo vive”, y conforma la tripla llave repetida de la estructura. La tercera señal ministra sanidad, y por el hecho que fuese otorgada en el Sabbath indica que uno más grande que Moisés había llegado. Cada señal refleja alguna fase de la multifactorial plenitud de nuestro Señor, y cada una contribuye con su cuota parte de evidencia al hecho, que, éste, era en verdad el Cristo, el Hijo de Dios, y que la vida resulta de la fe en Su Nombre.

### **El Sabbath, y el Sabatismo**

El conflicto acerca de la sanidad del hombre paralítico surge, no en conexión con la natura de la sanidad, sino enteramente en conexión con la actitud Farisea hacia el Sabbath:

- “Y por esta causa los Judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de Reposo” (5:16)

La defensa del Señor es breve pero contundente:

- “Hasta ahora Mi Padre trabaja, y Yo trabajo” (5:17).

Esto enfureció a los Fariseos más que otra cosa, y leemos que

- “Por esto los Judíos aun más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de Sabbath, sino porque también decía que Dios era Su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (5:18).

Esta doble acusación se extiende por una más larga explicación en la defensa dada en los versículos 19-30, en la cual se prueba y demuestra la igualdad del Hijo. Este apelo a la evidencia de Sus propias obras y comisión se suplementa por un apelo al testimonio de Juan el Bautista, al Padre, a las Escrituras de manera general, y a los escritos de Moisés. El Señor refiere además el poder cegador del espíritu egoísta de los Judíos, un espíritu que se opone en significativo contraste con el Suyo propio (5:19 y 30).

El sujeto principal de esta sección reside muy próximo del corazón de toda la verdad, y no debemos esperar que esté exento de sacrificio nuestro intento para entender su enseñanza. Procuremos primeramente, por la gracia, descubrir la estructura de esta gran disputa y conflicto, pues si podemos entender la estructura subyacente, podremos a seguir perseguir una examinación de los detalles con menos riesgos de confundirnos. Siguiendo nuestra costumbre habitual, un hábito que se justifica por los resultados obtenidos a lo largo de los años, consideraremos primero los aspectos más visibles, y a seguir las subdivisiones posteriores.

### **Juan 5 16 a 47**

- A OBRAS. 16:30. La oposición surge de la actitud del Señor hacia el día de Sabbath y Su clamor a la igualdad con el Padre, certificado por la evidencia de Sus obras.
- A PALABRAS. 16-30. Esta evidencia de Sus obras se suplementa por el testimonio de Juan el Bautista y las Escrituras, con un comentario sobre la razón por la ceguera Judía.

Tomando ahora cada una de estas secciones por separado, encontramos el desarrollo del argumento señalado por las siguientes subdivisiones:

- A 16. La oposición Judía. El Sabbath.
- B 17. La defensa. “Hasta esta hora Mi Padre trabaja, y Yo trabajo”.
- A 18. La oposición Judía enardecida. El Sabbath y el reclamo igualándose a Dios
- B 19-30 La defensa. Una expansión de la defensa dada en el versículo 17, con especial referencia a la cuestión de la igualdad con Dios.

En la segunda sección nos encontramos la siguiente subdivisión del sujeto:

- A 31. El Testimonio concerniente Conmigo Mismo. Verdadero.
- A 32-47. El Testimonio de otros. Verdadero.

#### *El Testimonio de Otros (Juan 5:32-47)*

- A1 32-36. El testimonio de Juan el Bautista “concerniente a Mí”.  
*(ho marturon peri emou)*
- B1 36-38. El Enviado. “Vosotros no creéis”
- A2 39-40. El testimonio de las Escrituras “concerniente a Mí”  
*(hai marturousai peri emou)*
- B2 41-44 El que viene en su propio nombre. “¿Cómo podéis vosotros creer?”
- A3 45-47. El testimonio de Moisés “concerniente a Mí”.  
*(peri emou egrapsen).*

Aquí tenemos un triple testimonio “concerniente a Mí”, sin embargo el testimonio no se recibe. El testimonio de Juan el Bautista tan solo fue recibido “por un corto espacio de tiempo”. El testimonio de las Escrituras se anuló (si bien que las Escrituras fueron “investigadas”) por causa de aquellos quienes,

procurando, nunca se acercaron al Señor de Quien estas Escrituras testificaban. Y en tercer lugar, los Judíos andaban persiguiendo actualmente al Señor incendiados de celos por “Moisés” en quien ellos confiaban, y, no en tanto, Moisés fue uno de cuantos de Él escribieron.

En las dos secciones marcadas B1 y B2 el Señor revela la razón por la ceguera de Israel: (1) no tenían la palabra de Dios habitando en ellos y (2) recibían gloria y honor del hombre, no procurando el honor que proviene tan solo de Dios – y esto cegó sus ojos al valor de las evidencias que tenían delante.

La más importante subdivisión de esta gran sección es la defensa que ocupa los versículos 19-30. Esta defensa tiene una más que maravillosa estructura que reservaremos hasta que hayamos considerado aquellos pasajes que a ella nos guían. El análisis detallado de la segunda gran subdivisión (32-47) también debe aguardar al tiempo hasta que allí lleguemos en el transcurso de nuestros estudios. Ahora por tanto dirigiremos nuestra atención hacia la oposición señalada en los versículos 19-30.

Las palabras *sabbata*, *sabbaton* y *prosabbaton*, traducidas “día de reposo”, “sabbath” y el “día anterior al sabbath”, aparece en los Evangelios cuarenta y nueve veces (7 x 7). No tan solo hay evidencia de la intención aquí en el múltiple de siete, sino que además encontramos que la expresión “el primer día de la semana”, *sabbata* (la exacta traducción del original no estamos ahora cuestionando) aparece siete veces en el Nuevo Testamento. Juan, además, utiliza la palabra *sabbaton* siete veces en conexión con la sanidad del hombre paralítico (Juan 5:9, 10, 16, 18; 7:22, 23).

Nunca se podrá llegar a entender la amargura de ánimo que se crea sobre la observancia o no observancia del *sabbath*, si no sabemos algo de la enseñanza de los Rabinos, y el lugar dominante que el *sabbath* ocupaba en la vida y corazones de cada Judío ortodoxo.

- “Pasó a ser la más evidente distinción y la más apasionada reverencia de todas las ordenanzas que separaban diferenciando al Judío del Gentil como un pueblo peculiar. Fue sin discusión alguna posible el signo de sus exclusivos privilegios, y el centro de su estéril formalismo. Sus tradiciones, sus patriotismos, y mismo sus obstinaciones, todo se alistaba en su escrupuloso mantenimiento... La devoción que le tenían tan solo se afondó por el universal ridículo, inconveniencia y prejuicio que se instauró sobre ellos en el mundo pagano” (Farrar)

Volviendo ahora a la primera referencia al *sabbath* en los Evangelios, leemos:

- “En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados en un día de reposo; y Sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer. Viéndolo los Fariseos, le dijeron: He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo” (Mateo 12:1, 2).

Los Rabinos nunca enseñaban que en el sabbath las personas debían ayunar o que debían abstenerse de ingerir alimentos; todo lo contrario, interpretaban las palabras “Tú has de llamar al sabbath una delicia” significando que debía ingerirse más comida y más exquisito alimento.

- “Aquel que se regocija tres veces comiendo bien en el sabbath, será librado de las calamidades del Mesías, del juicio del infierno, y de la guerra de Gog y Magog” (Maimón).

Los discípulos estaban mitigando su apetito con unas pocas espigas de trigo o cebada. Los Fariseos no podían objetar la natura de su alimento, a menos que fuese pobre y escaso, y el hecho de que los discípulos tuvieran hambre muestra que estaban observando la costumbre del ayuno en el día sabbath hasta la oración matinal de la sinagoga haber acabado. Además, los Fariseos no podían levantando cualquier objeción legal hacia los discípulos por tomar unas cuantas espigas, pues se consideraba un acto legal:

- “Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con tu mano: mas no aplicarás la hoz a la mies de tu prójimo” (Deut.23:25).

Toda la cuestión se resumía a la ilegalidad, o no, del *arrancar espigas en el sabbath*. La tradición afirma:

- “Aquel que mete la hoz en el sabbath aunque sea lo más mínimo, es culpable” (Maimón).

Bien podría objetarse que “meter la hoz” no es lo mismo que arrancar unas cuantas espigas con la mano. Sin embargo, en la tradición Rabínica, las dos cosas se consideraban conjuntas:

- “Y arrancar con las manos espigas del cereal es una manera de meter la hoz” (Maimón).

Como muy bien el Salvador sabía, este simple acto era punido por la pena de muerte; de ahí Su intervención en respaldo de Sus discípulos.

- “Las obras por las cuales un hombre es culpable de ser apedreado y destruido...son, o bien *primitivas o derivadas*” (Maimón)

Había más de treinta y nueve clases de obras “primitivas”, las cuales si se ejercían en el sabbath penalizaban con la muerte a quien la practicaba – incluyendo arar, sembrar y cosechar. Las obras “derivadas” eran, por ejemplo, “cavar” – puesto que sería una manera de *arar*; y “arrancar” espigas de cereal – puesto que sería una manera de *cosechar*. Sabiendo que la muerte por lapidación era la sentencia por este acto, si se lleva a cabo presuntamente, el Salvador se interpuso para demostrar haber sido las ganas de comer el impulso de Sus discípulos, y no por la desobediencia a la Ley o escrúpulos Judíos. Él entonces les cita el ejemplo de David y los sacerdotes (Mateo 12:3-5).

En el versículo 5 el Señor refiere el hecho de que “los sacerdotes en el templo profanan el sabbath y son sin culpa”. La ley tradicional concerniente al trabajo de los sacerdotes en el sabbath dice:

- “La obra servil, que se hace en las cosas santas, no es servil” (Hieros. Schabb).
- “No hay sabbatismo de ningún tipo en el templo” (Maimón).

En los versículos de 6 a 8 tenemos el primer gran reclamo del Señor registrado en Mateo:

- “Pues os digo que Uno mayor que el templo...porque el Hijo del hombre es Señor del día de sabbath” (Mateo 12:6-8).

Y Marco, en su Evangelio, añade las significativas palabras:

- “El sabbath fue hecho para el hombre, y no al hombre para el sabbath” (2:27).

Aquí por tanto había dos relacionados clamores, maravillosos en cuanto sublimes, y mucho más amplios en su efecto sobre la subsecuente doctrina. El Hijo del hombre era Señor del día sabbath, y el día de sabbath fue hecho para los hijos de los hombres. No hay que admirarse viendo la ofensa que producían estas palabras a oídos de quienes prescribían tales fardos a espaldas de los hombres, y que aclamaban a viva voz la ley por medio de sus tradiciones.

Inmediatamente a seguir a este incidente, y como en confirmación de Su reclamo, viene el registro de la sanidad del hombre con la mano seca. La atención del Señor se dirige hacia este hombre presentado por los propios Fariseos, “para poder acusarle” (Mateo 12:10). Responde a su pregunta refiriéndoles sus propias leyes. Una oveja caída en un pozo, podría ser libertada en el sabbath, y el Señor sabía muy bien qué tipo de subterfugio capacitaba a los Fariseos para evadir aun mismo sus propias leyes, por ejemplo, “Aquel que tenga dolor de garganta, no podrá hacer gárgaras con el jarabe, pero se le permite tragarse el jarabe” y así por delante, a través de una serie de leyes y su evasión a cada una. Repudiando sus petulantes escrúpulos, el Señor continúa, diciendo:

- “¿Cuánto por tanto no vale más un hombre que una oveja? – Así, pues, es lícito hacer el bien en los días de reposo” (Mateo 12:12).

Y, apropiando la ocasión a la palabra, el Señor le ordena al hombre con la mano seca que la extienda. En contraste con este benéfico acto, los Fariseos se reunieron en concilio, para ver cómo “podrían destruirle”. Y así es como venimos a saber, que, la enemistad que conlleva al fruto amargo de la cruz, fue sembrada en el suelo de un perverso Sabatismo.

No es por acaso que la mano del hombre estuviese “seca”. La palabra vuelve a emplearse de nuevo en Mateo 13:6 y 21:19, 20. Todo el concepto de los Fariseos de la ley estaba seco, y era estéril. Nunca aprendieron el “significado” de las palabras: “Misericordia quiero, y no sacrificio” (12:7).

Teniendo en cuenta la actitud de los Judíos hacia el día sabbath, ahora se observan más cosas en la cuestión del hombre paralítico de lo que a primera vista parecía. Las palabras “¿Quieres ser sano?” aparecen conllevando una idea no expresada por detrás, “¿Quieres ser sanado *en el sabbath*, con todo lo que eso supone?” El mandamiento al hombre para que tomase su lecho y se fuera nos da un ejemplo más del dominio del Señor sobre el sabbath, y Su desconformidad para con los escrúpulos de los Fariseos. Según sus tradiciones:

- “Cualquiera que en el sabbath saque a cuestras cualquier cosa tanto de un lugar privado para uno público, o de un lugar público a privado, está obligado a ofrecer un sacrificio por su pecado, pero, si es de manera presuntuosa, es culpable de pena de muerte, y ha de ser apedreado” (Schabb).

Hemos de considerar más plenamente la disputa del día sabbath correspondiente en el capítulo nueve de Juan cuando lleguemos a la señal de la sanidad del hombre nacido ciego. Suficiente, confiamos que se haya dicho ya, para capacitar al lector a entender la gran diferencia entre la intención Divina del sabbath como el Señor enseña en palabra y hecho, y el estéril, apagado, sin misericordia espíritu del sabbatismo que todavía se perpetúa entre algunos cristianos al día actual. Tales creyentes bien pueden sin duda alguna tener buenas intenciones, pero jamás entrarán en el espíritu de Aquel Quien es Señor aun mismo del sabbath.

La falta de espacio no nos permite tratar aquí con la actitud de Pablo hacia la observancia de los “días” y “Sabbaths”. Debemos por tanto contentarnos con la sugestión de que el lector venga a estudiar por sí mismo las palabras del apóstol en Romanos 14, Gálatas 4, y Colosenses 2.

### **La Relación del Hijo**

El Señor, en vez de reconocer que había de algún modo transgredido la ley por encargarle al hombre sanado que llevase a cuevas su lecho en el día de sabbath, fue más osado asociándose a Sí Mismo y Sus actos con el Propio Dios.

- “Pero Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo trabajo” (Juan 5:17).

Cuando se trata con la verdad Divina hay una gran necesidad de percibir y distinguir lo relativo de lo absoluto. Por ejemplo, la santidad se expresa por la palabra hebrea *qodesh*, que primariamente significa “separación”. Desde el punto de vista del hombre, esta idea de “separación” se reviste de la mayor importancia, pues se encuentra rodeado por tanta maldad, que, uno de los primeros elementos en la práctica santificación no es otro sino la *separación*. Sin embargo, no debemos equivocarnos transfiriendo esta idea al pleno concepto de santidad cuando es de Dios que se aplica. ¿No era Dios antes que el pecado se introdujese en el universo? Por supuesto. ¿No eran santos los ángeles? Claro que sí. ¿Tenía consigo dentro o conocía algún tipo de “separación” esta primaria santidad? Por supuesto que no. Por tanto, desde el punto de vista del hombre, el gran aspecto o característica que señala al día sabbath de los seis días restantes es, que, en ese día, el hombre no debería trabajar. Pero esto realmente se debe a la necesidad del hombre de recuperar su forma física; precisa de tiempo para pensar en el trabajo, y reposar en las vías que sean más altas que las que ocupan la mayor parte de su tiempo. No así con Dios ¿Podríamos siquiera concebir que haya una diferencia esencial, moral o espiritual, en la obra que Dios haga al lunes, en comparación con la que lleve a cabo en domingo o sábado? Hacer esta pregunta significa exponer su necesidad.

Los Fariseos se basaban sobre la necesaria observancia del descanso de la labor que la naturaleza del hombre demanda, para que el sabbath se disfrutase; pero hacían con sus añadiduras que fuese contradictorio el propósito apropiado de su institución. Si todos fuesen tan santos, tan buenos, tan misericordiosos como el Hijo del hombre, podríamos seguir trabajando sin cesar de un fin de semana al siguiente. Una simple idea momentánea ha de convencer a cualquiera que esté abierto al debate, y es, que, si Dios se alejase de Su creación ni por un instante que fuera, ya para no hablar de veinticuatro horas, la creación pura y simplemente dejaría de existir. Nuestra respiración se halla en Sus manos (Daniel 5:23), Él es Quien sujeta todas las cosas por la palabra de Su poder (Hebr.1:3), por Él subsisten todas las cosas (Colos.1:17). ¿Dejamos de respirar al sabbath? ¿Deja el sol de salir brillando al sábado? ¿Permanecen en pie al día de

sabbath la totalidad de la labor compuesta de la creación, generación, crecimiento, descomposición, vida y muerte?

- “Mi Padre hasta ahora trabaja”.

En el Segundo milagro producido en el día de sabbath que registra Juan, el Señor enfatiza su gran (y muy malentendida) verdad: “Tengo que llevar a cabo las obras de Aquel que Me envió, entre tanto que es de día” (9:4). En Mateo, Marcos y Lucas no hay sino tan solo nueve ocurrencias de *ergon*, “trabajar” entre los tres, sin embargo en Juan no hay menos de veintisiete. Las palabras de 4:34, “Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que Me envió, y que acabe Su obra”, es la referencia inicial a la obra del Señor, mientras que las palabras de 17:4, “Yo he acabado la obra que Me diste para que hiciera”, la última cerrando las referencias.

Cada vínculo interviniente entre las ocho señales se indica por la inter relación de *ergon*, “trabajo”, y *pisteuo*, “creencia”, excepto 4:53, 54, donde la declaración del Señor, “a menos que veáis señales y maravillas” (4:48) indica cuál sea la referencia a las “obras”.

En vez de mitigar su ira a los Judíos, la respuesta del Señor la incrementa.

- “Por eso los Judíos procuraban asesinarle, no tan solo porque quebraba el día sabbath, sino porque confesaba además que Dios era Su Padre, haciéndose a Sí Propio igual a Dios” (5:18).

Ningún Judío podría verdaderamente objetar a otro Judío por llamar a Dios de su Padre, sin embargo el Salvador no dijo “Nuestro Padre” sino “*Mi Padre*”. Él nunca dijo “Nuestro Padre”, como se nos enseña que hagamos nosotros. Cuando instruía a Sus discípulos a orar les enseñó a decir “Padre nuestro”, pero cuando era Él Quien oraba jamás dijo “Padre nuestro”. En la mañana de la resurrección esta distinción se enfatiza:

- “Yo asciendo a Mi Padre, y vuestro Padre; y a Mi Dios, y vuestro Dios” (20:17).

La Versión Revisada corrige la Versión Autorizada en 5:18, traduciendo la palabra *idios* “de uno propio”, “sino que también llama a Dios Su Propio Padre”.

No acudiremos a la furia de los Judíos procurando una base para la deidad de Cristo, pues las palabras, “haciéndose a sí propio igual con Dios”, surgen del clamor que el Salvador hizo de que Dios era Su propio Padre. Él no reclama ser el Padre, sino que se equiparó con el Padre. *Isos* significa “igual”, y es totalmente distinto de “identificación”. No hay aquí confusión alguna de las Personas del Padre y el Hijo. Cuando los jornaleros que habían estado trabajando el día entero se quejaban diciendo, “Tú has hecho a ellos igual que a nosotros” (Mat.20:12 R.V.), la igualdad no tenía nada que ver con la natura o persona sino del salario. Cuando Pedro dijo de los Gentiles que Dios les había dado el “mismo” don que aquel ya anteriormente derramado sobre los Judíos en Pentecostés, la igualdad era del don, no de nacionalidad; Cornelio no pasó a ser un Judío. La verdad concerniente a la relación del Padre y el Hijo es el gran tema de la respuesta del Señor a estas palabras. Él nunca niega la igualdad que los Judíos le acusaban de reclamar, sino que la demuestra y refuerza.



Al tiempo que admite abiertamente que el Hijo no podía hacer nada de Sí Mismo, no en tanto, no tan solo reclama “ver” lo que el Padre hace, sino además que Él, el Hijo, lo hace “igualmente”. ¿No es esto igualdad? Dos veces emplea Él la familiar figura del símil – “Porque *así como...así también*” - ¿No implica este símil igualdad? Esta similitud se utiliza de dos tremendas declaraciones. La primera, que así como el Padre levanta de la muerte y vivifica, “así también el Hijo a quien quiere vivifica” (5:21); la segunda, que así como el Padre tiene la vida en Sí Mismo, también “así le ha dado al Hijo tener la vida en Sí Mismo” (5:26). No estamos basándonos en nuestras propias y falibles capacidades de la lógica; sino que es el Señor quien asienta de manera definitiva el caso.

- “Que todos los hombres deben honrar al Hijo, así como honran al Padre” (5:23).

Antes de seguir adelante, debemos procurar la estructura de este pasaje, pues así, con ella en vista, ha de afirmarse el curso de nuestra investigación y nos ha de prevenir de confundir un pasaje que sea tan solo incidental de uno que sea realmente de primera magnitud. En otras palabras, la estructura nos ofrece el énfasis propio del Señor, como si Él hubiera actualmente subrayado la Biblia para nosotros. Aquí damos la estructura de esta gran defensa.

### Juan 5:19-30

“Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo trabajo” expandido desde el versículo 17

- |   |  |
|---|--|
| <p>A 19. Nada de Sí propio<br/><i>Aquello que Él ve</i></p>   | <p>a El Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo.<br/>b Lo que ve hacer al Padre<br/>b Las cosas que Él hace<br/>a Las hace también igualmente el Hijo.</p>  |
| <p>B 20. Mayores obras, de modo que os maravilléis.<br/>C 21-23<br/><i>La igualdad del Hijo</i></p> | <p>c Porque como...así...levanta y vivifica<br/>d <i>Krino – Krisis</i>: Juicio<br/>e El Hijo enviado<br/>f De cierto, de cierto<br/>g Oír Mi Palabra.<br/>h Tiene vida eterna<br/>i La hora viene (<i>krisis</i>) y ahora es<br/>f De cierto, de cierto<br/>g Oír la voz del Hijo de Dios.<br/>h Aquellos que oigan vivirán</p> |
| <p>D 24-25<br/><i>La hora y la voz</i><br/><i>Ninguna condenación</i></p>                           | <p></p>  |
| <p>C 26, 27<br/><i>La igualdad del Hijo</i></p>   | <p>c Porque como...así...vida en Sí Mismo<br/>d <i>Krisis</i>: Juicio<br/>e El Hijo del hombre</p>   |

B 28. No te maravilles de esto, porque cosas más grandes vienen.

D 28, 29.

i La hora viene

La hora y la voz

g Oír Su voz

Algunos vendrán

h Resurrección de vida o juicio

a condenación

Krisis

A 30. Nada de Sí propio a No puedo hacer nada de Mí Mismo

Así como oigo

b Como oigo, así juzgo.

b Mi juicio es justo.

a No de Mi propia voluntad, sino la Suya.

Estos miembros correspondientes de la estructura deben por tanto ser el objetivo de nuestra investigación – A 5:19 y A 5:30, “Aquello que Él ve” y “Así como oigo”.

En 3:34 se da este testimonio, “Aquel Quien Dios envió, las palabras de Dios habla”, y tendremos ocasión de considerar esta declaración más detalladamente cuando lleguemos al capítulo 7:16, donde el Señor dice, “Mi doctrina no es Mía, sino de Aquel que Me envió”. Aquí, en el capítulo 5, no son ni las “palabras” ni la “doctrina” lo que está en vista, sino las “obras”.

El Señor reclama que Él tanto “veía” como “oía” al Padre. En este punto Él se mantiene aparte de todos los demás hombres. En el prólogo está escrito, “Nadie ha visto jamás a Dios” (1:18), y en el mismo pasaje donde se afirma el gran clamor del Señor, Él dijo: “Vosotros no habéis nunca oído Su voz, ni habéis visto Su rostro” (5:37). Este singular reclamo vuelve a repetirse, “No que alguien haya visto al Padre, sino Aquel que proviene de Dios, Él ha visto al Padre” (6:46). Y una vez más, en el capítulo donde reclama el título “YO SOY” (8:58), se repite esta singular visión del Padre, “Yo hablo aquello que he visto con Mi Padre” (8:38).

Por otro lado, ¿Quién es más dependiente que el Hijo de Dios?

- “El Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo” (5:19).
- “Yo no puedo hacer nada de Mí propio” (5:30).

De manera similar, el Señor dijo posteriormente a Sus discípulos concerniente al otro Consolador, el Espíritu de verdad, “No hablará de Sí Mismo, sino que aquello que Él oyere, eso hablará” (16:13).

Una lectura superficial de estas declaraciones podría llevarnos a la conclusión, que, de sí propios, el Hijo y el Espíritu estuviesen desprovistos de poder, no teniendo si quiera las habilidades comunes al hombre, sin embargo, tenemos que considerar las razones puestas delante en este Evangelio por esta misma limitación para ver qué nos revelan, no tan solo la verdadera relación del Hijo con el Padre, sino que magnifican al Hijo Mismo también.

Aquí por tanto están las razones dadas de por qué el Hijo no hizo ni dijo nada “de (apo, de proveniencia) Sí Mismo”.

- (1) El Hijo no habló “de Sí Mismo” porque, cualquiera que fuese enviado por otro, y que así lo hiciera, estaría evidentemente procurando “Su propia gloria: pero Aquel que procura la gloria de Quien le envió, ese es verdadero, y no se halla injusticia en Él” (7:18).
- (2) El Hijo no habló “de Sí Mismo”, no tan solo porque había sido “enviado” y hallado Su alimento y bebida en acabar la obra para la cual fue enviado, sino que además tenía la posterior razón y el posterior regocijo, que, “Mi Padre no Me ha dejado solo; pues Yo hago siempre todo cuanto le agrada” (8:29).
- (3) Y Él añadió (versículo 42), “Ni tampoco he venido de Mí Mismo”. El Hijo no se comisionó Él propio. Es la gloria del evangelio que Dios así tanto amase al mundo que dio a Su Hijo unigénito; consecuentemente, como el Enviado que es, Él habló y produjo tan solamente aquellas cosas que pertenecían a Su bendita comisión.
- (4) Tanto Sus “palabras” como Sus “obras” participaron de este carácter, pero otra y más profunda razón se da de por qué Él no habló o actuó “de Sí Mismo”; y fue, “Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí” (14:10, 11).

Iría a transcurrir mucho tiempo; sería necesaria la operación de muchas señales; se precisaría de la paciente enseñanza de casi tres años, antes que el clamor del quinto capítulo fuese reconocido por Sus discípulos, pero, en el capítulo 16, hacen esta confesión,

- “Ahora sabemos que Tú conoces todas las cosas, y no precisas que nadie te pregunte; por esto creemos que Tú has salido de Dios” (30).

Podemos aprender lo que “hablar de Sí Mismo” significa si vamos a 11:51, “Y esto hablaba, no de sí mismo; sino que siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús debía morir por la nación”. Si un hombre pecador como Caifás no podía decir nada “de sí mismo” cuando la gloria y el propósito de Dios así lo demandaba, cuanto más debemos esperar del Hijo de Dios estando en la posición de voluntad y regocijo limitándose a Sí propio a la ejecución de aquella obra para la cual había sido enviado por el Padre. Además, en otra ocasión, Él dijo, “Yo y el Padre Uno somos” (10:30), así que la verdad de Su igualdad no es tanto un asunto de inferencia o deducción, sino de revelación.

Podría decirse que cada hijo de Dios “ve” y “oye” algunas de las palabras y obras del Padre, y esto sería verdad. En el clamor del Señor, sin embargo, hay una plenitud que no le pertenece al hombre: “pues *cualquier* cosa que Él pueda hacer, *esas mismas cosas también* las hace el Hijo *de igual manera*” (5:19). En el mismo versículo el Señor había enseñado que el Hijo *no puede hacer nada* de Sí Mismo, porque *Él es* el Hijo. Otras criaturas que pertenecen a un nivel más bajo bien pueden abusar de su libre albedrío y hacer cosas contrarias, pero eso vaciaría al título del HIJO de su esencial significado, esto es, aquella perfecta unidad con el Padre. El mismo argumento también se pone de otra forma, “Porque es la propia natura del Hijo hacer cualquier cosa que haga el Padre”. Además, Sus obras son “de igual manera” (*homoios*).

La cuestión de la deidad de Cristo no está aquí en causa. Ya se nos enseñó que “la Palabra era Dios”. Ahora estamos aprendiendo acerca de “la Palabra que se hizo carne”, y Su relación, no con “Dios” como tal, sino con Dios revelado como siendo “el Padre”. Estas son importantes distinciones. Tanto el Padre como el Hijo portan un mismo título, “Dios”, y la cuestión de la igualdad *ahí*, nunca puede objetarse. Si la Palabra, Quien era Dios, viene a hacerse carne, y fue visto como siendo el unigénito del Padre, entonces la cuestión que se levanta es, ¿Se subordina, o se iguala Él con el Padre? Este capítulo de Juan que estamos considerando deja en abierto la cuestión y, paso a paso, el tema se va desarrollando hasta que alcanzamos la

definitiva afirmación, “Yo y Mi Padre Uno somos”, y la última confesión de Tomás, “Señor mío, y Dios mío”. A medida que vamos siguiendo la guía fornecida por la estructura, las sucesivas señales, y sus vínculos inmediatos, estos pasos posteriores en el argumento son los que nos aguardan, pues no hay cuestión tan crucial como la que Él mismo nos pone delante, “¿Qué pensáis vosotros de Cristo?” (Mateo 22:42).

### La Igualdad del Padre y del Hijo

La acusación que pendía contra el Salvador en este capítulo es doble. (1) Que Él había quebrantado el día de sabbath, y (2) que Él había llamado a Dios Su propio Padre, haciéndose a Sí Mismo igual con Dios.

Las primeras y últimas palabras de la gran defensa presentada por el Señor ocuparon nuestra atención, y observamos que Él reclama dos cosas vitales y exclusivas.

- Él vio y Él oyó aquello que el Padre hacía.
- Él hizo todo cuanto vio hacer al Padre.

Una posible objeción puede levantarse por las subsecuentes palabras del Señor. Ciertamente, un Fariseo puede interponer, tú haces aquellas cosas que “ves” que el Padre hace; sin embargo, lo que tú efectivamente ves, bien puede ser un simple resquicio de Sus vías y actos; por tanto tu respuesta no justifica tu reclamo igualándote con Dios. A esta cuestión el Señor da una conclusiva respuesta, no dando la posibilidad de escapatoria para posteriores objeciones en resultado de la posible limitación de Su propia visión: “Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra *todas las cosas* que Él Propio hace” (5:20). Aquí damos los tres elementos más conclusivos en el argumento:

- (1) El gran principio efectivo del amor.
- (2) Cristo no tan solo “ve”, sino que el Padre le “muestra”.
- (3) El Padre no tan solo “muestra”, sino que le muestra “todas las cosas”.

Esta no es la primera vez que el amor del Padre hacia el Hijo se da como la gran razón de por qué “todas las cosas” fueron depositadas en Sus manos.

- “El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. Y lo que *vio* y *oyó*, esto testifica; y nadie recibe Su testimonio. El que recibe Su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y *todas las cosas ha entregado en Sus manos*” (3:31-35).

Aquí se compara y contrasta el ministerio del Señor con el de Juan el Bautista. Él proviene de arriba; Él proviene del cielo; Él tanto ve como escucha. Él fue enviado; el Espíritu le fue derramado sin medida, y, siendo amado del Padre, todas las cosas fueron depositadas en Sus manos.

*Todas las cosas.* – Veamos por nosotros mismos la vía en la cual se emplea esta expresión de parte del Señor:

- (1) Todas las cosas por Él fueron hechas (1:3).
- (2) Todas las cosas eran por Él conocidas (2:24; 4:25, 29, 39; 16:30; 18:4; 19:28; 21:17).
- (3) Todas las cosas le fueron depositadas en Sus manos (3:35; 5:22, 26, 27; 13:3; 17:2).
- (4) Todas las cosas que el Padre tenía eran Suyas (16:15; 17:10).

Estos cuatro apartados incluyen la creación entera, todas las cosas que el Padre haga o tenga, toda carne, todo juicio, todo cuanto se halla en los sepulcros. En vista de este testimonio, la cuestión en cuanto a la igualdad del Hijo con el Padre sucumbe antes de llegar a proferirse. Si estas cosas no significan igualdad, entonces no hay posibilidad alguna de demostrar el significado de la palabra. Por nuestra causa, Él, dejó de lado la gloria que le pertenecía antes que el mundo fuese (17:5); abandonó la riqueza que poseía (2ª Corintios 8:9); Se desnudó a Sí propio de la forma de Dios, donde Su igualdad con Dios era evidente (Filip.2:6) y se revistió la forma de un siervo, donde toda igualdad quedó velada (vers.7); y es, en el desarrollo gradual de Su gloria siendo “el Hijo”, con especial referencia a Sus obras y palabras, que se hace la revelación: que este singular “Enviado”, aunque según a la carne, de Israel y el Hombre, es, no en tanto, “sobre todo, DIOS bendito por toda la eternidad” (Rom.9:5).

El Padre le “muestra” todas las cosas que Él hace al Hijo. Esta palabra *Deiknuo*, “muestra”, aparece siete veces en el Evangelio de Juan. Se emplea hablando (1) de una señal (2:18); (2) de las buenas obras (10:32); y (3) de las manos horadadas del Señor (20:20). Presupone por tanto la visión en el espectador que corresponde con la visión otorgada. Cuando los discípulos dijeron, “Muéstranos al Padre” (14:8), estaban pidiendo por algo que no se les podría otorgar sin mediación, pero nada hay que sugiera que la mediación fuese necesaria cuando el Padre le “mostraba” al Hijo cualquier cosa que hiciera, pues el Hijo declara que Él “veía” todas las cosas.

El hombre puede ver las cosas del hombre:

- “Porque, ¿quién conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, ningún hombre conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1ª Cor.2:11).
- “Nadie ha visto jamás a Dios” (Juan 1:18).

Aquel, por tanto, que pudo “ver” todas las cosas, “posee” todas las cosas, “hace” todas las cosas, debe ser Dios:

- “Pues toda casa es edificada por alguno; pero Aquel que edifica todas las cosas es Dios” (Hebr.3:4)

Las obras que se iniciaron con las señales milagrosas producidas por Cristo, fueron siendo cada vez más grandes hasta que la evidencia se completó, que, “Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios”.

- “No te maravilles”, le dijo Cristo a Nicodemo, “de que te haya dicho, Os es necesario nacer de nuevo” (3:7).
- “Y Él mostrará más grandes obras que estas, para que os maravilléis” (5:20).
- “No os maravilléis” dijo Cristo, por el hecho de que, “Todo juicio le haya sido dado al Hijo” (5:22, 28 y 29).

- “Los Judíos *se maravillaron*” cuando escucharon las palabras de Cristo, diciendo, “¿Cómo sabe este de letras, sin haber tenido quien le enseñe?” (7:15).
- “Todos vosotros *os maravilláis*”, dijo Cristo, porque “una obra he hecho” (7:21)

Más grandes y más maravillosas cosas tenían todavía que cumplirse por el Hijo de Dios antes que Su obra finalizara, y entre ellas el Salvador especifica:

- La resurrección y vivificación de la muerte.
- El juicio de todos los hombres

Y esto con el objetivo declarado, “que todos los hombres deben honrar al Hijo, así como honran al Padre” (5:21-23).

El abundante testimonio de las Escrituras es que Dios, que resucita a los muertos, fue Quien resucitó a Cristo de la muerte.

- “Dios, que resucita a los muertos<sup>2</sup> (2ª Cor.1:9).
- “Si creemos en Aquel que levantó a Jesús nuestro Señor de la muerte” (Rom.4:24).

Sin embargo observamos que en el versículo donde la palabra *egeiro*, “levantar”, aparece por primera vez, el Señor dice:

- “En tres días lo *levantaré*” (2:19).
- “Yo pongo Mi vida, *para volverla a tomar de nuevo*. Nadie me la quita, sino que Yo la pongo de Mí Mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para para volverla a tomar. Este mandamiento he recibido de Mi Padre” (10:17, 18 A.V.).

La resurrección del Señor no fue, por tanto, cumplida sin Su propia cooperación. Cómo es que esto pudo suceder, va más allá de la capacidad mental y mortal venir a saberlo, sin embargo es eso mismo lo que se nos revela, y con el expreso propósito de que el Hijo sea honrado de la misma manera que el Padre: “El Hijo a quien *quiere* vivifica” (5:21). Con este clamor impreso, concuerda la oración: “Padre, quiero que aquellos que Tú me has dado, estén conmigo donde Yo estoy” (17:24). El más santo de todos los santos sería condenado en el momento que una tal “oración” saliese pronunciada de sus labios. Aquel Quien puede decir, “Yo quiero”, y los muertos son vivificados, y Quien puede decir, “Yo quiero” dirigiéndose al Padre, es ciertamente Uno igual con Él.

Hay una transición en 5:21, 22 que va desde la resurrección hasta la secuencia de la resurrección, esto es, el “juicio” (vea 5:29).

- “Porque el Padre a nadie juzga, sino que ha sometido todo juicio al Hijo” (5:22).

Los solemnes pasajes que hablan de Dios siendo el Juez de todo; la terrible magnitud del día del juicio; la tremenda responsabilidad que reposa en las manos del tal Juez Cuyo veredicto es sempiterno; todo esto nos habla de Cristo, y de Cristo como siendo el Hijo del hombre (5:27).

- “Él ha señalado un día, en el cual ha de juzgar al mundo en justicia por Aquel Varón a Quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31).

No debemos permitir que se pierda la línea principal del argumento, porque, en sí mismo, el aspecto de todo cuanto veamos en los temas secundarios sea tan grande. El asunto que tenemos delante, tal como estuvo delante del Señor, Sus discípulos y los Judíos, era Su reclamo hacia la igualdad con Dios, un clamor que residía y se basaba en Su Filiación, y además por el hecho de haber declarado que las obras que hacía eran las mismas que el Padre ejercía. Resistimos, por tanto, la tentación a explorar las doctrinas de la resurrección, de la vivificación, y del juicio; cada uno de estos temas demanda un estudio en sí, y seguimos adelante, con el Señor, hasta Su conclusión,

- “Que todos deben honrar al Hijo, así como honran al Padre. Pues aquel que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre que le envió” (5:23).

¿Cómo debemos honrar al Padre? Debemos adorarle “en espíritu y en verdad” (4:23).

- *“Todos deben honrar al Hijo, del mismo modo que honran al Padre”.*
- “El Padre levanta de la muerte, y los vivifica” (5:21).
- “Jesús dijo...Yo soy la resurrección, y la vida” (11:25).

*“Todos los hombres deben honrar al Hijo, del mismo modo que honran al Padre”*

- “Muéstranos al Padre, y nos basta” (14:8).
- “Aquel que Me ha visto, ha visto al PADRE...no creéis que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí” (14:9, 10).

*“Todos deben honrar al Hijo, del mismo modo que honran al Padre”*

- “Padre, ha llegado la hora; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo también te glorifique a Ti” (17:1).
- “Yo te he glorificado, glorifícame a Mí con Tu misma gloria que Yo tuve contigo antes que el mundo fuese” (17.4, 5).

*“Todos han de honrar al Hijo, del mismo modo que honran al Padre”*

No podemos pasar por alto la segunda parte de 5.23. Una persona bien puede decir que honra al Padre, porque realmente Él es Dios, pero que no puede rendirle honor al Hijo de la misma manera, pues eso parece ser como honrar a Alguien que estuviera subordinado. No debemos pensar que así sea posible honrar al Padre. Es imposible. Cualquiera que se niegue a honrar por igual al Hijo, se hace totalmente incapaz de honrar al Padre.

- “Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida, nadie viene al Padre, sino por Mí” (14:6).

Pensar que la Persona y el Carácter del Padre sean menos comprensibles que la Persona y el Carácter del Hijo, denota una ignorancia peligrosa:

- “Todas las cosas a Mi me han sido entregadas de parte de Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, salvo el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mateo 11:27),

Esta es una declaración paralela con las que ya hemos estado considerando en el Evangelio de Juan. Observemos con adoración y maravillados el clamor que aquí se hace por el Señor mismo a la hora de Su repudio. El Padre es revelado por el Hijo, sin embargo no hay una revelación de ese tipo dada del Hijo en Sí, y esto por sí solo ya sería prueba suficiente de que el Hijo era igual con el Padre, y debe recibir un mismo honor. Pero, por añadidura, tenemos el hecho de que, mientras la Paternidad de Dios sea un asunto de revelación a través del Hijo, la Filiación de Cristo no se revela del mismo modo. Lo último es evidentemente un más completo misterio que lo primero, y debería acabar para siempre con todos los argumentos que razonen la relación del Padre y del Hijo desvalorizando al Hijo. Ninguno de los hechos admitidos, esto es, que Cristo fue “enviado” o que Él diga, “Mi Padre mayor es que Yo” podrán jamás alterar el explícito testimonio de Mateo 11:27 o Juan 5:23.

### **La Vivificación o Levantamiento de la Muerte**

Un relance de la estructura que ofrecimos anteriormente nos muestra que, en el versículo 24, se abre una nueva sección, gobernada por las palabras, “La hora y la voz”.

- “Aquel que escucha Mi palabra, y cree en Aquel que me envió, tiene vida eterna, y no ha de venir a condenación; sino que ha pasado de muerte a vida” (5:24).

Muchas cosas hay envueltas en el “oír” en este Evangelio. Los Samaritanos dijeron:

- “Ahora creemos...pues hemos oído de Aquel por nosotros mismos, y sabemos que este realmente es el Cristo, el Salvador del mundo” (4:42).

El “oír” es una característica de Sus ovejas:

- “Las ovejas oyen Su voz”. “Las ovejas no reconocen su voz” (del ladrón y salteador).
- “Tengo otras ovejas...escucharán Mi voz”
- “Mis ovejas oyen Mi voz” (Juan 10:3, 8, 16, 27).

Además, el oír es una característica de todos cuantos son “de Dios” (8:47), y aquellos que son “de la verdad” (18:37). Algunos, por su propia natura, no pueden, ni han de ser capaces oírla.

“Nunca habéis oído Su voz...ni habéis visto Su rostro” (5:37).

El oír se considera una prueba de disciplina.



- “Esto es muy duro de oír, ¿quién podrá escucharlo? (6:60).
- “Desde ese tiempo muchos de Sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban más con Él” (6:66).

La incapacidad para escuchar la palabra de Dios es una marca del maligno.

- “¿Por qué no podéis entender Mis dichos? Vosotros no podéis oír Mi palabra...vosotros sois de vuestro padre el diablo...cuando habla mentira, de sí mismo habla...aquel que es de Dios las palabras de Dios escucha, por tanto vosotros no las oís, porque no sois de Dios” (8:43-47).

En 5:24-25, “oír” Su palabra, y “oír” Su “voz” son intencionalmente paralelos, y ambas son maneras de referir a todos cuantos “creen”. La “creencia” aquí tiene un objetivo específico:

- “Y creído en Aquel que Me envió” (5:24).

El insistente testimonio de este evangelio es que Cristo es El Enviado, esto es lo que se entreteje con toda la verdad que en él se revela. Hay veintiocho ocurrencias de *pempo* y diecisiete de *apostello* (cuarenta y cinco al total) que hablan de Cristo siendo “enviado”. La fe que recibe vida eterna, abarca o comprende al Padre en la capacidad de Aquel Quien envió al Hijo, una declaración que no tan solo es la legítima deducción de 5:24, sino además la inspirada declaración de 1ª Juan 4:14:

- “El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo”.

Ahora debemos prestar atención a la característica especial de esta sección, la cual se pone en correspondencia con los versículos 28, 29 en la estructura.

“La hora viene, y ahora es” (5:25).

Las palabras añadidas “y ahora es”, que hallamos en la primera ocurrencia, están omitidas de la segunda. En el primer pasaje, de “los muertos” se dice que escuchan la voz del Hijo de Dios, mientras que en la segunda, “todos cuantos están en los sepulcros” han de escuchar Su voz. En el primer pasaje, todos cuantos escuchan, “vivirán”; en el segundo, aquellos que escuchan, han de “salir para afuera” (5:29). En el inicial, aquellos que viven, son todos cuantos no han de venir a condenación (5:24); mientras que en la referencia posterior, aquellos que oyen, son aquellos resucitados de la muerte, y:

- “Aquellos que han hecho lo bueno, a resurrección de vida; y aquellos que hayan hecho lo malo, a resurrección de juicio” (*krisis*) (5:29).

Es evidente, que, el primer pasaje, refiere aquellos que están espiritualmente muertos, pero, quienes, habiendo oído el evangelio, viven; mientras que, el pasaje posterior se refiere a los muertos físicamente hablando, todos cuantos deben oír Su voz; **pero no todos estos tienen por qué ser obligatoriamente salvos**, así como tampoco el escuchar la voz implique cualquier elemento de fe de parte de ellos, pues si bien sea cierto que algunos salgan a una resurrección de vida, vemos al mismo tiempo que el resto sale y se levanta a una resurrección de juicio. Hay poca o nula satisfacción que podamos descubrir entre los comentarios en cuanto al preciso significado de las palabras añadidas “y ahora es”. Así, pues, en nuestra

investigación debemos seguir la línea por nosotros mismos, y comprobar así si es que podamos aprender lo suficiente por la Palabra en sí para ayudarnos a apreciar qué es lo que comprende. Recordamos, claro está, que expresiones similares se encuentran en el capítulo cuarto, y resulta fatal ignorar estas expresiones cuando se examina el capítulo 5. En la primera, la cuestión que se levanta trata con la adoración; en la posterior, con la vida.

- (1) La hora estaba llegando (una hora futura al tiempo cuando el Salvador se sentó y habló estando reposando al borde del pozo), cuando los hombres no tendrían ya más que adorar al Padre, ni en Jerusalén ni en Samaria. Esta “hora” todavía no había “llegado” cuando Pedro y Juan subieron al templo a la hora de la oración (Hechos 3:1), y es el tipo de adoración que se ofrecía y se llevaba a cabo en Jerusalén en el momento que Cristo pronunció las palabras en 4:21, y continuó así hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era.
- (2) “La hora viene, y ahora es” tiene en vista un día cuando el verdadero adorador adora al Padre en espíritu y en verdad. No es preciso que transcurra tiempo alguno antes de esta “hora” venir a tener lugar; pues, aun mismo mientras el templo todavía se mantenía en pie en Jerusalén, los “verdaderos” adoradores podrían y efectivamente llevarían a cabo “la adoración al Padre en espíritu y en verdad”.

Hay no en tanto, y además, la posibilidad de que Juan, escribiendo su evangelio mucho después del año 70 de nuestra era, llevase a efecto y produjera el testimonio del Señor a la mujer Samaritana al día en el acto, diciendo: la hora que el Señor dijo que *estaba llegando, ya está en vigor aquí y ahora*, las palabras “y ahora es” refiriendo de ese modo la dispensación instituida a seguir al repudio y puesta de parte de Israel, la cual dispensación, se ministra en este evangelio de Juan de manera particular para “el mundo”. Paralelos para esta práctica pueden ser encontrados en el Antiguo Testamento. En Génesis 6:4, el registro nos dice: “Había gigantes en la tierra en aquellos días”, a lo cual Moisés añade las palabras que referían a su propio tiempo, “y (hubo) después de eso (del diluvio)”. De manera similar, Moisés produce y trae en evidencia actualmente la narrativa de otros variados pasajes, como en Génesis 26:33; 35:20 y 47:26, donde el nombre de *Beer-sheba*, la sepultura de Raquel, y la ley hecha por José, se relatan por Moisés a su propio día.

En los días actuales de nuestro Señor era benditamente verdad que cualquiera que en Él creyese recibía la vida, pero las palabras “y ahora es” fueron especialmente verdad cuando Juan escribió el registro, pues el mismo propósito por el cual seleccionó su material tenía en vista “la vida a través de Su nombre”. Juan 5:24, 25 es más enfáticamente verdad para el día actual en el cual vivimos al presente. Totalmente independiente de, y aparte de la dispensación del misterio, “la hora es ahora” en la cual cualquiera que crea que Jesús es el Cristo el Hijo de Dios, cualquiera que oiga Su voz y crea en Aquel que le envió, tiene vida eterna. Para ilustrarlo, ninguna oposición u objeción alguna puede contradecir el hecho bendito, de que, las palabras “Aquel que cree en el Hijo tiene vida eterna”, fueron empleadas por Dios para hacer con que el presente escritor trajera y liberase a muchos de la natura de las tinieblas hacia la luz de la vida; y la subsecuente realización de un lugar en el glorioso llamamiento del misterio, de ningún modo mitiga, cancela o altera esta simple característica o aspecto general y en vigor. Hoy en día, por tanto, ambos, tanto el ministerio de Pablo como el de Juan, ambos transcurren en paralelo; Juan teniendo consigo “al mundo” por su parroquia, y la “vida” por su gran objetivo. Pablo, el prisionero, por su lado tiene consigo al “Gentil”, en su distinción del “Judío”, a su cargo, y el mensaje de Pablo presupone al oír tener la “vida” que le guía hacia las alturas de aquel otro y supremo llamamiento que halla su esfera en los lugares celestiales, y su concreción “antes de la caída del mundo”.

En Juan 5:28 está en vista la literal resurrección, y “todos”, no “algunos”, cuantos están en los sepulcros oirán.

El lector del *Expositor de Berea* no ha de precisar más largos argumentos para probar que la Escritura enseña la resurrección de los muertos, y que cada uno vendrá a ser revestido con un cuerpo apropiado a la esfera de bendición en la cual vaya a ser introducido. Ha de haber, por tanto, una necesidad para descubrir el por qué el Señor divide, tal como ha hecho, las dos clases que van a ser levantadas. El enfático testimonio de la Escritura es, que:

- “No hay ninguno justo, ni uno solo...no hay ningún que haga lo bueno, ni uno tan siquiera” (Rom.3:10-12 Traducción del autor).

Si en este pasaje tenemos todo cuanto se haya revelado sobre el tema, entonces nuestro Señor no podría haber dicho nada denominando “aquellos que han hecho lo bueno”. Habría sencillamente la resurrección de una única clase, los condenados; todos los cuales han hecho lo malo. Pablo, en una ocasión, habló de la resurrección con las siguientes palabras, y dividió a los tales levantados en dos compañías:

- “Y tened esperanza para con Dios...que ha de haber una resurrección de la muerte, tanto de los justos como injustos” (Hechos 24:15).

Si alguno puede objetar que no haya ninguno que haga lo bueno, cualquiera entonces puede objetarle a Hechos 24 que no hay justo alguno, y que no ha de haber por tanto resurrección del justo, como tampoco de nadie que haya hecho lo bueno. ¡Tales objeciones no deben permitirse! Hay un significado escritural y justificación para todo cuanto se declara tanto por Juan como en los Hechos. ¿No es la misma epístola que enseña “no hay ninguno justo, ni uno solo”? Así es, y por tanto, aunque jamás pueda un hombre ser contado “justo” a través de cualquier mérito suyo propio, aun así, sí que puede al mismo tiempo ser llamado “el justo” al modo que puede ser justo “por fe”. Pues lo mismo sucede con respecto al “hacer lo bueno”. Efesios 2:8-10, no tan solo dice claramente que la salvación “no es proveniente de obras”; sino que igual de convictamente dice además que es “para buenas obras”. El apóstol, apenas si había escrito las palabras “no por obras” en Tito 3:5, y ahora escribe:

- “...afirmaos constantemente, que aquellos que han creído en Dios tienen que ser cuidadosos manteniendo buenas obras” (Tito 3:8 Traducción del autor).

En Juan y Hechos, la cuestión en cuanto a cómo es que estos visados pasan a ser “buenos” o “justos” no se pone; la resurrección es antes bien la del tiempo de la cosecha, cuando los hombres vengán por sus frutos a ser conocidos. Si, a través de su vida, un hombre ha proferido que ha “creído”, pero que a través de esa vida ha “practicado el mal”, la “fe” del tal hombre es una vana profesión, y en la resurrección ha de encontrarse levantado para el juicio. Si bien no esté correcto decir que el Nuevo Testamento delimite una línea diferencial entre el uso de *poieo*, “hacer”, y *prasso*, “practicar”, es correcto por otro lado decir que *poieo* se emplea en este evangelio doce veces del Padre y el Hijo, y una de todos cuantos “han hecho lo bueno”. *Prasso* se utiliza tan solo dos veces, ambos pasajes refiriendo al “hacer lo malo” (3:20; 5:29), y *prasso* se distingue de *poieo* en que, si bien *poieo* signifique “hacer”, “edificar”, “hacer”, *prasso* tan solo se emplea de actos, una línea de conducta, una práctica corriente.

CAPÍTULO 6  
El Vínculo entre la Tercera y Cuarta Señal  
La Igualdad del Hijo con el Padre

Habiendo pospuesto la examinación de los diferentes pasajes que hablan de “juicio”, “condenación” o “culpa”, ahora vamos a examinar las restantes subdivisiones de esta sección, 5:26, 27 y 5:30. La referencia última cierra la sección, y se halla en directa correspondencia con el miembro de apertura (5.1)).

A 5:19. Nada de Sí Mismo	<b>a</b> El Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo.
<i>Lo que ve Él hacer</i>	<b>b</b> Lo que ve al Padre hacer.
	<b>b</b> aquellas cosas que Él hace.
	<b>a</b> Estas mismas cosas hace de igual modo el Hijo.

\*\*\*\*\*

A 30. Nada de Sí Mismo	<b>a</b> Yo no puedo hacer nada por Mí Mismo.
------------------------	---

*Lo que oigo*

**b** Según escucho, así juzgo.

**b** Mi juicio es justo.

**a** No Mi propia voluntad, sino la Suya.

Los versículos 26, 27 están en correspondencia directa con 21-23.

C 21-23 *La igualdad  
del Hijo*

**c** Porque así como...así...resucito y vivifico

**d** *Krino...krisis*. Juicio

**e** El Hijo enviado.

\*\*\*\*\*

C 26, 27 *La igualdad  
Del Hijo*

**c** Porque así como...así...vida en Sí Mismo

**d** *Krisis*. Juicio

**e** El Hijo del Hombre.

Hay tres puntos aquí que reclaman nuestra atención:

- (1) El doble título “El Hijo de Dios” y “El Hijo del Hombre” (25, 27).
- (2) El reclamo, que, al Hijo, le ha sido otorgado tener “vida en Sí Mismo”.
- (3) El énfasis que se pone y recae sobre el “juicio”.

Resumiendo, el propósito principal que Juan tiene en vista, dice:

- “Estas están escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida a través de Su Nombre” (20:31).

Es por tanto la propia esencia de la enseñanza de este evangelio que nos obliga a procurar entender lo que implica en sí este título “Hijo de Dios”. En primer lugar examinemos la vía en la cual habla Juan de Cristo bajo el título “Hijo”. La primera referencia es crítica, pues asienta el límite al título y gobierna cada una de las demás referencias.

“El Hijo unigénito” (1:18).

El significado de “unigénito” se deja claro en el versículo catorce, pues tan solo cuando “la Palabra” se hace “carne” y *tabernácula* entre nosotros es que la peculiar gloria Suya como *el unigénito* del Padre puede contemplarse. *Monogenes* se emplea también de los hombres y mujeres comunes en Lucas 7:12 “el hijo *único*”, 8:42 “una hija *única*”, 9:38 “mi *único* hijo”. Se emplea hablando de Isaac, el “unigénito Hijo” de Abraham (Hebr.11:17). Así, pues, si bien que tanto Lucas como Pablo utilicen la palabra *monogenes* hablando de la filiación natural, tan solo Juan es el único escritor que emplea la palabra referida de Cristo (1:14, 18; 3:16, 18; 1ª Juan 4:9), y es evidente que lo hizo así para reforzar enfatizando el verdadero significado que se entiende en Juan 20:31.

El título “Hijo de Dios” aparece en este evangelio once veces, pero en una o dos referencias se añaden algunas cosas que iremos observando a medida que vayamos progresando.

- “Yo lo vi, y doy testimonio que éste es el Hijo de Dios” (1:34).

- “Tú eres el Hijo de Dios” (1:49).
- “El nombre del unigénito Hijo de Dios” (3:18).

La última referencia nos da la primera ocurrencia con una adición, y además la primera ocurrencia del testimonio propio de Juan. La intención del apóstol es asegurarse que no separemos el título “Hijo de Dios” del “unigénito”. Juan el Bautista y Natanael ya habían dado sus testimonios, y ahora Juan añade el suyo. Iremos observando la importancia de esta adición a medida que vayamos progresando.

“Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios” (5:25).

“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (6:69).

Aquí tenemos el testimonio de los discípulos, y se encuentran dos títulos añadidos. *El Cristo*, así reconocieron los discípulos al Salvador, como el Mesías; además le reconocieron como el Hijo del Dios “viviente”, una declaración que debe aguardar por una más plena examinación.

- “Crees tú en el Hijo de Dios” (9:35).
- “¿...porque dije, Hijo de Dios soy?” (10:36).
- “Para que el Hijo de Dios sea glorificado” (11:4).
- “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (11:27).

Esta última es la declaración de Marta al reclamo del Señor hacia el título “Yo soy la Resurrección, y la Vida” (11:25).

- “Los Judíos le respondieron: Una ley tenemos, y por nuestra ley es digno de muerte, puesto que se hace a Sí Mismo el Hijo de Dios” (19:7 R.V.).
- “Que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (20:31).

El título “Hijo del Hombre” aparece en este Evangelio doce veces (1:51; 3:13, 14; 5:27; 6:27, 53, 62; 8:28; 12:23, 34; 13:31).

La declaración del Señor concerniente a los ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre se refiere evidentemente a la futura Mediación de Cristo, vinculando el cielo y la tierra por Su Propia doble natura siendo el Dios-Hombre. Ya hemos disertado sobre la declaración que se hace en 3:13 “el Hijo del Hombre que está en el cielo”; su reclamo a la Deidad no puede tomarse a la ligera y omitirse. Siendo el Hijo del Hombre, bien puede ser “levantado”, “juzgar a todos los hombres”, “otorgar la vida eterna”, dar Su “carne y sangre”, “ascender donde Él estaba anteriormente” y “ser glorificado”.

Hay dos actos cometidos por algunos cristianos ortodoxo que han causado un gran perjuicio, pues, queriendo extender sus brazos para salvaguardar sujetando el arca de Dios, han separado de sus asociaciones escriturales del “unigénito”, “La Palabra hecha carne”, el título “El Hijo de Dios”; y donde las Escrituras emplean “la Palabra” o “la Imagen” lo dan a entender como si dijera respecto de un título perteneciente a los tiempos de la pre-encarnación. Esto ha producido una expresión en moda totalmente carente de sentido, “las eternas generaciones del Hijo”, lo cual se contradice y no puede mantenerse por 20:31. Por otro lado, el título “Hijo del Hombre” se relega de ese modo al medio de la carne, a pesar de que, de hecho y verdaderamente, sea un título profético del Antiguo Testamento. No ven que, el reclamo del Señor de ser el

*Hijo del Hombre* en respuesta a la pregunta “¿dinos si eres Tú el Cristo *el Hijo de Dios*”, en vez de apaciguar la ira de los Judíos, la enardeció hasta el colmo.

- “Aquel que habla blasfemia...es culpado de muerte” (Mateo 26:65-66).

El título Hijo de Dios tiene mucha afinidad con la humanidad del Salvador, y el título Hijo del Hombre tiene mucho dentro que enfatiza Su Deidad. Tal cosa sería una anomalía, si es que el Señor fuera alguien como nosotros propios. Pero confesamente grande es el misterio de la piedad, “Dios fue manifiesto en la carne”, y si al mismo tiempo que es el Hijo nacido, el Hijo ofrecido, sigue siendo además el Dios Fuerte (Isaías 9:6), entonces el misterio no es tanto un asunto de fe, por mucho que trascienda nuestra habilidad para comprenderlo. Además, este no es un asunto de propositiva mistificación, o la ocultación de ignorancia por el uso de palabras refinadas al oído, sino que está en completo acuerdo con, y en pleno reconocimiento de, las limitaciones impuestas por Mateo 11:27, un pasaje que demanda la misma implícita aceptación que cualquier otra parte de la Sagrada Escritura.

Nos queda el título sin otra cualquier definición que la del artículo “El Hijo”. Este título aparece en el evangelio de Juan dieciocho veces, y debe ser considerado como abarcando la totalidad. Se refiere al Salvador visto como “El unigénito del Padre”, “El Hijo de Dios” y “El Hijo del Hombre”. Esta indagación de las distinciones de estos títulos filiales nos revela la intención del escritor de este evangelio, por lo que debemos aquí observar la vía en la cual se utilizan estos títulos. Las referencias a “El Hijo” en este pasaje se delimitan por las palabras “de Sí Mismo” y “en Sí Mismo”. “El Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo, sino lo que ve hacer al Padre”. La última literalmente dice: “Así como el Padre tiene vida en Sí Mismo; así le ha otorgado al Hijo tener vida en Sí Mismo”. “De Sí Mismo; “En Sí Mismo”. Aquí hay cosas profundas que van más allá del alcance del hombre. En la primera, tenemos aquella más bendita abnegación de uno mismo que forma el tema de Filipenses 2:7: Él “se despojó a Sí Mismo” (en las Versiones Inglesas: “Se hizo en Sí Propio de nula reputación” y “Se vació a Sí Mismo” todas son excelentes traducciones) tomando la forma de un siervo. Esto corresponde con la declaración condeciente, que el Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo. El propio hecho de que la Escritura nos diga que “Él se despojó” a Si Propio, con eso nos revela que poseía algo que voluntariamente abandonó en el momento que se hizo “carne”, en el instante que “aparece en la forma como un hombre”. Siendo la “Palabra” en el principio, Él tiene “vida en Sí Mismo” (1:4) “en Él estaba la vida”.

Así, pues, cuando leemos que el Padre le había dado al Hijo la vida en Sí Mismo, o que Él tenía poder tanto para poner Su vida como para volverla a tomar de nuevo, suponía venir a ser recibido en Su esfera, aquella que era la Suya propia. En el principio Él tenía la vida en Sí Mismo. Antes que el mundo existiese Él ya compartía la gloria con el Padre, y cuando habló de Su ascensión, no era a parte alguna sino ascender a “donde estaba Él primero”. Había sido “el Padre viviente” que le envió (6:57). Él era el Hijo del “Dios viviente” (6:69). Él vino a fornecer el “agua viva” (4:10); Él Propio era “el pan de vida” (6:51), y “vida a través de Su nombre” es el propósito del evangelio. Además, Sus gloriosos títulos incluyen esta vida en muchas maneras. Él es “el pan del cielo” (6:35, 48), Él es “la resurrección y la vida” (11:25); Él es “el camino, la verdad y la vida” (14:6); “Yo he venido para que tengáis vida” – este es el sumario de Su comisión (10:10). La vida que aquí se ofrece es la necesidad fundamental de todos los hombres y mujeres, sean Judíos, Gentiles, o Iglesia de Dios; tanto si pertenecen al llamamiento terrenal, al país celestial, o a la posición del cuerpo Único “por encima de todo”. “Vida a través de Su Nombre” y ese nombre “el Cristo, el Hijo de Dios” pertenece a todos los llamamientos y dispensaciones. Cualquier atentado que limite el Evangelio de Dios al “Reino” es contrario al testimonio expreso del propio libro en sí. Ahora vamos a dirigir nuestra atención a las referencias al “juicio” que son una característica de esta sección. La siguiente es la

disposición de *krino* y *krisis*. Para que pueda ser fácilmente seguida, retendremos la traducción de la Versión Autorizada:

- A **a** 22. El Padre no juzga a nadie, *krino*.  
**b** 22. Todo juicio ha sometido al Hijo, *krisis*.  
B **c** 24. Ninguna condenación para aquellos que creen, *krisis*.  
**d** 27. Siendo el Hijo del Hombre, ejecuta el juicio, *krisis*.  
**c** 29. Resurrección de condenación, *krisis*.  
A **a** 30. Aquello que oigo, así Yo juzgo, *krino*.  
**b** 30. Juicio, justo, no procure mi propia voluntad, *krisis*.

*Krisis* significa juicio, pero no necesariamente un juicio que acabe en condena, tal como puede probarse por muchos pasajes (Mat.23:23). Si bien que *krisis* pueda significar y signifique también condena, tal como otro pasaje en este capítulo nos deja ver claro: “la condenación del infierno” (23:33), y no permite que se tome a la ligera. El creyente está exento de *krisis*. “No vendrá a condenación” (5:24), y esto está en correspondencia con el destino de aquellos que han “hecho lo malo”, pues van a ser resucitados a una “resurrección de condenación”, no meramente a una resurrección para el juicio de sus servicios. Venir a saber que todo juicio se ha encomendado en las manos de Cristo *porque Él es el Hijo del Hombre*, es algo que nos llena el corazón de júbilo y gratitud. El juicio del Dios Invisible, debe ser y ha de ser justo; ¿Si el Padre se hubiese reservado todo el juicio para Sí Propio, o si se lo hubiera encomendado al Espíritu Santo, quién sería el necio que se lo reprocharía? Sin embargo, el Dios Fuerte condescendió y se rebajó al hombre y su estado. Para el pecador que procura, existe el Único Mediador, “el Hombre Cristo Jesús”; para el creyente en oración, se sienta a la diestra en la altura Uno Quien no es indiferente al sentimiento de nuestras debilidades; para los condenados propiamente, se provee un Juez Quien anduvo por este valle de lágrimas, Quien conoce bien lo que significan las tentaciones, Quien sufrió a manos de hombres, y Cuyo juicio es justo. Cuan inadecuadas son nuestras palabras para explicar o mismo indicar el camino de verdad.

### **El Testimonio del Señor y del Bautista (5:31-36)**

En la primera mitad de esta gran sección, no sobresale cualquier evidencia que el Señor apele. Él reclama que tanto ve como escucha al Padre, que a Él, se le ha dado la vida en Sí Mismo; que la resurrección de la muerte, la salvación de aquellos que creen, y el juicio de todos le fue depositado en Sus manos. Solo entonces el Señor se vuelve a la evidencia, y en primer lugar habla de Su Propio testimonio. La Versión Autorizada dice:

- “Si Yo porto testimonio de Mí mismo, Mi testimonio no es verdadero” (5:31).

Parece casi imposible creer que esta versión esté correcta en este punto (N.T. en la Reina Valera sucede lo mismo). Si el Señor hubiese alguna vez dicho realmente, “Mi testimonio NO ES VERDADERO”, entonces nuestra propia salvación se encontraría en grave peligro. Los Fariseos dijeron literalmente de Cristo lo siguiente:

- “Tú portas un registro de (proveniente de) ti mismo; Tu registro no es verdadero” (8:13)

Y en respuesta a esta acusación, el Salvador dijo:



- “*Aunque* Yo porte conmigo registro de Mí Mismo, sin embargo Mi registro ES VERDADERO” (8:14).

Suponiendo que admitimos, de momento, que la traducción de la Versión Autorizada de 5:31 estuviera correcta, ¿dónde nos llevaría? Cristo continúa, diciendo “Hay otro que porta testimonio de Mí; y Yo sé que el testimonio que de Mí testifica es verdadero”. Ahora bien, tanto si esto se refiere al Padre, como parece ser lo más probable, o, como algunos piensan, a Juan el Bautista, en cualquier caso, el testimonio de nuestro Señor sería una estulticia, pues, de acuerdo a la Versión (Y en la Reina Valera se da el mismo malentendido), el testimonio de alguien que no haya sido además aportado por un tercero era inadmisibile. Una vez más, ¿qué provecho tendría para el Señor haber dicho:

- “El Padre Mismo, que Me ha enviado, Él aporta testimonio de Mí. Vosotros ni escucháis Su voz jamás, ni veis Su rostro?” (5:37).

Este testimonio, necesariamente, vendría a “no ser verdad” si es que se admite la Versión autorizada del versículo 31. Además, las personas estarían justificadas si recusasen creer cualquiera de las declaraciones que el Hijo de Dios haya hecho y que no sea corroborada por otro. Cualquiera podría desacreditar el testimonio que se ha dado en los versículos 17-29. ¡No! La Versión Autorizada no está correcta y el versículo debería traducirse así:

- “Aunque Yo porte testimonio de Mí Mismo, ¿no es verdadero Mi testimonio?”

*Ean*, la condicional “si” algunas veces es concesiva, y requiere la traducción “aunque”, tal como en 1ª Corintios 13:1, 2, 3. No hay diferencia en las palabras actuales tanto si la frase es una declaración de hecho o si es que esté haciendo una pregunta. En la parábola del mayordomo injusto hay varios ejemplos sobre la necesidad de observar y tener en cuenta este caso. La Versión Autorizada se leería como si el Señor enseñase actualmente a Sus discípulos a copiar el mal ejemplo de este hombre injusto, pero su verdadera traducción es:

- “¿Os he dicho (por acaso) Yo que os hagáis amigos del *mammon* de injusticia?”

Y la respuesta obvia que conlleva es “NO” (Lucas 16:9). En el antecedente de la pregunta del Señor en 5:31, y la declaración de los Fariseos de 8:13, está el testimonio de Moisés:

- “No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación a cualquier ofensa cometida. Solo por testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación” (Deut.19:15).

Esto se repite con ligeras modificaciones en Deuteronomio 17:6, y Números 35:30. Pero la cuestión en la ley de Moisés fue una acusación contra el hombre, que, si viene a probarse, envuelve la pena de muerte, y siempre que se dé la posibilidad del hombre ser hallado culpable de dar falso testimonio contra su prójimo, la justicia debe salvaguardarse en esta manera. No deja de ser una mala aplicación de esta ley, no en tanto, que se atreva a desacreditar el testimonio personal del Hijo de Dios. Esta ley se refiere en Mateo 18:16, 2ª Corint.13:1, y Hebr. 10:28, si bien que la credibilidad de la evidencia esté fuera de cuestión. Sin embargo el

Salvador hace muchas concesiones para con las debilidades de los hombres, pues el amor sobresale por encima de todo cuanto sea de obligación legal. Por ejemplo:

- “Y Jesús levantó Sus ojos, y dijo, Padre, Yo te doy gracias porque siempre Me oyes. Y bien se Yo que Tu siempre Me escuchas; *pero lo he dicho por causa de la gente que está aquí*” (11:41, 42).

Hay más cosas en este pasaje que este elemento de concesión, pero debemos aguardar hasta que tengamos delante el capítulo en exposición. Otro ejemplo se halla en 12:28-30:

- “Esta voz no ha venido por Mi causa, sino *por vuestra causa*”

Volviendo ahora al capítulo 5, observamos remarques del Señor que corren por líneas similares:

- “Pero Yo no recibo testimonio de hombre alguno; sino que estas cosas os digo, para que (podáis ser) seáis salvos” (5:34).

Él no precisaba testimonio alguno del hombre, sin embargo, reconoció perfectamente el testimonio aportado por Juan el Bautista y procuró que recayese sobre las conciencias de los oyentes. En el versículo 31 por tanto no dudamos en traducir las palabras del Señor tal y como hemos hecho encima.

- “Hay otro que da testimonio de Mí; y Yo sé que el testimonio con el cual de Mí testificó es verdadero” (5:32).

¿De quién está hablando el Señor? ¿Quién es el “otro”? Observemos que el versículo siguiente habla de Juan el Bautista, sin embargo la disposición del sujeto principal le da mucho peso a la interpretación que muchos le dan, afirmando que el versículo 32 se refiere al Padre.

- “*Allos*” (“otro”), por la coherencia interna del discurso, puede que no sea otro sino el Padre, de Quien tanto se ha dicho en la primera parte...modos similares de alusión al Padre aparecen en el capítulo 8:50, 54; vea además el capítulo 8:18 y Mateo 10:28” (Alford).

La referencia Juan 8:18 dice:

- “Yo soy Uno que porta testimonio de Mí Mismo, y el Padre que me envió porta testimonio de Mí”.

Este testimonio era todo lo necesario, sin embargo, por causa de los hombres y para que pudiesen ser salvos, el Señor refiere además el testimonio de otros.

### **El Testimonio de Otros (5:32-47)**

A 32-36. El testimonio de Juan el Bautista “concerniente a Mí”

*Ho marturion peri emou*

B 36-38. El Padre. El Enviado. “Vosotros no creéis”

A 39, 40. El testimonio de las Escrituras “concerniente a Mí”

*Hai marturousai peri emou*

B 41-44. El Padre. El que viene en su propio nombre “¿Cómo podréis creer?”

A 45-47. El testimonio de Moisés “concerniente a Mí”

*Peri emou egrapsen*

Aquí el Señor está refiriendo los tres formidables testigos para con Él Propio. Juan el Bautista, las Escrituras en general, el testimonio de Moisés; en cada caso apelaba el testimonio de ese modo para ser acepte por los Judíos.

- *Juan el Bautista*, “vosotros os quisisteis regocijar en su luz por un breve espacio de tiempo”.
- *Las Escrituras*, “en ellas os parece que tenéis la vida eterna”.
- *Moisés*, “en quien vosotros confiáis”. Una evidencia de este calibre, si bien de ella nuestro Señor no precisase, no debería ser repudiada por los Judíos sin ocasionar e incurrir en grave peligro.

Volviendo al testimonio de Juan, examinemos los versículos 33-36 con más cuidado.

A 33.       **a** Vosotros enviasteis mensajeros a Juan.

**b** Él dio testimonio de la verdad.

B 34.       **c** Pero Yo no recibo testimonio de hombre alguno

**c** mas digo esto para que vosotros seáis (o podáis ser) salvos.

A 35.       **b** Él era antorcha que ardía y alumbraba

**a** vosotros quisisteis regocijaros...en su luz.

B 36.       **c** Mas Yo tengo mayor testimonio que el de Juan.

- “Vosotros enviasteis mensajeros a Juan”. Esto se refiere al registro anterior:
- “Este es el testimonio de Juan, cuando los Judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú quién eres?” (1:19-28).

Ya hemos observado la vía en la cual se introduce el testimonio de Juan el Bautista en el prólogo (1:1-18):

- “Hubo un hombre enviado de parte de Dios, cuyo nombre era Juan, Este vino para dar un testimonio” (1:6-7).
- “Juan aporta testimonio de Él” (1:15).

De nuevo (1:29, 36), Juan el Bautista testificó dos veces que Jesús era el Cordero de Dios, y explicó que el principal objetivo de este bautizo era el reconocimiento del Hijo de Dios. El Señor confrontó a Sus enemigos con el testimonio del Bautista para vergüenza de ellos, aunque esto no esté registrado en Juan.

- “El bautismos de Juan, ¿era del cielo, o de hombres? Y ellos murmuraban entre sí, diciendo, Si decimos, Del cielo; nos dirá, ¿y por qué entonces no le creísteis? Pero si le

decimos, De hombres; tenemos miedo del pueblo; pues todos consideraban a Juan como un profeta” (Mat.21:25-26).

Después de la primera referencia al testimonio de Juan, leemos: “Él no era la Luz, sino que fue enviado para dar testimonio de dicha Luz” (1:8), mientras que en 5:35 leemos, “Él era antorcha que ardía y alumbraba”. Él no era la tal Luz ¡sin embargo era una luz! No hay aquí contradicción alguna. Las palabras traducidas “Luz” son diferentes. En 1:4, 5, 7, 8, 9 es *phos*, al tiempo que en 5:35 es *luchnos*.

- “*Phos* es luz, lo opuesto de tinieblas, luz original sin derivación, absoluta; de ahí, la luz del sol o del día, utilizada por tanto de Dios, Quien es luz”. “*Luchnos*, es una antorcha o lámpara de mano alimentada con aceite; (no un candelabro.) De ahí que se emplee de los hombres, cuya luz se enciende por un tercero, arde durante un tiempo, y finalmente se extingue. Vea Juan 5:35” (Dr. E.W. Bullinger, *Léxico y Concordancia*).

Así como Juan era “la Lámpara” en relación a Cristo “la Luz”, así, por comparación del primer versículos con el veintitrés del capítulo 1, aprendemos que Juan era “una voz” en relación a Cristo “la Palabra”. Una lámpara que arde, para que la Luz brille, una voz que habla, para que la Palabra sea oída; tales son las características del verdadero servicio tan preminente como el de Juan el Bautista. Los Judíos “quisieron regocijarse por un tiempo” en esta luz, consecuentemente, deben haber oído y conocido el testimonio definitivo hacia el Salvador dado por Juan.

- “Yo soy una voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor” (1:23).

Todos le escucharon decir:

- “Aquel que viene tras mí, es antes de mí...porque Él era antes de mí” (1:27-30).

Todos sabían que él había dado el testimonio:

- “Este es el Hijo de Dios” (1:34).
- “Él debe crecer, pero yo debo menguar. Aquel que viene de arriba (cielo) está por encima de todos (3:30, 31).

En este testimonio “ardiente y brillante” quisieron los Judíos regocijarse por un tiempo. Consecuentemente, la referencia del Señor al testimonio del Bautista afectó en el punto, pues Sus reclamos en el capítulo 5 fueron después de todo el legítimo resultado de los condecentes de Él por el precursor. Por implicación, Él era “Señor” (1:23). Por el positivo testimonio, Él era “el Hijo de Dios” (1:34), y Él era “del cielo” (3:31). A pesar del claro testimonio, el Señor dijo: “Pero Yo tengo mayor testimonio que el de Juan”. Este “mayor testimonio”, debe ser realmente muy grande, pues nos lleva más en frente y nos confirma más profundamente en el testimonio que ya ha sido ofrecido.

### **El Más Grande Testigo (36-38)**

Ya hemos visto algo de la natura del testimonio de Juan el Bautista, y cuán lejos dicho testimonio habría llevado a los Judíos si lo hubiesen creído. Ahora vamos a ver algo “más grande” o “mayor”.

## El Mayor Testimonio

A 36. OBRAS. Externas.

B 36, 37 a Testimonio.

b El enviado del Padre

b El Padre que Me envió

a Testimonio.

B 37 a Nunca habéis oído

b Su voz.

a Ni habéis visto.

b Su rostro.

A 38. PALABRAS. Interna.

Como en cada transacción humana, son precisas dos partes para completarla. Nadie puede ser un vendedor si es que no haya un comprador. La Verdad ha de ser “dura de ser *proferida*” siempre y cuando “los oídos sean duros de *oír*” (Hebr.5:11). La evidencia externa de las “obras” que el Hijo de Dios había sido enviado por el Padre a finalizar, fue una “evidencia” tan solamente para quienes poseían habitando en ellos Su Palabra. Este hecho se ejemplifica en el onceavo capítulo de Mateo: “Volveos, y hacedle saber a Juan estas cosas que oís y veis” (4).

Este apelo a los milagros no habría respondido a la pregunta del Bautista si no tuviera la Palabra de Dios habitando en él. En Juan 5, sin embargo, debemos mirar por encima de los milagros, “las obras”, con el fin de que podamos incluir “la obra” que el Salvador vino a “finalizar”. En 4:34, el Señor dijo:

- “Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que Me envió, y que acabe Su obra”.

En 5:36, Él habla de:

- “Las obras que el Padre me dio para finalizar”
- “Las obras” eran la evidencia de que *Él había sido enviado* por el Padre, la “obra” era para la cual el Padre *Le había enviado que hiciera*
- “Si no llevo a cabo las obras de Mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, aunque en Mí no creáis, creed a las obras” (10:37, 38).

Que las “obras” incluyen los milagros está muy claro según 7:21, donde la relación entre “las obras” y “la obra” nos arroja mucha luz sobre el propósito de los milagros. Si en estos milagros tan solo vemos exhibiciones del poder, entonces estamos del lado con la multitud incrédula y necia, pero si vemos que en ellos había los “poderes del mundo venidero” (Hebr.6:5), así como además una “confirmación” de la fe de los discípulos (Hebr.2:3), entonces el significado interno se nos vuelve muy claro, y su principal objetivo es alcanzado. El primer milagro individual registrado en los Evangelios, es la sanidad o lavamiento de un leproso (Mateo 8). Este milagro se debió ciertamente al poder Divino, fue además una bendita señal para el pobre leproso en sí, pero fue más cosas. Fue un acto simbólico, prefigurando una de las muchas bendiciones resultantes de “la obra” que el Señor había venido a cumplir, al tiempo que Israel venga a ser salva, limpia y engalanada para ser acepte. La sanidad de ciegos, los sordos y los mudos, el levantar de los muertos y la

alimentación de las multitudes, todo esto presagia bendiciones espirituales posteriores que “la obra” ha de asegurar.

El apelo, en esta sección, es al “testimonio”; sin embargo el testimonio puede ser de varias clases. Algunos pueden ser de pequeño o nulo valor debido a la incapacidad de los oyentes para apreciar el verdadero valor. *Martureo* “portar testimonio” aparece siete veces en el discurso, y *marturia* “testimonio” en sí cuatro veces. Hay el testimonio del Propio Señor en Sí (5:31), y el de Juan (5:32, 33). El testimonio mayor que el de Juan, al cual apelaba el Salvador, era doble: las obras (5:36), y el testimonio del Padre (5:37). Ahora bien, las obras pueden ser “vistas y oídas”, estas eran “mayores” que el testimonio de Juan, pues “Juan no hacía milagros” (10:41). Todo esto, sin embargo, era subsidiario comparado con la mayor de todas las evidencias, la evidencia que aporta el Padre en Sí Mismo. Esto, sin embargo, no debería ser fácil manifiesto a los hombres, así como tampoco el testimonio de Juan el Bautista o la evidencia de los milagros.

- “Vosotros nunca habéis oído Su voz, ni habéis visto Su rostro” (5:37).

¿Cómo debemos entender estas palabras? ¿Serán un comentario acerca de las limitaciones de la criatura tal como en 1:18, “Nadie ha visto jamás a Dios”? ¿O, son abjuradoras, es decir, indicando algún elemento de *malagana* de parte del oyente? Si citamos las palabras de nuestro Señor, como se puntúa por la Versión Autorizada, y olvidamos que los versículos 37 y 38 forman la frase completa, entonces habremos malgastado probablemente demasiado tiempo tratando con lo que es más que obvio, la invisibilidad de Dios, pero si tomamos el encargo como un todo, veremos que el Señor introduce un elemento de responsabilidad en estas palabras, y por tanto la “invisibilidad” de Dios no puede ser Su primario significado, pues nadie es responsable por la natura del Dios Padre ni por las limitaciones asentada por Su lugar apropiado en la creación.

“Vosotros nunca habéis oído Su voz en tiempo alguno, ni visto Su rostro, y no tenéis Su palabra habitando en vosotros; pues a quien Él ha enviado, a Éste vosotros no creéis” (5:37, 38 traducción del Autor).

Ya hemos visto puestas “la voz” y “la palabra” en alternancia (5:24, 25), y esto aquí debe ser tenido en cuenta. El testimonio externo de Juan el Bautista y los milagros estaban desprovistos de significado y valor, si es que todos cuantos los veían y oían no tenían consigo morando la palabra de Dios. El repudio de Israel de su Mesías no se debió a la escasez de evidencias externas, sino debido a que no estaban preparados internamente. Habían repudiado las Escrituras, aun cuando en lo superficial pareciera que las veneraban, y por tanto todos los demás testimonios carecían de valor. Aun mismo a los propios discípulos les llevó un largo espacio de tiempo hasta darse cuenta que el Padre se había manifestado en la Persona del Hijo, y que las obras que el Hijo cumplía eran actualmente producidas por la investidura del Padre (14:9-11). Bloomfield siente que la intención del Salvador se expresa de la manera siguiente:

- “Pero es tan ínfimo propósito que yo apelo al alto testimonio (el testimonio de Dios a través de los Profetas del Antiguo Testamento); (porque) vosotros nunca habéis oído Su voz al punto de asimilarla, ni visto Su gloria al punto de reconocerla”.

Según la acusación posterior que el Apóstol Pablo le hizo al Judío, leían las Escrituras del Pacto Antiguo con una venda en sus corazones (2ª Cor.3:15), o como Esteban acuso a sus conciudadanos:

- “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores” (Hechos 7:51, 52).

De igual manera como se relaciona “Su voz” y “Su rostro”, no tan solo a la transcendental natura del Dios Padre como también al medio de Su manifestación, las Escrituras (Juan 5): así también la resistencia del “Espíritu Santo” por el Sanedrín se conecta íntimamente con la persecución de los “Profetas”. Una vista de ojos a la estructura nos servirá una vez más de provecho.

Para asegurar que tales milagros sean evidencias y no meramente maravillas y exhibiciones de poder, las obras que son *externas*, dependen sobre la palabra que es *interna*, y la verdad en este particular es verdad en general. No podemos creer o apreciar la alta enseñanza de Efesios, simplemente porque podamos leer la página impresa, o mismo construir una frase griega. Pablo lo sabía, y por eso, después de la básica revelación de Efesios 1:3-14 vuelve de nuevo a orar, y esa oración tiene que ver con “reconocimiento” por su respuesta.

La mera posesión de las Escrituras no es garantía de iluminación, tan solamente a medida que sean empleadas para guiar a Cristo se vuelven sus luces visibles. Esto lo veremos en la sección que trata particularmente con las Escrituras y Cristo.

### **El Testimonio de las Escrituras (39-47)**

Bajo el encabezado del “testimonio” ya hemos visto que el Señor da el Suyo Propio (5:31) primero, y a seguir condesciende apelando al de terceros (5:32-47). También hemos ido considerando el testimonio de Juan el Bautista y el testimonio *mayor* del Padre (5:33-38). Ahora vamos a ver el testimonio que nos resta, el cual es independiente de los accidentes de tiempo y lugar, y además puede consultarse y escudriñarse siempre y cuando su testimonio sea necesario, esto es, las Escrituras. La sorprendente característica de toda esta sección (5:33-47), es el triple énfasis que se pone sobre el hecho, de que, este testimonio, fue “concerniente a” Cristo.

A 33-36. Juan el Bautista “concerniente a Mí”.

A 39, 40. Las Escrituras “concerniente a Mí”.

A 45-47. Moisés “concerniente a Mí”.

Retomamos nuestro estudio en el segundo de estos testimonios, las Escrituras. “Escudriñad las Escrituras”. Si bien que en la mayoría de las áreas, el lenguaje griego, sea mucho más específico y sobrepase en exactitud al nuestro propio, porque tanto el tiempo, como el modo, número y persona, todo puede generalmente en el griego ser reconocidos por el prefijo, sufijo, u otras marcas; hay no en tanto en dicho clásico lenguaje también unas cuantas ocasiones donde la palabra en sí no puede asentar la cuestión respecto del modo o el caso y en los tales casos hay que recurrir, apelar al contexto. Esto es precisamente lo que sucede con la frase que tenemos delante. ¿Debemos, o bien, entender con la Versión Autorizada, “*Escudriñad* las Escrituras” como teniendo consigo un mandamiento, y considerar así *ereunate* como

*imperativo*? ¿O bien tenemos que entender con la Versión Autorizada, “Vosotros *escudriñáis* las Escrituras” y lo consideramos así como el *indicativo*?

J.N. Darby traduce “vosotros escudriñáis las Escrituras”, y pone una nota al rodapié “O escudriñad”; pero en este caso es un mandamiento, es un apelo. No tiene mucho provecho, por tanto, que listemos los nombres de comentaristas, pero una larga lista de grandes comentaristas de renombre y autoritarios podríamos exhibir para cada una de las lecturas, los cuales, se cancelan su autoridad los unos a los otros, dejando el asunto todavía en abierto para investigación personal. Si observamos el contexto, veremos que el Señor ha hecho una serie de declaraciones, en las cuales, el testimonio de Juan se compara con el testimonio de las Escrituras.

### Juan el Bautista

“Vosotros enviasteis a Juan”

“Vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz”

“Juan... aporta testimonio a la Verdad”

### Las Escrituras

“Vosotros escudriñáis las Escrituras”

“Vosotros creéis que en ellas tenéis la vida eterna”

“Ellas son las que de Mí testifican”

El hecho que el Señor añadiese “en ellas *os parece* que tenéis la vida eterna” no debe olvidarse. El verbo *dokeo* aparece siete veces en el Evangelio de Juan, y en ninguna de estas ocurrencias significa o quiere decir *certeza*. Si el lector permite la traducción “imagine” en estas siete referencias, no dejará de comprender la necesidad por la lectura adoptada por la Versión Revisada, “Vosotros escudriñáis”, en lugar de la que encontramos en la Versión Autorizada.

### Dokeo

“En ellas vosotros *os imagináis* que tenéis la vida eterna” (5:39).

“No *os imaginéis* que Yo voy a acusaros” (5:45).

“Ellos *se imaginaron* que se refería... estar dormido” (11:13).

“¿Qué *os imagináis*, que Él no ha de venir?” (11:56).

“Algunos de ellos *se imaginaron*, pues era Judas quien tenía la bolsa” (13:29).

“*Se imaginan* que presta un servicio para Dios” (16:2).

“Y ella, *imaginándose* que era el hortelano” (20:15).

Sin que deje de ser cierto que, “escudriñar las Escrituras”, sea una de las más importantes obligaciones, y que no debemos desaprovechar oportunidad alguna de influenciarla a terceros, aun así, no debe olvidarse, que, nuestro Señor, estaba dirigiéndose a hombres que *realmente* escudriñaban las Escrituras, y se sentían orgullosos tanto de sus escrupulosos cuidados como de su infatigable labor. El problema se daba, no porque el Judío descuidase el estudio de las Escrituras, sino porque no se aproximaba de Aquel concerniente con Quien las Escrituras testificaban. Los Evangelios son muy claros en este punto. Cuando Herodes demandó de los levitas y sumos sacerdotes el lugar donde debería nacer el Cristo, sus respuestas fueron inmediatas y exactas: “En Belén de Judea, pues así está escrito” (Mateo 2:5), sin embargo, ninguno de ellos fue a verlo o adorarlo. Cuando el propio Salvador los desafió diciendo: “¿Qué pensáis vosotros de Cristo, de Quién es Él el Hijo?” ellos le respondieron sin vacilaciones, “El Hijo de David”; sin embargo, cuando posteriormente quería que reconociesen que Él era tanto el Señor de David como el Hijo



de David, no pudieron, pues nada le respondieron (Mateo 22:41-46). El lector ahora está bien capacitado para reconsiderar la traducción de 5:39, la cual demanda una decisión en cuanto a si es el *indicativo* o el *imperativo* lo que entiende; pero aun así si daremos otro caso de ejemplo.

- “Los escribas y los Fariseos se sientan en la cátedra (silla) de Moisés; por tanto, cualquier cosa que digan que observéis, observad; pero no lo hagáis según sus obras; pues ellos dicen, pero no hacen” (Mateo 23:2, 3).

Los comentaristas no saben bien lo que han de hacer aquí. El intento para desacreditar a los “autoritarios ministros de la religión” de sus insatisfactorios “ejemplos” dejan al lector un tanto escéptico. Además, lo más cierto, es que, el Señor, no esté aquí ordenándole a nadie “observar y hacer” “todo” cuanto los escribas y Fariseos les prescribían que hicieran – antes bien, todo lo contrario. La solución del problema no se encuentra en el razonamiento engañoso o de mayor sutileza, sino en reconocer que los verbos traducidos “observa y haz” bien pueden estar tanto en el modo *indicativo* como el *imperativo*, y que la traducción que no violenta ni la gramática ni la conciencia, ni tampoco la consistente enseñanza del Señor, es esta:

- “Así, pues, (una vez que estos hombres “se sientan en la cátedra de Moisés”) todo cuanto vosotros observáis y hacéis, no lo hagáis conforme ellos lo llevan a cabo, etc.”

Se ha dicho, que, el indicativo “vosotros escudriñáis”, así, no puede dar inicio a una frase sin un pronombre o alguna otra palabra, pero hay que observar, que, *humeis*, ya ha precedido “vosotros no creéis”, y ahora aparece a seguir a “vosotros pensáis”, y que su introducción aquí, de nuevo, sería tan inútil como su ausencia. Ahora bien, para que el lector no venga a ser indebidamente influenciado por el caso mal expuesto de que, “el indicativo nunca comienza una frase sin el pronombre” le referimos que vaya a Mateo 27:65, donde se lee “Ahí tenéis (vosotros)”, (vosotros) aseguradlo; y además Santiago 4:2 (Vosotros) “codiciáis, y no tenéis; (vosotros) matáis, y ardéis de envidia”. En ningún caso hay en el original pronombre alguno.

Además, ni tan siquiera los Revisores estaban todos lo suficientemente de acuerdo para alterar la Versión Autorizada en Juan 14:1, “(vosotros) creéis en Dios”, pero no vamos a entrar en polémicas a este respecto, sino tan solo señalar, que, los escolares, que estaban bien al tanto de la “regla” concerniente al indicativo, también sabían bien de las excepciones a esa regla.

Volvemos ahora por tanto a Juan 5:39, y sugerimos que el Señor no les estaba mandando a los Judíos a escudriñar las Escrituras en esa ocasión, sino que, sabiendo que la escudriñaban, pensando o imaginándose que por eso obtenían la vida eterna, les dice que su labor es totalmente en vano; visto que no se aproximaban del Señor Mismo, del Dador de vida, de Quien estas mismas Escrituras testificaban. Antes del Señor comenzar a dar el testimonio específico de Moisés (5:45-47), interpuso una razón por la ceguera y dureza de corazón que padecían. Ya antes había reclamado y vindicado Su clamor a la igualdad de honor con el Padre (5:23), y debía estar suficientemente claro, que, en esta insistencia sobre Sí Propio, *concerniente a MÍ, Vosotros no venís a MÍ*, no podría haber idea alguna de recibir “honor de parte de los hombres” (5:41); pues esta fue claramente la acusación que Él imputó contra los Judíos, diciéndoles:

- “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros?” (5:44)

Y esta positiva obstrucción a la creencia se fortalece por una terrible negativa:

- “Pero Yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros” (5:42).

El Señor a seguir mira enfrente hacia los tiempos proféticos, al advenimiento del hombre de pecado, diciendo:

- “Yo he venido en nombre de Mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis” (5:43).

Esta penosa profecía se cumplirá tal como 2ª Tesalonicenses 2 afirma, y la razón por dicha ceguera e incredulidad ahí se explica en términos similares a los ofrecidos en Juan 5:42.

- “Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2ª Tesal.2:10).

No precisamos aguardar, no en tanto, por la venida del hombre de pecado para una prueba de la declaración del Señor, pues:

- “El Rabí Akibah, el propio cabeza y jefe del Sanedrín en su tiempo, se convirtió en escudero de Ben Cozba, un falso pretense Mesías, que llevó a miles a caer en el error y la ruina” (Lightfoot).

Después de esta exposición del motivo por el fracaso de Israel, el Señor volvió de nuevo a retomar el testimonio de las Escrituras, y esta vez hablando específicamente de Moisés y sus escritos:

- “No penséis que Yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyereis a Moisés, me creeréis a Mí, porque de Mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a Mis palabras?” (5:45-47).

Las palabras de Stier aquí son muy sugestivas:

- “Si, por tanto, habéis repudiado al *medio* (pues Moisés guía a Cristo), ¿cómo alcanzaréis el *final*?” (Stier, “*Reden Jesu*”).

El crítico autoritario desacredita a Moisés, difícilmente admite que Moisés tuviera siquiera un carácter histórico, y en cuanto al Pentateuco, decreta que los escolares han probado que Moisés no pudo escribir, ni escribió, los cinco libros que a él se le imputan. Sin embargo, teniendo con nosotros ahora el Nuevo Testamento, nada puede estar más claro, Cristo enseña, indubitadamente, que fue Moisés quien escribió los libros que se le atribuyen; y por tanto, nos parece imposible que alguien pueda decir que “cree” al Señor Jesucristo, concerniente a la vida eterna, y al mismo tiempo repudie Su testimonio concerniente a la autoridad de la Sagrada Escritura. Observemos la vía en la cual se refiere el Señor a Moisés en esta disputa.

- (1) “Moisés, en quien vosotros confiáis” (5:45). Aquí no puede haber malentendidos en cuanto a lo que el Señor quiso decir por la palabra “Moisés”. Era aquel cuyo nombre el Judío reverenciaba por encima de los demás. No precisamos salirnos del Evangelio de Juan para descubrir que “Moisés” prevalece como siendo el escritor de toda la ley.

- “La ley fue dada por Moisés” (1:17).
- “Hemos hallado a Aquel de Quien Moisés en la ley...ha escrito” (1:45).
- “Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto” (3:14).
- “No os dio Moisés el pan del cielo” (6:32).
- “¿No os dio la ley Moisés?” (7:19).
- “Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés” (9:29).

Si incluimos el testimonio de los demás evangelios, hallaremos que el Señor aporta añadiendo el lavado Levítico del leproso (Mateo 8:4), la ley concerniente al divorcio (Mateo 19:8), la ley concerniente a la honra del padre y madre (Marcos 7:10), el incidente de la zarza ardiendo (Marcos 12:26), y el conclusivo carácter del testimonio de la ley y los profetas (Lucas 16:29). Además, este testimonio del Señor para con la historicidad de Moisés, no se limita a los días de Su carne, sino que habla de él también después de Su resurrección, y afirma estableciendo sin reserva alguna la “Escritura”, a Moisés, y los profetas y los Salmos (Lucas 24:27, 44). No hay por tanto razón alguna para decir, que, el “Moisés” de Cristo, difiera esencialmente del Moisés tradicional.

(2) “Si vosotros creyeseis a Moisés, creeríais en Mí” (Juan 5:46). No hay la más mínima diferencia, ni en una sola letra, entre la palabra traducida “creyeseis” cuando se refiere a Moisés, y la palabra traducida “creeríais” en cuanto a Cristo, *episteuete*. El Salvador, con bendita condescendencia, no ubica Sus propias palabras por encima de aquellas inspiradas de Moisés, y de ahí que añada:

- “Pero si no creéis sus escritos, ¿cómo podríais creer Mis palabras? (5:47).

“Sus escritos”, “Mis palabras”. Lo que uno hace con los “escritos”, debe hacerlo con las “palabras”. Si el posesivo “SUS” no se refiere a un personaje histórico, entonces “MI” también debe referirse a un mito.

(3) “Él (Moisés) de Mí escribió” (5:46). Moisés “escribió” y lo que escribió son sus “escritos”. Este arreglo o disposición de las ideas nos han llegado a nosotros en la forma de tradición oral. Estos escritos *gramma* son referidos por Pablo cuando le dijo a Timoteo, que “desde niño has conocido las sagradas *Escrituras*” (2ª Timoteo 3:5). Además, el Señor declaró de Moisés, “él de Mí escribió”, imputándole por tanto el carácter profético. El conflicto por tanto que tuvo inicio debido al celo por la ley de Moisés, rápidamente se tergiversó por el celo hacia las humanas adiciones a su ley; y el mismísimo libro que los Judíos veneraban, les condenaba, pues al tiempo que se gloriaban con orgullo en el conocimiento que poseían de las Escrituras, repudiaban Aquel de Quien dichas Escrituras hablaban.

Un atentado más se ha cometido para minorar la plenitud del testimonio del Señor hacia Moisés, diciendo que Él, al haberse “vaciado” a Sí Mismo para volverse un hombre, por eso, nada más ahora como hombre sabía, excepto los hechos de la historia aprendidos por sus conciudadanos. Esta es una doctrina que no podemos ni por un momento siquiera admitir; pero aun así, si es que un tal testimonio fuese posible, el clamor de nuestro Señor, tal como se registra en este mismo evangelio, nos impediría de atribuirle error alguno a Sus juicios, puesto que continuamente avisa a sus lectores:

- “Mi doctrina no es Mía, sino *de Aquel Quien me envió*” (7:16),

y al final de Su testimonio dijo:

- “Yo les he dado *las palabras* que Tú Me diste”
- “Yo les he dado Tu *palabra*”. *Tu palabra es verdad.*” (17:8, 14, 17).

Los puntos en esta materia están muy claros: O bien Cristo es digno, en todo, de toda nuestra confianza; o entonces no ha de serlo bajo ningún aspecto. Aquí no puede haber un término medio ni posiciones neutras. Profesar que confiamos en el Señor en cuanto a los asuntos eternos, y al mismo tiempo discordar de Él en los asuntos temporales, resulta tan ilógico como fatal. Así que tomamos el desafío y repetimos la solemne pregunta, “¿Cómo?” “Si vosotros no creéis a sus (de Moisés) escritos, ¿CÓMO vais a creer Mis (de Cristo) palabras” (5:47).

## CAPÍTULO SIETE

### **La Cuarta y la Quinta Señal**

#### **La Alimentación de los Cinco mil (6:1-15)**

Una referencia a la estructura del evangelio en su totalidad nos mostrará que la cuarta y la quinta señal vienen juntas, esto es, sin el vínculo interviniente al medio que caracteriza a las demás; esto nos indica que estas dos señales deben estudiarse en conjunto. Se conectan por el paréntesis de 6:23 y se vinculan con la sexta señal, la del hombre nacido ciego, por los discursos de los capítulos 6 (27-71), 7 y 8. Las palabras iniciales “después de esto” no indican ningún preciso espacio de tiempo. “Lucke señala que, siempre y cuando Juan desea indicarnos sucesión inmediata, utiliza *meta touto* 2:12; 11:7, 11; 19:28; y cuando media, después de un intervalo, *meta tauta* 3:22; 5:14; 6:1; 7:1; 19:38” (Alford). De paso observamos, que, Juan, da dos explicaciones, las cuales, si sus lectores fuesen Judíos, no precisarían de explicación alguna.

- “Nos dice que, el Mar de Galilea, es el mar de Tiberias, un nombre mejor conocido para el mundo Gentil por causa de su asociación con el Emperador Tiberio” (Josefo *Ant.*xviii. 2, 3).
- “Nos dice además que, la pascua, era una fiesta de los Judíos, un comentario que nos parece innecesario si fuesen Judíos sus lectores”.

La proximidad de la Pascua sería la causa por la gran afluencia de gente reunida en ese tiempo, y además, por la aparente preponderancia de “hombres” (10 y 14). Hay una gran cantidad de especulación en cuanto a por qué debió ser Felipe a quien el Señor se dirige especialmente:

- “Dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos?” (6:5).

Un propósito se hace evidente en el versículo 6:

- “Pero esto decía para probarle; porque Él sabía bien lo que tenía que hacer”

*Peirazo*, la palabra traducida “probar”, aparece en los cuatro evangelios quince veces, y tan solo aquí se traduce “probar”, las restantes catorces es “tentar”. La palabra en sí es neutral, significa una tentación tan solo cuando surge por malos motivos, tal como en 8:6, o una prueba, como en el caso que tenemos delante. Es bien posible que esta sea una de las muchas ocasiones en las cuales el Señor empleaba las circunstancias del momento como un medio de probar la fe de los discípulos.

No deja además de tener su peso el caso que Felipe parezca tener una inclinación hacia el uso de la palabra “bastante” o “suficiente” en su abordaje sobre cualquier asunto. La palabra *arkeo* aparece solo dos veces en el Evangelio de Juan, pero en ambos casos es Felipe quien emplea el término:

- “Doscientos denarios de pan no bastarían” (6:7).
- “Muéstranos al Padre, y nos basta” (14:8).

Así, pues, Su prueba en esta particular ocasión parece haber sido apropiada a esta actitud mental. Es Andrés, el hermano de Simón Pedro, quien llamó la atención del Señor hacia la presencia de la canasta con sus panes y peces. Esto además es un caso de coincidencia no fortuita. Felipe provenía de Betsaida, “la ciudad de Andrés” (1:44). Esta tan próxima relación de Felipe y Andrés vuelve a referirse en 12:22:

- “Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús”.

Además, por Lucas 9:10 aprendemos que la alimentación de los 5.000 tuvo lugar cerca de “Betsaida”, referida dos veces como siendo la ciudad de Felipe. Algunos opinan que los registros de Mateo 14:13, y Marcos 6:32-45 indican que al alimentación de los 5.000 no tuvo lugar en Galilea, sino en la faz Oriental, y estos abrazan la ingeniosa solución de Reland, que dice había dos ciudades de este nombre, una a cada lado del lago. El asunto es de difícil resolución, pero la proximidad de la ciudad de Felipe señala al hecho que fuera cuestionado por el Señor en cuanto a cómo podría llevarse a cabo la alimentación de la multitud. La presencia de la canasta con “cinco panes de cebada y dos pequeños peces” hizo que surgiera una tenue esperanza en la mente de Andrés, pero se apaga rápidamente por la declaración proferida a seguir, “¿Qué es esto para tantos?” La observa

No sabemos nada en cuanto a cómo o cuándo tuvo lugar la milagrosa multiplicación de los panes y peces, si en las manos del Señor o a medida que los discípulos distribuían el alimento, sin embargo, lo que sí sabemos es que fue suficiente, no tan solo para que todos quedasen “saciados”, sino que además se llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron.

La mayor parte de las personas ya escuchó alguna vez que, por causa de la “educación” sea supuesto dejar un poco de comida en el plato de cada uno, aunque la práctica pueda ser causa de desperdicio. Es probable que la costumbre se asocie a un hábito corriente entonces en Israel, esta porción que así se juntaba y era dejada de parte por los que servían se denominaba la *peah*. La costumbre no se registra aquí en esta Escritura, pero el principio se encuentra en la ley:

- “Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón (*peah*) de ella, ni espigarás la tierra segada. Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás” (Lev.19:9, 10).

Los “doce” que “servían” recogieron “doce” canastas de cuanto sobró, y sin duda alguna esto se asocia a la provisión de sus propias necesidades con la costumbre de la *peah*. Hay, no en tanto, otra razón, y talvez de más peso, para el amontonar de los pedazos; y el motivo se expresa por el propio Señor en las palabras “para que nada se pierda”.

La palabra *apollumi* aparece doce veces en el Evangelio de Juan. Aparece por primera vez en 3:15, 16, donde el objetivo del sacrificio del Salvador se expresa dos veces probando que, cualquiera que en Él crea, “no se pierda”. Vuelve a ocurrir de nuevo en 10:28 donde las ovejas de Cristo “no perecerán jamás”, y en las tres ocasiones el paralelo espiritual con el recoger de los pedazos “para que nada se pierda” es más que evidente.

- “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: que de todo lo que me diere, *no pierda Yo nada*” (6:39),

Una declaración que ocurre en el discurso surgido de la alimentación de los 5.000; en Su gran oración del capítulo 17 también se recuerda este aspecto:

- “A los que me diste, Yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura” (17:12),

Y la propia actitud del Señor hacia Su traición en el huerto de Getsemaní se gobernaba por el mismo principio (18:9). Aquí recordamos que la verdadera expansión de esta señal se da por el Señor Mismo en 6:26, y que nuestra presente ocupación tiene como objetivo aclarar tanto cuanto posible el milagro actual. En el Evangelio según Mateo hay una clara distinción hecha entre los dos tipos de “canastas” que fueron rellenas con los pedazos que sobraron de los dos milagros.

- “¿No entendéis aun, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas “cestas” (*kophinos*) recogisteis? ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuantas “canastas” (*spuris*) recogisteis?” (Mateo 16:9, 10).

*Kophinos* era un cesto de mimbre o maleta, de donde proviene en nuestro lenguaje castellano la palabra “ataúd”. La primera de estas palabras se utilizaba en el siglo dieciséis para un “cesto”, pero desde entonces ha caído en desuso, probablemente debido a su asociación con la muerte. Debido a la posibilidad de contaminación, los Judíos transportaban dicho cesto de mimbre para reservar sus alimentos. Juvenal, en sus *Sátiras* refiere esta práctica:

- “Los Judíos, siempre equipados con sus cestos y con el heno”
- “Dejando de lado su cesto y su heno”.

El heno probablemente serviría para tapar los espacios huecos entre las varas del cesto entrelazado de mimbre:

- “Por los Judíos desterrados, quienes toda su riqueza cabía en un pequeño cesto recubierto de un haz de heno” (Dryden).

El *spuris* (Mateo 15:37) era un tipo de canasta más grande. Teniendo en cuenta que sería lo suficientemente grande como para transportar a un hombre, cualquier intento para comparar la cantidad de pedazos reunidos al final de la alimentación de los 5.000 o los 4.000 en simples “cestos” sería ilógico. Un efecto sorprendente que este milagro de la alimentación de los 5.000 tuvo sobre los hombres que lo vieron se halla en sus propias palabras:

- “Éste verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo” (Juan 6:14),

Y cuando el Señor percibió que querían tomarle a la fuerza “para hacerle rey”, se marchó de nuevo al monte en solitario (6:15). El sencillo arreglo de esta señal tal como lo exhibe la Companion Bible es el siguiente:

### **La Cuarta Señal**

A **a** 1, 2-. Multitud. Siguiendo.

**b** -2. Señales vistas.

B 3, 4. Huida al monte.

C 5-13. La Cuarta señal **c** 5. La Pregunta a Felipe

**d** 6. El propósito de la señal

**c** 7-9. La respuesta de Felipe

**d** 10-13. La señal hecha.

A **b** 14- La señal vista

**a** -14. La multitud. Confesión.

B 15. La huida al monte.

### **Andando sobre las Aguas**

Esto nos lleva directamente a la quinta señal, andando sobre las aguas. Mientras el Señor estaba solo en el monte, Sus discípulos intentaron llegar a Capernaum por barco, pero siendo sorprendidos por una tempestad y el mar revuelto, después de haber remado unos veinticinco o treinta estadios, tuvieron miedo al ver al Señor andando sobre el mar aproximándose de ellos.

- "...y tuvieron miedo, mas Él les dijo: Yo soy, no temáis. Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca, la cual llegó enseguida a la tierra donde iban" (6:19, 20, 21).

Para hombres que conocían las Escrituras del Antiguo Testamento esta señal de andar sobre el mar debía haber sido nada menos que un clamor a la Deidad:

- "Él solo extendió los cielos, y anda sobre las olas del mar" (Job 9:8),

Aun mismo el apaciguar de la tormenta, de acuerdo a Samos 89:9; 107:29, es la prerrogativa tan solamente de Dios:

- "Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como Tú?...Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, Tú las sosiegas" (Salmo 89:8, 9).

Sabiendo que tan solo había un barco, y que el Señor con toda certeza no había subido a bordo con los discípulos la noche anterior, la multitud embarcando (pues otros barcos habían llegado de Tiberias) llegó a Capernaum. Naturalmente pensaron que el Señor habría ido rodeando el lago llegando más tarde hasta la orilla contraria:

- "Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá" (6:25).

Esta pregunta nos guía inmediatamente al gran discurso que ocupa tanto el resto de este como de los dos siguientes capítulos.

### **El vínculo entre la Quinta y Sexta Señal "La Obra de Dios que tenéis que creer" (6:26-30)**

El pasaje que ahora vamos a examinar, esto es, 6:26-71, está tan repleto tanto de doctrina como de detalles, que nos hemos sentido obligados a dejar de lado la idea de presentar la estructura literaria debido a la complicada natura de sus correspondencias. Así, pues, tan solo hemos exhibido la línea principal de la enseñanza que se encuentra dependiente sobre ciertas palabras claves. Las palabras claves son estas:

- *Manna*. Esta aparece tres veces y subdivide el cuerpo principal del discurso (3 ocurrencias).
- *Yo soy*, el pan de vida, el pan de vida que descende del cielo (3 ocurrencias).
- *Del cielo* (10 ocurrencias).
- *Pan* (14 ocurrencias).

Tomando estas palabras claves del discurso, hemos exhibido el desarrollo principal del tema, pero antes de asentar esta estructura principal o intentar exponerla, debemos ver el pasaje en su totalidad, pretendiendo comprender la manera cómo surge el argumento concerniente al Maná.

### **La Interpretación de la Alimentación de los 5.000**

A 6:26-30. La Obra. El Sello. La Señal.



B 31-59. El triple argumento concerniente al Maná.

A 60-71. La carne. El Espíritu. La Confesión resultante.

Si no comprendemos bien la presentación de este gran argumento, la cual ocupa los versículos 26-30, será difícil que no pasemos por alto la explicación del Señor, y la mayoría de los comentaristas que hemos consultado parecen haber construido la referencia a la “obra” en el versículo 29 de tal manera que el punto principal se anula y pierde en un montón de explicaciones innecesarias. Este es un buen ejemplo de la actitud habitual de los maestros hacia el tema o sujeto:

- “La vía más segura de llevar a cabo la obra de Dios es creer en Aquel que le envió”.
- Él les habla de una obra, un acto moral, proveniente de la cual todo lo demás deriva su valor, la continua creencia en Aquel Quien Dios ha enviado”.

Estos comentarios expresan realmente una gran y gloriosa verdad, sin embargo no expresan la verdad que se enseña en este versículo. El buen entendimiento de la introducción del gran argumento del Señor que gira en vuelta del Maná, depende sobre nuestra correcta comprensión de las palabras: “Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel a Quien Él envió”. Un gran principio a tener en cuenta en la interpretación es el contexto, y no hay secuencia alguna en el argumento cuando se interpreta en la vía ortodoxa. Vamos a exagerar esto un poco con el objetivo de poder apreciarlo mejor.

- “Esta es la obra de Dios, es decir, la única obra que acepta Él es la fe en el Único que Él ha enviado. Oh, respondieron los Judíos, si así es, ¿Qué señal nos muestras tú, que podamos ver, y creerte a Ti, que es lo que Tú operas? Nuestros padres comieron el maná etc.”.

No hay una clara conexión entre la declaración del Señor y la réplica de los Judíos, sobre todo cuando perseguimos el argumento posterior e incluimos su referencia a Moisés, y la corrección del Señor. Así, pues, dejemos de lado nuestros preconceptos y comencemos de nuevo.

El “trabajar” del versículo 27, la “obra”, y “obras” de los versículos 28, 29, 30 son todas traducciones de las palabras *ergazomai* y *ergon*, y seremos sabios por tanto en traducir el versículo 27 de apertura “Trabajad, no...”

- “No Trabajéis - por la comida que perece, sino (trabajad) por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; *porque a Éste señaló Dios el Padre*”.

Observe esta razón dada por el Señor, “porque a Éste *señaló* el Dios Padre”. La figura de un *sello* se emplea en la Escritura cuando refiere alguna señal externa de una interna realidad. Por ejemplo, la circuncisión se explica en el capítulo cuarto de Romanos como siendo:

- “La circuncisión como *señal*, como *sello* de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso” (11).

Pablo se refiere a los Corintios convertidos como el “sello” de su apostolado (1ª Cor.1:21, 22), y asocia el “sello” con “confirmación”, “ungimiento” y con la “garantía en arras” (2ª Cor.1:21, 22).

En Juan 6:27 el Señor refiere algunas “señales” externas como Su “sello”, pero esto muda tal como vemos en el versículo 30, pues los Judíos dijeron, “¿Qué señal nos muestras Tú? Ahora bien, sería inexplicable, si es que la ordinaria interpretación fuese acepte, que los hombres quienes participaron de manera efectiva del alimento milagrosamente provisto a orillas del mar de Galilea, dijese “¿qué señal nos muestras Tú?” Algo en el contexto tiene que darnos una razón, si es que vamos a poder seguir el argumento posterior. Tal vez, la manera más simple sea dar una paráfrasis, y así poder alargar y enfatizar aquellos aspectos que suplen la llave para la interpretación del pasaje.

Jesús respondiendo, les dijo: Este milagro que acabáis de ver es la obra de Dios, producida por Él con el objetivo y propósito de que vosotros creáis en Aquel a Quien Él ha enviado. Como resultado del énfasis del Señor puesto sobre el hecho de que el milagro de la alimentación de los 5.000 era la “obra de DIOS”, los Judíos replicaron, Oh, así pues, no fue Tu Propia obra, sino la obra de DIOS. ¿Qué señal por tanto nos muestras TÚ, para que veamos y te creamos a TI? ¿Qué es lo que TU MISMO haces? Nosotros los Judíos sabemos bien que Moisés se presentó delante de Israel, y no vino sin traer credenciales consigo. (ÉL) operó milagros, pues escrito está: “Pan del cielo les dio”. Entonces, el Salvador les dijo: Estáis muy equivocados. El pronombre “Él” en paréntesis no se refiere a Moisés, sino a Dios. El Señor les dio pan del cielo, operando a través de Su instrumento Moisés, pero no fue el propio Moisés quien les dio este pan. Los hijos de Israel bien podrían haberse alejado de Moisés después de haber sabido que era *Dios* Quien les había dado el Maná, y que le dijieran, “¿Qué señal nos muestras tú, para que veamos y te creamos a ti? ¿Qué es lo que tú haces?

“Esta es la obra de Dios *para que* vosotros creáis”. La ambigüedad que conlleva la palabra inglesa “que” es responsable por una gran cantidad de malas interpretaciones, y unas cuantas palabras sobre este asunto nos han de servir de provecho. Existen veinticinco diferentes palabras griegas, representando un número de partes del lenguaje, que se traducen “que” en la Versión Autorizada. Sería muy fatigoso listarlas todas ahora, así que damos tan solo unos pocos ejemplos como guía. “Qué” en inglés (y castellano) puede ser:

- (1) Un Pronombre Demostrativo: Este tanto puede ser la traducción de *ekeinos* o *houtos*, como por ejemplo “En el día *que* o *aquel* día” *ekeinos* (1:39). “Este es el pan *que*, o *aquel que* descende” *houtos* (6:50).
- (2) Un Pronombre Relativo: Este tanto puede ser la traducción de *hos ean*, *hosos* u *hostis*. “Cualquier otro pecado *que* un hombre cometa” *hos ean* (1ª Cor.6:18). “Todo lo *que* Juan dijo” (10:41). “Lo *que* os he dicho” (8:25).
- (3) Una conectiva, enfatizando la causa *hoti*. “Nosotros creemos...*que* Tú eres el Cristo” (6:69).
- (4) Una Conjunción, enfatizando el propósito, designio o resultado, *hina*. Esta es la palabra traducida “que” en 6:29, y por eso damos varias ilustraciones de su uso:
  - “A *fin de que* todos creyesen por Él” (1:7).
  - “*Para que* todos honren al Hijo” (5:23).
  - “*Para que* no se pierda nada” (6:12).
  - “*Para que* veamos y te creamos” (6:30).
  - “*Para que* te conozcan a Ti” (17:3).
  - “*Para que* creáis que Jesús es el Cristo...*para que* creyendo, tengáis vida en Su nombre” (20:31).

Hemos tomado nuestros ejemplos del Evangelio de Juan, e ilustran bien apropiadamente el significado de *hina*. En respuesta a los Judíos, nuestro Salvador dijo:

- “Esta es la obra de Dios, *para que*, o *con el fin de que* creáis en Aquel que Él ha enviado” (6:29).

La “obra de Dios” por tanto debe referirse a cualquier cosa que Dios haya producido con el objetivo de llevar a todos cuantos la vieron a creer en el Salvador. Ahora bien, esto es exactamente lo que el propio Juan dijo que sería el propósito de las señales seleccionadas de su evangelio (20:31). En la más temprana disputa con los Judíos, el hecho de que el Señor dijese: “Mi Padre hasta ahora trabajo, y Yo trabajo...El Hijo no puede hacer nada de Sí Mismo (5:17-19) había servido de acusación en contra de Él, pues sus adversarios interpretaron estas palabras como equivalente a Su igualdad con Dios. Ahora bien, cuando una vez más reconoció que la alimentación de los 5.000 fue la “obra de Dios”, ellos inmediatamente le tomaron la palabra y dijeron, “Y TÚ, ¿Qué señal muestras TÚ entonces, para que veamos y creamos en TI? ¿Qué es lo que TÚ haces?”

Esta cuestión y la inferencia que surge de la referencia al Maná que se encuentra en el Salmo 78, nos lleva al gran discurso de Juan 6:31-59, que debe ahora ocupar nuestra atención.

### **El Maná Típico y Ante-típico**

Ya hemos visto que surge una cuestión introduciendo las palabras “obra”, “señal” y “sello”, y que “la obra de Dios” fue el milagro de la alimentación de los 5.000 que había sido efectuado con el fin de que los Judíos creyesen. En vez de reconocer dicha obra como siendo el “sello” del Señor, los Judíos se estibarón en el hecho de que este milagro fue “la obra de Dios” en distinción de la obra de Cristo, y le preguntaron cuál era entonces la señal que Él propio realizaría para que pudiesen creer en Él. Apelaron al ejemplo de Moisés, y bajo influencia de la interpretación Rabínica, asumieron que el maná fue dado efectivamente por Moisés. Esto es lo que el Señor corrige, diciendo, “No os dio Moisés el pan del cielo” (6:32). En el Gemara (la segunda parte del Talmud) leemos:

- “Hubo tres buenos pastores de Israel, Moisés, Aarón y María, y hubo tres cosas buenas que nos fueron dadas *por sus manos*, un pozo, una nube, y el maná; el pozo, por los méritos de María, la columna de nube por los méritos de Aarón, y el maná por los méritos de Moisés” (*Taanith*, fol.9, 1).

### **La Exposición del Señor del Milagro de la Alimentación de los 5.000**

A 6:31-. El argumento Judío del don del MANÁ.

B 31-47. La equivocada deducción de este argumento corregida.

**b** 31. Él les dio. Falsa idea.

A 35 *YO SOY* **c** 32. No Moisés, sino el Padre.

*El Pan de Vida.* **c** 33. El Pan de Dios. Vida para el mundo.

*El Verdadero Pan.* **b** 34. Danos siempre. Falsa idea.

A 48-49. Los que comieron el MANÁ en el desierto *murieron*.

B 48-50. **b** 50. Este es el pan.

A 48 *YO SOY* **c** 50. El que de él come.

*el pan del cielo*    **c** 50. El que de él come.

**b** 50 No muere.

A 51-58. El Ante-tipo del MANÁ – vive para siempre

  B 51-58               **b** 51. Comer y vivir para siempre.

A 51. *YO SOY el Pan*    **c** 51. Mi carne, dada para la vida del mundo.

*Vivo del cielo*       **c** 58. Este es el pan del cielo.

**b**. Comer y vivir para siempre.

El Señor no niega el milagro del maná registrado en las Escrituras, simplemente refuta el argumento Rabínico que había sido puesto sobre las Escrituras, y que influenció la actitud contraria de los Judíos para con Él Propio.

En nuestra búsqueda procurando una sencilla manera de exhibir el alcance del presente pasaje encontramos, que, adhiriendo en proximidad a las palabras claves, “maná”, “Yo soy”, “del cielo” y “pan”, si bien omitamos una gran cantidad de detalles, no en tanto, con lo expuesto, se presenta un suficientemente fiel boceto exterior o superficial, y que recae dentro de los límites de estos estudios. Por eso presentamos los aspectos exteriores anteriores antes de continuar con la exposición.

Este discurso recae en cuatro naturales divisiones, gobernadas por las cuatro cuestiones u objeciones levantadas por los Judíos. Mantendremos esta natural subdivisión delante de nosotros, una vez que con esto se nos capacita para tratar cada departamento del argumento a medida que vayamos avanzando hacia su objetivo.

### **La Cuádruple Cuestión y la Respuesta (6:31-58)**

A 31. El argumento Judío “Nuestros padres comieron el maná en el desierto”.

  B 32, 33. La respuesta del Señor.

                          No fue Moisés quien os dio.

                          El Padre os da el verdadero pan

                          Este pan es aquel que da vida al mundo.

A 34. La equivocada requisición Judía. Señor, danos siempre este pan

  B 35-40. La respuesta del Señor

                          El primer “Yo soy”.

                          Aquellos dados por el Padre vendrán.

                          Ninguno se pierde

                          Levantado en el último día.

A 41, 42. La murmuración Judía “¿No es éste Jesús, el Hijo de José?”.

  B 43-51. La respuesta del Señor.

                          Los enseñados por Dios vienen a Cristo.

                          Los creyentes tienen vida eterna.

                          Dos reclamos más – “Yo soy”

                          Primera declaración de que Su carne se da para la vida del mundo

A 52. La duda Judía “¿Cómo puede darnos este a comer Su carne?”

  B 53-58. La respuesta del Señor.

                          A menos que comáis...bebáis, no hay vida.

                          La carne es de hecho el alimento.

Aquel que me come, vivirá por Mí.  
Este es el pan que descende del cielo.

La primera respuesta del Señor tiene que ver con Moisés, el Maná y su Ante-tipo. La respuesta del Señor está de algún modo comprimida, y hay una transición de la típica enseñanza del Maná hasta el Ante-tipo, Él Mismo, sin la actual declaración de todas las partes del argumento.

“No os dio Moisés el pan del cielo”. – Primero que nada, “Moisés” no fue el dador, sino Dios, Quien utilizó a Moisés como Su instrumento. Esto disipa la objeción levantada en el versículo 30. Además, aun cuando fuera Moisés el instrumento, y Dios el Dador, la tal dádiva de Dios no era “el verdadero pan del cielo” en el pleno sentido de la palabra.

“Mi Padre os da el Verdadero Pan del cielo”.- No se dice que “el Padre” da el maná a Israel, este precioso título no se emplea de Dios en su pleno sentido hasta que “la Palabra se hizo carne”. Cuando Cristo llegó a ser “el unigénito Hijo”, entonces pudo Dios ser revelado como “el Padre”. Consecuentemente, solo entonces estamos preparados para el título “el Hijo del Hombre”, y para el énfasis puesto sobre Su “carne y sangre” (6:53-56).

“El Verdadero Pan”. Juan exhibe al Señor como siendo la Luz verdadera (1:9), el verdadero Pan (6:32), y la Vid verdadera (15:1). Contrasta la típica y en sombra naturaleza de la ley de Moisés con la verdadera gracia que vino a través de Jesucristo (1:17). Es esta relación del tipo hacia el ante-tipo que el Señor tenía en vista cuando puso en contraste el “pan” dado en el desierto consigo Mismo, “El Verdadero Pan”.

Explicando la diferencia entre el típico maná, y Él Propio, el verdadero pan del cielo, el Señor continúa diciendo:

- “Porque el pan de Dios es Aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (6:33).

“Porque”, *gar*. Esta palabra es una contracción de *ge* “verdadero” y *ara* “por tanto” – teniendo, de hecho, un significado más extenso que la castellana “porque” a la hora de expresar la razón, causa, motivo, principio, etc., de aquello que se haya dicho anteriormente” (*Léxico-Concordancia* del Dr. Bullinger).

- “Mi Padre os da el verdadero pan del cielo. *De hecho o realmente*, el pan de Dios es Aquel...etc.”.

El lector debe darle particular atención a estas pequeñas partículas y conjunciones, pues son una parte integrante del argumento e iluminan el significado del escritor. Una vez que hay por lo menos veintidós distintas palabras griegas que se traducen “porque” en la Versión Autorizada, está claro que debe tenerse algún cuidado antes de extraer conclusiones precipitadas.

Refiriéndose a Él Mismo como el “verdadero” o “ante-típico” pan, el Señor utiliza un nuevo título para Sí, e indica la gran y sorprendente diferencia que hay entre Él Propio y el maná en sus efectos sobre los recipientes.

En primer lugar Su título “El Pan de Dios”.- ¿Hemos de considerarlo simplemente como el Genitivo de Origen o posesión? Teniendo en cuenta el hecho de que el Señor acaba de señalar que el típico maná en sí no era proveniente de Moisés sino de Dios, debe haber alguna intención añadida en este nuevo título. Estaba hablando, debemos recordar, a los Judíos, y estos debían estar familiarizados con el uso del Nombre Divino cuando el simple énfasis y no la divinidad se entendía.

Por ejemplo, Nínive, que se traduce correctamente en la Versión Autorizada de Jonas 3:3 “una ciudad grande en extremo” es literalmente “una gran ciudad para Dios”, sin embargo nadie en su juicio cabal asociaría ni a “Dios” o la “piedad” con Nínive en los días de Jonás. En Génesis 30:8 “grandes luchas” en el original son “luchas de Dios” (como se traduce en la Reina Valera), y así los “píos cedros” (Salmo 80:10), y los “árboles de Jehová” del Salmo 104:16 significan los más preciados y nobles de los árboles. Así, pues, lo que vemos en el título asumido por Cristo, “El Pan de Dios”, es una expansión de Su referencia al maná “El gran ante-típico Pan”. Esto se confirma en la referencia que Él Mismo hace al gran efecto que produce – “Da la vida al mundo” (6:33).

Cuando a seguir el Señor habla del maná, les dijo:

- “Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron (*y están muertos*, en la A.V.). Este es el pan que descende del cielo, para que el que de Él come, no muera” (6:49, 50).

A seguir se nos ilumina el clamor que hace a que este pan de Dios le da “vida al mundo”, pues el Señor añade:

- “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo, si alguno comiere de este pan vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es Mi carne, *la cual Yo daré para la vida del mundo*” (6:51).

Aquí, el sacrificio de Cristo, es visto como siendo la sola y única base de “vida”, y está en armonía con el propósito del Evangelio que el Señor refiere, la vida del “mundo”. Juan nos muestra a Cristo como el Cordero de Dios, Quien quita el pecado del “mundo” (1:29; nos enseña además que Dios tanto amó al “mundo” que dio a Su Hijo unigénito (3:16); que es el Salvador del “mundo” (4:42). Si hubiese tenido la intención de indicar la mera extensión del evangelio al griego y al Gentil, habría adoptado el lenguaje de las epístolas de Pablo. Sin embargo, Juan, abarca un círculo más extenso, refiere al “mundo”, y no podremos comenzar a entender el alcance de su evangelio hasta que hayamos apreciado la intención del apóstol Pablo, cuando él, también, parte de términos étnicos hacia el empleo de palabras de alcance cósmico. (Vea por ejemplo Rom.3:19; 5:12; 11:12-15). Hay una gran diferencia entre decir “por un hombre entró el pecado en el mundo”, y decir “por un hombre se introdujo el pecado en la raza, o en la humanidad, o que vino sobre todos los *hombres*”. En el momento que esta distinción se detecta. el lector no ha de quedarse satisfecho, pensamos, hasta que el más amplio ámbito envuelto en la palabra *kosmos* llegue de alguna manera a comprenderse; y cuando esto sucede, todos los intentos limitando el Evangelio de Juan o bien al “reino” o bien tan solo a “Israel” se comprueban que son sin base escritural alguna. La réplica de los Judíos, tal como se traduce en la Versión Autorizada, “Señor, danos siempre este pan” (6:34), puede parecer a simple vista ser el lenguaje de la fe.

*Kurios*, la palabra traducida “Señor” y que generalmente se pone por el gran Nombre de Jehová en sí, tiene, no en tanto, una palabra traducida igual pero de más bajas asociaciones. En un capítulo anterior encontramos a la mujer de Samaria utilizando este tal título tres veces (4:11, 15, 19), el oficial, una (4:49), y el hombre paralítico, una también (5:7), y en cada caso la Versión Autorizada traduce la palabra “Señor”, pero no “Señor” en el sentido de “señorío”, sino antes bien tal como nosotros educadamente decimos, “Sr. Martínez”, o afirmamos a un desconocido, “sí, señor”. Esta es la palabra empleada por los Filipenses *gaoler* (Hechos 16:30). Hay doce ocasiones donde la Versión Autorizada traduce así el título “Señor”, y Juan 6:34 debería añadirse también.

El pedido de los Judíos está en el mismo plano que la respuesta de mujer de Samaria cuando dijo: “Señor, dame de esa agua para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla” (4:15).

Cuando el Señor le declara que Él era el Verdadero Pan del cielo, los Judíos dejaron de pedirle que les diese este pan y le repudiaron abiertamente, tanto a Él como a Su clamor (6:41, 42).

Antes de volver a emplear la figura del Pan de Vida, lo cual lleva a cabo en el versículo 48, el Señor deja de lado el tema principal para corregir cualquier falsa impresión que Su palabras puedan haber causado a Sus oyentes. ¿Cuál sería el motivo por el cual dejase de emplear en el discurso Su uso del tipo, el maná, para introducir un argumento doctrinal envolviendo la doctrina del “libre albedrío” y la “Divina Soberanía”? Tal vez estén equivocados los comentaristas, es probable que el Señor *no dejase de lado* el tema del maná, sino que de manera muy apropiada les indicase la misma actitud que tuvo Israel en el desierto al tiempo del maná.

Los Judíos aquí en Juan se nos dice que “murmuraron” (6:43), y lo mismo hicieron sus padres en directa relación con el don del maná (Éxodo 16). Los Judíos “contendían” entre sí después de la siguiente revelación del Señor (Juan 6:52), y las aguas de Meriba (Núm.20:13) presagian su actitud aquí de nuevo. Finalmente, en Juan 6:60 y 66, muchos de los discípulos denominaron la enseñanza del Señor “duras palabras” y “se volvieron atrás, y ya no andaban con Él”. La palabra “dura” es *skleros* que significa “seca” o “marchita”, y cuando Israel murmuró hablando del maná dijeron:

- “Y ahora nuestra alma se *seca*; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (Núm.11:6),

y al igual que los discípulos “se volvieron atrás, y ya no andaban más con Él”, del mismo modo dijo Israel en el desierto:

- “Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto” (Núm.14:4).

Las líneas de la Soberanía Divina y de la elección humana no pueden separarse ni por Filosofía ni por Teología. El Señor sabía desde el principio quien iría a traicionarle (6:64) y les había por tanto dicho:

- “Nadie viene a Mí, si no le fuere dado del Padre” (6:65).

Sin embargo, esto no fue un impedimento para decirle a los doce: “¿Queréis acaso iros (de Mí) vosotros también?” y la respuesta de Simón Pedro no hace referencia alguna a los decretos Divinos ni a la Soberanía, simplemente dijo, tal como debe decir todo creyente en cualquier circunstancia:

- “Señor ¿a Quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (6:68).

Él ya había anteriormente creído el testimonio de las señales, y había por tanto recibido ya la vida, tal como se declara en 20:31. Pero esto no es todo. Este capítulo promueve la gran confesión que debe resultar, tal como lo hace la mayor parte de las secciones de este evangelio:

- “Y nosotros hemos creído, y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente” (6:69).

El pecado había cegado de tal manera el entendimiento, había corrompido hasta tal punto las facultades, que si Dios no hubiese “atraído” a los hombres, jamás hubiesen respondido Su llamada. Esto podía, o no podía, resultar en la salvación, pues el paso siguiente es oír y creer, siendo que el paso final sea aquel tal “venir, acudir, acercarse” a Cristo.

Los aspectos de este tema son demasiado amplios como para ser expuestos o resumidos aquí en una simple frase, y, una vez que debemos concluir esta encuesta con los pocos párrafos siguientes que nos restan, reservaremos una más exhaustiva investigación en las cuestiones surgidas por este parentético pasaje, hasta que lleguemos al capítulo diecisiete, donde el asunto vuelve de nuevo a ponerse en evidencia.

El Señor resume Su exposición del maná en el versículo cincuenta y uno, y, por la añadidura de las palabras “Mi carne”, no tan solo nos da una gloriosa revelación del supremo propósito de la encarnación, sino que además ocasionó que los Judíos se volviesen mucho más violentos en su enemistad y oposición.

- “¿Cómo puede éste darnos a comer Su carne?” (6:52).

La figura del comer o beber, tenemos que comprender, al tiempo, era muy familiar y bien conocida entre los Judíos.

- “Cada *comer* o *beber*, de lo cual se hace mención en el Libro de Eclesiastés, es para ser entendida de la Ley y las buenas obras” dice el *Koheleth Midrash*.

Al “Pan” también se le imputa muy a menudo con el significado de “doctrina”. El *Chagigah*, comentando sobre Isaías 3:1 dice de “todo lo expuesto del pan” allí referido, “Estas son las directrices de la doctrina; como está escrito: Venid, comed de mi pan” (Prov.9:5). Los Talmudistas estaban bien al tanto con la figura, de hecho, Rabh dice: “Israel ha de venir a comer los años del Mesías”.

La repulsa natural que nosotros experimentamos leyendo las palabras “comer de Mi carne” y “beber de Mi sangre” no sería compartida de igual modo por los Judíos, no les repugnaría como la literal ingestión de sangre lo haría, puesto que estaban acostumbrados a la figura del “comer” como significando el “creer” de una doctrina, y no el literal aspecto que ahora sorprende tanto al lector actual, tanto, que difícilmente lo retiene en su conciencia.

Considerar a Cristo en cualquier sentido como “El Pan de Dios, enviado desde el cielo”, precisa la presencia de la figura, pues nadie podría literalmente hablar de “creer” al “pan figurativo”. Este reclamo del Señor sin embargo no fue acepte, no debido a escrúpulo alguno, sino debido a las palabras “del cielo”, pues



eso envuelve la necesidad de un nacimiento sobrenatural, el cual, se evidencia por el razonamiento de los Judíos diciendo:

- “¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?” (6:42).

Cuando el Salvador les refirió a los Judíos, que, como el “verdadero pan”, Él había sido enviado “*para dar vida al mundo*”, no se levantó ninguna objeción en sí en la mente de Sus oídos; sin embargo, cuando en el transcurso de Su explicación también les dijo:

- “El pan que Yo daré es Mi carne, la cual Yo daré *por la vida del mundo*”,

Ahí, tanto el escándalo como las objeciones surgieron al instante en la mente del Judío. El dar la Vida “por” (*huper*) conlleva sacrificio, tal como se comprueba en la siguiente ocurrencia de *huper* en 10:11.

Fue este punto precisamente, y no debido a escrúpulo alguno contra la literal aceptación de la referencia a Su carne y sangre, lo que causó la oposición y el endurecimiento de los Judíos. En gran medida como resultado de la enseñanza Rabínica, los Judíos no estaban a espera por un Mesías sufridor, sin embargo, es una parte integral de la enseñanza de las Escrituras, que Cristo vino en la carne, en un cuerpo para Él preparado de antemano, con el objetivo que pudiese llevar en dicho cuerpo nuestros pecados, y así venir el pecado a ser condenado en la carne, y para que, en el cuerpo de Su carne, a través de la muerte, el creyente pudiera presentarse finalmente santo y sin mancha (1:14; Rom.8:3; Hebr.10:20; Colos.1:22; 1ª Juan 4:2, 3).

Al cierre de este largo argumento, el Salvador recurre levantando un desafío hacia el reclamo que había pronunciado diciendo ser Él el pan “que desciende del cielo”, diciendo:

“¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?” (6:62).

Ya anteriormente había sido expreso en este Evangelio:

- “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo: el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (3:13).

Hay diez ocurrencias de la frase “del cielo” en este sexto capítulo, esto es, en los versículos 31, 32, 33, 38, 41, 42, 50, 51 y 58. Recomendamos al lector que vuelva a leer de nuevo este gran capítulo con la ayuda de la estructura y las notas acompañantes, guardando en mente dos pasajes que se encuentran en el capítulo en sí:

- “Serán todos enseñados por Dios” (6:45). Y
- “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha: las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida” (6:63).

**CAPÍTULO 8**  
**La Enseñanza asociada con la Fiesta de los Tabernáculos (Juan 7)**  
**Estructura y notas de introducción**

Ahora vamos a dirigir nuestra atención a la siguiente sección de este vínculo entre las Señales, esto es, Juan capítulo 7:1 a 8:1. Así como el maná nos fornece una llave para resolver la dificultad del pasaje en el último capítulo, del mismo modo, la Fiesta de los Tabernáculos nos ha de fornecer una llave para descubrir el verdadero significado del discurso del Señor en este capítulo.

La siguiente introducción no es tan solo sugestiva, sino que además podrá observarse que sigue de manera apropiada y muy de cerca la vía en la cual se desarrolla el argumento:

- “El capítulo 7, igual que el 6, es muy importante para la estimativa del cuarto Evangelio. Aquí, la escena de la crisis Mesiánica, pasa de Galilea a Jerusalén; y, tal como debíamos naturalmente esperar, la propia crisis en sí se acentúa. La división, las dudas, las

esperanzas, los celos, la casuística de los Judíos, todo se retrata aquí de forma muy viva. Vemos las masas populares, especialmente aquellos que habían venido de Galilea, titubeando de un lado a otro, sin saber bien qué camino tomar, inclinándose a creer, pero retenidos por los más sofisticados ciudadanos de la metrópolis. Estos, entre tanto, aplicaban los fragmentos del aprendizaje Rabínico a su comando para probar el clamor del nuevo profeta. En el fondo se perfila la negra sombra de la jerarquía en sí, atrincherados atrás de sus prejuicios y recusándose a escuchar la causa que ya antes habían juzgado de antemano. Una sola y tímida voz se levanta contra tamaña injusticia, pero es inmediata y fieramente silenciada” (Sanday).

Una vez más somos confrontados con una tarea de alguna manera formidable, esto es, la de presentar la estructura con suficiente plenitud para que sea provechosa, reconociendo sin embargo y al mismo tiempo, que, estos cincuenta y cuatro versículos, contienen en sí muchos más detalles de cuantos esperamos incluir o exhibir.

La siguiente estructura está correcta en su mayoría, pero hemos evitado cualquier intento de subdividirla con total exactitud, una vez que la gran cantidad de detalles y la complejidad del modelo en el cual deben recaer las correspondencias, frustraría el objetivo con el cual son preparadas dichas estructuras.

### **La Enseñanza asociada con la Fiesta de los Tabernáculos (7:1 a 8:1)**

A 1. *GALILEA*. ‘Jesús andaba en Galilea’. Procurado para darle muerte.

<p>B 2-10. <i>LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS ESTABA CERCA</i></p>	<p>a 2-4.</p>	<p>c Salida, yendo para Judea d Para que Tus discípulos puedan ver. c Secreto... abiertamente. d Muéstrate al mundo. b 5. Ni tan siquiera Sus hermanos creían. a 6-10 c Mi tiempo no ha llegado todavía. d Vuestro tiempo siempre pronto e No puede el mundo aborreceros. e A Mí me aborrece. d Subid vosotros c Yo no subo todavía b 10 Subió en secreto.</p>
--	---------------	--

<p>B 11-36 <i>AL MEDIO DE LA FIESTA “Judíos”</i></p>	<p>a 11-13</p>	<p>f ¿Dónde está Aquel? g Murmuraban h Él es bueno Él es un engañador b 14-24 i Maravilla Al medio de j Moisés, la ley</p>
--	----------------	--

*la fiesta*            *i* Maravilla  
    *j* Moisés, el Sabbath  
*a* 25-32            *h* El propio Cristo  
*Jerusalén*        ¿Hará más milagros?  
    *g* Murmuraban  
*b* 33-36        *f* Procurar. No hallar  
    *Fariseos*

B 37-49 *EL GRAN DÍA*    *k* El reclamo del Señor. Bebida  
    *DE LA FIESTA*        *l* La confesión del pueblo. Profeta  
*DE LOS TABERNÁCULOS*    *l* La admisión oficial. Habla  
    *k* El antagonismo de los Fariseos. ¿Engaña?

A 7:50 - 8:1 *GALILEA*. “Jesús subió al Monte de los Olivos”. Nunca profeta.

Tal como la estructura nos muestra, las secciones de apertura y cierre se relacionan a Galilea, tanto porque el Señor allí se hallaba, como porque Su morada en Galilea fuese la causa sobre la cual le repudiaron los Fariseos como profeta. La gran sección central se devota a tres fases de la fiesta de los tabernáculos, puesto que en dicha fiesta tanto se conforman las bases de la discusión como además se suplen algunas típicas enseñanzas.

Juan pasa por alto una buena parte del ministerio del Señor que tuvo lugar en Galilea. *Perieptatai* (7:1) el pretérito imperfecto, implica que el acto continúa, “estaba andando”, y el ministerio que se pasa por alto lo fornece Mateo en los capítulos 15 a 19.

La Fiesta de los Tabernáculos, al igual que la Pascua, se denomina aquí por Juan “la fiesta de los Judíos”. La palabra “Judío” aparece sesenta y una veces en el Evangelio según S. Juan (una de las veces traducida *Jud-a*) en contraste con las cinco ocurrencias escuetas de la misma palabra en Mateo. Ahora bien, si no menospreciamos el argumento que aquí tenemos, esto es, el bajo número de ocurrencias en Mateo, Marcos y Lucas de la palabra “Judío”, eso nos ha de demostrar que son los Judíos a quienes se dirigen, mientras que, la frecuencia asidua de la palabra en Juan, eso nos demuestra que el Judío está siendo *discutido* y *descrito*. Habría sido una ofensa muy grave para sus lectores si es que Mateo hubiera utilizado la palabra “Judío” a la manera como Juan la usa.

La Fiesta de los Tabernáculos tan solo la menciona Juan de entre todos los escritores del Nuevo Testamento, y vamos a ver ahora cómo dicha fiesta se asociaba en su mente con *la encarnación*, cuando la Palabra se hizo carne. Antes de hacerlo, sin embargo, será provechoso que estemos al tanto y nos familiaricemos, un poco, con la intención y profética importancia de esta fiesta.

La Fiesta de los Tabernáculos recaía en el mes séptimo, dando inicio al quinceavo día y con duración de siete días (Lev.23:34). Debe recordarse que, al tiempo de la celebración por primera vez de la Pascua, el año que originalmente comenzaba en el mes de Tisri, comenzó en Éxodo, con el mes de Abib, y de esa forma aquel que había sido el primer mes del año, ahora viene a ser el séptimo, este lio aparente no en tanto es elocuente de las consecuencias del pecado y el propósito de las edades que se extiende adelante hacia sus ajustes. Toda la Biblia con su peso de redención, restauración y por fin el reposo, se construye sobre un

sistema Sabático, comenzando con la regular recurrencia del séptimo día, sobre expandiendo siempre la secuencia de “semanas” (Lev.23:15), “meses” (23:24), “años” (25:2-5), “jubileo” (25:8-10). “Las Setenta semanas” de Daniel 9:24-27, y los “siete tiempos” de la simbólica locura de Nabucodonosor (4:16) cubren todo el tiempo o edad de los Gentiles.

Esta serie de sietes no guía a la Octava, el nuevo comienzo, los nuevos cielos y tierra. Consecuentemente hallamos que la séptima fiesta del año se expande, y la prominencia se da “al octavo día” (Levítico 23:39). El pronóstico profético que conllevan las fiestas de Israel es de por sí un estudio, pero el lector percibirá algo del propósito que tienen si exhibimos todo el conjunto de las fiestas tal como se exponen en el capítulo veintitrés.

## LAS SIMBÓLICAS FIESTAS AL AÑO DE ISRAEL (Lev.23)

### *Las primicias o primeros frutos*

A El Sabbath Semanal (1-3).

B La Pascua. Redención por sangre (5-8).

C Los Panes Sin Levadura. Actitud presente (9-14).

D Pentecostés. El final de la primera cosecha (15-21).

(Intervalo, la mención del “Extranjero”)

### *La cosecha*

A El Sonido de Trompetas (24, 25).

B El Día de la Expiación. Expiación por sangre (27-32).

C Los Tabernáculos (34-38).

D La Recaudación en el Granero de la Cosecha (39-44).

### *El octavo día*

Este no es ni el lugar ni el momento de discutir complejas cuestiones sobre cronología, pero recomendamos la lectura del Apéndice 179 de la Companion Bible, pues exhibe muy convincentes razones por la creencia que sostiene el 25 de diciembre como el mes en el cual fue “incubado”, “generado” el Salvador, naciendo así al 29 de septiembre siguiente, del año 4 antes de Cristo. Ahora bien, el 29 de Septiembre es el quinto día de Tisri, o dicho de otra manera, nuestro Señor nació en el primer día de la Fiesta de los Tabernáculos, y fue circuncidado al octavo día de la fiesta. Juan es el único escritor del Nuevo Testamento que habla de la Fiesta de los Tabernáculos, y es el único que dice, que, “La Palabra se hizo carne y *tabernaculó* (*eskenosen*) entre nosotros (1:14).

Ahora debemos regresar al séptimo capítulo e intentar comprender su importancia. Existe un paralelo entre la sugestión que le hacen los hermanos del Señor para que subiera a Jerusalén y diese abiertamente a

conocer Sus obras, Sus reclamos, y la tentativa sugestión de María en la fiesta de casamiento, cuando le dijo, “no tienen vino” (2:3), siendo que, en los dos casos, la respuesta del Señor es la misma:

“Mi hora todavía no ha llegado” (2:4).

“Mi tiempo todavía no ha llegado” (7:6).

Tenemos que distinguir entre el “tiempo” (*kairos*), en el cual la oportuna intervención de Cristo es vista desde el punto de vista humano, y la “hora” (*hora*), que era Su hora desde el punto de vista en el orden de Dios.

La pública operación de las señales y milagros por el Señor, y al mismo tiempo, la continua persecución y la orden para que no se diese abiertamente a conocer, a los ojos de la sabiduría mundana, le producían una gran duda y contradicción. La duda y cuestión de si es que el Señor debía o no debía mostrarse abiertamente en la Fiesta se gobernaba por el hecho de que, Su “tiempo”, por aquel entonces, “todavía no había llegado” (7:8). En 7:6 “llegado” es *pareimi* “estar presente”, así como en 11:28 “El Maestro está aquí”; sin embargo el “no se ha cumplido” en 7:8 es *pleroo*, como en “hasta que el tiempo de los Gentiles se cumpla del todo” (Lucas 21:24).

La ausencia del Señor de la fiesta, y su subsecuente llegada “en secreto” fue enteramente gobernada por la conciencia de “Su hora”. Provocar el “odio” latente antes de tiempo habría sido tan errado como retirarse cuando dicha hora llegara. Consecuentemente, por 12:1 y paralelas declaraciones en los demás Evangelios aprendemos, que nada pudo disuadirle de subir a Jerusalén, yendo allí a morir, cuando llegó la Fiesta de los Tabernáculos debida y apropiada.

Ahora dejamos atrás la sección devotada a Galilea y la incredulidad de los hermanos del Señor (7:1-10) y vamos a la más positiva enseñanza de 7:11-49. Esta porción, tal como la estructura intima, es dupla: (1) “a mitad” de la fiesta y (2) “en el gran día” de la fiesta. Por el hecho de que “los Judíos le procurasen en la fiesta, preguntando, ¿dónde está Aquel?” (7:11), vemos claramente que había un clima de gran expectación acerca de la fiesta. “Los Judíos” se distinguen de “la multitud” (7:11, 12), y generalmente en el Evangelio de Juan “el Judío” indica los Gobernantes. La multitud “murmuraba” (7:12), una palabra que se repite en el versículo 32.

Si bien que en la generalidad de los casos “murmurar” se toma con el significado secundario de “conspirar”, aquí no en tanto se utiliza en su sentido primitivo, esto es, de “murmurar en voz baja”, en parte por causa del temor a los Gobernadores. Este sentido es evidente, puesto que ningún hombre en sus sentidos cabales “conspiraría”, diciendo, “Es bueno”. Esta opinión, no en tanto, no era por unanimidad compartida. Otros objetaban y decían, “No, No; sino que engaña las multitudes”. Esta división de opiniones volvemos a encontrarla después que el Señor le hablara a la multitud de la ley y el sabbath:

- “Pues mirad, habla públicamente (con denuedo) y nadie le dice nada: ¿Habrán también los Judíos entendido que éste es el propio Cristo?” (7:26).

Esta inclinación hacia el reconocimiento Suyo se anula y silencia de nuevo, esta vez por la enseñanza tradicional de los Rabinos:

“Pero éste, sabemos de dónde es; sin embargo cuando el Cristo venga, nadie sabrá de dónde sea” (7:27).

“(Nosotros) sabemos”. – En el precedente capítulo, los Judíos, acaban de repudiar el reclamo del Señor, afirmando que Él es el pan que descende del cielo, diciendo de Él:

- “¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre tan bien conocemos? (6:42).

Las palabras, “Nadie ha de saber de dónde sea” no se puede referir a Su nacimiento, pues tanto los Gobernantes como la multitud, todos sabían que el Mesías iría a nacer en Belén, y ser el Hijo de David, como un relance al versículo 42 de este capítulo nos ha de probar.

La tradición Rabínica, que engañaba a la multitud, no dejaba de ser realmente sino un malentendido del típico carácter de Moisés, quien en primera instancia fue repudiado por Israel, y que huyó a Madián para morar en el lugar durante cuarenta años.

El Midrash Schir dice:

“Mi amado es como un corzo, como un cervatillo” (Cantares de Salomón 2:9).

- “El corzo aparece y se esconde, aparece y se esconde de nuevo. Así nuestro primer redentor (Moisés) aparece y se ocultó, y al tiempo apropiado aparece de nuevo. Lo mismo sucede con nuestro posterior y verdadero Redentor (el Mesías), a ellos les sería revelado, y de ellos se ocultaría otra vez.”

El comentario del Dr. J. Lightfoot es el siguiente:

“Los Gobernadores concebían una dupla manifestación del Mesías, la primera en Belén, que rápidamente desaparecía permaneciendo en oculto. Al tiempo adecuado se mostraría de vez; pero de qué lugar y a qué tiempo lo haría, nadie lo sabía. En Su primera aparición en Belén no vendría haciendo nada significativo o memorable; en Su posterior, era la esperanza y expectativa de la nación. Los Judíos, por tanto, lo que aquí le estaban diciendo a nuestro Salvador, es que, *cuando el Cristo viniera, nadie podría saber de dónde provenía*; tanto si supieran que Él había nacido en Belén o no, no en tanto, por Sus maravillosas obras, ellos concebían estas teniendo lugar en la segunda manifestación Suya; y, por tanto, la sola duda, si sería Él el Mesías o no, surgía porque conocían el lugar (Nazaret) de dónde provenía; pues habían aprendido por tradición, que el Mesías, vendría la segunda vez, de un lugar perfectamente desconocido para todos los hombres” (*La Hebrea y Talmúdica expectativa sobre Juan*).

### **Especial referencia a la Actitud de los Judíos hacia la Enseñanza del Señor (7:15 – 36)**

Recordaremos que se nos ofrece un ejemplo de la tradición Rabínica que tenía tanta influencia cegadora sobre las multitudes del pueblo, y tenemos que entender lo mejor posible la pregunta: “¿Cómo es que sabe éste de letras, sin haberlas nunca aprendido?” 7:15, y para eso debemos familiarizarnos con la actitud que adoptan los Escribas en este caso particular.

La palabra *gramma* “letras”, se deriva de *grapho* “escribir”, y al igual que la castellana palabra “letras” conlleva un cierto número de significados por detrás. En 5:47 se traduce “escritos, y refiere los escritos de Moisés. En Lucas 23:38 significa las “letras” del alfabeto, y en Hechos 28:21 significa las “letras” en la forma de epístolas. “La letra y la circuncisión” (Rom.2:27), “el régimen viejo de la letra” (Rom.7:6) y “la letra mata” (2ª Cor.3:6) son palabras que indican la ley en contraste con el espíritu y el evangelio. En el lenguaje de un ciudadano romano, significa “aprendizaje” en Hechos 26:24, y con la calificación añadida “santo” indica las Escrituras del Antiguo Testamento” en 2ª Timoteo 3:15.

En la mentalidad del “Judío” el “aprendizaje” y las “Escrituras” estaban tan entrelazados que el aprendizaje secular no debía provenir de otra fuente sino la suya. El “Escriba”, *grammateus*, debía ser como un “Alcalde de la Ciudad” entre los Gentiles (Hechos 19:35), pero las restantes sesenta y seis ocurrencias de la palabra, con la posible excepción de 1ª Corintios 1:20, se refieren exclusivamente a cuantos sus asuntos y negocios tuvieran que ver con las Escrituras. Del mismo modo *graphe* significa cualquier cosa “escrita”, pero no se le adjunta ningún otro significado en el Nuevo Testamento que no sea “las Escrituras”. La palabra “aprendido” en la pregunta de los Judíos no se refieren al aprendizaje en general, sino que indicaban que la persona así nombrada había sido pupilo atendiendo una escuela, tal como la de Hillel, Shammai o Gamaliel, por hacer mención de tres nombres que dejaron sus marcas en los tiempos del Nuevo Testamento. Las palabras de Mateo 7:28, 29 conllevan en sí mucha de la intención en la pregunta de Juan 7:15:

- “La gente se admiraba de Su doctrina: porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”.

Cualquiera que esté familiarizado con la literatura Rabínica se acordará cuán frecuentemente se introduce la enseñanza por frases tales como, “Tal como el Rabí así y así dice”.

“Nunca dejar pasar un pelo si quiera más allá de la línea de frontera vigilada del comentario y el precedente; pleno de balanceadas deducciones, y ortodoxa incertidumbre, e imposible literalismo” (Farrar).

Tan grande era la influencia de la tradición sobre las mentes de las personas, que, escrito está, de parte del gran maestro Hillel:

- “Pero aun cuando se llevó discursando de dicho asunto el día entero, ellos no recibían su doctrina, hasta que por fin dijo, *Así lo oí yo de Shemaiah y Abtalion*” (Hieros Pes.).

En el momento que percibimos que esta estrechez mental era característica y gobernaba a un pueblo que se hallaba tan atado esclavamente a la tradición y al precedente, podemos entender su asombro y desconfianza, y podemos además mejor apreciar la respuesta del Señor.

- “Jesús les respondió, y dijo: Mi doctrina no es Mía, sino de Aquel que me envió. El que quiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta” (7:16, 17).

Hay un cierto número de pasajes en el Evangelio de Juan donde el Señor declara que la doctrina o la palabra que Él habla no era Suya, sino que era la palabra del Padre que le envió. Hay siete dichos pasajes subsecuentes a la declaración inicial de 3:34. “Pues Aquel Quien ha sido enviado, las palabras de Dios



habla”. Esto es una declaración de prueba, y a través del Evangelio de Juan esta desafiante prueba se encuentra y se afirma. Este asunto está tan entrelazado con la textura del evangelio de Juan, que no se deben escatimar esfuerzos con tal que pueda ser visto y apreciado; y es por eso que aquí damos los restantes pasajes:

- “Yo le hablo al mundo aquellas cosas que he oído de Él” (8:26).
- “Así como me enseña Mi Padre, digo Yo estas cosas” (8:28).
- “Yo no he hablado de Mí mismo; sino que el Padre Quien Me envía, Él me ha dado un mandamiento, qué deba Yo decir, y qué debo hablar” (12:49).
- “Cualquier cosa que Yo digo, por tanto, así como me la contó el Padre a Mí, así lo digo” (12:50)
- “Las palabras que yo os digo no las digo de Mí mismo” (14:10).
- “La palabra que escucháis no es Mía, sino del Padre Quien Me envió” (14:24).
- “Yo les he dado las palabras que Tú Me diste a Mí” (17:8).
- “Yo les he dado Tu Palabra” (17:14).

El Señor no tan solo enfatiza el hecho de que, como el Enviado, habla las palabras que le han sido a Él dadas, sino que además arroja mucha luz sobre la faz moral de la cuestión, pues nos ofrece más de un comentario sobre el egoísta espíritu que escoge lo contrario.

- “Aquel que habla de sí propio su propia gloria procura; sin embargo, Aquel que procura la gloria de Aquel Quien le envió, este propio es verdadero, y no hay injusticia alguna en Él” (7:18).

El Señor no tan solo habla desde el punto de vista del orador, y antepone la gloria de Aquel Quien le envió primero, sino que además demuestra que en el mismo espíritu debe actuar el oyente, pues de hecho, escuchar, no es otra cosa sino prestar atención a cuanto se dice, y siempre y cuando el orador se refiera con un punto de vista a su propia gloria, o un oyente escuche del honor del orador, el testimonio queda minado y el mensaje degenerado.

- “Yo no recibo honor de los hombres...Cómo podéis vosotros creer, si recibís honor los unos de los otros, y no procuráis el honor que proviene tan solo de Dios?” (5:41, 44).

El lector debe recordar que estas citaciones, “gloria” y “honor” son traducciones de la misma palabra griega “*doxa*”. Lo mismo es verdad de 8:50 y 54.

Además, en varias ocasiones, el Señor da a conocer unas ciertas morales o espirituales cualificaciones para “oír” o “conocer” bien.

- “Si alguno quiere hacer su voluntad, sabrá de la doctrina, si es que sea de Dios, o si Yo hablo de Mí Mismo” (7:17).

El lector ya habrá observado que hemos mudado el palabreado de la Versión Autorizada, “haga su voluntad” por “quiera hacer su voluntad”.

*Thele to thelema.* Debemos evitar confundir el verbo *thelein* con la forma del futuro simple. Otro ejemplo lo encontramos en Juan 8:44, en la acusación, “vosotros cumplís el deseo de vuestros padres”.

*Thelein* sale en 5:6, 40; 6:67; 9:27; 12:21; 16:19, donde se lee la forma “empeño” “querer” y “estar deseando”, y precisamos tener cuidado en la traducción para abolir la ambigüedad y la plena fuerza del “empeño” sentido. Otro aspecto de esta materia se da en 8:43, donde el Salvador dijo:

- “¿Cómo es que no entendéis Mi lenguaje, por qué no podéis oír Mi voz?”.

Sin embargo se da un punto de vista distinto del tema se encuentra en el décimo capítulo:

- “Pero vosotros no creéis, porque no sois de Mis ovejas” (26).

Anteriormente, Juan había dejado por escrito:

“No tenéis Su palabra morando en vosotros; pues Aquel Quien ha enviado, vosotros no le creéis...Pero Yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros” (5:38, 42).

Probablemente sea en esta última referencia donde obtengamos la llave para todos los malentendidos, todos los fracasos a la hora de oír y aprender. Siempre cuando y donde se halla el amor de Dios, ahí hay “gran deseo” para hacer Su voluntad, y tanto la creencia, como el entendimiento y atención, han de ser el resultado natural subsecuente, pero sin ese amor, todos cuantos escuchan han de venir a probar ser una tierra pobre, donde la simiente rápidamente se seca y se vuelve vana. Ellos bien “oían”, pero “no comprendían”

Debido a la persistencia reiterando el Señor que Él era el Enviado, los gobernantes del pueblo procuraban echarle mano, pero no podían “puesto que todavía no había llegado Su hora” (7:30). A la hora de acercarse los siervos de los Fariseos y Sumos Sacerdotes para prenderle, el Señor dijo:

- “Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y entonces me voy para Aquel que me envió. Vosotros me procuraréis, y no Me hallaréis; y dónde Yo estoy, todavía vosotros no podéis venir” (7:33, 34).

Este dicho fue causa de muchos malentendidos entre los Judíos, pero lo más lejos que sus pensamientos carentes de entendimiento los llevaba era a decir:

- “¿Se irá a los dispersos entre las Naciones, y enseñará también a los Gentiles? (7:35).

Algo bien más profundo, en algo más amplio, algo que conlleva dentro los aspectos propios de la vida y la muerte, es donde, sin embargo, está contenido en la respuesta del Señor. Estos hombres habían sido enviados para prenderle, y sus maestros y amos procuraban asesinarle. Su rencorosa intención tan solo no tuvo lugar porque “todavía” no había llegado Su hora.

“Todavía un poco de tiempo he de estar con vosotros”

Entre la Fiesta de los Tabernáculos y la fiesta de la Pascua transcurrían más o menos seis meses, y solamente entonces habría llegado Su hora. En la primera mitad del Evangelio de Juan nos encontramos con

*mikron chronon*, “un poco de tiempo” (7:33 y 12:35). En la segunda mitad del Evangelio de Juan se omite la palabra *chronon*, y el adverbio *mikron* por sí se utiliza siete veces, y en la primera ocurrencia el Señor les recuerda a Sus discípulos lo que les había dicho anteriormente

- “Hijitos, todavía un poco de tiempo mientras esté con vosotros. Vosotros me buscaréis; y como le dije a los Judíos, donde Yo voy, vosotros no podéis venir, así os digo ahora a vosotros” (13:33).

Las implicaciones de esta declaración son sorprendentes. No se hace diferencia alguna entre los incrédulos Judíos y los discípulos creyentes. Debemos no en tanto dejar de lado este problema hasta que llegemos al capítulo trece y dedicarnos ahora a nuestra presente labor. Está claro que no hay nada contrario a la esperanza del creyente en estas solemnes palabras, pues la siguiente ocurrencia de *mikron* está repleta de promesa y esperanza:

- “Todavía un poco de tiempo, y el mundo no ha de verme más; pero vosotros Me veréis; porque Yo vivo, también vosotros viviréis” (14:19).

Nos aguardan más obstáculos en el pasaje de Juan 16:16, 17, 18 y 19, con los cuales debemos ocuparnos a su debido tiempo. Los Judíos estaban evidentemente perplejos tal como podemos comprobar viendo al Señor confirmando que les está hablando por alegorías (16:25).

El Señor mantiene siempre delante de ellos dos relativos movimientos, los cuales, cuando se combinan, llevan a buen término Su labor.

- Él era el Enviado.
- Él tenía que regresar para Aquel Quien le envió.

Ya hemos llamado la atención para la frecuente ocurrencia de la palabra “enviado” en conexión con el Señor y Su ministerio, así que no nos repetiremos aquí, sin embargo, no hemos de seguir adelante, sin comentar, el hecho de que, el Señor, siempre tenía delante el retorno por vía de la ascensión “donde Él estaba primero”. Esto puede comprobarse fácilmente en 13:1 y 3.

- “Había salido de Dios, y a Dios iba”.
- “He acabado la obra que Me diste que hiciera... Yo voy a Ti” (17.4, 11).

En este doble aspecto de la comisión del Señor podemos verle como el “Apóstol”, el “Enviado de Dios” y el “Sumo Sacerdote”, Aquel Quien regresa a Dios, con su obra acabada (Hebr.8:1). Estas cosas tuvieron lugar “en el medio de la fiesta” (7:14), pero el Señor reserva una fase de Su enseñanza hasta “el último día, el gran día de la fiesta” y esto es lo que iremos a considerar ahora.

### **El Gran Día de la Fiesta (7:37 a 8:1)** **El Estigma de Galilea (7:52)**

- “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. (Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado)” (7:37-39).

Un poco más adelante vamos a exhibir las líneas superficiales de las grandes fiestas de Israel tal como se registran en Levítico 23, y veremos que la fiesta de los Tabernáculos concluye el año festivo. En el versículo 36 leemos de un “octavo día” en el cual había una santa convocación y una solemne asamblea. Este octavo día es “el último día” de todo el año festivo y presagia “el último día” que formaba parte de la profética visión, y además, encuentra un lugar en el Evangelio que estamos considerando.

No podemos por tanto considerar accidental o fortuito, que, la expresión “el último día”, aparezca aquí exactamente *siete veces*, de las cuales seis ocurrencias hacen referencia al último día cuando los hombres sean resucitados y juzgados (6:39, 40, 44, 54; 11:24; 12:48), y una única referencia (7:37), en la cual el octavo día de la fiesta de los tabernáculos permanece como un tipo del gran día de la restauración y la cosecha en el granero.

Por fuentes Rabínicas descubrimos que había con esta fiesta asociada un diseño ceremonial y una ofrenda en libación de agua. Vamos a exhibirla en las palabras citadas por el Dr. J. Lightfoot:

- “¿De qué manera se lleva a cabo esta ofrenda del agua? Se llenaba un recipiente de oro que contenía cerca de medio litro de capacidad, proveniente de Siloé. Cuando se acercaban al pórtico de las aguas hacían sonar sus trompetas y cantaban. Entonces un sacerdote subía ascendiendo las escaleras del altar y giraba hacia su lado izquierdo. Allí había dos recipientes de plata, uno con agua, el otro con vino: el sacerdote entonces derramaba un poco de agua en el vino, y parte del vino en el agua, y así realizaba el servicio... Quien nunca se haya percibido del regocijo que sucedía en el derrame de esta agua, jamás ha sentido el verdadero regocijo de ninguna manera”.

De acuerdo al *Midrash Koheleth* los Judíos reconocían que el Redentor posterior había de procurar agua para ellos, tal como lo hizo el primer redentor, Moisés.

Hay división de opiniones entre los escolares en cuanto a si la ceremonia del agua se omitía en el octavo día, o sería incluida, tal como el Rabí Judá Hakkadosh en su extracto, *Succah*, afirma. Si la ceremonia se incluía en el octavo día el Señor se estaría refiriendo y llamando la atención sobre Sí Mismo como el gran Ante-tipo; si se omitía, entonces estaría utilizando la propia omisión para llamar la atención hacia la total plenitud en Sí Propio.

La ceremonia del derramamiento del agua se reconocía por algunos como refiriéndose al golpear de la roca que se llevó a cabo por Moisés; por otros, que sería una simbólica representación de la lluvia necesaria para una nueva cosecha anual, y otros cuantos, juzgan que se refiere a Isaías 12:3 y al derramamiento del espíritu en el día del Mesías. Cualquiera que pueda ser la idea cierta, era una característica de preparación del Señor utilizar algunos acontecimientos pasados como un medio para predicar la verdad que actualmente enseñaba. Esto fue precisamente lo que hizo en conexión con el agua mientras se hallaba sentado al borde del pozo de Samaria (4:10). Las palabras que clamó, “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba” (7:37), son

reminiscentes de Isaías 55:1 y Apocalipsis 21:6. Además, hay una serie de referencias que se conectan en estos primeros capítulos de Juan y asocian a Cristo como el Ante-tipo con las experiencias de Israel. La serpiente de bronce (3:14, el maná (6:51) y ahora el agua de la Roca, son ejemplos que sobresalen. Las palabras siguientes en 7:38, 39 también han dado ocasión a muchas conjeturas. “Aquel que cree en Mí” ha sido entendido y asociado con el versículo previo, como si dijese, “Dejad que beba todo aquel que crea en Mí”. Alford sin embargo dice de esto, “la dificultad (de esta lectura) está por encima de cualquier y todo ejemplo”.

“Como dice la Escritura”. – Nada del Antiguo Testamento se cita por el Señor en este pasaje, a no ser un simple trozo que puede ser hallado por Mateo 2:23. Sin embargo, el sentido y profética importancia de muchas Escrituras justifica la afirmación del Señor, entre ellas profecías tales como Isaías 12:3; 55:1; 58:11, Ezequiel 47:1-12, y Zacarías 14:8. Además, hay una división de opiniones en cuanto a “quienes” son así referidos en las palabras: “De su interior correrán ríos de agua viva”. Algunos perciben en estas palabras una exclusiva referencia a Cristo, que por Él, el Dador, fluirán ríos de agua viva, y justifican esta lectura por las palabras de explicación que vienen a seguir: “Esto decía del Espíritu”. Nosotros, no en tanto, no podemos ignorar pasajes similares tales como aquel que encontramos en Juan 4:14:

- “Pero aquel que bebiere del agua que Yo le dé, nunca más volverá a tener sed, sino que el agua que le daré SERÁ EN ÉL UNA FUENTE DE AGUAS QUE SALTE para vida eterna”.

La idea que conlleva en 7:38 no es distinta de esta.

No debemos, en este capítulo, fracasar a la hora de otorgarle su debido peso a la enseñanza Rabínica que tanto moldaba el lenguaje como los pensamientos de aquellos que escucharon las declaraciones del Señor. Aquí damos un ejemplo, citado por Bloomfield:

- “Cuando una persona se vuelve para el Señor, es como una fuente repleta con aguas vivas, Y RIOS CORREN DESDE ÉL hacia las personas de todas las naciones y tribus” (*Sohar. Chadesch*).

El uso actual y moderno considera un tanto dudoso el libre empleo de la palabra “vientre”, así como las siete referencias a los “intestinos” que encontramos en las epístolas de Pablo no se tienen como aceptables lecturas por las “personas educadas” de hoy en día. La griega *koilia*, al igual que las hebreas *beten* y *qereb*, generalmente denotan la parte más íntima del hombre, y es casi sinónima con el uso que nosotros damos del “corazón” hoy en día.

Es muy característico de Juan recurrir a una palabra de explicación en el transcurso de la narración, y esto es lo que aquí está haciendo:

- “(Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado)” (7:39).

Esta tendencia de ayudar a los lectores con una palabra de explicación podremos observarla en pasajes tales como 2:25, 6:64; 9:22; 11:13, etc. El evidente significado es que la dispensación de Espíritu era

contingente sobre la glorificación y ascensión de Cristo, y esto es lo que está implicado en Juan 14:16, 17 y 16:7 y se declara con total transparencia por Pedro en el día de Pentecostés:

- “Habiendo sido exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que veis y oís” (Hecho 2:33).

La referencia al Señor siendo “glorificado” en el evangelio de Juan visa generalmente la ascensión y presentación actual del Salvador a la diestra del Padre (12:16; 13:32; 17:5), pero esto no significa de ninguna manera limitar la gloria del Señor a tan solo estos acontecimientos o periodos. No hay aquí artículo alguno delante de la palabra *pneuma*, y no hay necesidad alguna por tanto de limitar la referencia tan solo al día de Pentecostés o a los dones Pentecostales. La nueva natura y la vida espiritual que dependen sobre la glorificación del Hijo de Dios deben también incluirse, especialmente, cuando vemos que este comentario de Juan fue escrito años después que hubiesen los tales dones cesado de ser la experiencia regular de la iglesia.

Una vez más vemos que había una división entre la gente concerniente a Cristo:

- “Algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? Hubo entonces disensión entre la gente a causa de Él” (7:40-43).

Hace parte del confeso propósito de Juan mostrarnos cómo las señales producidas por el Señor guían a la convicción de que “Jesús es el Cristo”. Esto se asocia en algunos pasajes con una vaga referencia a “aquel” o a “el”, y mismo a “un” profeta (1:21; 4:19; 6:14; 7:40; 9:17), y podrá observarse que, la referencia última, ocasiona la convicción del hombre nacido ciego. Ya hemos visto cómo la mujer de Samaria fue pasando de percibir que el Salvador era “un Profeta” (4:19) hasta la cuestión en cuanto a si era Él “el Cristo” (4:29), y finalmente, llegando a la convicción de que realmente así era (4:42). Al cierre del sexto capítulo vuelve de nuevo a registrarse la confesión: “Nosotros creemos y estamos seguros que Tú eres el Cristo” (69).

En el pasaje que estamos viendo esta duda agita a la multitud reunida en asamblea en Jerusalén:

- “¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo?”
- “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?”
- “Otros decían: Éste es el Cristo” (7:26, 31, 41).

El argumento, extraído por el hecho escritural de que el Cristo debía nacer en Belén, lo cual se empleó en contra del propio Señor, es un trágico ejemplo del mero uso de algunos textos de la Escritura en vez de escudriñar procurando con diligencia un entendimiento comprensivo de los tales.

Para todos cuantos tuvieran consigo el amor de Dios morando en ellos, debían tener consigo tanto la evidencia escritural de que el Salvador moraría en la ciudad de Nazaret (Mateo 2:23), como además que Él habría nacido en Belén (Mat.2:5, 6). La pregunta, “¿De Galilea ha de venir el Cristo?” (Juan 7:41) no deja de ser sino un eco repetido del profundo prejuicio arraigado hallado también en *el Israelita sin engaño* (1:46).

Los Fariseos se enfurecieron viendo que sus siervos regresaban sin traer con ellos al Salvador por prisionero, y aún más cuando estos siervos les dieron sus razones, “Nunca hombre alguno habló como éste hombre” (7:46).

En su insensata furia preguntaron, “¿También vosotros habéis sido engañados?”, así como quebraron todas las reglas de justicia y de buenas costumbres replicando a la moderada sugestión de Nicodemo, “¿eres tú también Galileo?” (7:52). Lo único que importaba con los Fariseos era evidentemente, “¿Acaso alguno de los gobernantes o de los Fariseos ha creído en Él?” (7:48). Aquello que la gente común creía no importaba absolutamente nada, pues en la consideración de estos hombres, la gente que no conocía la ley, era maldita. Nicodemo nunca anunció públicamente su fe, sino que, aparentemente al menos, tomó la actitud del Sanedrín y la utilizó para llamarlos a razón, si fuera posible, a un sentido de justicia y verdad.

- “¿Condenáis vosotros a la multitud por no conocer la ley, y sin embargo olvidamos nosotros la ley condenando a un hombre sin haberle oído?” (*Cambridge Testamento Griego.*)

Se han pasado veinte siglos desde que Nicodemo declarase este principio tan elemental. En contra de la intolerancia e intransigencia de los miembros del Sanedrín, hay cristianos píos y doctos quienes en otros campos y materias despreciarían imitar a los Fariseos, sin embargo, los lectores del Expositor de Berea tienen consigo una penosa recolección de panfletos y artículos que tienen por objetivo exponer y condenar aquello que sus escritores denominan “Bullingerismos”, en los cuales los escritos actuales del Dr. Bullinger *nunca se citan*, siendo sin embargo su autor “condenado sin ser oído”. Un tratamiento similar tanto oral como por páginas impresas nos ha llegado a nuestras manos, habiendo servido como un triste consuelo para darnos cuenta que la historia se repite en sí, y que lo mismo se sufre hoy en día. Ojalá nosotros - sin tener en cuenta como seamos tratados por otros – nunca condenemos a una persona “sin ser oída”. Convidamos al lector a escudriñar las páginas de todos nuestros libros durante los últimos cuarenta años para descubrir si es que haya criticismo alguno sobre los escritos de otros sin que se dé la plena citación en base de dicha crítica. Es triste pensar que el inconfeso Nicodemo, o que el poco iluminado divinamente Gamaliel, puedan dar morales indicaciones a los cristianos hoy en día. “Escudriña y ve, que de Galilea nunca se levantó profeta alguno”. Nosotros no “condenaremos” ni tan siquiera a estos Fariseos “sin oírlos”. No acudiremos a la insostenible conclusión de que no supieran ellos aquello que debe estar claro para todo y cada lector, esto es, que Jonás era natural de Galilea; “Jonás hijo de Amitai, profeta que fue de Gat-hefer” (2ª Reyes 14:25). El lector ha de encontrar Gat-hefer señalado en el mapa a unos seis kilómetros al norte de Nazaret.

Otros profetas han sido mencionados los cuales es muy probable que provinieran de Galilea, Nahun de Elcos, Oseas del reino del norte, Eliseo y Elías, si bien no sea posible afirmar con toda la certeza que allí nacieran efectivamente. No parece por la réplica a Nicodemo que los Fariseos negasen que Jonás proviniera de Galilea, sino que debido a los prejuicios que los Judíos mantenían de los Galileos, dijeron:

- “No querrás tú, siendo como somos, de Jerusalén, hacernos creer que como un cualquier profeta, mucho menos de la talla del Propio Mesías, debiera o pudiera haber salido de Galilea”.

Él fue realmente “despreciado y repudiado de los hombres”. Y así, “Cada uno se fue a su casa, y Jesús se fue al monte de los Olivos” (7:53; 8:1).

## La estructura de Juan 8:2-59 junto con una examinación de la sección en debate, Juan 7:53 a 8:11

El lector probablemente sepa, sin nosotros decirle, que el pasaje que tenemos delante se reviste de una gran dificultad, no tanto en cuanto a su enseñanza, sino en cuanto a si realmente debiera o no estar incluido en la Escritura inspirada. La Versión Revisada por ejemplo al margen dice:

- “La mayoría de las autoridades antiguas omiten Juan 7:53 a 8:11. Aquellas que la contienen varían en mucho unos de otros”.

Scrivener dice:

- “Si bien su ausencia es norma en muchas excelentes copias, también es cierto que no ha sido puesto de lado en algunas de las más tempranas; mientras que los argumentos en su favor, internos aún más que externos, son tan poderosos, que difícilmente podamos considerarlo como un mero apéndice sin autoridad escrito por uno que, en otro de sus libros inspirados, desprecia tan solemnemente la añadidura o el poner de lado algo del bendito testimonio que fue comisionado a portar” (Apoc.22:18, 19).

Bloomfield ha llevado a cabo un exhaustivo análisis de la evidencia tanto a favor como en contra de la retención de este pasaje que todo lector interesado debería consultar. Como muestra de la extrema dificultad que asiste al criticismo textual, puede ser citada de paso la disputa habida entre Bloomfield y Alford:

“En cuanto a lo que Alford afirma, que *la mayor parte del argumento en contra del pasaje se halla en su total diferencia del estilo del Evangelista, no tan solo en el uso de muchas palabras y frases no Juaninas*, yo no estoy de acuerdo que así sea, y debe tenerse en cuenta además, que, la lógica de dicho argumento, es muy falaz, no llevando a parte alguna sino a un palabreado sin fin, y de manera alguna *asienta* una cuestión de este tipo” (Bloomfield).

Webster y Wilkinson, resume de esta manera el asunto:

- “La evidencia externa a favor y en contra de la genuinidad de este pasaje, deriva del número y valor de los Massoras y las versiones en las cuales está contenido u omitido, pues es casi equitativo”
- “La evidencia interna es preponderante en gran manera en su favor como genuino

- (1) Ninguna discrepancia de ningún tipo puede señalarse entre su estilo y el estilo usual del evangelista. Antes bien, todo lo contrario, vea (2), (4), (6), (7), (9).
- (2) La conducta de nuestro Señor en la ocasión aquí registrada, está de acuerdo con Su conducta general... tanto así que podría ser aducida como un buen ejemplo de coincidencia no intencional...
- (3) Al mismo tiempo, el tratamiento de la mujer acusada sería obviamente susceptible de ser malentendido, y presentaría muchas dificultades a los comentaristas más antiguos del nuevo Testamento.



- (4) La falsedad de los Escribas para encontrar asuntos de acusación contra Jesús está de acuerdo con los atentados registrados en Lucas 20, esto es, la indagación concerniente a Su autoridad y la cuestión acerca del dinero tributario,
- (5) Su respuesta es del mismo carácter...creando una dificultad o dilema.
- (6) Cada uno de los tres restantes evangelistas relata, o alude, el atentado de los Escribas y Fariseos que mencionamos anteriormente...de ahí que nos parezca natural que Juan relate uno...y uno que no sea referido por los demás.”

La *Companion Bible*, después de dar una sinopsis del estado de los Massoras, nos dice de este pasaje:

“Hubo otro atentado seguido en 7:32, y referido en 8:15”

Seguir persiguiendo la cuestión más lejos precisaría un profundo conocimiento de los principios del criticismo textual, un estudio que vaya más allá del alcance de un tal testimonio como el representado en estas páginas. Así, pues, continuaremos nuestros estudios en el Evangelio, con la seguridad de que el pasaje que tenemos delante forma parte integral del registro inspirado, si bien seamos incapaces de explicar la omisión de estos doce versículos en algunos importantes Manuscritos.

Ahora debemos dirigir nuestra atención al sujeto, al tema de todo el pasaje; debemos cuestionarnos cómo se lleva a cabo el gran objetivo del Evangelio. Al tiempo que nos hacemos esta pregunta y procuramos la respuesta, el problema de la mujer hallada en adulterio recae en un segundo plano y se contrapone sobresaliendo antes bien la antipatía de los Judíos, puesto que traen el caso delante del Señor con el intento de hallar en Él algún antagonismo o contradicción significativa para con la ley de Moisés, pues “procuraban matarle”

Una vez más nos vemos confrontados con el problema de la estructura. Si vamos a ver la estructura de 8:21-59, tal como está expuesta en *La Companion Bible* seremos conscientes de la dificultad que nos aguarda. Aquí tenemos nada menos que once parejas de “el Señor” alternadamente con “los Judíos”, y un examen del pasaje nos muestra que el análisis está correcto. Por otro lado, sentimos que de vez en cuando ha de ser en interés de la verdad sacrificar la mera exactitud verbal con el objetivo de que la verdad esencial que hay por detrás pueda ser evidenciada. Una vez que muchos de nuestros lectores poseen *La Companion Bible* y pueden consultar la estructura en ella exhibida, no tenemos la menor duda en presentar el siguiente esquema suyo, y al hacerlo, llamar la atención a unas cuantas sobresalientes características.

Cada una de las tres largas secciones, C 8:9-25, E 8:27-44 y C 8:45-58, nos traen en prominencia el gran clamor del Señor “YO SOY”. Ahora vamos a ocuparnos con la cuestión de la exactitud de esta traducción. El pasaje comienza y acaba con la mención de la sentencia Mosaica de la “lapidación” o “apedreamiento”, B 8:3-8 y B 8:59. Mucho se ha dicho sobre el hecho de que el Señor hablase y se mantuviera firme por la verdad. *Aletheia* “verdad” o “verdadero” aparece siete veces en el octavo capítulo, esto es, en los versículos 32, 40, 44, 45 y 46. No nos sorprende comprobar que el desafío de los Fariseos “Tu testimonio no es verdadero” (C b 12, 13) se contrabalancee por “sería un mentiroso como vosotros” (C b 47-55), o que el clamor “Aquel que Me envió es verdadero” (D 8:26), encuentre su eco repetido en la acusación puesta contra el diablo, “es un mentiroso, y el padre de mentira” (D 8:-44).

Una vez más, no podemos dejar de regocijarnos viendo los dos pasajes concernientes a la “convicción” (9-11 y 45, 46) puestos en tan fuerte contraste.

Estamos bien conscientes de lo inadecuado que resulta el miembro central. Existen once ocurrencias de *pater* “padre” en esta sección, y un argumento que surge de la declaración del Señor concerniente a la libertad, que nos llevan a través de la cuestión de la simiente de Abraham y de los actos de Abraham hasta la gran descubierta: “Vosotros cumplís los actos de vuestro padre”.

### Juan 8:2-59

A 2. En el interior del templo.

B 3-8. Lapidación (la sentencia Mosaica para adulterio).

C 9-25 **a** 9-11 ellos, ACUSADOS (convencidos) por su propia conciencia

**b** 12, 13 Tu testimonio no es verdadero.

YO SOY **c** 14-24. YO SOY

**d** 25. Lo mismo que desde el principio

D 26. Aquel que Me envió es VERDADERO.

E 27-44 **e** 28. Mi Padre

**f** 39. Si Abraham fuse vuestro padre.

YO SOY **f** 42. Si Dios fuse vuestro padre.

**e** 44. Vuestro padre, el diablo, un asesino desde el principio

D -44. Es un MENTIROSO y el padre de mentira.

C 45-58 **a** 45, 46. ¿Quién de vosotros Me REDARGUYE de pecado?

**b** 47-55. Sería mentiroso como vosotros

YO SOY **d** 56-58-. Antes que Abraham fuese.

**c** -58. Yo Soy.

B 59-. Lapidación (la sentencia Mosaica por blasfemia).

A – 59. Saliendo fuera del templo.

El miembro denominado E 8:27-44 nos exhibe el esqueleto sobre el cual se recubre la enseñanza. Puede por tanto servir su propósito en el esquema general de 8:2-59.

Por el sexto versículo sabemos que la única razón trayendo a la mujer adúltera a la presencia de Señor, era inducirle a que hiciera una cualquier declaración con la cual pudiesen “acusarle”.

Vemos, por el registro de Mateo, que cualquier palabra o acto del Señor que hubiese o bien repelido sus ataques o que hubiera puesto al descubierto sus perversos intentos, causaba un mayor rencor en las mentes de sus adversarios, y que algunas veces intentaron pagarle con Su misma moneda (Vea Mateo 22:15, 22 con el dilema de 21:23-27).

De nuevo vemos en Juan 8:6 que estos Escribas y Fariseos procuraban alguna vía para “acusarle”. Ahora bien, las únicas ocurrencias restantes de *katagoreo* en el Evangelio de Juan son:

“No penséis que Yo voy a acusaros...hay quien os acusa, Moisés” (5:45).

Sucedía por tanto todo cuanto deberíamos esperar, que estas palabras rechinarían a sus oídos produciéndoles ira, y conducían a estos hombres a procurar ardientemente una vía en la cual mudar el rumbo de la pelea. En este punto, al igual que en todos los atentados que perpetraron, fracasaron rotundamente, y no solo eso, sino que además fueron obligados por sus propias conciencias a reconocer su propia culpa, una

característica de la estructura y del propósito de este capítulo ya antes observado (vea “convicto”). ¿Por qué se agacharía el Señor para escribir con Su dedo en tierra? Nuestras versiones (inglesas) dicen, “Como si no los escuchase” (8:6), pero se omite por la Versión Revisada y todos los críticos textos griegos (y en las versiones castellanas).

Hay numerosas sugerencias ofrecidas al lector por los comentadores. Un punto de vista nos dice que Él adoptó la clásica actitud referida por Plutarco:

- “Sin pronunciar una sola sílaba, simplemente por bajar la mirada, o *agacharte*, o *fijar la vista sobre el suelo*, tú bien puedes anular las necias importunidades” (Citado por McClellan).
- “Probablemente estuviera señalándoles la palabra escrita, como si les dijese: Tenéis con vosotros la voluntad de Dios sobre este asunto escrita en las Escrituras; ¿para qué Me preguntáis?” (Webster y Wilkinson).

-

Sadler ve una referencia a Números 5:11-30, donde la prueba o examen para el adulterio se asocia con “el polvo que está en el suelo del tabernáculo”.

*La Companion Bible* ve en esta escritura en tierra una alusión a las maldiciones que se escribieron (Números 5:23).

*El Testamento Griego de Cambridge* dice: “Es muy posible que escribiendo en las baldosas de piedra del Templo desease recordarles “las tablas de piedra”, escritas por el dedo de Dios”.

Stier ve en el acto una referencia a Jeremías 17:13.

Dean Farrar ve: “Un símbolo de que las cosas así escritas en el polvo podían ser anuladas y olvidadas”.

Lightfoot nos dice que Rabban Jochanan ben Zaccai, quien no duda sería miembro del Sanedrín en aquella altura, habría puesto de parte la pena capital por adulterio, alegando las palabras de Oseas 4:4 aplicables al tiempo entonces actual y presente. El Salvador debía estar plenamente consciente de este hecho, y percibiría la trampa que habían ocultado para atraparle Sus pies. En conexión con la prueba de una mujer adúltera los Judíos tenían una máxima, que la prueba en sí quedaba anulada a menos que su marido estuviere libre de defectuosa castidad.

- “Los actos que nuestro Salvador lleva a cabo aquí están directamente de acuerdo a la equidad de esta máxima, y se propuso firme y deliberadamente Él Propio juzgar a estos acusadores que acusaban a la mujer, y trajeron para ser probada. Como si Él les estuviera diciendo...Permitidme lo siguiente, como si personase al sacerdote que tuviera que juzgar a la esposa sospechosa, y permitidme además que apele la igualdad de vuestras propias reglas: Vosotros decís, el juicio de una mujer adúltera viene a probarse sin efecto sobre ella en cuanto al castigo condigno, si su marido fuese culpable de igual crimen. Ahora bien: Vosotros acusáis a esta mujer, y la habéis traído bajo Mi prueba; ¿estáis vosotros propios libres de esta falta? Si lo estáis, apedreadla. Aquel que esté sin pecado, que tire la primera piedra”. (*Sermones* de Lightfoot).

Por nuestra parte, una combinación de Lightfoot y Farrar aquí nos parece satisfactoria en todos los sentidos. Las demás sugerencias citadas anteriores nos parecen rebuscadas y que sobrepasan el argumento. No en tanto, es un asunto sobre el cual el dogmatismo está fuera de lugar.

No podemos refrenarnos de dar una citación más, y esta es, el memorable dicho de Agustín:

- “Dos cosas hay aquí puestas lado a lado juntas, Miseria y Misericordia”
- “Y aquellos quienes las escucharon, y *se quedaron convencidos* por sus propias conciencias, fueron saliendo uno por uno, comenzando por los más viejos, hasta el último” (8:9 R.V).

“Convencer”. Esto es: ¡Hasta el punto que llega este pasaje en el reto del Señor que se registra en este mismo capítulo!

- “¿Cuál de vosotros me redarguye (convence) de pecado?” (8:46).

*Elencho* aparece cuatro veces en el evangelio de Juan.

- “Todo aquel que aborrece odiando la luz, nunca viene a la luz para que sus actos *sean reprobados*” (3:20).
- “Siendo *acusados* (o convencidos) por sus propias conciencias” (8:9).
- “¿Quién de vosotros *Me redarguye* (convence) de pecado?” (8:46).
- “Él *reprenderá* (convencerá) al mundo del pecado” (16:8).

Hay tan solo dos ocurrencias más de esta palabra en los Evangelios, esto es, en Mateo 18:15, “Ve, y *repréndele*”, (*échale en cara su falta* na R.V.) y Lucas 3:19, “Y Herodes, *siendo reprendido* por Juan”. Podrá por tanto observarse que el uso de esta palabra en Juan 8:9 está enteramente en línea con el reconocido escrito de Juan, sin embargo, este punto no parece que lo hayan visto aquellos que repudian los once primeros versículos de este capítulo.

La senda ahora está abierta para que el Señor continúe Su enseñanza, y hallaremos un crecimiento persistente sobre Su Deidad, culminando en aquel más maravilloso clamor:

- “Antes que Abraham fuese, YO SOY”

### **Luz derramada sobre un pasaje complicado (de la primera epístola de Juan)**

Si la sección que trata con la mujer sorprendida en adulterio es vista y considerada como una intromisión, entonces las palabras de apertura de Juan 8:13, regresan retomando el discurso del capítulo previo. Por otro lado, si 8:1-11 forma parte del texto verdadero, entonces la referencia a la “luz” y el “andar en tinieblas” sería una legítima expansión del significado interno de la historia de la mujer acusada y sus auto condenados acusadores, pues el lector ha de recordar, que la primera ocurrencia de *elencho* (la palabra traducida “Me convence” R.V en el versículo 46), aparece en un contexto hablando de la “luz” y de las “tinieblas”

- “Esta es la condenación, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, pues sus obras eran malas. Pues todo aquel que hace el mal odia la luz, y no se acerca a la luz para que sus obras sean reprobadas” (3:19, 20 R.V.).

Esta conexión, estamos convencidos, es la única verdad, y así se refiere a la conciencia cauterizada de los hombres que no pueden permanecer en la luz; el Salvador continúa, como era Su costumbre, utilizando el incidente como un medio para enseñar la verdad.

- “Entonces Jesús de nuevo les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo: Aquel que Me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (8:12).
- “Los Rabinos denominan al Ser Supremo, *la luz del mundo*, y este título, cuando fue asumido por nuestro Señor, fue causa de ofensa para los Judíos” (Benjamín Wilson)

Lightfoot cita al Rabí Biba Sangorious, que dijo: “Luz es el nombre del Mesías”. En el capítulo 8 el doble clamor sigue afirmándose. “El Señor reclama que es el Mesías, el Enviado, también reclama ser el YO SOY. Este clamor, los Fariseos al principio procuraron anularlo introduciendo el canon Rabínico que dice, “nadie puede portar testimonio en su propia causa”. Este asunto ya venía siendo discutido desde 5:31 en adelante, donde el testimonio confirmativo de Juan el Bautista, el Padre, y las Escrituras son todos puestos encima de la mesa para confirmación de la fidelidad de Sus reclamos. La respuesta del Señor, a primera vista, parece un tanto oscura:

- “Aunque Yo porte testimonio de Mí Mismo, no en tanto Mi testimonio es verdadero; puesto que Yo sé bien de donde he salido, y adónde voy, sin embargo vosotros desconocéis de dónde vengo, y a dónde voy” (8:14).

Aunque esto se suplemente en los versículos siguientes por una referencia al carácter carnal de sus acusaciones y el carácter en contraste de Su propio juicio, el hecho de que no estuviese solo en éste testimonio, sino que, además, el Padre, Quien le había enviado conforme a la ley en sí, donde escrito está: “el testimonio de dos hombres es verdadero” (8:19); todo esto se ignora, y los Fariseos, pasando por alto estos puntos, se fijan para acusarle solo en las palabras iniciales, “Yo sé *de dónde* he venido”, diciendo, “¿*Dónde* está tu Padre?” Es prácticamente imposible separar al Padre y al Hijo, aun cuando puedan distinguirse teológicamente hablando. Pues igual sucede y bien podemos separar, teológicamente hablando, la fe y las obras, el arrepentimiento y la fe, etc., etc., pero no de una manera práctica. Estos hombres no conocían al Padre, y, de ahí, que tampoco pudiesen recibir al Hijo. Repudiaron al Hijo, y por eso permanecieron en la ignorancia completa del Padre.

El hecho de que estas cosas se enseñasen *en el tesoro* (o *lugar de las ofrendas*) (8:20), el cual se hallaba en el recinto del patio de las mujeres, es una evidencia añadida en favor de la veracidad del disputado pasaje concerniente a la mujer sorprendida en adulterio. El Señor resume Su testimonio, esta vez, añadiendo las solemnes palabras:

- “Yo Me voy, y Me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde Yo voy, vosotros no podéis venir” (8:21).

Una vez más, la solemnidad de las palabras vuelve a ser causa de la ira en sus oídos, y de nuevo le preguntaron, “¿Quién eres Tú” y Su respuesta fue, “Lo que desde el principio os he dicho” (25).

“*Desde el principio*”. – Está claro, y es lo más natural, que debemos vincular esta expresión encima con el versículo 44, donde leemos, “Él (el diablo) siempre fue un asesino *desde el principio*”, y esperamos que algunos al menos vayan a la estructura que daremos más adelante para comprobar observando este clarísimo paralelo.

Las dos expresiones, sin embargo, solo se asocian remotamente. *Ap'arches* se traduce correctamente “desde el principio” en el versículo 44, pero en el versículo 25 las palabras así traducidas son *ten archen*. Ahora bien, estas palabras pueden ser traducidas “la primera vez” o “al principio”, tal como en Génesis 43:18, 20. Pueden también con una libre traducción leerse, “todo el tiempo”, “Lo que os llevo diciendo *todo el tiempo*”.

Lightfoot da una serie de citas provenientes de escritos Rabínicos, donde “el principio” se pone como siendo del punto principal de un discurso, y “el fin” por aquellos que sea secundario, y él piensa que el inicial y principal punto aquí es el clamor del Señor a ser el Mesías, la Luz del Mundo, y el punto secundario, las señales y obras confirmatorias. La Versión Revisada al margen reconoce que *ten archen* contiene el significado “del todo” en las frases negativas, y dice, “¿Qué otra cosa va a ser sino la que os llevo hablando *del todo*?”

*La Companion Bible* reconoce que el Señor simplemente se refiere de vuelta al comienzo de Su versículo en el versículo 12. La palabra *arche* “principio”, si bien se asocia comúnmente con el *tiempo*, no obstante, también se relaciona *al primero de los principios* tal como en Hebreos 5:12: o *su primera morada* o “primer estado” como en Judas 6; o los *principados* de Efesios 1:21.

Alford sugiere “trazado todo desde su principio”, o “esencialmente, todo cuanto he discutido con vosotros”.

- “Cuando Moisés preguntó el nombre de Dios, *Yo soy el que (el cual) Yo soy* – fue la misteriosa respuesta; la esencia escondida de Aquel que todavía estaba por ser revelado tan solo podía expresarse por la comprensión propia y particular, pero cuando Dios se manifiesta en la carne se le pone la misma cuestión y la misma pregunta, es el *Yo soy aquel (o el cual) YO HABLO*: Aquello que El Mismo revela ser que es Él” (Alford).

El “Yo soy Aquel” de 8:24 (en la A.V.) podría traducirse mejor “Yo soy” (como en la Reina Valera), y formar uno de los muchos reclamos a la Deidad que Juan nos aporta. *Ego eimi* sin un predicado aparece también en los versículos 28 y 58; pero en Juan 4:26 y es afirmativo y seguido por “Aquel que habla con vosotros”.

En este discurso el Señor está una vez más hablando de la manera de Su muerte: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre” (8:28).

Esta palabra traducida “levantar” tiene un doble significado en el Nuevo Testamento. En los tres Evangelios sinópticos donde aparece nueve veces, la palabra se traduce siempre “exaltación” en la Versión

Autorizada. Aparece tres veces en los Hechos y otras tres en las epístolas donde la traducción de esta versión es “exaltar”, excepto en Santiago 4:10 donde “Él os levantará” es un exacto equivalente.

El Evangelio de Juan es el único libro en el Nuevo Testamento que utiliza *hupsoo* en el sentido de “levantar” tal como hizo Moisés con la Serpiente. Aparece cinco veces, y siempre con referencia al modelo de la muerte de Cristo.

- “Así como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así ha de ser el Hijo del hombre levantado” (3:14).
- “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre” (8:28).
- “Y Yo, si fuere levantado de la muerte, atraeré a todos los hombres para Mí. Esto dijo, significando de qué muerte iba Él a morir. Le respondió la gente, nosotros hemos oído de la ley que Cristo permanece para siempre; así pues, ¿cómo dices Tú, que el Hijo del hombre ha de tener que ser levantado? ¿quién es éste Hijo del hombre? (12:32-34).

Si por un lado está claro que la palabra en Juan significa “levantar”, indicando de qué *muerte* Él iría a morir, el testimonio de los restantes usos en la Escritura no pueden ser ignorados, y el Salvador visa más allá de la cruz, ve la exaltación a la diestra del Padre. Stier cita el proverbio *Crux scala coeli*, “La cruz es la rampa al cielo”.

Como resultado de Su testimonio leemos, “muchos creyeron en Él” (8:30). El Señor no cuestiona la fe, ni tampoco puso obstáculos en la vía de la fe. Siempre que la fe aparece, aun mismo como siendo un grano de simiente de mostaza, dicha fe se reconoce claramente. El discipulado sin embargo es algo más que la fe inicial, es progresiva, envuelve crecimiento, no es tan solo “creerlo” sino “conocer”, y eso nos guía a la liberación. En 2:23-25 nos encontramos con esta misma discriminación, “Muchos creyeron...pero el propio Jesús no se fiaba...conocía bien lo que había en el hombre”. Si es que estos Judíos que creyeron se juntaron inmediatamente con los discípulos es algo que desconocemos, tan solo sabemos que Aquel Quien no tenía medias palabras les dijo:

- “Si vosotros permanecéis en Mi Palabra, entonces seréis verdaderamente Mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (8:31, 32).

Debemos recordar que el confeso objetivo de Juan al escribir este Evangelio es guiar a creer “que Jesús es el Cristo el Hijo de Dios” (20:31), y tal vez las ocasiones donde la “creencia” no se apruebe como siendo la cosa genuina y donde, aparentemente, avisos en vez de ayudas se ofrecen (como por ejemplo a Nicodemo), se registren con el fin de que podamos distinguir entre la aceptación de Cristo como el Mesías y Rey (6:15) en un sentido carnal, y la aceptación en un sentido espiritual (1:49).

La palabra traducida “permanecer” es *meno* “morando”, una palabra que tan solo se emplea por Juan en un sentido doctrinal de entre los cuatro evangelistas. No es que se diga que la enseñanza interna de este Evangelio (13 a 17) y su primera epístola, no se puedan comprender aparte y sin este “permanecer”. Sino antes bien que este “morar permanente en la Palabra” es la esencia de discipulado, y el pensamiento se desarrolla en gran detalle en el capítulo 15, donde *meno* aparece doce veces.

A medida que anticipamos el resonante lenguaje de 8:44 que surge directamente de la discusión ahora iniciada por las palabras “la verdad os hará libres”, bien podemos comprender la extrema dificultad que

muchos han tenido en creer que sea la misma compañía a quienes se dirige todo el relato. ¿Será posible que aquellos quienes “creyeron” sean los mismos a quienes se dirigen las palabras del versículo 44?

Se ha llevado a cabo un intento por distinguir entre “aquellos que creyeron en Él” (8:31), de aquellos que “creyeron a, (*eis*) Él” (8:30), pero nadie ve así distinción alguna, a menos que sea obligado por presiones externas. No puede afirmarse que “creer en” signifique la verdadera fe, y “creer a” signifique una mera confesión, porque Juan 2:23 emplea “creer en” y 5:24 utiliza “creer a”. Algunos afirman que por incontables razones aquellos que realmente creyeron (8:30) se ponen de lado, y que el Señor ignorándolos, y que Él se dirige ahora a los Judíos que creían meramente en un sentido carnal o nacional.

Ha sido sugerido que “aquellos” que dijeron “Nosotros somos simiente de Abraham” eran algunos Judíos incrédulos entre la multitud, de quienes el Señor dijo, “Vosotros no podéis oír Mi palabra” (8:43). Se ha llegado a afirmar que la fe que tenían titubeó rápidamente, y volvieron a tener una enemistad asesina, y si objetamos una tal posibilidad, la caída en fracaso de Pedro, la traición de Judas, la incredulidad de los once en cuanto a la resurrección, permanecen como evidencia. Dos cosas tienen que tenerse en cuenta durante esta examinación:

- (1) La discusión tuvo lugar *antes* que Cristo hubiera muerto, y, consecuentemente, el hecho que algunos dijeran que “creían”, cuando escuchaban algunas de Sus declaraciones, no debe ser considerado como el equivalente exacto a la enseñanza de Pablo en sus epístolas, escritas en vista ya de la muerte y resurrección cumplidas del Señor, y de la creyente identificación del pecador con el Salvador crucificado. Este aspecto puede ser además confirmarse si observamos que (a) *pisteuin eis* “creer en” es la característica expresión de Juan, que la utiliza unas treinta y cinco veces, mientras que la frase se halla muy raras veces en las epístolas de Pablo. Pablo por otra parte emplea *pistis* unas ciento y cuarenta veces, sin embargo esta palabra no se encuentra ni una sola vez en el evangelio de Juan. A la hora de considerar las posibilidades en abierto para la “creencia” como se halla en Juan, debemos tener cuidado para no sustituir una falsa analogía con la incomparable enseñanza de Pablo. (b) En el mismo contexto del pasaje bajo revisión encontramos un aviso y una cualificación. “*Cuando...entonces*”. “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que Yo soy Aquel” etc. (8:28, 29). Una vez que el Hijo del Hombre todavía no había sido levantado, nos parece imposible que se pudiera tener la fe plena. La misma limitación se encuentra en asociación con 7:38, 39. Nadie experimentó la promesa hecha por el Señor ahí y entonces, pues las palabras siguientes impiden la posibilidad de que “recibiesen... pues Jesús todavía no había sido glorificado”. Como siempre, la “correcta división” está íntimamente concernida con el “tiempo”.
- (2) La segunda corrección al malentendido se encuentra en la primera epístola escrita por el mismo Juan. Ahí, encontramos la mayoría si no todos los puntos de la discusión de 8:30-44. Ahí tenemos el “permanecer” que se había enfatizado en 8:31. Recordemos que, el discurso, del cual 8:30-44 forma una parte, comienza en el versículo 12 con el reclamo de que Cristo era la luz del mundo, y la promesa de que todo aquel que le “siguiera” no “andaría en tinieblas”. Aquí damos la expansión de Juan de la verdad que registra en el Evangelio:

- EL EVANGELIO DE JUAN: “Aquel que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (8:12).



- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “La verdadera luz todavía alumbra. Aquel que diga que está en la luz, y odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora. Aquel que ama a su hermano permanece en la luz” (2:8-10).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “El Hijo permanece para siempre” (8:35).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “Aquel que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (2:17).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “si perseveráis en Mi palabra, entonces sois realmente Mis discípulos” (8:31).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “Permaneced por tanto vosotros en lo que habéis oído...perseverad también en el Hijo” (2:24).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “Cuando habla (el diablo), mentira habla, habla de sí propio; porque es un mentiroso, y el padre de mentira” (8:44).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “Ninguna mentira hay en la verdad. ¿Quién es un mentiroso sino aquel que niega que Jesús es el Cristo?” (2:21, 22).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “Cualquiera que comete pecado se hace esclavo del pecado” (8:34).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “Aquel que comete pecado es del diablo” (3:8).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “Vosotros procuráis matarme...vosotros sois de vuestro padre el diablo” (8:40, 44).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “Caín, quien era del maligno, y asesinó a su hermano” (3:12).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “El diablo...era un asesino desde el principio” (8:44).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN: “El diablo peca desde el principio” (3:8).
- EL EVANGELIO DE JUAN: “Pero esta están escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida a través de Su Nombre” (20:31).
- 1ª EPÍSTOLA DE JUAN. “Estas cosas os he escrito a vosotros para que sepáis que tenéis vida eterna, a todos vosotros que habéis creído en el Nombre del Hijo de Dios” (5:13 R.V.).

Una comparación del último punto nos ha de probar una demostración: que ignorar la inspirada explicación y expansión de esta primera epístola cuando trata con la enseñanza de los problemas del Evangelio, no deja de ser sino un apagar la luz provista por el propio Dios.

Así pues, está claro que las palabras de Juan 8:30-44, a pesar de lo extraño que nos pueda resultar la transición de la “creencia” al “asesinato”, se puede y debe aplicar a una y la misma compañía. Una vez que la “vida” es el resultado de “creer” de acuerdo a Juan, es esencial que no haya ninguna idea oscura en cuanto a lo que se entiende por esta palabra “creencia”. Los “Creyentes” tales como los que se encuentran en este pasaje no tienen la fe de los elegidos de Dios.

### **“Antes que Abraham fuese, YO SOY” (8:58)**

En el momento que el Señor pronunció las palabras “la verdad os hará libres”, apareció a flor de piel todo el antagonismo y el orgullo racial de sus oídos, y estos Judíos que “creían” replicaron:

- “Nosotros somos simiente de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices Tú, que seremos libres?” (8:33).

Si estas palabras se toman literalmente, entonces, aquellos que así hablan, el hecho de la esclavitud de Egipto, los setenta años de la cautividad, y el yugo de Roma, de todo se olvidaron temporalmente o fanáticamente repudiaron, todo por el súbito antagonismo que las palabras de Cristo ocasionaron siendo ciertas. Aun pensando que fuera posible que los Judíos que observaban la Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos, negasen que sus padres hubiesen estado en esclavitud, eso no asienta la cuestión, pues la esclavitud romana era un hecho presente no susceptible a ser negado ni podía dejarse de creer. Además, aquellos que habían sido esclavizados en Egipto o en los setenta años del cautiverio, no podían escaparse o verse libre de una tal esclavitud por “conocer la verdad”. Los muchos atentados que llevan a cabo los comentaristas para resolver este problema son en su vasta mayoría un enorme desperdicio de tiempo, no hay problema alguno por resolver, la “esclavitud” y la “liberación” por igual, son aquellas que se relacionan a la “verdad”, y la liberación es aquella que “el Hijo” da, la cual es realmente la *verdadera liberación* (8:38).

El Señor Jesucristo era, por nacimiento, “el hijo de Abraham” (Mat.1:1), y era una señal de honra para un hombre ser capaz de decir que él era de la simiente de Abraham. Abraham el padre de la fe, Abraham el amigo de Dios, Abraham el heredero tanto del territorio como de la ciudad celestial. Una cosa es, sin embargo, ser un físico descendiente de Abraham, y otra muy distinta el andar en los pasos de su fe. Juan el Bautista reprendió este ciego vanagloriarse de los Judíos diciendo:

- “Producid frutos para arrepentimiento; y no penséis en vosotros mismos decir que tenéis por padre a Abraham, pues os digo, que Dios es muy capaz de levantar descendencia a Abraham, aun de estas piedras” (Mat.3:3, 9 A.V.).

En el contexto inmediato, los descendientes de Abraham se asemejan al trigo y la paja (3:12). La diferencia entre ser un descendiente de Abraham y un “niño” o “hijo” reside próxima a lo básico de la epístola a los Gálatas.

- “Escrito está, que Abraham tuvo dos hijos, uno por una esclava, el otro por una libre. Aquel que había nacido de la esclava lo fue según la carne; pero aquel de la libre lo fue por la promesa...Así como entonces aquel que había nacido según la carne persiguió aquel que nació según el Espíritu, lo mismo está sucediendo ahora” (Gál.4:22-29 A.V.).

De ahí a seguir, viene el aviso a permanecer firmes en la libertad con que Cristo nos ha hecho libres – pues, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Abraham tuvo dos hijos. Aquellos que resistían al Señor, está claro que eran de “la Jerusalén que ahora existe, y está en esclavitud con sus hijos”. Una vez más, la epístola a los Romanos trata a golpes este magnificar de la mera relación física. El primer golpe de Pablo lo dirigió a la mera apariencia:

- “No es Judío, el que lo es externamente; ni tampoco es aquel de circuncisión que sea externa en la carne, sino que es Judío el que lo es interiormente; y circuncisión es aquella del corazón, en el espíritu, y no en la letra; de los tales la alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios” (Rom.28, 29).

Su segundo golpe, al exclusivismo Judío:

- “¿Ha venido esta bendición por tanto tan solamente sobre la circuncisión, o también sobre la incircuncisión? Pues decimos que la fe se reconoce a Abraham por justicia. ¿Cómo le fue reconocida? ¿Cuando estaba en la circuncisión, o en la incircuncisión? – No en circuncisión, sino en incircuncisión. Y entonces recibió la señal de circuncisión, un sello de justicia, de la fe que tuvo siendo todavía incircunciso: para que fuera padre de todos aquellos cuantos creyesen, aunque no fuesen circuncidados; esa justicia ha de imputárseles a ellos también: y es padre de la circuncisión para todos cuantos no sean de la circuncisión solamente, sido de cuantos además anden en los pasos de dicha fe de nuestro padre Abraham, cuando el cual todavía se hallaba incircunciso” (Rom.4:9-12 A.V.).

La inclusión del Gentil, que forma una muy amplia parte del ministerio de Pablo, no es lo que está en vista en el octavo capítulo de Juan; sin embargo, la insistencia de que no sea Judío aquel que lo sea externamente, y que las marcas exteriores no son nada si no están acompañadas por un andar en los pasos de la fe de Abraham, estas sí son las verdades más relevantes que tiene en vista.

El Señor concedió y no negó que Sus odores fuesen de la simiente de Abraham, pero añadió:

- “Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero he aquí que vosotros procuráis ahora matarme a Mí, un hombre que os ha dicho la verdad, la cual Yo he oído de Dios; no fue esto lo que hizo Abraham” (8:39, 40).

Y aquí ahora se llega al corazón de la disputa: “Vosotros hacéis las obras de vuestro padre...vosotros sois de vuestro padre el diablo” (41-44). Esta terrible revelación ya se había dado en forma de parábola, pues la parábola de la cizaña enseña que hay *dos simientes* sembradas en el campo:

- “La buena simiente son los hijos del reino; pero la cizaña son los hijos del maligno; el enemigo que los sembró es el diablo” (Mat.13:38, 39).

Del diablo se dice que ha sido un asesino desde el principio, y que ha pecado desde el principio (1ª Juan 3:8). Las palabras del Salvador, añadidas en la explicación de este pecador y asesino desde el principio, son “Y no permaneció en la verdad”. No tan solo no permanece este diablo en la verdad, sino que

se nos da además la explicación, “porque no hay verdad en él”. Cuando el diablo habla, lo más natural para él es que hable mentiras del modo que para Dios es hablar verdad:

- “Cuando habla mentira, de suyo habla: pues es un mentiroso, y el padre de mentira” (8:44).

No puede haber comunión alguna entre la verdad y la mentira. “Ninguna mentira procede de la verdad” (1ª Juan 2:21), y consecuentemente ninguna mentira proviene de Dios. Satán es “el padre de mentira”. La “mentira” se utiliza hablando de *idolatría* (Rom.1:25); “la mentira” vendrá a ser objeto de creencia entre aquellos quienes, una vez que no recibieron el amor de la verdad, vendrán a ser engañados por las señales y maravillas mentirosas en los días del Anticristo (2ª Tesal.2:9-11).

Podemos observar que la primera epístola contiene en sí muchas cosas que iluminan este octavo capítulo del evangelio. Escuchemos lo que Juan tiene para decirnos acerca del *mentiroso* en su epístola.

- “Si decimos que no tenemos pecado, le hacemos a Él un mentiroso” (1:10).
- “Aquel que dice, yo le conozco (a Dios), y no guarda Sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él” (2:49).
- “¿Quién es el mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es el Cristo?” (2:22).
- “Si alguno dice: yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso” (4:20).
- “Aquel que no cree a Dios hace de Él un mentiroso, puesto que no cree el testimonio que da Dios de Su Hijo” (5:10).

Estas son evidentemente las características esenciales de “la mentira”, de la cual el diablo es su padre. Una total ignorancia en cuanto a su pecadora esclavitud, una vacía profesión desprovista de frutos, una negación del Hijo de Dios, y un aborrecimiento en vez del amor, estas marcas del mentiroso se manifiestan a través de todo el octavo capítulo del Evangelio. En parte alguna entienden estos Judíos o aparentan entender las palabras del Señor. En vez de recapacitar y ponderar dichos tales como: “Si alguno guarda Mi palabra, nunca ha de venir a ver muerte” (8:51), lo que hicieron fue tomarla de inmediato como una arma para atacarle:

- “Ahora vemos bien que Tú tienes un demonio. Abraham murió, y los profetas; y sin embargo Tú dices, Si alguno guarda mi palabra, nunca ha de probar de muerte. ¿Eres Tu más grande que nuestro padre Abraham, el cual murió? Y los profetas murieron: ¿Quién te haces Tú a Ti mismo? (52, 53).

No importa que estuvieran alterando las palabras del Señor. Estaban obsesionados con el único deseo ya puesto de asesinarle. La mujer de Samaria había levantado la cuestión: “¿Eres Tú mayor que nuestro padre Jacob? (4:12), sin embargo y a su tiempo así creyó. Estos Judíos no en tanto al presente lo que hacen es tomar piedras para lapidarlo. Él ciertamente era “más grande” y “mayor” que el templo, que Jonás, que Salomón (Mateo 12:6, 41, 42); fue contado por digno de “más grande” gloria que Moisés (Hebr.3:3), a Él,, en tipo, Abraham y Leví ofrecieron los diezmos (Hebr.7:5-10), y sin embargo los incrédulos no reconocen ninguna de estas cosas.

La cuestión de los opositores Judíos era doble y recibió una doble respuesta. Las palabras “Quién te haces Tú a Ti mismo” insinúan un procurar vanagloriarse de Su parte, y a esto responde en los versículos 54

y 55: “Si Yo me honrase a Mi propio, Mi honor sería vano”. Y a seguir responde a la cuestión de Abraham: “Vuestro padre Abraham se regocijó de ver Mi día; y lo vio, y le fue agradable” (8:56).

Es usualmente entendido por los comentaristas en el pasaje, y lo enseñan implicando, que Abraham vio en profética visión el advenimiento de Cristo; y algunos, atreviéndose a ir más lejos, llegan a razonar por la referencia contextual a la muerte, que, Abraham, aquí se supone que haya visto además el cumplimiento de su profética visión en el paraíso. Después de la muerte y resurrección de Cristo, la frase “el día de Cristo” toma consigo un nuevo significado. Debemos no en tanto procurar entender las palabras tal como debieron ser comprendidas al tiempo en que se pronunciaron. Correcta o equivocadamente ellos interpretaron la declaración del Señor como siendo un reclamo de que había efectiva y actualmente “visto” a Abraham, y esto no debería extrañarnos tanto si estuviéramos familiarizados con la expresión hebrea “ver un día” Job dijo:

- “Puesto que no son ocultos los tiempos al Todopoderoso, ¿por qué los que conocen NO VEN SUS DÍAS? (Job 24:1).

Esta es una figura literaria donde “ver los días” se pone por “visitación”, “juicio” etc.

- “Sobre SU DÍA se espantarán los de occidente” (Job 18:20).
- “Tiempo vendrá cuando desearéis VER UNO DE LOS DÍAS del Hijo del Hombre” (Lucas 17:22).
- “El que quiera amar la vida, y VER DÍAS BUENOS” (1ª Pedro 3:10).

En cuanto que Abraham vea el día de Cristo, por tanto, bien puede querer decir, no ya tan solo una profética visión, sino que realmente estaba disfrutando de una personal comunión con el Señor. Y este es el tal pensamiento que les pareció prepotente a los Judíos:

- “Todavía no has cumplido cincuenta años, y ¿dices que has visto a Abraham? (8:57).

Sabemos que el Salvador fue un hombre experimentado en quebrantos, y que Su aspecto fue deteriorado más que ningún hombre. Sin embargo, no este el significado que se adjunta al “más de cincuenta años” de cuantos de Él se burlaban. Entre los antiguos un hombre de cincuenta años era un hombre que ya habría perdido parte de su vigor y comenzado a envejecer, era además la edad de aposento para los sacerdotes (Núm.4:3) y sería equivalente a decir “Tú eres todavía joven, ni llegas a ser un anciano” (*presbutes, geron*).

Moffatt llama la atención a la lectura de los Manuscritos denotada por la letra *Aleph*, y el *Siriaco Sináítico*, y dice: “¡Todavía no tienes cincuenta años, y Abraham te ha visto a ti!” pero esto nos parece haber sido el intento de parte del traductor para sobrepasar la dificultad.

Todo cuanto, por tanto, ha sido hasta ahora pronunciado en este Evangelio por el Señor se retira delante del reclamo majestuoso con el cual acaba esta sección:

*Amen amen lego huminprin Abraham genesthai, ego eimi.*

- “En verdad, en verdad, Yo os digo: Antes que Abraham fuese (llegase a ser), YO SOY” (8:58).

*Genesthai* (llegar a ser) se utiliza en el prólogo de este evangelio en contraste con *eimi* “ser”.

- “En el principio ERA (verbo “ser”) la Palabra...todas las cosas fueron HECHAS (verbo, “vinieron o llegaron a ser”) por Él (1:1-3).
- “La Palabra (Quien ERA, verbo “ser”) se HIZO (verbo “pasó a ser”) carne (1.14)

Es evidente que el Señor pretendía aquí hacer el más alto reclamo que sea posible hacer por un ser humano – el clamor de la Deidad. Si no hubiese tenido una tal intención entonces el empleo de *ego eimi* en esta vía especial sería inexplicable.

- (1) El Señor no se limita aquí al uso gramatical diciendo *ego eimi*. Es una frase sin sentido si se limita a la esfera humana. Podría haber dicho “Antes que Abraham viniese a existir, Yo ya vivía, o era nacido, o mismo Yo existía”, y esto hubiese sido comprensible. Probaría ciertamente Su pre-existencia, pero es que eso no es todo, El Señor, por tanto, pretendía significar algo más que la pre-existencia.
- (2) *Ego eimi*, así como en la versión Septuaginta de Éxodo que pasó a ser la Versión Autorizada de Israel, significaba nada más y nada menos que la Deidad. Decir “Antes que Abraham fuese, YO SOY” era lo mismo que reclamar, no tan solo la mera pre-existencia, sino la Deidad

El versículo de apertura del evangelio de Juan asegura que, Aquel Quien era el *Logos*, era “Dios”. Es visto a seguir descendiendo desde Su alto trono y viniendo a hacerse “carne”. Desde el principio de Su público ministerio tal como se registra por Juan, ha venido incrementándose el testimonio; Natanael, la mujer de Samaria y otros que añadieron su cuota parte, testificaron que Él era “el profeta”, “el Cristo”, “el Hijo del Dios Viviente”. Ninguno de ellos, sin embargo, alcanzó el punto cuando reconocieron la verdad incrustada en el primer versículo. Esto es lo ahora abiertamente está reclamando, y el resultado fue el arrojarle piedras.

Con la siguiente señal, la apertura de los ojos del hombre nacido ciego, comenzamos otra serie de revelaciones, culminando esta vez con la confesión de Tomás: “Señor mío, y Dios mío”, y acabando en adoración en vez de apedreamiento.

Es de lo más importante que nos acordemos de estas cosas, pues, sin ella la creencia de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (20:31) puede rebajarse de su pleno significado, puede darse otro cualquiera que no indique las palabras inspiradas al escritor.

Quiera Dios que seamos contados entre aquellos que permanecen junto con Tomás en su confesión y adoración, pues no hay término medio aquí, y la única lógica alternativa es juntarnos con aquellos que procuraron apedrearle.

**CAPÍTULO NUEVE**  
**La Sexta Señal**  
**El hombre nacido ciego (Juan 9)**  
**Los aspectos externos elaborados**

Ahora llegamos al registro de la sexta señal, la sanación del hombre que había nacido ciego. Un estudio del pasaje, al tiempo que nos revela una gran riqueza de detalles, pone además en evidencia tres aspectos que, si se comprenden, nos hacen ver el propósito de la señal de manera más evidente. Estos tres aspectos son:

- (1) La relación entre ceguera y pecado, tal como se indica en los versículos de inicio y final del capítulo.
- (2) El énfasis sobre el hecho de que este milagro se hubiese producido el día de Sabbath. Y
- (3) La creciente apreciación de la Persona del Señor de parte del hombre ciego.

Antes de considerar estos tres aspectos del capítulo, tenemos que familiarizarnos con la estructura de la señal en su totalidad. Observamos que está en la forma de una *simple introversión* donde el miembro central, es en sí *la propia señal* actual, y el miembro correspondiente de la estructura trata con *el propósito* y *la consecuencia* de la señal, junto con la ocasión física y espiritual y la relación de la ceguera con el pecado.

Antes de seguir adelante viendo los tres grandes aspectos debemos hacer una pausa para permitir que este esquema nos dé su mensaje. Observe la sección expandida que trata con las Consecuencias del Pecado, y que ocupa la mayor parte del capítulo. Se divide en cinco partes en las cuales el hombre que había nacido ciego es interrogado por sus vecinos, los Fariseos, los Judíos y el Señor. Tres de los miembros resaltan enfatizando el asunto de *la identidad*; la identidad tanto del propio hombre en sí, como de Aquel Quien le había abierto sus ojos.

### El hombre nacido ciego (Juan 9:1-41)

- A 1, 2. La circunstancia Física. La pregunta de los discípulos: pecado y ceguera.
- B 3-5. El Propósito de la Señal. Yo soy la Luz del mundo.
- C 6, 7. La Operación de la Señal. Escupir, Barro, Lavamiento.
- B 8-38. La Consecuencia de la Señal. Es un Hombre; un Profeta; Hijo de Dios.
- A 39-41. El Significado Espiritual. La pregunta de los Fariseos: pecado y ceguera.

### Las Consecuencias de la Señal. Expansión de B.

- A 8-12. Vecinos y el hombre
  - a ¿no es éste aquel...mendigaba?
  - b él es, a él se parece, yo soy
  - c ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?
  - Identidad* b Un hombre. Jesús. Barro. Lavamiento.
- B 13-17. Fariseos y el hombre
  - c Día de Sabbath, cuando hizo lodo
  - d ¿Cómo has recibido la vista?
  - e Barro. Lavamiento. Vista.
  - No guarda el Sabbath* c Día de Sabbath. Él no guarda
  - Él es un profeta* d ¿Cómo podría un pecador...milagro?
  - e Él es un profeta
- A 18-23 Los Judíos y el hombre
  - e Judíos. No creían. ¿Es este vuestro hijo?
  - Sabemos...no sabemos
  - e Judíos. Acordaron expulsar de la sinagoga
  - Identidad* f Los padres. Ya tiene edad, preguntadle
- B 24-34 fariseos y el hombre
  - g El hombre. Yo no sé, pero sé que...
  - Él es un pecador* h Discípulos. Moisés. Cristo.
  - i Le injuriaron.
  - j Los Fariseos.
  - Sabemos...no sabemos
  - g El hombre. No le conocéis, pero sabemos.
  - h Adorador. Enseñar.



*i* Le expulsaron.

A 35-38 El Señor y el hombre *k* Jesús oyó...encuentro.

*I* ¿Crees tú en el Hijo de Dios?

*m* ¿Quién es?

*Identidad*

*k* Jesús dijo. Le has visto. El hombre dijo.

*I* Señor, yo creo. Le adoró.

- “¿No es éste aquel que se sentaba y mendigaba? Algunos dijeron: él es; otros decían: a él se parece; pero él les dijo: Yo soy” (9:8-9).
- “¿Es éste vuestro hijo, quien vosotros decís que nació ciego?” (9:19).

El lector casi con toda seguridad habrá escuchado a través de un *amigo*, de la milagrosa sanidad *del amigo de un amigo*, en un lugar un tanto distante, y de algunas enfermedades malignas no determinadas curadas. Pero esto nada tiene que ver con la naturaleza de los milagros Escriturales. Estas cosas no sucedían en cualquier recato escondido o lejano. El hecho de que se establezca la identidad del hombre ciego, el hecho de que se admita como siendo ciego desde su nacimiento, el hecho de que fuese milagrosamente sanado de manera pública y abiertamente demostrada; cuando nos damos cuenta de todo esto, vemos que hasta el testimonio que produjo la enemistad Judía y de los Fariseos se hizo manifiesta.

Las dos restantes secciones de esta expansión de las *Consecuencias* de la Señal nos resaltan y ponen en evidencia la división de opiniones que fue creciendo.

- “No guarda el Sabbath” dijeron los Judíos.
- “Es un profeta”, dijo el hombre que había sido ciego.
- “¿Cómo podría un pecador producir tales milagros? Y hubo división entre ellos”.
- “Nosotros sabemos que este hombre es un pecador”, dijeron los Judíos.
- “Nosotros sabemos que Dios no oye a los pecadores”, dijo el hombre.

Aquí vemos cómo Juan va desarrollando el mismo plan que encontramos en el prólogo en sí, y que el fallecido Reverendo W.H. Griffith Thomas resumió en tres erres:

- “Revelación, Recepción, Repudio”.

Volvamos ahora nuestra atención al primero de los tres sujetos observados al comienzo de este capítulo.

(1) *La relación de la ceguera con el pecado*. – Primero tenemos la pregunta de los apóstoles:

- “¿Quién cometió pecado, éste, o sus padres, para que haya nacido ciego?” (9:2).

¿Cuál sería exactamente la popular idea que había acerca de la trasmisión de las almas, o la posibilidad del pecado antes de nacer, o la relación del pecado parental con el sufrimiento del descendiente? - Esto es algo que no tenemos forma alguna de saber actualmente. Por Josefo deducimos que los Fariseos creían que el alma de “el bueno” traspasaba en otro cuerpo; pero esto solo por sí no cubre toda la cuestión que levantan los discípulos. Antes bien, pareciera que la pregunta surge en la mente de los discípulos por motivo de una bien conocida doctrina Rabínica expresada por el Rabí Akibah en las palabras:

- “Estos son los días del Mesías, donde no ha de haber ni mérito ni desmérito”,

Que el Dr. Lightfoot interpreta como significando:

- “Es decir, si no me equivoco, donde ni los buenos méritos de los padres han de imputarse a los hijos para desventaja de ellos – ni sus malos méritos para su falta y castigo”

Si nos ponemos en el lugar de los discípulos y de todos cuantos le oyeron, apreciaremos mejor el dilema que tenían. Para creer que Jesús era el Mesías, se encontraron con una serie de aparentes contradicciones o de varias instancias no cumplidas *antes enseñadas* que los desconcertaba, tales como:

- “¿Cómo entonces dicen los escribas que Elías debe venir primero?” (Mat.7:10).
- “¿Eres Tú Aquel que debía venir, o esperaremos a otro? (Mateo 11:3).
- “Escudriña y ve: porque de Galilea no se levantó profeta” (Juan 7:52)
- “Si Él fuese realmente el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en Él” (Mateo 27.42).

Estos pasajes nos dan una idea de los obstáculos que afloraban en sus mentes, y debemos percibir que hay un grano de verdad subyacente a cada una de estas objeciones – pero la causa principal de la dificultad era la incapacidad de dividir correctamente la palabra de verdad y de distinguir entre el *primer* y el *segundo* advenimiento.

En respuesta a la cuestión de los discípulos concerniente a la causa de la ceguera del hombre, el Señor no se puso a discutir el asunto. En cuanto a este hombre concernía, su ceguera no era consecuencia ni del pecado de sus padres ni del suyo propio, sino que era “para que las obras de Dios le fuesen hechas manifiestas”. Nos encontramos con la misma y tremenda doctrina cuando llegamos a la muerte de Lázaro.

- “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea por ella glorificado” (Juan 11:4).

Si bien debemos de manera habitual tener en cuenta la común operación de la causa y el efecto, y la atribución de ceguera (al igual que otras físicas enfermedades) a cualquier tipo de predisposición causante, no obstante, debemos al mismo tiempo no olvidarnos que por detrás y subyacente a la operación de estas leyes se haya el Creador Mismo, Quien puede por Su Propia sabiduría y gracia de propósito, suspender, modificar, o revertir cualquier relación como tal, e interponer directamente en el medio la Suya Propia:

- “¿Quién dio la boca del hombre? ¿O Quién hizo al mudo, y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy Yo, Jehová? (Éxodo 4:11).

Haber vivido durante toda la vida desprovisto de la visión ya es de por sí bastante grave, sin embargo, venir a ser la propia enfermedad el honroso instrumento para manifestar las obras de Dios, ciertamente, debió compensar más allá de lo imaginable al hombre nacido ciego. Hay, no en tanto, una verdadera conexión con las Escrituras que aparece en muchas ocasiones entre la ceguera espiritual y el pecado, y entre el abrir los ojos y la obra del Evangelio. Este es el verdader sujeto o tema con el cual acaba la sexta señal.

- “Dijo Jesús: Para juicio he venido Yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los Judíos que estaban con Él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece” (9:39-41).

No hay dificultad alguna a la hora de comprender el primero de los dos propósitos por los cuales el Señor vino a este mundo, “para que los que no ven, vean”, pues cada alusión a Sí Propio y a Su obra como la Luz del mundo y el Disipador de las tinieblas de este mundo, junto con la específica profecía registrada en Lucas 4:18, nos enseña esta bendita verdad. Sin embargo, el segundo aspecto demanda un examen más serio y riguroso.

“Los que ven”. - ¿Cómo vamos a entender esta declaración? Tal vez un pasaje paralelo nos sirva de ayuda. ¿Podríamos considerar como sana una exposición de las palabras del Señor registradas en Lucas 15:7, que enseñe haber efectivamente un cierto número de “personas justas que no precisen de arrepentimiento”? - ¡Eso sería una directa contradicción de la enseñanza de la Escritura! El Judío en su orgullo y justicia propia nacional se consideraba como siendo “*un guía* de los ciegos” y “*una luz* para cuantos andaban en tinieblas” (Rom.2:19); sin embargo la sentencia del Salvador de los Fariseos y Saduceos afirma que eran “necios y ciegos”, “ciegos guías” (Mateo 23:19, 24), y a seguir les dice:

- “Vosotros ciegos Fariseos, limpiad primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio” (26).

O, volviendo a Romanos 2:28, 29,

- “Porque no es Judío aquel que lo sea exteriormente...es Judío aquel que lo es en el interior...del corazón...cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios”

Aquellos que “ven” en Juan 9:39 son aquellos que DICEN, “vemos”. Si la “luz” que está en vosotros fueran tinieblas, dijo el Señor en otra ocasión, ¿cuán grande no ha de ser dicha tiniebla? Nadie que realmente pueda “ver” fue jamás cegado, pero la verdad subyacente es que todos los hombres eran y son y serán por naturaleza igual que el hombre nacido ciego, siendo que la diferencia no se halla en la ceguera, sino en el reconocimiento de su necesidad de ver. La actitud de los Fariseos y de los Judíos, aquí, ya es de por sí suficiente ilustración del significado del Señor. Aparentan estar haciendo procuración por la verdad en el asunto de este milagro. Demandaban una prueba de que el hombre había sido realmente el ciego que mendigaba, demandaron repetidas confesiones declaradas concernientes a la manera cómo que se produjo su sanidad, pero además habían “concordado entre sí que si alguno confesase que Él era el Cristo, fuese expulso de la sinagoga”. Trataron de denegrir al hombre que había sido sanado, y sus palabras: “Tú naciste del todo en pecado, y ¿NOS QUIERES ENSEÑAR A NOSOTROS? (34), eran la afirmación de que ELLOS podían VER. Los Fariseos no hacían otra cosa sino engrandecer el estado de la nación, lo cual en Hechos 28 los llevó a que fuesen repudiados.

(2) *El énfasis sobre el día de Sabbath.* –

- “Y era el día de sabbath cuando Jesús hizo el lodo, y le abrió sus ojos” (9:14).
- “Este hombre no proviene de Dios, puesto que no guarda el día de sabbath” (9:16)

El lector ha de recordarse cómo el día de Sabbath se destaca en la más temprana señal del quinto capítulo, y referimos “el Sabbath y el Sabatismo”. La unción de los ojos con saliva se consideraba según los escritos Rabínicos como teniendo un valor medicinal.

- “Era prohibido entre ellos masajear los ojos con saliva en el día de sabbath en un acto medicinal, si bien lo estimasen como muy saludable” (Dr. Lightfoot).
- “En cuanto al ungimiento salivar, no es lícito aplicarlo sobre los párpados al día de sabbath” (Maimonides).

Otro hecho que nos resulta un tanto extraño se da en el único pasaje restante donde el “ungimiento de los ojos” se dice ser con *kollorium*, que es también una clase de barro (Apoc.3:18).

Sabemos, y bien podemos comprender, que la “cosecha y la vendimia” estuviesen prohibida en el Sabbath, pero los Fariseos decidieron por añadidura que arrancar unas cuantas espigas y frotarlas con las manos para separar el grano fuese considerado “cosechar”, y así, el ungir los ojos del hombre ciego con saliva, o la mezcla del barro, podía fácilmente ser interpretado (por el severo escrúpulo de los Fariseos) como una manera de “trabajar”, y por tanto una quiebra del sabbath, y es también igualmente probable que el Señor adoptase este método (sanando en este día y de esa manera) como una forma de protesta contra su mala interpretación de la benéfica ley del sabbath.

(3) *La creciente apreciación de la Persona del Señor por parte del hombre ciego*, está enteramente en armonía con el propósito confeso del evangelio. Juan jamás perdía una oportunidad de probar “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”, y aquí vemos la creciente convicción del hombre nacido ciego compartida por algunos de la multitud. En primer lugar, para el hombre nacido ciego, su libertador era:

- “Un hombre llamado Jesús” (9:11).

Después de ser cuestionado la segunda vez ¿Qué dices tú de Él?, dijo: “Que es un profeta” (9:17). En el tercer ataque perpetrado contra su creciente fe, dijo:

- “Si este hombre no proviniese de Dios no podría hacer nada” (9:33).

Y por fin, después de haber sido excomulgado, el Salvador lo halló, y le puso una nueva cuestión:

- “¿Crees tú en el Hijo de Dios? (9:35).

Debe observarse que el hombre no dijo inmediatamente que “sí”; sino que demandó aquello que toda verdadera fe demanda, esto es, el testimonio. Entonces se convenció de que “Jesús” era un “profeta” y que provenía “de Dios”, consecuentemente, vendría a creer de manera incuestionable; y sabemos que, sea lo que fuera que el Señor le dijese, él tuvo que estar mansamente *dispuesto a escuchar*, pues, “la Fe viene por el oír”.

- “Respondió y dijo, ¿Quién es, Señor, para que yo crea en Él?”
- “Y Jesús le dijo, tú le has visto, y Aquel que habla contigo es. Entonces dijo, Señor, yo creo. Y le adoró” (9:36-38).

Confiamos en que la estructura dada y la elaboración de las tres sobresalientes características han de probar todo lo necesario para capacitar al estudiante a apropiarse y hacer suya también tanto esta bendita señal como su inherente testimonio

### **El vínculo entre la Sexta y Séptima Señal El Buen Pastor (10:1-42)**

Si bien sea indiscutible que las dos señales que ocupan los capítulos 9 y 11 están vinculadas por el discurso del capítulo intermedio (el 10), puede suceder que no veamos tan claro cómo es que la bendita revelación del “Buen Pastor” siga en *alguna* lógica secuencia al milagro del hombre nacido ciego. Sin embargo, una referencia a 10:21 nos probará que hay alguna conexión, “¿Puede acaso el diablo abrir los ojos de los ciegos?” Y además, las palabras con las cuales comienza el capítulo parecen suponer también una lógica conexión: “De cierto, de cierto os digo”.

Llegando al capítulo en sí, hay otra equivocada noción que haremos bien en registrar. Los primeros cinco versículos no contienen revelación alguna, *no nos dice* que Cristo sea ni el Buen Pastor, o que sea la Puerta de las Ovejas, sino que estos versículos iniciales son denominados definitivamente un “proverbio” (*alegoría*, en la Reina Valera) *paroimia* (10:6). La Versión Autorizada traduce esta palabra “parábola” aquí, si bien en 16:25 y 29 esta palabra griega se traduce constantemente “proverbio” (en la V.A.). Esta palabra se emplea como un encabezado para los dichos sabios de Salomón, la cual, siendo traducida por la latina *proverbium*, nos da la actual “proverbio”. La *paroimia* es una “máxima”, una bien trillada expresión, un pensamiento común, un adagio. Un proverbio ha sido bien explicado como siendo “la sabiduría de muchos en el ingenio de alguno”, pues si bien no muchos de nosotros puedan tener el ingenio de imaginar los proverbios, tales como “no es oro todo lo que reluce” o “lo esencial es invisible a los ojos”, todos podemos ver cuán apropiados y cuán verdaderos son en sus pensamientos.

Los Judíos, en el tiempo de Cristo, no precisaban ser instruidos en el asunto de las ovejas, ni de su manejo o pastoreo. Cuando el Señor se refería a la puerta, al ladrón saltando la cerca, al portero, al hecho de que las propias ovejas reconociesen la voz del pastor, las llamase por su nombre, las guiase a buenos pastos, que fuese delante de ellas, que no reconociesen la voz del extraño etc., *no estaba revelando ninguna doctrina*, sino pronunciando algo que sería del conocimiento común y general, un “proverbio”, una máxima, un adagio. No en tanto, si bien Sus oídos estuviesen plenamente familiarizados con los hechos que el Señor les ponía delante, fracasaban a la hora de percibir cuál sería el propósito que tenía en vista, o el punto que quería enfatizar. La razón por esta falta de entendimiento tiene que ser hallada:

- “Para entender un proverbio, y la interpretación; las palabras del sabio, y sus dichos profundos: El temor del Señor es el principio del conocimiento; pero los necios desprecian la sabiduría y el conocimiento” (Proverbios 1:6, 7).

Es, en la explicación del Proverbio, que el Señor se aplica a Sí propio ambas cosas, la referencia a la “Puerta” y al “Pastor”, y trata además con las aplicaciones espirituales de los “ladrones y salteadores”, así como también del hecho que las ovejas escuchen la voz del Pastor.

Antes que podamos seguir enfrente en nuestro estudio debemos estar al tanto con la estructura del capítulo. En su forma simple se trata de una alternancia, donde el discurso concerniente al pastor es seguido por una división de opiniones concernientes al Señor.

### **El Buen Pastor (10:1-42)**

A 1-18. El Pastor. Parábola. Voz. Arrebatador, *harpazo*.

B 19-21. División. Demonio tiene. Estas palabras no son de endemoniado.

A 22-30. El Pastor. Dinos abiertamente. Voz. Arrebatador, *harpazo*.

B 31-42. División. Tú blasfemas. Todas las cosas...de éste, eran verdad.

El miembro inicial A 1-18, debe ahora reclamar nuestra atención, y vemos que está dividido en cuatro largos miembros: (1) El Proverbio establecido, (2) el Proverbio no entendido, (3) La Aplicación, y (4) la expansión Doctrinal. Esto podremos más fácilmente verlo si lo exponemos así:

### **El Verdadero y los Falsos Pastores (1-18)**

#### *El Proverbio*

A 1-. La puerta.

B -1. El ladrón y salteador.

C 2-4. El verdadero pastor. “Su Voz”.

D 5. El extraño.

E 6. El proverbio, no comprendido.

#### *La Aplicación*

A 7. La Puerta. “Yo soy”.

B 8-10. Ladrones y salteadores. “Todos los que antes vinieron”.

C 11. El Buen Pastor.

D 12, 13 El asalariado.

E 14-18. El desarrollo de la doctrina.

Hay una palabra que se emplea en el proverbio (10:1-5) que no debe ser pasada por alto sin un comentario, es la palabra traducida “lanzará (fuera)”. La palabra griega así traducida es *ekballo*, que aparece en 9:34 y 35, donde se traduce “ellos le expulsaron”. El hombre bien puede excomulgar, siendo que su intención sea perversa, como en el caso de José y sus hermanos, sin embargo Dios puede pretender que una tal ofensa *sirva de instrumento* para llevar a cabo Su buena y final voluntad. El hombre ciego había sido expulsado por “hombres”, pero aprendió a ver que, realmente había sido “lanzado fuera” *ekballo* por causa del Buen Pastor, y esta es una lección que podemos también aprender nosotros con mucho provecho.

La aplicación y expansión de las referencias proverbiales a las ovejas y al redil ocupan los versículos 7 – 18; los versículos 7 – 13 desarrollan el proverbio en sí, y los versículos 14 – 18 vienen a seguir con la expansión doctrinal. El proverbio decía: “Aquel que entra por la puerta es el pastor de las ovejas”, sin embargo en la aplicación este aspecto va más lejos, pues ahí el propio Cristo se ve siendo tanto la “Puerta” como el “Buen Pastor”. Generalmente se acepta la interpretación que afirma al “portero” representando a Juan el Bautista, pero esto no concuerda con el reclamo del propio Cristo “Yo soy la Puerta”. Además de esto, ¿qué es lo que el Señor quiere decir cuando dijo: “Todos los que vinieron antes de Mí son ladrones y

salteadores”? - Moisés “vino antes” primero que Cristo, ¿podría ser considerado un ladrón o salteador?, Isaías y la gloriosa compañía de los Profetas “vinieron primero” que Cristo, ¿deben estos también así ser denominados?

Después del advenimiento de Cristo, hubo falsos Cristos, y su número todavía ha de ser aumentado, sin embargo no hay registro alguno que haya aparecido de falsos Cristos “anteriores” a Su primera venida. Así, pues, ¿quiénes son aquellos que ocupan el rol de ladrones y salteadores? - Regresamos al proverbio, y lo cierto es que se conecta directamente con el capítulo precedente. Al final del noveno capítulo se nombra a los Fariseos, y son vistos *en su ceguera*. Eran guías (o líderes) ciegos de ciegos. Si regresamos al capítulo precedente de la sanidad del hombre nacido ciego, allí oímos hablar de los denominados hijos del Diablo, quien, en sí mismo, venía siendo un homicida desde el principio.

La comparación y el contraste en el capítulo 10 se da entre el Buen Pastor Quien da Su vida por las ovejas, y los pastores asalariados que se enriquecían a sí propios y descuidaban sus encargos. Los Escribas y los Fariseos no entraron por la puerta, repudiaron al Cristo, probaron en sí mismos que eran ladrones y salteadores. El Dr. George Adam Smith cuando nos describe estando en Siria su conversación con un Pastor, nos dice que, habiéndose dado cuenta que todo el muro de piedra del redil alrededor dejaba en el medio una salida que no tenía puerta, viéndolo, el Dr. Smith le preguntó al Pastor Sirio concerniente a esta curiosa y aparente omisión. - “Yo soy la puerta”, fue la respuesta inmediata, pues el pastor dormía en aquella apertura y así guardaba sus ovejas con su propia vida. Así que no hay confusión alguna en las figuras empleadas, cuando el Señor reclama ser tanto la Puerta como el Pastor.

Al lado del despacho donde este libro se comenzó a escribir, tengo conmigo una muy preciada fotografía del Dr. Bullinger, y abajo en la foto tiene dos breves notas, ambas escritas a mano por él. Una de ellas dice:

“Afectuosamente, E. W. Bullinger”

Y en la otra:

Juan 10:14, 15 El Conocimiento Suyo y de Su Padre (*Introversión*)

X **h** 14- Yo soy el buen Pastor

**i** -14- Y conozco Mis ovejas

**k** -14 Y las mías Me conocen

**k** 15- Como el Padre Me conoce

**i** -15- Yo conozco al Padre

**h** 15 Y pongo Mi vida por las ovejas.

El lector puede estar interesado en saber que esta estructura de 10:14, 15 fue la última porción actualmente escrita para la *Companion Bible* por el Dr. Bullinger antes de dejar caer su pluma y venir a fallecer aguardando el día de Cristo.

“El Buen Pastor...pone Su vida por las ovejas” – Esto es lo que los miembros de comienzo y final de esta sección enseñan, y si bien se ocupen con el profundo misterio de la muerte del Hijo de Dios, no obstante, es fácilmente comprensible. Sin embargo los versículos 14 y 5 no enseñan la verdad de manera tan simple. Entre las dos declaraciones que configuran este cuadro completo del Pastor Ideal vienen cuatro

miembros correspondientes, cada uno ocupándose con el “conocimiento”, y este conocimiento no se limita al Pastor o a las ovejas. Observamos un extraño y maravilloso vínculo de unidad del conocimiento, Cristo *conoce* Sus ovejas, Sus ovejas *le conocen* a Él también – es cierto, una declaración algo extraña – hermosa, maravillosa, y al mismo tiempo comprensible. Pero esto no es todo, hay más. Así como el Padre conoce al Hijo, del mismo modo conoce Él al Padre, esto así, tomado por sí, debe comandar la afirmación o asentamiento de cada hijo redimido de gracia. El misterio aflora en el pasaje cuando tomamos las cuatro referencias juntas. ¡El mutuo conocimiento que hay entre el Pastor y las ovejas se vincula al mutuo conocimiento que hay entre Padre y el Hijo!

Esta maravillosa enseñanza que insiste sobre una comparación del conocimiento, amor y unidad que caracteriza al redimido, con el conocimiento, amor y unidad que existe entre el Padre y el Hijo, se encuentra también en otros varios pasajes en este Evangelio. Vamos a listar estos pasajes para poder sentir plenamente su peso combinado.

*Conocimiento.* – “Yo...conozco Mis ovejas, y Yo de ellas soy conocido. Así como el Padre Me conoce a Mí, así conozco Yo al Padre” (10:14, 15).

*Amor.* – “Así como el Padre Me ama, así os he amado Yo a vosotros; permaneced vosotros en Mi amor. Si guardáis Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor; del mismo modo que Yo guardo los mandamientos de Mi Padre y permanezco en Su amor” (15:9, 10).

*Unidad.* – “Padre Santo, guarda en Tu Propio Nombre aquellos que Tú Me diste, para que sean uno, tal como nosotros somos”. “Para que todos puedan ser uno; como Tú, Padre, eres en Mí, y Yo en Ti, que ellos sean también uno en nosotros. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que puedan ser perfeccionados en Uno...que los amó, tal como Tú me has amado a Mí” (17:11, 21-23).

No deseamos otra cosa con estos pasajes tan maravillosos sino permitir que algo de su majestuosidad y misterio se grave reposando profundamente en nuestras mentes, y así probarnos, a la luz de una tal revelación, aquella interpretación del Evangelio de Juan describiendo en él la palabra “Judío”.

Ahora volvamos por un instante a 10:14, 15. Observamos que el verbo *ginosko* “conocer” aparece en este capítulo siete veces (en el Texto Recibido), siendo que la primera ocurrencia, en el sexto versículo, se traduzca “entendimiento”. Estas siete ocurrencias pueden ser exhibidas así:

### ***Ginosko***

A 6. El proverbio no comprendido por los Judíos.

B 14 El Buen Pastor. “Yo conozco Mis Ovejas”.

C 14, 15 a ellas Me conocen a Mí. El Pastor.

b El Padre Me conoce a Mí. El Padre.

a Yo conozco al Padre. El Pastor.

B 27 El Pastor. “Mis Ovejas...Yo las conozco”.

A 38 La Unidad del Padre e Hijo, no conocida por causa de incredulidad.

### **Las Otras Ovejas**



## La perfecta aceptación voluntaria de parte del Señor de Su muerte vicaria (10:16-18)

Antes de adentrarnos en la cuestión de si las “ovejas” de la Escritura se refieren tan solamente a Israel o a la propia iglesia, será preciso ajustar la traducción de la Versión Autorizada en un particular importante (en la Reina Valera está correcto). En el versículo 16 la Versión Autorizada emplea la palabra “redil” dos veces, donde el griego original utiliza dos distintas palabras. *Aule* se traduce correctamente “redil”, sin embargo *poimne* debería traducirse “rebaño”. *Poimne* es cognitiva con *poimen* “pastor”, sin embargo *aule* se refiere más bien al corral, al “redil”, y al emplearlo de los “hombres” en vez de las “ovejas” se traduce en este mismo evangelio, “patio” (18:15), mientras que la forma verbal *aulizomai* se traduce “posar” (Mat.2:17) o “morar”.

- “Y otras ovejas tengo, las cuales *no son de este redil*; estas debo Yo también traer, y oirán Mi voz, y serán un solo *rebaño*, y un solo pastor” (10:16).

“Otras ovejas”. – El hecho que el Señor se refiera a “otras ovejas” presupone la existencia y el reconocimiento de algunos a quienes corresponda y que conformen tal nombre. Muchas cosas podrían decirse de la belleza y simplicidad del “Orden establecido para la Oración Matinal” que se emplea (en la Iglesia Anglicana) diariamente a través de todo el año, de acuerdo al *Libro Común de Oración*, pero ninguno de cuantos deseen obedecer el principio de la “Correcta División” puede ignorar ni dejar de ver la idea de antemano que resulta por la continua aseveración (solemne declaración) para los creyentes Gentiles actuales, que “Nosotros somos el pueblo de Su prado, y ovejas de Su mano” (Salmo 95:7).

Cuando Cristo envió a Sus discípulos a predicar el evangelio del reino, diferenció claramente entre Israel y los Gentiles, diciendo:

- “Por camino de Gentiles no vayáis, y en ciudad de los Samaritanos no entréis; sino antes bien id a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mat.10:5, 6).

O, en otra ocasión y de nuevo, respondiendo a la oración de la mujer Siro-fenicia, el Salvador dijo:

- “Yo no he sido enviado, sino a las ovejas perdidas de Israel” (Mateo 15:24).

A Pedro se le encomendó que alimentara las ovejas del Señor, y dirige sus epístolas a los dispersos de Israel, no a las iglesias Gentiles.

Al mismo tiempo que esto debería ser comúnmente acepte como siendo la doctrina entre los oidores del Señor, Él señala que había *otras ovejas* que, si bien ciertamente no eran de “este REDIL”, estaban destinadas a formar “un solo REBAÑO”. Una vez que estas “otras ovejas” no eran del redil de Israel, y una vez que esta revelación se encuentra en el evangelio que tiene *al mundo* por su esfera, *el tiempo del repudio de Israel* por su periodo, y que fue escrito para lectores *no Judíos*, deducimos que estas otras ovejas tan solo pueden provenir de los creyentes Gentiles.

Los miembros de la Iglesia del Misterio jamás son denominados *ovejas*, ni tampoco se juntan en unidad con el “redil” de Israel para formar un solo “rebaño”. El ministerio del Evangelio de Juan está, por tanto, en operación el día de hoy, abarcando un círculo mucho más amplio que aquel cubierto por la

dispensación del misterio, e incluyendo al creyente Gentil, que ni habiendo alcanzado la posición de “Romanos”, ni tampoco recibido el llamamiento de “Efesios”, se encuentran a sí mismos en un redil del cual Israel no sea reconocido, siendo como son, otros, de entre los Gentiles que irán a ser reunidos de los caminos y senderos, para sentarse como convidados en la celebración de casamiento del Cordero, aunque este honor se extendiera originalmente tan solo a Israel (Mateo 22.-14).

Las más tempranas referencias en este capítulo al “pastor asalariado” son un eco repetido de más que una denuncia del Antiguo Testamento de características similares. Por ejemplo, en Isaías 56:10, 11 los líderes de Israel son comparados con vigilantes que están ciegos, perros mudos que no pueden ladrar, y pastores que no pueden comprender (aquí se dice que ellos *no podían*, 10:6) y es en este mismo pasaje que encontramos un punto de la verdad exhibida en 10:16.

- “El Señor Dios que reúne a los dispersos de Israel dice: Y aun he de juntar a otros congregados al lado de él” (Isaías 56:8 A.V).

Una vez más le recordamos al lector que el Señor había denominado a estos pastores “ladrones y saltadores”, y cuando limpiaba el templo de los cambistas dijo:

- “Escrito está: Mi casa será llamada la casa de oración *para todos*, pero vosotros la habéis trastornado en una cueva de ladrones” (Mateo 21:13).

Es por tanto sugestivo hallar en Isaías la profecía: “Mi casa será llamada una casa de oración **para todos**”. En la otra faz de 10:16 con su revelación concerniente a las otras ovejas, el Señor dice:

- “Yo pongo Mi vida” (10:15).
- “Por eso Me ama Mi Padre, porque pongo Mi vida, y la vuelvo a tomar de nuevo” (10:17).

Esta más que vital doctrina se expande:

- “Nadie la quita de Mí, sino que Yo la pongo de Mí Mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar de nuevo. Este mandamiento he recibido de Mi Padre” (10:18).

El significado primario de *tithemi* traducido en el versículo 11 “poner” es “ubicar”, “colocar”, y aparece dieciocho veces en este Evangelio. Se traduce “asentar” como del buen vino (2:10); “poner” como Pilato hizo con el título sobre la cruz (19:19), “quitarse y depositar” como del vestuario en el armario (13:4); “depositar” como se haría con un cuerpo en el sepulcro (11:34; 19:41, 42; 20:2, 3, 15), y “ordenar” como lo fueron los apóstoles (15:16). Esto nos deja ocho ocurrencias donde el sujeto es el “poner” la vida de uno propio (10:11, 15, 17, 18; 13:37, 38; 15:13). De estas referencias, dos, esto es, 13:37, 38 refieren a la expresa voluntad de Pedro de “poner” o “entregar”, “ofrecer” su vida por causa del Salvador, y una, esto es, 15:13, nos ofrece aquel bendito pasaje:

- “Nadie tiene mayor amor que este, que alguno ponga su vida por su prójimo”

La generosa ofrenda de Pedro (13:37) y el comentario del Señor (15:13) nos permiten comprender muy claramente lo que se entiende por *el Buen Pastor que pone Su vida por las ovejas*.

Muchos predicadores y comentaristas tienen por costumbre comparar Juan 15:13 con la declaración de Pablo en Romanos 5:6, pero no deja de ser una comparación merecedora del epíteto del poeta, una “odiosa” comparación; pues los temas de ambos pasajes son totalmente distintos y separados, tal como un estudio de los contextos nos ha de revelar.

Nadie puede decir que sea un creyente del Evangelio de la gracia si al mismo tiempo deja de reconocer la centralidad de la cruz. Ninguno puede predicar el Evangelio tal como Pablo lo predicó que no predique a “Jesucristo, y a Éste crucificado”. Nadie puede abrigar la esperanza de tratar con el “viejo hombre” de manera efectiva que no haya aprendido el gran misterio envuelto en las palabras de Romanos 6, “crucificados con” Cristo. Ningún lector del *Expositor de Berea* o cualquier otra publicación podrá acusarnos o hacer protesta de doctrina insana o desleal de nuestra parte, y ciertamente con lealtad y respeto creemos que las palabras de Juan 10:15-7 nos dejan claramente ver que no es la cruz lo que está en vista. Seríamos responsabilizados, a menos que estemos plenamente convencidos de las implicaciones de estos versículos, de malinterpretar groseramente al Señor y el verdadero lugar de la cruz. La vía como algunos enfatizan la crucifixión lleva casi a pensar que, de no haber existido Judas, ni Caifás, ni Pilato, ni ningún fanático Judío, no hubiese habido sacrificio alguno *ofrecido, puesto* por el pecado. Pero esto no deja de ser sino una grave perversión de la verdad, y las palabras:

- “Yo pongo Mi vida de Mí Mismo, nadie la quita de Mí”,

no dejan de ser sino un bendito y saludable correctivo.

Cuando el Salvador vino a ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, esa obediencia nos prueba que la cruz era la voluntad del Padre para Su vida. Lo que debemos hacer es aprender a distinguir dicho propósito Divino, el cual ordenó y con el cual llevó a cabo consigo la expiación del pecado, y el Divino pre-conocimiento o conocimiento de antemano del odio humano y la locura que conllevó a la muerte efectiva del Mesías por vía de una vergonzosa muerte de cruz. Veamos si es que no podamos hallar luz sobre este doble aspecto de la voluntad de Dios examinando uno o dos pasajes de Escritura.

Antes que nada, gratamente admitimos, que, nada de cuanto forme una parte de la bendita ofrenda por nuestros pecados, podría venir a ser un asunto condicional de “si” o “por si acaso”. Permitamos que hable el apóstol Pedro:

- “En verdad contra Tu Santo hijo Jesús, Quien Tú has ungido, tanto Herodes, como Poncio Pilatos, con los Gentiles, y el pueblo de Israel, se juntaron a una, para hacer todo cuanto Tu mano y Tu consejo determinaron de antemano iría a suceder” (Hechos 4:27, 28).

Nada podría ser más definitivo. La cuádruple enemistad de Herodes, Pilatos, Israel y Gentiles fue la que produjo e hizo suceder “todo cuanto” había sido determinado, y, una vez que la crucifixión fue la culminación de su combinada enemistad, debíamos considerar (aun mismo por un pensador superficial) que la citación de estos dos versículos sería suficiente para asentar de una vez por todas la cuestión que hemos levantado – y para siempre. Sin embargo, la Verdad, en asuntos tan serios y graves no puede ser tan fácilmente eliminada ni anulada.

Debemos ver el sujeto en su totalidad, y debemos considerar todo cuanto se ha dicho, pues la verdad fuera de proporción o una verdad parcialmente vista puede guiarnos a los más graves y serios errores. En contraposición a la inspirada declaración del cuarto capítulo de los Hechos, debemos ubicar la igualmente inspirada declaración de Corintios:

- “Pero hablamos la sabiduría de Dios en un misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios ordenó de antemano antes que al mundo para nuestra gloria; la cual ninguno de los príncipes de este mundo conoció; pues si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de Gloria” (1ª Cor.2:7, 8).

Herodes y Pilatos están entre “los príncipes de este mundo”. Si hubiesen sabido algo de esta escondida sabiduría, lo más cierto es que no habrían crucificado al Señor de Gloria (1ª Corintios 2:7, 8). Así, por tanto, esta sabiduría “ordenada de antemano” (*prohorizo*), antes de las edades, no puede divorciarse de cuanto el Señor “había determinado” (*prohorizo*) que sucediera (Hechos 4:28).

Si insistimos, todavía, en que no hay distinción a deducir entre aquello que Dios positivamente ordenó y todo cuanto Él permisivamente previó, tergiversaremos estos dos pasajes de Escritura como si enseñasen que el Propósito de Dios ordenó la crucifixión, el asesinato que Herodes y Pilatos llevaron a cabo; y al mismo tiempo, tendremos que cargar con la contradictoria idea de que, si Herodes y Pilatos hubieran sabido el propósito de Dios, no lo habrían efectuado, lo cual, por supuesto, es algo totalmente absurdo, y eso demuestra que hemos perdido el hilo en cualquier parte. Razonar aquí no es algo que nos pueda llevar más lejos en un tal tema, sin embargo, la fe le sugiere a la razón que hay una explicación Divina si la procuramos. Y probablemente la hallaremos en lo siguiente:

- “a Aquel, habiendo sido deliberado por el determinado consejo y pre conocimiento de Dios, tomasteis y entregásteis, y por mano de perversos inicuos le crucificasteis y asesinasteis” (Hechos 2:23).

Aquí debemos observar que las “manos de perversos inicuos” ejecutaron la crucifixión de Cristo. Si Herodes y Pilatos cumplieron por ese medio el positivo consejo de Dios, sus manos habrían sido denominadas de “manos obedientes” o “manos sacerdotales”, pero con toda seguridad no “manos de perversos inicuos”. Aquí pareciera como si hubiera una diferencia a ser observada entre (1) el consejo de Dios considerado en sí mismo, y (2) todo aquello cuanto se incluya en el Divino pre conocimiento que sería llevado a cabo por perversos inicuos. Cuando leemos en el décimo capítulo de Hebreos, “Tú Me preparaste un cuerpo...he aquí, Yo vengo para hacer Tu voluntad” o en el noveno de Lucas, “cuando hubo llegado el tiempo de ser Él recibido arriba, asentó firme Su vista para ir a Jerusalén”, no se percibe que sean necesarias las manos de perversos inicuos, traición u odio, para asegurar el cumplimiento del propósito Divino. En el capítulo 8 del evangelio de Juan, el Salvador había dicho de aquellos que procuraban matarle:

- “Vosotros sois de vuestro padre el Diablo...Él fue un asesino desde el principio, y no permaneció en la verdad” (8:44).

¿Cómo entonces podría ser, que, la cumplida crucifixión por las “manos de inicuos” de “los príncipes de este mundo”, quienes *se hallaban ligados con* “el Diablo” (aquel tan asesino como mentiroso) fuesen al mismo tiempo *el cumplimiento* del Divino consejo? La cruz fue algo añadido a la ofrenda de Cristo,

añadido por causa de la enemistad, y supervisada para poder abarcar y alcanzar la reconciliación de los propios enemigos, pero debemos estar bien conscientes de dicho énfasis tan fuerte de la cruz y la crucifixión, pues pareciera como si Cristo fuese una víctima sin voluntad propia, que *tuviera que ser traicionado, tuviese que ser clavado a la cruz*, para que la expiación por el pecado *pudiese ser llevada a cabo y asegurada*. Esto es algo de lo cual reniega totalmente la Escritura, en las palabras:

- “Ningún hombre Me la quita, sino que Yo la pongo de Mí Mismo”.

Aquí, una vez más, nos volvemos a encontrar con dos declaraciones aparentemente opuestas, “Nadie” quita la vida del Señor, sino que “Inicuas manos” le crucificaron y mataron. La intención fue de Herodes, Pilatos, los Gentiles e Israel para asesinar al Señor, sin embargo la sorpresa que se llevó el Centurión al comprobar que la muerte del Señor había sucedido en tan corto espacio de tiempo, es una evidencia más de que la muerte sacrificial que procuró nuestra Redención, se cumplió en un periodo de horas de tinieblas sobrenaturales, cuando el hombre enmudeció su boca, y nadie estaba presente sino el Hijo, Quien a través del Espíritu Eterno, *se ofreció a Sí Mismo* sin mancha para Dios. El mandamiento que el Hijo tan voluntariamente obedeció era la “autoridad” (*exousia*) que le capacitó tanto para depositar aquella vida sin mancha, como para además volverla a tomar de nuevo al tercer día.

No es de admirar nada, con tales palabras del misterio, amor y gracia, que hubiese tenido lugar una tal división entre los Judíos. Algunos decían: “Demonio tiene, y está fuera de sí”. Otros dijeron: “Estas no son las palabras de Uno que tiene un demonio. ¿Puede acaso alguno abrir los ojos del ciego?” Así, pues, siempre que nos acerquemos y digamos de pleno corazón: ¡En nada me glorío, sino solo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo! – recordemos al mismo tiempo y exaltemos también el amoroso voluntarismo que capacitó al Salvador en cuanto contemplaba el depósito de Su vida en Su muerte sacrificial para decir:

- “Ningún hombre Me la quita, sino que Yo la deposito de Mí Mismo”.

### **“Yo y el Padre somos Uno” (10:30)**

El lector se acordará que la ceremonia tradicional que concluye la Fiesta de los Tabernáculos la utilizó el Señor para dar puntuación a Su enseñanza y Su reclamo (Juan 7), y es muy probable que descubramos alguna razón similar por la declaración del versículo veintidós del décimo capítulo, este concerniente a la fiesta de la Dedicación. Esta fiesta tuvo su origen en una liberación efectuada bajo los Macabeos, y en el milagro tradicional que hizo con que el escaso aceite habido fuese suficiente para encender todas las lámparas del templo durante un día entero, hasta el octavo día último. El lector encontrará particulares de la fiesta en 1ª Macabeos 4:52, en Josefo “Las Antigüedades de los Judíos” XII: 7.7, y en los *comentarios* de Maimonides y los Rabinos; y además, tal vez lo más pertinente de todo lo encontraremos en los escritos del Dr. John Lightfoot. El tiempo, sin embargo, apremia, y no escribimos para los meramente curiosos, y una vez que una gran parte de información sobre esta materia se basa en su mayoría sobre la tradición, nosotros la abandonamos para ocupar el espacio con más sólidos fundamentos.

La estructura de Juan que ofrecemos unas cuantas páginas atrás recae en dos parejas de miembros correspondientes, alternado el tema principal del “Pastor” con el subsidiario de la división consecuente. Hemos considerado el primer par, 10:1-21, y ahora debemos considerar el segundo, 10:22-42.

En la sección inicial del décimo capítulo el Señor emplea un “proverbio” con el objetivo de exponer Su enseñanza. Esta misma palabra se encuentra en 16:29 en las palabras de contraste, “hablar abiertamente”, y así, nos capacita para ver que, en 10:24, la demanda: “dinos abiertamente”, vuelve mirando atrás, al “proverbio” del versículo 6; y así aparece también en el miembro correspondiente de la estructura. La réplica del Señor para con la demanda de *hablar abiertamente* es:

- “Ya os lo he dicho, y vosotros no creéis; las obras que Yo hago en nombre de Mi Padre, ellas portan consigo testimonio de Mí” (10:25).

Juan no registra nada pronunciado por el Señor que cumpla esta declaración. El Salvador le había hablado “abiertamente” a la mujer de Samaria (4:26), y al hombre que había nacido ciego (9:37), pero, en la mayoría de los casos, todos cuantos demandaban de antemano una “respuesta abierta”, estos eran los primeros a clamar “blasfemia”. A los tales, el Señor les señala antes bien el testimonio de los milagros que ya había producido, en vez de una positiva confesión. Si algún hombre común adopta esta actitud, él propio se vuelve al criticismo y la censura, sin embargo el Señor “sabía bien lo que había en el hombre”, y de ahí que pudiese actuar apropiadamente. Él no les habla a estos Judíos “abiertamente”, puesto que ya se lo había dicho:

- “Pero vosotros no creéis, porque no sois de Mis ovejas, tal como os he dicho. Mis ovejas oyen Mi voz, y Yo las conozco, y ellas Me siguen a Mí” (10:26, 27).

Se evidencia muy claro el espíritu en estos Judíos, la intención que motivó sus indagaciones, esto es, en vez de ponderar la enseñanza de Sus palabras, tan solo se fijaron en una de las cláusulas como un medio de llevar a cabo sus odiosos deseos. El Señor continuó, hablando de Sus ovejas, diciendo que nadie las “arrebata”, ni de “Mis manos” ni de “la mano de MI Padre” (10:28, 29). Al tiempo que dijo, que, el Padre que le había dado estas ovejas, era “mayor” o “más grande”, del mismo modo reclamó también que Él y Su Padre eran “Uno” (10:28, 29). Ahora bien, Si nadie podía arrebatarlas de la mano del Salvador ni de la mano del Padre, entonces, necesariamente en este particular ahora, las palabras son verdaderas. “Yo y el Padre somos Uno” (10:30).

A nadie damos lugar ni admitimos en nuestra convicción y nuestro testimonio para con la esencial Deidad de Cristo, pero creemos que se puede dañar la verdad y ser causa de impedimento de la verdad, si es que se fuerza y retuerce esta gloriosa doctrina introduciéndola en los pasajes de Escritura que no están escritos para enseñar este punto. Es extremadamente improbable, delante de una tal compañía de Judíos incrédulos, a quienes ni tan siquiera el Señor pudo hablarles abiertamente concerniente a Su Oficio Mesíasico, que pudiese por tanto *decirles nada de la más alta y maravillosa doctrina de Su Deidad*. Si esa hubiese sido Su intención, entonces el argumento al cual recurre de inmediato del libro de los Salmos ni sería suficiente ni probaría nada a este respecto.

- “Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley, Yo dije, dioses sois? Si Él les llama dioses, a todos cuantos la palabra de Dios vino, y la Escritura no puede ser quebrantada, ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” (10:34-36).

Los hombres fueron llamados “dioses” por las Escrituras que no pueden ser quebrantadas. Así pues, no puede haber blasfemia alguna en Aquel Quien fue santificado y enviado por el Padre y probado por tales evidencias tan claras y grandes, a la hora de denominarse a Sí Mismo “el Hijo de Dios”.

El Salmo aquí referido como “vuestra ley” y “Escritura” es el Salmo 82. No tiene sino tan solo 8 versículos, y con el fin de seguir el argumento daremos el Salmo entero:

- “**Dios** está en la reunión de los *dioses*, en medio de los justos juzga. ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente, y aceptaréis las personas de los impíos? Selah. Defended al débil y al huérfano, hace justicia al afligido y al menesteroso, librad al afligido y al necesitado, libradlo de manos de los impíos. No saben, no entienden, andan en tinieblas; tiemblan todos los cimientos de la tierra. Yo dije: *vosotros sois dioses*, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis, y como *cualquiera de los príncipes* caeréis. Levántate, oh Dios, juzga la tierra; porque Tú heredarás todas las naciones”.

La palabra “dioses” en el versículo uno es la hebrea *El*, “Dios”.- “**Dios** (*Elohim*) prevalece en la congregación de Dios (*El*)”. La palabra traducida “congregación”, o “reunión” se refiere usualmente a Israel, “Tu congregación” (Salmo 74:2). Pero no es correcto decir, tal como Hengstenberg dice, que, “*Edah*, nunca signifique una asamblea o un colegio, sino siempre una comunidad, una congregación”.

En contra de esta noción tenemos escrituras tales como:

“La tierra se abrió y tragó a Datán, y tragó *a la compañía* (*Edah*) de Abiram. Y se encendió fuego en *su junta* (*Edah*); la llama quemó a los impíos (Salmo 106:17, 18).

Y además, la referencia a los “príncipes” que “cayeron” en el Salmo 82, que incluye la tragedia de Números 16. Allí leemos de:

- “Los príncipes de *la asamblea*” (vers.2),
- “Toda *su compañía*” (5),
- “Coré y toda *su compañía*” (6),
- “Tú y toda *tu compañía*” (11, 16).

Estos pasajes serán suficientes para demostrar que la idea de una especial *compañía de Jueces* es lo que realmente está en vista en el Salmo 82: “Dios el Juez Supremo prevalece en la congregación de estos justos, a quienes se les otorgó el título de *dioses*”.

El título “dioses” es tan antiguo como la ley de Moisés. La palabra traducida “jueces” en Éxodo 21:6 y 22:8, 9, es la palabra *Elohim* “dioses” y se traduce “dioses” en el versículo veintiocho. “No injuriarás a los **jueces** (*dioses*), ni maldecirás a los príncipes de tu pueblo”. Estos “dioses” fracasaron efectivamente en su alto oficio, tales como Salmo 82 deja ver claro:

- “Yo he dicho: *dioses sois vosotros*; y todos vosotros sois hijos del Altísimo. Pero vosotros habéis de morir como hombres, y caer como uno de los príncipes”.

Si los tales hombres injustos así pudieron ser llamados tanto “dioses” como “niños” del Altísimo, por el solo motivo de haberles a ellos llegado la palabra de Dios, y un tan alto oficio les fue concedido, ¿cómo es entonces posible que Cristo pudiera ser acusado con blasfemia, cuando a Sí Mismo se denomina el Hijo de Dios, Aquel cuya palabra y acto reflejaba la mente y propósito del Padre Quien le envió?

Si por un lado, por tanto, el pasaje en el capítulo 10, no puede emplearse como una prueba textual concerniente a la esencial Deidad de Cristo, por otro, es cierto que habremos ganado un más claro concepto de la Unidad que existía entre Aquel Quien Envío, y Aquel Quien fue Enviado, y es por esto que estamos tan agradecidos.

Antes de dejar este pasaje, volvamos a la cuestión puesta por los Judíos: “si Tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24). ¿Cuál es la respuesta del Señor? Si esperamos una respuesta rápida y concisa del tipo, “Yo soy el Cristo”, nos vamos a quedar decepcionados, pero si seguimos el método adoptado por el Señor, acabaremos alabando de manera muy grata. Él ya se lo había dicho, pero Sus palabras no fueron creídas (10:25). Así, pues, a seguir apela a dos testigos: las Obras que Él hizo en el Nombre del Padre, y el Testimonio de la Palabra Escrita.

- “Las obras que Yo hago en el Nombre de Mi Padre, ellas portan testimonio de Mí” (10:25).
- “¿No está escrito en vuestra ley?...las Escrituras no pueden ser quebradas” (10:34, 35).

El punto central en cuestión fue atestado por las obras que Él hizo “Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo trabajo” (5:17). Este reclamo lo interpretaron los Judíos como un reclamo a la igualdad con Dios (5:18), que el Salvador procede a expandir (5:19-23). Esto ya lo hemos considerado. El tema se nos vuelve de nuevo a aparecer en el capítulo 10:

- “Si Yo no hiciera las obras de Mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, aunque no Me creáis a Mí, creed las obras; para que podáis conocer, y creer, *que el Padre está en Mí, y Yo en Él*” (37, 38).

El capítulo anterior, que se ocupa en esta discusión, acaba en el testimonio de la Escritura: “Si no creéis sus (de Moisés) escritos, ¿cómo creeréis Mis palabras?” (5:47). Este presente capítulo, al mismo tiempo que da un lugar importante a la Escritura que no puede ser quebrantada, nos resalta además las obras. El Salvador es favorablemente comparado con Juan el Bautista en este particular:

- “Y muchos venían a Él, y decían: Juan, a la verdad, *ninguna señal hizo*; pero todo lo que Juan dijo de Éste era verdad. Y muchos creyeron en Él allí” (10:41, 42).

Aquí la palabra traducida “señal” es la palabra característica del Evangelio, y sabemos por el testimonio de este Evangelio en sí que las grandes obras, a las cuales Juan denomina “señales”, ser registran actualmente con el objetivo de guiar a la convicción de que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”, y como resultado de una tal convicción, que todos cuantos creen puedan recibir la vida a través de Su Nombre (20:30, 31).

Así es como a través de todas las “señales” y la narrativa interviniente transcurre un gran y alargado propósito: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Padre está en Él, y Él está en el Padre. Él estaba en el



principio con Dios, Él era Dios, Él se hizo carne, y para todos cuantos creen Él, les dio el derecho de pasar a ser hijos de Dios. Este es el glorioso motivo que transcurre a través de la armonía de este bendito registro.

Reconocer y creer este testimonio fue una distintiva marca de las ovejas. Aquellos que no creyeron no tardaron en hacer manifiesto que no eran del número de Sus ovejas (10:26, 27). No tenemos capacidad alguna para mirar en el Libro de la Vida y ver los cuyos nombres que allí están escritos, pero tenemos evidencias infalibles:

- “Sabido, amados hermanos, vuestra elección de Dios: Pues nuestro evangelio no os llegó a vosotros en palabra solamente...no lo recibisteis como la palabra de los hombres, sino como es en verdad, la palabra de Dios, la cual opera de manera efectiva también en vosotros cuantos creísteis.” (1ª Tesalonicenses 1:4, 5; 2:13).

**CAPÍTULO 10**  
**La Séptima Señal**  
**La Resurrección de Lázaro (11:1-46)**  
**La Estructura y la Introducción**

El lector ya está al tanto que hay ocho señales registradas por Juan, y que forman una parte integral de la estructura de este Evangelio. El Evangelio recae en cuatro principales divisiones.

El Prólogo (1:1-18).

El Testimonio Externo (1:19 a 12:50).

El Testimonio de Sí Propio (13 a 18).

## La Obra Acabada (19 a 21).

Siete de las señales que Juan registra recaen dentro de la sección denominada “El Testimonio Externo”, y por tanto no deja de tener un gran significado que la séptima y cimera señal de esta gran sección sea la tal de *resurrección de la muerte*, y que contenga dentro el tremendo clamor: “Yo soy la resurrección y la vida”.

Si bien pueda ser cierto que el pensamiento griego filosófico había fijado el alto estándar asiente por Sócrates, Platón y Aristóteles, no en tanto, el Estoico y el Epicúreo representaban el más alto vuelo de la sabiduría de este mundo, al día de Pablo, aún así, se registra que la solemne sesión reunida en *La Colina de Marte* (*La Colina de Marte* es la plaza de reunión donde se discute filosofía en Atenas, donde la Reina Valera traduce *Areópago* en el vers.19) la defensa del apóstol fue recibida y oída sin interrupciones, hasta que comenzó a exponer hablando la resurrección:

- “Y cuando oyeron lo de la resurrección de la muerte, algunos se burlaron; y otros dijeron: Ya te oiremos en otra ocasión sobre esta materia” (Hechos 17:32).

La sabiduría Griega, el poder Romano, el prejuicio Judío, todos presentan por igual esta misma actitud hacia el sujeto o tema principal de la resurrección. Delante del *Sanhedrin*, el apóstol alzó la voz y dijo:

- “Aquí he sido llamado a responder acerca de la esperanza y resurrección de la muerte... los Saduceos dicen que no hay resurrección” (Hechos 23:6, 8).

En consideración al poder de Roma, la acusación contra Pablo recaía bajo:

- “ciertas cuestiones...de sus supersticiones, y de un tal Jesús, que estaba muerto, de Quien Pablo afirma que está vivo” (Hechos 25:19).

Dirigiéndose a Agripa, Pablo le dijo:

- “¿De qué te sorprendes tanto y te resulta tan increíble, que Dios pueda resucitar a los muertos?” (Hechos 26:8),

Y alcanzando el clímax en su defensa cuando testificaba que Cristo debía padecer “y que debía ser el primero que resucitase de la muerte”, el más glorioso creyente de los apóstoles, es considerado por Festo el Romano como si estuviera “loco” (Hechos 26:23, 24).

La más superficial tomada de conciencia con el evangelio, la doctrina, y la esperanza de Pablo, revela la Resurrección de Cristo como siendo la piedra angular de toda la estructura. El Salvador ya antes había reclamado una igualdad con el Padre en este asunto de la resurrección de la muerte (5:17-30), un asunto y materia surgida de la sanidad del hombre paralítico. Aquí otro hombre “impotente”, Lázaro, se nos pone delante, y éste, para la gloria de Dios, no tan solo cae enfermo, sino que además se muere, con el objetivo de que, el reclamo del Señor, viniese a ser vindicado por la evidencia efectiva de la señal. Con esta séptima señal, cesan todas las señales hasta después la resurrección del Propio Señor. Esta, por tanto, llega al clímax, y en cierta medida reúne en sí una gran parte de todo cuanto ha venido demostrándose en pequeños fragmentos en las señales anteriores.

Él manifestó “Su gloria” cuando transformó el agua en vino en la primera señal - Su gloria se afirma más categóricamente en la séptima señal. El hijo del noble “estaba a punto de morir” y el Señor demostró Su poder contrarrestando la fiebre: “tu hijo vive” es la nota tres veces repetida en esta segunda señal. La resurrección de Lázaro sin embargo recae bajo otra categoría. El hijo del noble estaba “a punto de morir”, sin embargo Lázaro ya estaba muerto y sepultado hacía cuatro días.

La tercera señal nos pone delante un hombre *astheneo*, “impotente” “paralítico” (5:7), si bien que esta parálisis o impotencia, que duraba ya “treinta y ochos años”, no se probó que fuera fatal. Lázaro, sin embargo, estaba “enfermo” *astheneo* (11:1, 2, 3, 6), y esta enfermedad, que parecía no “ser para muerte” desde el punto de vista del Señor y Sus propósitos, resultó de hecho fatal, tanto cuanto alguno pueda percibir.

A seguir a la cuarta y quinta señal tenemos la enseñanza dada por el Señor acerca de Si Mismo como siendo “El Pan de Vida”, con su comentario:

- “Este es el pan que descende del cielo, para que cualquier hombre coma de él, y *no muera*...si alguno come de este pan, vivirá para siempre” (6:50, 51).

A estas palabras se le dan una más plena explicación en 11:25, 26.

En la sexta señal nos encontramos que la doctrina sobresale más plenamente en el caso de Lázaro, esto es, la tal “ceguera” y aun mismo la muerte en sí, pueden ser, y en algunos casos se permite efectivamente que sea, para la manifestación de las obras de Dios, o para Su especial gloria. Esto hace con que la séptima señal reúna en sí misma todas cuantas se hicieron anteriormente. La profética señal de las Bodas de Caná demanda la resurrección de la muerte – y de igual modo lo demandan las intervinientes experiencias desde la segunda a la sexta señal – si es que de algún modo venga a disfrutarse la bendición dada y presagiada.

Volviendo ahora al pasaje que tenemos delante, observamos que la estructura es la siguiente:

### **La Séptima Señal (11:1-46)**

A 1-16. La GLORIA a 1-4 *El Propósito*, la Gloria de Dios.

De Dios b 11. *El Método*, Despertar del sueño.

Y del Hijo

B 17 *La Evidencia de la Realidad*. “Cuatro Días”.

*Simbólico Periodo*.

C 18-32

c 21, 22. “Señor, si Tú hubieses estado aquí,  
mi hermano no habría muerto”.

Clamor

d 25. YO SOY LA RESURRECCIÓN y LA VIDA

Y

Confesión

d 27. TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS.

c 32. “Señor, si Tú hubieses estado aquí  
mi hermano no habría muerto”

B 39 *La Evidencia de la Realidad*. “Cuatro Días”.

*Simbólico Periodo*.

A 40-46. La Gloria    a 40. *El Propósito*, la Gloria de Dios de Dios.

Este análisis divide la séptima señal en tres partes: (1) “La Gloria de Dios y de Su Hijo”, propósito y método (1-16, 40-46); (2) “La Evidencia de la Realidad”, “cuatro días” (17, 39); (3) “Clamor y Confesión”, a pesar de la humana fragilidad (21-32). Sigamos la línea asiente por este análisis y examinemos el texto un poco más de cerca.

*La Gloria de Dios y de Su Hijo.* – La distribución de la palabra *doxa* “gloria” en el Evangelio de Juan es más que sugestiva.

A Positiva. La Gloria del Hijo. (1:14 y 2:11).

B Negativa. Procurando la propia gloria (5:41, 44; 7:18; 8:50, 54; 9:24).

A Positiva. La Gloria del Padre y del Hijo. (11:4, 40; 12:41).

B Negativa. Procurando la propia gloria (12:43).

A Positiva. La Gloria del Padre y del Hijo (17:5, 22, 24).

Dejando de lado la consideración a las referencias para con el hombre que procura su propia gloria, vamos a enfocar nuestra atención en las tres declaraciones positivas, observamos que hay una emergencia desde “el principio” en el tiempo cuando “la Palabra se hizo carne” y la gloria que se vio fue “la gloria como del Unigénito del Padre” (1:14), acabando con una tripla referencia a la gloria que el Hijo poseía con el Padre “antes que el mundo fuese”, cuando era amado “antes de la fundación del mundo”.

Muy próximamente asociada con esta maravillosa gloria se hallaba la demostración del poder que resucitó a Lázaro de la muerte, así como en conexión con la resurrección del Propio Señor, de Él se dijo haber sido levantado “por la gloria del Padre” (Rom.6:4). De la resurrección del creyente está escrito, “se siembra en deshonor; se levanta (o resucita) en Gloria” (1a Cor.15:43).

Los miembros de apertura y cierre de la estructura *La Séptima Señal* (11:1-46), opuestamente, trata con esta “gloria” y habla de (a) propósito y (b) método.

*Propósito.* – “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la Gloria de Dios, para que el Hijo de Dios pueda por ella ser glorificado” (11:4).

“No te he dicho, que, si tú crees, has de ver la gloria de Dios?” (11:40).

*Método.* – “Voy a despertarle del sueño” (11:4).

“Clamó a gran voz diciendo, Lázaro, sal fuera” (11:43).

“Despertarle del sueño” es la expresión del propio Señor hablando de la resurrección. Evitemos y pongamos de parte el lenguaje de la tradición, el cual tergiversa la muerte en vida, y las almas del Hades o Paraíso con espíritus desnudos, y adhiramos al lenguaje de la verdad inspirada. “Nuestro amigo Lázaro duerme...hablando claro, es, Lázaro está muerto” (11:11, 14).

En el 9:3-5 tenemos la siguiente secuencia:

- (1) Esta ceguera del hombre no es por causa del pecado, sino para que las obras de Dios puedan en él ser hechas manifiestas.
- (2) Yo debo operar las obras de Aquel que Me envió mientras dura el día.
- (3) Entre tanto que estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Así, en Juan 11:4, 9 tenemos una secuencia similar:

- (1) La enfermedad de Lázaro no era para muerte, es decir, no tan solo tiene la muerte, sino la gloria de Dios como su objetivo.
- (2) ¿No hay doce horas en el día?
- (3) Si alguno anda en el día no ha de tropezar, puesto que así ve la luz de este mundo.

Nadie pudo echar mano a Cristo hasta que Su hora no hubo llegado y hubiese “acabado la obra” que le dieron para acabar, y el siervo, al igual que su Señor, puede a su vez seguir en frente confiadamente, hasta que él también pueda decir, “He acabado mi carrera” (2ª Tim.4:7). Esta aparentemente extraña interpolación hace por tanto parte de esta “señal de resurrección”. Afecta una de los puntos más sensibles en la fragilidad humana, un tema que ejercita la sabiduría de Salomón y que se expresa en el libro de Eclesiastés (vea el estudio *El Eclesiastés* por el mismo autor y publicista). Así, pues, si alguno llega a creer en Dios Quien resucita a los muertos, si es que el Salvador en el poder de la Resurrección es “Señor tanto de los muertos como de los vivos”, una vez que dicho hombre está en el centro de la Voluntad Divina y cumpliendo el servicio del Señor, esa persona ya no puede ser parada ni efectivamente obstaculizada, así como los Judíos tampoco pudieron parar al Señor hasta que “Su hora” hubo llegado”. Y cuando un creyente ha cumplido el propósito de su ser, cuando su obra sea hecha, cuando de manera exultante pueda decir, “acabado”, entonces el mundo bien puede hacer lo que quiera, esa persona ha triunfado, y triunfado por causa del “poder de Su resurrección”.

Los discípulos, habiendo ahora discernido el significado de “dormir”, y aproximándose de Betania, habiendo hallado que Lázaro ya estaba “en el sepulcro desde hacía cuatro días”, vinieron al fin y al cabo a entender las palabras, “Y Me alegro por vuestra causa, que Yo no estuviera allí, con el objetivo que creáis” (11:15).

### **La Resurrección y la Vida** **“El Cristo, el Hijo de Dios” (11:17-39)**

*La Evidencia de la Realidad.* – La doble referencia a los “cuatro días” (vea la estructura en la pág.--) es evidentemente intencional y no debe ser livianamente considerada ni pasada por alto. El lector no precisará que se le recuerde, que, del Señor, está escrito repetidas veces que permaneció en el sepulcro “tres días” y que “no vio corrupción”, sin embargo de Lázaro no tan solo se establece que permaneció en el sepulcro *cuatro* días, sino que además se añade que sí “vio corrupción”. El empleo de estas dos series de días está enteramente en armonía con la opinión tradicional Judía.

- “Si alguien mira un cadáver en los tres días a seguir a su muerte, ha de reconocerle; sin embargo, después de tres días, su semblante muda” (Maimonides, en *Gerushin*).

Además también leemos, en *Massecheth Semacoth*:

- “Se van al sepulcro, y hacen duelo a la muerte por tres días, y a seguir a los tres días de luto pasados, al cuarto día, comienzan las lamentaciones, pues toda esperanza ha desaparecido”.

El “cuarto día”, por tanto, providencia la evidencia completa, tanto para los discípulos como para los Judíos, en cuanto a la naturaleza del milagro que se hubo producido en medio de ellos y a la vista.

En la estructura, hemos puesto como subtítulo a las dos referencias al “cuarto día” las palabras - “simbólico periodo”. Esto precisa alguna explicación, y es la siguiente: Si la introducción de los *treinta y ocho años* del hombre paralítico en el registro (5:5) no es un mero y accidental acaso que esté en concordancia con los años efectivos del deambular de Israel en el desierto (vea la Companion Bible, Apéndice 50, VII (2)), sino que es un paralelo intencional; entonces, los “cuatro días” de la resurrección de Lázaro pueden muy bien representar los 4.000 años de impotencia y muerte que cubre el periodo desde el Sinaí hasta la aproximación de los días de la restauración de Israel, particularmente si se compara con los “dos días” de Oseas 6:2.

*Clamor y Confesión.* - Ahora nos acercamos de la sección central, el glorioso tema de la Resurrección y la Vida, sin el cual, la esperanza no deja de ser una mera burla, la fe resulta en vano, y la vida carente de significado y vacía. El hecho de que tanto Marta como María empleen palabras similares “Señor, si Tú hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (11:21, 32), nos arroja una luz muy viva sobre estos días afanosos inmediatamente precedentes a la muerte de su hermano. ¡Con tan solo haber Él estado aquí! ¡Si Él hubiese estado aquí! Sin embargo, en amor, Él se mantuvo de fuera y permitió que se diesen *cuatro días de lloros y lamentos*. Marta pareciera que expresa algo de la esperanza que fluctúa en sus gemidos, pues añade: “Pero yo bien sé, aun en este momento, que cualquier cosa que Tú le pidas a Dios, Dios ha de concedértelo” (11:22).

¿Quiso Marta realmente decir “todo” cuanto está implicado por esta expresión “aun mismo en este momento” y “cualquier cosa”? - El Salvador puso a Marta inmediatamente a prueba aquel “todo”: “Tu hermano ha de resucitar de nuevo”. Ahora bien, ¿Siguió Marta las líneas de su propia admisión de corazón, y creyó que el Señor pretendía su fe para lograr la plena implicación de la respuesta del Señor? Veamos: Ella responde, “Yo sé que él ha de resucitar de nuevo en la resurrección *al último día*. Preguntamos: ¿No revela dicha respuesta evidentemente lo que sobresalía en su mente y corazón cuando dijo “aún mismo ahora”? Ella estaba, no en tanto, en la presencia graciosa de Aquel Quien no tiene medias medidas, sino que antes bien derrama de Sí aceite puro; y por eso, sin una palabra de reprensión, el Salvador procedió a pronunciar palabras que en la boca de cualquier mero hijo de Adán no tan solo habrían sido consideradas blasfemia, sino además muy ridículas,

“YO SOY LA RESURRECCIÓN, Y LA VIDA” (25).

Este es el clímax en la serie de clamores y reclamos puestos delante y manifiestos a la luz por el Señor en la primera parte de este Evangelio. Es del común conocimiento que los repetidos “YO SOY” del Evangelio de Juan forman un distintivo aspecto muy importante. Si consideramos cada una de las ocurrencias por separado obtendremos una larga lista, sin embargo, los cuatro clamores “Yo Soy” en

referencia al “Pan” de vida en el sexto capítulo, bien pueden ser fácilmente agrupados juntamente en cuanto a este examen y prueba concierne, y así, encontramos que las referencias están dispuestas como sigue:

EL MESÍAS. “Yo...soy Aquel” (4:26).

*Pan.* “Yo soy el pan de vida” (6:35, 41, 48, 51).

*Luz.* “Yo soy la luz del mundo” (8:12).

DEIDAD. “Antes que Abraham fuse, Yo soy” (8:58).

*Puerta.* “Yo soy la puerta” (10:7, 9).

*Pastor.* “Yo soy el buen Pastor” (10:11, 14).

VIDA. “Yo soy la resurrección, y la vida” (11:25).

Hay un maravilloso desarrollo en esta serie de revelaciones de sí propio. A la mujer Samaritana le reveló el Señor que Él era Aquel tan aguardado Mesías. A los contrincantes Judíos, reclama ser algo que sonó en sus oídos como blasfemia, esto es, el clamor diciendo, que, antes que Abraham “fuese”, “Yo soy” - el Nombre de la Deidad. Y por último, tenemos la Deidad en la forma del Mesías, la corporación del poder de resurrección como la fuente y manantial de vida, esto es: Aquel Quien “lloró”, y aun así venció a la muerte.

Hemos sido tan insistentes asociando “resurrección” con “vida de entre los muertos” que bien puede parecerle al lector redundante la añadidura de las palabras “y la vida”. Sin embargo, basta que volvamos a 5:29 para descubrir que *no tan solo hay una resurrección “de vida”, sino además una resurrección “de juicio”,* las cuales evidentemente tienen que ser muy bien distinguidas por separado.

Bajo examinación, además, también encontramos en 5:19-29 que no tan solo había una *física y futura* resurrección,

- “la hora viene, en la cual todos los que estén en los sepulcros oirán Su voz” (28),

-

sino también *una presente y espiritual* resurrección:

- “La hora viene, y *ahora es*, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la escuchen vivirán” (25).

Ahora bien podremos suplementar este precioso conocimiento por un aspecto característico más, “Aquel que crea en Mí, *aunque esté muerto*, no en tanto vivirá”. Esta es la futura física resurrección de 5:28; pero el Señor añade:

- “Y cualquiera que ESTÉ VIVO y crea en Mí nunca morirá” (11:26 traducción literal).

Aquí, no es la vivificación espiritual lo que está en vista, sino el hecho, revelado y expandido en 1ª Tesal.4 y 1ª Cor.15, de que habrá algunos, *los vivos*, a la venida del Señor, que no han de “dormir”, sino que “viven y permanecen”, y así pasan directamente a la gloria sin morir, siendo “transformados inmediatamente, en un abrir y cerrar de ojos”.

Esta estupenda revelación y clamor del Señor a Marta, se emplea de nuevo para incentivar la fe que el Salvador percibió que en ella había, por muy débil y tenue que fuese.

“¿Crees esto tú?” – Y ahora su respuesta es plena, va más allá de una mera afirmación, va mismo al corazón del testimonio de este Evangelio en sí.

- “¿Crees esto tú? - Y ella le contestó: Si, Señor, yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que tenía que venir al mundo” (11:26, 27).

Observe que ella no dice, Si Señor, yo creo que Tú eres la Resurrección y la Vida, Marta no dice, Si Señor, yo creo todo cuanto has dicho concerniente a la resurrección de la muerte y concerniente a la vida del que esté vivo a Tu venida. Dijo algo más, pues una examen de su confesión y una comparación con el propósito expreso del Evangelio de Juan en sí revelará que Marta había alcanzado la cima de todo cuanto abarca la fe.

Probemos ahora esta afirmación por la referencia a uno o dos pasajes de Escritura. Antes que nada, no podemos olvidarnos de la clásica confesión de los Evangelios, la de Pedro diciendo:

- “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mat.16:16).

Al igual que en la confesión de Marta, esta confesión de Pedro aparece en un momento de crisis en el registro. Ya hemos demostrado en otro de nuestros escritos que la primera mitad del Evangelio de Mateo termina en el capítulo 16:20, justo como la resurrección de Lázaro es la última señal dada en el Evangelio de Juan antes del cierre de la primera mitad del registro. Que esta confesión es fundamental se comprueba y hace evidente por el hecho de que *el Señor sobre la dicha Roca Cristo edificará Su iglesia*. Que esta confesión envuelve e implica la victoria sobre la muerte y el sepulcro lo prueban Sus propias palabras añadidas, “Y las puertas del infierno no prevalecerás contra ella” (Mat.16:18), una bendita victoria, anticipada cuando Lázaro respondió al llamamiento a gran voz del Salvador.

Volviendo ahora al Evangelio de Juan en sí, encontramos que nos guía hasta la confesión de Marta, al cierre de la primera mitad del evangelio, y enfatiza el propósito con el cual se ha dejado por escrito el conjunto entero de señales, esto es:

- “Que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida a través de Su nombre” (20:31).

Es evidente por estos paralelos pasajes que la “vida” en el testimonio de Juan es sinónimo con la “vida de entre los muertos”, y así nos lleva de vuelta a la gloriosa revelación, “Yo soy la Resurrección, y la Vida”.

### **Aspectos finales (28-57)**

Si bien la cima o cenit de la séptima señal se alcance en la revelación del versículo 25, “Yo soy la Resurrección, y la Vida”, hay uno o dos aspectos que se encuentran en la sección de cierre del pasaje que son suficientemente importantes e interesantes como para justificar este estudio posterior. Tal vez ningún capítulo en la Escritura exhiba tan repetidas veces lo Divino como humano que hay en “El Cristo, el Hijo de Dios” ni tan plenamente como se encuentra en este capítulo once:



- “Yo soy la Resurrección, y la Vida”. Lo Divino.
- “Jesús lloró”. Lo Humano.

Si el Evangelio de Juan hubiese sido una mera invención literaria, entonces una tal revelación como esta (de tanta intensidad humana en relación a dicho reclamo Divino) habría sido tan ridícula como intolerable. Pero viendo, no en tanto, que esta es una revelación del corazón de Dios, dicha asociación tan próxima de la soberanía, poder y tierna empatía, no dejan de ser sino el sello y marca distintiva de inspiración y verdad. De hecho, el creyente, impartido por la gracia, bien podría argumentar, que, si nunca hubiese habido necesidad para dejar por escrito las palabras, “Jesús lloró”, tampoco nunca habría habido la posibilidad de poner por escrito el clamor, “Yo soy la Resurrección, y la Vida”, pues por Divino que este clamor sea y deba ser, envuelve en sí mismo mucho sufrimiento y vergüenza, ignominia y repudio, la angustia del Getsemaní, el abandono en el Calvario.

La “Resurrección y la Vida” carecen de significado si es que se emplean del incondicional y absoluto Dios Padre; tan solo pueden poseer significado si es que el Amor Todopoderoso condesciende hasta la más profunda debilidad del estado del hombre pecador, de tal forma, que, por su propio sacrificio, los hombres pecadores pudieron ser traídos de vuelta a la vida y a Dios.

El comentario de los simpatizantes Judíos para con María y Marta es bien más ilustrativo que todas las especulaciones juntas, “¡Mirad como Él le amaba!” (11:36). Esto a su vez también nos arroja mucha luz, nos ilumina la sección con la cual da comienzo éste acontecimiento. El Salvador oyó que su amigo Lázaro estaba enfermo:

- “Cuando oyó que estaba enfermo, *permaneció en el lugar donde se encontraba dos días*” (11:6).

Él amaba a Marta y a su hermana, amaba a Lázaro, y de propósito no en tanto se refrenó de darse prisa para liberarlos. ¡Sin embargo lloró! - Lo más cierto, por tanto, es que no hubiese falta de afecto y compasión en Su corazón para con dicha casa en luto y lamento; la gloria de Dios y sus capitales demandas no pueden, en el corazón del Salvador, separarse del intenso amor y la más profunda empatía solidaria – una lección nunca aprendida demasiado bien, y algunas veces nunca plenamente aprendida en el peregrinaje de prueba de la vida.

El apóstol Pablo, escribiendo a los Hebreos, les da a conocer algunas cosas de esta mezcla Divina de Mayestática Deidad y empatía humanitaria en la Persona del Señor.

- “Tú, Señor, en el principio echaste los cimientos de la tierra” (1:10).
- “Vemos a Jesús, Quien fue hecho un poco menor que los ángeles” (2:9).
- “Un gran sumo sacerdote, que traspasó adentro los cielos, a Jesús el Hijo de Dios” (4:14).
- “No tenemos un sumo sacerdote que no se compadezca con los sentimientos de nuestras debilidades, sino que en todo fue tentado al igual que nosotros lo somos, pero claro, sin pecado” (4:15)

Hay otra enfática nota muy humana en el registro de los versículos 33 y 38 de Juan 11:

- “Se estremeció en espíritu y Se conmovió”.
- “Profundamente conmovido otra vez”.

La Versión Revisada al margen pone:

- “O, compungido con indignación en el espíritu”.
- “O, movido por indignación en el espíritu”.

Todo traductor sabe que el significado de la griega *embrimaomai*, que se traduce “estremecer” por la Reina Valera, es literalmente “bufar”, o “resoplar” como hacen los caballos, pero prácticamente todos los traductores se muestran reticentes a la hora de introducir dicha idea en el pasaje. Si bien tal recelo sea perfectamente comprensible, no nos parece que sea apropiado.

La Septuaginta utiliza la palabra para traducir la hebrea *zaam* en Lamentaciones 2:6, una palabra que significa “indignación”, y esto es lo que influenció totalmente a los Revisores. Sin embargo, para los Judíos, el atributo a la Deidad de “bufar” como un caballo, no sería más incongruente que aquel tal “rugir” como un león. Es el Propio Señor, y no uno de los amigos de Job, Quien dice:

- “¿Le diste tú la fuerza al caballo? ¿Vestiste tú su cuello de crines ondulantes?
- ¿Lo intimidarás tú como a langosta? El *resoplido* de su nariz es formidable.
- Escarba la tierra, se alegra en su fuerza, sale al encuentro de las armas.
- Hace burla del espanto y no teme. Ni vuelve el rostro delante de la espada.
- Contra él suena la aljaba, el hierro de la lanza y la jabalina.
- Y él con ímpetu y con furor escarba la tierra, sin importarle el sonido de la trompeta;
- Antes como que dice entre los clarines: ¡Ea! Y desde lejos huele la batalla, el grito de los capitanes, y el vocerío” (Job 39:19-25).

El “bufar y resoplar” de este caballo nos indicaría su impaciencia por la batalla, “huele de lejos la batalla”.

Con este antecedente escritural, nadie precisa adoptar traducciones como las que los traductores nos han ofrecido, tales como, “enfadado” o “estar perturbado”, o “estar indignado”; pues el empleo clásico de la palabra puede retenerse con ventaja y mucho más provecho.

En los dos pasajes que contienen esta palabra *embrimaomai* hay una referencia específica a la tumba donde Lázaro yacía. El Salvador “lloró”, en amor solidario y empático compartió el duelo de aquellos que hacían luto por su amado; sin embargo, venido a la tumba en sí, con su terrible evidencia de la obra del destructor expuesta, el Señor no tan solo “lloró”, sino que, al igual que el caballo de guerra, irrumpió en batalla contra aquel *que tenía el poder de la muerte* desde hace tanto tiempo, y anticipa el día de Su triunfo, cuando, no solo Lázaro, sino todos cuantos estén en sus sepulcros oigan Su Fuerte Voz, y sean sacados fuera. Y así, “bufando como un caballo de guerra cuyo cuello se reviste con crines onduladas, Quien se burla delante del temor, y Quien dice entre las trompetas ¡Ea, Ea! - el Salvador clamó a gran voz, “Lázaro, sal fuera”, y la tumba libertó su muerto.

Ahora debemos pasar a ver un tema relacionado:

- “Y Jesús levantó Sus ojos, y dijo, Padre, te agradezco que Me hayas oído. Yo bien sabía que Tú siempre Me escuchas; pero lo dije por causa de estos que están aquí, para que crean que Tú Me has enviado” (11:41-43).

Recordaremos que un contexto similar (5:17-31), donde lo que está en vista es la resurrección de la muerte, el Señor clamó diciendo que Él trabajaba con el Padre, del mismo modo que aquí en medio del luto muestra.

La división de opiniones que surgió a seguir a la resurrección de Lázaro hizo con que algunos fuesen a los Fariseos, a “informarles” de “todo cuanto Jesús había hecho” . Si no conociésemos bien por personales y humillantes experiencias en carne viva algo de cuanto es capaz el malvado corazón humano, sería inconcebible imaginar que cualquier criatura razonable tuviese la intención de “llevar a la muerte” Aquel Quien, de manera efectiva y a la vista de ellos propios, como bien reconocieron, había “resucitado de la muerte”. Sin embargo este es el hecho sorprendente. No iremos a detenernos, no en tanto, meditando sobre esta evidencia de locura de perversión, sino que seguiremos adelante para considerar un aspecto más conectado con esta señal.

*La Profecía de Caifás (49-52).* – Esta más que peculiar profecía puede considerarse bajo los siguientes encabezados:

- Se arroja luz sobre la cuestión de la Inspiración.
- La especial aportación de las palabras “siendo aquel año el sumo sacerdote”.
- La naturaleza de la profecía.

Bien sabemos que un completo entendimiento de la natura de la Inspiración Divina no está dentro de las capacidades del hombre alcanzar a comprender, pero uno o dos sorprendentes aspectos sobresalen bien claros para todos. La Inspiración no depende sobre el profeta en sí, si bien sea delicioso trazar la vía en la cual haya utilizado Dios (y no sorprendente) la individualidad de cada instrumento escogido. Si alguno refuta objetando que Dios no podría, no en tanto, tomar la mente humana, y utilizarla tal como un hombre emplea una herramienta efectuando su obra, entonces, tenemos dos casos a mano para atajar dicha refutación. –

- Balaam, que fue sobornado por Balak para maldecir a Israel, experimentó una inspiración sin su voluntad que no pudo resistir, “la palabra que Dios me ponga en mi boca, esa tal pronunciaré” (Núm. 22:38).
- Las palabras de Caifás, en cuanto a él propio concernía, fueron la expresión de la política y de la conveniencia, y al mismo tiempo sin embargo, fueron una confesión profética que abarca y alcanza al corazón de la doctrina cristiana, “que un hombre debiera morir por el pueblo”.

No basta que leamos: “Y esto no lo dijo de sí mismo; sino que siendo sumo sacerdote...profetizó”. Hubo muchos sumos sacerdotes que mantuvieron el oficio durante los años que se sucedieron desde Malaquías, - “el sello de los profetas”, como los Rabinos le denominaban; pero no hay registro alguno de que alguno de estos “sumos sacerdotes” hubiese profetizado por motivo de su oficio. La frase completa dice

“siendo sumo sacerdote AQUEL AÑO”, un frase repetida de nuevo en 18:13, 14, donde hay una referencia de vuelta al capítulo once.

“Aquel año” se dio la crisis de la historia humana, la hora más crítica de prueba para Israel, y la mismísima cruz de las Edades. “Este año” muestra la muerte, resurrección, ascensión y presente sesión del Hijo de Dios, un “Sacerdote para siempre”, desde cuando ya ningún hombre tiene o puede mantener el sagrado oficio. El sumo sacerdocio de Israel expiró al tiempo de aquel profetizar del “sacrificio único por el pecado para siempre” ofrecido por Aquel Quien “se sentó” a la diestra de Dios. Curiosamente, aquello que el temeroso Sanedrín vino a ocasionar, a pesar de querer con su traición evitarlo, fue que su “lugar y nación” se perdiese en manos de Roma. La traición de Cristo no hizo sino apresar ese terrible día, y aunque por manos de inicuos, aquellos que realmente les ordenaron la crucifixión del Señor de gloria, fueron inconscientes de haber sido los meros instrumentos llevando a cabo la ofrenda, que efectuaron, “No por aquella nación solamente, sino que también vendría a reunir juntamente en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (11:52), un pasaje que debe ser leído con 10:15, 16.

## CAPÍTULO 11

### **El Vínculo entre la Séptima y Octava Señal (11:47 – 20:31)**

Entre la séptima y octava señal transcurre una tal oleada de verdad, se interpone tanta riqueza de gracia, un tal suministro de paz y quietud, una tal profundidad y una tal altura, que, el lenguaje humano, tiene por fuerza que fracasar intentando expresar un poquito siquiera de su plenitud. No en tanto, la Escritura ha sido escrita para nuestro aprendizaje, y al mismo tiempo que nos aproximamos de esta segunda parte del Evangelio como si pisásemos suelo santo, recordamos lo aprendido hace mucho tiempo, que, el temor respetuoso, no es enemiga de la cuidadosa investigación; de hecho, estamos benditamente conscientes, que, la adoración, generalmente, es mucho más sincera estando en un pupitre examinando una Concordancia, que estando en una asamblea de santos usando un Cancionero.

La séptima señal nos ha guiado al cenit de toda la doctrina, la resurrección de los muertos, y son los capítulos que se interponen entre la resurrección de Lázaro y la ascensión de su Redentor los que deben captar ahora nuestra ansiosa atención.

Si el lector consulta la estructura del libro en su totalidad (páginas 20, 21 en el original), ha de observar que esta sección es, de todos los vínculos que reúnen las ocho señales juntas como un argumento, el más largo. El primer vínculo (de 2:13 a 4:42) nos da la primera ocurrencia de palabras claves tales, “Mi comida...acabar Su obra”, y en conformidad con la verdad en balance, este último gran vínculo (11:47 a 20:31) introduce la final y más gloriosa ocurrencia de estas palabras, “acabada la obra”, “he acabado la obra” y “Está concluido”.

Veremos bajo examinación que la doble línea, *recibimiento y repudio*, y *amor y odio*, corre a través de toda esta sección de igual modo que en la anterior. Antes que podamos introducirnos de manera inteligible en un estudio de esta porción, o que intentemos comprender sus detalles, debemos hacer un esfuerzo para obtener un punto de vista del pasaje en su totalidad. No en tanto ¿quién hay que tenga esperanza de reducir dicho pasaje a unos pocos encabezados o títulos sin llegar a la desesperación? Con plena conciencia de la magnitud de la labor y una conciencia del rotundo fracaso, presentamos no obstante el siguiente bosquejo con toda confianza, puesto que se basa sobre aquello que está efectivamente escrito. La única cosa que deseamos es que el lector pueda experimentar el regocijo que contiene la porción del descubridor, a medida que las fragantes referencias a la *aralia o nardo* de María y la *mirra* y los *aloes* de Nicodemo van apareciendo en su debido y estipulado lugar. Esta, sin embargo, puede que no sea la porción del lector, pero por detrás al menos podrá apreciar la perfecta plenitud de la Palabra que estas estructuras indican.

### Juan 11:47 a 20:31

A 11:47-57 **a** El consejo de Caifás.

TRAICIÓN **b** Si alguno supiese donde estaba...lo manifestase...para prenderle.

B 12.1-19 **c** Marta y María. Una libra de nardo puro. Mi sepultura.

NARDO PURO **d** Hosanna. Bendito. Dios de Israel.

C 12:20-50 **e** La hora ha llegado: el Hijo del Hombre glorificado.

LA HORA **f** dando a entender de qué muerte iría a morir (33).

D Caps.13-16. “Propia cuenta”. Si Yo Me fuere, volveré otra vez  
YO VOY, YO VUELVO.

C 17 – 18:1 **e** La hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo

LA HORA **f** dando a entender de qué muerte iría a morir (32)

A Cap.18 **b** Judas...sabía el lugar...prendieron a Jesús.

TRAICIÓN **a** El consejo de Caifás. Cumplimiento.

B 19 **d** ¡Salve, Rey de los Judíos! Crucifícale.

MIRRAS **c** José y Nicodemo. 100 libras de mirra y aloes.

Y ALOES “Según es costumbre sepultar entre los Judíos”.

D 20. "Mis Hermanos".  
YO ASCIENDO.

Si bien la sección comienza con la traición, inmediatamente a seguir viene el ungimiento; Si bien tenemos las profecías concernientes a Su muerte y las declaraciones dando a conocer "de qué muerte iría a morir", luego a seguir nos encontramos el *reconocimiento* de que "la hora había llegado", no tan solo para que el Hijo del Hombre fuese "crucificado", sino también "glorificado". Así como el Evangelio comienza con una referencia a los "Suyos" que no le recibieron, del mismo modo aquí tenemos, al inicio de la segunda parte, a "Los Suyos", a quienes Él amó hasta el final. Es prácticamente imposible encontrar palabras apropiadas para poner un título a capítulos tales como el 13 a 16. Nosotros hemos puesto la promesa "Yo voy, Yo vuelvo", debido a que se requiere por el mensaje correspondiente "Yo asciendo", pero ningún lector debe limitarse por dichos intentos. La riqueza de estos pasajes nos aguarda, la estructura no hace otra cosa sino indicarnos el camino. No obstante, al lector haremos bien en avisar que sondee cada una de las subdivisiones con la Palabra Abierta a su lado, para ver "si es que estas cosas son así", pues nada puede servir de compensación a la pérdida de comprensión individual y personal de la verdad. Entre otras cosas, el lector ha de observar que, esta "hora" que había llegado, se relaciona a la Pascua. El "Cordero de Dios" estaba a punto de ser ofrecido, y cuando la ofrenda se cumple se observa la ley Pascual. "No se ha de quebrar hueso suyo" (Juan 19:36; Éxodo 12:46).

Ya hemos hablado acerca del consejo y la profecía de Caifás, y la estructura nos resalta poniendo en evidencia y recordándonos el caso de manera definitiva en la sección correspondiente. Ahí tenemos en consideración la referencia general a la traición, con la cual finaliza el capítulo 11.

- "Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese donde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen" (11:57).

En este Evangelio hay más de uno dando "mandamientos". Antes que los Fariseos y Sacerdotes profiriesen sus mandamientos, ya había uno proveniente de lo alto.

- "Por eso me ama el Padre, porque *Yo pongo* Mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, *sino que Yo de Mí Mismo la pongo*. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar. ESTE MANDAMIENTO recibí de Mi Padre" (10:17, 18).

El "mandamiento" de los Fariseos no podía ser efectivo aparte de este otro "mandamiento" del Padre. Si el mandamiento de los Fariseos era "muerte", el mandamiento del Padre, dijo el Señor, es "vida eterna" (12:50). Y de nuevo, si el mandamiento de los Fariseos era uno de traición, el "nuevo mandamiento" que el Salvador dio en este tiempo de terrible tiniebla fue de "amor" (13:34). Ya había anteriormente habido varias tentativas abortadas "para arrestar" al Señor. A seguir a la sanación del hombre paralítico, Sus enemigos "procuraban echarle mano": pero nadie lo consiguió, puesto que Su hora todavía no había llegado (7:30).

Los Fariseos y Sacerdotes enviaron oficiales "para prenderle" (7:32) y entre dichos enviados hubo algunos que procuraron "prenderle", sin embargo nadie le echó mano, y los oficiales acabaron confesando, "Nunca nadie habló como éste hombre" (7:46). De nuevo, a seguir a la sanidad del hombre que había nacido ciego, volvieron a intentar prenderle, sin embargo se "les escurrió de las manos" (10:39 R.V). Y por tanto el método que a seguir adoptan se basaba en la traición, y la referencia nos muestra el terrible suceso que logra.

Sin embargo, debemos mantener en mente las grandes palabras de 10:17, 18, y acordarnos que nadie podría haberle prendido hasta que no hubo *llegado Su hora*.

### “El Ungimiento en Betania” (12.1-11)

Será bueno que, aunque sea por un breve momento, nos paremos para ver cómo aun en medio de la atmósfera habida de *odio y traición*, se interpone al mismo tiempo otra distinta de *devoción y amor*, con la cual se ocupa la sección de apertura del capítulo doce.

- “Entonces María tomando una libra de nardo puro, muy costoso, le ungió los pies de Jesús, y secó Sus pies con sus cabellos; y la casa se llenó con el olor del perfume” (12:3).

Este aroma no tan solo llenó la casa en Betania, su fragancia va permaneciendo en los capítulos siguientes hasta que, en el capítulo 17, nos encontramos delante del propio altar del incienso en sí. Hay cuatro registros de algunos de tales actos de devoción, uno de ellos, el que se registra en el capítulo siete de Lucas, es ciertamente más significativo que los demás, pero las opiniones difieren entre los comentaristas con respecto a los restantes. Aquellos que sostienen que el unguento registrado en Mateo 26 y Marcos 14 se refiere a una distinta ocasión por separado de la que se registra en Juan 12, llaman la atención para una serie de declaraciones, las cuales, se alega, imposibilita que estos ungimientos sean uno solo y el mismo.

*El Tiempo.* – Juan 12 dice que este unguento tuvo lugar “seis días antes de la Pascua”, mientras que Mateo 26 dice que sucedió “dos días antes de la Pascua”.

*El Lugar.* – Juan dice simplemente “en Betania”, mateo dice “en la casa de Simón el leproso”, “en Betania”.

*El Material.* – Juan habla de “una libra de nardo”, mientras que Mateo habla de un “recipiente de alabastro”.

*El Ungimiento.* – Juan dice “Sus pies”, Mateo dice “Su cabeza”. Juan utiliza la palabra “ungido” mientras que Mateo utiliza la palabra “derramado”.

*La actitud de los discípulos.* – Juan registra las palabras de Judas, mientras que Mateo registra las palabras de los discípulos.

Está por supuesto dentro de los límites de la posibilidad que hubiera dos tales ungimientos con un intervalo de pocos días el uno del otro, en los cuales fueron dichas y hechas cosas similares; así como también pudo haber dos distintas “tentaciones en el desierto” (puesto que los registros de Mateo y Lucas difieren) o dos distintas piaras de cerdos precipitándose en el mar que se ahogaron; pero para muchos, haya un aire de ficción acerca de tales sugerencias, y las objeciones listadas encima no les parecen ser válidas.

Es obvio que los Evangelios, si bien nos ofrezcan “nada más que la Verdad”, no pueden darnos por separado “toda la verdad” en cuanto a los detalles tal como en 21:25 se admite. Cada escritor tenía delante un propósito – ya sea Mateo, que escribió concerniente al Rey para los lectores hebreos; Lucas, que tenía en mente a los Gentiles (y por eso va más atrás, hasta Adán); o Juan, cuyo Evangelio de “vida” se presenta al mundo – y cada uno selecciona y dispone su material con su propósito en vista. Consecuentemente, muchas

aparentes diferencias pasan a ser reconciliables, tal como deben serlo también en la lista que hemos hecho encima. Por ejemplo, la dificultad que hay en el tiempo somos nosotros propios en gran medida que la creamos. Mientras que Mateo 26:2 lo cierto es que diga, “sabéis que dentro de dos días se celebra la Fiesta de la Pascua”, y Juan 12 nos diga que *el unguimento* tuvo lugar “seis días antes de la Pascua”; la crónica actual del unguimento en Mateo 26:6 no nos da fecha alguna, sino que simplemente dice: “Cuando Jesús estaba en Betania”, mientras que si es antes o después de la fecha mencionada en el versículo 2 no queda registrado, y además, no es novedad ninguna que Mateo transponga el orden de acontecimientos conforme su propósito específico (vea la “Tentación” en Mateo y en Lucas).

Una vez más, mientras que ambos registran el unguimento en “Betania”, es tan solo en el Evangelio de Mateo donde descubrimos *cuál era la casa* en Betania que se utilizó para la fiesta. El estricto *literalismo* de algunos haciendo con que el registro de Juan sea aparte tendrían que admitir que la fiesta registrada en el capítulo 12 *no hubiese sido preparada en casa alguna*. Pero si, no en tanto, hubo dos hombres en la pequeña ciudad de Betania que vinieron a beneficiarse del toque sanador del Señor – *Simón el leproso, y Lázaro* – vendrá a ser natural que en una casa o en otra se desarrollara la fiesta, y la sugestión es que mientras María y Marta preparaban la fiesta, Simón fue quien puso su casa a disposición.

Juan nos cuenta el peso del unguimento, sin embargo omite cualquier referencia al recipiente que lo contenía. Mateo por otro lado nos señala referenciando al vaso de alabastro que contenía el preciado nardo puro. Estos no son necesariamente dos distintos acontecimientos por separado, pues los registros pueden ser perfectamente complementarios. El unguimento debe haber estado contenido en algún recipiente, tanto si se menciona como si no. Si un escritor nos cuenta el “unguimento” actual, y otro nos relata cómo se llevó a cabo, por el “derramamiento” y la nota marginal en Marcos 14:3, eso nos muestra que uno de los perfumes significados es “nardo puro”, el cual precisa de un recipiente para contenerlo, y del cual debió ser derramado. Un escritor, Juan, nos habla de los “pies” del Señor, el otro, Mateo, nos refiere Su “cabeza”, pero ambas cosas pudieron ser por su turno ungidas. Así también el hecho de que Juan resalte la objeción actual de Judas, mientras que Mateo registra la indignación del resto de los apóstoles en común acuerdo con él. En sí misma la cuestión ni tan siquiera es digna de discusión, sin embargo, cualquier cosa que rebaje o ponga en cuestión la veracidad de las Escrituras, es un asunto muy serio, y justifica el tiempo que gastemos sobre su consideración.

Viniendo ahora a la cena y al unguimento tal como se registra en el cuarto evangelio, nos quedamos sorprendidos a medida que leemos por la devoción que ahí se va destacando. Exactamente lo que la “libra” representa en el la tabla de pesas moderna no tenemos manera alguna de saber. No podemos tampoco calcular cuán “preciado” era el perfume en términos monetarios. Era “de mucho precio” (12:3), “de gran precio” (Mateo 26:7, Marcos 14:3), y para resaltar el hecho cada Evangelista utiliza una palabra por separado, Juan emplea *polutimos*, Marcos utiliza *poluteles*, Mateo *barutimos*. *Polutimos* se compone de “mucho” y “precio”; *poluteles*, “mucho” y “coste”; y *barutimos* traiciona el hebreo en Mateos y sus lectores, puesto que habla de la riqueza en términos de “peso” siguiendo el lenguaje de Génesis 13:2, donde leemos, “Y Abram estaba rodeado *de gran peso* de ganado, de plata y de oro”, un lenguaje perpetuado por el apóstol, aquel quien era “Hebreo de Hebreos”, en la frase, “el peso de gloria”.

Las especias que trajo Nicodemo fueron adquiridas por un hombre de gran riqueza, si hacemos caso de la tradición; se calculan en *cien libras* en vez de *una sola libra*, sin embargo, nada se dice en cuanto a su precio ni su coste. Es evidente que el coste de la ofrenda de María, fue considerada por Aquel Quien en una



ocasión se enfrentó contra la caja de las ofrendas y afirmó que la limosna de la viuda sobrepasaba el total de donativos de las ofrendas allí depositadas del día.

La adoración debe para siempre separarse de buenos cálculos de *suficiencias* y *no más*. La adoración se asocia con el derramamiento del corazón, del tesoro, del tiempo, de la propia vida en sí. Si los discípulos cayeron tan bajos como para denominar este derramamiento un “desperdicio”, la consideración del Señor nos muestra cuál sea su estima a Sus ojos:

- “Dejadla en paz, porque para con el día de Mi sepultura ha tenido ella esto reservado” (12:7 traducción del autor).
- “En verdad os digo: En cualquier parte donde sea este evangelio predicado en todo el mundo, también esto que ha hecho esta mujer se ha de predicar, contado para memorial suyo” (Mateo 26:3 traducción del autor).

¡La sepultura era Suya, el memorial de ella! Tres mujeres llamadas “María” se asocian con actos similares. María de Betania aparece primero con su ofrenda; María Magdalena, y María la madre de Santiago y Salomé, trajeron también dulces especias (Marcos 16:1, 2), pero llegaron demasiado tarde; y no es por casualidad que “María” y la “mirra” se deriven ambas de la misma palabra hebrea.

Ahora debemos pasar a ver otros asuntos, pero el perfume de nardo nos ha de perseguir a través de los capítulos intervinientes hasta que, en Juan 17, se mezcla con el incienso del tal sumo sacerdotal capítulo donde se realiza y acaba la obra, y el Señor se prepara a Sí Mismo para la gran ofrenda y Su subsecuente sesión a la diestra en las alturas.

### **La Entrada Triunfal en Jerusalén (12:12-19)**

Las palabras del Señor, encomendando la devoción de María, “Para el día de Mi sepultura” (12:7), conllevan un pensamiento que, cuando se guarda en mente, nos ayuda a apreciar la razón por la cual Juan interpone los restantes acontecimientos que conforman este capítulo 12 de su Evangelio.

- La Unción (1-8) anticipa Su sepultura.
- Los Hosannas (12-19) anticipan Su segunda venida.
- Los Griegos (20-23) anticipan Su más amplia esfera a seguir a la cruz.
- El Grano de Trigo (24) anticipa Su muerte y resurrección.
- La Cruz (31-34) anticipa el juicio de este mundo y de su príncipe.
- La Ceguera (40) anticipa Hechos 28.
- El Testimonio (44-50) resume el Mensaje del Evangelio de Juan y anticipa 20:31.

Ya hemos dado alguna atención al unguimiento en Betania, y ahora pasamos a la otra subdivisión de este capítulo de cierre. ¡Qué gran mudanza se descubre en la actitud de las personas en un periodo de pocos días!

#### **Juan 12**

Hosanna.  
Rey de Israel.

#### **contrasta**

#### **Juan 19**

Crucifícale.  
Rey de los Judíos.

He aquí, Tu Rey viene.

He aquí vuestro rey.

Esto, no en tanto, no deja de ser sino parte del testimonio. La Escritura va más allá del repudio, la cruz, y la sepultura; y el carácter anticipatorio de este pasaje puede observarse mejor cuando se lee junto con el capítulo diecinueve de otro testimonio de este mismo autor, esto es, el del Libro del Apocalipsis.

### Juan 12

### Anticipa

### Apocalipsis 19

Hosanna (13)  
La Salvación omitida (15)  
Grandes multitudes (12)  
Bendito sea el Rey de Israel (13)  
Un pollino de Asna (15)  
Sin Corona.  
La gente a recibirle (18).

Aleluya (1)  
La Salvación incluida (1)  
Una gran multitud (6)  
El Señor omnipotente reina (6)  
El Caballo Blanco (11).  
Muchas coronas (12)  
Los ejércitos del cielo le seguían (14)

La profecía que se cumplió por la entrada del Señor en Jerusalén y mismo los Hosannas de la multitud y los símbolos de victoria (esto es, las palmeras) se encuentran en Zacarías 9:9:

- “Regocíjate grandemente, oh hija de Sion; clama de júbilo, oh hija de Jerusalén; he aquí, tu Rey viene hacia ti; Él es justo, y posee la salvación; mansamente, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”.

Es un error leer esta profecía como siendo de la Segunda Venida. Se “cumplió” cuando el Señor se introdujo en Jerusalén (Mateo 21:4), y después que el Señor fue glorificado los discípulos se acordaron que: “Estas cosas estaban escritas de Él, y que ellos (es decir, el gentío) harían estas cosas para Él” (12:16). El movimiento entre los del pueblo, la aclamación “Bendito sea el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor”, y el cumplimiento literal referente “al pollino de asna”, han de ser suficientes para avivar el interés, e inclinar el corazón de cualquiera que no esté lo suficientemente mortificado para con la fe salvadora. Pero, he aquí, “ellos no conocieron el día de su visitación” o como los versículos 39, 40 revela, “no podían creerlo” por causa de las condiciones espirituales indicadas por el capítulo 6 de Isaías.

El lector bien puede apreciar que dediquemos una palabra acerca de la expresión idiomática, “el asna, y el pollino hijo de una asna”. Algunos escritores se han empeñado arduamente con la aparente incongruencia del Señor sentado sobre dos animales al mismo tiempo, para rebajar el valor del testimonio de las Escrituras. No precisamos sin embargo temer nada, pues la Escritura sabe muy bien preservarse a sí misma.

En primer lugar, una asna no dejaría a su pollino (cría de burra) ser llevado de libre voluntad, y todos los orientales saben bien que, lo más natural, es que tanto la madre como su pollino emprendiesen juntos el camino. Además, no sabiendo los discípulos en cuál de los dos se iría el Señor sentar, decidieron poner en ambos los arcos, y finalmente, vemos que la aparente dificultad nace solo en la propia mente de aquellos que, leyendo las costumbres Orientales, expresadas en el lenguaje Oriental, lo hacen a través del concepto moderno Occidental. La narrativa, que por su vez se destaca en Mateo 21, se personifica en Juan 12:14: “Y halló Jesús *un asnillo*, y montó sobre él”. Aquí no aparece la palabra *onos* “asna”, sino la diminutiva *onarion* “un burro joven”. Esto, a su vez, se nos dice que cumple la declaración de Zacarías 9:9.

La expresión idiomática Hebrea de “un asna, y un pollino de asna” debe ser entendida a la luz del Salmo 8:4, “Qué es el *Hombre...y el Hijo del Hombre...*”, donde a nadie se le ocurre pensar que en la expresión haya dos hombres. El Señor emplea “al pollino”, pero la asna le acompaña en el camino, y así se soluciona al lector superficial “un problema” que en realidad no existe.

- “Estas cosas no las entendieron Sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron que estas cosas se escribieron de Él, y que habían hecho estas cosas para Él” (12:16).

“Cuando Jesús fue glorificado”. – Este es un pensamiento recurrente en el Evangelio de Juan que demanda nuestra atención. La griega *doxazo* en dos referencias se traduce “honrar” (8:54 en la Versión del autor. En la Reina Valera es igual, “glorificar”).

A 7:39. “Pero esto dijo Él del Espíritu, que aquellos quienes creyesen en Él recibirían; pues el Espíritu Santo todavía había sido ofrecido, ya que *Jesús todavía no había sido glorificado*”.

B 8:54. “Si *Yo Me glorifico* a Mí Mismo, Mi Gloria es vana; es Mi Padre que *Me glorifica* a Mí; de Quien vosotros decís que Él es vuestro Dios”.

C 11:4. “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la Gloria de Dios, *para que el Hijo de Dios sea por ella glorificado*”.

A 12:16. “*Cuando Jesús fue glorificado*, entonces se acordaron que estas cosas se escribieron de Él”.

C 12:23. “La hora ha llegado, para que el Hijo del Hombre sea *glorificado*”.

B 12:28. “Padre *glorifica* Tu Nombre...*Lo he glorificado*, y lo *glorificaré* otra vez”.

Limitándonos de momento a la primera gran división del Evangelio (1:19 a 12:50), observamos que el uso del verbo *doxazo* “glorificar” se muestra en la precedente estructura.

Podrá observarse comparando 7:39 con 12:16, que, aquel “traer todas las cosas a la memoria”, que no deja de ser sino la obra prometida del Espíritu de Verdad (14:26), se encuentra definitivamente implicado en 12:16. La glorificación del “Hijo de Dios” (11:4) así exhibida por la tumba de Lázaro y que le declaró a Sí Mismo ser “La Resurrección, y la Vida”, encuentra su continuación y necesario complemento en la glorificación del “Hijo del Hombre”, cuando, como “el grano de trigo”, Él cae a tierra, muerto: y en el milagro de la resurrección produce mucho fruto. En la segunda parte del Evangelio de Juan, el verbo *doxazo* aparece catorce veces, pero la consideración de este testimonio será mejor que volvamos a retomarlo después que la gran sección haya sido en su cierta medida examinada.

El comentario de los Fariseos, “Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras Él” (12:19), se ilustra por el incidente que viene a seguir.

### **La Aparición de los Griegos (12:20-24)**

- “Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar a la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Felipe y Andrés se lo

dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (20-23).

Hay una significativa correspondencia entre el inicio (1:19) y el cierre (12:50) de la primera gran división del evangelio de Juan.

A 1:44-46. Andrés y Felipe de Betsaida.

Hemos encontrado Aquel.

Ven y ve.

B 1:47. Un verdadero Israelita.

C 2:4. Mi hora todavía no ha llegado.

\* \* \*

A 12:21, 22. Andrés y Felipe de Betsaida.

Nos gustaría ver a Jesús.

Ellos se lo dijeron a Jesús.

B 12:20. Ciertos Griegos entre ellos.

C 12:23. La hora ha llegado.

Natanael era un “Israelita”, pero en el capítulo 12 encontramos además a “ciertos Griegos” asistiendo a la fiesta *para adorar*. ¿Quiénes son, y qué hacen aquí estos “Griegos”? La Versión Autorizada adopta los términos “Griego” y “Grecos” para distinguir entre “un Gentil nacido en Grecia” (*Heleno*), y “Un Griego de habla Judía” (*Helenista*), tal y como nosotros diferenciamos “un hombre de Extremadura” y un hombre “Extremeño”, aunque está claro que la elección es un tanto arbitraria, pues los “Griegos” (7:35) en las conversaciones del día a día o la literatura, refieren aquello que verdaderamente pertenece a Grecia o a los Griegos.

La única ocurrencia restante de “Griego” (*Heleno*), en el Evangelio de Juan se traduce “Gentil” (7:35 en la Versión del autor). Y de ahí que también en Romanos tengamos las dos frases, “Al Judío primeramente, y también al Griego” (1:16), “El Judío primeramente, y también del Gentil” (2:9), sin embargo, en el original, las palabras empleadas son la misma (como sucede en la Reina Valera). Cuando se entiende que sea la manera Judía de hablar del Griego, el Nuevo Testamento utiliza la palabra *Helenista* en vez de *Heleno* (Hechos 6:1; 9:29, y 11:20 en el Texto Recibido). Está por tanto perfectamente de acuerdo con el propósito y el carácter del Evangelio que sea el único de los cuatro evangelistas a introducir al “Griego” del todo, y de introducirle actualmente a medida que el ministerio de Cristo va logrando su objetivo cumplido.

Si bien las “fiestas” se mencionan por Juan muchas veces, y en algunas ocasiones las denomine, “la fiesta de los Judíos”, y si bien que haya varias referencias a subir para celebrar la fiesta, mismo así, se reserva a “los Griegos” que suban a la fiesta “para adorar”; y si bien Natanael al comienzo del Evangelio y Tomás al cierre, ambos se reclinan ante el Señor en veneración, el hecho actual de adoración se acredita tan solo a un Judío, al hombre que había nacido ciego, uno que fue expulsado de la sinagoga, cuando encontró “al Hijo de Dios”. Hay muchas características que se nos ponen delante en el recuento de Juan, entre las cuales puede por supuesto incluirse la cuestión de la “adoración”. Bien podíamos esperar que Natanael, el

“verdadero Israelita”, o Nicodemo el “Maestro de Israel, o Caifás, hubiesen disertado la cuestión de la “adoración”, pero no es así.

Hay tan solo una disertación y una sola revelación concerniente a la natura de *la verdadera adoración* en el Evangelio de Juan, y se da con una pobre pecadora, ignorante mujer de Samaria, quien aprendió que “Dios es Espíritu”, y que ni en el monte de Jerusalén ni en el monte de Samaria se halla nada de valor en cuanto a la adoración espiritual se refiere.

Hay un comentario sobre la aparición de los Griegos que nos parece sugestiva:

- “Estos hombres del Occidente, al final de la vida de Jesús, retratan lo mismo que los Magos del Oriente en su comienzo – porque vienen a la *cruz* del Rey, como los Magos a su *cuna*”.

Tanto Felipe como Andrés son nombres Griegos, y es posible que estos varones estuviesen más accesibles que los demás Judaicos miembros del bando apostólico para recibirlos.

La simple, y al mismo tiempo comprensiva petición, “Señor, nos gustaría ver a Jesús”, ha captado la sensibilidad e imaginación de la mayoría de los lectores. ¿Qué significa esta requisición para “verle” actualmente? “Ver”, en nuestro lenguaje moderno, tiene muchas facetas de significado, y de ahí que, de un hombre ciego carente de la común visión, se pueda decir que “ve” algo, lo cual, una persona menos inteligente con una visión normal no logra comprender.

*Eidon*, si bien significa “ver” en el significado común y original del término: “Venid y *ved* a un Hombre”, “A menos que *veáis* señales y maravillas”, “A menos que *vea* en Sus manos las marcas de los clavos”, “Benditos son los que sin haberlo *visto*, aun así creyeron”, no en tanto, es más generalmente utilizado para implicar “percepción” y consecuentemente se traduce “conocer” quince veces en estos primeros doce capítulos.

Parece como si hubiera un diseñado contraste instituido entre estos “Griegos” y el “pueblo de los Judíos”.

- “Gran multitud de los Judíos supieron entonces que Él estaba allí, y vinieron, *no solamente por causa de Jesús*, sino también *para ver a Lázaro*” (12:9).
- “Había ciertos Griegos entre los que habían subido a adorar a la fiesta...diciendo: Señor quisieramos *ver a Jesús*” (12:20, 21).

La respuesta del Señor nos muestra, que, Él, reconoció en esta aproximación la llegada de una crisis. Antes de la muerte de cruz, Su ministerio ya había sido previa y Divinamente delimitado:

- “Yo tengo un bautismo con el cual ser bautizado; ¡Y cómo me angustio *hasta que se cumpla!*” (Lucas 12:50).

Esta palabra “cumpla” es *teleo*, la misma y propia palabra que se encuentra en el glorioso clímax del Evangelio de Juan hacia el cual el Salvador tendía Su mirada, tanto en Lucas 12:50 como en Juan 19:28, 30, cuando clamó en voz alta, “*Cumplido está*”. No hay garantía alguna para creer que se concediese una

entrevista a estos Griegos, la hora para eso todavía no había llegado, si bien que su pedido indicaba que la hora en la cual se romperían todas las barreras, el rasgar del velo, la apertura del camino a la presencia del Señor sin tener en cuenta “este monte” o “Jerusalén”, todo eso estaba ahora muy cercano y a mano.

El Judío por motivo del pacto y la promesa, por causa del nacimiento y la circuncisión, eran de un pueblo “próximo para el Señor”, sin tener en cuenta lo que pueda decirse de su condición espiritual. El Griego en cambio, por causa de la nativa separación y la incircuncisión, se encontraba totalmente carente de Dios y “alejado”, y por eso se ausentó de aquellos quienes le procuraban, para que lo más rápidamente posible se abriese ya el camino a la presencia del Padre, tanto para ellos como para todos los tales.

- “En verdad, en verdad os digo: A menos que el grano de trigo caiga a tierra y muera, permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto” (12:24).

Este simbolismo de vida de entre los muertos que se resalta por el proceso natural en el caso del grano de trigo, se emplea también por el apóstol Pablo en su gran capítulo de la resurrección.

- “Aquello que tú siembras no se vivifica a menos que muera; y aquello que tú siembras, no lo siembras en el cuerpo que ha de ser, sino el grano en su vaina, ya sea de trigo o de cualquier otro grano; pero Dios le da un cuerpo como a Él le place, y a cada semilla su propio cuerpo” (1ª Corintios 15:36-38).

Tenemos que tener un gran cuidado a la hora de emplear estos argumentos intercalados. En este capítulo Pablo está tratando con el problema de ¿Cómo han de resucitar los muertos? Y ¿Con qué cuerpo han de aparecer? (1ª Cor.15:35). Si transportamos su argumento al Evangelio de Juan, podemos anular la verdad apropiada de la resurrección del Señor. Debemos recordar que Pablo está tratando con aquellos que ven “corrupción”, mientras que el Salvador “no vio corrupción”. En Corintios está correcto y es verdad afirmar que el cuerpo de resurrección no ha de ser el mismo propio cuerpo que se depositó en la tumba, mientras que la esencia de la fe sea creer que el propio y mismo cuerpo del Salvador, aquel que llevó consigo nuestros pecados y portaba las marcas de los clavos, sí que fue efectivamente levantado del sepulcro.

El propósito del símil del capítulo doce de Juan es enfatizar que, aparte de Su muerte y resurrección, el profundo anhelo tanto del Judío como del Griego jamás podría haber venido a realizarse, pero si, en cambio, el Señor cumpliera la obra suprema que vino a realizar, proveniente de dicha muerte y sepultura saldría una cosecha, tal, como jamás ha visto todavía el mundo o cualquier mente haya podido concebir. Así que, aunque el Salvador supiese perfectamente “de qué muerte iría a morir” (12:33), no habla de eso en términos de traición, de burla, de ignorancia, de abandono, de crucifixión; antes bien lo considera como la hora en la cual, Él Propio, el Hijo del Hombre, sería “glorificado”.

Hay otro punto además que no debemos ignorar. Los Griegos vinieron y dijeron, “Nos gustaría (o querríamos) VER”. En contraste, el pueblo de Israel se describe casi al cierre de Juan 12 en el lenguaje de Isaías 6, como estando tan “ciego” y “duro de corazón”, que “no deseaban ni querían ver con sus ojos, ni entender con sus corazones, y así fuesen convertidos, y Yo los sane” (12:40 traducción del autor).

Esta anticipación de la crisis dispensacional de Hechos 28 se discute en la página 353 (del original). Debemos estar profundamente agradecidos sabiendo que el pedido de los Griegos haya sido al fin y al cabo

respondido tan abundantemente, y que el acceso y aproximación, con toda “seguridad y confianza”, sea nuestro ahora mismo en y a través de Cristo.

### **El Príncipe de Este Mundo (12:25-36)**

El capítulo doce de Juan contiene, como ya hemos visto, siete grandes anticipaciones de la gloria futura. Hemos examinado cuatro de ellas, y las restantes tres nos aguardan ahora. Todas tienen una cosa en común, que todas tratan con Juicio.

El Juicio de este mundo y su príncipe (12:27-36).

El Juicio de Israel y su repudio (12:37-41).

El Juicio por el mundo en el último día (12:42-50).

Antes que pasemos a considerar lo que se entiende por el juicio de este mundo y la expulsión de su príncipe, debemos examinar aquello que lo ocasiona. Antes que podamos realmente seguir el argumento de los versículos 25-36 debemos estar en posesión de dos hechos.

La palabra griega *psuche* se traduce en la Versión Autorizada algunas veces “vida” y otras veces “alma”, y esto ocasionalmente en pasajes relacionados. Si bien pueda ser demasiado escrupuloso decir que la palabra *psuche* jamás debería ser traducida “vida”, no en tanto, estaremos a salvo si decimos que, en la mayoría de los casos, “alma” sería el único término equivalente en castellano. Este es el primer hecho a tener en cuenta.

El segundo es, que, algo de conocimiento en la enseñanza del capítulo 16 de Mateo, se precisa y es necesario para comprender el desarrollo del argumento del Señor por el “grano de trigo” a través de los sucesivos vínculos hasta la conclusión.

El pasaje en Mateo 16 que recae sobre Juan 12:25-36 es como sigue, la traducción difiere sin embargo de la de la Versión Autorizada en que la palabra *psuche* constante y consistentemente se traduce “alma”.

- “Entonces dijo Jesús a Sus discípulos: Si alguno Me sigue, que se niegue a sí mismo, y tome su cruz, y Me siga. Pues cualquiera que salve su alma la perderá; y cualquiera que pierda su alma por Mi causa la hallará. Pues, ¿de qué aprovecha al hombre, si es que ganara todo el mundo, y perdiere su propia alma” (Mat.16:24-26 traducción del autor).

Como una secuela para la figura del grano de trigo, el Señor continúa diciendo:

- “Aquel que ama su alma la perderá; y aquel que aborrezca su alma en este mundo la guardará para vida eterna...Ahora está Mi alma angustiada...” (12:25, 27).

Así como el siervo, en su humillante graduación, halla que el verdadero discipulado signifique “la negación de uno mismo”, “una cruz” y un “crujir de dientes”, así el Maestro, en Su superlativa graduación, experimentó también la angustia del alma por causa de Su obediencia hasta la muerte.

Debemos leer Juan 12:27, 28 cuidadosamente si no queremos malentender al Señor. Ciertamente que no estaría debatiéndose Consigo Propio en cuanto a si debía o no pedir que fuese librado de la cruz, y la sugestión dada al margen de *La Companion Bible* nos parece que sea la única traducción apropiada:

- “¿Y qué diré?, etc., se suple en Elipsis en lo que viene a seguir, así:
- ¿(Diré al) “Padre, que Me libre de esta hora? (¡Por supuesto que NO!) Pues por esta causa he llegado Yo a esta hora. (Antes bien diré) “Padre, glorifica Tu Nombre”.

Se nos informa cabalmente que la respuesta del cielo no vino por causa del Salvador, sino por motivo de cuantos estaban presentes, una declaración que no sería cierta si es que nuestro Señor hubiese mantenido la más leve duda en cuanto al camino que escogió tomar y estaba a punto de seguir.

Ahora debemos pasar al veredicto de juicio sobre este mundo y su príncipe. El mundo ha alcanzado su *krisis*. “Ahora es la *krisis* de este mundo”. También ha recibido la visita de lo alto, pero, al igual que Israel, no ha conocido el día de su visitación. Nuestro Salvador dijo de “este mundo” en este mismo Evangelio: “Mi reino *no es de este mundo*” (18:36), que es el mejor comentario sobre la sugestión puesta por algunos, diciendo que “El príncipe de este mundo” es el propio Cristo. La palabra “príncipe” (griega *archon*) ciertamente se emplea del Diablo.

- “Belcebú el *príncipe* de los demonios” (Mateo 9:34; 12:24, Marcos 3:22, Lucas 11:15).
- “El *príncipe* del poder del aire” (efesios 2:2).

Cristo es llamado “El Príncipe de los reyes de la Tierra” en Apocalipsis 1:5, pero eso es cierto del día del Señor, cuando los reinos de *este mundo* pasen a ser los reinos del Señor. Durante el periodo del repudio de Cristo, Satán es el usurpador “príncipe de este mundo”, y este gobernador del mundo no aparece desde el actual repudio de Cristo, sino que, de hecho, ya actuaba al mismísimo comienzo de Su ministerio. En la tentación de Cristo, el Diablo le mostró todos los reinos del mundo habitable en un instante, y le dijo:

- “Todo este poder te daré a Ti, y la gloria de ellos, PUES A MI ME HA SIDO ENTREGADA; y a quien yo quiera la doy” (Lucas 4:6).

Aquí el diablo reclama “el reino, el poder y la gloria”, y su reclamo no se lo niega el Hijo de Dios.

Nunca hubo duda alguna en cuanto a quién se refiere el apóstol cuando hablaba del “dios de este mundo (o de esta *era*)” (2ª Cor.4:4); y el doble título es esencial si las dos fases del gobierno Satánico han de evidenciarse.

- “El *príncipe* de este mundo” (*Kosmos*). Secular.
- “El *dios* de esta era” (*aion*). Religioso.

La enseñanza rabínica era que:

- “El príncipe de este mundo es el ángel, en cuyas manos el mundo entero se deposita” (Sanhedr. Col.91.4).



- “El perverso ángel Samael es el príncipe de todos los satanes”, y es llamado en el Tárgum de Jonatán “el ángel de la muerte” (Compare Hebr.2:14).

El Dr. Lightfoot dice:

- “Los lugares son infinitos, donde este nombre aparece entre los Rabinos, y lo consideran el príncipe de los demonios”.

Una vez que ningún escritor del Nuevo Testamento emplea las Rabínicas enseñanzas ni en cuanto a una fundación, un origen, o un refuerzo, debería esperarse que nadie les entendiese, si es que la totalidad de su congregación creyese que un cierto término significa una cosa, y ellos lo utilizasen *sin dar ninguna explicación* para indicar justamente lo contrario. Esto sería contrario para con todas las reconocidas obligaciones del maestro hacia la enseñanza, y esto se observa por la misericordia y justicia de Dios a través de todo el ámbito de la Verdad Inspirada.

El hecho de que nuestro Señor afirme categóricamente que Su reino no era de este mundo, y que la gente que le escuchaba tenía por obligación que saber que, por el título “el príncipe de este mundo”, implicaba una referencia a Satán, no podemos dejar de sentir que tiene que haber un propósito por detrás que sirva los intereses de aquellos que insisten diciendo que, el título en cuestión, en sus tres ocurrencias, se refieren al propio Salvador.

En treinta y tres ocasiones utilizan los evangelios sinópticos la palabra “echar fuera” de diablos o espíritus inmundos. Mateo y Marcos lo utilizan del echar fuera de Satán, en un caso hipotético:

- “Si Satán echase fuera a Satán” (Mateo 12:26);
- “¿Cómo podría Satán echar fuera a Satán?” (Marcos 3:23).

Juan, sin embargo, no emplea la condicional “SI”, pues la crisis había ya llegado y el príncipe de este mundo “sería echado fuera” sin condiciones.

Si alguien levanta la objeción diciendo que Satán está todavía en gran medida, y todavía aparentemente gobernando en los asuntos de este mundo, debería recordar que la misma objeción podría ponerse contra pasajes tales como el de Hebreos 2:14, y que el principio que suple la respuesta correcta en un caso, suple también en el otro.

Asociado con el echar fuera del príncipe de este mundo está “la muerte de la cruz”, el instrumento al mismo tiempo del extremo antagonismo de Satán como de su propia perdición.

- “Y si Yo fuese levantado de la muerte, atraeré a todos los hombres hacia Mí. Esto dijo, significando de qué muerte iría a morir” (12:32, 33).

Antes que nada deberíamos observar el pronombre enfático con el cual comienza el versículo, y que ubica a Cristo, en antítesis directa con el príncipe de este mundo, tal y como se menciona previamente.

*Kago ean hupsotho.* – “Y, si Yo fuese levantado”.

En segundo lugar observamos que la palabra *helkuo* “atraer” aparece tan solo en Juan (cinco veces) y en Hechos (una).

“La palabra traducida “atraer” siempre se emplea en el Nuevo Testamento de *atraer a la fuerza*, no meramente ejerciendo una leve y atractiva influencia. Juan 18:10 la utiliza del sacar de su vaina una espada; Juan 21:6-11 del arrastrar para fuera una red llena de peces; Hechos 16:19 de traer a la fuerza a Pablo y a Silas al foro; Hechos 21:30 de sacar con violencia a Pablo del templo; Santiago 2:6 de traer forzosamente a los hombres ante los tronos de juicio. Sustituir la idea más suave de “ejercitar una influencia leve y atractiva” para que el mundo sea “atraído” no tiene cabida y crearía sencillamente algo sin sentido alguno. ¿Tenemos entonces que creer, que, el Señor, quiso decir que por razón de Su muerte y la manera como se llevó a cabo, Él ha de atraer a la fuerza a todos para Sí Mismo? Sí, eso mismo, aunque tal vía de exponerlo pueda guiarnos a falsas conclusiones aparte del gran salvoconducto – el contexto. El Señor ya había dicho:

- “Ahora es el juicio (o una crisis) de este mundo, ahora será echado fuera el príncipe de este mundo. Y YO (*kago* enfático, y en fuerte contraste) si fuera levantado de la tierra, a todos atraeré para Mí Mismo” (12:31, 32).

En Lucas 11:20-23 se arroja mucha luz sobre el significado del Señor.

- “Si por el dedo de Dios echo Yo fuera los demonios” (echo fuera al príncipe de este mundo), no hay duda de que el reino de Dios se ha acercado a vosotros. Cuando el hombre fuerte plenamente armado guarda su propia casa, sus bienes están salvaguardados, pero cuando uno más fuerte que él le derriba, y le vence, toma de sí toda su armadura en que él confiaba, y divide repartiendo sus tesoros”.

“Por la muerte de Cristo todos los hombres son tomados por la fuerza de la tiranía y esclavitud del maligno. Firme y sólido como estaba, uno más fuerte que él vino a su encuentro, y “a través de la muerte anuló y despojó de su poder aquel que tenía el poder de la muerte, esto es, al diablo” (Citado del *Expositor de Berea*, Vol.6, pags.89, 90).

### **Un Aviso (Isaías 6:9, 10) y un Sumario (Juan 12:44-50)**

El capítulo 12 de Juan, tal como ya hemos observado, lleva al cierre de la gran mitad del Evangelio. Con las conclusivas palabras (12:42-50) el testimonio externo del Señor llega a un fin. Las multitudes le habían aclamado, los Griegos le habían estado procurando, Su hora había llegado. Antes de alcanzar el gran sumario de estos versículos de cierre tenemos que considerar el lugar y el propósito de las citas de Isaías, lo cual constituye la sexta de las series de anticipaciones. Estas citas son de Isaías 6 y se encuentran en Juan 12:37-41.

Las palabras de cierre de la sección precedente suplían un vínculo con todo aquello sucedido anteriormente, y son las siguientes:

- “Entonces Jesús les dijo: todavía un poco de tiempo está la luz con vosotros. Andad entretanto que tengáis la luz, para que las tinieblas no caigan sobre vosotros; porque aquel que anda en tinieblas no sabe a dónde va. Entre tanto tengáis la luz, creer en la luz, para

que seáis los hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y saliendo, se ocultó a si propio de ellos” (Juan 12:35, 36).

La primera y la última ocurrencia de la palabra griega *katalambano* en el Evangelio de Juan son:

“Y la luz brilla en las tinieblas; y las tinieblas no la *percibieron*” (1:5).

“Que las tinieblas no *os sorprendan o caigan sobre vosotros*” (12:35).

Aquí somos llevados de vuelta por el Evangelista al punto donde comenzamos. En efecto nos dice,

“Si vosotros no *asís o echáis mano* de la luz mientras está con vosotros, el día ha de llegar cuando la luz atravesando las tinieblas os *asirá o echará mano* de vosotros”

En una ocasión anterior, cuando el repudio alcanzó una *krisis*, leemos que “Jesús se ocultó a Sí Mismo” (8:59), y aquí, al cierre del testimonio externo, con el profético aviso de las tinieblas aproximándose, Él “se oculta a Sí Mismo”, y desde ese día las tinieblas han ido descendiendo sobre Israel y el Señor ha ido ocultándose de sus ojos.

Está por tanto perfectamente de acuerdo con aquella maravillosa apropiación que tanto caracteriza a toda la Escritura, es decir, que sea Juan, quien nos recuerde del día que todavía tiene que llegar, cuando este mismo pueblo en tiniebla y ceguera: “Mirarán Aquel a Quien ellos traspasaron” (19:37), un día denominado “El día del Señor” del cual este mismo Juan dice:

- “He aquí Él viene con las nubes; y todo ojo le verá, y también aquellos que le traspasaron” (Apoc.1:7).

Estas referencias a las tinieblas, luz, repudio y ocultación nos guían a la profecía que está tan íntimamente asociada con la frontera dispensacional de Hechos 28. Antes que nada se cita Isaías 53:

- “Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y a quién le ha sido revelado el brazo del Señor? (12:38).

Este pasaje se cita por Pablo en un contexto de repudio, incredulidad y desobediencia:

- “Pero no todos han obedecido al evangelio. Porque Isaías dice, Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. Pero digo, ¿no han oído? Sí, ciertamente, sus sonidos recorrieron toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo. Pero digo, ¿no ha sabido Israel?...Pero a Israel Él le dijo: Todo el día he llevado extendiendo Mis manos a un pueblo desobediente y rebelde” (Rom.10:16-21).

La epístola a los Romanos es la última epístola escrita antes que Pablo pasase a ser el prisionero del Señor y el Salvador se volviera “oculto” de los ojos de Israel. La otra citación de Isaías que encontramos también en el testimonio de Pablo se cita por él en Hechos 28, donde el pueblo de Israel recae en su presente periodo de ceguera y el misterio se da a conocer entre los Gentiles.

Este pasaje, Isaías 6:9, 10 ha sido frecuentemente el sujeto de nuestras meditaciones. Reside próximo del corazón de nuestro peculiar testimonio en que su citación siempre señala una crisis, y su última citación, esto es, en Hechos 28, esta puesta al punto en tiempo cuando la dispensación del “reino de Israel” se quedó en suspenso, y “la parentética dispensación del misterio” le fue dada a Pablo el prisionero de Jesucristo por nosotros los Gentiles.

En las series sobre los Hechos de los Apóstoles que podemos encontrar en El Expositor de Berea, Vol.24 a 33, hemos dado al peso dispensacional que tiene este pasaje una apropiada consideración, y debemos dejar de lado y abandonar aquí la particular examinación del peso de Isaías 6:9, 10 sobre la verdad dispensacional para esta exposición de Hechos, donde más claramente pertenece, y por tanto, con la siguiente breve presentación del lugar ocupado por esta importante llave dispensacional en el despliegue de la verdad, pasaremos a otros asuntos que nos aguardan.

### **Isaías 6:9-10**

- (1) Pronunciado por Isaías. El Reino pasa a manos de Babilonia. Daniel el prisionero del Señor por los Gentiles.
- (2) Citado por Cristo en Mateo 13. El Rey repudiado. Los Misterios del Reino del Cielo.
- (3) Citado por Juan. La luz repudiada. Los testimonios externos llegan a su fin. Jesús se oculta a Sí Mismo.
- (4) Citado por Pablo. Israel repudiado. La dispensación del Misterio. Pablo el prisionero del Señor por nosotros los Gentiles.

No podemos dejar no obstante esta referencia sin hacer una pausa para leer el comentario inspirado de Juan:

- “Estas cosas dijo Isaías, cuando vio Su gloria, y habló de Él” (12:41).

Delante de Él, el Serafín veló su rostro, delante de Su gloria, el templo tembló y la casa fue llena de humo. Suya fue la voz que se habló a Israel, Él era el Rey de lo alto erguido.

La doctrina de la Deidad de Cristo está tan entrelazada en la Escritura que intentar removerla significa dejar las páginas de la Santa Escritura profanadas y espoliadas, tal como hacen los ataques de los Altos Críticos sobre la Divina Inspiración de la Palabra Escrita. El “Jehová” de Isaías es el “Jesús” de Juan.

- “La Palabra era Dios” (Juan 1).
- “Antes que Abraham fuse, Yo soy” (Juan 8).
- “Isaías...vio Su Gloria, y habló de Él” (Juan 12).

Si bien puede ser un desafío el intento de cualquier escritor de resumir con algún sentido de justicia o adecuadamente el testimonio que conlleva nuestro Señor, de hecho, ya ha sido llevado a cabo dicho resumen por el propio Señor. Él era “la Palabra”, Él es puesto en Juan de manera preeminente como “el Enviado”, Él reiteró la declaración diciendo que la doctrina que dio, y las palabras que empleó, no eran Suyas propias, sino del Padre que le envió. Él declaró que el gran propósito por el cual había sido enviado era guiar a los

hombres a ver su necesidad de “vida” y para dar “vida eterna” a todo aquel que en Él cree. En el último versículo del capítulo doce por tanto encontramos el propio resumen del Señor:

- “Y yo sé que Su mandamiento es vida eterna; aquello que Yo hablo, por tanto, tal como el Padre me dijo a Mí, así hablo” (12:50).
- “En el principio era la PALABRA” (1:1)
- “Así HABLO YO” (12:50).

Este es el testimonio del Evangelio de Juan, puesto delante de nuestros ojos en el despliegue de la verdad que ha ocupado nuestros corazones en la examinación de los capítulos intervinientes. El siguiente análisis podrá ayudar al lector en sus meditaciones, si bien no debe tomarse como una estructura literaria.

A 44, 45.

- La íntima relación y unidad del Enviado, con Aquel Quien le Envío es tal, que cualquiera que crea en Cristo, no meramente cree en Él, sino que cree además en Aquel que le envió. Esto tiene un peso propio sobre el problema de las edades, un problema que surge del hecho de que “nadie ha visto jamás a Dios”, sin embargo, según el propio Cristo, “Aquel que me ha visto a Mí, ve también Aquel que Me envió a Mí”.

B 46-48.

- Él ahora toma esta figura de “ver” y su asociación con la “creencia”, y vincula Sus palabras con la figura de la “luz”, y mientras que en el inicio de este mensaje Él había dicho, “Aquel que Me repudia, y no recibe Mis palabras, tiene Quien le juzgue”, esta vez sin embargo no es, como anteriormente, “Aquel que Me envió”, sino “La palabra que Yo he hablado, ella propia le juzgará en el último día”.

A 49.

- Y así, el Señor vuelve al tema con el cual comienza esta sección. “Yo no he hablado de Mí Mismo; sino que el Padre que Me envió, Él Me dio a Mí un mandamiento, aquello que oyere, aquello he de hablar”

B 50.

- En el miembro correspondiente, B 46-48, leemos: “Cualquiera que crea en Mí no ha de habitar en tinieblas”. “Yo he venido...no a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo”...”La palabra que os he hablado, esa misma le juzgará en el último día”
- Ahora, en la conclusión, el Salvador habla de manera positiva. Él dice: “Yo sé que Su mandamiento es vida eterna”. Todavía no se le había dado mandamiento alguno a los discípulos, este punto nos aguarda y se reserva para la segunda gran sección de Juan. El único mandamiento hasta aquí mencionado se refiere a la muerte sacrificial y a la gloriosa resurrección del Salvador. “Así como Mi Padre Me ama a Mí, porque Yo pongo Mi vida para tomarla conmigo de nuevo...Este mandamiento he recibido de Mi Padre” (10:17, 18).

Aquel Quien era “La Palabra”, Quien vino a “declarar” a Aquel que es invisible; Aquel Quien era la “Palabra hecha carne”; Aquel que vino en un tal cuerpo para Él preparado, y pudiese con él realizar de una vez por todas y para siempre el sacrificio único por el pecado; Él es Aquel de cuya palabra sea la vida

eterna, de Quien Cuya palabra representa el mismísimo corazón del Padre que le envió; para recibir lo cual, y para reconocer lo cual, es el supremo propósito de este evangelio, y repudiarlo, no puede dejar de resultar en condenación, pues cualquiera que repudie *las Palabras* del Salvador, repudia Su *Obra*, y repudia *al Padre* que le envió. Así acaba la sección externa del Evangelio de Juan. El Prólogo nos habla de Aquel Quien es “La Palabra”. El seguimiento señala a Aquel Quien siempre y en todo tiempo dice,

- “Así como el Padre me lo dice a Mí, ASÍ HABLO” (12:50).

A medida que ponderamos este testimonio, ¿habrá alguno que no sienta que las palabras de Pedro, aparecidas anteriormente en el mismo Evangelio, expresan su propio sentimiento de corazón?:

- “Señor, ¿A QUIÉN iremos? TÚ tienes las PALABRAS de la vida eterna. Y nosotros hemos creído y estamos seguros que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (6:68, 69).

## CAPÍTULO 12

### El Testimonio del Señor de “Sí Mismo”

(13:1 – 18:3)

Con las solemnes palabras del capítulo 12:44-50 se llega al cierre del testimonio del Señor a Israel. Con el inicio del capítulo 13 el Salvador regresa a “Sí propio” y a Sus ministros, pues necesitan consuelo y aliento mientras van a estar bajo la sombra de Su ocultación de ellos. En breve, aquella pequeña y devotada banda ha de encontrarse con el odio y repudio del mundo, se hallarán en su nueva y aislada posición, sintiendo que se han quedado “huérfanos” (14:18). Dos sorprendentes promesas se dan para alentarlos; el Señor ha de retornar: “Vendré a vosotros” (14:3), y la venida del Consolador (14:26). La venida del Espíritu de Verdad era una de las caras del equipamiento de los discípulos; otra y muy importante se muestra en el lavamiento simbólico de los pies de los discípulos.

Cuando fueron escogidos los siete diáconos, tal como se registra en el capítulo sexto de los Hechos, leemos:

- “Procurad entre vosotros siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo” (Hechos 6:3).

Observe que la calificación “de buen testimonio” o de “buena reputación” viene antes de la referencia al “Espíritu Santo”. Consecuentemente, antes que el Salvador se refiriese a la venida del Espíritu Santo, “Él tomó ciñéndose una toalla” enseñándoles con eso la necesidad por un personal y diario lavamiento y humildad mental en su servicio y en su relación unos con otros, para que la venida del Espíritu Santo sobre ellos pudiese ser efectiva y fructífera. En el capítulo inicial del evangelio leemos: “Él vino a los Suyos, y los Suyos no le recibieron” (1:11). Aquí, en esta nueva sección, leemos: “Habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final” (13:1).

Debemos examinar el significado de esta frase “hasta el final” cuando hayamos hecho un estudio del pasaje en su totalidad, sin embargo, podemos regocijarnos inmediatamente y sin la posterior examinación cuando recordamos cómo dicho amor incluía de manera especial a Pedro, aun cuando negase a Su Señor, y además, cuando recordamos dicho amor por Sus discípulos aun cuando se escribiese al mismo tiempo: “Todos Sus discípulos le abandonaron”.

Con el fin de que el lector pueda ser capaz de visualizar el verdadero alcance de esta sección llamaremos su atención por un instante a un pasaje con el cual la mayoría se encuentra familiarizado, es decir, Efesios 3:1-13. Recuerde que en la epístola a los Efesios, Pablo, como una secuela a la revelación dada en el capítulo 2, hace un intento para mudar el sujeto en oración, pero es temporariamente retenido por un gran paréntesis en el cual explica el carácter distintivo del misterio. El asunto podría exhibirse de la siguiente manera:

A 2:22. La iglesia una “habitación de Dios”.

B 3:14. POR ESTA CAUSA.

C 3:1-13. (El Paréntesis).

B 3:14. POR ESTA CAUSA.

A 3:15-21. La Oración. “Que habite en vuestros corazones por la fe”.

La razón por la cual hacemos esta digresión se debe a que el mismo fenómeno encontramos en Juan, capítulos 13 a 17.

Al comienzo del capítulo trece tenemos “la hora viene” y “la traición”, y podemos leer a seguir la gran oración del capítulo 17. Los discípulos como vemos se encontraban perplejos. Había muchas cosas por explicar, mucho aliento y consuelo por administrar, y con ese objetivo tenemos los capítulos 14, 15 y 16, con su interviniente enseñanza. El lector ha de descubrir estudiando estos capítulos de cerca que prácticamente cada aspecto alargado en estos capítulos intervinientes se expresan de manera esencial en la gran enseñanza del capítulo diecisiete. Y estos capítulos 13 – 17 por tanto pueden visualizarse del siguiente modo:

A 13:1-3. La hora viene. El tema comenzado.

B 13:4 a 16:33. El Paréntesis en el cual son instruidos y alentados los discípulos

A 17. La hora viene. El tema resumido.

Sin que intentemos hacer una comparación exhaustiva, observemos no en tanto unos cuantos sorprendentes aspectos donde la gran revelación del capítulo 17 se anticipa y explica en los capítulos precedentes.

Uno de los elementos, esto es, el del *tiempo*, marca toda la sección unificándola. Está claro que no puede haber dos distintos periodos el uno del otro cuando se dice que la hora para un acontecimiento “ha llegado”.

*El Tiempo.* – “Padre, la hora ha llegado...ya no he de estar más en el mundo...y Yo voy a Ti” (17:1, 11).

“Cuando Jesús supo que Su hora había llegado para que saliese de este mundo yendo para el Padre” (13:1).

*El Propósito.* – “Glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo también pueda glorificarte a Ti...Y ahora, Oh Padre, glorifícame Tú a Mí con tu misma y propia gloria que Yo tenía contigo antes que el mundo fuese” (17:1, 5).

“Por tanto, cuando hubo salido (así volviendo a “la hora” de 13.1), Jesús dijo: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios en Él es glorificado” (13:31).

*El Mundo.* – “Ya no estoy más en el mundo, pero estos están en el mundo” (17:11).

“El mundo ya no Me verá más” (14:19).

“Yo...he venido al mundo; de nuevo, dejo al mundo” (16:28).

“Habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo” (13:1).

*El Odio y Aborrecimiento del mundo.* – “El mundo los ha aborrecido, puesto que no son del mundo, así como tampoco Yo soy del mundo” (17:14).

“Si vosotros fueseis del mundo, el mundo ama a los suyos; pero como no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (15:19).

*El Lavamiento.* – “Santifícalos a través de Tu verdad; Tu palabra es verdad” (17:17).

“Vosotros ahora estáis limpios por la palabra que Yo os he hablado” (15:3).

*La Unidad.* – “Para que sean uno, así como nosotros somos uno” (17:11, 12).

“Para que todos sean uno; así como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo estoy en Ti, para que también ellos sean uno en Nosotros” (17:21).

“Mi Padre le ha de amar, y vendremos a él, y haremos nuestra morada con él” (14:23).

*La Meta.* – “Padre, Yo quiero que también ellos, todos cuantos Me has dado, estén conmigo donde Yo estoy” (17:24).

“Yo vendré de nuevo, y os he de tomar para Mí Mismo; para que, donde Yo estoy, podáis también estar vosotros” (14:3).

Estamos convencidos que estos siete puntos han de ser suficientes como prueba para demostrar la propuesta que hemos presentado. Un detallado estudio no hará sino confirmar y expandir esta sugestión.



Antes que dejemos este asunto de la comparación, entre el capítulo 17 y los capítulos 13 a 16, hay otro aspecto que demanda nuestra consideración, y este es *por causa de su ausencia*. No hay otro aspecto tan sorprendente de los capítulos 13 a 16 como la promesa del Consolador, el cual es el Espíritu Santo. Si nuestra creencia se formó siguiendo en las líneas trazadas por ciertos maestros o escolares, vamos a ubicar el bautismo del Espíritu y el ministerio del Consolador como siendo la doctrina más distintiva de la dispensación de la Iglesia. Sin embargo, si bien la enseñanza principal encuentre un eco y una concentración en el capítulo 17, *no hay referencia alguna* a través de dicho capítulo al Consolador que es el Espíritu Santo. Para algunos, un hecho tal les parece una calamidad, y su importancia debe ser negada, sin embargo, correctamente entendida dicha ausencia lo que hace es enfatizar la verdadera posición de los testimonios del Espíritu. En el capítulo 8 de Romanos el Espíritu se describe como siendo una “primicia”, una promesa y anticipación de la gloriosa cosecha de resurrección, y en Efesios 1:12-14 el Espíritu es visto y definido como siendo “las arras” o garantía, una promesa y prueba de la gloria que vendrá a ser revelada y disfrutada en la redención de la posesión adquirida. Consecuentemente, darse cuenta que el Espíritu Santo sea un vínculo entre la presencia personal del Salvador durante los días de Su carne, y Su presencia personal cuando Él retorna a los Suyos, es ver el ministerio del Consolador en una y su verdadera luz escritural, y en vez de considerar la permanencia del Espíritu Santo como un fin, ha de verse como un medio para alcanzar un fin, y ese fin es la gloria que rellena el capítulo 17 de Juan con toda su luz.

Ahora debemos exhibir ante el lector la estructura de esta gran sección, pero nos desviaríamos de nuestro objetivo principal si, en este estudio preliminar, pretendiésemos dar en detalle todos sus contornos. Esta labor de rellenar los detalles la iremos con regocijo desarrollando a medida que el estudio avance. La estructura de Juan 13 a 18:3 que damos a seguir llama nuestra atención hacia tres realidades.

- Que tanto si está presente como ausente, y en cualquier condición que pueda haber, el amor de Cristo por los Suyos propios, al igual que el amor del Padre a Él propio, era inmutable.
- Que la hora había llegado, cuando Aquel Quien provino de Dios, retornaría, pero tan ciertamente volvería en breve a venir de nuevo.
- Que el Señor estaba a punto de encontrarse con la culminación del repudio de Israel, perfilado y magnificado por el Satánico poder en la traición de Judas, revelado finalmente como siendo “el hijo de perdición”.

### **El Testimonio del Señor de Sí Mismo**

A 13:1-3 **a** El Señor amó a los Suyos.

**b** La hora había llegado para ir al Padre (Él vino de Dios y a Dios regresaba)

**c** La traición a través de Judas

B 13:4 - 15:18 **d** Lavamiento con agua

**e** Judas (no todos estáis limpios).

**f** Permaneced en Mí, y Yo en vosotros.

A 15:19 – 17:12 **a** El mundo ama los suyos

**b** La hora viene... Yo voy a Ti.

**c** El hijo de perdición (Judas)

B 17:13-23

**d** Santifica a través de Tu verdad.

**e** (Ninguna referencia ahora a Judas)

### **f Perfectos en unidad.**

A 17:23 – 18:3 **a** Tú los has amado como me amaste a Mí.

**b** Tú Me has enviado.

**c** La Traición a través de Judas.

Estas tres realidades precisan en cierta medida de ser expandidas, sirviendo de provisión para el intervalo mientras los discípulos son dejados en un mundo que los iría a aborrecer. Las provisiones se hallan en el lavamiento de la palabra, en la investidura del Espíritu (siendo para servicio particular el de dar “testimonio” (15:26, 27), con el objetivo final de que el mundo pueda llegar a “creer” y “conocer” que el Salvador había sido “enviado” (17:21, 23) lo cual logrado parcialmente por el débil testimonio de los discípulos aquí sobre la tierra, pero plenamente realizado cuando hayan sido perfeccionados en unidad, tal como el pasaje anterior del capítulo 17 declara.

Aquí por tanto tenemos el enfoque preparado y listo para el estudio de estos sagrados capítulos, pasajes que conllevan dentro inundándolos el dulce olor del incienso, donde la adoración debe mezclarse con el estudio, donde nos aproximamos de las cosas sagradas, donde el lavamiento y la santificación se sobreponen, y la gloria a través del sufrimiento del hilo dorado por el cual el sujeto se conecta juntamente aparece.

### **El Propósito Específico de la Promesa del Señor**

Ya hemos demostrado que los capítulos 13 a 17 mantienen entre sí una orgánica unidad, y que mucha de la enseñanza que encontramos en los cuatro primeros de estos capítulos se expresa con sublime plenitud en el quinto. Hemos visto además que la estructura enfatiza tres grandes hechos y dos requisitos asociados. Los hechos son:

- El inalterable amor del Señor por los Suyos propios.
- La inminencia de Su partida del mundo yendo al Padre.
- La Traición a través de Judas.

El miembro central, la partida del Señor, se gobierna, en su influencia y peso sobre los discípulos, por los dos miembros colindantes. Los discípulos tenían la garantía, que, aunque Él estuviese personalmente ausente de ellos, Su amor por ellos permanecía inalterable, aun cuando el terrible ataque de Satán a través de Judas velase sus ojos en medio de la oposición en aborrecimiento del mundo.

Durante este periodo de la ausencia del Señor los dos requisitos asociados son:

- La santificación personal, expresada en términos de lavamiento, tanto en el lavamiento de los pies, como por el lavamiento del agua de la Palabra.
- La necesidad de “permanecer” en el Señor y en Su amor.

Este *permanecer* se asocia íntimamente con el Consolador, Cuyo ministerio rellena el vacío ocasionado por la ausencia del Señor, y es una garantía de la tal unidad que ha de venir a alcanzarse cuando el creyente esté “con” el Señor y “vea” y “comparta” Su propia gloria.

Miles de almas han experimentado un inexpresable consuelo proveniente de las palabras del capítulo 14, y, si el tiempo perdura, miles más han de venir también a ser consolados de la misma manera. No obstante, es cierto que 14:1 se conecta con 13:36-38 aunque pocos sean entre los que experimentan dicho

consuelo que tomen para sí o se identifiquen también en el pecado y vergüenza de la negación de Pedro. Volvemos a repetirlo, miles hay que toman para sí mismos la promesa:

- “Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho” (14:26).

Ahora bien, puede ser una bendita verdad, que, aparte y sin la guía e iluminación del Espíritu Santo, ninguno de nosotros sería capaz de recibir o percibir la verdad, sin embargo ¿de cuál de nosotros puede decirse:

- “Él...os recordará todas las cosas que os he dicho”?

¿Qué ha sido lo que el Señor nos haya alguna vez dicho “a nosotros” que podamos “recordar” aparte del Espíritu Santo? Pues para el mismo efecto son las palabras:

- “Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que, cuando suceda, creáis” (14:29).
- “Mas os he dicho estas cosas (esto es, el ser llevados a la fuerza a la sinagoga y asesinados) para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. Esto no os lo dije al principio, porque Yo estaba con vosotros” (16:4).

Una vez que estas palabras tenían un especial significado *para los discípulos*, nosotros tan solo podremos tomarlas en un sentido más amplio y general. Y lo mismo es cierto en lo concerniente a la labor específica del Consolador. Los discípulos tenían que portar el “testimonio”, “porque vosotros habéis estado conmigo desde el principio” (15:27). Estas palabras fueron tomadas literalmente por los apóstoles, tal como Hechos 1:21, 22 nos mostrará, pues el requisito (haber estado *con Él* desde el principio) se refuerza por las palabras:

- “Comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros de Su resurrección”

No podemos espiritualizar las palabras del Señor del capítulo diecisiete de Juan, pues el primer capítulo de Hechos reduce tan solo a dos el número de personas elegibles para ocupar el lugar de Judas.

¿A qué pasaje se refiere Pedro cuando declara en Hechos 1:16, “esta Escritura debía necesariamente cumplirse?” Al margen de nuestras Biblias se da el Salmo 41:9, y este es el Salmo citado por el Señor en Juan 13:18, al cual da Él seguimiento por las palabras: “Y ahora os lo digo antes que llegue, para que, cuando suceda, creáis que Yo soy Aquel”. Pedro, por tanto, tal como se registra en Hechos 1, “recuerda” que el Señor ya se lo había dicho, y así pudieron seguir adelante con certeza en la selección de Matías.

Pentecostés y su equipamiento espiritual de los doce no puede separarse de los primeros capítulos de los Hechos y aplicarse indiscriminadamente ni a la iglesia de los Gentiles, ni a los creyentes individuales hoy en día, y la íntima conexión entre el “Consolador” de Juan 14 a 16 y “la promesa del Padre” del segundo capítulo de Hechos, debería precavernos antes de tomar esta promesa para nosotros mismos.

No hay incerteza ni ambigüedad acerca del propósito y oficio del *Paraklete* en Juan. No es la doctrina de la santificación por el Espíritu lo que ahí se expresa o implica, sino el cumplimiento de una obra específica para suplir una necesidad específica. No es que sepamos más que cualquier otro creyente sobre

esta materia, sino que somos conscientes de lo que estos versículos enseñan, y esta su enseñanza si es vinculativa sobre todos nosotros. Aun cuando podamos haber estado familiarizados con el pasaje durante años, refresquemos nuestras mentes en cuanto a lo que se enseña con respecto al expreso propósito del don del Consolador, observando cuidadosamente el contexto.

El Salvador aseguró a Sus discípulos que aquel que en Él creyera haría más grandes obras que aquellas que Él propio hizo, porque Él iba a Su Padre (14:12). Además, prometió que “cualquier cosa” que pidiesen en Su Nombre la haría, “para que el Padre fuese glorificado en el Hijo”, una frase que se asocia definitivamente con la gran oración del capítulo diecisiete. Es en este contexto que el Señor dice:

- “Yo oraré al Padre, y Él ha de daros otro Consolador, para que pueda morar con vosotros para siempre: el Espíritu de Verdad” (14:16, 17).

Este Espíritu, dijo el Señor, “habita con vosotros (presente), y estará en vosotros” (futuro).

La segunda referencia se halla en el versículo 26 del capítulo catorce, donde el contexto habla de la traición del Señor llevada a cabo por medio de Judas, y del hecho que Él se estaba ausentando.

- “Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a Quien el Padre ha de enviaros en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he hablado” (14:26).

La tercera referencia es:

- “Pero cuando el Consolador haya venido, a Quien yo os enviaré desde el Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí” (15:26).

La cuarta referencia es:

- “No obstante, Yo os digo la verdad: es necesario para vosotros que Yo me vaya; pues si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; pero si Yo me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, reprenderá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio” (16:7, 8).

La quinta y última referencia proviene de esta anterior, y es:

“Muchas cosas tengo todavía que deciros, pero vosotros no las podéis ahora sobrellevar. No obstante, cuando el Espíritu de Verdad venga, Él os guiará a toda la verdad; pues no hablará de Sí Mismo; sino que todo cuanto Él oiga, eso hablará; y Él os mostrará las cosas que han de venir. Él Me glorificará a Mí; porque de Mí Él ha de recibir, y os lo mostrará a vosotros” (16:12, 13, 14).

El título dado al Consolador en estos pasajes es “El Espíritu de Verdad”. Su gran oficio es revelar la gloriosa plenitud de Cristo el Hijo, y aquellos quienes son el especial objetivo de Su cuidado son los “testigos”, y sus testimonios rellenan el registro de los Hechos de los Apóstoles. Este testimonio es de hecho la expansión del Salvador de Sus propias palabras, pues leemos:

- “Esperad por la promesa del Padre...recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos (a Mí) tanto en Jerusalén, como en Judea y en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:4, 8).

A través de todo el registro del ministerio de los Apóstoles nos encontramos con el “testimonio”. Matías fue escogido para ser “un testigo” (Hechos 1:22). Los doce fueron “testigos” (Hechos 2:32; 3:15; 5:32 y 10:39, 41), y este testimonio se asociaba con el Espíritu Santo, a Quien Dios les dio a ellos para que le obedecieran.

Cuando por fin se percibe la especial aplicación de estos aspectos de estos capítulos (13 a 16) podemos aplicar los principios de su preciosa enseñanza para nosotros mismos, pero tan solo en cuanto nuestras circunstancias o necesidades se aproximan al tiempo y la ocasión que nos diseñan estas palabras de consuelo. Así estaremos a salvo sin pretender asociar estos pasajes de Escritura con la iglesia del misterio.

Si por un lado no podemos tomar el lugar de Pedro literalmente, bien podemos no obstante y a menudo encontrarnos a nosotros propios peligrosamente cerca de la misma y propia negación suya del Señor. En tales momentos, ¡Cuán preciosa ha de ser la recordación del amor que “ama hasta el final”, y de la exhortación contextual “no se turbe vuestro corazón”. No debemos temer la Escritura en su totalidad, y además dispensacionalmente. No podemos estar perdidos por aceptar la verdad, pero quedaremos fácilmente decepcionados si cerramos nuestros ojos, o si por “ideas imaginativas”, embotamos el filo del testimonio inspirado.

Hemos en gran medida preparado el camino para un estudio más íntimo de estas preciosas revelaciones, y ahora debemos considerar la enseñanza que se encuentra en el capítulo trece.

### **El Apóstol y Sumo Sacerdote (13:1-4)**

Ya hemos considerado la estructura de esta gran sección como una unidad, hemos visto que el capítulo 17 es la meta, y los cuatro capítulos previos son preparatorios a su enseñanza. Hemos visto que estos capítulos antes que nada fornecen el equipamiento y aliento de los discípulos capacitándoles para llevar a cabo su labor con fe y mucho coraje, aun cuando su Señor y Maestro hubiese sido traicionado y estaba a punto de abandonar la tierra y a ellos propios durante un breve periodo de tiempo.

Ahora regresamos a la sección de apertura del capítulo 13, y comenzamos nuestro estudio en pleno detalle. Al hacerlo así nos encontramos enfrentando un problema que ha ejercitado a los expositores en todos los tiempos y que ha producido una gran variedad de respuestas e intentos para resolver la cuestión que se levanta. Nos referimos al registro aquí de la Cena en la cual nuestro Señor lavó los pies de los discípulos.

Para considerar todo lo esencial en conexión con la Cena del Señor y la Pascua, la Fiesta de la Pascua compartida por el Señor, y Su propio Sacrificio como el verdadero Cordero Pascual, requeriríamos una examinación tan exhaustiva y larga que haría esta exposición indebida dejándola de lado. Sin embargo, tratar con el asunto con simple curiosidad sería un insulto al Divino Autor y además fornecería una justa causa para sospechar de parte de aquellos que se oponen a nuestra actitud con respecto a la Cena del Señor. Así, por tanto, lo que haremos aquí será exponer la materia de la manera tan breve cuanto posible. Todo lo que haremos de momento será poner delante del lector uno o dos puntos encontrados en este capítulo, los

cuales hacen imposible que la cena ahí registrada haya sido “la Cena del Señor” registrada por los demás Evangelistas. Esta Cena no puede ser la Cena de Pascua, pues:

El versículo 1 dice que fue “*Antes de la fiesta de la Pascua*”.

- Mateo 26:14-16 relata cómo Judas salió a encontrarse con los Sumos Sacerdotes y combinó con ellos traicionar al Salvador por treinta piezas de plata, *después de lo cual*, fueron hechas las preparaciones para la celebración de la Pascua en el habitáculo indicado en los versículos 17-19.
- Juan 13:29 nos dice que algunos pensaron que Judas se ausentó de la cena para “comprar las cosas” necesarias para la fiesta, lo cual prueba que la cena en la cual los discípulos se hallaban cuando así imaginaron no podría haber sido “la fiesta” para la cual Judas salió a comprar.

Nosotros entendemos que Juan está aquí refiriendo la cena dada en Betania, descrita en el capítulo anterior. En ella, una *mujer* unge la cabeza del Señor, aquí *Él* lava los pies a los discípulos, y fue aquí, en esta casa, donde el Salvador había a menudo encontrado un asilo, que la preciosa enseñanza (de esta sección) y la santa oración del capítulo 17 se pronunciaron.

No pretendemos haber con esto probado nuestra causa, simplemente damos los datos suficientes para satisfacer al estudiante diligente alertándole que hay algo aquí que debería ser inquirido, pero, tal como ya hemos dicho, ahora estamos de momento más ocupados con la enseñanza de estos capítulos que en descubrir exactamente dónde y precisamente cuando se pronunció.

- “Ahora bien, antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que Su hora había llegado para que saliera de este mundo yendo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y durante la cena, el diablo, habiendo ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, traicionarle, Jesús, sabiendo que el Padre le había puesto todas las cosas en Sus manos, y que *Él* vino de Dios, y a Dios se iba, se levantó de la cena” (13:1-4 R.V.).

Hemos citado la Versión Revisada porque sigue el palabreado inspirado más de cerca que la Versión Autorizada en este caso. No hay necesidad de incluir la palabra “cuando” en la frase inicial (tal como hace la A.V.). La versión del Dr. Weymouth es demasiado extensa como para ser tomada como una *traslación*, sin embargo da el efecto del original en el lenguaje moderno:

Ahora bien, justo antes de la Fiesta de la Pascua tuvo lugar este incidente: “Jesús, sabiendo que había llegado la hora...”

Debe además observarse que donde la Versión Autorizada dice “habiendo acabado la sopa”, la Versión Revisada dice “durante la sopa” (“cuando cenaban” en la Reina Valera). La versión de Weymouth dice, “Mientras tenía lugar la cena” y con esto concuerdan la mayoría de los comentaristas más modernos.

*Ginomai*, el verbo traducido en la Versión Autorizada del versículo 2 “acabado”, significa “transcurrir” o “venir transcurriendo”, y se traduce lo que se está “haciendo (al presente continuo)”, o “estar

sucediendo” en otros lugares. El uso en Mateo 26:6 nos ilumina de mejor manera la intención de Juan 13:2 “*estando* Jesús en Betania”, donde tenemos la idea del “proceso” o lo que está “sucediendo”, y no algo acabado y finalizado.

Ahora debemos regresar al principio de este registro, habiendo desenmascarado, si no eliminado, el cronológico problema del tiempo, y ponderar el asunto de mayor peso que tenemos delante. El gran acto de humildad que estamos a punto de examinar, era del pleno conocimiento del Señor de Deidad. Es algo amoroso para cualquier mortal rebajarse para servir a otro, pero aquí se trata del Señor de gloria plenamente consciente que “había Él venido de Dios, y a Dios iba” por Quien dicho acto se realiza.

La palabra empleada por Juan, traducida “irse” o “partir” es *metabaino*, y la utiliza cuatro veces:

A 5:24. Ha pasado de muerte a vida.

B 7:3. Sal de aquí, y vete a Judea.

B 13:1. Para que pasase de este mundo.

A 1ª Juan 3:14. Hemos pasado de muerte a vida.

Una vez que hay 21 palabras griegas que se traducen “partir”, es evidente que se pueden adscribir a la palabra una variedad de ideas. Cuando Pablo consideraba la posibilidad de “partir” y estar con Cristo (Filip.1:23) utilizó *analuo*, una palabra que significa “retornar” ser analizado, disolverse en elementos constituyentes, o, tal como en el capítulo tres del Génesis, “volver al polvo”. Esto es muy significativo, puesto que Pablo al igual que el resto de la humanidad “vio corrupción” y aguarda la inmortalidad en la resurrección, mientras que el Salvador “no vio corrupción” sino que después de tres días “pasó de la muerte” al Padre, sin pasar a través de la *analusis* referida por Pablo (2ª Timoteo 4:6).

De manera amorosa permanecemos viviendo es las palabras “la obra acabada de Cristo”, sin embargo muchas veces mentalmente no vemos más allá que la cruz. Es cierto, en la cruz se “completó” una gran y gloriosa parte de Su obra, pero 1ª Corintios nos hace ver claramente que sin la consecuente resurrección, la salvación hubiese sido imposible realizarse. Consecuentemente, “la obra acabada de Cristo, debe incluir siempre la resurrección. Pero esto no es todo. Hebreos 3:1 nos exhorta a “Considerar el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús”. Aquí tenemos el círculo completo de Su ministerio de gracia. En cuanto al “Apóstol” o “El Enviado”, le vemos dejando la gloria del Padre, tomando sobre Sí propio la forma de un siervo, cayendo finalmente a la más baja humillación de todas las muertes, la muerte de cruz. A seguir le vemos como el Sumo Sacerdote, resucitando y ascendiendo donde Él se hallaba anteriormente, con la evidencia de que Su sacrificio había sido ofrecido, sentándose a la diestra de la Majestad en las Alturas. Este círculo completo lo encontramos en varias partes del Evangelio de Juan. Ya hemos llamado la atención a las muchas referencias en este Evangelio a Cristo como “el Enviado”, debemos acrecentar esto añadiendo las referencias que le revelan preparándose consciente e intencionalmente para “ascender donde estaba anteriormente”. Aquí en este capítulo que tenemos delante tenemos las siguientes declaraciones.

- “Su hora había llegado para que partiese de este mundo yendo al Padre” (13:1),
- “Jesús, sabía en todo momento que el Padre le había depositado todas las cosas en Sus manos, y que vino de Dios, y a Dios iba” (13:3)

Mucho antes que esto, encontramos referencias a la ascensión, por ejemplo, en el temprano capítulo tres leemos:

- “Ninguna persona ha ascendido jamás al cielo, sino Aquel que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo” (3:13).

Ahora no vamos a pararnos a discutir los difíciles problemas que se levantan por las palabras finales de este versículo, el lector ha de encontrarlos considerados en alguna medida de detalle en su lugar apropiado y en la ordenada exposición del pasaje que iremos elaborando. Aquí no haremos otra cosa sino reunir las referencias. Y así, pasamos al capítulo 6, y escuchamos el desafío:

- “¿Y qué, si vieseis al Hijo del Hombre ascender a donde Él estaba primero?” (6:62).

De nuevo aparece una alusión a la ascensión en el capítulo 7:

- “Todavía un poco de tiempo estoy con vosotros, y después Yo he de ir a Aquel que Me envió. Me buscaréis y no Me encontraréis; y donde Yo estoy, vosotros no podéis venir” (7:33, 34).

¡Qué gran contraste tiene esta declaración con la del capítulo 14!

- “Voy a preparar un lugar para vosotros. Y si Yo me voy y preparo un lugar para vosotros, volveré de nuevo, y os tomaré a Mí Mismo; para que donde Yo estoy, también estéis vosotros” (14:2, 3).

Esto, tal como ya hemos visto, se reúne en toda su bendita plenitud en la oración del capítulo 17:

- “Ahora no he de estar ya más en el mundo...y Yo voy a Ti...y ahora voy a Ti...para que ellos también...estén conmigo donde Yo estoy...” (17:11, 13, 24).

Este “ascenso” no es bien la ascensión desde el Monte de los Olivos que tuvo lugar unos cuarenta días después de la resurrección del Señor, sino la presentación inmediata de Sí Mismo en la presencia del Padre, tan pronto como la resurrección viniera a realizarse. Por este aspecto, este más que tremendo e importante aspecto, estamos muy agradecidos al Evangelio de Juan.

- “No Me toques, pues todavía no he ascendido a Mi Padre; pero ve a Mis hermanos, y diles que Yo asciendo a Mi Padre, y vuestro Padre; y a Mi Dios, y vuestro Dios” (20:17).

Una semana después, en vez de decir “no Me toques”; pues aún no he ascendido”, el mismo Señor le dijo a Tomás: “Introduce tu mano, y métela en Mi costado” (20:27). Todo esto se implica en el prefacio del capítulo 13 por el acto simbólico del lavamiento de los pies de los discípulos, pues así se introduce este ministerio de gracia.

### **El Significado Espiritual del Lavamiento (13:1-18)**

De tal orden es la enfermedad mental humana, que, tanto en el lenguaje común como en los más altos medios de la teología y la doctrina, los símbolos han permanecido sin traducirse y aceptes en vez de ser



vistos como tipos y sombras de realidades más profundas e invisibles. Esto es lo que ha venido sucediendo con el símbolo principal de la fe cristiana, la Cruz, llegando hasta el colmo del mental aborrecimiento fastidioso en la imagen de dicha cruz y la crucifixión. Ocurrió lo mismo en los días pasados de la antigüedad, cuando, la serpiente de bronce, siendo un símbolo de la gracia redentora, tuvo que ser destruida en pedazos y denominada *Nehushtan*, “una (inútil) pieza de bronce” para salvaguardar al pueblo de la idolatría (2ª Reyes 18:4).

Cuando leemos a simple vista el registro que ahora tenemos delante, nuestras mentes, en gran parte, se quedan tan solo con el acto en sí del lavamiento; sin embargo, si paciente y cuidadosamente estudiamos este registro, nos daremos cuenta que este lavamiento conlleva dentro un “significado”, y que era el significado, tanto del acto en sí como del espíritu que tiene por detrás, lo que realmente y en primer lugar pretendía y conllevaba en mente la intención del Señor.

Aparte de una cuidadosa y repetida lectura del pasaje, lo cual ciertamente debe hacer el lector por sí mismo, no hay mejor manera de mostrar la prominencia e insistencia de este asunto del significado que exhibiendo la estructura. Así descubrimos que, con el lavamiento de los pies de los discípulos, se nos da su simbólico significado y su enseñanza espiritual, y que toda la narrativa es una alternancia del hecho y propósito del lavamiento con la idea de “conocimiento”. Es por este motivo que ahora ponemos delante del lector la estructura del pasaje:

### **El Lavado de los Pies de los Discípulos (13:1-18)**

A 1-3. *Jesús sabía.*

B 4-6. *El lavamiento actual.* Él se levantó. Se quitó Su manto.

C 7. Lo que Yo hago tú *no lo entiendes* ahora, pero lo *entenderás* después.

B 8-10. *El simbólico significado* del lavamiento. “Si Yo no te lavo...”.

A 11. *Él sabía.*

B 12-. *El lavamiento actual.* Volvió a sentarse, y a tomar Su manto.

C -12. *Sabéis* lo que os he hecho.

B 13-16. *La espiritual enseñanza* del lavamiento “Pues si Yo...os he lavado”.

C 17. Si *sabéis* estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis.

A 18. *Yo sé.*

Tres veces se dice del Señor que *Él sabía*. Él sabía que Su hora había llegado y que todas las cosas le fueron dadas en Sus manos; sabía además quién le iba a traicionar; y sabía también a quienes había escogido. Este sin embargo no era el caso con los discípulos. No entendían el significado del acto del Señor al tiempo, aunque lo entenderían después. Él les preguntó “¿Sabéis lo que os he hecho?” y finalmente, “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis”.

Aquí de nuevo hacemos una pausa para llamar la atención hacia el cegador efecto que resulta de confundir el acto externo por la intención que conlleva en su interior. Si el Señor meramente hubiese tenido en mente el acto externo del lavamiento de los pies de los discípulos, Él no les habría preguntado, “¿Sabéis lo que os he hecho?”, pues ellos, teniendo a Pedro por portavoz, dijeron “¿Tú me lavas a mí mis pies?” El Señor por tanto debe haberse referido al significado espiritual del acto. Separar un día al año como un acto ritual para el lavamiento de pies de unos cuantos mendigos, oculta y esconde a los ojos la perpetua lección de humildad y servicio por detrás de un juego teatral de humildad en el cual nadie puede dejar de ver sino el

carácter espectacular de dicho acto. El nuevo mandamiento (*mandatum*) degeneró perversamente en la ceremonia del día denominado *jueves santo*, y se representa, en este país (Inglaterra) en la moneda *El santo penique*, de mucho interés bajo el punto de vista de un coleccionador, pero de nulo valor espiritual.

En un hogar Oriental, el lavado de los pies, tanto de sus moradores como de los visitantes, le competía llevarlo a cabo al más bajo en la jerarquía de los siervos. Cuando David celebraba la finalización de las conquistas sobre sus enemigos, no tiene consigo una figura que exprese la servidumbre de manera más redundante que la definida en este mismo oficio, “Moab es mi *lavabo*, sobre Edom descalzaré mis zapato” (Salmo 60:8).

Con plena consciencia de Su Alto Oficio y Gloria, sabiendo que todas las cosas le habían sido depositadas en Sus manos (puesto que Él era Señor de todo) y que provenía de Dios (pues había compartido la gloria del Padre antes que el tiempo comenzase) y que iba de nuevo a Dios (para ser glorificado con el Padre con aquella gloria que Él poseía antes que el mundo fuese), el Señor de todo se levantó del lugar más importante que naturalmente ocupaba en la cena y *se despojó* de Su manto. El significado de este acto, este “despojarse”, puede mejor ser entendido si observamos que en el versículo 37, Pedro (probablemente en un verdadero deseo por seguir el ejemplo de Su Señor) emplea el mismo término cuando dice, “Yo *pondré* (o *me despojaré de*) mi vida por Tu causa”, y este significado es aprobado por el Señor en la siguiente ocurrencia de la palabra:

- “No hay mayor amor que este, que alguien *ponga* (o *se despoje de*) su vida por sus amigos” (15:13).

La asociación del pasaje anterior con el simbólico acto del lavamiento ha de apreciarse mejor cuando lleguemos al capítulo en el transcurso de nuestra exposición. El Señor, habiéndose despojado de Sus vestiduras exteriores, “tomó una toalla, y se la ciñó a Sí Mismo”, adoptando de este modo la insignia del más bajo de los siervos de la casa. La lección que el Señor pretendía que Sus discípulos *aprendiesen*, y sin la cual enseñanza el propio Pentecostés en sí no estaría completo, vuelve a instituirse para la Iglesia de hoy en día en la Epístola a los Filipenses.

- “Haya pues en vosotros este mismo sentir (esta misma mente) que hubo en Cristo Jesús, Quien siendo en la forma de Dios, no estimó ser igual con Dios como cosa a la cual aferrarse; sino que se hizo a Sí Mismo sin reputación, y tomó sobre Sí la forma de un siervo, y hecho a la semejanza de hombres, y estando en la imagen como un hombre, se humilló a Sí Mismo, y llegó a ser obediente hasta la muerte, y muerte de la cruz” (2:5-8 R.V.).

Por el registro nos parece que el Señor lavó los pies de algunos discípulos en silencio, antes de llegar a Pedro. Y tal como en otras ocasiones, Pedro pronunció el mudo sentir del resto de los compañeros, “Pedro le dijo: Señor, ¿Tú me lavas mis pies?” El Señor le respondió: “Lo que Yo hago tú ahora no lo entiendes, pero lo sabrás después”, sin embargo, este dicho no tuvo efecto alguno sobre Pedro, pues, insistiendo en su idea y sentimiento dijo: “Tú no has de lavarme jamás mis pies”.

La palabra “jamás” en castellano es una forma contractada de “ya más” y también se encuentra en la expresión original utilizada en el Nuevo Testamento. “No, ya más por la era” sería la traducción literal, pero, tal como el poeta ha dicho, “tomar tan solo parcialmente lo dicho es algo peligroso”. En Marcos 3.29,

donde se usa el mismo término, ha habido de parte de algunos el intento para enseñar que, la blasfemia contra el Espíritu Santo, no ha de tener perdón a lo largo de las edades, pero que será perdonada cuando la era haya acabado de recorrer su curso. Si esta fuese la verdadera interpretación de Marcos 3:29, donde el mismo término se emplea, entonces también sería esa la verdadera interpretación de Juan 8:51, donde en vez de leer, “Si alguno guarda Mis dichos, jamás ha de ver muerte”, deberíamos leer que dicho creyente “no ha de ver muerte ya más en la era” y *después ha de morir*. No es necesario decir que aquellos que así defienden esta doctrina de Marcos 3:29 se mantienen en silencio en cuanto a la implicación de esta interpretación en Juan 8:51. Lo mismo puede decirse de las demás referencias en Juan 4:14; 10:28; 11:26. Introducir la doctrina de las “eras” o “edades” en esta expresión significa traicionar la verdad y abusar del lenguaje. Pedro no tenía la idea de las “eras” en su mente. Simplemente declara en los términos más resonantes posibles que el Señor no debería jamás lavarle sus pies. Teniendo esto en cuenta, el Salvador elevó el acto del lavamiento a un plano más alto, diciéndole: “Si Yo no te lavo, no has de tener parte conmigo” (13:8), y, de súbito y al instante, el impetuoso Pedro, tomando el extremo opuesto, le respondió: “Señor, no solo mis pies, sino también mis manos y cabeza”.

Si por un lado no iremos a entrar a ver en detalle la súbita mudanza de sentimientos que hizo con que Pedro se contradijese de ese modo a sí propio en la horrible perspectiva de verse privado de una parte con el Señor, no en tanto, sí que debemos darnos cuenta que, en su contradicción, contradice además un fundamento de la fe, el cual corrige inmediatamente el Señor:

- “Aquel que está lavado no precisa sino lavar sus pies, pues está todo limpio” (13:10)

Aquí debemos hacer una pausa delante de esta solemne y al mismo tiempo gloriosa declaración, para que su verdad inherente sea plenamente comprendida. Antes que nada, debemos hacer una breve observación gramatical. El pretérito perfecto de un verbo en castellano se expresa generalmente por el uso del verbo “haber”. En muchas ocasiones el pretérito perfecto del griego original se encuentra velado en la traducción castellana. Por ejemplo, en vez de leer “escrito está” deberíamos leer en muchos pasajes “ha sido escrito”. La fuerza de este pretérito se puede entender fácilmente tanto si se tiene un conocimiento gramatical como si no se tiene. Cuando Pilatos dijo “Lo que he escrito, he escrito”, hasta el más iletrado entre sus oidores reconocería entendiéndolo algo ya efectuado en el pasado, y que permanecería inalterable y en pleno vigor en el presente cuando se escuchó.

En Juan 13:10 las palabras traducidas “aquel que está lavado” debería leerse “aquel que ha sido lavado”, con la implicación que este lavado, habiendo sido en otro tiempo efectuado, permanece efectivo e inalterable durante el paso del tiempo. Pero esto por sí solo, aunque resuelve un problema, nos levanta además uno nuevo. Puesto que el Señor inmediatamente nos introduce una excepción diciendo, “salvo lavar sus pies”. Aquí, sin embargo, es necesario que reconozcamos que hay dos palabras utilizadas en este pasaje, ambas traducidas “lavar”.

No es razonable esperar que podamos descubrir la verdad embebida en estas referencias en los “diversos bautismos” si ignoramos las distinciones que debían ser claras para los Judíos. Las dos palabras para el “lavamiento” en este pasaje son *louo* y *nipto*. *Louo* se utiliza del lavamiento del “cuerpo” (Hebr.10:22, 23), *nipto* en cambio se confina al lavamiento de las manos, los pies, y los ojos y cara (presumiblemente) del hombre nacido ciego. El mejor comentario sobre las distintivas palabras para el lavamiento lo encontraremos en la traducción de la Septuaginta de Levítico 15:11:

- "...y no *lavare* sus manos (*nipto*) con agua, *lavará* sus vestidos (*pluno*), y a sí mismo se *lavará* (*louo*) con agua".

"Aquel que ha sido lavado", dijo el Señor, "no precisa sino lavar sus pies, pues está todo limpio". El Judío, antes de salir para participar en una fiesta, se "bañaba" completamente. No obstante, debido al polvo de los caminos, siempre estaba bajo la necesidad de "lavar sus pies". El creyente, antes de finalizar el peregrinaje de la vida que ha de acabar en la gloria con Su Señor, habrá sido del todo limpiado, o, tal como lo expone Colosenses 1:22 reafirmando la verdad en forma doctrinal:

- "En el cuerpo de Su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de Él".

El contacto con el mundo y sus caminos, sin embargo, ha de precisar una limpieza diaria, y Juan, que registra el *simbólico* acto en su evangelio, lo reafirma en términos *doctrinales* en su epístola (1ª Juan 1:7). Está muy claro que las palabras empleadas en 13:10 no se refieren al efectivo lavamiento por agua, sino al significado espiritual de dicho lavamiento, pues el Señor añadió a lo que hemos citado: "y vosotros estáis limpios, aunque no todos. Pues Él sabía quién le había de entregar; por eso dijo, no todos estáis limpios" (13:10, 11).

Ahora bien, está claro que, si el Señor hubiese omitido a Judas del lavamiento de los pies, los discípulos no habrían tenido dudas en cuanto a la persona del traidor, sin embargo es evidente que no se hizo dicha distinción. Si los pies de Judas fueron lavados con los demás, es igualmente obvio que ninguna cantidad del lavamiento ceremonial, aunque fuese realizado por el propio Señor, podría tener el más mínimo efecto sobre el receptor. El interior y espiritual lavamiento es el único verdadero lavamiento que podemos reconocer, siendo la cuestión de si es o no bautizado un asunto enteramente dispensacional – una dispensación podrá caracterizarse por la presencia de ceremonias, y otra sin embargo podrá igualmente caracterizarse por su ausencia total.

### **El Pacto del Pan (13:18-30)**

#### **La Traición**

Ya hemos visto el significado del "lavamiento", ahora debemos observar la asociación tan próxima de la "humildad" con el "ministerio".

Esta sección interna es primariamente la preparación de los apóstoles para la gran obra que iría a ser inaugurada en Pentecostés. Tenían que ser vasos limpios para ser empleados en el servicio del Señor. El Espíritu de Verdad que estaba para venir como Consolador era el Espíritu "Santo", y el creyente, sin importar si fuese ignorante o pobre, debía al menos estar limpio para recibir morando en su interior dicho convidado.

- "Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó Su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien,

porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo os he hecho, vosotros también hagáis” (13:12-15).

A primera vista, “Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros” llama nuestra atención sobre el asunto efectivo del lavamiento de los pies, sin embargo una lectura más cuidadosa nos ha de llevar hasta el corazón del asunto. Muy pocos o mismo ninguno de los lectores de estas páginas han lavado alguna vez los pies de otros creyentes, sin embargo, no sienten remordimientos de conciencia, no sienten que hayan fracasado seriamente en la primera lección de amor. El Señor nos indica el lavamiento de los pies como un acto de humildad. Introduce el acto recordándoles a los discípulos que le llamaban “Maestro y Señor”, e instituye la comparación entre Sí Mismo, el Señor y Maestro, y ellos mismos los siervos. Les dice que les ha dado un ejemplo, para que ellos hiciesen los unos a los otros lo mismo que Él había hecho por ellos. La lección inherente se refuerza posteriormente por las palabras siguientes:

- “De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor; ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurado seréis si las hicieréis” (13:16, 17).

Cuando el apóstol Pablo les da un relato resumido de su ministerio a los ancianos de la iglesia de Éfeso, al comienzo, no les llama la atención hacia su fidelidad, o su celo, sus sufrimientos o sus revelaciones, sino que la primera observación recae en su “humildad”.

- “Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad” (Hechos 20:18, 19).

Esta “humildad mental” no era meramente en su actitud, sino que se expresa en el servicio humilde en sí, un servicio que muchos maestros descuidan sintiendo que, de esa manera, se quedarían muy por debajo en la escala de su dignidad.

- “Vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hechos 20:34).

Este mismo espíritu es supremo en la instrucción que se da en Gálatas 6:1:

- “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”.

Cuando el apóstol Pablo vino a saber que su hora había llegado, le dio importantes instrucciones a su hijo en la fe, Timoteo, y entre otras cosas le dijo:

- “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos...que con mansedumbre corrija...” (2ª Timoteo 2:24, 25).

En más de una ocasión tuvo el Señor que recordarles a Sus discípulos que la verdadera grandeza no estaba comprendida en el espíritu de las tiranías y opresiones mundanas.

- “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:25-28).

Ya hemos visto por la estructura que los versículos 1-18 forman una sección completa, consecuentemente, la traición del Señor llevada a cabo por Judas forma una parte integral.

Debe recordarse que la estructura del lavamiento de los pies nos recalca el “significado” que había por detrás del incidente efectivo del agua, el brillo y la toalla, ni tampoco cómo la palabra “saber” puntúa la estructura. Ahora llamaremos la atención hacia la traición de Cristo. Probablemente nos hayamos cuestionado alguna que otra vez acerca de qué sería exactamente lo que el Señor pretendía cuando le daba el pan “ensopado” a Judas. Si permitimos que la propia estructura hable por sí misma, veremos que, con eso, le obligaba a Judas a darse cuenta que estaba *quebrando el pacto de pan*, que estaba haciendo algo prohibido por la ley Oriental. Viajeros atrás de viajeros regresaban contando historias de cómo algunos jeques ladrones, quienes no hubiesen tenido duda alguna en degollar a los caminantes para robarles algunas monedas, no obstante, habían con ellos honrado el pacto del pan, protegiendo hasta el final al caminante que lo hubiese comido con ellos, permitiéndoles así seguir libremente su camino debido a esta (también reconocida al tiempo actual) ley sagrada Oriental. A seguir damos esta estructura que habla por sí misma:

### **La Traición (13:18-30)**

- A 18     **a.** Aquel que come el pan conmigo. *El pacto del pan.*
- b.** Levantó contra Mí su calcañar.
- B 19-25   **c.** Jesús, conmovido en espíritu.
- d.** Uno de vosotros Me va a entregar
- c.** Los discípulos dudando
- d.** Pregunta quién era aquel.
- 26       **a.** A quien Yo de el pan mojado. *El pacto del pan.*
- b.** Se lo dio a Judas Iscariote.
- B 27-29   **c** Después del bocado, Satanás entró en él
- d** Lo que vas a hacer
- c** Ninguno entendió por qué le dijo esto
- d** Algunos pensaron...la bolsa.
- A 30       **a** Cuando hubo tomado el bocado. *El pacto del pan*
- b** Salió inmediatamente: y era ya de noche.

Es interesante observar que cuando Cristo citó el Salmo 41 omitiese las palabras de David diciendo de Ahitofel, “en quien yo confiaba” (Salmo 41:9), pues está escrito que Él sabía quién iría a traicionarle, aun cuando había incluido a Judas entre el número de Sus seguidores.

- “Aquel que come el pan conmigo ha levantado contra Mí su calcañar” (citando el Salmo 41:9).

David denominó a Ahitofel “mi propio amigo familiar”, o tal como al margen se indica “*el hombre de mi paz*”, y como al margen de Abdías 7 (R.V.) también se indica. Esto se refiere al saludo dado por un amigo “la paz sea contigo”, acompañado por el beso de paz. Judas llevó literalmente este mismo acto posteriormente, pues en Mateo 26:49, en el acto efectivo de la traición, siguió manteniendo las apariencias del “hombre de paz”, diciendo: “Salve, Maestro, y le besó”

Esta citación del Salmo fue dada por Cristo para confirmar la fe de los apóstoles y para dirigir sus actos posteriores.

- “Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que Yo soy” (13:19).

Hay dos importantes lecciones que aprender de esta declaración, fuera y aparte de los muchos argumentos subsidiarios que se les ocurran a los distintos lectores. La primera es que, la cercana traición llevada a cabo por Judas, en vez de sacudir la fe de los discípulos, lo que haría sería confirmarla. No tan solo fue el nacimiento en Belén el cumplimiento de lo dicho por los Profetas, sino que además dio lugar a la masacre también predicha de los inocentes. No solo fueron agradables, felices y acogedores los suaves actos de la vida del Salvador predichos por los profetas, sino que además la amargura y sufrimientos de la cruz se dieron también a conocer de antemano, siendo que las palabras del Salmista hallaron su total cumplimiento en el clamor, “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué Me has abandonado? Juan, teniendo siempre en mente el propósito de sus escritos, es decir, que aquellos que los leyesen deberían creer que Jesús es el Cristo, se refiere a la traición de David llevada a cabo por Ahitofel como una de las muchas profecías que señalaban al Salvador como siendo el gran cumplimiento de todas ellas, y que prueban que Él es el Mesías. En segundo lugar, cuando se estaba aproximando el tiempo para el cumplimiento de la promesa del Padre, y para rellenar el vacío producido por el traspaso de Judas, Pedro, que había compartido con los demás el ministerio del Señor, declaró:

- “Era necesario que *se cumpliese la Escritura* en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús” (Hechos 1:16).

La cuestión del nombramiento de Matías recae fuera del ámbito de nuestra presente exposición, no obstante, el lector podrá encontrar su plena exposición en los artículos que tratan con los Hechos y en una serie de artículos titulados “Errores Apostólicos” en el *Expositor de Berea* (Vols.6 y 7).

Las palabras de Cristo, “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros Me va a entregar” (13:21), fueron oídas de parte de los discípulos con indignación.

El apóstol a quien Jesús amaba, comúnmente supuesto que sea el propio Juan, se hallaba ubicado en la cena recostado “cerca del pecho del Señor”. Pedro en cambio se encontraba a una cierta distancia de Él, tal como se deduce por el orden en el cual tuvo lugar el lavamiento de los pies, y por “señas” y medio escondido de los demás, en un susurro inaudible, le dijo a Juan, “pregúntale quién es”. La respuesta, tanto como podemos entender, tan solo se escuchó a oídos de Juan: “A quien Yo diere el pan mojado, aquel es”.

En todo este tiempo hubo oportunidad para que Judas se arrepintiera. El diablo había efectivamente puesto en su corazón que traicionase al Señor, sin embargo no se debe pensar que fuera este un acto

inevitable. Judas tomó el pan ensopado, por tanto, sabiendo el simbolismo que recubría dicho acto. Había estado comiendo el pan con el Señor. Estaba en pacto con Él como amigo. Y así ahora se introducen las terribles palabras: “Y después del bocado, Satanás entró en él” (13:27). La suerte estaba echada. Judas había traspasado la línea que divide al salvo del perdido:

- “El hombre que reprendido (o avisado) endurece su cerviz, de repente será quebrantado y no habrá para el medicina” (Proverbio 29:1).

Lo sucedido anteriormente al Faraón, le sucede ahora a Judas. Si Judas traicionó a su Maestro, dicho Maestro nunca le traicionó a él. Judas había acompañado al Señor a lo largo de Su ministerio. Había sido uno de dos, cuando el Señor envió a Sus discípulos a los pares. Ninguna indicación se da que Judas fuese “un diablo”. Realizó los mismos milagros que los demás. Habló con la misma autoridad, tuvo todo tipo de oportunidades para arrepentirse. Los discípulos, aun mismo después de la revelación que los inclinó a examinarse a sí mismos, nunca sospecharon de Judas. Él era el responsable de la bolsa como tesorero, era por tanto de alta estima y confiable, y todos pensaron que había salido para preparar lo necesario para la fiesta que se aproximaba. Hay algo terrible en las palabras de cierre de esta sección:

- “Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió, Y ERA YA DE NOCHE” (13:30).

Veremos el peso que tienen estas palabras en la próxima sección, cuando lleguemos a examinarlas, si bien la mayor parte de los lectores podrán percibir su terrible significado sin precisar comentario alguno de nuestra parte.

### **El Significado Esencial de “Gloria” (El uso del Antiguo Testamento) (13:31 a 14:31)**

El capítulo catorce comienza con tales palabras de consuelo que se nos hace perfectamente comprensible el haber llegado a considerarse como una completa joya por sí solo. La cantidad de doloridos corazones y mentes heridas que han sido consolados por su mensaje no se puede contar. No obstante, un momento de meditación nos ha de guiar para ver que no puede separarse del resto del Evangelio. No hay separación de capítulos en el original, y el objetivo en vista del escritor se da, no al cierre de los capítulos 12 o 13, sino al cierre del capítulo 20, y, consecuentemente, se debe incluir el capítulo 14 en su cuadro y alcance. Si ignoramos por un momento el encabezado del capítulo y el espacio ocupado por la nota de introducción de la Versión Autorizada, veremos la conexión con total claridad:

- “Te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces. (Pero) No se turbe vuestro corazón...” (13:38; 14:1).

La profecía y preparación de la traición del Señor ya ha sido considerada, y las palabras finales del registro eran ominosas:

- “Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió, Y ERA YA DE NOCHE” (13:30).

La nueva sección, la cual descubriremos que incluye el capítulo 14, comienza aquí, pero da inicio volviendo a plantear este mismo acto o movimiento de Judas:



- “Entonces, *cuando hubo salido*, dijo Jesús: AHORA es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él” (13:31).

El lector bien podría saltar desde este versículo hasta el primer versículo del capítulo 17, y, aparte de ser consciente del planteamiento repetido del tema, sería capaz de seguir leyendo como si los capítulos intermedios estuviesen entre paréntesis, por muy llenos de enseñanzas e indispensables ideas que puedan ser. Esta conexión del tema podremos apreciarla mejor si la exhibimos así:

### Los Capítulos en Paréntesis, 14 a 16

#### Juan 13

Ahora es el Hijo del Hombre glorificado  
y Dios es glorificado en Él.  
Si Dios es glorificado en Él  
Dios también le glorificará en Sí Mismo  
Y enseguida Le glorificará (31, 32)

#### Juan 17

Padre la hora ha llegado:  
Glorifica a Tu Hijo, para que  
también Tu Hijo te glorifique  
te glorifique a Ti... Yo te he  
glorificado en la tierra...y ahora  
Oh Padre, glorifícame Tú al lado  
Tuyo, con aquella gloria que tuve  
Contigo antes que el mundo fuese  
(1-5).

El lenguaje castellano es rico en sinónimos, y hay una tendencia inconsciente de parte del escritor u orador para evitar la repetición de cualquiera palabra a menos que haya una importante razón que demande dicha repetición. La mayor parte de los lectores de Juan 13:31, 32 son conscientes de una leve sensación de desconcierto al leer demasiado repetidamente la palabra “glorificar”, y al fijar la mente sobre este fenómeno, bien puede perderse el propósito esencial de dicha repetición.

En algún momento durante la exposición de esta sección teníamos que desafiar al lector acerca de su concepto de “gloria”, y una vez que los dos versículos que acabamos de citar son de suma importancia, nos parece mejor que el intento lo llevemos a cabo aquí y ahora, con el fin de descubrir el verdadero significado Escritural de esta palabra “gloria”. La idea e imagen mental que nos aparece y se evoca por la palabra “gloria” es la de algo magnífico, algo de un brillo deslumbrante y de abrumador esplendor. La palabra se emplea del rey y del reino, de los momentos de grandeza en la historia de una nación, y tan solo por una acomodación del lenguaje podría la palabra “gloria” ser utilizada de algo bajo, pequeño o de poca monta.

Cuando llegamos a ver el uso de la palabra en la Versión Autorizada, descubrimos que traduce un cierto número de diferentes palabras hebreas y griegas, lo cual, si bien por un lado nos aporta dificultad, al mismo tiempo nos capacita para darnos cuenta que la idea incorporada en la palabra “gloria” no sea simple sino antes bien bastante compleja. Tomando las palabras del Antiguo Testamento tal como aparecen en orden alfabético, encontramos las siguientes:

- (1) *Addereth*. – “Su *magnificencia* (gloria) es asolada” (Zacarías 11:3). La única ocurrencia además de esta particular palabra en Zacarías está en 13:4, donde leemos “nunca más vestirán *el manto* velloso para mentir”. Esta palabra *addereth* se traduce generalmente así, “manto”, tal como en la referencia al “manto de Elías” (2ª Reyes 2:8, 13, 14), y significa particularmente un manto o

vestimenta que denota el honorable oficio de un profeta. Esta palabra *addereth* es la forma femenina de *addar* “llegar o venir a ser honorable” tal como en Éxodo 15:6, “Tu diestra, oh Jehová, ha sido *magnificada* (glorificada) en poder, Tu diestra, oh Jehová, ha quebrantado al enemigo”, y en el versículo 11, “¿Quién como Tú, *magnífico* (glorioso) en santidad?”. Aquí vemos claro que la “gloria” del Señor es Su triunfo sobre el Faraón, no hay, en cuanto a la Escritura concierne, ningún tipo de “gloria” visible en el sentido común acepte de la palabra. Este es un punto importante al cual iremos llamando la atención del lector a medida que aparezca durante nuestra investigación.

- (2) *Hadar*. – “Métete en la peña, escóndete en el polvo, de la presencia temible de Jehová, y del *resplandor* (de la gloria) de Su majestad” (Isaías 2:10, 19, 21). *Hadar* significa primariamente *adornar*, o *decorar* tal como en Isaías 63:1, “*Hermoso* (glorioso) en Su vestido”, donde se refiere a los “atuendos teñidos de rojo” del poderoso conquistador. Una vez que los atuendos no se utilizan meramente para cubrir el cuerpo, protección y calor, sino además como insignia de oficiales, esta palabra toma consigo el secundario significado de “honrar” tal como en Lamentaciones 5.12 o Levítico 19:15. Este sentido de “insignia” es lo que probablemente se sobreentienda en la expresión “coronado de gloria y de honra”, “honor y majestad”, “las hermosuras de santidad”.
- (3) *Hod*. - “*Alabanza* (gloria) y magnificencia (están) delante de Él” (1ª Crónicas 16:27) “Has puesto Tu *gloria* sobre los cielos” (Salmo 8:1) “Y Él llevará *gloria*, y se sentará y dominará en Su trono, y habrá sacerdote a Su lado: y consejo de paz habrá entre ambos” (Zacarías 6:13). Los lexicógrafos no están de acuerdo en cuanto a la raíz original de esta palabra. Debemos por tanto contentarnos con el testimonio de su uso.
- (4) *Kabod*. – “Haréis, pues, saber a mi padre toda mi *gloria*” (Génesis 45:13). “La *gloria* de Jehová reposó sobre el Monte Sinaí...como un fuego devorador” (Éxodo 24:16, 17). “La *gloria* de Jehová llenó el tabernáculo” (Éxodo 40:34). “Mi *gloria* llena toda la tierra” (Números 14:21). Esta palabra es la que se traduce “gloria” en el Antiguo Testamento más veces que cualquier otra, y puede tomarse como siendo la palabra que más plenamente representa la equivalente castellana. El primario significado de *kabod* sería “pesado” o “grueso” tal como en 1ª Samuel 4:18, y otra forma, *kabed*, significa “el hígado”, debido a que sea el hígado el órgano más pesado del cuerpo. Esta idea hebrea de “gloria” podrá encontrarse en el lenguaje utilizado por el “Hebreo de hebreos”, el apóstol Pablo, cuando habla del “*peso* de gloria”.

Hay otras palabras que se traducen “gloria” tanto por la Versión Autorizada como otras versiones, pero estas cuatro dan una apropiada y comprensiva presentación del intento del escritor. Examinemos lo que hemos visto antes de pasar al Nuevo Testamento. Hemos visto que “gloria” puede ser un *manto* simbólico, la insignia de una alta posición, la “gloria” que se adjunta al oficio Profético, o al del líder con éxito en la batalla. Ahora bien, el atuendo veloso y de armiño, dorado y escarlata, da una apariencia de esplendor, sin embargo ha sido acepte por el hombre en todas las eras como un símbolo externo de una más interior y más alta dignidad. Los hermosos atuendos de los Sacerdotes, atuendos de “gloria y hermosura”; el significativo manto del Profeta, y la Regalía del Rey, cada uno de ellos no deja de ser sino la externa representación del honor, la dignidad, majestad y honor que se supone existir en la invisible realidad por debajo de lo superficial. *Kabod* es la palabra que cubre el más detallado estudio. Hemos citado unas pocas de las 196 ocurrencias de la palabra en las Escrituras hebreas como ejemplo de su importancia.

José, el gran tipo y sombra de Cristo, sentado a la diestra del Faraón, incitó a sus hermanos para que le contasen a su padre la gloria con la cual había sido exaltado en Egipto. Si los hermanos de José hubiesen descrito los atuendos de su hermano al más ínfimo pormenor, y aunque todavía faltaría por ver mucha de “toda la gloria” de José, ya no haría falta que contasen nada de sus hechos y el honor puesto sobre él. Además, esta “gloria” se hallaba en larga medida en la natura de una vindicación. Siendo de edad muy joven, José había tenido premoniciones de la gloria que le aguardaba, pero cuando se lo contó a sus hermanos y mismo a su padre, o bien por ello le odiaron o le reprendieron (Génesis 37).

Llamamos la atención del lector hacia este pensamiento que aparece de manera tan enfática en el caso de José, esto es, el de la “vindicación” o confirmación. La razón por esta observación ha de percibirse de mejor manera después de llegar a familiarizarnos con el significado de raíz de la palabra utilizada en el Nuevo Testamento. Este elemento de “confirmación” aparece de manera muy redundante en el contexto de Números 14:21, uno de los ejemplos de *kabod* citado anteriormente. El pueblo de Israel se había apartado y llegó a caer tan bajo que el Señor dijo:

- “Yo los heriré de mortandad y los destituiré, y a ti (Moisés) te pondré sobre gente más grande, y una más grande que ellos” (Números 14:12)

Moisés no meramente intercedió por el pueblo, sino además por el honor del propio Señor en sí, diciendo: “Lo oirán luego los Egipcios, y lo dirán a los habitantes de esta tierra...los cuales han oído que Tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo”. El Señor dio oídos a Moisés y perdonó al pueblo como le había pedido, sin embargo, añadió:

- “Tan ciertamente como vivo Yo y Mi gloria llena toda la tierra...no verán la tierra” (14:21).

Cuando por fin sea erguido el reino Milenial sobre la tierra, entonces se hará realidad lo que está escrito:

- “No habrá mal ni dañarán en todo Mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).
- “Porque la tierra será llena con el conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14)

Aquí podemos ver que todas las bendiciones de paz y restauración se asocian directamente con “el conocimiento de la gloria del Señor”, lo cual debe ser algo bien más radical que el mero esplendor o la magnificencia. Adán también fue en su creación “coronado...con honor y gloria” (Salmo 8:5), pero no hay nada en el registro que nos indique cualquier esplendor o magnificencia externa – residiendo “la gloria” antes bien en el honor y dignidad de estar hecho en la misma imagen y semejanza de Dios, y exhibida primariamente en el “dominio” conferido al hombre sobre las obras hechas por mano de Dios.

Una más plena iluminación nos aguarda en el Nuevo Testamento. Debemos examinar tanto la palabra griega “gloria” en su raíz como sus derivadas, juntamente con las ocasiones donde la gloria se dice ser revelada, manifestada, contemplada o realizada.

## El Significado Esencial de “Gloria” (su uso en el Nuevo Testamento)

El lector ha de recordarse que estamos haciendo una pausa en nuestra exposición del Evangelio con el objetivo de familiarizarnos con el significado esencial de la palabra “gloria”, una palabra que juntamente con la forma “glorificación” es un aspecto característico de los capítulos 13 a 17. No hemos hecho sino un pequeño estudio del uso de las palabras traducidas “Gloria” en el Antiguo Testamento, sin embargo, hemos hallado con ello lo suficiente como para sugerir que, el uso interno en la idea de gloria, conlleva no meramente esplendor y magnificencia, sino además esplendor y magnificencia *atribuida* y *merecida*, acompañada con el sentimiento de que por ella el honor Divino ha sido *confirmado*, y que, tal como nos ha dicho el Salmista y Pablo ha citado:

- “Para que seas *justificado* en Tus palabras, y *venzas* cuando seas juzgado” (Romanos 3:4; citado del Salmo 51:4).

La palabra griega para “gloria” es *doxa*, una palabra con la cual todo lector debe estar familiarizado en la forma combinada “doxología”. No podemos no obstante estudiar la palabra griega *doxa* sin observar su pedigrí y conexiones familiares, y por tanto, debemos ir de vuelta a la palabra raíz de la cual se deriva *doxa*, y observar, además, las demás derivadas de la misma raíz que nos han de iluminar más claramente su esencial significado.

La palabra raíz de la cual se deriva *doxa* es el verbo *dokeo* “pensar”. Aquí, una vez más, si vamos a ser claros desde el principio, debemos “distinguir las cosas que difieren”, pues la palabra castellana “pensar” connota una variedad de procesos mentales, de los cuales, *dokeo* representa uno de ellos.

- Podemos pensar por “un reconocimiento continuado” o “razonando” *dialogizomai* (Lucas 12:17) (Rom.2:3).
- Podemos pensar a través de “ponderar” o “mantener en mente” *enthumeomai* (Mat.1:20).
- Podemos pensar por “consideración” o “estima” *hegeomai* (Hechos 26:2).
- Podemos pensar “formando un juicio” *krino* (Hechos 26:8).
- Podemos pensar por “percibir” *Noeo* (Efesios 3:20).
- Podemos pensar “siguiendo la costumbre” *nomizo* (Mateo 5:17).

Y además de muchas otras maneras, pero ninguno de estos procesos se asocia con *dokeo*.

El significado esencial de *dokeo* es “parecer”, y puede resultar sorprendente a primera vista descubrir que pueda indicar una mera “apariencia” en Gálatas 2:6, “aquellos que *parezcan* ser algo” (“tengan reputación de ser algo” en la Reina Valera), pero debemos recordar el hecho de que, tal cosa “parecida”, aunque sea “vanagloria”, puede comprender en sí misma la cosa verdadera y genuina. Así, pues, *dokeo* nos da la idea de “reputación”, pero si la reputación sea válida o una mera “apariencia”, no es algo que le quepa a la natura de la palabra decidir.

Nos aproximaremos al significado esencial de “gloria” cuando observemos las siguientes derivadas, esto es, las palabras *dokimos*, *dokimazo*, *dokimion*, *dokime* y *dokimasia*. Aquí el elemento de “prueba” o “desafío” y la consecuente “aprobación” es preponderante. Demos un ejemplo de cada palabra:

- “Estudia para presentarte *aprobado* ante Dios” *dokimos* (2ª Timoteo 2:15 A.V.).

- “La *prueba* de vuestra fe” *dokimion* (1ª Pedro 1:7 y Sant.1:3).
- “Ya conocéis los *méritos* (por prueba) de él” *dokime* (Filip.2:22).
- “*Pruébese* cada uno a sí mismo”, “*examinadlo* todo”, “*se prueba* con fuego” *dokimazo* (1ª Cor.11:28; 1ª Tesal.5:21; 1ª Pedro 1:7).

Aquí como vemos la idea que sobresale es de ensayo, sopesar, probar; y la gloria que resulta de una tal ponderación y prueba ya no es el dicho “parecer”, sino la propia “gloria de Dios”.

A todo lo anterior debemos además añadir la negativa *adokimos* “desaprobado”, una palabra empleada de alguien “descalificado” en la corrida por una corona (1ª Cor.9:27, traducida “eliminado”), “repudiado” (Hebreos 6:8 como siendo inútil), o “reprobados” (2ª Timoteo 3:8, cuyo pasaje se corresponde estructuralmente con la positiva *dokimos* “aprobado” de 2ª Timoteo 2:15).

En el bautismo de Cristo en el Jordán, así como también en la transfiguración, los cielos fueron abiertos y la voz del cielo afirmó atestiguando, “Éste es Mi Hijo Amado, en Quien tengo *complacencia*” (Mateo 3:17; 17:5). Aquí tenemos la Divina estimativa, antes que nada de los años sin pecado desde Belén hasta el bautismo, y además, de la Divina aprobación del público testimonio, el cual, al tiempo de la transfiguración, se hallaba a punto de finalizar. En ambos pasajes la palabra de aprobación es *eudokeo*.

Todas estas evidencias y muchas más deberían ser ponderadas, pero una vez que aquí no podemos ir haciendo dicho demorado estudio, gramatical y etimológico, debemos dejar esta investigación en el pedigrí o relación familiar de *doxa* y aplicarnos al examen del uso y asociación de la palabra en sí, sin nunca olvidar, sin embargo, en todo nuestro estudio, el elemento de “aprobación por prueba o examen”, esto es, de todo aquello cuanto “parezca ser”, para que se pruebe ser verdad, lo cual, tal como ya hemos visto, es la nota dominante que connota el término *doxa*. Hemos citado 1ª Pedro 1:7 bajo el encabezado de “prueba” y “probar”; vamos a dar el pasaje completo, y observaremos la misma evidente conexión que aquí tenemos, esto es, entre esta idea de *la prueba* de los metales y la “gloria”:

- “Para que sometida a prueba (*dokimion*) vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque precedero se prueba (*dokimazo*) con fuego, sea hallada en alabanza, gloria (*doxa*) y honra cuando sea manifestado Jesucristo”.

Cremer nos da la idea esencial de *doxa* como siendo “el *re-conocimiento* que en cualquiera se halla y le pertenece, de ahí *honor, renombre*”.

*Doxa* “gloria” se asocia con “alabanza” (Filip.1.11; 1ª Pedro 1:7) y con “honor” (1ª Tim.1:17; Hebr.2:7) y con “bendición” o “elogio”. Es lo opuesto a “deshonra” (2ª Cor.6:8; 1ª Cor.11:14). Citando una vez más a Cremer, “*Doxa* difiere del *honor* en *tiempo*, así como el reconocimiento de la estimación”, y cita Romanos 3:23, pero no como lo traduce la Reina Valera, “están destituidos de la gloria de Dios”, sino “careciendo del reconocimiento de parte de Dios”

Con respecto a los pasajes donde “gloria” se emplea para indicar la “apariencia” que inclina al espectador a pararse para contemplarla, Cremer dice: “La expresión *doxa tou theou* “la gloria de Dios” debe explicarse como siendo “las augustos contenidos de toda la natura del propio Dios, abarcando el agregado de todos Sus atributos de acuerdo a su carencia de divisiones y al mismo tiempo reveladas plenitudes”.

La *doxa* de Dios coincide con Su propia revelación (Éxodo 33:22). La “bondad” que aquí se asocia con la “gloria” no se debe considerar meramente como un atributo de Dios, sino como Delitzsch dice, “La plenitud de la bondad prometida y disponible para con todos cuantos se vuelvan a Él”.

Además, no debemos olvidarnos el esencial carácter *redentor* de la “gloria”, algo parecido con el *Shekinah* de la doctrina Judía, pero más completamente expresada como “la plenitud”. “Y vimos Su gloria...lleno de gracia y verdad... de Su *plenitud* tomamos todos (o, “todos hemos recibido” Juan 1:14-16). La “gloria de Dios” no es tan solamente el objetivo al cual nos inclinamos y dirigimos, significa también:

- “Así como Cristo fue resucitado de la muerte por la *gloria* del Padre” (Rom.6:4)
- “Excluidos...de la *gloria* de Su poder” (2ª Tesal.1:9).

“Esta *gloria* de Dios se manifiesta a sí misma en cada redentora influencia experimentada por los individuos” (Cremer).

- “Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de Su *gloria* (Colos.1:11).
- “Para que os dé, conforme a las riquezas de Su *gloria*, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu” (Efesios 3:16).

Contornando el uso y significado de *doxa* tal como se encuentra generalmente en el Nuevo Testamento, veamos un poco más de cerca la palabra tal como se encuentra en el evangelio de Juan, donde *doxa* aparece diecinueve veces y *doxazo* “glorificar” veintitrés. Cuando recordamos que *doxazo* se emplea por Pablo tan solo trece veces en todas sus catorce epístolas, podemos verificar cuán dominante es esta idea en el caso de Juan. La gloria especial de Cristo se revela por Juan en el prólogo:

- “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, (y contemplamos Su gloria, la gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y verdad” (1:14).

Este especial aspecto de la “gloria” debemos recordarlo en todas las vías a través de este maravilloso “evangelio”.

La primera mención de Su gloria nos llama la atención sobre Su presencia entre los hombres, “tabernaculando” entre ellos, como “el Unigénito del Padre”. La última referencia nos lleva de vuelta a la gloria que Él poseía con el Padre antes que el mundo existiese, la cual abandonó temporariamente, pero que recibió de vuelta en consecuencia de la obra que había finalizado, una gloria ahora, no de una Deidad aislada e inalcanzable, sino una gloria de la cual todo y cada redimido puede compartir (Hebr.2:10, 11).

- “Ahora, pues, Padre, glorificame Tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”
- “La gloria que Me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”
- “Padre, aquellos que Me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria...porque Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:5, 22, 24).

Entre estas primera y última declaraciones tenemos varias presentaciones de la gloria. Tenemos la manifestación de la gloria de Cristo en el milagro de Caná (2:11), y la manifestación de la gloria de Dios en la resurrección de Lázaro (11:40).

Un buen número de referencias en los capítulos intermedios se toman con la diferencia entre recibir “honra” de los hombres en oposición a recibir la “honra” de Dios.

- “Yo no recibo honra de los hombres”
- “¿Cómo podréis vosotros creer, pues recibís gloria (honra) los unos de los otros, y no buscáis la gloria (honra) que viene de Dios?”
- “Aquel que habla por su propia cuenta, su propia gloria (honra) busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia” (5:41, 44; 7:18).

Volviendo ahora a la palabra *doxazo* (glorificar), observamos que su primera ocurrencia visa al Cristo sentado a la diestra de Dios, a Su “obra” acabada, y a Su “dignidad” reconocida.

- “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún *glorificado*” (7:39).

Las últimas referencias en el capítulo diecisiete se refieren a la obra que cumplió y a sus efectos tales como los ya manifestados en aquellos que creyeron en Él (1, 4, 5, 10). La última de todas las referencias es la de 21:19, donde el Señor indica de cuál vendría a ser la muerte por la cual vendría Pedro a “glorificar” a Dios.

Somos tristemente conscientes de que este intento por exhibir algo del significado interno e intención que reside por detrás de cada referencia a la “gloria” de Dios debe parecerle al lector de lo más elemental y muy inadecuada, y para los más avanzados estudiantes, realmente, bastante pobre.

Hemos hecho lo mejor que pudimos teniendo en cuenta el propósito general de esta exposición, y si hemos sustraído a la idea de “gloria” del mero “esplendor” y la hemos revestido con la idea de “la reconocida dignidad”, con el pensamiento añadido de que los actos y caminos de Dios hayan sido “confirmados”, habremos cumplido el propósito principal con el cual dimos inicio esta investigación. Concluiremos ahora con un pasaje que visa al día futuro, en el cual, dicha “vindicación” o “confirmación” vendrá a ser universalmente “reconocida”.

- “Nada hagáis por contienda o por *vanagloria*...Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un (el) nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filip.2:3, 9-11).

### **La Partida del Señor (13:33)**

Después de esta digresión que hemos hecho en el significado de “gloria” ocupando nuestra atención, ahora regresamos a la exposición del Evangelio, obteniendo, estamos convencidos, un más claro concepto de lo que se entiende por estas palabras “gloria” y “glorificación”.

Hemos visto que tan pronto como Judas salió para llevar a cabo su terrible plan, el Salvador anunció que la hora había llegado (13:1-3, 31). La hora, desde un cierto punto de vista, fue la hora más oscura desde siempre conocida en esta creación. Contenía y dejaría ver la traición, crucifixión y el vergonzoso repudio del mismísimo Hijo de Dios. Sin embargo, será inútil que procuremos palabras tales como “muerte”, “vergüenza” o “traición” en Sus palabras en este punto de tiempo, y en cambio, lo que nos sorprende es ver reiterada la palabra “glorificación”. Volvamos de nuevo a leer el pasaje, y a seguir, lo volveremos a leer cambiando la palabra “glorificación” por “vindicación”.

- “Ahora es el Hijo del Hombre *glorificado*, y Dios es *glorificado* en Él. Si Dios es *glorificado* en Él, también Dios le *glorificará* en Sí Mismo, y enseguida le *glorificará*” (31, 32).

Esta declaración del Señor recae en dos secciones. La primera se gobierna por el presente “ahora”, la segunda por el futuro “glorificará”. La primera se refiere a la cercana muerte, la finalización de la obra que había venido a realizar, y como ya hemos observado, existe un paralelo significativo entre las partes de apertura y cierre de esta sección (capítulos 13 a 17), con el cual se enfatiza esta asociación de la finalización de Su obra y el entendido concepto por la palabra “glorificación”.

- “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que también Tu Hijo te glorifique a Ti...Yo te he glorificado en la tierra...He acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú al lado Tuyo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (17:1, 4, 5).

Este pasaje nos lleva más allá que el anterior, sin embargo ambos pasajes resaltan del mismo modo el hecho de que, en Su muerte, Cristo fue glorificado, y que en dicha muerte el Padre fue glorificado, y que en la resurrección y la presente sesión a la diestra del Padre, son glorificados el Hijo y el Padre.

El primero desarrolla el tema en forma de un argumento. “Si Dios es glorificado en Él” introduce el argumento, después continúa, “Dios también le glorificará a Él en Sí Mismo”. Los comentaristas están divididos en cuanto a Quién se refiere en las palabras “en Sí Mismo”. Alford atribuye incondicionalmente las palabras “en Sí Mismo” al Padre, y señala 17:5 en soporte de este punto de vista. Esto, sin embargo, no soporta su argumento como veremos posteriormente. Bloomfield nos dice que: “La cuestión en disputa de si *en heauto* debería referirse a Dios o a Cristo, está muy hábilmente determinada por Lampe de la siguiente manera”:

- “Si es referido a Dios...también al Hijo...”.

Pero esta doble referencia viola un importante canon de la interpretación. Todo escritor lógico y racional, cuando utiliza un término en particular, debe tener algún particular significado en mente, para la exclusión de todos los demás. La doble explicación de Lampe debe considerarse como ingeniosa, pero ciertamente no “determina hábilmente” absolutamente nada. Así pues, no tenemos otra opción que no sea



ejercitar el espíritu de los de Berea, que, desconfiando de uno propio, bien puede plenamente confiar en el Divino Autor de este Evangelio para guiarnos a toda la verdad si así le place, y por tanto, como una vía de obtener luz sobre el término “en Sí Mismo”, observamos una o dos ocurrencias.

- “Mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí” (Hechos 10:17).
- “Para hacer en Sí Mismo de los dos un nuevo hombre” (Efesios 2:15).
- “Aquel...tiene el testimonio en sí mismo” (1ª Juan 5:10).

Estos pasajes nos muestran el uso regular de *en heauto* “en sí mismo” tal como se emplea en el Nuevo Testamento, sin embargo no contribuyen en demasía en la vía de la actual interpretación. Lo mismo, no en tanto, no podrá decirse de un pasaje más temprano:

- “Porque como el Padre tiene vida en Sí Mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en Sí Mismo” (5:26).

Así como al Hijo le fue dado tener “vida” en Sí Mismo. Así también, en la resurrección, le fue dado ser “glorificado” en Sí Mismo. Esta glorificación tuvo lugar “inmediatamente”, y recordamos que fue un asunto de tan solo unos días intervinientes entre esta declaración y su cumplimiento. Esta “glorificación” fue un aspecto de la obra acabada de Cristo. También hubo otras varias, y una que se resalta mucho en esta sección del Evangelio es los varios efectos que produjo la “partida” del Señor sobre los Judíos, los discípulos y la futura iglesia.

Partiendo de esta contemplación de la gloria, el Salvador posó Su mirada sobre la pequeña compañía que tanto de Él dependía, tan intensamente humana, tan débil y reducida, y empleó por primera y única vez la tierna expresión, “hijitos”. También Pablo empleó este título una sola vez, y lo hizo con los creyentes en Galacia (Gálatas 4:19). Las restantes ocurrencias (siete en número) se encuentran en la primera epístola de Juan.

- “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis, pero como dije a los Judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde Yo voy, vosotros no podéis ir” (13:33).

Sabemos, e iremos a descubrir, que, había marcadas y benditas diferencias entre los discípulos y los Judíos; sin embargo, había algo en particular donde todos eran iguales.

Aquel “buscar” no puede referirse a un acto espiritual, pues a nadie podrá negarse que procure. La verdad que los discípulos tenían que aprender, y que todos nosotros tenemos que aprender, es que, físicamente, Cristo se encuentra ausente de nosotros. Él tan solo puede hallarse “en medio de nosotros” a través del Espíritu, pues personalmente se halla a la diestra del Padre. Esta “procuración” o busca debe entenderse a la luz de Hebr.11:5. A los Judíos les había dicho el Señor:

- “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde Yo estaré, vosotros no podréis venir” (7:33, 34).

En el medio físico los discípulos estarían en la misma posición que los incrédulos Judíos, esto es, en el plano físico; pero no en cambio en el espiritual:

- “Yo Me voy y Me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde Yo voy, vosotros no podéis venir” (8:21).

Es evidente que el “buscar” aquí no es un acto espiritual, pues el Señor se explica diciendo en los versículos siguientes:

- “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que Yo soy, en vuestros pecados moriréis” (8:24).

Aquí es donde los discípulos se diferenciaban benditamente de los Judíos, puesto que ellos de hecho sí “creían”.

Esta “partida o salida” de Cristo, como veremos, se introduce en la estructura de esta sección, y produce diferentes efectos sobre las distintas clases. Tenemos unos catorce pasajes que emplean *hupago* “partir” y cinco que utilizan *poreuomai* “ir o pasar” que deberían ser examinados. Sin tener en cuenta las referencias ya citadas, observamos que la sección que da inicio con el capítulo 13 comienza con este mismo tema:

- “Sabido Jesús que Su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre... que había salido de Dios, y a Dios iba (*hupago*)” (13:1, 3).

Si bien a primera vista el Señor no hace distinción entre el incrédulo Judío y los Suyos propios (13:33), observamos que hay una modificación en la respuesta a la pregunta de Pedro:

- “A donde Yo voy, no puedes seguirme ahora; pero Me seguirás *después*” (13:36).

Esta promesa se amplifica en la siguiente referencia:

- “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros...vendré otra vez y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis” (14:2, 3).

En más de una ocasión desafió el Señor la comprensión de Sus discípulos con respecto a Su partida:

- “Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino” (14:4)

Esto trajo consigo la respuesta, “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿Cómo, pues, podemos saber el camino?” (14:5).

De nuevo, en el capítulo dieciséis los discípulos manifiestan perplejidad concerniente a la misma cosa.

- “Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque Yo voy al Padre.
- Entonces se dijeron algunos de Sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no Me veréis; y de nuevo un poco, y Me veréis?” (16:16, 17).

El Señor tuvo que tener mucha paciencia con los creyentes, y, con algunos de ellos, aún mismo después de la resurrección, tuvo que reprenderles llamándoles “necios y tardos de corazón para creer”.

Volviendo ahora al registro de Juan, hay en él con certeza un infinito presentimiento en las palabras del Salvador:

- “Pero ahora voy al que Me envió, y ninguno de vosotros Me pregunta dónde voy” (16:5).

Procuró ver en ellos su interés avivado, sin embargo, el tiempo para que fuesen iluminados todavía no había llegado. Al fin y al cabo, sería el Espíritu Quien iría a convencer al mundo de pecado, justicia y juicio (venidero).

- “De pecado, por cuanto no creen en Mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no Me veréis más” (16:9, 10).

Así como la *venida* de Cristo prueba ser una piedra de toque para todos los hombres, así también en Su *partida* ha de venir Él a probar a los Judíos, al mundo y a los discípulos. En ciertos aspectos, hemos visto que los Judíos y los discípulos no difieren en demasía en sus reacciones, sin embargo, sí que hay, gracias a Dios, algunos gloriosos pasajes donde el amor redentor ha producido una eterna diferencia. Jamás podrá venir a ser condenado el creyente con el mundo, y aun cuando aparezcan manifestando en muchos aspectos la misma actitud que los incrédulos Judíos, nunca de ellos podrá decirse “en vuestros pecados moriréis”. Por otro lado, podrá decirse que la barrera que hizo igualmente imposible para el Judío o discípulo seguir al Señor, ha de ser removida en un día futuro, pues el Señor ha de regresar de nuevo y recibirlos para Sí Mismo. Entre tanto, el Consolador prometido ha de rellenar el vacío causado por Su repudio y partida. Él no los iría a dejar “huérfanos”, le volverían a “ver” porque el Espíritu Santo tomaría de las cosas de Cristo y se las mostraría a cada uno.

Este Evangelio que se empeña tanto con el hecho de que Cristo fuese el “Enviado”, magnifica la bendita importancia del hecho correspondiente, que Él regresaba a Aquel que le envió, pues Su obra había finalizado.

### **El Nuevo Mandamiento (13:34)**

No hay ni nuevo ni antiguo mandamiento alguno puesto sobre la Iglesia del Cuerpo Único. Los únicos mandamientos que encontramos en Efesios se refieren a:

- (1) “La Ley de los mandamientos contenidos en ordenanzas” (2:15), que fueron abolidos, y que eran enemigos a la verdadera unidad del nuevo hombre.
- (2) “El primer mandamiento con promesa” (Efesios 6:2) que se exhibe para mostrar el alto lugar que ocupaba la obediencia a los padres en la ley de Moisés, pero sin añadir nada de nuevo a la doctrina o práctica de la iglesia.

Colosenses carece totalmente de mandamientos, a excepción del único y puramente personal concerniente a “Marcos, el sobrino de Bernabé” (4:10). Al propio Timoteo se le encarga por el apóstol, “Que guardes este mandamiento sin mácula” (1ª Tim.6:14), y es necesario leer los diversos pasajes en esta epístola

donde Pablo le “encarga” a Timoteo para darnos cuenta de cuál sea dicho “mandamiento”. En Tito 1:14 “los mandamientos de hombres” se rebajan al mismo nivel que las “fábulas Judías”.

Estos cinco pasajes constituyen el número total de ocasiones en las cuales el apóstol se refirió a los “mandamientos” a seguir a Hechos 28. Pero sería, sin embargo, una falsa intromisión, enseñar o creer que la *sustancia* del “nuevo mandamiento” del Evangelio de Juan que ahora iremos a estudiar no pertenezca a la Iglesia del Misterio. Eso sería omitir la realidad, pues, por ciertas y definitivas razones, el asunto se presenta de manera diferenciada. Ya sabemos que el nuevo mandamiento es “el amor”, el amor de unos por los otros. ¿Habrá algún miembro de la Iglesia del Misterio que pueda negar que el “amor” debe manifestarse entre los miembros de dicha compañía? Los creyentes de la verdad de Efesios eran mayormente Gentiles que nunca estuvieron debajo de la ley, consecuentemente, una vez que nunca habían estado debajo de los “antiguos” mandamientos, no podían venir a ser puestos bajo ninguno “nuevo”, pues, al igual que en el caso del “nuevo” pacto, eso presupone que hay un “antiguo”. No sucedía así, sin embargo, con los discípulos a quienes primeramente se dirigió y visa en este Evangelio. Estos conocían la ley y sus mandamientos, y además, habían escuchado al Salvador declarar que el amor al prójimo no dejaba de ser sino el segundo en importancia a seguir al amor de Dios (Mateo 22:36-40). Este no alcanza la altura del nuevo mandamiento, pero es un paso en frente hacia su logro.

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” no es en sí un logro tan alto como aquel “amarse unos a otros como Cristo os amó”.

En las tales grandes Epístolas donde la “ley”, como un medio de vida o justificación, se pone totalmente de fuera y abandona, esto es, Romanos y Gálatas, el apóstol deja ver muy claro que “el amor es el cumplimiento de toda la ley”.

- “No debáis a nadie nada, sino amaros los unos a los otros; porque aquel que ama ha cumplido la ley” (Rom.13:8).
- “Porque toda la ley se cumple en una sola palabra, esto es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál.5:14).

Esta doctrina es tan verdadera para la Iglesia del Misterio como lo fue para el creyente anterior a Hechos 28. El “nuevo” mandamiento de Juan 13 no deja de ser sino la expansión de las palabras del Sermón de la Montaña:

- “Habéis oído que se dijo, amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5:43, 44).

El título “mandamientos” era entendido por los Judíos refiriéndose a los Diez Mandamientos dados en el Sinaí, y había un encargo con respecto a estos mandamientos, esto es, “guardarlos”. Los hombres no eran juzgados por sus opiniones en cuanto a la autoría Mosaica de los cinco libros de la ley, no eran recompensados por mantener el punto de vista de que la ley de Moisés fuera el código más refinado de todas las leyes morales dadas en cualquier tiempo a los hombres; se les juzgaba totalmente en base de un solo principio, esto es, que los mandamientos fuesen o bien “guardados” o “quebrados”. Pues de igual modo sucede con el “nuevo” mandamiento. La segunda referencia se encuentra en Juan 14:15, donde leemos, “Si Me amáis, guardad Mis mandamientos”. Hubo por tanto algunos mandamientos que fueron encargados a los apóstoles, los cuales, tan solo a ellos exclusivamente decían respecto, sin embargo, este nuevo mandamiento

no tiene consigo una tal limitación. El amor no se cumple tan solo por palabras, debe desarrollarse en los actos también:

- “El que tiene Mis mandamientos, y los guarda, ése es el que Me ama” (14:21).

El amor del creyente unos por otros y el amor del creyente hacia el Señor todavía no se han extinguido o perdido su validez, y encuentra su expresión en este acto de guardar el mandamiento. Pero hay, no en tanto, algo más que decir, y el pasaje siguiente nos enseña:

- “Si guardareis Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de Mi Padre, y permanezco en Su amor” (15:10).

Estas palabras deben acabar de una vez por todas y ahogar el clamor del “legalismo” que puedan algunos celosos en extremo lectores de Efesios levantar contra la idea de guardar cualquier tipo de mandamientos hoy en día. De hecho, no tenemos sino que leer Efesios 5:2 para ver que, el andar en amor, así como Cristo amó a la Iglesia, no deja de ser sino la vía por la cual nos encarga Pablo el mismo principio vivificando la obediencia al nuevo mandamiento.

- “Y por esto podemos saber que le conocemos a Él – si obedecemos Sus mandamientos. Aquel que confiese conocerle, y sin embargo no obedezca Sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no tiene lugar en su corazón. Pero cualquiera que obedezca Su mensaje, en él y de hecho realmente se ha logrado la perfección del amor de Dios. Por esto sabemos que estamos en Él. El hombre que profese que permanece en Él, se compromete a sí mismo a vivir como Él vivió. Mis muy amados amigos, no es un nuevo mandamiento lo que ahora os doy, sino un antiguo mandamiento que habéis tenido desde el principio. Por antiguo mandamiento quiero decir la enseñanza que ya habéis recibido. Y sin embargo, os estoy dando un nuevo mandamiento, pues el tal es verdadero, en cuanto a Él y a vosotros dice respecto: puesto que las tinieblas se van desvaneciendo y la luz, la verdadera luz, ha comenzado ya a brillar” (1ª Juan 2:3-8 Versión de Weymouth).

Es cierto que en todo esto no hay nada de la dispensación del Misterio, sin embargo, ¿habrá algún miembro del Cuerpo de Cristo que procurando iluminación de estas palabras pueda dudar en creer que nada menos que esta actitud de corazón y mente pueda ser “digno de la vocación con la cual hemos sido llamados”? Es probable que la epístola a los Efesios nos lleve un paso adelante más alto tanto en doctrina como en práctica que el Evangelio y las epístolas de Juan, pero, si es así, entonces tan cierto como “lo más grande incluye a lo más pequeño”, así también nuestro andar en amor debería ser más completamente “como Él anduvo”. La *novedad* de este mandamiento reside, no tanto en el mandamiento “amaros los unos a los otros”, pues este principio ya se hallaba en la ley (Lev.19:18). Su “novedad” reside en las nuevas bases o fundamentos para su manifestación. No tan solo *que* el mandamiento se guarde, sino el *por qué* se guarda.

Hemos visto por los pasajes citados anteriormente del Evangelio de Juan, y además por la equivalente exhortación de Efesios 5:2, que el nuevo fundamento del amor mutuo es el amor que Cristo tuvo por los Suyos, un amor que amó hasta el final, un amor que no decreció por el más grande sacrificio. Este fue de hecho un “nuevo” principio muy animador, al lado del cual, todos los demás motivos se desvanecen, así como el lucero de la mañana se desvanece con el apareamiento del sol.

La mera exhibición del amor hacia los más cercanos no cumple la condición esencial de este “nuevo mandamiento”. Esta clase de amor es tan antigua como la humanidad.

- “Pues, ¿qué recompensas tendréis si amáis a los que os aman? ¿No hacen lo mismo los publicanos?” (Mateo 5:46).

El elemento sacrificial del amor es el carácter distintivo del nuevo mandamiento.

- “No hay mayor amor que este, que alguno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).
- “En esto hemos conocido el amor (de Dios), en que Él puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos” (1ª Juan 3:16).

Este es el testimonio de Juan.

- “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y andad en amor, así como Cristo nos amó, y se entregó a Sí Mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:1, 2).

Y este el testimonio de Pablo.

## CAPÍTULO 13

### **La Estructura de Juan 13:31 a 14:31**

#### **Y**

### **Breve Consideración de los Capítulos 15 y 16**

Ahora es tiempo de considerar todo el pasaje que tenemos delante como una unidad. Hemos dado alguna atención al significado interno de las palabras “gloria” y “glorificación” (13:31, 32), y a la gran importancia y peso de la partida del Salvador volviendo para “Aquel Quien le envió” (7:33). Hemos visto que el único gran mandamiento que el Señor le dejó a Sus discípulos, y por el cual todos los hombres deberían reconocerles como Sus discípulos, era el nuevo mandamiento del amor. Estos aspectos son todos verdad y vitales de por sí, pero podremos examinarlos a una luz más clara si observamos sus relaciones con el discurso en su totalidad. Ya hemos dado la estructura de estos capítulos, y mostramos que hay una

subdivisión que va desde 13:31 a 14:31. Antes que podamos seguir dando una posterior exposición se hace necesario que veamos la expansión de esta sección con el fin de que podamos observar y seguir el énfasis del propio Espíritu.

A 13:31-38 **a** Judas. Salió

**b** La glorificación. El Hijo. Dios.

**c** YO VOY. Vosotros no podéis venir. Como les dije a los Judíos, vosotros no podéis seguirme ahora. Le dijo a Pedro

B 14:1. NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN.

C 2-4. Lugares de habitación *Mone*.

D 5-10- Preguntas- El Camino. Muéstranos al Padre.

C -10-21. Morada, *Meno* **d** Mora en Mí.

**e** El Consolador mora con vosotros

**d** Estará (morar) con vosotros.

**e** No os dejaré huérfanos (sin consuelo).

D 22-23. Pregunta. Manifestación del Señor.

C 23-27- Hacer nuestra morada, *Mone*. El Consolador.

B -27. NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN.

A 28-31. **c** YO VOY. Vengo, os lo he dicho.

**b** Mi Padre es mayor que Yo.

**a** El Príncipe de este mundo. Viene. Vámonos de aquí.

La sección comienza y acaba con la idea de la traición, primeramente por Judas y a seguir por el Príncipe de este mundo. Tanto al comienzo como al final el Salvador dijo “Yo Voy”, sin embargo, las consecuencias podremos observar que contienen algunas diferencias.

Lo que más resalta en la estructura son las benditas palabras “No se turbe vuestro corazón”, las cuales aparecen dos veces. La otra nota dominante es la palabra “morada”, tanto como un nombre, “muchas moradas” *mone*, y la “morada” del Padre y del Hijo; o como un verbo *meno*, donde el sujeto es aquel “morar” del Consolador.

Volvamos nuestra atención a estas palabras, las cuales, han producido, tal vez, más consuelo a lo largo de los siglos que otras de similar naturaleza:

- “No se turbe vuestro corazón.

La primera ocurrencia surge de la precedente revelación, afirmando que, a donde el Señor iba, los discípulos no podrían de momento seguirle. Aun mismo el propio Pedro, con todo su entusiasmo, no estaría capacitado para seguir al Señor en este viaje, hasta que tuviera consigo una más plena y profunda experiencia tanto de la debilidad humana como de la capacitación Divina. Considerar una confesión de corazón del tipo, “mi vida pondré por Ti” a través del velo destapado revelando su fragilidad tan trágicamente debió ser para Pedro sumamente desalentador:

- “¿Tú pondrás tu vida por Mí? En verdad, en verdad te digo: No ha de cantar el gallo, sin que tú me hayas negado tres veces. *No se turbe vuestro corazón*” (13:38, 14:1).

La segunda ocurrencia nos lleva de vuelta a la partida del Señor.

- “Mi paz os dejo, Mi paz os doy; no como el mundo la da. *No se turbe vuestro corazón* ni tengáis miedo. Habéis oído que os he dicho: Voy, y de nuevo vuelvo a vosotros. Si me amareis, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que Yo” (14:27, 28).

No se turbe vuestro corazón pensando que os voy a dejar huérfanos en el mundo. No se turbe vuestro corazón teniendo conciencia de vuestra efectiva fragilidad. Una provisión, amplia y completa, os he puesto en dispensación tanto para cubrir dichas contingencias como para aseguraros un triunfante y glorioso resultado. Tal parece ser el escenario de esta joya. ¿Qué tiene en sí dicha joya?

La angustia no es ajena a los hijos de los hombres, ni tampoco a los santos de Dios. Una de las declaraciones más redundante de la Escritura dice que: “El hombre nace para la aflicción, como las chispas se levantan para volar por el aire” (Job 5:7), y tan variadas son las guisas de esta constante compañía del hombre que existen más de cuarenta distintas palabras traducidas “aflicción” en el Antiguo y Nuevo Testamento.

El peculiar tipo de aflicción que los discípulos padecieron cuando consideraban lo que para ellos significaría la ausencia del Señor se expresa maravillosamente en la palabra escogida, *tarasso*.

El obispo Chandler, comentando acerca de la mezcla de sentimientos que debió producir tanto en Herodes como para toda su corte, así como en Jerusalén, la llegada de los sabios orientales, según sus distintas expectativas, debió de ser de “temor y esperanza” (Mateo 2:3), y observa que, “para incluir todo esto, no hay ninguna otra palabra griega más apropiada y expresiva que *tarassomai*”. Veamos las siete ocurrencias de esta palabra que se encuentran en el Evangelio de Juan para indicarnos su significado.

La primera ocurrencia nos da el significado primario de la palabra. La Septuaginta utiliza la palabra en Ezequiel 34:18, donde nos habla de aquellos que no tan solo beben las aguas claras como además “*enturbian las restantes*” con sus pies.

- “Un ángel descendía...y *agitaba* las aguas” (Juan 5:4).
- “Cuando se *agita* el agua” (5:7).
- “Jesús entonces, al verla llorando, y a los Judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y *se conmovió*” (11:33).
- “Ahora esta *turbada* mi alma” (12:27).
- “Habiendo Jesús dicho esto, *se conmovió* en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros Me va a entregar” (13:21).
- “No *se turbe* vuestro corazón” (14:1, 27).



Podremos observar que en tres ocasiones deja por escrito Juan que el Salvador “se conmovió”. Sin embargo a Sus discípulos les dice: “No se turbe vuestro corazón”. La segunda ocurrencia de estas exhortaciones añade las palabras, “ni tengáis miedo”.

Si el propio Hijo de Dios vino a estar “conmovido” *tarassomai*, ¿con cuánta más razón se podrá decir que los discípulos tuviesen temor *tarassomai* y miedo? Su “conmoción”, como todo cuanto Él padeció, fue por nuestra causa. Sufrió con el fin de que aquellos que creyesen en Él nunca viniesen a sufrir como Él padeció. Murió para que todos cuantos creyeran no viniesen a morir como Él murió; fue puesto en quebranto para que todos cuantos en Él creyesen nunca llegasen a ser quebrantados como Él lo fue. En la primera ocurrencia la gran salvaguardia que nos aparece contra la “angustia” es “la fe”, en la segunda es “la paz”. El escudo de “la fe” se suplementa en el versículo siguiente por la promesa “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros”, y a la paz se añade la declaración, “Yo voy al Padre”.

Somos conscientes, no en tanto, que al emplear la palabra “fe”, no estemos dando sino un parcial sumario de dicha salvaguardia o escudo. El Salvador dijo, “¿Creéis en Dios? *creed* también en Mí”. Sucede que dicho *pisteuete* tanto puede ser el imperativo “*creed*” como el indicativo “creéis”, y hay una división de opiniones entre los comentaristas en cuanto a la verdadera traducción de las palabras del Señor. (N.T. en la Reina Valera está correctamente traducido este versículo)

La cuestión que en este caso tenemos delante, es, ¿será que el Señor dijo, “Creed en Dios, creed también en Mí”, o diría, “Vosotros creéis a Dios, (así que) creed también en Mí?”

Una larga lista de nombres, nombres de comentaristas de fama y reputación, han afirmado que en ambos casos debería utilizarse el imperativo, y una larga lista de equivalentes comentaristas han afirmado lo mismo que la lectura habida en la Reina Valera. La Versión Revisada así como la Autorizada, ambas ponen al margen el imperativo. Pero si aceptamos el imperativo, “*creed* en Dios”, debemos asumir que los discípulos habían caído muy bajo volviéndose atrás en sus convicciones, pues así, hasta mismo el Judío que hubiera creído el testimonio de la ley y los profetas, aunque ignorase la revelación de Cristo, todavía seguiría siendo un “creyente en Dios”. La palabra griega *kai*, que se traduce “también”, pierde su énfasis cuando se utiliza con la doble imperativa, y así obtendríamos la de alguna manera poco consistente traducción, “Creed en Dios, Creed en Mí”. Si la palabra griega *kai* nos está dando su significado enfático “también” o “así”, entonces debemos traducir, “Vosotros creéis en Dios, así creed también en Mí (o, así es como tenéis que creer en Mí)”. Si vamos al sujeto de la oración, podremos obtener una ilustración del cambio que ahora, en muchos aspectos, estaba a punto de verificarse en cuestiones de fe y práctica. La oración que nuestro Salvador enseñó a Sus discípulos se dirigía únicamente a Dios el Padre. No concluye con el final peculiarmente cristiano “por el amor de Cristo Jesús”. Por tanto, en 16:24 el Señor dijo:

- “Hasta ahora, nada habéis pedido en Mí nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”.

Y así, además, Hebr.6:1, fornece el clásico pasaje sobre el uso dispensacional de la fe en Dios:

- “Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo (dejando la palabra del principio de Cristo – al margen de la A.V.), vamos adelante, hacia la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas, y *de la fe en Dios*”

La exhortación es doble, (1) a dejar atrás o abandonar, y (2) a no poner o echar de nuevo. Este abandonar incluye “la fe en Dios”, que, si se quita del contexto, provocaría una escandalosa doctrina. Se vincula sin embargo con los “bautismos” y la “imposición de manos” así como con la resurrección y el juicio eterno. “La fe en Dios”, tal como se encuentra en el capítulo seis de Hebreos, es uno de los rudimentos (o elementos) iniciales. Dicha fe no precisa ser “erguida”, dicha fundación no precisa ser echada de nuevo, debe ser, eso sí, simplemente, el suelo o base sobre el cual puede edificarse la “fe en el Señor Jesucristo”.

Veamos de nuevo el capítulo 14 para observar el énfasis que el Señor pone sobre Sí Mismo en el contexto inmediato:

- “Si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho. Voy a preparar lugar para vosotros...vendré otra vez a vosotros, y os tomaré a *Mí Mismo*; para que donde Yo estoy, vosotros también estéis... Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por *Mí*” (1-6).

Ya en el capítulo 5 les había sido enseñada la verdad, sin embargo los discípulos fueron tardos para recibirla.

- “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (5:22, 23).

La fe en “Dios” o la exhortación para creer en “Dios” es la excepción y no la regla del Nuevo Testamento. Los Judíos, por su propia constitución, nacimiento y naturaleza creían en “Dios”, sin embargo la cristiandad se centra en Cristo. Por cada pasaje en el cual la “fe en Dios” se incluye en el Nuevo Testamento, podemos encontrar cincuenta que nos hablan de la necesaria “fe en Su Nombre”, “la creencia en el Señor Jesucristo” o “la fe en el Hijo de Dios”.

Al comienzo del evangelio de Juan, a uno de los más grandes hombres y de los profetas, se le pregunta, “¿Quién eres tú?”, y él responde, “Yo soy una voz (uno que clama, en la Reina Valera)” (1:19, 23), pues era impensable que Juan el Bautista reclamase la atención sobre sí mismo, o que reclamase por fe en sí propio. Sin embargo, fue eso mismo que el Señor Jesús hizo a través de Su ministerio. El único gran objetivo del evangelio es guiar al creyente a creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que a través de dicha creencia cualquiera pueda tener vida a través de Su nombre.

- “Si no creéis que Yo soy Aquel”, le dijo a los Judíos, “en vuestros pecados moriréis”.

“¿Crees tú en el Hijo de Dios?” esta es la pregunta suprema que le planteó al hombre nacido ciego.

Juan 3:16 enseña que “Dios” es el gran Donador, sin embargo aquel “cualquiera que *cree en Él*” se refiere a la fe en el Hijo Unigénito.

- “Aquel que no cree, ya está condenado, porque no ha creído *en el nombre del unigénito Hijo de Dios*”.

No hay otro pasaje tan vital en el Nuevo Testamento que aquel escrito por Pablo a Timoteo cuando dijo:

“Hay Un Solo Dios, y Un Solo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús” (2ª Timoteo 2:5).

A los hombres hoy en día todavía se les sigue exhortando a “creer a Dios” o a “confiar en Dios”, tanto en las reuniones de creyentes, como en sermones predicados e impresos. Pues bien, a todos los cuales, las palabras de Juan 14 se presentan con una indagación incisiva y desafiante:

“Creéis en Dios, creed TAMBIÉN en Mí”.

### **Las muchas “Moradas” (14:2)**

Muy próximamente asociado con el consolador resultado de “creer también” en el Salvador se añaden las palabras, “En la casa de Mi Padre muchas moradas hay” (14:2).

Hay algo acerca de estas palabras y en la totalidad de este capítulo que ha llegado a producir una fuente de paz y regocijo a un incontable número de redimidos de todos los tiempos, y debemos evitar a todo coste cualquier apariencia de un espíritu frío y crítico que no permita disfrutar esta su primaveral consolación. Sin embargo, es nuestro privilegio y responsabilidad someter respetuosamente las palabras de inspiración a un examen de mayor indagación, y nos sentimos alentados en esta alta ocupación por los benditos resultados que hemos ya logrado en nuestros modestos esfuerzos anteriores.

Así por tanto, preguntamos, ¿qué pueden estas palabras significar, diciéndonos que en la “casa” del Padre hay muchas “moradas”? ¿Cómo es que una “casa” puede en sí albergar muchas “moradas” en su interior? ¿Qué debemos entender por la “casa” de Mi Padre? Encontramos la expresión, “Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de Mi Padre casa de mercado” (2.16). Aquí la “casa” del Padre ciertamente se refiere al Templo que estaba en Jerusalén. Sabemos, sin embargo, por el testimonio del propio Señor, que ninguna piedra sobre piedra permanecería en pie en dicho templo, y, consecuentemente, ese particular templo no podía ser aquel sobreentendido en el segundo versículo del capítulo 14. No obstante, no podemos ignorar el hecho de que estas dos referencias deben tener entre sí algo en común, siendo por el mismo autor ambas utilizadas en el mismo Evangelio. Cuando se examina más detalladamente, vemos que la primera palabra “casa” es *oikos*, mientras que la segunda palabra es la traducción de *oikia*. Estas dos palabras tienen un significado ligeramente distinto en el uso clásico, pero dicha diferencia no puede sustanciarse sondando el uso del Nuevo Testamento. No en tanto, el hecho de que el Señor utilice la forma masculina en la primera y la forma femenina en la segunda bien puede indicar que Él tenía en mente una diferencia, esto es, que el templo terrenal de la primera ocurrencia se ve como siendo la sombra o tipo de la realidad celestial de la segunda ocurrencia. Lo que sabemos es que el Señor estaba a punto de regresar a donde Él se hallaba primero, el propio cielo, y que el título dado al cielo aquí está expresamente escogido para suministrar el consuelo a los discípulos en su hora de tribulación.

Hay además otras fuentes de iluminación que todavía no hemos explorado. Tenemos la estructura, tenemos la palabra traducida “morada” en la Septuaginta, y tenemos el uso del verbo “morar” en estos mismos capítulos de este Evangelio.

Antes que nada, tomemos aquello que sería del conocimiento común entre los discípulos. Ningún Judío digno de ese nombre y nacionalidad podría ignorar aquel registro de su historia pasada que se halla en los libros de los Macabeos, y ahí, en 1ª Macabeos, encontramos la única ocurrencia de la Septuaginta de la palabra griega *mone* “moradas” o “lugares de habitación”:

- “Tú, oh Señor, escogiste esta casa para ser llamada por Tu Nombre, y para ser una casa de oración y petición para Tu pueblo: toma venganza de este hombre y su hueste, y hazlos caer por la espada: recuerda sus blasfemias, y hazlos sufrir para que dejen de existir (*no les concedas moradas, mone*)” (1ª Macabeos 7:37, 38).

Ningún Judío podía ignorar el incidente que acabamos de leer, pues, la victoria que tuvo lugar, de ella, se hacía memoria anualmente en el día trece de Adar.

- “Y ordenaron todo con un decreto general, que, en ningún caso, ha de dejarse pasar (el día) sin solemnidad, sino celebrar el trece día del doceavo mes, el cual en lengua Siria es llamado Adar, el día anterior al día de Mardoqueo” (2ª Macabeos 15:36).

El lector percibirá la conexión tan próxima que hay entre 1ª Macabeos 7:37, 38 y Juan 2:16, en cuanto a las palabras dicen respecto, y verá que las dos referencias en el Evangelio de Juan están, en medida y balance, ambas conectadas con este pasaje histórico anterior. La terrible maldición que recae sobre el blasfemo se expresa en los términos de “sin morada”, esto se revierte benditamente en Juan. El Señor estaba a punto de dejar a los discípulos. En aquel momento sus corazones ya habían sido sacudidos de consternación, pues habían sabido de Su propia boca que tenían consigo entre ellos un traidor. Además de esto, aun mismo Pedro, con todo su celo, iría a negar al Señor, ¿cómo irían a soportar todo esto? ¿Pasarían todos ellos a ser apóstatas cuando estuviesen solos? ¡No! el Señor, habiéndoles amado, iría amarlos hasta el final. Su partida no dejaba de ser sino un paso más en frente como resultado de dicho amor. Se iba para prepararles un lugar para ellos, diciendo:

- “Y si Yo Me voy y os preparare un lugar para vosotros, volveré otra vez, y os tomaré a Mi Mismo; para que *donde* Yo estoy, también vosotros estéis” (14:3).

Aquí de hecho tenían un gran consuelo. Aquí había un completo y glorioso reverso del único uso de *mone*, “lugar de habitación”, que los discípulos podían recordar en su literatura sagrada.

Y ahora volvemos a la estructura anterior, y encontramos que toda la sección central está dominada por la palabra *meno* “morar”. Así:

14:2-4. Lugares de habitación. *Mone*.

.....

14:10-21. Morada. *Meno*.

.....

14:22, 23 Hacer nuestra morada *Mone*.

La Versión Autorizada ha oscurecido la relación que hay de las dos palabras, *mone*, y *meno*, traduciendo *mone* en 14:2 “mansiones”, y en 14:23 “habitación”, y traduciendo *meno* en 15:40 “descanso”, 14:16 “morar”, 14:17 “reposo” y 14:25 “estar presente”. Dicha relación todavía se oscurece más por las

traducciones en 15:11 y 16 donde leemos “permanecer”. Todas son buenas traducciones, pero es en la variedad que se mezcla y malentiende. Vamos a reemplazar, aunque sacrificando el castellano, en cada lugar, las palabras “morada” y “morar” para las dos palabras *mone* y *meno*. En el momento que así lo hagamos se pierde todo el sentido de incongruencia que la palabra “mansiones” nos hace sentir; en vez de eso, nos daremos cuenta que la primera ocurrencia nos prepara para el más pleno desarrollo que nos aguarda en los capítulos siguientes.

Tenemos dieciséis ocurrencias de *meno* “morar” en los capítulos 14 a 16 y dos ocurrencias de *mone* “morada”. Con la excepción de 14:10, 17 “habitar”, 14:25 “estar presente”, 15:9 “continuar” y 15:11, 16 “permanecer”, (en la Reina y Valera “morar” en 14:10, 17, “estando” en 14:25, “permanecer” en 15:9, 16, y “esté” en 15:11), todas las restantes ocurrencias de *meno* se traducen “morar” en la Versión Autorizada, y de este modo el lector castellano podrá, con las observaciones anteriores, descubrir el sentido.

El paralelo más pleno se halla naturalmente en la otra ocurrencia que resta de *mone*, que encuentra un lugar correspondiente en la estructura:

- “El que me ama, Mis palabras guardará; y vendremos a él, y *haremos morada* con él” (14:23).

Es un regocijo tremendo pensar que aquí en el evangelio de Juan tenemos en equivalencia aquel precioso pasaje en el octavo capítulo de Romanos asegurándonos que nada:

- “nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor” (Rom.8:39).

### **El Lugar Preparado (14:2, 3)**

Ahora debemos acrecentar más cosas a lo aprendido concerniente al significado de las “muchas moradas” considerando el comentario añadido que se da en Juan 14:2, 3, “Si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho”. Algunos antiguos manuscritos ponen “que”, a seguir a esta frase, haciendo con que el pasaje se lea, “Si así no fuera, ¿os habría dicho *que* voy a preparar un lugar para vosotros?” Cualquiera de las lecturas que adoptemos, el sentido y argumento permanecen siendo el mismo. Las palabras del Señor no tan solo proveen un fundamento sobre el cual podían reposar las mentes atribuladas de los discípulos, sino que además fornecen un principio que puede ser ampliamente aplicado por todos los creyentes, concerniente a una multitud de cuestiones perplejas.

¿Cuántos creyentes se han estado torturando ellos mismos con el problema de si “reconoceremos o no a nuestros seres queridos en la gloria”? No podemos dejar de suponer que este sea un problema muy real, si bien debemos confesar que, una tal idea, nunca se nos haya pasado por nuestra cabeza. El mero hecho de que el “cielo” se compare a un “hogar” con el Padre, nos parece incluir todo cuanto dicho “Padre” y “hogar” constituyen, y un hogar donde en la familia no se puedan reconocer los unos a otros es inconcebible, si es que Dios permanece siendo tanto “Padre” como “Amor”. Sin embargo, si alguno sigue agobiándose todavía con este problema, ¿no ha de poder extraer consuelo y reposo de las palabras de Cristo, expresas como un principio gobernando toda Su revelación de verdad, “Si así no fuera, Yo os lo hubiese dicho”?

No sería provechoso hacer una lista de los problemas, temores y fobias que resultan de la perplejidad, duda e incredulidad cristiana, pero encomendamos las palabras del Salvador a todos los tales, pues creemos que contienen un principio que podemos siempre aplicar a lo largo y en todos los días de nuestro peregrinaje.

- “Voy a *preparar* lugar para vosotros”. Este es el último de los varios pasajes en los evangelios que nos hablan de estar siendo “preparado” o bien un lugar, posición o herencia.
- “El sentaros a Mi derecha y a Mi izquierda, no es Mío darlo, sino a aquellos que está *preparado* por Mi Padre” (Mateo 20:23).
- “Entonces el Rey dirá a los de Su derecha: Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino *preparado* para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).
- “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno *preparado* para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).
- “E irá delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos...para *preparar* al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lucas 1:17).

El tema sigue vigente y desarrollándose en las epístolas; 1ª Corintios 2:9 habla de “las cosas que Dios *ha preparado* para los que le aman” y Hebr.11:16 nos dice que Dios *ha preparado* una ciudad para los vencedores, mientras que el Apocalipsis nos habla de la Jerusalén celestial que descende del cielo “*dispuesta* como una novia para su marido” (21:2). Si examinamos las ocurrencias y uso de *hetoimazo* y *hetoimos* veremos que hay un buen número de pasajes donde la traducción es *preparado* o *dispuesto*.

- “He *preparado* Mi comida...Todo está *dispuesto*” (Mateo 22:4).
- “Las que estaban *preparadas* entraron” (Mateo 25:10).
- “Su esposa *se ha preparado*” “*Dispuesta* como una esposa” (Apoc.19:7; 21:2).

Posiblemente sea Lucas 22:33, 34 el pasaje que aporte más peso y luz a Juan 14:2, 3.

- “Señor, *dispuesto estoy* a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte. Y Él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que Me conoces”

Las palabras son muy similares a las que se emplean en la bendita consolación del capítulo 14, pues, en 13:37, 38, a Pedro, habiendo preguntado por qué no podría él seguir al Señor “ahora”, se le dijo que “el gallo no cantaría, sin que él le hubiese negado tres veces”

En cuanto a la cronología de estos pasajes y el espacio de tiempo sobre el sujeto en cuestión no vamos a ocuparnos ahora, pues, para nuestro propósito actual, es suficiente con saber que, en una ocasión similar a la registrada en el capítulo trece, cuando Pedro, habiendo expresado su disposición para compartir tanto la cárcel como la muerte con el Señor (una disposición de espíritu lamentablemente traicionada por una debilidad de la carne) es seguida por una promesa incondicional, afirmando que, para todos Sus creyentes, el Salvador se iba *para preparar lugar* para ellos. A los tales, las palabras, “No se turbe vuestro corazón” deben producirle un consuelo Divino. Este acto de “ir” para preparar un lugar es seguido por Su “regreso de nuevo”. Es por tanto evidente que, el periodo durante el cual el Cristo ascendido se sienta a la diestra del

Padre, sea de este modo benditamente empleado, “para preparar lugar” para Su gente. El regreso nuevamente conlleva en sí el propósito de “tomar” o “recibir” a los discípulos “consigo Mismo”, con el objetivo de que, “donde Yo estoy”, dijo el Señor, “estéis también vosotros” (14:3).

Al mismo tiempo que debemos tomar las palabras “volveré de nuevo”, referidas a la literal futura venida de Cristo, no debemos perder de vista el hecho de que, este glorioso clímax de esperanza, tiene consigo una serie de benditas anticipaciones, algunas de las cuales se encuentran declaradas en este mismo diálogo. No precisamos renunciar o negar las benditas anticipaciones de la segunda venida que nos hayan sido garantizadas debido simplemente a que veamos el daño que se produce por “espiritualizar” la literalidad de la profecía.

- “No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros Me veréis” (14:18, 19).

Aquí el ministerio del “otro Consolador” es lo que está en vista, tal como el versículo 16 y 17 dejan ver claramente.

Una vez más, respondiendo a la pregunta de los discípulos en cuanto a la manera en la cual se manifestaría Él propio a ellos y no al mundo, el Salvador les dijo:

- “El que Me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (14:23).

Aquí tenemos la plena anticipación experimental de la gloria de los versículos 2 y 3. *Allí*, el Señor regresa de nuevo y toma consigo a los creyentes para que disfruten las “muchas moradas” preparadas en gloria. *Aquí*, el Señor regresa en sus vidas, y anticipa los “lugares de habitación” preparados en gloria, hablándoles de la venida del Padre y de Él propio para “morar” con ellos.

El lector que se haya dado cuenta de la conexión que existe entre la declaración de Efesios 2:22, donde la iglesia se denomina como siendo “una habitación de Dios” en el espíritu, y la oración para que Cristo “habite en vuestros corazones” por la fe (Efesios 3:17), apreciarán la relación de Juan 14:2, 3; y 18, 19 y 23.

Tal como ya hemos visto, la primaria interpretación de estos preciosos pasajes, pertenece, en primera y más plena instancia, a los apóstoles, en conexión con sus padecimientos, su equipamiento para soportar, y el futuro bendito servicio que tenían delante. Debemos recordar que, a esta misma compañía en sí, y en su apropiado tiempo y lugar, el mismo Señor que pronunció las palabras registradas por Juan, también les dijo:

- “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en Mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como Mi Padre me lo asignó a Mí; para que comáis y bebáis a Mi mesa en Mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel” (Lucas 22:28-30).

Así y por tanto, no debemos malinterpretar la casa del Padre y las muchas moradas levantando una dificultad en creer estas diferentes e igualmente inspiradas declaraciones. El hecho de que Juan omita una tal referencia (la anterior de Lucas), no implica que la niegue o ignore. Pues él mismo escribió confesamente con un propósito específico (20:31) y admitió que había una abrumadora cantidad de material entre los cuales hizo él su inspirada selección.

Volviendo al capítulo 14 encontramos que el Salvador hace una desafiante declaración inmediatamente a seguir a las consoladoras palabras de los versículos 2 y 3: “Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino” (4). “Vosotros sabéis” que Yo voy a la casa de Mi Padre, tal es la respuesta al “dónde”. Vosotros sabéis, además “el Camino”. Y tal como la subsecuente respuesta a Tomás nos revela, Él propio es “el Camino”. El verbo utilizado por el Señor cuando dijo, “Vosotros sabéis” no fue aquel que indica un pleno personal conocimiento, sino el que: “implica que el sujeto había sencillamente venido envuelto en la esfera del conocimiento de la percepción, o el círculo de la visión...en el griego profano denota el medio o agente del conocimiento, como por ejemplo, por medio de la intuición”.

En contraste con este “medio de conocimiento” está la palabra *ginosko*, que se utiliza en el versículo 7: “si vosotros Me *conocieseis*, también a Mi Padre *conoceríais*; y desde ahora le *conocéis*”, una palabra que aparece siete veces más en la gran oración del capítulo 17, del cual glorioso pasaje, *eido*, la palabra empleada en el cuarto versículo, aquí se encuentra ausente.

“Vosotros sabéis *a donde* voy”, el Señor parece decirles algo que ha repetido muchas veces de antemano, y por tanto, tenían una percepción general de su realidad. “Sabéis el Camino”, pues ya lo conocéis y habéis confesado “A Quién Yo voy”, y que “Tú tienes palabras de vida eterna” (6:68).

Este asunto, por tanto, era crucial. Si los apóstoles debían mantenerse firmes y soportar en pie, debían “conocer” sin sombra de dudas o confusión la respuesta a este “dónde” y este “camino”. Es igualmente vital para nuestra fe, consuelo y esperanza, que tampoco nosotros tengamos dudas respecto a la respuesta para estas cuestiones. Utilicemos por tanto todo lo aprendido como una preparación para la pregunta, “¿Cómo podemos saber el camino?” que el Salvador tan benditamente respondió como se registra en el versículo 6.

### **“Dónde, de dónde, a dónde” Sabéis a dónde voy, y sabéis el camino (14:4)**

Las palabras de consolación, “Voy a preparar lugar para vosotros...para que *donde* Yo estoy, también vosotros estéis”, que hemos visto anteriormente, son seguidas por la declaración “y sabéis *a donde* voy, y sabéis el camino” (14:4).

Si estamos al tanto con la enseñanza del Evangelio de Juan, seremos conscientes, a medida que leemos estas palabras, que ya hemos encontrado palabras o frases similares anteriormente. Hay algo de nostálgico en las palabras:

- “Pero ahora voy al que Me envió; y *ninguno de vosotros Me pregunta ¿a dónde vas?*” (16:5).

Con este pasaje en mente tal vez seamos capaces de detectar en Juan 14:5 algo de naturaleza similar, esto es, un desafío al conocimiento, la fe y la apreciación de los discípulos. La mayor parte de la enseñanza de esta sección gira en vuelta del hecho, con sus muchas implicaciones, de que el Salvador estaba a punto de dejarlos. Es visto tanto desde el punto de vista Divino como del humano. Envuelve la muerte y resurrección de Cristo y la venida del Consolador. Otros Evangelios nos obligan a considerar “Quién” es el Hijo del Hombre, este Evangelio de Juan se ocupa además con *dónde* Él habita, *donde* Él ahora mora, y nos añade



que es ahí *donde* Su gente ha de venir a morar con Él. Debemos por tanto reunir las referencias que recaen sobre este tema antes de venir a estar en una posición que nos permita seguir el argumento clara y apropiadamente. Mateo, el Evangelio del Rey, comienza con la cuestión, “¿*Dónde* está aquel que ha nacido, el Rey de los Judíos?” (2:2), y la respuesta, “Belén”, está en completa armonía con dicho Evangelio del Rey. Juan emplea la palabra “donde” en la indagación de los discípulos, “¿*Dónde* moras?...ellos vinieron y vieron *donde* moraba” (1:38, 39), y esta lectura con “morar” nos provee otro vínculo con el capítulo 14.

Después de la pregunta inicial, encontramos la palabra en los labios de los incrédulos Judíos, a seguir empleada por los parcialmente convictos discípulos, y por último gloriosamente afirmada por el propio Cristo. Para el propósito actual que tenemos entre mano no haremos distinción entre *hopou* y *pou* (las dos palabras griegas traducidas “donde”), pues si lo hiciésemos iría a sobrecargar nuestro estudio sin añadir nada nuevo a nuestro entendimiento.

Hemos visto la pregunta de los discípulos en Juan 1:38, 39. A seguir encontramos la palabra “donde” en las desafiantes palabras del Salvador del capítulo sexto,

- “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?” (62).

Hay mucha verdad encerrada en el corto compás de este versículo. Dice respecto y afecta a la Persona de Cristo. “El Hijo del Hombre...donde Él estaba primero”.

- Nos informa del modo de la partida, “Ascensión”.
- Aparece como una reprensión y desafío a la creciente oposición de los Judíos.
- De nuevo, en otra oposición manifiesta, se pone la misma cuestión y se responde en los mismos moldes: “¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo? Pero éste, sabemos *de dónde es*” (7:26, 27).

Aquí debemos hacer una pausa para observar un aspecto añadido en este gran argumento. Hemos visto que “a dónde” Cristo iba, es “de dónde” Él estaba primeramente. Consecuentemente, saber “de dónde” Él había venido, debería haber guiado a los indagadores a ver “a donde” debía volver. Así pues, ahora debemos trazar siguiendo las ocasiones en las cuales *pothen* “de dónde” aparece en los pasajes que estamos considerando. Respondiendo al comentario dado anteriormente el Señor dijo:

- “A Mí me conocéis, y sabéis de donde soy; y no he venido de Mí Mismo, pero el que Me envió es verdadero, a Quien vosotros no conocéis” (Juan 7:28).

Este conocimiento aparentemente se contradice posteriormente, pues Él dice:

“Yo sé de dónde he venido y a dónde voy: pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy” (8:14), y la razón por dicha ignorancia se dice que es, “Vosotros juzgáis según la carne” (15); por tanto Juan 7:28 debe leerse a la luz del versículo 41, “¿De Galilea ha de venir el Cristo?”. Como vemos, no fueron más lejos que la posición de los discípulos al comienzo, “Jesús de Nazaret, el hijo de José” (1:45).

La contienda se inflamó cuando el Salvador clamó afirmando que “Dios era Su Padre, haciéndose así igual que Dios” (5:18). Está claro por tanto que un conocimiento “de dónde” Él vino, provee la respuesta en cuanto “a dónde” se iba. Continuando la discusión en el capítulo 7, leemos:

- “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no Me hallaréis, y a donde Yo estaré, vosotros no podréis venir. Entonces los Judíos dijeron entre sí: ¿A dónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los Griegos (o Gentiles), y enseñará a los Griegos? ¿Qué significa esto que dijo: Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde Yo estaré, vosotros no podréis venir?” (7:33-36).

Siguiendo el argumento de 8:14, del mismo modo, encontramos un paralelo a 7:33-36,

- “Yo Me voy, y Me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis, a donde Yo voy, vosotros no podéis venir. Decían entonces los Judíos: ¿Acaso se matará a Sí Mismo, que dice: A donde Yo voy, vosotros no podéis venir? (8:21, 22).

Ya anteriormente el Señor había revelado la razón de su ceguera refiriéndose a “a la carne”, ahora da un paso más en frente en la presentación de la verdad, diciendo:

- “Vosotros sois de abajo. Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo” (8:23).

En la sección interna, a los Suyos propios, el Salvador repite la declaración:

- “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los Judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde Yo voy, vosotros no podéis ir...le dijo Simón Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Jesús le respondió: A donde Yo voy, no Me puedes seguir ahora, mas me seguirás después” (13:33, 36).

Y así llegamos, con todo este conflicto asociado con estas palabras, a Juan 14:4, “Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino”. Antes de concluir este estudio con las restantes referencias en los capítulos 14 a 17, volvemos atrás, al debate que viene a seguir a la apertura de los ojos del hombre nacido ciego, y aun ahí nos encontramos con este “de dónde” y este “a dónde”. Nunca hombre alguno se condenó a sí mismo de manera tan efectiva como lo hicieron los Fariseos cuando dijeron:

- “Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos *de dónde* sea. Respondió el hombre y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis *de dónde* sea, y a mí me abrió los ojos” (9:29-30).

Es evidente que mucha verdad gira en torno del conocimiento de “donde” el Salvador vino, y como hemos visto, saber y reconocer en verdad “de donde”, nos guía en el reconocimiento de la verdad de “a dónde”. Juan 16:5 fornece una referencia más, tal como ya hemos visto:

“Ninguno de vosotros Me pregunta, ¿A dónde vas?” Y a seguir encontramos toda la verdad del caso en la última de las referencias:

- “Padre, aquellos que Me has dado, quiero que donde Yo estoy, TAMBIÉN ELLOS ESTÉN CONMIGO, para que vean Mi gloria que Me has dado; porque Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (17:24).

Así que una cuestión plena de significado conlleva las palabras, “Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino”. En cuanto a si Tomás fue tan lento en su comprensión como los demás, como si Pedro hubo entendido el significado del Señor (13:37, o si expresó el sentir general inconfeso de todos ellos, eso no lo sabemos; sin embargo, estamos agradecidos de que Tomás hiciese necesaria una posterior y más plena revelación, especialmente sobre la cuestión del “camino”.

- “Tomás le dijo: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo entonces podemos saber el camino?” (14:5)

A este dicho le siguió la bendita respuesta:

- “Jesús le dijo: Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí” (14:6).

La triste y angustiosa condición de los apóstoles contemplando la partida del Salvador se suaviza por una doble promesa: “Volveré de nuevo” (14:3); “Vendré a vosotros” (14:18). El primer pasaje se refiere a la todavía futura segunda venida, el segundo pasaje al representativo ministerio del Espíritu Santo, y ambos, tanto el futuro y personal regreso como la interviniente permanencia del Espíritu, se incluyen en la tercera referencia:

- “Habéis oído que Yo os he dicho: Voy y vengo a vosotros” (14:28).

La promesa del Consolador que se da en el versículo 16 es la primera de un cierto número recurrente a través de los capítulos 15 y 16, y algunos aspectos de este ministerio irán apareciendo más claramente a medida que vayamos revisando estos capítulos. Por ahora, observamos que la palabra “Consolador” es la palabra griega *Parakletos* “paraclete”, utilizada cuatro veces del Espíritu Santo (14:16, 26; 15:26; 16:7), y una del Salvador, donde se traduce “Abogado” (1ª Juan 2:1). Este doble uso del título se sugiere en Romanos, donde la intercesión del Espíritu (8:27) se contrabalanza por la intercesión del resucitado y ascendido Salvador (8.34). Esta interrelación es vista en el hecho de que los discípulos no irían a ser dejados “huérfanos”, pues el Salvador dijo: “Vendré a vosotros”.

No estarían “sin consuelo”, y mientras contemplasen el ministerio en gracia del “Consolador”, nunca confesarían una condición de “orfandad”, tal como en otra ocasión se muestra (Sant.1:27). Los discípulos no vendrían a quedarse “huérfanos” debido a que “el Hijo” los dejase, pues en Su lugar “el Espíritu” les sería enviado por el Padre. Bien puede estar por encima de nuestras capacidades comprender la natura del Dios Padre, pero aquí tenemos algo que revela una más íntima relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que debería darnos un motivo antes que comencemos a criticar, tratar de explicar o negar. Todo cuanto se revela se dirige a nuestra fe, pero no todo puede demostrarse a nuestro entendimiento al presente. Las palabras “Yo vendré” (14:18) no se refiere, tal como en el versículo 3 sí que se refiere, a la segunda venida, sino que se refiere al ministerio interviniente del Espíritu Santo. De igual modo, en Efesios 2:17, las palabras “y vino, y anunció las buenas nuevas de paz”, no pueden referirse al ministerio personal del Salvador, pues en parte alguna hay cualquier registro ni nada por Él se anuncia de ese tipo a seguir a Su resurrección, y Alford dice: “Hallamos la llave para la expresión en Juan 14:18”. A la obra del Paraclete se le da una plena exposición en los capítulos 15 y 16, y nos guardamos más comentarios al respecto hasta que lleguemos a estos capítulos.

Dejamos así este capítulo de consuelo y aliento y de promesa de iluminación, por tanto, y pasamos a los que nos hablan de limpieza, equipamiento y preparación, hasta que por fin alcancemos el capítulo diecisiete, el cual, realmente, podría conllevar la inducción:

- “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5).

### **La Vid y los Pámpanos (15:1-18)**

El último versículo del capítulo 14 contiene dos elementos de verdad que se expanden en el capítulo 15, estos son: El amor del Hijo al Padre, y la asociación de este amor con un mandamiento.

- “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago” (14:31).
- “Si guardareis Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de Mi Padre, y permanezco en Su amor” (15:10).

Cuando consideramos 13:34 estuvimos tratando con el Nuevo Pacto, y ahora no iremos a seguir llevando más lejos el tema, sino que vamos a considerar la vía en la cual ilustró y resaltó el Salvador este mandamiento, y aprender algunas de las lecciones comprendidas. El capítulo comienza con la declaración, “Yo soy la Vid verdadera”, y Mi Padre es el Labrador”, y esta declaración inicial se suplementa en el versículo 5, diciendo: “Yo soy la Vid, y vosotros los pámpanos”.

Juan nos habla de la “verdadera luz”, los “verdaderos adoradores”, el “verdadero pan”, la “vid verdadera” y el “verdadero Dios”. La antítesis de la palabra “verdadero” no es tanto la idea de falsedad, sino antes bien el tipo y sombra. El maná era real, sin embargo, tal como el Señor añadió, los padres que lo comieron en el desierto murieron. Fue el Padre Quien dio el “verdadero” pan del cielo cuando ofreció a Su Hijo. El maná no dejaba de ser sino un tipo, una sombra refleja de Sí Mismo.

La vid en la tipología del Antiguo Testamento representa a Israel. “Hiciste venir la vid de Egipto” (Salmo 80:8). “Tenía mi amado una viña en una ladera fértil...la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel...esperaba juicio, y he aquí vileza...” (Isaías 5:1-7). Israel fracasó de manera significativa a la hora de cumplir llevando a cabo el glorioso propósito de su llamamiento, pero en esto, como en todo lo demás, Cristo es la respuesta y el cumplimiento. Él es la “verdadera” vid, de la cual el fracasado Israel no era sino la sombra. El labrador de Isaías 5 que clamó, “¿Qué más se podría hacer a Mi viña, que Yo no haya hecho en ella?” ahora nos señala la “verdadera” vid, y el unificado testimonio de la Escritura es que Él se había agradado, y el “agrado” se asocia con la “fructificación” en Colosenses 1:10 y Rom.15:26, 28.

La estructura del pasaje que estamos viendo, reducida a su término más simple, es como sigue:

## Juan 15:1-17

### A 1-9. LA VID Y LOS PÁMPANOS

- B a Permaneced en la vid
- b Fruto – Pedid y se os dará
- c Discípulos.

### A 10-17. EL SEÑOR Y SUS ELEGIDOS

- B a Permaneced en Su amor.
- b Fruto – Pedid y Él os dará
- c Amigos.

Un poco de cuidado a la hora de comparar estas dos secciones nos mostrará que el tema de Juan 15:1-17 es uno solo. La ilustración de la Vid y los pámpanos encuentra su realización en el Señor y Sus escogidos. Lo más importante es el hecho de que en ambas secciones el concepto de la fructificación nos guía a la oración respondida, y por último, todos cuantos son comparados a los pámpanos que permanecen se les denomina “discípulos”, al tiempo que aquellos elegidos que permanecen son llamados “amigos”. Con esta demostración de la unidad del pasaje que estamos viendo, veamos ahora la vía en la cual se imprime la lección.

La palabra empleada en el capítulo quince para “pámpanos” o “varas” no aparece en más sitio alguno en el Nuevo Testamento. Es *klema*, y se utiliza en la Septuaginta de la vid (Ezequiel 17:6, 7). La palabra se deriva de *klaō* “quebrar”, y así sugiere la fragilidad de las varas de la vid o pámpanos. Es del común conocimiento que la vid que no porte frutos es del todo inútil para todo lo demás.

- “¿Tomarán de ella para hacer alguna obra?” ¿Tomarán de ella alguna estaca para colgar en ella alguna cosa?...he aquí que cuando estaba entera no servía para cosa alguna; ¿Cuánto menos después que el fuego la hubiera consumido y fuere quemada? ¿Servirá para cosa alguna?” (Ezequiel 15:3-5).

Los discípulos debían estar familiarizados con esta referencia a la vid en Ezequiel, y sabrían perfectamente cuál era el punto del Señor insistiendo sobre el “fruto” o el fracaso. La atención y dedicación del Labrador se describe a seguir en una triple vía: Primero, el tratamiento de una vara o pámpano que no porta fruto, “es echado fuera” (Juan 15:2). ¿Significa esta palabra traducida “echar fuera” una “escisión”? ¿Significa que el pámpano que no produce fruto será cortado por el Labrador? La *Companion Bible* hace aquí la siguiente observación:

“Echar fuera – Gr. *airo*. Aparece 102 veces, y en más de cuarenta se traduce, elevar, levantar, erguir, etc. *Echar fuera* es un significado secundario. Vea el Léxico”

Vamos por tanto a un Léxico Griego para “comprobar” y encontramos las siguientes definiciones en el de Parkhurst:

*Airo* de la hebreo *Ur*, levantar.

- El significado general es *levantar, erguir o tomar en vilo*.
- *Levantar* como las manos al cielo (Apoc.10:5).

- *Tomar* (Marco 6:29).
- Se aplica a *la mente turbada* o en *suspense* (Juan 10:24).
- *Llevar*, unificando, tal como un yugo unifica dos animales (Mateo 11:29).
- *Tomar*, como una cruz (Mat.16:24).
- *Sostener*, como una carga o un peso (Mateo 4:6).
- *Quitar o echar fuera* (Mateo 22:13).
- *Quitar o remover* (Juan 1:29).
- *Recibir, tomar* (Mateo 20:14).
- *Libertar* un barco, encallado en el barro (Hechos 27:13).
- *Alzar o levantar* la voz (Lucas 17:13).

Podrá observarse que la idea no necesariamente comporta que el Labrador corte echando fuera al pámpano, antes bien sugiere un paciente cuidado, un erguir la rama, prepararla, exponerla en vilo a los rayos solares, para que pueda decirse al fin y al cabo ¿qué más podría haberse hecho? (Isaías 5:4). Esta actitud se encuentra además en el espíritu de Isaías 42:3, “No quebrará (Mi Siervo, Mi Escogido) la caña cascada”. En segundo lugar, el labrador, además, cuida dando atención a estas varas o pámpanos que producen fruto, “y cada pámpano que porta fruto, lo limpia, para que produzca más frutos”.

- *Kathairo* es una forma anterior de *katharizo*, y significa. “limpiar de impurezas” como por ejemplo, el grano aventándolo (2ª Samuel 4:6); un árbol, podándolo (Juan 15:2, el pecado, por expiación (Hebr.10:2) (*Léxico y Concordancia* del Dr. Bullinger).

La interpretación espiritual de esta “poda” o “purga” la suple el propio Señor:

- “Ya vosotros estáis limpios, por la palabra que os he hablado” (15:3).

“Ya” se traduce de igual modo en Juan 3:18; 11:17; 19:33, y una vez que *katharos* no aparece en ningún sitio más en este Evangelio que no sea en 13:10, 11, está claro que el capítulo 15 debe leerse a la luz de estos pasajes anteriores. En ellos aprendemos que hubo una limpieza *acabada* de *una vez por todas*, un lavado que era permanente y experimental, y un lavado en el cual al menos uno de cuantos estaban sentados con el Señor (Judas) no participó. Del mismo modo sucede en la figura de la vid y los pámpanos: el hecho de que aun mismo el pámpano fructífero fuese limpio y purgado es paralelo con el subsecuente lavado de los pies de los discípulos, aunque estuviesen *ya* limpios completamente, y el hecho posterior de que Judas no estaba reconocido entre los que de ese modo estaban limpios se exhibe en la figura:

- “Si alguno no permanece en Mí, es echado fuera como el pámpano, y se seca” (15:6).

Aquí este “pámpano” tiene en vista especialmente a Judas, y el lector puede hallar ayuda en este asunto si vuelve a ver la estructura de 13:1 a 18:3 expuesta anteriormente, donde tenemos la referencia a Judas corriendo a través de esta sección. Para facilitar nuestro estudio exponemos los pasajes correspondientes de la siguiente manera:

- B 13:4 a 15:18
- d** Lavado con agua.
  - e** Judas (no todos estáis limpios)
  - f** Las moradas y el morar.
  - d** Vosotros ya estáis limpios por la palabra.

- e El pámpano (seco – como Judas)
- f Permaneced en Mí, y Yo en vosotros.

La recogida de las ramas o pámpanos cortados, y la limpieza o purga de los que ya son fructuosos es la obra del labrador. Pero hay, no en tanto, una suprema condición que antecede a todo lo demás, y es comparable con el hecho establecido en el versículo dieciséis, “Yo os he escogido a vosotros”. Esta condición es “permanecer”.

- “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la Vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí...separados (*choris*) de Mí nada podéis hacer” (15:4-6).

El significado espiritual que sobresale en la mente del Salvador se expresa a seguir:

- “Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho” (15:7).

Estas palabras y esta lección encuentran su completa correspondencia y amplificación:

- “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidieréis al Padre Él os lo dé” (15:16).

A primera vista puede parecer extraño que a través de esta figura seamos guiados a la de la oración respondida, pero si consideramos las condiciones de la oración respondida nos daremos cuenta de la relevancia de la figura.

“Pedid y se os dará”, dijo el Salvador en el Sermón de la Montaña, y tomado en su contexto es benditamente verdad. Si, no en tanto, un cristiano hoy en día confiesa honestamente que haya algunas veces hecho su “pedido”, pero que la cosa pedida no fue “concedida”, eso no es un fallo de parte de Mateo 7:7, puesto que el visado en este pasaje era de hecho un creyente que llevase “mucho fruto”. Al mismo tiempo, cualquier creyente que pudiese legítimamente tomar para sí mismo la característica espiritual del quinto y sexto capítulos de Mateo, habría alcanzado la posición donde la oración respondida fuese la normal experiencia. En Juan 16:24 hay una condición que si se cumple verdaderamente debe guiar a la oración respondida:

- “Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”

Está claro que esto no deja de ser sino un seguimiento o continuación del capítulo quince, pues ahí, en conexión con el mismo sujeto, leemos “para que vuestro gozo sea cumplido” (15:11). De nuevo, en 1ª Juan 5:14 leemos:

- “Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye”.

Por otro lado tenemos el testimonio de Santiago de que muchas oraciones permanecen sin respuesta:

- “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (4:3).

Así pues, en Juan 15, el creyente fructuoso, aquel que permanece en Cristo, permanece en Su amor, que ama tanto al Señor Mismo como además obedece el nuevo mandamiento, “Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado”, éste creyente ha alcanzado la condición espiritual en la cual la oración respondida ha de ser la normal experiencia, pues anda con Dios de manera muy íntima. A estos creyentes se les da dos títulos, “Seréis Mis discípulos”, “Os he llamado amigos”. Aquellos a quienes el Señor habló originalmente las palabras ya habían sido llamados tiempo atrás Sus discípulos (2:11, 17). No es tanto la idea de que estos creyentes hubiesen sido llamados “discípulos”, sino que habían probado ser tales, tales como el Señor dijo anteriormente:

- “Si vosotros permaneciereis (*meno*) en Mi palabra, seréis verdaderamente (*alethos*) Mis discípulos” (8:31).

Sin embargo, “amigos”, sí que es un nuevo nombre para los discípulos. Debían conocer bien la alta estima en la cual este título se mantenía, pues, ¿no se escribió de Abraham que él fuese contado como “amigo de Dios”? Concerniente a Su “Amigo” Abraham, Dios dijo, “¿Encubriré Yo a Abraham lo que voy a hacer?” (Gen.18:17), del mismo modo ahora el Señor les dijo a Sus discípulos, “os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de Mi Padre, os las he dado a conocer”. Además, Abraham, debemos recordar, “obedeció” el mandamiento del Señor, y así dijo también el Salvador, “Vosotros sois Mis amigos, si hacéis todo lo que os mando”.

Tales son las características de cuantos pueden ser vinculados al pámpano que permanece, al pámpano que es limpio y preparado, al pámpano que produce “fruto, “más fruto”, “mucho fruto” y “fruto que permanece”. Se asocia con el gran amor que todo lo abarca, y aquel que así se caracteriza anda con Dios para que, cualquier cosa que pida, la reciba. Este pasaje es una ilustración más y un énfasis sobre la palabra clave de toda esta sección interior, el “permanecer” del creyente en Su Señor y en Su amor.

### **El Triple Testimonio del Espíritu Santo (Juan 16)**

La parábola de la Vid y los pámpanos nos ha puesto de manifiesto la vital relación que debe existir entre el Señor y Su gente, si es que van a ser fructuosos en sus vidas. La interpretación de la parábola deja ver claramente que esta vital unidad se expresa en “amor”, amor tanto hacia el Señor Mismo como de unos para otros. En un mundo de justicia, un tal cuadro de unidad, no podría dejar de producir sino aprobación, pero por desgracia, he aquí, en un mundo como el actualmente constituido, el caso es el opuesto.

- “Esto os mando, que os améis los unos a los otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (15:17, 18).

No dice que el mundo aborrezca al creyente debido a que el creyente pueda ocasionalmente caer de su alta posición, o que por veces pueda presentarse con algún tipo de disimulo o hipocresía; se aborrece con odio simplemente porque el mundo odia y aborrece al propio Cristo y todos Sus hábitos:



- “Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (15:19).

Este aborrecer inducido es ceguera, prejuicio e ignorancia:

- “Todo esto os harán por causa de Mi nombre, porque no conocen a Aquel que Me ha enviado” (15:21).

Este aborrecer, aunque sea producto de la ignorancia, no en tanto, es condenable:

- “Si Yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (15:22)

Pero esto no es todo. El Señor no tan solamente habló como nadie habló jamás, sino que Sus palabras fueron confirmadas por las obras que jamás hombre alguno pudo producir:

- “Si Yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto, y Me han aborrecido a Mí y a Mi Padre” (15:24).

El lector bien puede haber recordado el argumento paralelo de Hebr.1:1-4 y 2:1-4 y el pasaje debería leerse en conjunción con las palabras del Señor aquí.

Hay algunos que profesan ser capaces de distinguir entre la simple enseñanza de “Jesús” y la increíble “acumulación” de los “milagros”. El pasaje que estamos viendo sin embargo nos revela la íntima asociación de la enseñanza del Señor con Sus milagros confirmatorios, y toda la estructura del Evangelio de Juan depende sobre las ochos “señales” que él seleccionó de las muchas producidas para establecer la verdad, que “Jesús es el Cristo” (20:30, 31).

El apelo del Salvador a creer por causa de las “propias obras” y la práctica imposibilidad de haber una historia comprensible cuando los milagros y sus enseñanzas asociadas se retiran de los Evangelios, son una suficiente respuesta a todos cuantos profesan “creer tan solamente la enseñanza de Jesús” y al mismo tiempo niegan la presencia de lo sobrenatural.

La denominada objeción Científica o Filosófica hacia los milagros se ve a su verdadera luz cuando se somete a la propia exposición del Salvador. Él afirmó, tanto antes como después de referirse a los milagros que produjo, que aquellos que repudiaban sus testimonios lo hacían así por aborrecimiento (15:23, 24), y añadió a estas ya de por sí pesadas acusaciones las palabras “Sin causa Me aborrecieron” (15:25).

Siguiendo la enseñanza de este capítulo vemos que el Señor interrumpe la plena exposición del insensato aborrecimiento del mundo por la promesa del Consolador venidero, “el Espíritu de Verdad, el cual procede del Padre, Él dará testimonio acerca de Mí” (15:26). Como directo resultado de la venida del Consolador, los discípulos vendrían a estar equipados con el poder espiritual, y el Señor les dijo, “Y vosotros daréis también testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio” (15:27). A seguir, en 16:1-3 viene una prefiguración de la forma en la cual tiene lugar el aborrecimiento del mundo tal como se registra en los Hechos de los Apóstoles. La ordenación de Matías (1:21, 22) está totalmente en línea y cumple con las condiciones dadas en Juan 15:27, y veremos al examinarlo que el testimonio del Espíritu que

ahora es objeto de nuestra atención podrá ser mejor interpretado a la luz del subsecuente testimonio de los apóstoles, tal como se registra en los primeros capítulos de los Hechos.

### Juan 16:8-15

A 8- Cuando Él (el Consolador) venga.

B -8 convencerá al mundo de pecado  
de justicia  
de juicio.

C 9-11 EN MÍ.

D12 Muchas cosas tengo que decirlos que ahora no podéis sobrellevar.

A 13- Cuando Él, el Espíritu de Verdad venga.

B -13. Él os guiará a toda la verdad  
Hablará lo que oyere  
Las cosas que han de venir.

C 14- EN MÍ.

D -14, 15. Él tomará de lo Mío, y os lo hará saber.

Antes de procurar la explicación de este importante pasaje en sus resultados como se registran en los Hechos de los Apóstoles, será necesario que nos familiaricemos con el significado de la palabra traducida “reprenderá” en la Versión Revisada (“convencerá” en la Reina Valera) en el versículo 8. Esta palabra es *elengchein*, y el comentario de Alford es el siguiente:

- “Es difícil dar en una sola palabra el profundo significado: tal vez “convencer” se aproxime más fielmente, pero no acaba de expresar el doble sentido de *elengchein* que aquí tiene manifiestamente entendido – de una *convicción* para salvación, y de una *convicción* para condenación”.

El Léxico Griego de Parkhurst contiene la nota siguiente:

“Convencer y condenar parecen diferentes cuando se aplican a una falta, tan solo así: que el individuo *en sí se convence de su falta*, pero *se condena de ella en el juicio de otros*, siendo que la falta se prueba por igual en cada caso”.

Esta distinción se encuentra en el Evangelio de Juan en sí, aunque los Traductores hayan revertido el uso de las palabras sugeridas anteriormente:

- “Siendo condenado (o con Parkhurst “convencido”) por sus propias conciencias”
- “¿Quién de vosotros Me convence (o con Parkhurst “condena”) de pecado? (8:9, 46)

Si asumimos, como muchos lo hacen, que la convicción del mundo de pecado sea mayormente condenatoria, será bueno recordar otro pasaje donde *elengcho* se emplea, esto es, “Yo *reprendo...* a todos los que amo” (Apoc.3:19).

El doble convencer y condenar del mundo que tiene en mente Cristo es particular y no general. La palabra tan solo puede ser condenatoria del pecado de no creer en el Hijo de Dios si de Él han oído hablar,

pues, “¿Cómo irían a creer en Aquel de Quien no hayan oído hablar?”, pregunta el apóstol en Rom.10:14, si bien que de acuerdo a Rom.2:12 algunos de los tales hayan no en tanto “pecado”. Desde el específico punto de vista del Evangelio de Juan, todo se enfoca sobre “creer que Jesús es el Cristo” (20:31). “Todo aquel que no cree ya ha sido condenado” (3:18) aunque muchos otros pecados que este de no creer (3:16) puedan envolver al pecador también en condenación. Aquí, además, con la idea del testimonio de 16:8 ya en vista, también encontramos la palabra *elengcho*:

- “Porque todo aquel que hace lo malo aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas (*elengcho*)” (3:20).

La condenación por tanto no tan solo recae por causa de la incredulidad, sino que la incredulidad no deja de ser sino un mero indicador de la mala natura por detrás. Este principio, si es verdadero, nos arroja mucha luz sobre la natura de la fe, pues sería también un indicador de los deseos de vivificación que se despiertan en el corazón del pecador. Encontramos otros pasajes en este Evangelio que visan al pecado desde este ángulo en particular:

- “Si no creéis que Yo soy, en vuestros pecados moriréis” (8:24).
- “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece” (9:41).
- “Si Yo no hubiere venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado” (15:22).
- “Si Yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado” (15:24).

Así pues, debemos leer las palabras de 16:9 a la luz de este repetido y creciente testimonio:

- “Él convencerá al mundo de pecado...porque no creyeron en Mí” (16:8, 9).

La segunda cláusula en este testimonio del Espíritu es concerniente con la *justicia*:

- “De *justicia*, por cuanto voy al Padre, y no Me veréis más” (16:10).

Debemos ser cuidadosos y no caer en la tentación de leer en las Escrituras aquello que sea el tema o sujeto de otras dispensaciones. En cuanto al Evangelio de Juan dice respecto y concierne, todo cuanto se dice acerca de la “justicia” se resume en estos dos versículos. Si vamos a la epístola de Romanos encontraremos en sus dieciséis capítulos treinta y seis ocurrencias de la palabra *dikaiosune* “justicia”, y si se hallasen las palabras “Convicto...de justicia” en dicha epístola, hubiese sido imposible evitar la referencia a la gran doctrina de la justificación por fe. Juan, sin embargo, no dice nada de esta doctrina, ni tampoco lo hacen los primeros doce capítulos de los Hechos de los Apóstoles, donde se da el “testimonio de aquellos que con Él estuvieron desde el principio”. La justificación por fe se expone por primera vez en el testimonio de Pablo, tal como se registra en el capítulo trece de los Hechos, y esta bendita doctrina es fundamental para el Evangelio de Cristo, como Romanos 1:16, 17 nos muestra. Vayamos a los primeros capítulos de los Hechos, para ver si es que el testimonio de Juan 16:8-15 encuentra algún lugar en sus registros.

Inmediatamente a seguir a la venida del Espíritu de Verdad en el día de Pentecostés, vemos a Pedro haciendo este anuncio:

- “Varones Israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales...prendisteis y matasteis por manos de iníquos, crucificándole; al cual Dios levantó...Sepa, pues, ciertamente toda la casa de Israel, que a éste Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:22-36).

Ahora observe el “convencimiento” del Espíritu:

- “Al oír esto, *se compungieron de corazón*, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿Qué haremos?” (Hechos 2:37).

El siguiente testimonio de los apóstoles, introduciendo la “justicia”, es la justicia de Aquel que fue al Padre, y nunca más se vio:

- “Vosotros negasteis al Santo y al Justo (*Dikaios*)...y matasteis al Autor de la Vida...por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes...Así que, arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:14-19).

Hasta aquí la obra del Espíritu ha sido la de “convencer”, con el resultado de que algunos fueron salvos. Ahora tenemos dos testimonios, los cuales resultan más bien en “condenación”, y pedimos atención al lector al cambio de expresión empleada para indicar este terrible resultado. En vez de quedarse “compungidos en sus corazones” se dice que “se enfurecieron”, y en vez de clamar preguntando “¿Qué haremos?” lo que hacen es atentar contra la vida de los apóstoles.

- “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole de un madero. A éste, Dios ha exaltado por Su diestra para ser Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos Suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:30-32).

Esta vez el *elengcho* del Espíritu denota “convicción”:

- “Ellos, oyendo esto, se enfurecían y querían matarlos” (Hechos 5:33).

Y de nuevo, después que Esteban hubo testificad, diciendo:

- “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros...y mataron a los que anunciaron la venida del Justo (*Dikaios*); de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores...oyendo estas cosas, *se enfurecían en sus corazones*...y apedreaban a Esteban” (Hechos 7:51-59).

Si Israel hubiese aceptado a su Mesías, no se habría “ido al Padre” como hizo, en consecuencia de su repudio.

La tercera cláusula del testimonio del Espíritu es la de *juicio*. En una referencia anterior el Señor había dicho:

- “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31).

En los Evangelios leemos del “príncipe de los demonios” (Mat.9:34; Marcos 3:22) y en Lucas leemos de Satán echando fuera a Satán. Este título “Príncipe” (gr. *Archon*) se utiliza de Satán en Mateo, Marcos y Efesios 2:2, y no se emplea de Cristo hasta que, en la Resurrección en gloria, los reinos de “este mundo” vengan a ser los reinos de nuestro Dios y de Su Cristo, donde Él es llamado por primera vez “el Príncipe de los Reyes de la tierra”. Sobrepuesto y en oposición este título de “Príncipe de este mundo” se halla el que se utiliza en Hechos 3:15 y 5:31, que es *Archehos*, una palabra que aparece tan solamente también en Hebreos 2:10 y 12:2 traducida “Autor”, en ambos casos asociado con el actual sufrimiento y la gloria futura. El reino del Señor no era de este mundo, los príncipes de este mundo crucificaron al Señor en ignorancia, y los reinos de este mundo no han de pasar a ser el reino del Señor sino hasta que llegue el Día del Señor. Sin embargo, en el milagro de “echar fuera” los demonios, había una anticipación del mundo venidero, cuando el propio Satán venga a ser “echado fuera”. Y en la exaltación de Cristo como el Príncipe de vida, se halla el juicio de este mundo y su príncipe.

Ha llegado a sugerirse, que, en este triple testimonio del Espíritu, lo que tenemos son tres desarrollos por separado de la verdad:

- (1) De Pecado. La inmediata reacción de Israel.
- (2) De Justicia. La gran doctrina de Pablo de la Justificación.
- (3) De Juicio. El Libro del Apocalipsis o Revelación.

Y ahora regresamos a Juan 16 para dar una palabra de paso concerniente a la segunda parte de la obra del Consolador. Éste Consolador debía guiar a los apóstoles a “toda la verdad”, y si al cierre del ministerio terrenal del Señor Él pudo decir “Todavía tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar”, es evidente que debemos procurar por dichas enseñanzas en las Escrituras inspiradas después del día de Pentecostés, y esas son: los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas, y el Apocalipsis o Revelación.

En los Hechos tenemos un gran énfasis puesto sobre el pecado de no creer en el Señor. En las epístolas de Pablo descubrimos lo que la “justicia” significa, y aprendemos de su asociación con la resurrección y exaltación de Cristo, y en el Apocalipsis ciertamente leemos del echar fuera a Satán y del juicio del mundo. La fe por tanto obedece a la declaración:

- “Dejando de lado la palabra del comienzo de Cristo, y yendo a perfección” (Hebr.6:1 Traducción del autor).

Un punto más para acabar. El Espíritu Santo no habla “de” o “desde” Sí Mismo. Él recibe y toma de las cosas de Cristo, y se las muestra a Su gente creyente. “Él Me glorificará” dijo el Salvador. No estamos tratando de juzgar aquellas reuniones y publicaciones que glorifican la obra del Espíritu Santo. Lo que hacemos es creer que la obra del Espíritu es más evidente donde Él se mantiene discretamente en la retaguardia y donde Cristo es exaltado. Su oficio es tomar y mostrarnos las cosas de Cristo. A seguir a esta revelación de la venida del Consolador, tenemos un registro de la perplejidad de los discípulos concerniente a las palabras del Señor, “todavía un poco” que ya hemos considerado anteriormente, y la última frase del

capítulo, puesta como está sobre el umbral del Santuario del capítulo diecisiete, son las palabras triunfales, “Pero confiad, Yo he vencido al mundo”.

Con estas palabras, por tanto, se nos preparamos para introducirnos en el Lugar Santísimo en cuanto al Hijo de Dios, entrando en comunión con el Padre cuando Su hora hubo llegado.

#### CAPÍTULO 14

#### “Quita tu calzado de tus pies”

#### **La Estructura del capítulo 17 en su totalidad y un estudio de la sección inicial (1-5)**

Aquí hemos preparado dos estudios al mismo tiempo: (1) la presente serie en el evangelio de Juan, (2) con una serie en la Profecía de Isaías, y así, los grandes capítulos, Juan 17 e Isaías 53, son expuestos en simultáneo. Ambos tienen íntimamente que ver con el Salvador, Su pensamiento interior y Su obra acabada, y a medida que nos introducimos en cualquiera de estos grandes pasajes, sentimos oír una voz que nos dice:

- “Quita tu calzado de tus pies, pues el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5).

Claro que, en un cierto sentido, “toda la escritura” es “santa” (Rom.1:2) y “sagrada” (2ª Timoteo 3:15), pero no es ningún menosprecio hacia la unidad completa de la Palabra de Dios que hablemos de algunas partes como siendo peculiarmente sagradas para el creyente. En este capítulo diecisiete se nos permite, igual que a Pedro, Jacobo y Juan en el jardín de Getsemaní, estar presentes al tiempo que el Hijo de Dios se transfigura entrando en perfecta comunión con el Padre. Bien podemos y debemos por causa de la verdad examinar el lenguaje que aquí se emplea, y no debemos escatimar ningún esfuerzo para capacitarnos y llegar a percibir el verdadero significado de estas palabras, si bien tenga que perdonárenos alguna hesitación tanto a la hora de hablar de gramática delante de una tan alta gloria que tenemos delante, como a la hora de intentar exhibir la estructura en la atmósfera de un tal Santuario.

Ya hemos dicho y demostrado que la enseñanza de los capítulos 13 a 16 se reúne en el diecisiete, y podrá demostrarse además, que, la mayoría del Prólogo (1:1-18), también se encuentra consagrado en este mismo capítulo. El Prólogo nos lleva de vuelta al “principio”, cuando la Palabra estaba “con Dios”. El capítulo 17 habla de “antes que el mundo fuese” y “antes de la fundación del mundo”. El Prólogo nos habla de la creación y encarnación, de la gracia y gloria; pero se deja y reserva para este capítulo el hablar del inalterable amor. El Prólogo nos habla del tiempo cuando la Palabra se hizo carne y habitó (tabernaculó) entre nosotros, y que vimos Su gloria; la Oración de Juan 17 nos pone de manifiesto que el creyente puede hacerse *uno* con el Padre y con el Hijo viendo y compartiendo Su gloria y Su amor.

Un peculiar aspecto de estas Escrituras que prefiguran el objetivo de las eras o edades es la vía en la cual predomina el número siete. Los siete días de la creación, el jubileo y descanso, las setenta semanas de Daniel 9, todo esto nos viene de inmediato al pensamiento. Nos sentimos en deuda por las pacientes investigaciones de R. McCormack que están expuestas en su libro, “*El Siete en la Escritura*” en los siguientes aspectos de este capítulo:

- “Al dividirlo en las más cortas completas frases que las leyes gramaticales permiten, se halla que contiene 7 párrafos o secciones, conteniendo cada sección siete frases. El número de palabras en cada sección es un múltiplo de 7; el número de letras en cada sección es un múltiplo de 7; siendo que el total de palabras en todo el capítulo sea de 490 (70 x 7) y 2. 079 letras (77 x 27 o 33)”.

La estructura expuesta no pretende ser exhaustiva, sin embargo sí que indica la disposición general del tema principal, el cual recae en una séptupla subdividida Introversión.

- “Estas cosas (palabras) habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado” (17:1).

“Estas cosas (palabras) habló Jesús”. – No debemos limitar “estas cosas” al cierre del capítulo 16, aunque es cierto que los pocos versículos finales tengan necesariamente un peso importante, pero antes bien debemos entender una referencia inclusiva a todo el discurso que comienza en 13:1. A seguir a la salida de Judas, desde la mitad, vienen las palabras: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él”, y estas palabras ciertamente vuelven a retomarse de nuevo en los versículos iniciales del capítulo 17,

Al tiempo que, en la declaración inicial, “La hora ha llegado”, se nos lleva de vuelta a las palabras del comienzo del capítulo 13, donde leemos, “Jesús sabía que Su hora había llegado”.

### Juan 17

A 1-5 LA GLORIA ANTES QUE EL MUNDO FUESE	<b>a</b> La hora ha llegado <b>b</b> Glorifica a Tu hijo <b>c</b> El Hijo – te glorifica a Ti <b>d</b> Eterna Vida <b>d</b> Vida eterna <b>c</b> Yo te he glorificado a Ti <b>b</b> Glorifícame Tú a Mí <b>a</b> Antes que el mundo fuese.
B 6-8 LA PALABRA Y LAS PALABRAS	<b>e</b> Los hombres dados. <b>f</b> La Palabra guardada. <b>g</b> Conocido. Dado. <b>f</b> Las Palabras recibidas <b>g</b> Han creído que Me enviaste
C 9-11. UNO.	<b>h i</b> Yo oro por ellos <b>j</b> No oro por el mundo <b>k l</b> Mío – Tuyo <b>m</b> Tuyo – Mío <b>h i</b> Ya no estoy más en el mundo <b>j</b> Estos están en el mundo <b>k l</b> Puedan ser Uno <b>m</b> Como nosotros somos.
D 12-16 GUARDADO	<b>n</b> Cuando estaba en el mundo Yo los guardaba <b>o</b> No son del mundo, como Yo tampoco soy del mundo
GUARDAR	<b>n</b> No los quites del mundo. Guárdalos <b>o</b> No son del mundo, como Yo tampoco soy del mundo.
B 17-20 TU PALABRA ES VERDAD	<b>p</b> Santifícalos por la verdad <b>p</b> Santifícame por la verdad <b>q</b> Oración por cuantos creen Sus palabras.
C 21-23 UNO	<b>r</b> Todos uno <b>s</b> Como Yo, Tú, Uno en Nosotros <b>t</b> El mundo crea. <b>s</b> Uno, Nosotros, ellos, Tú, en Mí.



A 24-26 GLORIA  
ANTES DE LA FUNDACIÓN  
DEL MUNDO

r Perfectos en Unidad  
t El mundo sepa.  
u Padre  
v Gloria a Mí da  
w Amor.

Sin importar dónde y cuáles sean las circunstancias en que fueron dichas, cualquiera de las palabras pronunciadas por el Hijo de Dios deberían siempre ser sopesadas e inclinar a Su gente creyente a darles una atención reverente y respetuosa. Cuánto más cuando pronunciadas en las circunstancias indicadas. Así pues, las palabras iniciales de Cristo aquí registradas, no pueden dejar de considerarse sino de suprema importancia, “Padre, la hora ha llegado”. Esta fatídica hora realmente nunca dejó de estar en vista a través de todo el registro del Evangelio de Juan. Descubrimos que estaba presente de una manera muy viva en los pensamientos del Señor, aun mismo en el tiempo de Su primer público milagro en las bodas de Caná, a esa “hora” se refirió hablando con Su madre, refiriendo con ello Su propia vida y actividades:

- “Mujer, ¿Qué tienes conmigo? Todavía no ha llegado Mi hora” (2:4).

Nuestro Señor no tan solo programó de manera consciente Su ministerio teniendo en vista dicha “hora”, sino que además ni Sus amigos ni Sus adversarios pudieron hacer nada para contrariarla.

- “Nadie le echó mano, pues todavía no había llegado Su hora” (7:30; vea también 8:20).

Aquí tenemos tres referencias negativas: La hora todavía no había llegado. En 13:1, 16:32 y 17:1 tenemos las tres correspondientes positivas referencias, “la hora había llegado”, “la hora viene”, “la hora ha llegado”; y a medio camino entre estos dos grupos viene el pasaje de 12:23-27.

El capítulo 12 encierra la primera mitad del Evangelio de Juan. La venida de los griegos y su deseo de “ver a Jesús” aparece produciendo una crisis en las experiencias del Señor. A partir de ese momento “la hora” se hace inminente:

- “¿Qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? (No) pues por esta causa he llegado a esta hora. (Antes bien, diré) Padre, glorifica Tu Nombre”.

El Señor no tan solamente habla de Su “hora”, sino que además utiliza la palabra *kairos*, periodo de tiempo, estación. Había un distinto elemento en el evangelio que el Señor predicó:

- “El tiempo (*kairos*) se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed el evangelio” (Marcos 1.15).

El Salvador utilizó esta palabra cuando dijo a Sus hermanos, “Mi tiempo no ha llegado todavía...Mi tiempo todavía no se ha cumplido” (7:6, 8). El hecho de que tanto con Su madre como posteriormente con Sus hermanos apartase de sí toda persuasión humana y aguardase firmemente el “tiempo” y la “hora” señalada por el Padre, es una lección que no debemos livianamente dejar pasar por alto. Es esta misma palabra *kairos* la que Pablo emplea cuando dijo: “A su debido tiempo Cristo murió por los impíos” (Rom.5:6).

La lección central que aprendemos de la prueba en la fe de Habacuc se conecta con este hecho del tiempo señalado:

- “La visión tardará aún por un tiempo (señalado), mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Habacuc 2:3).

Fue en la “plenitud del tiempo” (*chronos*) que Cristo vino a nacer (Gálatas 4:4). Ha de ser en el “cumplimiento de los tiempos” (*kairos*) que Él ha de cumplir Su gran obra de completa restauración (Efesios 1:10).

- “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” (Ecles.3:1).

Cada hijo de Dios puede de manera confidencial dirigirse al Padre y decir, “Mi tiempo está en Tus manos” (Salmo 31:15), y cuando nos damos cuenta que el Salmo fornece las palabras al Salvador en su agonizante expresión, “En Tus manos encomiendo Mi espíritu” (vea Lucas 23:46) nos percibimos de cuan plenamente comprendió el significado de los tiempos y estaciones que el Padre puso en Su sola potestad.

Es probablemente que el lector ya se haya dado cuenta que, en vez de utilizar términos particulares tales como “nacimiento”, “inicio del público ministerio”, “muerte sacrificial”, el registro del Evangelio de Juan foca su atención sobre el objetivo final de todo eso, esto es: La glorificación del Padre por el Hijo, y la glorificación del Hijo por el Padre. Donde nos encontramos con la “hora” por primera vez, también nos encontramos con la declaración diciendo que, entonces y ahí, “manifestó Su *gloria*” (2:11). Ya hemos citado las referencias en el capítulo doce, “La hora ha llegado para que el Hijo del Hombre sea *glorificado*”, “Padre, glorifica Tu nombre”, pero a estas referencias debemos añadir, “estas cosas dijo Isaías, cuando vio Su gloria, y habló de Él” (12:41). Debemos por tanto vincular Juan 13.1 con los versículos 31 y 32:

- “Cuando Jesús supo que Su hora había llegado...Ahora es el Hijo del hombre glorificado, y Dios es glorificado en Él. Si Dios es glorificado en Él, Dios también le glorificará a Él en Sí Mismo, y enseguida le glorificará” (Juan 13:1, 31, 32)

Y ahora volvemos atrás y completamos la declaración:

- “Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que también el Hijo te glorifique a Ti” (17:1).

¿Qué es esta glorificación del Hijo por el Padre, o del Padre por el Hijo? Ya hemos deducido algo en cuanto a sus implicaciones, y si observamos los restantes versículos de esta sección inicial descubriremos una más particular explicación. Esta sección inicial, tal como la estructura que iremos a dar indica, ocupa los primeros cinco versículos del capítulo. Los pasajes se desarrollan en una serie de declaraciones asociadas, la una siguiendo a la otra, y podrán ser mejor apreciadas si las exhibimos a la vista. A causa de la comparación repetiremos la primera referencia:

- “La hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que el Hijo también te glorifique a Ti” (17:1)

¿Cómo se cumple esto, y qué es lo que conlleva? “Igual que” o “así cómo”, la conexión de causa expresa por *Kathos* es esta, que la glorificación, *la final*, debe corresponder a *la inicial*, al envío, la preparación, y *el oficio* del Hijo” (Lucke).

- “Así como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (17:2).

¿Cómo debemos entender este don de “vida eterna”?

- “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, el Único Dios verdadero, y a Jesucristo, a Quien Tú has enviado” (17:3).

El siguiente versículo expande la idea de Cristo como el “enviado”:

- “Yo te he glorificado a Ti en la tierra; he acabado la obra que Tú Me diste para hacer” (17:4).

Aquí vemos claro que el Hijo glorificó al Padre al acabar la obra para la cual fue enviado que hiciese, y que esta obra incluía de manera muy particular el don de la vida eterna a todos cuantos le fueron dados al Hijo. La oración, no en tanto, no tan solo incluye la glorificación del Padre por el Hijo, sino además la glorificación del Hijo por el Padre. Por eso, el pasaje continúa diciendo: “Y ahora, oh Padre, glorifícame Tú a Mí contigo mismo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Esto debe por tanto incluir la Resurrección y la Ascensión, y una vez que se conecta de vuelta y nuevamente con el primer versículo, con eso aprendemos que Aquel que glorificó al Padre en la tierra, acabando la obra que se le dio que hiciera, aún más ha de glorificar al Padre en gloriosa Resurrección por la plena y completa realización de todo cuanto todavía permanecería por hacer antes que Dios pueda venir a ser “todo en todos”.

Algo de cuanto tenemos a la vista lo veremos más de cerca cuando consideremos los versículos 21 a 24, donde “la gloria que Tú Me diste”, dice el Hijo, “Yo les he dado” con el maravilloso objetivo de que “ellos sean uno, así como Nosotros somos Uno”.

### **El Don y el Propósito de la Vida Eterna**

El primer versículo contiene una declaración, “la hora ha llegado”, y una oración, “Glorifica a Tu Hijo”, y una secuencia, “para que Tu Hijo también te glorifique a Ti”. Que la importancia de estas palabras puede descubrirse con toda claridad en el versículo siguiente, se sugiere por el uso de la partícula *Kathos* “así como”, con la cual comienza el versículo 2.

Alford nos llama la atención para el comentario de Stier, y dice respecto al uso de *Kathos* en Rom.1:28 y 1ª Corint.1:16, donde no tan solo está el *tipo* sino además el fundamento o *base* de estas consecuencias:

- “Y *como* ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó...” (Rom.1:28).
- “En todas las cosas fuisteis enriquecidos...*así como* el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros” (1ª Cor.1:5, 6).

Esta más que crítica “hora” que había llegado tenía en vista la glorificación del Padre por el Hijo en armonía con el ejercicio de una autoridad que a Él le había sido dada, una autoridad que se extendía a “toda carne”, para que pudiese dar la vida eterna a todos cuantos le fueren dados al Hijo por el Padre. Estamos tratando con altos y sagrados temas, la Voluntad del Padre, la Obra de Su Hijo, y la Bendición de los redimidos.

“Como Tú le has dado a Él”. – Veamos la vía en la cual se utiliza este verbo “dar” en este capítulo diecisiete. Hay cuatro pasajes donde leemos que Cristo le da algo a Su gente: “Para que dé vida eterna” (17:2); “Yo les he dado Tus palabras” (17:8); “Yo les he dado Tu palabra” (17:14); “La gloria...Yo les he dado” (17:22). Aquí tenemos la vida eterna y la gloria, y además la palabra y las palabras de Dios dadas a los discípulos. Las restantes referencias son todas concernientes con aquello que el Padre le da al Hijo.

Consideremos algo más de la declaración inicial del versículo 2:

- “Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (17:2).

Aquí tenemos una autoridad universal, pero la bendición es limitada. Veamos más de cerca estas palabras de peso. De las varias palabras traducidas “poder” en el Nuevo Testamento castellano, hay dos de gran importancia. Estas son, *dunamis* y *exousia*. *Dunamis* puede ser reconocida en nuestra lengua como siendo emparentada de palabras castellanas tales como *dinámica*, *dinamita* etc., y la idea raíz de *dunamis* es “capacidad” “potencial”. Se emplea como sinónimo para “milagro” en la frase “obras maravillosas” o sencillamente “maravillas”, como se encuentra tantas veces en los Evangelios, y en general es bien traducida “poder” en el Nuevo Testamento castellano. Esta palabra se deriva de *exesti* “legal o libre”, y de ahí que contenga la idea de libertad, derecho o autoridad. Cremer dice:

- “Una vez que *exesti* anula y niega la presencia de un obstáculo, bien puede utilizarse tanto de la capacidad, como del derecho o de hacer una acción cierta y correcta”.

Es esta palabra *exousia*, indicando “derecho” o “autoridad”, y no *dunamis*, que sería el puro o neto “poder”, la que se emplea en Juan 17:2. “Les enseñaba como quien tiene *autoridad*” (Mat.7:29). “Yo soy un hombre bajo *autoridad*” (Mat.8:9). “¿Con qué (o a través de qué) *autoridad* haces Tú estas cosas?” (Mat.21:23). “Toda *potestad* Me ha sido dada” (Mat.28:18). Esta es la palabra que se emplea en referencia a los magistrados terrenales, “autoridades superiores” (Rom.13:1).

El Salvador no tan solo habló como alguien que tenía “autoridad”, sino que además dicha autoridad se extendía a Su “poder” sobre la tierra para perdonar los pecados (Mat.9:6); Su “autoridad” sobre los espíritus inmundos (Marcos 1:27); y la enfermedad (Marcos 3:15).

Limitándonos ahora al Evangelio de Juan, tenemos las siguientes ocurrencias y usos de *exousia* en relación al Hijo de Dios:

- “Les dio *potestad* (el derecho o autoridad) de ser hechos hijos de Dios” (1:12).
- “Como el Padre tiene vida en Sí Mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en Él Mismo; y también le dio *autoridad* de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (5:26, 27).

- “Por eso Me ama el Padre, porque Yo pongo Mi vida para volverla a tomar. Nadie Me la quita, sino que Yo de Mí Mismo la pongo. Tengo *poder* para ponerla, y tengo *poder* para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de Mi Padre” (10:17, 18).
- “Como le has dado *potestad* sobre toda carne” (17:2).

Por otros pasajes aprendemos que Satán tenía una “autoridad” de la cual han sido los redimidos librados (Hechos 26:18; Colos.1:13), y que hay “autoridades” antagonistas a la Iglesia (Efesios 6:12). Además, al tiempo del fin, el Dragón ha de darle su trono y su gran autoridad a la Bestia (Apoc.13:2), pero dichas “autoridades y potestades” se hallan aun al día de hoy sujetas a Cristo (1ª Pedro 3:22; Colos.2:10; Efesios 1:21), y finalmente ha de venir a escucharse una gran voz proclamando:

- “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la AUTORIDAD de Su Cristo” (Apoc.12:10).

Cristo por tanto posee “toda la autoridad tanto en el cielo como en la tierra”, y esta autoridad se extiende y va más allá de los límites de la humanidad, e incluye todas las demás autoridades y poderes tanto angelicales como Satánicas. En Juan 17 el Salvador limita la extensión de esta autoridad a “toda carne”, esto dice respecto al hombre, sin tener en cuenta cualquier distinción o raza o credo. Además contempla al hombre en su debilidad natural, “toda carne es como hierba” (Isaías 40:6), pero cualesquiera que puedan ser las muchas asociaciones, todos son nombrados por el término “toda carne”, tanto si es la extrema amplitud de dicha autoridad que abarca a cada hijo de Adán, tanto si considera la efectiva inutilidad de la “carne” cuando se trata con los asuntos del Espíritu, o tanto si tiene en vista la enemistad de todos cuantos puedan ser caracterizados como “carne”, todo se halla bajo la autoridad del Hijo de Dios.

El lector probablemente recordará la parábola del “Tesoro Escondido” en Mateo 13. El hombre que encontró un Tesoro Escondido en un campo compró dicho campo para poder tomar posesión del tesoro que contenía. Si le permitimos al principio de interpretación que dice “El campo es el mundo” para con Juan 17:2, percibiremos que la autoridad ejercida por Cristo sobre “toda carne” se debía a que Él pudiera darle vida eterna a los elegidos, esto es, aquellos que le fueron dados por el Padre. “Dios amó tanto al mundo”, este es el campo, esto es “toda carne”, para que, cualquiera que crea en el Hijo, tuviese vida eterna. Esta es la enseñanza de este segundo versículo, este es el “tesoro” a causa del cual se compró *todo aquel campo*. Aquí tenemos la síntesis de dos aparentes contradictorios grupos de pasajes en el Evangelio de Juan. En el décimo capítulo, donde se emplea la figura de la oveja, el Señor declaró:

- “Mi Padre, que Me las dio, es mayor que todos” (10:29).

Hubo algunos que estando delante de Él le oyeron decir:

- “Vosotros no creéis, porque no sois de Mis ovejas” (10:26).

Otra vez, después de reprender a la multitud a causa de la incredulidad, Cristo dijo:

- “Todo lo que el Padre Me da, vendrá a Mí; y al que a Mí viene, no le echo fuera” (6:37).

Esta línea de verdad se amplifica posteriormente en el versículo 39, donde leemos:

- “Y esta es la voluntad del Padre, Aquel que Me envió: Que de todo lo que Me diere, no pierda Yo nada, sino que lo resucite el día postrero”.

A esto mismo se refirió el Salvador cuando dijo:

- “Yo los guardaba en Tu nombre, a los que Me diste, Yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (17:12).

Muchos pasajes de Escritura que superficialmente parecen enseñar la Salvación Universal podremos ver que recaen en línea con Juan 17:2. Al Hijo le fue dada autoridad sobre “toda carne”, para que diese *vida eterna* a todos cuantos el Padre le dio. ¿Qué es la “vida eterna”? Bien podríamos dedicarnos a ver el uso de la palabra traducida “eterna” y demostrar que se refiere a las Edades que están todavía por venir, pero ahora y aquí estamos mayormente ocupándonos con el desarrollo actual de la verdad tal como se descubre en nuestro capítulo en sí. El versículo 3 retoma esta cuestión y nos da una respuesta, la cual, si bien deja la cuestión de lo “eterno” sin tocar, va más hondo en la verdad y revela el propósito por el cual es hecho este maravilloso don de la vida eterna:

- “Y esta es la vida eterna, *que* te conozcan a Ti, el único Dios verdadero. Y a Jesucristo, a Quien has enviado” (17:3).

La palabra “que” sirve de palo para toda obra en la lengua castellana y representa una gran variedad de significados gramaticales. En el campo de la traducción “que” se pone por no menos de veinticinco palabras griegas en la Versión Autorizada del Nuevo Testamento, y esto sin contar donde aparece por encima de una centena de veces indicando el caso de un nombre. Está claro que no podremos aquí hacer una gran exposición que fuese suficiente para dar ejemplos de esta enorme variedad, tan solo haremos mención del hecho para que el lector pueda estar alerta y darle la cuidadosa consideración a la importancia de esta palabra que aparece en Juan 17:3.

En 17:3 la palabra que se utiliza es *hina*, una conjunción que enfatiza el propósito o designio. Esto puede ser visto observando su uso en los versículos iniciales:

- “Glorifica a Tu Hijo *para que* Tu Hijo también te glorifique a Ti”.
- “Así como Tú le has dado a Él potestad sobre toda carne *para que* Él le diese vida eterna a todos cuantos Tú le has dado a Él”.
- “Y esta es la vida eterna, *para que* Te conozcan a Ti”

Si por tanto traducimos “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti”, la interpretación natural sería que, dicha vida eterna, es el resultado de conocer a Dios, sin embargo, es evidente que, de ese modo, cualquier otra palabra que no fuese *hina* se hallaría en el original. El hecho de que se emplee *hina*, eso indica que la vida Eterna se da con un objetivo, esto es, que aquellos cuantos la reciban puedan venir a conocer al único Dios verdadero, y a Jesucristo, a Quién Él envió. Posteriormente en este capítulo tenemos un pasaje similar:

- “Yo en ellos, y Tú en Mí, *para que* sean perfectos en unidad, y *para que* el mundo conozca que Tú Me enviaste” (17:23).

Aquí no son precisos más argumentos para probar que, la perfecta unidad del creyente con el Señor y de unos con otros, conlleva a que el mundo conozca que el reclamo de Cristo siendo el Enviado por el Padre es verdadero.

Así que a pesar de lo extraña que sea la traducción, debemos ser honestos en nuestro trato con la Palabra de Dios, y aquí vemos uno de los objetivos con el cual se garantiza la Vida de la Era perdurable al creyente. Durante las eras o edades venideras, aquellos que reciban este precioso don han de estar ocupados mayormente en “conocer” que el Padre es el Único Verdadero Dios, y “conociendo” a Jesucristo, a Quien Él envió. No es este el único pasaje que visa enfrente al futuro como un periodo donde se alcanza este bendito conocimiento. En el caso de Israel se encuentra expreso en pasajes tales como:

- “No harán mal ni dañarán en todo Mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).
- “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14).
- “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jeremías 31:34).

Este conocimiento que se asocia especialmente con la vida de las edades, es “para que te conozcan a Ti, *el único Dios Verdadero*, y a *Jesucristo*, a Quien Tú has enviado”. Dios es denominado “el único Dios Verdadero” (17:3), “el único *Sabio Dios*” (Rom.16:27, 1ª Tim.1:17, Judas 25); “El único y *Soberano Dios*” (Judas 4), y de Él se ha dicho que sea el “único que tiene *inmortalidad*” (1ª Timoteo 6:16), tan solo Él es “Santo” (Apoc.15:4). Dios es llamado “el vivo y verdadero Dios” en contraste con los ídolos (1ª Tesal.1:9); y de nuevo en la primera epístola de Juan:

- “Este es el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén” (1ª Juan 5:20, 21).

Aquí podremos observar que la “vida eterna” se asocia con “el verdadero Dios”, y con conocer “Aquel que es verdadero”, esto es, “en Aquel que es verdadero, en Su Hijo Jesucristo”. *Este Único*, concluye el apóstol, “Este Dios” que envió a Su Hijo Jesucristo, “Éste es el verdadero Dios” y conocer y creer a *Éste Único* y este hecho, “Esto es vida eterna”. Las palabras “verdadero” *alethinos* y “verdad” *aletheia* generalmente significan “antetipos”.

Por ejemplo la “gracia y verdad” que vinieron por Jesucristo, se contrasta con la ley, que no sería, sino la sombra de las buenas cosas venideras (1:17). El “verdadero” pan (6:32) se contrasta con el típico maná, el cual, aunque ofrecido desde el cielo, no da la vida eterna. De ahí que, en Hebreos, el “verdadero” tabernáculo y la figura del “verdadero” se refieran al tipo y ante-tipo. La presencia de la idolatría, en íntima proximidad con la referencia al verdadero Dios en 1ª Tesalonicenses 1:9 y 1ª Juan 5:20, 21, nos muestra que hay además la insistencia sobre la Realidad del Dios revelado a través de Cristo, en contraste con todos los falsos dioses.

El evangelio predicado por el apóstol Pablo lo denomina él propio como siendo “el evangelio de Dios” (Rom.1:1), pero es muy cuidadoso al añadir inmediatamente “concerniente a Su Hijo” (Rom.1:3), y su siguiente referencia al evangelio está en el versículo 9, donde lo denomina “el evangelio de Su Hijo”, y en el

versículo 16 es el evangelio de *Cristo* que es poder de *Dios* para salvación. La base de nuestra justificación es “la justicia de Dios” (Rom.1:17; 3:21, 22) pero esta se explica como siendo “la justicia de Dios que es por la fe de Jesucristo”. Para el pecador, hallar la justicia de Dios aparte de Cristo, vendría a ser cumplir el juicio o sentencia. El creyente disfruta la paz de Dios, pero es “a través de nuestro Señor Jesucristo” (Rom.5:1); ha sido salvo por la salvación de Dios, pero es Cristo Quien es el Salvador (Lucas 2:11; Filip.3:20; Tito 2:10, 13). El oficio Mediador de Cristo es el solo y único vínculo vital que junta al perdido pecador con el trono de Dios, Él es el Camino, Él es la Puerta, y Él así excluye cualquier otro camino o cualquier otra puerta. Haber aprendido esta lección es la lección de las eras o edades, esto es, la lección que ha de ser progresivamente aprendida cuando se otorgue y disfrute la vida eterna. Es el propósito supremo de los versículos iniciales de nuestro capítulo, así como además es el gran deseo de los versículos finales de la primera epístola de Juan. El verdadero Dios reconcilió consigo al creyente – pero ¿cómo lo hizo? “Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo” y del mismo modo que la reconciliación implica que los pecados de los reconciliados ya nos le fuesen imputados, las Escrituras además revelan que, de hecho, se le imputaron a Aquel Quien nunca conoció pecado, al propio Señor Jesucristo. En otro tiempo bajo la dispensación de la ley, eso es realmente todo lo que el hombre podía hacer. Pero nosotros en cambio “sabemos que el Hijo de Dios ha venido”. Él declara que “nadie viene al Padre” sino tan solo por Él Mismo. A Sus discípulos les dijo: “Vosotros creéis en Dios, creed también en Mí”, y “Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; Pedid”.

El Verdadero Dios es Aquel a Quien hemos sido reconciliados a través de Cristo, para nosotros, Él es el Verdadero Dios que se contrasta con el tipo y sombra, y Él es el Verdadero Dios en oposición a toda especie de idolatría. La vida eterna es una bendición de sí misma. Las glorias y bendiciones, los privilegios y regocijos que lleva consigo dicha vida asociados, superan con creces nuestras actuales capacidades mentales, sin embargo, aquí tenemos uno de los grandes y fundamentales resultados de este preciadísimo don tan amplio, esto es, un conocimiento que da comienzo aun ahora al presente, a pesar de toda nuestra debilidad e insuficiencia, pero que no deja de ser sino un relance de la corona y objetivo de la tal vida que es realmente vida.

### **El Nombre Manifiesto (17:6-8)**

En la estructura, la sección “B 6-8” se denomina “La Palabra y las Palabras”. “Han guardado Tu *palabra*”; “Yo les he dado *las palabras* que Tú Me diste”. Este solemne momento en la obra Mediadora de nuestro Señor fue un instante en el cual pasó en revista ante el Padre las cosas que Él había realizado. Si Sus siervos deben considerarse a sí mismos “mayordomos” y recordar que a un mayordomo se le exige que venga a ser hallado “fiel”, ¿cuánto más no ha de ser verdad que este Cristo sea “El Fiel y Verdadero”? Pongamos atención con humildad y mansedumbre al recuento que hace a Quién le envió de Su Mayordomía en nuestro respaldo:

“Yo *he* glorificado Tu nombre en la tierra”; “*He* acabado la obra que Tú Me diste”; “*He* manifestado Tu Nombre”; “Les *he* dado las palabras que Tú Me diste”; “Así como Tú Me enviaste al mundo, así los *he* enviado Yo a ellos al mundo”; “Yo Me *he* santificado”; “Yo *oro*...también por aquellos que han de venir a creer en Mí...para que también sean uno”; “La gloria...Yo les *he* dado”; “Yo les *he* declarado Tu nombre” (17:4-8, 18-26).



Ahora estamos mejor capacitados para proveer un esquema un poco más completo de los versículos 6-8 que antes cuando consideramos la estructura en su totalidad, y para que nos podamos beneficiar de su guía durante nuestro estudio, ahora la daremos aquí

- A 6-                    **a** Yo he manifestado Tu Nombre  
                              **b** A cuantos Tú Me diste.  
      B 6, 7                Han guardado  
                              Han conocido  
                              Tú Me diste.
- A 8-                    **a** Yo les he dado las palabras  
                              **b** que Tú Me diste.  
      B -8.                Han recibido  
                              Han conocido de verdad  
                              Han creído...Tú Me enviaste.

¿No podemos ver por esta correspondencia que no estaría lejos de la verdad afirmar, que, el supremo oficio de toda la Escritura, sea el de manifestar el Nombre de Dios? siendo que el nombre sea un símbolo, las Escrituras la explicación y aplicación de dicho símbolo al punto que perdure y lo permitan las limitaciones de nuestra presente condición.

Aquí se puede ver que es una alternancia de revelación con el consecuente recibimiento y garantía. La revelación se expresa de dos maneras: la manifestación del Nombre y el don de las palabras que a Él le fueron dadas. Esta dupla revelación debe ahora ser examinada, especialmente, una vez que ocupa tan importante lugar en la consideración del Salvador, y debido a los resultados que se adscriben a su aceptación.

El verbo *phaneroo* “manifestar” aparece doce veces en los Evangelios. Tres ocurrencias se encuentran en Mateo, y las nueve restantes en el Evangelio de Juan. La palabra aparece también nueve veces en la primera epístola de Juan. Tan solo hay un libro más en el Nuevo Testamento donde se encuentra un tal número de ocurrencias (9), y es en 2ª Corintios. En el resto del nuevo Testamento todo lo que hallamos es una, dos, tres, y un máximo de cuatro ocurrencias en cualquiera de sus libros. El Evangelio que comienza con el nombre y oficio de “La Palabra” debe ser, si es que el resto del libro esté cierto con esta inicial doctrina, un evangelio de manifestación. Por eso “La Palabra se hizo carne”, “declaró” a Dios. Por Sus milagros fueron puestas de manifiesto “las obras de Dios” (9:3); y a través de Su ministerio, tanto por palabra y hecho, Él manifestó “el nombre del Padre”.

Él era el unigénito del Padre (1:14) y estaba en el seno del Padre (1:18). Él vino en el nombre de Su Padre, y por el Padre fue sellado (5:43; 6:27). Reclamó haber sido enseñado del Padre, y que siempre disfrutaba la presencia del Padre (8:28, 29). Reclamó tener consigo un conocimiento del Padre, así como el Padre también le conocía a Él (10:15). En la segunda mitad del Evangelio se hace más evidente la unidad del Hijo con el Padre, y la consecuente manifestación en Él de la gloriosa plenitud del carácter del Padre:

- “Si vosotros Me conociereis a MÍ, también a MI PADRE conoceríais; y desde ahora LE CONOCÉIS, y le habéis VISTO”. Aquel que ME HA VISTO A MÍ ha VISTO AL PADRE, ¿cómo dices tú, muéstranos al Padre?” (14:7, 9).

En los capítulos de Juan 14-16, no encontramos “el Nombre” asociado con el Padre, la expresión “Mi Nombre” aparece en dichos capítulos ocho veces y siempre se refiere a Cristo. Sin embargo, en el capítulo 17, “el Nombre” nunca se asocia con el Hijo, sino que en los cuatro pasajes donde aparece se utiliza con referencia al Padre:

A 6 “Yo he *manifestado* Tu Nombre”.

B 11 “*Guárdalos* en Tu Nombre”.

B 12 “Yo los *guardaba* en Tu Nombre”.

A 26 “Yo les he *dado a conocer* Tu Nombre”.

En la manifestación del Nombre “Padre, Cristo el Hijo ha revelado la palabra única que representa Toda la Plenitud. Si pensamos en los muchos y gloriosos títulos que se han empleado para revelar el carácter y los atributos de Dios, percibiremos que todos, tanto sea Elohim o Jehová, tanto si el Creador o El Shaddai, todos hallan su completa expresión y realización en el título del Nuevo Testamento “El Padre”. Pero si, no en tanto, recordamos que Cristo utilizó las palabras “Mi Padre” cuando hablaba de la relación que mantenían, y que les enseñó a Sus discípulos a decir, “Padre nuestro” cuando hablaba de dicha relación, entonces, Su Misma gloriosa distinción y la íntima comunión que mantenían llegan a percibirse de manera más clara y son plenamente cubiertas por el completo título “El Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Toda la doctrina se resume y reúne en el título “Padre”. Expresa el objetivo de las edades como ningún otro título puede hacerlo. El título Rey, o Sacerdote, o Creador, todos tienen sus propias connotaciones, pero son limitados, el objetivo de las edades es cuando el Hijo le entregue el reino a Dios, EL PADRE (1ª Cor.15.24). Toda la doctrina que pertenece a nuestra salvación se resume en el título “Padre”. Cada teoría de la expiación debe permanecer o caer por el estándar de 1ª Juan 4.14, “El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo”.

El “poder” en gracia o la “autoridad” que capacita a los creyentes a venir a ser “hijos de Dios” (Juan 1:12), la gracia que debe ser presupuesta antes que cualquier pecador pueda mirar al cielo y clamar “Abba Padre” (Rom.8:15; Gál.4:6), el acceso que nos guía al Padre (efesios 2.18), la unidad del Espíritu que concluye con las palabras “un solo Dios y Padre de todos” (Efesios 4:6), todos estos y muchos más pasajes similares nos muestran cuan plenamente este título incluye y corona toda doctrina. En el asunto de la oración, el clamor único “Padre” incluye cada petición y cubre toda necesidad. Es algo más que una gloriosa verdad que lo más importante en la obra que el Hijo cumplió se hallaba la manifestación del Nombre de Su Padre.

En los tiempos modernos y actuales hemos perdido mucho del significado de un Nombre. Podemos citar a Shakespeare fuera de contexto y pensar que expresamos una profunda filosofía cuando decimos, “¿Qué es un nombre?” pero aun mismo una superficial aquiescencia con las obras de Shakespeare nos corregiría de una tan falsa idea.

- “Aquellos que conozcan Tu nombre pondrán su confianza en Ti” (Salmo 9:10).
- “El nombre del Dios de Jacob te defienda” (Salmo 20:1).
- “En el nombre de nuestro Dios...nosotros del nombre de nuestro Dios tendremos memoria” (Salmo 20:5, 7).
- “Me guiará por sendas de justicia por amor de Su nombre” (23:3).
- “Torre fuerte es el nombre de Jehová; a Él correrá el justo y será levantado” (Prov.18:10).

Tal es el testimonio de la Escritura, y el número de referencias es muy grande. Un nombre que se dé correctamente es la suma todos los atributos. El nombre de Dios revelado en su plenitud en Cristo como el Padre es la suma de toda verdad revelada. Al igual que los apóstoles de la antigüedad, pero con mayor significado que ellos pudieron tener al tiempo entendido, nosotros podemos decir, “Muéstranos al Padre, y nos basta”.

En este capítulo diecisiete de Juan se utilizan dos palabras calificativas con el título “Padre”. En el versículo 11 “Padre Santo”, y en el versículo 25 “Padre Justo”. Anteriormente ya habían aparecido los títulos “Padre Celestial” y “Nuestro Padre que estás en el cielo”, y en Mateo 11:25 el título añadido “Oh Padre, Señor del cielo y la tierra”. En las epístolas tenemos los títulos “Padre de misericordias”, “Padre de gloria”, “Padre de los espíritus”, y “Padre de luz” (2ª Cor.1:3; Efes.1:17; Hebr.12:9, y Santiago 1:17). Cada uno de estos títulos contiene un más pleno significado leyéndolo con su contexto.

El título “Padre Celestial” lo encontramos por primera vez en Mateo 6, y en un contexto donde la ansiedad natural del creyente concerniente a las necesidades de la vida está totalmente suplida y cubierta por el hecho de que su Padre celestial, Quien alimenta aun mismo a las aves del cielo, conoce más plenamente cada una de ellas.

La segunda epístola a los Corintios es una epístola de angustias y sufrimiento, de ignominia y vergüenza (1:5-10; 4:8-11; 6:4-10; 11:23-33). En una epístola que se puntúa toda ella con tales abrumadores pesares, con una tal presión que lleva al desespero aun mismo de la propia vida en sí (1:8), nos encontramos los títulos “el Padre de misericordias, y el Dios de toda consolación” (1:3). Por eso en la enseñanza del contexto nos ilumina cada y todas las referencias restantes que nos da abriéndonos el tesoro del título “Padre”.

La estructura de la sección que estamos examinando ubica en correspondencia con “la manifestación del nombre”, “el darles las palabras”, “Pues Yo les he dado las “palabras” que Tú Me diste”. Es necesario distinguir las dos palabras traducidas “palabra” y “palabras”. *Logos* se encuentra en los versículos 6, 14, 17 y 20. “Ellos han guardado tu palabra”, “Tu palabra es verdad”, “la palabra de ellos”. En el versículo que estamos considerando, sin embargo, la palabra griega traducida “palabras” es *rhema*. *Rhema* dice respecto a un dicho, a un relato o discurso como un todo, y al tiempo que *logos* aparece en el Evangelio de Juan unas cuarenta veces, *rhema* nos aparece tan solo doce veces.

En varios pasajes *logos* y *rhema* aparecen juntas o en próxima relación:

- “Dura es esta palabra (*logos*)...las palabras (*rhema*) que Yo os he hablado, son espíritu y son vida” (6:60, 63).
- “¿Por qué no entendéis Mi lenguaje? Porque no podéis escuchar Mi palabra (*logos*)...El que es de Dios, las palabras (*rhema*) de Dios oye” (8:43, 47).
- “El que Me rechaza, y no recibe Mis palabras (*rhema*), tiene Quien le juzgue; la palabra (*logos*) que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (12:48).

Es extremadamente difícil, sin una gran elaboración o dando muchos ejemplos, establecer la diferencia entre *logos* y *rhema*, pero una sugerencia de Cremer podrá ser suficiente para dicho propósito. Él dice de *rhema*: “denota la palabra como siendo la expresa *voluntad*, mientras que *logos* denota el *pensamiento*”

expreso. Si bien las dos coincidan a menudo, especialmente en el griego Bíblico, la distinción nunca desaparece totalmente, y así, *logos* y *rhema* se distinguen como el *consejo* y la *voluntad*".

Tal vez se pueda decir que el *logos* sea el "relato" completo, mientras que el *rhema* sea la repetida "apertura" y "exposición" de dicho relato. Tanto Cristo como las Escrituras son a una la dada y completa "Palabra" (*logos*), sin embargo, la subsecuente predica y enseñanza de dicha Palabra dada es el *rhema*. Somos conscientes de que este intento de descripción sea muy pobre, y dé paso a muchas objeciones. La única vía de percibir la distinción entre las dos palabras es por la constante aplicación y consideración de las muchas referencias, pero esto es algo, claro está, que deberá hacer el propio lector por sí.

Si leemos los doce pasajes en el Evangelio de Juan donde se emplea *rhema* y mentalmente se sustituye "expresa voluntad" donde la traducción dice "palabras", podremos obtener algo de avance en cuanto a la apreciación del punto peculiar de cada pasaje. Si una persona no puede oír la expresa idea o *pensamiento* de Dios (8:43) tampoco podrá venir a escuchar la *voluntad* expresa de Dios (8:47). Aquel que repudia la expresa *voluntad* de Dios enseñada por Cristo, vendrá a ser juzgado por el expreso *pensamiento* de Dios que Él le habló y le manifestó por Su vida. De ahí que en Juan 17:6 podemos decir "Yo he manifestado Tu nombre a los que Tú me diste...y ellos han guardado Tu *pensamiento* expreso", al tiempo que en 17:8 podemos leer: "Porque Yo les he dado la expresa *voluntad* que Tú Me diste".

Veamos ahora las consecuencias conexas de esta actitud hacia la Palabra en las palabras de Dios:

- "Ahora han conocido que todas las cosas que Me has dado proceden de Ti" (17:7).

Una lectura superficial de esta declaración guía a un error. No se requiere una revelación para saber que cualquier cosa dada por una persona debe provenir de esa misma persona. Aquí, sin embargo, el Salvador está hablando de algo que Él ya sabía todo el tiempo, pero que los discípulos tan solo ahora estaban comenzando a reconocer. Este es el reconocimiento o tomada de conciencia que se manifiesta en Juan 16:30, 31 y se refiere aquí. Una paráfrasis del versículo expresa el significado del Señor:

- "Ahora, por fin, han reconocido aquello que Yo ya sabía desde el principio, esto es, que estas cosas que Yo he producido y enseñado a Tu mandato, todo proviene de Ti".

El versículo 7 no permanece solo por sí, el versículo 8 es una expansión de su enseñanza.

- "Porque las palabras que Me diste, les he dado"

Aquí tenemos un ejemplo concreto de las cosas "que Tú Me has dado a Mí".

- "Y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que (Yo) salí de Ti, y han creído que Tú Me enviaste" (17:8).

Aquí está el subsecuente reconocimiento de "cualquiera de las cosas que Tú me has dado, son Tuyas".

Esto no es más que el principio de un tremendo y maravilloso reclamo. En el versículo 10 toma un relieve aún más sorprendente, pero debemos considerarlo en su debido lugar. Los dos aspectos de esta sección que sobresalen en esta sección nos parecen ser:

- (1) La primera cosa enumerada por el Salvador haciendo el recuento de Su obra en vida “Yo he manifestado Tu nombre”.
- (2) Uno de los más importantes resultados de la manifestación del nombre del Padre se halla en la Palabra hablada por el Señor y desde entonces puesta por escrita por inspiración: “Yo les he dado las palabras que Tú Me diste”.

En cuanto a nosotros dice respecto, tomamos de corazón esta lección: que si el Salvador Mismo les dio a Sus discípulos las palabras que a Él le fueron dadas a transmitir, cuánto más necesario no ha de ser que guardemos íntimamente la Palabra que nos ha sido confiada a nuestra mayordomía. Un buen ejemplo de este espíritu es:

- “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras” (1ª Cor.15:3).

### **La Oración por Unidad (17:9-11) El Exclusivo Carácter de la Oración**

La primera declaración que hace el Señor cuando revisa Su mayordomía ante el Padre fue, “Yo les he manifestado Tu Nombre a los que Tú Me diste”. Ahora la oración del Señor es que Su gente sea guardada a través de dicho Nombre (17:11). Pero antes que podamos seguir adelante con nuestra exposición debemos observar y sopesar una importante alteración hecha por los Revisores.

- “Padre Santo, guarda a través de Tu propio Nombre aquellos que Tú Me has dado” (Versión Autorizada).
- “Padre Santo, guárdalos en Tu Nombre que Tú Me has dado” (Versión Revisada).

Podremos observar que la lectura posterior introduce un nuevo y maravilloso pensamiento, que es, en el Nombre que el Padre le ha dado al Hijo en el cual Su gente es guardada.

Hay una preponderancia de evidencias indicando que esta nueva lectura es la más antigua y mejor atestada, y por tanto nosotros aceptamos esta como el verdadero texto sin que tengamos que sobrecargar nuestras páginas con referencias a los manuscritos griegos. Puede servir de ayuda recordarle al lector que una de las Resoluciones adoptadas por la Convocación de Canterbury dice.

- “No hacer o retener mudanzas en el texto sobre la segunda y final revisión por cada compañía, excepto si dos tercios de los presentes aprueban dicha mudanza”.

El lector puede asegurarse mejor observando el comentario en *La Companion Bible*:

- “*Quienes*. Todos los textos dicen “que” refiriendo al “nombre”: esto es “Guárdalos a través de Tu nombre (aquel) *que* Tú Me has dado” Compruebe en Éxodo 23:21, Isaías 9:6, Filip.2:9, 10; Apoc.19:12.

Adoptando por tanto, como debemos, la Versión Revisada, otro más luminoso paralelo nos viene a la vista. En el versículo 22, leemos:

- “Y la gloria que Tú Me diste Yo les he dado a ellos; para que sean uno, como nosotros somos uno” (17:11 R.V.).

Un relance en la estructura del capítulo 17, que dimos anteriormente, nos muestra que los versículos 9-11 están en correspondencia estructural con los versículos 21-23, y que ambas secciones están bajo la denominación “UNO”. Ahora vemos una posterior y más plena razón por este paralelo.

“Padre Santo, guárdalos en Tu nombre que Tú Me has dado\* a Mí, *para que ellos sean uno, como nosotros somos* (17:11 R.V.).

“La gloria que Tú Me has dado Yo les he dado\* a ellos; *para que sean uno, así como nosotros somos uno*” (17:22 R.V.).

\*pretérito perfecto en ambos casos, y deben traducirse por igual.

En el primer caso, la oración del Señor es, “no por el mundo” sino por aquella pequeña compañía de creyentes que a Él le había sido dada de entre el mundo. En el segundo caso, la oración se alarga incluyendo a todos cuantos vendrían a creer posteriormente, y, finalmente, abarca al mundo, para que puedan creer que el Padre le había a Él enviado. En el primer caso es el Nombre que había sido dado, en el segundo caso es la Gloria que había sido dada. La “Unidad” de ambas secciones es la misma: “Para que sean uno, como nosotros somos” (17:11); “Para que sean uno, así como nosotros somos uno” (17:22). A seguir a la segunda referencia, cuando todos los creyentes son visados y el mundo en sí finalmente crea, entonces la unidad procurada y por la cual se ora está más plenamente expresada:

- “Yo en ellos, y Tú en Mí, *para que sean perfectos en Unidad*” (17:23 traducción del autor).

Este es un tema maravilloso. Abarca conteniendo el aspecto interno del propósito de las Edades, da otra característica al objetivo predicho en 1ª Corintios 15:28. Ilumina, además, el problema que surge en el pensamiento en cuanto a porqué Dios, siendo todopoderoso, creó alguna vez el mundo. Estos tremendos temas han de comprenderse mejor en su debido lugar. Habiendo llamado la atención para la necesidad de revisar la Versión Autorizada en el versículo 11, ahora debemos regresar a los versículos 9-11, y considerarlos en una exposición ordenada.

“Yo oro por ellos” (vers.9). Aquí la palabra que se emplea para orar es *erotao* y el Dr. Bullinger nos hace esta observación en su Léxico:

- “Interceder, pedir, implicando familiaridad, si no mismo igualdad; de ahí que nunca se utilice de nuestras oraciones a Dios, al tiempo que se emplea de las oraciones de Cristo al Padre (Juan 14:16, 16:26, 17:9, 15, 20)”

Debemos además recordar que mientras que el Señor enseñó a Sus discípulos a decir “Padre nuestro”, Él propio nunca se asoció en Sí Mismo con ellos de ese modo en oración. Nunca empleó las palabras “Nuestro Padre”. Note en este caso el extremo cuidado en la selección de términos en Juan 20:17:

- “Yo asciendo a Mi Padre, y vuestro Padre; y a Mi Dios, y vuestro Dios”.

Él no pudo haber dicho: “Yo asciendo a nuestro Padre y nuestro Dios” por causa de Su Propio y glorioso oficio Mediador que envolvía el gran misterio de la piedad: “Dios fue manifiesto en la carne”.

Observemos que hay una posterior expansión del peculiar carácter de la actitud del Señor en la oración en 17:24: “Padre Yo quiero”. ¿Qué alma mortal, por muy santificada que sea, se atrevería a acercarse a la Divina Presencia con las palabras, “Yo quiero” en sus labios o en su corazón?

“Yo no oro por el mundo”. La Confesión Westminster cita el versículo 9 como una prueba textual para la doctrina Calvinista, “que la expiación de Cristo, y las subsecuentes bendiciones son hechas tan solamente para los elegidos”. Stewart, en su *La Confesión Westminster Examinada* se opone a este punto de vista, y dice en su lugar: “Observe primeramente que, algo así, sería monstruoso. ¿Podría Cristo orar por Sus propios asesinos estando ya en la cruz, y al mismo tiempo recusarse a orar por el mundo?... ¿Podría llorar sobre los hijos e hijas de Judea, que estaban próximos a ser destruidos y decir: “como hubiese querido reuniros debajo de mis alas y que oyeseis mis suplicas”, y al mismo tiempo no orar por ellos? ¿Podrían las Escrituras inclinar a todos los hombres al deber de la oración, y habrían podido todos los hombres buenos en todas las edades haber orado por el mundo, y sin embargo el propio Cristo se recusó a hacerlo?...En el versículo 20 dice: “Yo no oro tan solo por estos (demostrando que en la parte anterior, Él sí oró *solo* por ellos) sino además por aquellos que irán a creer en Mí por la palabra de ellos...”. En segundo lugar – Para entender la oración del Salvador debemos observar su orden gradual. Comienza primero a orar por Sí Mismo (vers.1-5); a seguir, desde el versículo 16 al 19, ora por Sus discípulos; en los versículos 21-23, se alarga y abarca al mundo”.

Calvino explica el versículo 9 como refiriéndose a los elegidos, pero cuando llega al versículo 20, pasa a ser y se vuelve benditamente inconsistente, diciendo:

- “Él ahora da un espacio mucho más amplio a su oración, *la cual, hasta aquí, había incluido tan solo los apóstoles*”.

Llegaremos a ver más de cerca la intención del Salvador, y libraremos al pasaje de este terrible malentendido Calvinista, si lo leemos del siguiente modo:

“Yo *ahora* no estoy orando por el mundo” con la idea implicada, “si bien que, a su debido tiempo, he de orar por el mundo”. El lector recordará que en nuestra exposición de Juan 13 a 16 llamamos la atención, y de manera repetida, al hecho de que una gran parte en dichos capítulos que se ha tomado como de la Iglesia mayormente, fue primariamente prometido y referido de, los apóstoles, y que tan solo de una manera secundaria y en un más amplio sentido podrían estos capítulos aplicarse a los creyentes en general.

El hecho que debemos observar es que, aquí, tanto en el capítulo 17, del mismo modo que en 13 a 16, el entrenamiento, la preservación, el equipamiento y la unidad de “Los Doce” es preponderante. Otros vendrían posteriormente a creer, pero lo harían “por la palabra de ellos” (17:20).

Si un peso tan grande se cuelga así de un hilo tan delgado, ¿Sería tan extraño que el Señor le diese tanta atención a estos frágiles instrumentos que Él había escogido para tan gigantesca labor? Se debe a que

el Señor *no se haya olvidado* de las subsecuentes edades y generaciones, que los capítulos 13 a 17 sean tan exclusivamente dirigidos a la pequeña compañía de discípulos reunidos a Su lado. Una leyenda tiene consigo, que a seguir a la Ascensión, un ángel le preguntó al Señor, ¿Qué planes has hecho para la continuación y expansión de la gran obra sobre la tierra? Y el Señor replicó: “He escogido a doce hombres”. Pero, dijo el ángel, “suponte que fracasan, ¿qué otros planes has hecho?” “No tengo otro”, respondió el Señor, y la verdad de esta extraña leyenda inunda estos sagrados capítulos del Evangelio de Juan.

- “Yo oro...por los que Tú Me has dado, porque Tuyo son” (17.9).

Él los había “llamado” (Mateo 4.21), Él los había “escogido” (Lucas 6:13; Hechos 1.2), él los había “ordenado” (Juan 15:16), Él les había asegurado su investimento de lo Alto (14:16-18; 16:7-15), pero este llamamiento, esta selección, esta ordenación de los doce estaba en plena armonía con el hecho primario de haber sido ellos el don de Dios para Él y a Su servicio. Una vez que dice “porque tuyos son”, el Salvador, en bendito desprendimiento, dice a seguir, “y todo lo Mío es Tuyo” – y esto mismo es lo que debe cada pecador salvo reconocer – pero estas humildes palabras son seguidas por un clamor que nadie a no ser el Hijo de Dios podría pronunciar. “Y todo lo Tuyo, Mío, y” continuó diciendo el Señor, “Yo soy en ellos glorificado”. De este modo prepara el Salvador nuestros corazones y mentes para poder apreciar algo de Su glorioso significado cuando oró diciendo, “para que sean uno, así como Nosotros somos”; una tal unidad no conoce distinción entre “Mío” y “Tuyo”, un aspecto de la unidad cristiana muy poco aprendido o comprendido.

Habiendo preparado el camino ahora iremos a examinar el gran propósito de la oración del Salvador confiando que la preparación de mente y corazón que debería resultar de la examinación del pasaje hasta ahora llevado ha de permanecer con el lector y acompañarle a medida que proseguimos el estudio.

### **El Poder protector del “Nombre” y la Unidad (17:11)**

Ya hemos visto por el versículo 9 que el primer pensamiento y oración del Salvador en esta gran crisis se dirigió a los apóstoles, el pequeño núcleo, la diminuta simiente que eventualmente guiaría al mundo en sí a “creer” y a “conocer” que Él realmente era el “Enviado” (17.21, 23).

Ahora iremos en nuestro estudio de estas palabras de portento y promesa al versículo 11.

- “Y ahora Yo ya no estoy más en el mundo, pero estos están en el mundo, y Yo voy a Ti” (17:11).

¿En qué sentido pudo el Señor haber dicho, “Yo no estoy en el mundo”, si todavía se hallaba en la agonía del Getsemaní, y todavía le aguardaba el sacrificio, la crucifixión y la muerte? ¿Cómo es posible que dijera “ya no estoy en el mundo” con las horas de agonía que tenía aun por delante? La dificultad nos la creamos nosotros mismos, porque le hemos permitido al concepto del “espacio” sobreponerse al del “carácter” cuando pensamos del término “mundo”.

Es cierto que en algunos casos la palabra es sinónima con “creación” (Rom.1:20), sin embargo, en la mayoría de los casos, la palabra tiene una connotación moral, y especialmente sucede así en el Evangelio de Juan.



“El mundo” que a Él no le conoció (1:10), cuyo “pecado” Él vino a quitar (1:29), el “mundo” al cual tanto amó Dios (3:16), y del cual vino Cristo a ser el Salvador (4:42), el “mundo” cuyo príncipe nada tenía que ver con Él (14:30), y al cual el Señor había vencido (16:33), este “mundo” no puede ser la tierra con sus manifestaciones repletas de Creatividad en poder y sabiduría, sino que se refiere al “mundo” en un sentido moral, y particularmente en su alienación o separación de Dios. Este “mundo” tiene su “curso de duración” o “edad” y es por tanto posible estar “en el mundo” y sin embargo “no ser de él” (17:14 y 16). La sección interna de este Evangelio que comienza con el capítulo 13, resalta el hecho de que “la hora había llegado” y además, tan confiado y seguro estaba el Salvador de haber finalizado ya la obra que el Padre le había dado que hiciese, que bien pudo decir, antes de llegar al Calvario, “He acabado la obra que Tú Me diste para hacer” (17:4). Una tal actitud mental no es propia de un mortal, pues al hombre mortal se le avisa contra la vanagloria necia cuando se viste la armadura, como si estuviese en la posición de aquel que de ella se desviste, se le aconseja a evitar la idea de estar condenado, en caso de que caiga o fracase. Con el Salvador dichas contingencias no tienen cabida, es más fácil concebir que el sol deje de brillar mañana, que Él, el Único Santo, pudiera volverse atrás y abandonar Su bendito propósito y fracasar. Él ya no estaba en el mundo – pero Sus discípulos estaban, “estos están en el mundo”. Él ya los había prevenido anteriormente para aguardar el odio del mundo (15:18) y les está repitiendo el aviso:

- “Yo les he dado Tu palabra; y el mundo los ha repudiado, puesto que no son del mundo, así como tampoco Yo soy del mundo. Yo no oro para que los quites del mundo, sino para que Tú los guardes del mal” (17:14, 15).

“Y Yo ahora voy a Ti”. - Este es el pensamiento supremo en el testimonio del Salvador. Con esta idea comienza el capítulo 13, “había salido de Dios, y a Dios iba” (13:3). Con este pensamiento tapó la boca de sus críticos, “¿Y qué, si viereis al Hijo del Hombre ascender donde Él estaba primero?” (6:62). Con esta misma gloriosa consumación de Su obra en vista, había silenciado las dudas y problemas de Nicodemo (3:13) y, finalmente, fue el hecho bendito de la Ascensión que este pensamiento fuese el primer mensaje que Cristo Resucitado les envió a los Suyos: “Diles...Subo” (20:17).

El lector recordará que llamamos la atención para la lectura que hace la Versión Revisada de la porción restante del versículo 11.

- “Padre Santo, guárdalos en Tu nombre, el cual “nombre” Tú Me has dado a Mí” (17:11 R.V.).

Antes que investiguemos las Escrituras por iluminación sobre este “Nombre” que le había sido dado a Cristo, y por el cual los discípulos irían a ser guardados, veamos por las experiencias de Israel un presagio de esta gran verdad.

El registro de los tratos del Señor con Abraham, Isaac y Jacob, y además Sus tratos con Moisés e Israel revela la constante mediación de ángeles. Por eso, la ley se recibió por la disposición de ángeles (Hechos 7:53), y la desobediencia, y la transgresión de la palabra hablada por los ángeles recibió una muy severa retribución (Hebr.2:2). De vez en cuando, al Mediador angelical se le da títulos divinos, pero siempre que así sucede se nos da la explicación:

- “He aquí, Yo envío Mi ángel delante de ti...Mi nombre está en él” (Éxodo 23:20, 21).

El profeta Isaías refiriéndose a esta provisión angelical dice:

- “El ángel de Su faz (o presencia) los salvó” (Isaías 63:9).

Hay algunos que hablan del Arcángel Miguel como si fuese el propio Cristo. Con esto no estamos nosotros de acuerdo, lo repudiamos como siendo una mala doctrina y una equivocada enseñanza. Durante las dispensaciones anteriores a la gracia, los ángeles mediaban entre Dios y los hombres, no obstante, desde la venida del Salvador, tan solo Él cumple y glorifica el sagrado oficio. El caso en punto, por tanto, en conexión con el Ángel de Su presencia, es que “guardaba” protegiendo a Israel y ejercía suprema autoridad, porque, dijo Dios, “Mi Nombre está en él”; un presagio del “guardar” y del “Nombre dado” en el capítulo 17 de Juan. Judas 1 y 1ª Tesalon.5:23 también traducen la palabra “guardar”, donde en otros lugares aparece “preservar”. En Juan 17:15 el Señor ora para que Sus discípulos sean “guardados o preservados del” mal que está en el mundo.

Esta preservación se halla “en el Nombre” que el Padre le había dado al Salvador. Para Israel, este nombre “dado” es *Jehovah-Tsidkenu*, “El Señor, Justicia nuestra”.

- “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David un Renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En Sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado, y este será Su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jerem.23:5, 6).

Cuando vamos a Jeremías 33:15, 16, nos encontramos con una repetición de esta promesa, si bien el palabreado sea un poco diferente:

- “Y este es el nombre con el cual *ella* será llamada” (33:16 R.V.).

En Jeremías 23 tenemos las palabras “le llamarán (a Él)” y el empleo del acusativo, en el capítulo 33 tenemos las palabras “será llamada (ella)” o, tal vez, mejor aún, “a ella proclamarán”, y aquí se utiliza el dativo. Podrá así observarse que, el mismo Nombre que se le da al Mesías de Israel en aquel día, ha de ser dado también al pueblo del Mesías, esto es, a Israel. De ahí que, en Juan 17, el Nombre dado al Salvador, de alguna manera, pertenece a los Suyos propios, de tal modo, que, la perfecta unidad sea el resultado.

Nosotros no sabemos cuál sea el Nombre que aquí se refiere. En Apocalipsis leemos: “Su Nombre es: EL VERBO DE DIOS” (Apoc.19:13), y consecuentemente el Apocalipsis se vincula con el Evangelio de Juan, donde el título se introduce (1:1). Sin embargo en Apocalipsis 19 se menciona otro nombre, “Y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino Él Mismo” (19:12). Ahora bien, así como hemos descubierto en Jeremías que el nombre de *Jehovah Tsidkenu* “El Señor, Justicia nuestra) era el nombre tanto del mesías como de Su pueblo, del mismo modo, por comparación (apoc.19:12 con Apoc.2:17) llegamos a la conclusión de que el mismo principio opera en la segunda y celestial esfera.

- “Yo...le daré una piedra blanca, y en la piedrecita escrito un nombre Nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”.

Aquí en Apocalipsis, Cristo aparece como el Rey Sacerdote, así como aquí, Su pueblo redimido se introduce en aquel destinado llamamiento” reyes y sacerdotes para Dios” (Apoc.1:6). ¿Qué diremos por

tanto de la tercera esfera, los más altos cielos, la esfera asociada con el Misterio y la Iglesia *que es Su Cuerpo*? Filipenses nos fornece el paralelo en cuanto al Nombre dado a Cristo concierne:

- “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un (el) Nombre que es sobre todo nombre” (2:9)

Una lectura superficial del versículo 10 sugiere que este nombre sea después de todo aquel que tan de tanto tiempo y tan bien conocemos, esto es, “Jesús”. Si esta hubiese sido la intención del apóstol, lo que nos mostraría es cuan exaltado ahora ha sido tan humilde nombre. Pero bajo una lectura más atenta, lo que realmente dice es, que, *Aquel Quien en otro tiempo portaba* el nombre Jesús, un nombre dado en Su nacimiento y asociado con su peregrinaje en la tierra, ahora le ha sido otorgado, “El nombre que está por encima de todo nombre” y que “en el nombre de Jesús”, en este nueve nombre dado a Quien se llamaba Jesús, toda rodilla ha de venir a doblarse. Hay algo que se nos revela parcialmente del nombre así conferido por la declaración siguiente, que toda lengua le confiese como Señor, sin embargo, esto no nos lleva lo suficientemente lejos como para satisfacer la plenitud del pasaje. Sabemos que le agradó al Padre que en Él habitase “toda la plenitud” y sabemos que la Iglesia que es Su Cuerpo es denominada “La Plenitud de Aquel que todo lo llena en todos”, pero introducirnos de manera más profunda en este sagrado secreto no se nos permite ni podemos. Todo lo que sabemos es que, una vez más, en esta más alta de todas las esferas, opera también el mismo principio que hemos visto ejercido en Jeremías 23 y Juan 17. Nosotros con toda seguridad hemos de compartir Su Nombre así como además Su Gloria, y así por tanto seremos “uno”. Más allá de esto no podemos ir. Más que esto no procuramos saber. Menos que esto sería incredulidad. Podemos confiada, agradecida y expectantemente dejar la revelación de esta final y más gloriosa manifestación del Amor Redentor con Él en gloria.

“Para que ellos sean uno, así como nosotros somos” (17:11). - La revelación de este aspecto del propósito de Dios alcanza su cénit en este capítulo, si bien ya en capítulos anteriores tenemos sugerencias indicando que esta gran unidad estaba en mente:

- “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán Mi voz, y habrá un rebaño, y un Pastor” (10:16).
- “Yo y Mi Padre Uno somos” (10:30).
- “Profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (11:51, 52).

Cuando pasamos del testimonio externo a la propia instrucción del Señor de los doce, se revela el carácter maravilloso de la unidad que hay delante del Señor y Su gente. La primera intimación se encuentra en el capítulo catorce:

- “Porque Yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros” (14:19, 20).

Dos necesarias lecciones debemos aprender de esta declaración, y deben ser tomadas de corazón:

- (1) Esta más íntima unidad se asocia esencialmente con la vida de resurrección, “Porque Yo vivo, vosotros también viviréis”.

(2) La vía en la cual ha de cumplirse esta más íntima unidad, sin destruir la individualidad, no podremos conócela hasta “aquel día”. Todo intento para resolver el misterio debe forzosamente acabar en fracaso, pues con respecto a las condiciones habidas en la Vida Resucitada, poco o mismo nada sabemos.

Si podemos creer, pero no podemos explicar, la trinidad en unidad que se expresa por las palabras, “Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros”, ciertamente podemos además creer la plena revelación de la trinidad en unidad del Dios Padre sin caer bajo necesidad alguna de dar explicaciones en cuanto a su modo o justificar su posibilidad. Cualquiera filosófica objeción que se haga en contra de una de las “tri-unidades”, con toda seguridad se hace del mismo modo contra la otra.

Volvamos ahora a ver este versículo para ver que tenga para enseñarnos. El punto de vista que toma el Señor es el de Su Ascensión – en cuanto a Él concierne, ya “no estaba en el mundo”. Los discípulos, sin embargo, todavía no habían resucitado para compartir Su gloria, todavía se hallaban “en el mundo”. El Salvador por tanto ora, diciendo, “Padre Santo, guárdalos”, y esta “preservación” es *por medio del Nombre* que a Él le es dado – evidencia y prueba de Su triunfo y gloria, y Su “guardar” es *con algo en vista*, esto es, el alcance del objetivo de redención, “para que sean uno”. No meramente, tal como se indica en Juan 10:16 “un solo rebaño”, o como se profetiza en Juan 11:52, sino antes bien aquella maravillosa unidad indicada por el Señor, cuando dijo: “Yo y Mi Padre uno somos” (10:30), pues el Señor no duda en expandir las palabras “para que ellos sean uno” por la frase añadida “*como nosotros somos*”. Esto es realmente un suelo sagrado. Ni un paso más en frente debe darse más allá de lo que está escrito, aunque, por otro lado todo, esto escrito se revela para fe, y como tal, de nosotros se espera que creamos este testimonio del Altísimo, y negarlo, o ignorarlo, es tan malo a los ojos de Dios como presumir.

Más cosas tienen que ser vistas y dichas sobre este tema, pero lo haremos en su lugar apropiado, cuando estemos tratando con Juan 17:21-23. El capítulo catorce revela que esta unidad sucede en la vida de resurrección, Juan 17 ha revelado que esta unidad se conecta con el Nombre que todo lo abarca. Todavía tenemos que ver que esta unidad se conecta además con la gloria del Señor que todo abarca (17:22), una gloria que nos lleva, no solamente al bendito futuro que tenemos enfrente, sino que además nos hace regresar mentalmente “antes que el mundo fuese” (17:5).

### **Guárdalos en el Nombre, y del Mal (17.12-16)**

“Estos están en el mundo...guárdalos” (17:11). – Estas palabras son el peso de la sección que ahora vamos a considerar (17:12-16), y si bien se introduzcan otros asuntos, “guárdalos” sigue siendo Su ocupación principal. Esta insistencia debe por tanto ser muy importante, y bien haremos en tener siempre en mente el innato antagonismo del “mundo” y la necesidad por, y la garantía de, el poder “guardador” del nombre del Salvador.

La estructura simplificada ya la hemos exhibido, pero ahora la repetiremos aquí para que podamos mantenerla fresca en nuestras mentes.

D 12-16. GUARDABA	n Cuando estaba en el mundo. Yo los guardaba
	o No son del mundo, como Yo tampoco
GUÁRDALOS	n No los quites del mundo. Guárdalos

o No son del mundo, como Yo tampoco.

Seis distintas declaraciones se hacen en esta sección concernientes al mundo:

- “Mientras Yo estaba...en el mundo, Yo los guardaba”
- “Estas cosas hablo en el mundo, para que tengan...gozo...”
- “Yo les he dado Tu palabra, y el mundo los ha repudiado”
- “Ellos no son del mundo, así como Yo no soy del mundo”
- “No oro que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”
- “Ellos no son del mundo, así como Yo no soy del mundo”

Una mudanza de dispensación estaba a punto de tener lugar, y con ella una mudanza en la experiencia de los apóstoles:

- “Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada. Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja, y el que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:35, 36).

Hay un sentimiento de parte de algunos creyentes de que, desde el día de Pentecostés y la Venida del Espíritu Santo, que es un acto de incredulidad utilizar habitualmente medios y ser precavidos. La necesidad por fondos, y su cuidadosa y sabia administración, se toma algunas veces como si fuese una negación de la presencia gratuita del Espíritu Santo. Por las palabras del salvador citadas anteriormente, junto con las promesas en los capítulos 13 a 17, y el cumplimiento en los Hechos de los Apóstoles, viene a ser evidente que los medios santificados no militan en contra de la provisión del Espíritu, sino que están definitivamente incluidos. Hay dos diferentes palabras traducidas “guardar” en el versículo 12. La primera ocurrencia es la traducción de *tereo* que se nos pone delante en el versículo 11. La segunda ocurrencia, sin embargo, es la traducción de *phulasso*, y con el fin de preservar la distinción, esta debe traducirse “guardia” como de hecho se traduce en la Versión Revisada. *Phulakizo* se traduce “encarcelar” (Hechos 22:19); *phulax* es un “guarda” (Hechos 12:6); y *phulasso* se asocia con prisión (Hechos 28:16). Tenía, no en tanto, otras asociaciones tales como el “guardar” un depósito encomendado (2ª Timoteo 1:14); “resguardar” aquellos en extremo peligro (2ª Pedro 2:5), y aparece en la gloriosa doxología de Judas, “Aquel que es poderoso para guardaros sin caída”.

Las palabras de 2ª Tesal.3:3, “guardará del mal” hacen a cualquiera regresar a Juan 17:15, y una vez que la palabra *philalacteria* se deriva de la misma raíz, y la superstición imaginada de que estos poseen algún encanto que resguardaría al perdido “del mal”, bien puede pensarse que haya aquí un relance de este bien conocido hecho en esta oración.

La deserción y traición de Judas no altera de manera alguna el hecho de que el Señor guardase a Sus discípulos. En Juan 18:9 leemos.

- “Para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que Tú me diste, no perdí ninguno”

Judas, cuando traicionó a Su Señor, se traicionó a sí mismo. El Señor conocía desde el principio el carácter de este hombre que había Él escogido.

- “¿No os he escogido Yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? (6:70).

Su terrible nombre “el hijo de perdición” señala al futuro Día del Señor, cuando el Hombre de Pecado ha de aparecer y la anticristiana apostasía inunde la tierra. De todos cuantos a Él le fueron dados, el Salvador no perdió ninguno. Pedro llegó a alejarse, sin embargo, dijo el Señor, “Yo he rogado por ti, para que tu fe no te falte” (Lucas 22:32). Tomás llegó a verse rodeado de tinieblas de incredulidad, pero el Señor se reveló en gracia delante de él, y Tomás le reconoció como siendo “Señor mío, y Dios mío”. Así, pues, Él guarda y Él preserva a todos cuantos el Padre le ha dado. Jamás perecerán, así como tampoco nadie los arrebatará de Su mano.

En el versículo 14, el Señor hace la cuarta referencia a la “palabra”. Ya había dicho. “Ellos han guardado Tu Palabra” (17:6) “Yo les he dado las palabras que Tú Me diste” (17:8) “Para que se cumpliese la Escritura” (17:12); y ahora dice: “Yo les he dado Tu palabra”. En ambos extremos de esta referencia a la Palabra encontramos “gozo” y “aborrecimiento”.

- “Hablo esto en el mundo, para que tengan Mi gozo cumplido en sí mismos” (17:13).
- “Yo les he dado Tu Palabra; y el mundo los aborreció” (17:14)

Aquí tenemos dos efectos diametralmente opuestos para la misma causa.

- “Yo hablo”, resultando en “gozo”
- “Tu Palabra”, resultando en “aborrecimiento”.

La sombra de Judas se va reflejando a lo largo de estos seis capítulos. Si volvemos a ver la estructura de estos capítulos la veremos evidenciada. Sin embargo, aunque Judas se mencione en el versículo doce y su traición sea vista en su terrible carácter anticristiano como “el hijo de perdición”, el versículo siguiente nos habla de “gozo”. El gozo del Señor era independiente y no se veía afectado por las circunstancias exteriores, ni tan siquiera la traición podía mermar el gozo que halla su más profundo origen en el cumplimiento de la Divina voluntad. Este cumplimiento es aquel que ahora delega a los Suyos propios que se quedan para continuar la batalla en el mundo.

Hay cuatro pertenencias personales mencionadas en estos capítulos que son impartidas y compartidas con los discípulos: “Mi paz”, “Mi amor”, “Mi gozo”, y “Mi gloria” (14:27; 15:9, 11; 17:13, 24).

Juan el Bautista pudo experimentar este desprendido cumplimiento de gozo viendo la meta de su misión alcanzada (3:29), sin embargo este gozo no pudo compartir o conceder. Aquí, en el capítulo diecisiete, aprendemos que el gozo del Señor puede ser cumplido en Su gente y por ellos compartido.

Lado a lado con Su gozo, los discípulos debían estar preparados y aguardar el venir a ser aborrecidos por el mundo, y particularmente por el odio y aborrecimiento que surge en conexión con la Palabra de Dios. Bien podemos tener un profundo deseo de alcanzar y abrazar al gran mundo exterior que desconoce a Dios. Bien podemos planear y rogar que tengamos un mensaje que darle “al hombre en la calle”, fracasaremos rotundamente, y sobre todo fracasaremos, si, olvidando que el mundo odia y aborrece la Palabra, no le damos a nuestro mensaje la forma conveniente. No obstante, aunque el mundo aborrezca la Palabra y a cuantos porten su testimonio, el mundo es el objeto y sujeto de la oración del Señor (17:21 y 23), si bien

que, debe observarse, en ambas referencias es la maravillosa unidad del Señor y Su gente que aparece siendo el instrumento tanto en la convicción como en la conversión del mundo. Consecuentemente, aun cuando el odio y aborrecimiento sea la parte que les corresponde, el Señor dice:

- “Yo no ruego para que Tú los quites del mundo, sino para que los guardes del mal” (17:15).

De tal orden es la fuerte insistencia sobre el poder preservador de Dios que se encuentra en el contexto inmediato. La sección que estamos viendo concluye con las palabras: “Ellos no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo” (17:16).

*Kathos* “como” o “así como”, aparece ocho veces en este capítulo, siete de ellas tienen un peso sobre esta igualdad entre el creyente y Su Señor:

- “Guárdalos...para que sean uno, *así como* nosotros somos” (11).
- “Ellos no son...*así como* Yo tampoco soy del mundo” (14, 16).
- “*Como* Tú Me has enviado al mundo, *así* Yo los he enviado” (18).
- “*Como* Tú, oh Padre, en Mí, y Yo en Ti” (21).
- “Para que sean uno, *así como* Nosotros somos Uno” (22).
- “Unidad, para que el mundo conozca...los has amado a ellos, *como* también a Mí Me has amado (23).

Aquí, tanto negativa como positivamente, los discípulos son como su Señor. Las palabras son sencillas de leer, y las declaraciones son muy claras, sin bien ciertamente sobrepase el conocimiento entender que, por la gracia Redentora, el pecador así salvo pueda ser estimado “así como” el Salvador; ¡No es del mundo, así como Él tampoco lo es; amado, tal como Él es; enviado, así como Él lo fue; y así, en unidad con el Padre, así como Su amado Hijo está unido a Él! Si estas cosas son así, ¿Quién ha de volverse atrás por causa del aborrecimiento del mundo?

- “Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (15:18, 19).

Todo este odio y aborrecimiento surge del hecho de la falta de conocimiento, dijo Cristo, porque no conocen “Aquel que Me envió”, y de acuerdo a este capítulo diecisiete este aborrecimiento no ha de cesar hasta que tenga lugar la convicción del mundo viendo la gloriosa unidad de la gente de Dios.

Aquí, por tanto, marchan lado a lado el inexplicable amor y el inexplicable odio. El conflicto se produce por causa de “Cristo y las Escrituras”, y tanto el amor como el aborrecimiento han de experimentarse por todos cuantos se asocien con el Mensaje celestial y el Mediador.

Es una gran bendición saber que este mismo mundo sea especialmente apropiado para equipar al discípulo en su testimonio al mundo que le aborrece, y así guiarle a la gloriosa victoria.

## La Santificación que es “En Verdad”

Los discípulos “no eran del mundo”, sin embargo estaban “en el mundo”, aunque guardados, preservados del mal. Una palabra expresa con plena totalidad todo lo que estas separadas declaraciones envuelven, y esa palabra es “Santificación”. De hecho, veremos que la santificación está envuelta en la bendita unidad, que es, el objetivo que tenemos delante.

La separación DEL mundo no deja de ser sino tan solo un aspecto de la enseñanza de este gran capítulo de la Santificación, el pasaje que estamos viendo enfatiza el lado positivo de esta misma verdad, esto es, la Separación PARA Dios y para Su servicio.

17-20. TU PALABRA      **p** Santifícalos en Tu verdad.  
ES VERDAD            **q** Me enviaste...he enviado a ellos  
                                 **p** Yo Me santifico...en la verdad  
                                 **q** Aquellos que crean la palabra de ellos.

Es evidente por la secuencia que se halla en los versículos 17 y 18, “santifícalos”, “enviados”, que la santificación aquí introducida se asocia directamente con el servicio. Está claro (17.19), que la palabra “santificar” aquí, no puede significar “hacer santo”, pues nadie que no sea ya santo puede hacerse a sí mismo de ese modo, y Aquel Quien ya es santo de por sí no precisa “santificarse”. Sin embargo, Cristo dijo: “Por ellos, Yo Me *santifico* a Mí Mismo” y la palabra empleada debe contener su simple significado. Dos pasajes anteriores en este Evangelio se nos recuerdan, uno en el capítulo 10, el otro en el 13:

- “Al que el Padre *santificó* y *envió*, le decís vosotros...” (10:36)

“Santificó y envió” son las dos palabras clave de este pasaje. Al acabar el lavado de los pies del capítulo 13 el Señor dijo:

- “El siervo no es mayor que su Señor; ni aquel que es enviado es mayor que el que le envió” (13:16).

“Lavado” y “enviado” están muy próximos de la misma verdad que ya hemos visto en los capítulos diez y diecisiete. *La Companion Bible* dice sobre Juan 17:19:

- “Yo Me santifico a Mí Mismo = Yo Me dedico o consagro a Mí Mismo. Esto nos muestra el significado de santificación; no hacerse santo en cuanto al carácter moral, sino separarse *para* Dios”.

El siguiente comentario hecho por Godet es muy sugestivo:

- “Lo santo no es opuesto a lo impuro, sino meramente a lo natural. Santificar es consagrar a un empleo religioso cualquier cosa que pertenezca a la vida común. De ahí que, en Éxodo 29:1 (Septuaginta) de los sacerdotes se diga: “estar dedicados para ministrar, en el oficio del sacerdote”, donde la palabra traducida “dedicados” sea lo mismo que ésta aquí se traduce “santificar”.



La proximidad en asociación de dicha “unidad” con santificación se muestra claramente en el segundo capítulo de Hebreos, tan solo que ahí, en armonía con la importancia de dicha epístola, la santificación no se vincula con el servicio como aquí, sino con el sufrimiento, la filiación y la gloria. Servirá por tanto de ayuda que veamos el esquema de Hebr.2:11-18.

### “Todos de Uno”

A 11. Unidad en santificación.

B 14. Unidad en naturaleza. Él participó.

C 14, 15. Unidad en muerte y liberación.

B 17. Unidad en naturaleza. Él fue hecho semejante.

A 18. Unidad en tentación.

- “La perfección del capitán tan solo puede delegarse sobre los muchos hijos si están a él unidos de alguna manera. El versículo 11 dice que son, tanto el Santificador como los santificados, todos de uno. Así, pues, cualquier cosa que le ocurra al capitán, ha de comunicarse a la hueste” (*El Expositor de Berea*, Vol.11, pag.60).

Esta santificación de todos cuantos son enviados al mundo debe ser, en todo, semejante a la santificación de Aquel Quien el Padre envió al mundo: “Así como Tú me has enviado al mundo, así los he enviado Yo también a ellos al mundo”.

La santificación se cumple por diversos medios, según se refiera a la santificación de un creyente pecador salvo por la gracia, la santificación de dicho creyente para el servicio, o la final plenitud del creyente salvo, “totalmente santificado” en cuerpo, alma y espíritu, habiendo sido preservado sin mancha hasta la venida del Señor Jesucristo.

- Cristo es hecho por nosotros...santificación y redención (1ª Cor.1:30).
- Cristo santificado con Su propia sangre, sufrió fuera de la puerta (Hebr.13:12).
- La santificación se asocia con la limpieza y el servicio (2ª Tim.2:21).
- La santificación se asocia con el poder lavador de la Palabra (Efesios 5:26).
- La santificación en tipo del Antiguo Testamento era en primera instancia un reflejo en sombra de la purga de la conciencia en el paso de las obras muertas para servir al Dios vivo (Hebr.9:14).
- La santificación es a través del Espíritu Santo (1ª Pedro 1:2; 2ª Tesal.2:13; Rom.15:16).
- La santificación además se utiliza del espíritu y alma y cuerpo, al completo, todo preservado “sin mancha” hasta la venida del Señor (1ª Tesal.5:23).

En Juan 17 la santificación es “por la verdad”. Hay algunos que entienden esto como significando “la verdadera santificación”, o, tal como la Versión Autorizada pone al margen “verdaderamente santificados”, pero aun cuando eso esté incluido, el significado primario de la “verdad” aquí debe ser aquel que se explica en el mismo versículo, “Tu Palabra es verdad”. La Palabra y las palabras les habían sido a ellos dada, las Escrituras se cumplieron delante de sus ojos, fueron efectivamente consagrados, dedicados, separados en amor por esa misma y propia verdad que los separaba del mundo en aborrecimiento.

¿De qué manera se “santificó a Sí Mismo” el Salvador, y cómo esta santificación de Sí Mismo guía a la santificación de los discípulos a través de la verdad? Los comentaristas parecen particularmente ignorantes con respecto a este pasaje, tratándolo en gran parte como el Sacerdote y el Levita lo hicieron para con el hombre que había caído en manos de ladrones en el camino de Jericó. Donde fracasan los eminentes maestros, bien podemos no ser bien sucedidos nosotros, pero al menos podremos humildemente procurar una explicación del pasaje.

En primer lugar ya estamos bien encaminados para lograr un entendimiento, puesto que ya hemos asegurado que ninguna declaración de las Escrituras puede carecer de significado, y estamos seguros de que, nuestro Señor, aquí, lo que pretendía muy específicamente era socorrer a Sus discípulos, y además, ciertamente no podrían ser socorridos a menos que Su significado fuese por ellos plenamente percibido. En segundo lugar, nos servirá de ayuda que observemos exactamente lo que el Señor *no* dice, “El Padre Me ha santificado y Me envió, ahora Yo os santifico y os envío a vosotros”, si bien que, una tal declaración hubiese sido la verdad, no fue eso lo dicho. Lo que Él dijo fue que Él propio se santificaba a “Sí Mismo”, que esta santificación propia fue “por causa de ellos”, con el objetivo de que “ellos también pudiesen ser santificados por la verdad”. Es evidente, por tanto, que la santificación propia de nuestro Señor tenía un peso definitivo sobre los discípulos, y además, de una manera específica. Les capacitó, también, para santificarse por la verdad. Esta santificación del Señor en Sí no fue por su causa propia, sino “por causa de ellos”. La santificación en el creyente es tanto inicial como progresiva; el lado progresivo de la santificación se expresa en palabras tales como:

- “Limpiaos vosotros mismos...perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2ª Cor.7.1).

El Señor era “santo” desde su nacimiento (Lucas 1:35); a través de su peregrinaje terrenal fue “santo, inofensivo, sin mancha, apartado de los pecadores” (Hebr.7:26), “Él no era del mundo”. Sin embargo, “tocó” en un leproso; tuvo compasión de una mujer sorprendida en adulterio; comió con publicanos y pecadores; aceptó el generoso unguento de una mujer considerada pecadora; en todo esto demostró Él que Su santificación, o, como significa cuando se aplica al servicio, Su “consagración”, no le impidió de tener contacto con el hombre caído, si bien le preservó en Su pureza sin mancha, aun cuando entrase en contacto con el más vil de los pecadores. Todo esto debió tener un gran peso sobre los discípulos. No podían esperar tener éxito en su ministerio si no se preservaban a sí propios “sin mancha del mundo”, pero por otro lado, tampoco podían alcanzar el éxito si se apartasen de la manera como lo hacían los Fariseos y ermitaños del mundo en mácula. Consecuentemente, el Señor ya había anteriormente orado, “Yo no ruego para que los quites del mundo, sino para que los guardes del mal”. Este “guardar del mal” no deja de ser sino otra vía de “santificación” y ambas se cumplen a través de la “Verdad” como instrumento. Ahora bien, ya hemos aprendido que la “Palabra” es verdad. Sin embargo, aquí tenemos un punto digno de ser constantemente recordado y repetido. No hay ninguna especie de magia en la Escritura como tal. Nadie es salvo por las Escrituras. Uno se puede volver “sabio para con la salvación” por ellas, pero la salvación en sí sucede “por la fe en Cristo Jesús” (2ª Timoteo 3:15). La Biblia sin Cristo no deja de ser sino un simple libro. Nos descubre su glorioso poder por la siempre recurrente presencia de Cristo, concerniente a Quien siempre, como siempre, habla. Consecuentemente, las Escrituras no podían tener verdaderamente un efecto santificador sobre los discípulos aparte de Cristo. En primer lugar, esta santificación se basaba sobre la eficacia de Su sacrificio ofrecido de una vez por todas que rellena “la totalidad del Libro” (Hebr.10), y, en segundo lugar, se alienta por el bendito ejemplo e interpretación de la voluntad de Dios y la intención que Él Mismo había provisto. Por ejemplo, cuando lavó los pies a Sus discípulos, le dijo a Pedro: “Lo que Yo ahora

hago, tú no lo entiendes; pero lo comprenderás después” (13:7), indicando que había muchas más cosas en este acto de lo que se muestra a la superficie.

Ya hemos referido la nota marginal de la Versión Autorizada del versículo 19, donde por “santificado por la verdad” se lee “verdaderamente santificado”, y debe admitirse que, en expresiones tales como “gracia y verdad”, esto supone, “la verdadera o real gracia, en distinción de la gracia en tipo o sombra bajo la ley”; igual sucede en “el verdadero pan” y “la verdadera vida”, este uso de la “verdad” también se justifica. Bien puede suceder que todavía permanezca mucho por hacer y decir en la elucidación de las palabras del Señor, tanto en el versículo 19 como a través de todo el registro, pero esperamos haber contribuido en algo para con el entendimiento de Su significado, y para una mejor apreciación de la vía en la cual Él propio y Su gran obra infunde vida y poder en la Palabra que siempre y como siempre de Él habla.

El mundo finalmente “creerá” y “conocerá”, pero el instrumento que hace cumplir esta bendita conversión no se nos dice aquí que venga a ser el “Evangelio”; aun cuando otras Escrituras testifiquen su eficacia, no se nos dice ser la “Palabra”, sino que es la *manifiesta Unidad del creyente y el Señor* la que cumple esta gigantesca labor, y eso no deja de ser sino una extensión del principio que ya hemos indicado con base en la enseñanza de Juan 17:19.

### **Ser Hechos Perfectos en Unidad (17:,21-23)**

Tanto la palabra “perfecto” como la expresión “en unidad” indican un objetivo. El sentido de cumplimiento corre a través de este capítulo. “Padre, la hora ha llegado”; “la potestad sobre toda carne”; “Yo te he glorificado a Ti en la tierra”; “He acabado la obra”. La Redención en su fase inicial es lo que está en vista. Es el fruto y la meta de dicha obra finalizada lo que sobresale, y ese objetivo se expresa en términos de la más maravillosa unidad. “Que ellos sean uno”. Dos factores se revelan como instrumento en el cumplimiento de este gran objetivo, “Gloria” y “Amor”.

- “La Gloria que Tú me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (17:22).

El efecto y presencia del amor se reúnen por dos pasajes en este capítulo y la paralela enseñanza de la primera Epístola. “Tú...los has amado a ellos, como también Me has amado a Mí” (17:23) y “el amor con que Me has amado, esté en ellos, y Yo en ellos” (17:26).

- C 21-23      a Que ellos sean uno
  - b Como Tú, en Mí, Yo, en Ti. Uno en Nosotros.
  - c Para que el mundo pueda creer...enviado.
- HECHOS      d La gloria que Me diste...les he dado a ellos.
- PERFECTOS    b Como Nosotros, Yo, ellos, Tú, en Mí.
- EN UNIDAD    a Para que sean perfectos en unidad.
  - c Para que el mundo conozca...enviado.
  - d Los has amado, como a Mí me has amado.

Sigamos la oración del Señor aquí, y, con adoración en nuestros corazones, aprendamos con ella el propósito de nuestra creación, redención y gloria.

“No ruego solamente por estos”. – Esta unidad por tanto se extiende y va más allá de la compañía apostólica, pertenece además a “cuantos también han de creer en Mí a través de la palabra de ellos”, sin embargo, era una unidad en la cual la fe y la Palabra eran el vínculo de conexión. Tenemos un reflejo en sombra de la unidad que tiene todavía que llegar a alcanzarse en la unidad de “alma y corazón” que caracterizaba a los creyentes a seguir a Pentecostés (Hechos 4:32), y de igual modo sucede y la tenemos con la perfecta unidad que existía entre el Padre y Aquel Quien Él había enviado, de ahí que Cristo pudiera decir, “Todo lo Mío es Tuyo, y lo Tuyo es Mío” (17:10), y por tanto, en su grado y medida apropiado, pudieron los miembros de la temprana iglesia ver una manifestación similar, pues está escrito:

- “Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía; sino que tenían todas las cosas en común” (Hechos 4:32).

Esta bendita condición fue muy pronto atacada y anulada, pero fue una muestra de lo que debe con toda seguridad venir a suceder.

- “Como Tú, oh Padre, en Mí, y Yo en Ti, que también sean ellos uno en Nosotros” (17:21).

Aquí no tenemos una idea de la mente humana siendo absorbida en la natura Divina como algunos se imaginan, el Señor Jesucristo jamás perdió Su individualidad en Su unidad con el Padre. El Padre que le había enviado, nunca es confundido con Aquel que Él envió. La palabra “uno en nosotros” debe tener un significado donde “Tú”, “Mí” y “Yo” se quede intocable.

Todos los intentos que se hagan para providenciar una ilustración sobre un tal tema no han de estar exentos de peligro, pero, reconociendo las limitaciones que nos acosan, bien podremos aprender algo por la siguiente idea:

Una persona no podría afirmar realmente que está “en Inglaterra”, si habla en un idioma extranjero, utiliza una moneda extranjera, es atendido por una estación de correos extranjera, y está sujeto bajo un sistema de gobierno extranjero. Si alguien, aunque residiendo en Inglaterra, persiste por su propia elección hablando una lengua extranjera, leyendo periódicos extranjeros, comiendo en restaurantes extranjeros, evitando cuanto posible las maneras y costumbres de los ingleses, ¿no sería correcto decir, que, “Aunque él esté en Inglaterra, Inglaterra no está en él”? Y, con esto, ¿no habríamos así utilizado una figura literaria significado realmente, que “el amor de Inglaterra no está en él”? La ilustración puede ser un tanto pobre y no se puede llevar más lejos, pero servirá de ayuda y provecho preparándonos para la verdad que tenemos delante.

Si hubiésemos retenido nuestra intención original cuando embarcamos en la exposición del Evangelio de Juan, habríamos ido continuamente llevando de vuelta atrás, a la luz del Prólogo (1:1-18), cada una de las secciones que fuimos descortinando, pero es que la cantidad tan grande de estudio y preparación que una tal idea precisa, junto con la cantidad tan grande que debe escribirse en dicha exposición por separado de cada punto en particular en vista, haría con que desistiésemos poniendo de parte dicha idea.

Ahora, sin embargo, sí hemos alcanzado un punto donde somos forzados a hacer algunas comparaciones con el Prólogo, pues tan solo tenemos que volvernos al primer capítulo y a la primera epístola para encontrarnos cara a cara con lo siguiente:

- “Nadie ha visto jamás a Dios”.

Esta es una cita de Juan 1:18, también es una cita de 1ª Juan 4:12, pero debemos asegurarnos de leer la cita siguiente:

Nadie ha visto jamás a Dios

El unigénito Hijo,  
Que está en el seno del Padre,  
Él le ha declarado (Juan 1:18)

Nadie ha visto jamás a Dios

Si nos amamos unos a otros  
Dios mora en vosotros, y Su amor se  
perfecciona en nosotros (1ª Juan 4.12).

En la primera cita, el Hijo habita en el seno del Padre, y así le “declara” o “hace conocido”. En la segunda citación, nuestro amor unos por otros “declara” “da a conocer” que Dios habita en nosotros. Es esta intervención de amor, manifestación y morada permanente, lo que constituye el “amor perfecto” y la “perfecta unidad”. Esta intervención es el secreto de la unidad entre el Padre, el Hijo, y el santificado. “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad” (17:23).

La unidad que existe entre el Padre y el Hijo es un tema que se asocia íntimamente con el Evangelio de Juan. En el comienzo del prólogo hallamos anteriormente “La Palabra” se hizo carne. La encontramos al cierre, cuando siendo “El Hijo Unigénito” de Él se dice estar “en el seno del Padre”. Esta gloriosa Unidad además pasa a ser unidad con nosotros, una vez que está escrito “La palabra se hizo carne”. De igual modo, en el capítulo catorce, tenemos la memorable declaración:

- “Aquel que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre; ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿No crees que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí’ las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en Mí, Él hace las obras. Creedme que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (14:9-11).

Es evidente por este pasaje que las palabras “Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí” deben interpretarse, no para confundir las Personas, sino para identificar las “palabras” y las “obras”, y esto se lleva un paso más en frente en el versículo siguiente, donde el Salvador anticipa la unidad del capítulo diecisiete, diciendo:

- “De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre” (14:12).

La plena comprensión de esta unidad no podrá ser posible hasta “aquel día”, del mismo modo que el pleno alcance de la perfecta unidad no puede ser posible hasta que la “gloria” aparezca, y esto se enseña en

el contexto inmediato del pasaje citado anteriormente: “*En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros*” (14:20).

Aquí, por primera vez, se incluye al creyente, la enseñanza señala enfrente y alcanza su clímax en las palabras de Juan 17, “Que ellos también sean uno en nosotros”, “que ellos sean hechos perfectos en uno”.

Cada paso en la senda de la fe se cumple por un “don” del cielo, sin el cual la redención, el peregrinaje y por último la gloria se quedarían siendo términos vanos.

- “Dios amó tanto al mundo que dio”, las aguas vivas y el pan del cielo son “dados”; la vida eterna es “dada”, el Espíritu de Verdad fue “dado”, Su paz es “dada”, y todo eso como un prefacio necesario hasta la perfecta unidad, y leemos: “La gloria que Tú me diste a Mí, Yo les he dado” (17:22).

Hay una gloria perteneciente a Cristo que es Suya desde antes que el mundo fuese. Hay una gloria que le fue dada a Cristo como consecuencia de Su obra finalizada. Esta Gloria posterior puede ser compartida, pues está marcada con la sangre de la expiación; y esta gloria es la última carrera diseñada antes que se alcance la “perfecta unidad”.

Ahora debemos prestar atención a la palabra que marca esta unidad con especial distinción, esto es, la palabra “perfecto”.

*Teleioo* “ser hecho perfecto” proviene de una raíz que significa “el fin”, en el sentido de finalizar nuestra carrera, o alcanzar una meta. Se emplea en el Evangelio de Juan cinco veces. Tres de las referencias dicen respecto a “finalizar” una obra u obras (4:34; 5:36; 17:4), y una habla del “cumplimiento” de las Escrituras (19:28). No en tanto, es en la primera epístola que la palabra se utiliza en un contexto que valdrá la pena estudiar con respecto a la sección que tenemos delante.

Las cuatro ocurrencias de “perfeccionando” en la primera epístola se conectan con un sujeto, esto es, el “amor”, y por su examinación aprenderemos que está contemplado e implícito también en Juan 17.

- “El que dice: Yo le conozco, y no guarda Sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda Su Palabra, en este verdaderamente *el amor de Dios se ha perfeccionado*; por esto sabemos que estamos en Él” (1ª Juan 2:4, 5).

El perfecto amor prueba que el creyente “conoce” a Dios, y además lo demuestra a todo cuanto pueda confundir todas nuestras capacidades para definirlo, se demuestra en hechos, que estamos “en Él”. Las palabras “palabra”, “verdad”, “guardar”, “en Él” también están aquí.

Ya hemos citado 1ª Juan 4:12, pero es tan importante que debemos volver a citarlo otra vez:

- “Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece (habita) EN NOSOTROS, y Su amor *se ha perfeccionado* en nosotros”.

Aquí, el “permanecer habitando” y el “perfeccionar” son casi sinónimos. El perfeccionamiento hace con que sea real, pone de manifiesto, lleva hasta el legítimo final, vuelve visible lo invisible.

Otro versículo que nos llama la atención es:

- “En esto conocemos que permanecemos EN ÉL, y ÉL EN NOSOTROS, en que nos ha dado de Su espíritu” (1ª Juan 4:13).

Esto nos dice con plena inspiración aquello que intentamos explicar cuando empleamos la ilustración del hombre que, aun estando físicamente en Inglaterra, evidentemente, no poseía “el espíritu de” o “el amor de” Inglaterra en él. El lector podrá ver que justo igual como la unidad manifiesta en la Iglesia en Pentecostés refleja en sombra el glorioso objetivo de las edades, de igual modo lo hace también “la unidad del Espíritu” que caracteriza a la Iglesia del Misterio. Además, no ha de precisar largas advertencias y avisos contra todos los atentados que se cometen intentando imponer en Juan 17:21-23 la particular “unidad” de la novia con el Novio, o de la Cabeza y el Cuerpo. Juan 17, al igual que 1ª Cor.15:28, mira y va más allá de todas las revelaciones dispensacionales y piensa en términos finales. Además, así como el mundo ha de venir a creer y conocer que Jesucristo es el Enviado como directo resultado de la unidad manifiesta por el creyente, así aquí en 1ª Juan 4:9, 10, 14 el énfasis se pone sobre el hecho de que “El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo”.

Todavía no hemos agotado 1a Juan. Hay más luz a recibir en el significado de los términos “en Dios” y Dios “en nosotros”.

- “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (1ª Juan 4:15)

Y debe recordarse que el propósito revelado del Evangelio de Juan es guiar al creyente a creer que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (20:31). Y ahora nos aproximamos del corazón de todo el asunto en el versículo 16:

- “Dios es amor, y el que permanece EN amor. Permanece EN Dios, y Dios EN él” (1ª Juan 4:16).

Habitar en amor es habitar en Dios, y es imposible para el creyente habitar en amor, a menos que Dios, Quien es amor, habite en él. Y así llegamos a la perfección del amor:

- “En esto se ha perfeccionado el amor con nosotros, para que podamos tener confianza en el día del juicio; porque como Él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor; sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (1ª Juan 4:17, 18 traducción del autor).

El objetivo o meta de las edades, al igual que su creación, se explica y expande tan solamente en el hecho de que Dios es amor. ¿Se nos permite citar lo que ya ha sido establecido por nosotros anteriormente, en el intento de exhibir el prólogo del Evangelio de Juan?

- “Si nos atrevemos a pensar de Dios como Él es, estamos intentando lo imposible. *Nadie ha visto jamás a Dios.* Tanto Juan como Pablo revelan el hecho de que Dios en Su esencia sea *invisible*; Él es *espíritu*, y ningún hombre ha visto jamás su *forma* ni oído Su *voz*. No

obstante, este mismo Dios se revela como siendo esencialmente *amor*, y sabemos que Él *creó* los cielos y la tierra, y finalmente al hombre en Su propia imagen. Está claro que Él se propuso revelarse a Sí Mismo, y, siendo amor, debe inevitablemente revelar este amor revelándose a Sí Mismo. Él por tanto toma el paso que envuelve la propia limitación. Él, el Invisible, pasa a ser visible, por eso Pablo puede hablar de la *Imagen del Dios invisible*. Aquel cuya voz ningún hombre escuchó jamás, pasa a ser audible; y además leemos que Aquel que habita en luz *inaccesible* (1ª Tim.6.16) ha sido *palpado* por hombres y mujeres como nosotros (1ª Juan 1:1, 2)".

Si nos preguntamos por qué Dios, Quien es auto suficiente, debió crear un mundo exterior, y cargó en Sí Mismo junto con las demandas de la Providencia la más profunda todavía Redención, tenemos la respuesta - "Dios es amor".

"¿No es en sí evidente, que, para el amor permanecer a solas, con nadie sino él propio para amar, sin oportunidad de expresarse dándose en ofrenda (por no hablar o nada decir del sacrificio) es algo en sí propio naturalmente imposible?" (*El Expositor de Berea*, Vol.28, pag.176).

### **La Consumación (17:24-26)**

En el principio Dios era "Todo". Al final, cuando la creación y la redención hayan cumplido su propósito, Dios ha de ser "Todo", pero ahí en un más rico y pleno sentido, pues Él entonces vendrá a ser "Todo en todos". Es la procura de este gran objetivo que encuentra su expresión en las palabras "perfeccionados en unidad", y eso es lo que ha ocupado nuestra atención considerando los versículos anteriores, sin embargo, la referencia al "amor" que ahora tenemos delante (17:23), encuentra un eco repetido en el versículo 26, y así, volvemos a verla de nuevo. La conclusiva y séptima sección ocupa los versículos 24-26, y la estructura es como sigue:

A 24-26 LA GLORIA	u Padre.
ANTES DE	v Vean
LA FUNDACIÓN	w Amor. Antes de la fundación del mundo.
DEL MUNDO	u Padre Justo
	v Estos han conocido que Tú Me enviaste
	w Amor en ellos, y Yo en ellos.

En esta oración el Salvador le hace tres pedidos al Padre.

- "Y ahora, oh Padre, glorifícame Tú al lado Tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (17:5).
- "Santo Padre, guarda a través de Tu propio nombre a aquellos quienes Tú Me diste (que Tú me has dado a Mí), para que sean uno, como somos nosotros" (17.11 traducción del autor).
- "Padre, aquellos que Me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que Me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo" (17:24).



Es imposible leer estos pasajes juntos sin darnos cuenta de uno o dos puntos muy obvios e importantes.

- (1) La petición central foca la atención sobre la “unidad” que hemos estado viendo.
- (2) La gloria se relaciona al tiempo “antes que el mundo fuese”, sin embargo el “amor” se relaciona a un periodo “anterior a la fundación del mundo”. Una vez que la palabra fundación katabole “caída” o “derrocada” vuelve atrás a Génesis 1:2, observamos que el “amor” se vincula con el pecado, el juicio y el propósito de la redención.
- (3) La conectiva “porque” en el versículo 24 muestra que la gloria que había sido dada, surge de y era una manifiesta evidencia del amor que había existido por y desde todo el tiempo.

“Antes de la fundación del mundo” es un tema que ha recibido una considerable atención en el *Expositor de Berea*, por motivo del hecho de encontrarse en la epístola a los Efesios en conexión con la iglesia de la presente dispensación “Según nos escogió en Él desde antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor” (Efesios 1.4). Ya hemos ofrecido suficientes razones escriturales (en *El Expositor de Berea* Vol.36, 1951-52) para traducir esta frase “antes de la caída del mundo”, esto es, antes del cataclismo de Génesis 1:2.

Debemos por tanto asumir por lo establecido en otros lugares, que, el periodo designado “antes de la fundación del mundo” mira atrás, al indefinido intervalo entre la creación primal de Génesis 1:1, donde tuvo lugar la caída de aquel espíritu brillante, ahora conocido como Satán, y además de los ángeles que cayeron con él; y en el cual fue escogida la Iglesia del Misterio para ocupar la esfera supra celestial, y además, también deducimos que fue cuando el Salvador fue ordenado de antemano como un Cordero sin mancha y sin arruga (1ª Pedro 1:19, 20),

Las dos referencias a la Gloria del Hijo de Dios pueden, posiblemente, ser entendidas, si las examinamos a la luz de Aquel Quien es primero entre los Hebreos. Aquel Quien fue el resplandor de la gloria de Dios, la expresa imagen de Su Persona, Aquel que sostiene todas las cosas, hecho ciertamente “superior que los ángeles”, sin embargo Hebreos 1:3, 4, que revela Su transcendental grandeza, no solo nos dice que fue hecho así mejor que los ángeles, sino además que Aquel Quien había sido señalado “Herederero de todo”, había también obtenido un más excelente nombre que ellos. La solución de la aparente dificultad reside en el hecho de que el Salvador, por nuestra causa, había dejado de lado la gloria que poseía por derecho, y la recibió de vuelta como una recompensa por motivo de Su victoria sobre el pecado y la muerte. En la primera fase de Su gloria, Él permaneció solo, nadie pudo compartirla con Él, pero en la segunda fase, dicha gloria, como todo lo que fue anteriormente, incluyó al creyente, por tanto, la glorificación del Hijo, consecuente sobre la finalización de Su obra (17:1), la glorificación Suya con la gloria que había tenido antes que el mundo fuese (17:5), y la gloria que el creyente ha de compartir (17:22) y contemplar (17:24), vincula el comienzo con el fin, esto es, vincula la gloria de aquel tiempo cuando Dios era “Todo”, con aquella bendita futura gloria más rica cuando Él venga a ser “Todo en todos”.

En el capítulo 10 el Salvador dijo, “Por eso Me ama el Padre, porque yo pongo Mi vida, y la vuelvo a tomar” (10:17), y esto está en directa conexión con el “rebaño único” y el “único Pastor” del versículo 16. Este amor había sido Suyo “antes de la fundación del mundo”, pues fue entonces, y no sencillamente después de Su nacimiento en Belén, que Él se introdujo en el tal pacto de amor para redimir al hombre y cumplir el bendito propósito de las edades.

El Salvador ora en 17:24 por dos cosas, esto es, que aquellos que les habían sido dados a Él estuviesen “con Él”, y además que “viesen Su gloria”.

“*Con-migo donde Yo estoy*”. – La única otra ocurrencia en Juan 17 de esta palabra particular que se traduce “con” en la forma con el pronombre “conmigo” se encuentra en el versículo 12, “Mientras estaba *con* ellos en el mundo, Yo los guardaba”, y bien podemos creer que, cuando estén con Él al final en el mundo venidero, Él ha de guardarlos para siempre. *Meta*, la palabra traducida “con” significa proximidad o asociación, y se usa en el Evangelio de Juan tanto de la presencia de Cristo en la tierra con Sus discípulos como de la presencia del Padre con Cristo (16:32). El capítulo de apertura de esta gran subdivisión emplea la misma palabra en la respuesta del Señor a Pedro: “Si Yo no te lavo, no has de tener parte *conmigo*” (13:8), y aquí, al final de esta subdivisión, la encontramos en la oración, para que todos los tales puedan estar *con* Él.

Fue precisamente esta promesa y la perspectiva de una bendita reanudación de la personal asociación con Cristo lo que formó las bases de Sus palabras de consuelo en el capítulo 14.

- “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si Me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí Mismo, para que *donde Yo estoy, vosotros también estéis*” (14:2, 3).

El lugar preparado se halla en la casa del Padre, ahí es donde el Señor ha de venir a recibir un pueblo preparado para Sí Mismo. “Para que *donde Yo estoy, vosotros también estéis*”; “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde *Yo estoy, también ellos estén conmigo*”.

“¿Pues, qué, si viereis al Hijo del Hombre subir (ascender) *adonde estaba primero?*” (6:62), o, “para que Él pasase de este mundo al Padre”, o “Había salido de Dios, y a Dios iba” (13:1, 3), todo esto nos muestra que el lugar preparado es en el cielo. Estos apóstoles y todos los que son iguales a ellos tienen un llamamiento celestial. Este “ver” o “contemplar” la gloria de Aquel Uno que habían amado (17:24), Aquel Uno por el cual se entristecieron pensando no volver a ver, el Único al cual habían visto pasar por crucifixión y muerte, era la feliz restauración de esperanza y la promesa de la vida. Esta “contemplación” se halla en marcado contraste con el periodo de tristeza y angustia que se reitera en el capítulo dieciséis, donde la misma palabra griega se utiliza:

- “Y vosotros no me *veréis* más” (16:10).
- “Todavía un poco, y vosotros no Me *veréis*” (16:16, 17, 19).

La contemplación de la gloria de Cristo no tan solo ha de ser el signo de que los días de dolores y pesares han terminado, sino que además la contemplación de dicha gloria ha de tener un efecto transfigurador sobre el creyente.

El propio Juan nos dice: “Cuando Él aparezca, seremos como Él es; *pues le veremos tal y como Él es*” (1ª Juan 3:2).

David conocía bien el poder transformador de esta contemplación, puesto que dijo: “En cuanto a mí, *veré Tu rostro* en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a Tu semejanza” (Salmo 17:15).

Pablo enseñó la misma lección: “Por tanto, nosotros todos, *mirando* a cara descubierta (sin velo) como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2ª Cor.3:18).

Esta contemplación era “como en un espejo”, sin embargo el efecto transformador es visto y comprobado, ¿Cuál no ha de ser, por tanto, el glorioso efecto que tendrá cuando el creyente le vea actualmente “como Él es”?

Inmediatamente a seguir a la referencia a “la gloria” vienen las palabras: “Porque Tú Me has amado desde antes de la fundación del mundo”. ¿Qué es lo que estas palabras nos revelan por su asociación con la gloria final del Redimido? La partícula “porque” es la traducción de *hoti* “debido a” la cual algunas veces indica el *signo* y no la causa. Así ocurre en este caso, cuando el creyente finalmente contemple la gloria que le fue dada al Hijo siendo el Redentor, y cuya gloria Él comparta con todos los Suyos (17:22), entonces ha de verse finalmente contemplado, realizado y desplegado, todo el propósito de las edades originado como lo fue, en amor, y hallando su plena expresión tanto en la gloria eterna como en la unidad del Dios Quien es en Sí Mismo amor con Su gente, los cuales son, el objeto y recipientes de Su amor.

Ya hemos visto que el amor fue la solución del problema que surge de las palabras, “permaneciendo en Dios”, y aquí el amor se yergue a su cima más alta, “Tú...los has amado a ellos, como Tú Me has amado a Mí”; “Tú Me amaste desde antes de la fundación del mundo”; “Para que el amor con el cual Tú Me amaste esté en ellos, y Yo en ellos”

Ahora llegamos a las palabras conclusivas de este gran capítulo de oración, siendo que el capítulo está dividido como ya hemos visto en siete secciones:

A Gloria. Antes que el mundo fuse.

B La Palabra y las Palabras.

C Unidad.

D Guardados. Guarda.

B Tu Palabra es verdad.

C Unidad.

A Gloria. Antes de la fundación del mundo.

Además se puntúa por el nombre “Padre”. “Padre, la hora ha llegado”; “Oh Padre, glorifícame Tu a Mí”; “Santo Padre, guárdalos por Tu propio nombre”; “Uno, como Tú, Padre, estás en Mí”; “Padre, Yo quiero que ellos...estén conmigo”; “Padre Justo...Yo Te he conocido”.

El título “Padre Santo” gobierna los versículos 11-24, el cual incluye las referencias a la Santificación. El título “Padre Justo” gobierna el final. El final hacia el cual el Salvador ha ido dirigiendo Sus pensamientos, así como el comienzo, cuando hubo sido separado para el oficio de Redentor, nos habla de la Justicia de Dios. Tanto la “Santidad” como la “Justicia”, cuando las miramos cara a cara, tienen en sí mismas algo de terrible. Sin embargo, tal como están vinculadas aquí con el título “Padre”, pasan a ser la base de toda confianza, así como el “Amor”, que finalmente ha de verse como siendo la síntesis de ambas

Tres cosas se dicen aquí del Salvador concerniente al conocimiento del Padre:

- (1) El mundo no Te ha conocido.
- (2) Yo Te he conocido.
- (3) Estos han conocido que Tú Me has enviado.

Podríamos estar esperando que la tercera declaración dijese, “Estos te han conocido a Ti”. Sin embargo la mudanza es consoladora. ¿Cómo podríamos de algún modo conocer a Dios? ¿Cómo iríamos a conocer al Padre? ¿Cómo, realmente, si no fuese a través de la Mediación de Su Hijo?

Este capítulo comienza con la idea, “Y esta es la vida eterna, (para que) te conozcan a Ti, el Único Dios verdadero” – y esto no es todo, pues la frase concluyente es, “Y a Jesucristo, a Quien Tú has enviado”.

Siete veces aparece esta palabra *ginosko* “conocer” en este capítulo (3, 7, 8, 23, 25), y verdaderamente resume en sí la mayor parte de lo que ya anteriormente se había enseñado:

- “Si Me conocieseis, también a Mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (14:7).

Estas palabras como ya sabemos nos guían a la gran revelación, “Aquel que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre”.

El aborrecimiento de los discípulos por el mundo se atribuye a esta falta de conocimiento:

- “Y harán esto porque no conocen *al Padre ni a Mí*” (16:3).

Esta solemne observación se enfatiza en el prólogo: “El mundo no le conoció” (1:10), pero el capítulo 17 contiene la bendita continuación “para que el mundo venga a conocer que Tú Me has enviado” (17:23). ¡Qué trágico resultado debe resultar de dicha falta de conocimiento! ¡Qué gran bendición ha de surgir cuando dicho conocimiento inunde cubriendo la tierra!

- “la tierra será llena con el conocimiento de la gloria del Señor, como las aguas (vivas) cubren el mar (muerto)” (Habacuc 2:14).

En el día de la restauración de Israel, “ninguno enseñará más a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová, porque todos Me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande” (Jeremías 31:34).

De tal orden es la estimativa escritural del verdadero conocimiento, que la gloria final del Restaurado, el Reconciliado y el Redimido en cuanto a la Vida Eterna en sí, se resume en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, a Quien Él ha enviado.

Ya hemos observado anteriormente en nuestro estudio que cuando el Salvador hizo el recuento de Su mayordomía delante del Padre, lo primero que enumeró fue, “Yo he manifestado Tu Nombre” (17:6). Aquí al final Él vuelve a retomar este mismo tema, “Les he dado a conocer Tu nombre, y lo daré a conocer aún” (17:26).

La palabra traducida “dar a conocer” es *gnorizo* “hacer conocido” y aparece tan solo una vez más en el Evangelio de Juan: “Todas las cosas que oí de Mi Padre, os las he dado a conocer” (15.15). Estas “todas las cosas” que constituyeron el mensaje del Salvador y Su misión estaban contenidas en el nombre del Padre. El amor redentor, la esperanza de gloria, el don de vida, todo está inherente en su interior. Cuando el Señor dijo: “Y lo daré a conocer aún”, debió tener la vista puesta enfrente, en la Cruz, el Sepulcro, la Resurrección, la Ascensión, La Venida de nuevo y el acto final, cuando finalmente le entregue el reino a Dios el Padre y el propósito de las edades venga gloriosamente a ser alcanzado. Hacer conocido el nombre del Padre es dar de vuelta la perdida esperanza, la promesa de respuesta a cada verdadera oración, la garantía de misericordia en el peregrinaje y el pleno gozo de nuestra plena aceptación al fin. “El unigénito Hijo, Quien está en el seno del Padre, Él le ha declarado”. Esta declaración del nombre del Padre guía a la permanencia en morada de Su amor, y la permanencia en morada además de Su Hijo. “Para que el amor con el cual Tú me has amado permanezca en ellos, y Yo en ellos”.

Hemos abordado este capítulo con algunos recelos, pues es el lugar Santísimo de los cuatro evangelios. Consideramos atrás, y viendo el esfuerzo que hemos hecho, nos quedamos con una conciencia del torpe manejo y de la pobre apreciación al intentar exponerlo. Tan solo podemos clamar con aquel otro frágil y errante siervo, “Señor, Tú sabes que te amo”, y dejar la obra y su testimonio en manos de Aquel Quien aun siendo tan poderoso no quiebra la caña cascada ni apaga el pábilo que humea. Reciba y lleve consigo estos honestos aunque débiles esfuerzos, querido lector, al Santuario de Dios; utilícelos simplemente como un medio para un fin; y si por muy débiles que sean, han servido para un más profundo reconocimiento personal con el Señor aquí revelado, el amor aquí manifestado, y la unidad tan intensamente deseada, entonces nuestros esfuerzos habrán sido realmente honrados, y nuestra labor no habrá sido en vano.

CAPÍTULO 15  
**Muerte, Sepultura, Resurrección**  
**(18:4 – 20:31)**  
**La Acusación delante de Caifás**

Cuando Pedro habla de Cristo como el Cordero, añade, que Él era “sin mancha ni arruga” (1ª Pedro 1:19), puesto que ninguna ofrenda hecha al Señor sería aceptable si tuviera consigo la más leve imperfección (Lev.22:19-25). Cristo nuestra pascua fue sacrificado por nosotros, y, consecuentemente, es de suma importancia que fuese sin mancha o defecto. Es por causa de que este hecho sea tan vital para nuestra salvación, que, el registro de la acusación de Jesucristo, deba ser examinado con tanto cuidado. Aquel Quien cargó nuestros pecados debía Él propio ser sin pecado, tan solo Él, el Único Justo, podía sufrir por el injusto,

para llevarnos de vuelta a Dios. Esta sección del Evangelio que tenemos delante recae en tres partes del modo siguiente:

Juan 18:4 a 19:30. Los acontecimientos resultantes en la MUERTE.  
Juan 19:31-42. Los incidentes asociados con la SEPULTURA.  
Juan 20:1-31. Las consecuencias de Su RESURRECCIÓN.

Los acontecimientos que llevan hasta Su muerte incluyen Su acusación delante de Caifás y delante de Pilato, y visto que la muerte de Cristo cementa la fundación de todas nuestras esperanzas, es evidente que el juicio del Salvador y las acusaciones pendientes contra Él, así como la cuestión de Su inocencia, asumen, para nosotros, tal vez, la cuestión más importante que seamos llamados a considerar. Si Él no hubiese sido “sin mancha”, no podría haber sido el Cordero de Dios, y si no hubiese sido el Cordero de Dios, nosotros todavía estaríamos en nuestros pecados. A medida que vayamos siguiendo los procesos de la ley Hebrea y Romana nos ocuparemos de manera suprema en descubrir si Sus juicios y acusaciones fueron falsos o verdaderos. Es por tanto nuestra responsabilidad utilizar todos los medios que tengamos al alcance para con ellos capacitarnos a llevar a cabo esta gran examinación. La primera de las tres partes indicadas encima se subdivide de la siguiente manera:

A 18:4-11. La Traición y el Arresto.  
B 18:12-27. Las Acusaciones delante de Anás y Caifás.  
B 18:28 a 19:16. Las Acusaciones delante de Pilato.  
A 19:17-30. Crucifixión y Muerte.

En *El Expositor de Berea*, Vol.21, pags.121-125 imprimimos una invitación enviada por el presidente del Comité Organizador para la Reunificación del Gran Sanhedrin:

- “Para revisión de la jurisdicción, juicios y decretos del Sanhedrin actuante en Jerusalén durante la potestad y el dominio de Roma, y especialmente para considerar y revisar la vida y acusaciones de Jesús de Nazaret”.

Esta sorprendente propuesta hecha en 1931 revela cuán profundamente la cuestión de la legalidad de dichas acusaciones está penetrando en la moderna conciencia Judía. Ya otros, antes y desde 1931, la habían llevado a cabo. Alrededor de unos dieciséis años atrás el Sr. Taylor Innes abordó el tema desde un punto de vista puramente legal, y fue dado un breve sumario de sus hallazgos en el *Semanario de Londres* del Evangelio de Juan, Vol.20, por el Honorable Decano Sr. Shaw de Dunfermline. Otro escritor (Frank Morison) en 1930, en un profundo examen de la historia de la resurrección, señaló varios pasajes sobre las acusaciones de Cristo en su libro titulado *¿Quién Removió la Roca?* Y ya antes de dichos escritos y examinaciones sobre el tema, desde el año 1650, tenemos la inmensa obra del Dr. John Lightfoot, cuyas averiguaciones en los escritos Talmúdicos e interpretaciones hicieron con que cada uno de los subsecuentes escritores sobre el tema se sintiesen sus deudores.

Un significativo sumario de las sobresalientes características del juicio de Cristo tanto bajo la ley Hebrea como Romana ha sido dado por D.M. Panton, y no podemos dejar de dar aquí un extracto de dicho resumen:

- “El Sanhedrin, un tribunal regularmente constituido de las mentes más juiciosas y brillantes de Israel, era un tribunal no carente de dignidad de la nación que, única entre todas las naciones, poseía la Ley de Jehová. No obstante, el sorprendente juicio de Jesús, estuvo repleto con toda clase de ilegalidades: (1) Nuestro Señor fue arrestado e interrogado *en la noche*, lo cual, en acusaciones de pena capital, era ilegal. (2) El interrogatorio fue llevado a cabo, no en la Sala de Audiencia, donde el Sanhedrin se reunía regularmente, sino en la casa privada del Sumo Sacerdote. Este caso, si bien no fuese actualmente ilegal, sí que sería altamente irregular, con un cierto sabor de conspiración (Marcos 14:1, 2). (3) El Prisionero fue declarado culpable en el día del interrogatorio; mientras que, de acuerdo a la ley del Sanhedrin, aunque un prisionero pudiese ser notificado en el mismo día, jamás podría entonces ser condenado. (4) El Sanhedrin, en apelo a Pilato, dejó de lado la acusación de blasfemia, y sustituyó poniendo en su lugar el cargo de traición (Lucas 22:2); anulando sus propios procedimientos, llevaron a cabo un apelo al tribunal supremo con una nueva e insostenible acusación. El juicio estuvo repleto con ilegalidades.
  
- Pero todos estos puntos son técnicos; si bien establezcan una muy grave presunción contra la equidad del Sanhedrin, no son por sí fatales; es comprensible que, a pesar de las técnicas ser violadas, pueda aun así serle hecha justicia de manera sustancial al prisionero. Volvamos por tanto al Interrogatorio. Dos acusaciones fueron hechas contra Cristo: La primera, sedición; la segunda, blasfemia. El cargo de sedición se basaba en una alegada declaración amenazando la destrucción del Templo, sin embargo, aparte del hecho que Cristo nunca dijo que *Él* destruiría el templo, sino “*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*” (Juan 2:19); aparte del hecho de que fuese la *restauración* de un Templo destruido lo que *Él* prometió, un acto benéfico que difícilmente podía ser contemplado como acusación criminal; aparte además del hecho de haber sido a Su propio cuerpo adonde indicaba la referencia, y de manera alguna al Templo (Juan 2:21), un hecho crucial, en cuanto al juicio concierne, surge claramente: La evidencia era tan confusa, tan obviamente bajo soborno, que la acusación rápidamente se desvaneció; es decir, *sobre un punto del hecho palpable la acusación se desmoronó* (Marcos 14:56, 59). Caifás ahora acusa a Cristo de haber afirmado Su Filiación de Dios, lo cual realmente hizo. Sobre esta afirmación de Jesús, Caifás imputa ahora el cargo de blasfemia. Dos groseras ilegalidades invadiendo todo el interrogatorio tienen aquí lugar: (1) Todo lo que comporta dicha acusación, obviamente, gira en vuelta de quien sea el Prisionero; sin embargo *el Tribunal no llega a examinar de manera alguna el caso*. Si Jesús era el Hijo de Dios, no era blasfemia alguna que lo confesase; si no lo era, entonces lo sería. Pero así siendo, *la acción del Sanhedrin habría hecho del todo imposible para el Mesías haber venido a ser imputado susceptible de arresto inmediato y destrucción por blasfemia*. (2) La Ley de Moisés prohibía expresamente la condenación, en un cargo capital, sobre las evidencias de por lo menos dos testigos (Deut.17:6): *Jesús fue condenado a muerte sin haber ninguno*. Fue escupido y azotado (Mat.26:67). Isaías, centenas de años antes, dijo, “Por cárcel (*opresión*) y juicio fue quitado” (Isaías 53:8); Y Miqueas, “Con vara herirán en la mejilla del *Juez de Israel*” (Miqueas 5:1).
  
- La Ley Romana ha venido siendo la base de la jurisprudencia más sólida del mundo; sin embargo, aquí, la atmósfera también está cargada con ilegalidades. *Ni tan siquiera una de*

*las leyes esenciales de Roma fue observada en el juicio de Jesús. No hubo notificación alguna del juicio; ninguna examinación de testigos; ninguna defensa en consejo fue oída; ninguna prueba de un acto criminal se providenció; ninguna sentencia formalmente se pronunció. Y lo más sorprendente, el juez entrega al Prisionero que absuelve a ejecución. Tres veces declara Pilato al Prisionero “no culpable” (Lucas 23:4, 15, 22), no en tanto, cada vez que pronuncia su inocencia, vuelve de nuevo a juzgarle; mientras que, bajo la ley de Roma, un prisionero no debe ser juzgado dos veces por la misma ofensa. Tres veces pronuncia Pilato al Prisionero “no culpable”, sin embargo, sobre la cruz, como la ley requería, Pilato escribió la acusación, y ahí escribió – traición. Tres veces pronuncia Pilato “no culpable” al Prisionero, no en tanto les ordena a sus soldados que ejecuten la sentencia de “culpable”. “Jesús de Nazaret”, dice un miembro del Tribunal de Nueva York, “no fue condenado; fue linchado. El martirio del Gólgota no fue un ejecutar de justicia, fue un asesinato”.*

Por encima y en contraste con las prejudiciales e ilegales prácticas puestas de manifiesto en este juicio, debemos recordar la extrema humanidad y tendencia de imparcialidad que contenía la ley Hebrea.

En El Mishna, hablando de la ejecución de una persona condenada por lapidación, se dice que, dicha ejecución, debe tener lugar *a una cierta distancia* del lugar del juicio.

- “Mientras tanto, un oficial ha de quedarse en pie a la puerta con un pañuelo en su mano, otro, montado a lomos de un caballo, sigue la procesión en su camino, tan solo parando en el punto más alejado desde donde pueda ver al oficial del pañuelo. Y si dentro de la ciudad alguno se ofrece a probar la inocencia del condenado, el oficial a la puerta ha de agitar el pañuelo, y el caballero instantáneamente ha de galopar hasta llegar al condenado y reclamar por su defensa”.

Una vez más, aquí tenemos el juramento de la jurisprudencia Hebrea en un juicio de por vida:

- “No te olvides, oh testigo, que...en este juicio por vida, si tú pecaste, *la sangre del acusado* y la sangre de su simiente al fin del tiempo te ha de ser imputada a ti...si algún testigo destruyere un alma de Israel, será tenido por la Escritura como si hubiese destruido al mundo”

¡Cuán solemnes, cuán significativas, por tanto, debieron ser estas palabras “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”! (Mateo 27:25). Debe ser entendido, que, los testigos, eran en sí mismos los acusadores:

- “Sus declaraciones daban inicio a todo el proceso, y hasta que públicamente no fuesen presentados los cargos contra la persona en el juicio de la ley, era considerada, no meramente inocente, sino además carente de acusación” (Taylor Innes)

Por fin fueron hallados testigos que afirmaron haber oído al Señor decir que Él era capaz de destruir el templo y edificarlo de nuevo en tres días (Mateo 26:61), y debe recordarse que esto le fue recordado contra Él en burla cuando estaba a ser colgado sobre la cruz (Mat.27:40). Bien sabemos lo sumamente destorcida



que esta prueba evidencial fue (Juan 2:19), sin embargo, en su desespero, esto fu lo único que hallaron y les sirvió de provecho:

- “Consideremos la situación. Los testigos no concordaban entre sí. No consideraron ser de capital importancia, por tanto, aquello que por la ley se debía decidir. Es obvio que tanto Caifás como el tribunal estaban conscientes del caso, por eso sobrepasaron el obstáculo legal por un acto final de ilegalidad. Caifás, llevó a cabo el interrogatorio al acusado, y, contrariamente a la ley Hebrea, él propio formulaba sobre el acusado sus propias respuestas, y así y entonces, formuló las propias acusaciones – una condenación que comportaba la muerte...por ley, el prisionero, hasta ser condenado, debía permanecer siendo libre; en el entero procedimiento sufrió la detención, cuando el juicio era imposible...El propio Caifás había declarado que convenía que un hombre muriese por el pueblo.
- La confusión y vergüenza de la posición fue mayor de lo que algunos inflamados auditores pudiesen concebir. Reprobaron al acusado por responder de tal manera, y en la presencia de un Tribunal de Justicia le golpearon en la cara. A esta calumnia y agresión Él contestó con un segundo apelo a la imparcialidad y legalidad en el juicio” (Shaw).

Es evidente que, en la estimativa de cuantos habían arrestado a Cristo, algo debía hacerse, y hacerse además lo más rápidamente posible. El lector bien puede sorprenderse de por qué Cristo, Quien conocía perfectamente el proceso legal, y sabía que era ilegal basar una convicción sobre una declaración hecha por el propio acusador, forneciera una respuesta voluntaria, una respuesta que dio a Caifás y sus confederados una oportunidad para acusarle de blasfemia. La solución se halla en que, Caifás, abusando de su posición privilegiada, aplicó a Cristo la más solemne forma de juramento conocida en la constitución Hebrea, el famoso Juramento del Testimonio: “Yo te conjuro por el Dios viviente” (Mateo 26:63). Ante dicho juramento, Cristo, como pío y temeroso de la ley Judía que era, no tuvo más remedio sino responder.

- “Si” (dice el Mishna) “alguno dice, Te conjuro por el Todopoderoso, por Sabaoth, Por el Dios de Gracia y Misericordioso, por el sumamente Paciente, por el Compasivo, o por cualquiera de los títulos Divinos, he aquí que todos están sujetos a responder” (Frank Morison).

El Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos, el supuesto juicio acabó con la declaración de que no serían precisos más testimonios. Hasta aquí nos hemos ocupado en reunir las piezas del juicio delante de las autoridades Judías. Vemos que fue ilegalmente conducido, y que todas las humanas provisiones de la ley Hebrea fueron ignoradas. El único objetivo del Sanhedrin era conseguir a toda costa el veredicto de “culpable” basándose en alguna supuesta ofensa de delito capital, y a seguir, esperar que por obra de la presión ejercida en temor sobre el Gobernador Romano se consiguiera la ejecución del prisionero delante del pueblo común, así se retractaría la gente en su convicción para con este Sanador y Profeta. La palabra que sobresale a través de todo el proceso es aquella doble palabra repetida de Caifás, *conveniencia*, sin justificación, sin misericordia, sin sentido común ni aun mismo en cuanto a la tradición, sino la mera *conveniencia*. Dejamos al lector el resto de la lectura del pasaje que tenemos delante, pues nada hay en él que demande ser expuesto en nuestro objetivo. Ahora debemos llevar un paso más en frente el relato, donde el juicio se transfiere y se lleva desde el Sanhedrin hasta el Gobernador Romano Poncio Pilato, y, si somos guiados por el relativo espacio asignado y la cantidad de detalles fornecida, lo más importante de ambas cosas es este juicio que Juan percibió, en cuanto a su propósito concernía. No iríamos, no en tanto, a percibir

bien los actos de Pilato, a menos que conozcamos bien los antecedentes provistos por esta noche de temor, crueldad y escarnio de la justicia.

### **El Interrogatorio delante de Poncio Pilato (18:28 – 19:16)**

El lector ha de tener en mente los graves incidentes que tenemos delante. Si Jesucristo está a ser indagado, si Aquel Quien fue proclamado el Cordero de Dios se halla bajo examinación, si Aquel Quien fue expuesto a la muerte “el Justo por el injusto” para podernos llevar a Dios, está siendo sujeto a juicio, entonces, hasta que el veredicto sea anunciado, todo lo nuestro, tanto temporal como eterno, se halla ciertamente en peso en los platos de la balanza. ¿Cuál es la respuesta a este desafío? ¿Cuál de vosotros me redarguye de pecado? La ilegal indagación de Cristo delante de Anás y Caifás y la tenaz procuración por bases legales para la sentencia de muerte, ya las hemos visto. Contrariamente a todo el tenor de la ley Hebrea, el acusado ha sido acusado por blasfemia sobre Sus propias confesiones sin haber dichas afirmaciones sido examinadas, no se consideraron necesarios posteriores testigos, y el prisionero fue llevado a prisa delante de Pilato con el único objetivo de obtener la sentencia de muerte con efectos inmediatos. Vemos claro que, esta acusación de blasfemia, la cual hubiese tenido en poco el Gobernador Romano, se presentó pervertida bajo un aura de sedición y alta traición, y Caifás, fue lo suficientemente astuto como para ver en el clamor del Mesías de Su “realeza” una buena oportunidad para hacer con que la autoridad de Roma llevase a cabo la voluntad tanto suya propia como de los mandatarios Judíos. Juan 11:47-53 nos deja ver bien cuál sería la base cierta de esta esperanza que abrigaban:

- “Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación”.

Frank Morison hace el siguiente comentario:

- “El Cesar bien podía ser indiferente a la de alguna manera excéntricas confesiones a su parecer de un predicador itinerante. Pero no podría quedarse indiferente hacía cualquiera que reclamase un trono. En medio del silencio del tribunal, con las solemnes palabras de afirmación provenientes de labios del Prisionero, ciertas otras palabras estaban ya siendo formuladas en la mente de Caifás: *Si sueltas libre a este hombre, te vuelves enemigo del Cesar*”.

Las noticias traídas por Judas ya adentrada la noche y tan cerca de la fiesta ocasionaban un problema para los Gobernantes. ¿Sería de alguna manera posible, debida o indebidamente, manipular el juicio delante del Sanhedrin y asegurar la concordancia del Gobernador Romano, para que la pena de muerte pudiera llevarse a cabo antes de la fiesta? Ya hemos visto el esfuerzo que hicieron para hallar y obtener falsos testigos, el paso final de Caifás, la acusación de blasfemia, el cese del juicio y la apresada asamblea delante de Pilato. Todo esto nos indica que la sentencia de Pilato fue algo totalmente previsto y premeditado.

De nuevo citaremos otro comentario de Frank Morison en su obra *¿Quién Removió la Roca?*

- “Cualquier cosa, por tanto, había rápidamente que hacer. Una parte considerable de aquellas tres horas debió ocuparse en apresadas confabulaciones, fugaces idas y venidas entre la junta de ejecutivos en la casa del Sumo Sacerdote, y aquellos indispensables líderes del pensamiento Judío a los cuales debía consultarse para su ratificación en el

Sanhedrin. Todo esto se ve claramente entre las líneas de la narración. Pero, ¿Habría algo más? Personalmente, yo pienso que había.

- Cualquiera que sea la interpretación que pongamos sobre las circunstancias que llevaron al arresto de Cristo, para mí, es cierto que, antes que fuese dada la fatal palabra al grupo que procedió al arresto en Getsemaní, *debió haber tenido lugar algún tipo de audiencias al respecto entre los líderes judíos y Poncio Pilato*”.

Es contrario a todas las expectativas y contra todo lo que conocemos del carácter de Pilato, creer que permitiría un juicio de pena capital a ser groseramente impuesto en la mañana de una fiesta Judía sin anteriormente serle notificado, habiendo, como había, un muy riguroso control policial siempre pronto para evitar cualquier acto privado que incendiase disturbios y provocase escenarios contrarios y mal vistos por el gobierno romano. Tan solo un poco de conocimiento en los hábitos de actuación tanto en la ley Judía como Romana, es suficiente para suponer que algún tipo de entendimiento, secretamente alcanzado, debió para el caso ser imperativo. Al inicio del pasaje que tenemos delante (18:28), vemos siendo llevado al Prisionero al pretorio para ser juzgado “era de mañana (de madrugada). Estos gobernadores Judíos que no tuvieron escrúpulos sentenciando a muerte al Hijo de Dios, fueron muy escrupulosos para no contaminarse ceremonialmente, y con el fin de poder venir a comer la pascua, se privaron ellos propios de introducirse en el pretorio ¡Tal es la religión! Por las palabras de apertura de Pilato pareciera que los Gobernadores fueron tomados de sorpresa. Todo lo que deseaban era una licencia para ejecutar a su prisionero. Ahora Pilato parece en cambio inclinado a iniciar una investigación exhaustiva, “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” (18:29). Perplejidad, temor y furia, combinado con el pre conocimiento de que Caifás y Pilato ya habían llegado a un entendimiento, precipitaron de alguna forma la insolente respuesta: “Si no fuera un malhechor, no lo habríamos traído a tu presencia” (18:30). Los gobernadores Judíos mantenían consigo el derecho a lapidar a un hombre hasta la muerte, tal como podemos comprobar en el capítulo 7 de los Hechos, pero temían al pueblo. Además, por encima de todo, existía un propósito escondido a ser llevado a cabo en toda esta enemistad y traspaso de justicia que ellos no conocían.

- “Para que el dicho de Jesús se cumpliera, que Él habló, dando a entender de qué muerte iría a morir” (18:32).

Cuando el Cesar Augusto envió el edicto de que todo el mundo debía ser censado, desconocía que por su medio estaba llevando a cabo el cumplimiento de una oscura profecía Hebrea (Lucas 2:1; Mateo 2:4-6); de igual modo, tanto Caifás como Pilato, operando para llevar a cabo sus propios fines, nada sabían que estuviesen contribuyendo “por manos inicuas” para el cumplimiento de otra profecía (hechos 2:23). Si la suposición es cierta, que Caifás había adquirido el tácito acuerdo de Pilato para dictar de antemano la sentencia de muerte sobre Jesús de Nazaret, entonces, la entera actitud de Pilato, tal como se registra en Juan 18 y 19, parece señalar un cambio opuesto a dicha previa decisión – a través del interrogatorio parece actuar llevado por un deseo de libertar al prisionero. Aquello que aparenta superficialmente como siendo una vacilación de un hombre agitado y conmovido por bajos motivos, también puede ser considerado como de honesto esfuerzo para liberar al prisionero de manos de Sus opresores. Tres veces pronunció Pilato la inocencia de su Prisionero; en el envío a Herodes, la sugerida sustitución de Barrabas, la flagelación de Cristo, el lavar de las manos, todo esto, aunque no fuesen el resultado de puros y limpios motivos, no en tanto, tenía consigo la liberación del prisionero en mente. Una cosa, y tan solo una única cosa, mudó la marea, esto es, el clamor, “Tú te vuelves enemigo del Cesar”. No podemos dejar de creer que, la insistente observación enviada por su esposa a Pilato, le influenció tremendamente. Pagano y mundano como debió haber sido, Poncio Pilato entretendría consigo muchas de las supersticiones de su época, y leemos, que,

mientras estaba sentado sobre el trono de juicio, le fue enviada una carta de parte de su esposa que decía, “No tengas nada que ver con ese Hombre justo; pues he sufrido mucho en sueños en este día por causa de Él” (Mat.27:19). Cuando se presenta la acusación contra el Señor, con Pilato, nada oímos hablar de la destrucción o edificación del templo, ni tampoco oímos nada de Su afirmación confesando ser “el Cristo, el Hijo del Bendito”, hasta ya bien adentrado el interrogatorio. Caifás reconstruyó el clamor del Mesías, y reforzó en su reconstitución poniendo de relieve el título de REY, sabiendo muy bien que Pilato no podría venir a tolerar de ninguna manera que hubiese un rival contra el Emperador Romano, de ahí que, si bien cada uno de los evangelistas nos ofrezca su peculiar registro de este juicio del Salvador, la cuestión de Su reclamo a ser un Rey se halla en todos ellos. Lucas nos dice que cuando la multitud llevó al salvador ante Pilato, comenzaron a acusarle, diciendo: “Hemos hallado a este hombre pervirtiendo a la nación, y prohibiendo dar tributo al Cesar, diciendo que Él Mismo es Cristo, un REY” (Lucas 23:2). Los otros evangelistas nos llevan a deducir que antes que Pilato hubiese venido en la mañana temprano de aquel día a sentarse en el trono de juicio, ya anteriormente había sido informado que la acusación contra el Prisionero era Su reclamo a la monarquía. Es evidente, además, que nuestro Señor sabía de este hecho, pues en vez de dar una directa respuesta a la cuestión, “¿Eres Tú el Rey de los Judíos?” Él dijo, “¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?” (Juan 18:34). Bien podemos a primera vista no comprender qué diferencia haría la respuesta del Señor. Si Pilato, como Gobernador Romano, sin prejuicios ni coerción y en el ejercicio de su oficio le preguntaba si es que Jesús de Nazaret estaba reclamando o no una usurpación de los derechos de realeza y las prerrogativas del emperador Romano, envolviendo como eso debía envolver, pleitos, insurrecciones y una ruptura de la paz, entonces la respuesta de nuestro Salvador hubiese sido, NO. Pero si, no en tanto, Sus enemigos hubiesen urdido Su afirmación a ser el tan de tanto tiempo prometido Mesías en una afirmación de monarquía, entonces Su respuesta debía ser SÍ.

- “Pilato le respondió, ¿Soy yo acaso Judío? Tu nación y los principales sacerdotes, te han entregado a mí, ¿qué has hecho?” (18:35).

Como resultado, el Salvador, al tiempo que mantenía Su derecho a la monarquía, dejó ver bien claro a Pilato que tal afirmación no carecía de jurisdicción.

- “Mi reino no es de este mundo, si Mi reino fuese de este mundo, Mis servidores pelearían para que Yo no fuera entregado a los Judíos; pero Mi reino no es de aquí” (18:36).

La Versión Autorizada en el versículo 37 dice, “¿Eres Tú por tanto un rey?” Y está más de acuerdo con el original, sugiriendo una nota de sorpresa en la manera de hablar de Pilato, un arrojo de luz, en cuanto él dijo, “¿Eres tú por tanto un rey?”. De nuevo el Salvador, con una calma inalterable y paciencia, replicó:

- “Tú dices que Yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye Mi voz” (18:37).

Cuando Pilato escuchó estas solemnes palabras, junto con las súplicas de su esposa y sus propios temores supersticiosos, contempló a este extraño y sin embargo sorprendentemente inspirado prisionero y dijo, “¿Qué es la verdad?” En dicha desesperada pregunta se concentra el sentido de futilidad que sobreviene sobre todo pensamiento filosófico y cuestión religiosa: “¿Qué es la verdad?” Cada secta, cada credo, cada escuela del pensamiento, todos reclamaban que sus particulares principios serían la verdad – y aquí, en pie delante de él había Uno que reclamaba haber nacido, no solamente un rey, sino además que Su dominio era la verdad. Cuán próximo se hallaba Poncio Pilato del reino en aquel preciso instante es algo que

desconocemos, pero seguramente estuvo más cerca que aquellos sacerdotes y escribas que estaban en posesión de las mismas Escrituras que les condenaba. Sin aparentemente aguardar una respuesta, Pilato salió a encontrarse con los Judíos y les dijo, “Yo no encuentro falta alguna en este hombre”, pero sabiendo que por envidia los gobernantes le habían entregado en sus manos (Mateo 27:18), echó mano oportunamente queriendo soltarle de una tradición anual. Era costumbre desde hacía ya largo tiempo, liberar algún prisionero en la Pascua, y así Pilato decidió presentarles esta propuesta: “¿Queréis por tanto que os liberte al Rey de los Judíos?” Su oferta fue recibida con grandes voces de indignación, “No a este hombre, sino a Barrabás”. A través de todo el evangelio nos encontramos con el siguiente fenómeno: Cristo se presenta en uno de Sus muchos oficios, o alguna doctrina se pone delante que concierne a Su persona y obra, e inmediatamente surge una división entre la gente. Aquí, ante el trono de juicio de Pilato, es el pueblo de Israel quien se halla en juicio, no el lleno de gracia prisionero, “No éste hombre, sino Barrabás”. ¡Vaya una elección, profética del día en el cual Israel ha de venir a aceptar al anti Cristo habiendo repudiado y crucificado al Cristo de Dios!

Pilato reiteró un apelo más a la multitud azotando al Salvador y sujetándole a la burla de los soldados, diciendo, “He aquí al Hombre”. Este último intento fue anulado por el griterío, “¡Crucifícale, crucifícale!” y nuevamente proclamó Pilato públicamente la inocencia de su prisionero.

- “Los Judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a Sí Mismo Hijo de Dios” (19:7).

El lector debe recordar cuantas veces ha ido Juan llevándonos a esta misma confesión, Juan el Bautista reportó este registro (1:34), y Natanael (1:49), y Pedro (6:69), y el hombre que nació ciego (9:35-38), y Marta (11:27), y Sus propias declaraciones, tales como aquellas de 10:36 y 11:4. Ahora el propio Pilato debe ser incluido en el número de quienes, si bien no reconociese plenamente el título, manifestó al menos una gran perturbación e indagó:

- “Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo; y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres Tú? Pero Jesús no le dio respuesta” (19:8-9).

Estamos seguros que si Pilato con esta pregunta hubiese estado procurando con toda su alma una respuesta, nuestro Salvador se habría revelado en gracia allí y entonces al Gobernador Romano que le estaba juzgando por Su vida. El silencio del Salvador fue una prueba para Pilato, y de nuevo vuelve a recordar su propia dignidad como Juez y Legislador, y replicó: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (19:10). Y de nuevo se ve Pilato sorprendido con la respuesta de este pálido y torturado prisionero. “Desde entonces procuraba Pilato soltarle”. Y fue entonces que los Judíos manipularon los temores de Pilato y Pilato descubrió su propia mala vida puesta delante de él, sacando la chispa que la presencia de Cristo había encendido. No podemos olvidarnos, juzgando a este hombre titubeante, que Pedro, posteriormente, le dijo al pueblo de Israel concerniente a Cristo: “A Quien vosotros entregásteis, y negasteis en la presencia de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad” (Hechos 3:13), tal como de hecho el Salvador ya había dicho, “Aquel que a ti Me ha entregado, mayor pecado tiene”.

- “Si a éste sueltas, no eres amigo del César; todo el que se hace rey, a César se opone” (Juan 19:12).

La última cosa que Pilato desearía era una acusación dirigida contra él delante del César por los Judíos, y así y una vez más volvió a sentarse en el trono de juicio y dijo, “He aquí vuestro rey”, en respuesta a lo cual Israel para su vergüenza y degradación se quita del medio, diciendo: “No tenemos más rey que el César”. El fin había llegado. Pilato había públicamente anunciado que este prisionero era inocente en todas las acusaciones puestas contra Él. Había quedado impresionado con la entrevista que tuvo con Él, y se había conmovido con el urgente apelo de parte de su esposa. Sabía que “por envidia” habían entregado a Cristo en sus manos, pero los pecados previos, debilitaron tanto su sentido de justicia como su autoridad:

- “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra Tu santo Hijo Jesús, a Quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los Gentiles y el pueblo de Israel” (Hechos 4:27).

Y así acaba la trágica historia. “Entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron”.

- “He aquí vuestro rey”, dijo Pilato.
- “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, dijo Su precursor, Juan el Bautista.

El Cordero de Dios fue sometido al más riguroso interrogatorio. “Yo no hallo falta alguna en Él” fue el veredicto de Pilato, de la esposa de Pilato y de Herodes. Fue la confesa convicción de Caifás por la ilegalidad del juicio la que condenó a Quien, de otra manera, hubiese sido imposible hallar en Él la más mínima falta. El fundamento de nuestras esperanzas es que “Aquel Quien no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado”, y en la conciencia de Su victoria moral seguimos adelante en nuestro estudio, sabiendo que, la propia cruz, con toda su vergüenza, vino a ser, por la gracia transformadora, el símbolo del más grande triunfo del amor.

### **El Problema del Tiempo, con respecto a la Pascua**

Donde acaban los Evangelios, comienzan las Epístolas. El Evangelio de Juan que estamos estudiando fornece las bases históricas sobre las cuales, bajo la inspiración de Dios, los apóstoles fueron guiados a edificar su gran doctrina de Redención. Intentar aquí hacer aunque fuera tan solo un resumen de la doctrina de identificación de Pablo, en la cual el creyente es reconocido como habiendo sido crucificado con Cristo, haber muerto con Él, haber sido sepultado con Él, y haber sido resucitado juntamente con Él, sobrepasaría tanto los límites del espacio disponible como los límites establecidos por el Evangelio que estamos examinando. Si por un lado puede ser cierto que la subsecuente revelación de la gracia redentora es aún más maravillosa que el registro histórico contenido en los capítulos finales de este Evangelio, no obstante, hay una verdad que debe mantenerse siempre en mente, esto es, que la Cristiandad es una fe histórica, que si un punto histórico pudiese venir a ser satisfactoriamente modificado, todo el edificio doctrinal sería sacudido y caería por tierra hecho pedazos. Tan cierto es esto, que bien podemos nunca habernos dado cuenta de la sublime audacia que ha incorporado en el Credo, el nombre ¡Poncio Pilato! así, de manera tan íntima, interviene el hecho histórico con la verdad doctrinal. Siendo así, a cualquier obstáculo relativo al tiempo y al lugar que pertenezca a los últimos días de la vida del Salvador sobre la tierra, no se debe permitir que introduzca su sombra sobre el registro, sino antes bien confrontarlo honestamente y procurarle una solución. En este particular recordamos los conflictivos intentos que han sido llevados a cabo por los Comentaristas concernientes los tiempos registrados de la crucifixión. En el Evangelio de Marcos leemos:

- “Era la hora *tercera* cuando le crucificaron” (15:25)

A este registro debemos añadir el de Mateo:

- “Y desde la hora *sexta* hubo tinieblas sobre la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora *novena*, Jesús clamó a gran voz...Jesús, habiendo clamado otra vez a gran voz, entregó el espíritu” (27:45, 46, 50).

Aquí todo está bastante claro, la hora tercera, sexta y novena siguen en lógica secuencia. Cuando llegamos al registro dado por Juan nos encontramos un problema:

- “Era la preparación de la Pascua, y como la hora *sexta*...entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado” (19:14-16).

Ahora bien, de acuerdo a Mateo y Marcos, desde la hora sexta hasta la novena, sobrevinieron tinieblas, la crucifixión ya había tenido lugar, y al cierre de la hora novena el Salvador murió. ¿Qué podemos por tanto hacer de la declaración de Juan, cuando dice que a la sexta hora entregó Pilato al Señor en manos de sus enemigos? *La Companion Bible*, en el Apéndice 165, dice, “La hora sexta de Juan 19:14 corresponde a nuestra media noche”. Es evidente a medida que estudiamos los registros del evangelio, que los Judíos *se apresaban compulsivamente* para conseguir que la ejecución concluyera antes del Sabbath, sin embargo, si en Juan 19:14 es la media noche, entonces tenemos un intervalo de NUEVE HORAS, es decir, desde la media noche hasta las nueve de la mañana siguiente, entre la entrega de Cristo por Pilato hasta la crucifixión. Teniendo en cuenta la extrema y aprensiva PRISA que marca todo el curso de este ilegal juicio, con su horror de posible contaminación del Sabbath que se aproximaba, una tal explicación carece de base y se anula a sí propia. No vamos aquí a rellenar nuestras páginas con los esfuerzos llevados a cabo por los comentaristas en sus intentos para resolver este problema, si bien que unos pocos ejemplos puedan ser provechosos aunque tan solo sirvan de aviso contra tales prácticas. Una de las versiones resolvió cortar la nota de tiempo (la hora tercera) hecha por el editor del Manuscrito Sinaítico. Scrivener en su libro *Introducción al Criticismo del Nuevo Testamento* ubica esta lectura bajo el encabezado que dice: “El copista debe haberse visto tentado a abandonar su más alta función por la de un revisor o crítico corrector” y dicho principio, una vez que se acepta, viene a causar tantos estragos con los originales que haría con que título “traductor” fuese totalmente inadecuado. Calvino fue consciente de la dificultad en este pasaje, e intentó reconciliar la aparente dificultad sugiriendo que los Judíos exageraban el paso del tiempo, diciendo actualmente: “es cerca del mediodía” mientras que realmente era mucho más temprano; o Marcos, cuando dice “la tercera hora” no quiere exactamente decir que fueran las 9 de la mañana, sino cualquier hora del cuarto anterior al mediodía. “Así, cuando los Judíos vieron que Pilato se demoraba desgastando el tiempo, y que la hora del mediodía se aproximaba, Juan dice que se pusieron a dar voces acaloradas, con el fin de que el día no acabase sin que nada sucediese”. Esta solución no carece de ingenio, ciertamente, sin embargo sigue siendo verdad que fue Juan quien registra el tiempo, y no los enfurecidos Judíos.

El problema después de todo lo acarrearán los propios comentaristas, y surge de una mala suposición, esto es, que las horas en todos los Evangelios se hacen bajo el cómputo Hebreo. Este ha sido el error fatal. Hoy en día tenemos una Biblia completa, y es natural, pero está equivocado, asumir que, en los días de los apóstoles, cada lector poseía también una Biblia completa. Esto, sin embargo, no es cierto. Los cuatro Evangelios no fueron escritos al mismo tiempo, así como tampoco fueron dirigidos a los mismos lectores.

Muchos de los que leyeron el Evangelio de Mateo nunca llegaron a ver el Evangelio de Juan, y viceversa; muchos de los lectores de Juan nunca llegarían a ver los registros de Mateo. Ya hemos visto que Juan tenía consigo en mente al lector Gentil, un lector que precisaba traducido para él términos comunes tales como “Rabbi”. Siendo así, es de sentido común creer que siempre y cuando Juan ofrezca un tiempo para un acontecimiento, lo dé en *términos que reconozcan los Gentiles*. Antes de la Gran Guerra de 1914, muchos de los lectores Ingleses se habrían visto confundidos si se les diese la orden de tomar “el tren de las 21:15 proveniente de la estación Victoria”, pues el tiempo Continental raramente se conocía. Si vemos que Juan utiliza el tiempo Gentil – todo se aclara y no surge ningún problema. El registro comienza con Juan a las seis de la mañana, el cual es seguido por los registros de Mateo y Marcos, esto es, a las nueve de la mañana, el mediodía (12), y las tres de la tarde. El gráfico siguiente hablará por sí.

## LOS TIEMPOS MENCIONADOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Los tres acontecimientos registrados en el Evangelio de Juan, donde el tiempo se menciona por el cálculo Romano comparados con los tiempos dados en los demás Evangelios de los acontecimientos en la semana de la Pascua, ofrecidos por el cálculo Hebreo:

### HORAS

#### TIEMPO ROMANO

#### TIEMPO HEBREO

*Media noche* 12    6 *Media noche*

1	7
2	8
3	9
4	10
5	11
6	12

Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta  
Entonces dijo (Pilato) a los Judíos: HE AQUÍ VUESTRO REY  
(Juan 19:14).

7	1
8	2
9	3

Era la tercera hora cuando le crucificaron (Marcos 15:25)

10	4
11	5
12	6 Desde la sexta hora hubo tinieblas...

*Medio día*

1	7
2	8
3	9 ...hasta la hora nona (Mateo 27:45; Marcos 15:33; Lucas 23:44)
4	10
5	11
6	12 <i>El inicio del día Judío</i>

Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús cansado del camino  
Se sentó así junto al pozo, y era como la hora sexta (Juan 4:6).  
(O más lógicamente, la hora sexta, correspondiente al mediodía)



Algunos escritores no han dudado en difamar el carácter de la mujer de Samaria, en sus intentos por probar que, contrariamente a los hábitos comunes, ella se acercase a sacar el agua o bien al MEDIODÍA o a la MEDIANOCHE, porque, dicen los tales, su inmoral carácter hacía imposible para ella asociarse con las mujeres que sacaban agua a la hora acostumbrada, es decir, a la puesta del sol. No hay ni la más leve evidencia que pruebe que esta mujer fuese peor que sus vecinos, y además, no fue ni reprendida ni repudiada en la audiencia que tuvo con ellos cuando les dijo: “Venid y ved, he hallado a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho; ¿No será éste el Cristo?” (4:29, 30, 39, 41).

Otra cuestión que hace con que sea necesaria la examinación de los cuatro Evangelistas, y que ha sido respondida en más de una manera, es la cuestión de la fecha actual de la Pascua. La mayor parte de nosotros, si no estamos preparados, diríamos por nuestro conocimiento general del tema: “la Pascua tuvo lugar en el día 14 del mes de Nisán”.

Ha sido afirmado por algunos que, una vez que el día de la Pascua se decidía cada año por la examinación de dos hombres, enviados por el Sanhedrin para notificar la primera aparición de la luna nueva, y que el Sanhedrin, para encubrir cualquier posible error, ordenaba que se guardasen dos días, uno denominado *dies latentis lunae* y el otro *dies apparentis lunae*, que por eso, se reconcilia la aparente dificultad que encontramos, es decir, que Cristo celebró la Pascua con Sus discípulos, y al mismo tiempo sufrió como siendo la verdadera Pascua posteriormente. “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado” (13:1) y posteriormente, cuando los Judíos le llevaron a Pilato, “Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la Pascua” (18:28).

Volvamos al principio y tratemos de reunir juntas las piezas de este problema. La Pascua original se celebró en Egipto, y el registro se encuentra en Éxodo 12. La ley dominante de la fiesta memorial anual se halla en Levítico 23, “Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación de Israel entre las dos tardes (al anochecer en la R.V.)” (Éxodo 12:6). “A los catorce del mes, entre las dos tardes (al anochecer en la R.V.), Pascua es de Jehová. Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levaduras...el primer día tendréis santa convocación; ningún trabajo de siervos haréis” (Lev.23:5-7 vea además Números 28:16, 18). Está muy claro que la Pascua se celebraba en el día 14 del mes, y que la fiesta de los Panes sin Levadura comenzaba al quinceavo día del mismo mes.

En registros sucesivos encontramos que la Pascua se mataba en el catorce del mes (Josué 5:10; Esdras 6:19, 20), y, si bien que en ciertas circunstancias se permitiese mudanzas en el *mes* (2ª Crón.30:1, 2), el *día* nunca se alteraba (2ª Crón.30:15), “Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (Mateo 26:29). “El primer día de los Panes sin Levadura, cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la Pascua?...y prepararon la Pascua” (Marcos 14:12-16). “Cristo nuestra Pascua es sacrificado por nosotros” (1ª Corintios 5:7).

A primera vista pareciera que estamos en el cierne de un dilema. Si Cristo fue efectivamente ofrecido como la verdadera Pascua, y murió en la tarde del catorce de Nisán, no parece que haga sentido decir que, mismo así, Él celebró la Pascua con Sus discípulos al anochecer del mismo día 14 de Nisán. Si, no en tanto, sostenemos que Él junto con Sus discípulos, como verdaderos Israelitas, guardarían la Pascua en el día y al tiempo señalado, entonces llegamos a la conclusión que Él, la Verdadera Pascua, no fue ofrecida hasta el quinceavo día del mes, el cual no fue el día de la Pascua, sino el de la Fiesta de los Panes sin Levadura.

Estamos gratos de haber escrito “pareciera que estamos en el cierne de un dilema”, pues el dilema lo elaboramos nosotros mismos, y la llave una vez más está en la observancia de la diferencia entre el cálculo de tiempo Hebreo y Gentil.

Es físicamente imposible en el cálculo Gentil que Cristo hubiese muerto en la tarde del catorce de mes y haber *previamente* cenado con Sus discípulos en la noche del mismo catorce. El caso, sin embargo, es diferente cuando recordamos que “la NOCHE y la MAÑANA” es la Divina subdivisión de un día, y que el día Hebreo *comenzaba a la puesta del sol*, y así, su noche, venía a ser muchas horas *antes* de su tarde.

Hay además un fraseado peculiar en el palabreado Hebreo de Éxodo 12:6, al cual se le da atención al margen (en la Reina Valera está así traducido), “Y lo inmolará en el anochecer” debería leerse “entre las dos tardes (tal como en la Reina Valera).” Aquí se haría evidente a los ojos que nuestro Salvador pudo guardar la Pascua, y al mismo tiempo ser posteriormente ofrecido como la Verdadera Pascua, “entre las dos tardes”.

El lector podrá observar, estamos convencidos, que no nos hemos movido ni un ápice de cuanto está “escrito”, y si bien reconozcamos que, los errores hechos por aquellos cuyos hallazgos no podemos aceptar, fueron hechos en un esfuerzo honesto para interpretar la verdad, nosotros creemos que podemos con toda modestia clamar que la resolución tanto del problema de la hora sexta de Juan 19, como de la Pascua, honra a Dios, adhiere a Su Palabra y nos permite conservar una buena conciencia sin ofensa ante Él.

### **La Crucifixión (19:17-30)**

Sentimos, a medida que nos aproximamos del capítulo diecisiete, que nuestra examinación de dicho pasaje casi pareciera una intrusión, y una vez que ahora nos acercamos de aquel registro de tan inexplicable humillación, “la muerte de cruz”, nos sentimos reticentes a la hora de tratarlo con una examinación demasiado rigurosa. No en tanto, la adoración, no es contraria al entendimiento, y la crónica de este más que terrible acontecimiento está escrito también para nuestro aprendizaje. La crucifixión que practicaban los romanos era desconocida entre los hebreos, el castigo equivalente bajo la ley de Moisés era venir a ser “colgado sobre un madero”. En la literatura Rabínica, a seguir al adviento de Cristo, el Salvador vino a ser reconocido como “El Colgado”. Si bien la crucifixión era práctica común a través de todo el imperio romano, no hay indicación evidente alguna de repugnancia entre los muchos filósofos y pensadores de la época. Cicerón (106-43 antes de Cristo) la denomina “la más cruel y desgraciada” manera de morir, y Ulpiano, un Jurista romano (muerto en el año 228 de nuestra era) dice que era “el peor castigo posible”. Este fue el trato impuesto al Hijo de Dios, por la Religión (la Judía), la Sabiduría (la Griega) y por el Poder (el Romano). La crucifixión se usaba principalmente como castigo de los esclavos, quienes, de acuerdo al hecho, eran denominados *furcifer* “porta-cruces”. Ningún ciudadano romano podía ser crucificado – un hecho bien conocido por el apóstol Pablo, quien fue consciente de que Su Señor se había rebajado hasta lo más bajo posible para que él pudiera seguirle. La crucifixión se reservaba para crímenes tales como el latrocinio, la piratería, el asesinato, la sedición, la traición, desertión del ejército, y para un esclavo huido. Esta fue la ignominia impuesta al Cristo sin igual. Verdaderamente “fue contado con los transgresores”. Mucho antes de la muerte de Cristo, la crucifixión había pasado a ser una figura para indicar el sufrimiento de pérdida y la carga a costas de un fardo, tal como puede verse en las palabras de Mateo 16:24, “tome su cruz”. El inicio de la sección que tenemos delante expone a Cristo siendo tratado como un común criminal “cargando su cruz” (Juan 19:17). Mateo, quien registra el extremo cansancio del Getsemaní, registra además el hecho de que Simón de Cirene fue obligado a cargar a cierta altura por Él la cruz (27:32), sin embargo

Juan omite este hecho. El lugar de una calavera, denominado en la lengua hebrea *golgotha* se traduce por Lucas como *kranion* o “calavera”, y es la equivalente latina para este término que nos da la palabra Calvario. La tradición y la arqueología han mantenido muchas teorías conflictivas concernientes al verdadero lugar del Gólgota, sin embargo, nosotros estamos más interesados con la terrible transacción que allí tuvo lugar que en establecer su precisa tipografía. A cada lado del Divino sufridor fueron crucificados “otros dos” (Juan 19.18). Mateo nos dice que eran “ladrones” y Lucas habla de dos posteriores “malhechores”, pero tanto si fueron tan solo dos como si fueron cuatro (como los más informados mantienen) los crucificados con Cristo en ese mismo día, es algo que nos parece que no se reviste de suficiente importancia para que aquí y ahora ocupemos nuestro tiempo y espacio aclarando la cuestión. Lucas tiene en sí muchas más cosas que decir con respecto a los dos malhechores que los demás evangelistas, incluyendo el conflictivo pasaje, “De cierto te digo hoy que tú estarás conmigo en el paraíso” (23:43), que nosotros de propósito dejamos sin puntuar. Pilato había fijado sobre la cruz un “título”, siendo el palabreado, “Jesús de Nazaret el Rey de los Judíos”, escrito en Hebreo, Griego y Latín. Hay muchos puntos de vista conflictivos concernientes a los distintos palabreados del título y las inscripciones, sin embargo los resultados no justifican el espacio requerido para su exposición. La suposición de que Pilato fuese el causante de que el ofensivo palabreado fuese removido es contraria al tenor de su respuesta, “Lo que he escrito, he escrito”

No hay garantía alguna para el uso simbólico de la cruz en el testimonio Cristiano, así como tampoco hay cualquier prueba positiva que nos muestre de que clase o forma era la cruz. La cruz tradicional es de origen pagana. De nuevo, importa muy poco cuál sería la forma de la cruz, es sin lugar a dudas de mucha mayor importancia que ahora podamos predicar a Cristo, y a éste crucificado. Él ha sido realmente “resucitado” tal como lo predijo (3:14; 8:28; 12:32, 34). La manera indigna como los comunes soldados trataron a su augusto Prisionero estaba plenamente de acuerdo con las habituales prácticas de la época. El Dr. Lardner nos da el siguiente relato que ilumina la burla que se hacía para con los clamores del Salvador:

- “Había entre la comitiva un Carabas, una especie de hombre atrasado mental que en todas las estaciones del año salía semidesnudo por las calles. Era algo así entre medio loco y medio tonto, el cual servía como objeto de las bromas de simples muchachos y la gente ociosa. A este desgraciado introducían en el teatro y lo sentaban en un lugar apropiado, donde pudiese ser visto por todos los asistentes; entonces, le ponían en su cabeza una cobertura de papel por corona, el resto de su cuerpo se cubría con una especie de saco por vestido, y en lugar de un cetro ponían en su mano una pequeña rama de palo que encontraban por el suelo. Habiéndole dado así una mímica vestidura de rey, varios chiquillos, con otros tantos palos a sus espaldas por espadas, venían y permanecían en pie a cada lado como si fueran sus guardas. A seguir, algunos entre los asistentes se presentaban delante de él, unos a presentarle homenaje, otros pidiéndole justicia, y otros queriendo saber su voluntad y deseo concerniente a los asuntos de estado; y entre la multitud se iban entretanto escuchando grandes y confusas aclamaciones de Maris, Maris; esto es, la palabra Siriaca para el Señor, con lo cual intimaban a quien exponían al ridículo por todo este espectáculo burlesco; siendo que Agripa era un Sirio”.

Los soldados, habiendo acabado su terrible labor, procedieron a dividir los vestuarios de las víctimas entre sí de acuerdo a la costumbre. Una vez que los del Señor consistían en una túnica sin costura, prudentemente sugirieron que en vez de rasgarlo dividiéndolo en cuatro partes, su posesión manteniéndola entera se echase a suerte entre ellos. Cuan insignificante puede este acto parecer – sin embargo, Juan añade a seguir:

- “Para que se cumpliera la Escritura, que dice: Repartieron entre sí Mis vestidos, y sobre Mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados” (19:24).

La Escritura que así se cumplió era el Salmo 22, que comienza con el lamento, “Dios Mío, Dios Mío, ¿Por qué Me has abandonado?” Por Mateo y Marcos aprendemos que el Salvador hizo esta proclamación, sin embargo Juan pasa por alto este acto en silencio. Mateo, Marcos y Lucas revelan que el Salmo 22:8 fue citado en forma de burla y escarnio por los escribas, ancianos y los dos ladrones, y uno de los malhechores. Cada uno de los cuatro evangelios, sin embargo, refiere el reparto de las vestiduras y el echar a suertes. El Salmo 22 se cita en Hebr.2:12 del Cristo Resucitado. Las palabras “horadaron Mis manos y Mis pies” no se citan en los evangelios, pero en el hecho de la crucifixión se encuentra claramente implicado. Una vez más, las palabras con las cuales acaba el Salmo 22, “Él hizo esto”, no son citadas actualmente en el Evangelio de Juan, pero son prácticamente las mismas que las últimas palabras de la cruz, “consumado está”. Tenemos todas las razones para creer que el Salvador repitiese todo el Salmo, y que a medida que el moribundo malhechor fue contemplando su cumplimiento, intercedió su oración, “Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino”, cuando el Salvador llegó al Salmo 22:28, “El Reino es del Señor”. Si esto es así, ciertamente vemos que para dicho moribundo malhechor, así como para todos los demás, “la fe le vino por el oír, y el oír por la Palabra de Dios”. ¿Hubo algún sermón predicado como tal antes o después, hubo alguna vez predicador y doctrina reunidos juntos como entonces? Un único acto en gracia humanitario faltaba todavía por realizar. Según la ley Rabínica una viuda debía ser soportada por los herederos sobrevivientes hasta que su porción hubiese sido asignada. Los hermanos del Señor, ya sabemos, no creyeron en Él, y es altamente probable que el asunto ya hubiese sido discutido anteriormente entre el Señor y el discípulo a quien Él “amaba”. Al inicio de Su ministerio, tal vez con un poco de severidad, le había replicado a la sugestión de Su madre, “Mujer, ¿qué tienes conmigo? Mi hora todavía no ha llegado” (2:4). Ahora, al cierre, Su hora había llegado, y habiendo cumplido todas las cosas que Él vino para hacer, amorosamente encomendó Su madre al cuidado del discípulo a quien Él amaba, diciendo, “Mujer, he aquí tu hijo”, y al discípulo, “He aquí tu madre”, un último testimonio al hecho de que, en los más santos momentos y en medio de los actos más altamente espirituales, se pueden hacer y más plenamente armonizan los más humildes afectos y los cometidos más simples y acogedores. En este momento ya se habían cumplido todas las cosas. Había sido examinado tal como se examinaba el Cordero Pascual, y fue hallado inocente por Sus jueces. Había sido no obstante “colgado” y crucificado. Llegó a ser el porta-pecados por los pecados del mundo. Sin embargo, en uno de los Salmos de David, había una serie de declaraciones proféticas, las cuales, con una sola excepción, fueron una a una siendo entonces todas cumplidas.

- “Se han aumentado más que los cabellos de Mi cabeza los que Me aborrecen” (Salmo 69:4).
- “Me consumió el celo de Tu casa. Y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre Mí” (Salmo 69:9).
- “El escarnio ha quebrantado Mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de Mí, y no lo hallé, y consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida, y en Mi sed me dieron a beber vinagre” (salmo 69:20, 21).

¿Por qué habría sido tan meticuloso el Salvador sobre tan pequeños puntos, oscureciendo así tanto el pasaje? Él había declarado que ni una jota ni una tilde de la ley dejarían de cumplirse, y no permitiría la más pequeña oportunidad al enemigo para perturbar la confianza del más pequeño de los creyentes. Le había sido ofrecido que bebiese en varias ocasiones durante estas horas de agonía, pero recusó todas las

oportunidades. De camino al Gólgota, Marcos nos dice (literalmente) que “le dieron a beber vino mezclado con mirra” (15:23). En los escritos Rabínicos se dice que “cuando alguno sea llevado a la ejecución, deben darle un poco de mirra en un vaso de vino, con el fin de que su entendimiento se quede embotado” (Sanhedrin 43:1). Este minorar de Sus padecimientos fue lo que el Salvador recusó. La copa que el Padre le había dado a beber, la bebería hasta los sedimentos. Cuando llegaron al Gólgota “le dieron vinagre a beber mezclado con hiel: y cuando Él vino a probarlo, no lo quiso beber” (Mateo 27:34). Es bien probable que esta amarga bebida le fuese ofrecida por burla y escarnio, por haberse recusado a beber el narcótico vino mezclado con la mirra. En Lucas 23:36, en un contexto de burla también, uno de los soldados, burlándose del moribundo Salvador, “tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber” Esto parece haber sido un acto de extrema brutalidad de parte del soldado. El ofrecimiento del vinagre por medio de una esponja referido en Mateo 27:48, al cual se sigue inmediatamente la muerte de Cristo, parece que sea lo mismo que tenemos en Juan 19:29. Habiendo recusado dicha bebida anteriormente, el Salvador se somete a esta última humillación, y cumpliendo las Escrituras, pronuncia a gran voz, “consumado está”, reclinó Su cabeza, y entregó el espíritu. ¡Qué maravillosas palabras! ¡Qué gran riqueza de enseñanza contienen! El Salvador había venido en una misión. Siempre se nos muestra en este Evangelio como siendo “El Enviado” y dejó muy claro que Su comida era hacer la voluntad de Aquel Quien le envió, “y finalizar Su obra” (4:34). La gran oración del capítulo diecisiete se ofrece a la luz de esta obra acabada (17:4). Esta misma palabra *teleioo* se traduce “perfecto” en 17:23, así como en Hebr.2:10 y 5:9. El apóstol Pablo en un más bajo grado, también fue movido por la misma resolución, para “que *acabe* mi carrera” (Hechos 20:24), y fue bendecido por perseverar en la gracia, de tal modo, que antes de ofrecer su vida por causa de Cristo, bien pudo decir, “*He acabado* mi carrera” (2ª Timoteo 4:7). Todos los tipos y sombras que habían exhibido la ofrenda única por el pecado se cumplieron en esta muerte de cruz, las Escrituras que de Él decían respecto se “cumplieron” (Juan 19:28), la misma palabra que se traduce “acabado”, “consumado”. “Reclinó Su cabeza”. El crucificado generalmente se hallaba tan exhausto que todo el cuerpo se encogía suelto hasta el extremo. Aquí en cambio se sugiere que el Salvador mantuvo levantada Su cabeza hasta decaer en Su último suspiro. Una vez cumplida Su obra entregó o puso Su vida, tal como lo había predicho (10:18). Había sido “entregado” por Judas (*paradidomi*), había sido “entregado” por los sacerdotes y por Pilato (*paradidomi*), pero al fin y al cabo fue Él propio quien “puso” o “entregó” (*paradidomi*) Su espíritu, y voluntariamente murió el Justo por el injusto, cumpliendo la redención y haciendo una expiación por el pecado del mundo, viniendo de esa forma a ser el Salvador de cualquiera que en Él crea. Nuestras palabras se quedan cortas. Sentimos vacilación a medida que escribimos. Los comentarios humanos parecen estar fuera de lugar a los pies de la cruz, cuando en ella contemplamos un tal calibre de Su amor.

“Contempla, por Sus manos, Su cabeza, Sus pies  
angustias y amores se mezclan y destilan.  
Y cumpliendo Su obra con dichos amores y en dolores,  
mira, el rico entrenzado de espinas que le corona”

### La Sepultura

Los problemas de tiempo asociados con la Pascua ya los hemos resuelto, tanto siendo conscientes de que Juan naturalmente emplee el tiempo Gentil cuando escribía para aquellos que no estuviesen al corriente con el cálculo Hebreo, como además percibiendo el hecho de que el día Hebreo siempre daba comienzo al mediodía, y así entonces nos aparecen sobrepuestos dos días según el cálculo Gentil. Todavía nos falta

examinar las referencias a la “Preparación” y a los “Sabbaths” que se encuentran en este periodo tan repleto de acontecimientos.

Lo primero que tenemos que tener en cuenta es que, Israel, no tan solamente observaba el regular día de sabbath semanal, sino que además había también ciertos “días santos”, días de “santa convocación”, en los cuales no podían hacerse “obras serviles”. Entre dichos días se hallaba el quinceavo de Nisán, el inicio de la fiesta de los Panes sin Levadura (Levítico 23:6-8). La segunda cosa a tener en cuenta es que cada sabbath tenía su “día de preparación”, consecuentemente, debemos esperar leer de dos “días de preparación” y hallar que uno se refiere al “día santo”, el sabbath inmediato siguiendo a la Pascua, y que el otro se refiere al sabbath regular semanal. Veamos ahora lo que el registro Escritural nos dice hablando de estos dos “Sabbaths”.

Bien sabemos ya que el día de la crucifixión fue un día de preparación, pues escrito está, “Era día de la preparación, y estaba para comenzar *el día de reposo* (sabbath)” (Lucas 23:54). “Era la preparación, es decir, la víspera del *día de reposo* (sabbath)” (Marcos 15:42). “Era la preparación de la Pascua” cuando Pilato entregó al Salvador a los Judíos (Juan 19:14). “Entonces los Judíos, por cuanto era la preparación de la Pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sabbath (pues aquel día de sabbath era de gran solemnidad) le rogaron a Pilato...” (Juan 19:31).

En este día de preparación José de Arimatea le rogó a Pilato el cuerpo de Jesús y lo puso en un sepulcro nuevo, justo antes que el sabbath, que era un día solemne, el 15 de Nisán, comenzase. Las mujeres, María Magdalena y María la Madre de Jacobo, y Salomé, vieron la tumba y cómo había sido allí puesto el cuerpo, “Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos, y descansaron el día de sabbath, conforme al mandamiento” (Lucas 23:56). Marcos, sin embargo, dice, “Cuando pasó el día de sabbath” estas mujeres compraron las especias (Marcos 16:1). La Versión Autorizada dice “vinieron a comprar”, la Versión Revisada dice simplemente “compraron” (como la Reina Valera). Parece que aquí tenemos que buscar un lugar para los dos Sabbaths, y el siguiente argumento podrá ayudarnos a ver lo que exactamente sucedió.

14 Nisán	15 Nisán	16 Nisán	17 Nisán
Pascua y Preparación	Un día solemne Un Sabbath	Día de preparación	Sabbath semanal
El Señor Crucificado El Cuerpo	Ninguna obra servil el sabbath pasado (Marcos 16:1)	Las especias compradas y preparadas cuando acaba el sabbath	Las mujeres descansan en este día de sabbath y van al sepulcro recién nace el día
	1 <sup>a</sup> noche 2 <sup>o</sup> día (Día Hebreo)	2 <sup>a</sup> noche 2 <sup>o</sup> día (Día Hebreo)	3 <sup>a</sup> noche 3 <sup>o</sup> día (Día Hebreo)

Podrá observarse que los tres días y las tres noches están plenamente calculados, el periodo finalizó a la puesta del sol del tercer día.

Ahora debemos regresar al pasaje actual que estamos viendo, esto es a 19:31-42. Era la costumbre de los romanos, para asegurarse de la muerte de aquellos que habían sido crucificados, quebrar sus piernas antes de bajarlos de la cruz (la *crucifragium*), y una vez que los Judíos deseaban a toda costa eliminar cualquier testimonio hacia su horrible traición antes que llegase el día de sabbath o reposo, se permitió que los cuerpos no permaneciesen colgados sobre las cruces mucho tiempo, sino por un periodo de tiempo comparativamente breve a lo habitual.

- “Pero cuando llegaron a Jesús, y vieron que ya estaba muerto, no quebraron Sus piernas” (19:33).

Bien vemos que, Pilato, mucho se sorprendió oyendo que Jesús hubiese muerto tan pronto, y antes de darle permiso a José de Arimatea para que tomase consigo el cuerpo, llamó a un centurión para asegurarse del caso (Marcos 15:44, 45). Con el fin de obtener una evidencia más de que nuestro Salvador había efectivamente muerto:

- “Uno de los soldados traspasó Su costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua” (19:34).

Es evidente, por las palabras que vienen a seguir, que Juan registra este acontecimiento de acuerdo al propósito principal de su evangelio:

- “Y el que lo vio, da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis” (19:35).

El traspaso con la lanza del soldado, y la evidencia provista por la sangre y el agua, silencian de un golpe las doctrinas heréticas de los *Docetae* que niegan la realidad de la humanidad y muerte de nuestro Señor. Dicho traspaso de lanza acompañado por un tal derramamiento fue una prueba positiva de la muerte para el Centurión y para Pilato, y una vez que fue testificado tan positivamente por el propio evangelista, se nos garantiza con ello la muerte por el pecado, sin la cual, la salvación, realmente, sería imposible que pudiese tener lugar. Es bien probable que haya muchas más cosas inherentes en este acontecimiento tan fundamental. El propio Evangelio de Juan en sí nos fornece la garantía de que Cristo puso voluntariamente Su vida de Sí Mismo, y que ningún hombre se la quitó. Esto ya lo habíamos examinado al detalle anteriormente. Es evidente que la crucifixión no puede por sí explicar la manera tan repentina e inmediata como Cristo murió, pues era frecuente que la víctima agonizase durante tres y cuatro días, y a veces nueve, antes que sucediese la muerte. “Nadie Me la quita”, es una declaración que debe tenerse en mente cuando pensamos en la cruz. Cuando el hombre en su envidia y malicia acabó cayendo en su grado más bajo, las tinieblas descendieron e inundaron la tierra, y en dichas tinieblas se realizó y llevó a cabo la ofrenda suprema. *En ese instante*, el Padre y el Hijo permanecieron aislados, *allí* “el Señor tomó sobre Sí Mismo la iniquidad de todos nosotros”. El mismo Salmo profético que dijo, “En Mi sed, Me dieron a beber vinagre”, también dijo, “El escarnio *ha quebrantado Mi corazón*” (Salmo 69:20). Esto no debe ser tomado como figura literaria, pue es algo real, atestado por la evidencia médica, que, “el efecto de una intensa y prolongada agonía produce frecuentemente la secreción de un líquido linfático incoloro en el pericardio, llegando en muchos casos a amontonar ahí una cuantía considerable” (Webster y Wilkinson).

- “Una efusión similar con toda probabilidad tiene lugar en muchas enfermedades crónicas donde la agonía haya sido prolongada, y es uno de los fenómenos finales de la vida menguante” (*Enciclopedia Metropolitana*).

Ya anteriormente en Getsemaní, el médico amado, había observado los síntomas de la crisis que se avecinaba: “Estando en agonía...era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). La noche de la traición era fría, sin embargo, la frente del Salvador se hallaba encharcada de sudor, y El propio explica la causa, “Mi alma está muy triste, *hasta la muerte*” “Mateo 26:38).

Bajo agonía o una grave crisis “el corazón actúa con gran violencia, y en casos extremos, llega a producir un copioso sudor de sangre por los poros de la piel” (*W. Stroud, M.D.*). Todo esto tuvo lugar *antes* de la larga noche de probación, *antes* del brutal escarnio, *antes* de la terrible crucifixión”.

Al fin de las tres horas tenebrosas llegó aquel terrible clamor, “Dios Mío, Dios Mío, ¿Por qué Me has desamparado?” y “con el súbito grito del Moribundo, no de desespero, sino de un quebrantado corazón, entregó Su espíritu, tal como el Sumo Sacerdote hacía ofreciendo el sacrificio en la antigüedad; Quien a través del espíritu eterno se ofreció *a Sí Mismo* sin mancha para Dios” (D.M. Pantón).

El Dr. W. Stroud ha escrito un tratado sobre la muerte de Cristo, y hablando de dicha muerte por un “quebranto de corazón” nos dice: “Una tal ruptura o quebranto se acompaña generalmente de una muerte inmediata, y con una infusión en el pericardio de la sangre circulando a través de dicho órgano; el cual, cuando sobrepasa el límite de su capacidad, como no sucede en casi ningún otro caso, se separa y quiebra en partes constituyentes”. De ahí que, Juan, no tan solo nos dé la evidencia cierta de que el Salvador realmente murió, sino además que murió bajo la intervención de Dios, “nadie Me la quita (Su vida)”. Posteriormente, además, la herida de Su costado sirvió para probar la más plena evidencia que la incredulidad pueda demandar: que la Resurrección fue de hecho un acontecimiento real (20:24-29).

El evangelista continúa su propia línea de afirmación de la verdad refiriéndose a la enseñanza típica del Antiguo Testamento. En conexión con el hecho de que, contrariamente a la costumbre, el soldado romano no le “quebró Sus piernas”, Juan dice que, con eso, se cumplía la Escritura que dice, “Ningún hueso Suyo será quebrado” (19:36, Éxodo 12:46), exhibiéndole de este modo como el verdadero Cordero Pascual.

Juan es muy cuidadoso para no utilizar en conexión con la profecía “Mirarán Aquel a Quien ellos traspasaron” (19:37) la palabra “cumplir”, pues el “cumplimiento” de Zacarías 2.10 aguarda la conversión y el arrepentimiento de Israel en un día todavía futuro, pero era necesario para su cumplimiento, que, Aquel que ha de venir, fuese traspasado – así pues, al fin y al cabo, podemos considerarlo como algo ya acabado.

Varias veces se describe a José de Arimatea como siendo “un hombre rico” (Mateo 27:57), “un miembro honorable del concilio” (Marcos 15:43), “un varón bueno y justo” (Lucas 23:50). Y Nicodemo, “el maestro en Israel” que había venido a Jesús de noche, se acerca ahora abiertamente. José le había rogado a Pilato que pudiese llevarse el cuerpo de Jesús y le fue concedido el permiso, Nicodemo vino con él también, trayendo consigo cien libras de mirra y ungüentos. Al precipitado entierro le siguió la sepultura en un nuevo sepulcro situado en el jardín cercano al lugar de la crucifixión. “Por causa de la preparación de la Pascua de los Judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús” (Juan 19:42).



Si nuestro testimonio acabase aquí, seríamos ciertamente los más miserables de todos los hombres, no iremos sin embargo a finalizar nuestro estudio con la sepultura del Cristo muerto, y anticipamos nuestro futuro regocijo en el exultante clamor: ¡No está aquí, ha resucitado!

### **La Resurrección (20:1-31)**

Si bien que una parte integral de la fe sea que Cristo fue sepultado, dicha fe es vana y sin provecho si es que no se hubiese levantado de la muerte, y de ahí que estemos gratos, pudiendo ahora pasar al amanecer de un día distinto, un día de vida y victoria, un día que conlleva la promesa de una mañana sin lágrimas, de un día en el cual los pesares y lamentos habrán para siempre desaparecido.

Muchas cosas se han escrito en el intento de aclarar el preciso significado de la palabra traducida “El primer día de la semana” (20:1). Para nuestro propósito actual, creemos que el comentario en *La Companion Bible* sobre este versículo nos dice todo lo necesario.

- “El primer día de la semana = En el primero (día) de los Sabbaths (plural). Gr. *Te mia ton sabbaton*. La palabra “día” se suple correctamente, una vez que *mia* es femenino, y así debe concordar con un nombre femenino entendido, mientras que *sabbaton* es neutro. Lucas 24:1 pone lo mismo. Mateo dice, “Al amanecer del primero (día) de los Sabbaths” (Mateo 28:1), y Marcos (16:2), “Muy de mañana, el primer (día) de los Sabbaths”. La expresión no es un Hebraísmo, y “Sabbaths” no se debe traducir “semana”, como en la Versión Autorizada y la Versión Revisada (y la Reina Valera). Una referencia a Levítico 23:15-17 demuestra que este “primer día” es el primero de los días para el reconocimiento de los siete Sabbaths que transcurrían hasta Pentecostés. En este día, por tanto, el Señor viene a ser la primicia de los primeros frutos (vers.10, 11) de la cosecha de resurrección de Dios (1ª Cor.15.23)”.

Las evidencias que Juan nos muestra para la Resurrección pueden ser resumidas en dos. (1) La evidencia de la tumba vacía; y (2) La evidencia de la Realidad Viviente Personal del Cristo Resucitado. El pesar desconsolado de María Magdalena es finalmente coronado por el entusiasta reconocimiento del Señor, *Rabboni*; al tiempo que el escepticismo e incredulidad de Tomás desaparecen por la triunfante confesión, “*Señor mío y Dios mío*”. En la prohibición a María, “no Me toques...Yo asciendo”, Cristo se nos presenta como las “Primicias”, así como en el acto de respirar soplando sobre los discípulos y el don del Espíritu Santo, había una simbólica anticipación de Pentecostés. Estos aspectos iremos ahora a reunirlos antes de pasar a dar una más plena examinación.

### **La Resurrección (20:1-31)**

A *Tiempo* 1- El primer día de la semana, temprano.

B *Condición* -1. La piedra removida.

C *Evidencia* 2-10. Vio y creyó. Las vestiduras dobladas.

D *Confesión* 11-16. Rabboni.

*La señal de las Primicias* (17).

- A *Tiempo* 19-. El primer día de la semana – De noche.
- B *Condición* -19. Tras puertas cerradas.
- C *Evidencia* 20. Les mostró las manos y el costado.
- D *Confesión* 21. Como Me envió el Padre.

*La señal de Pentecostés (21-23).*

- A *Tiempo* 26- Ocho días después.
- B *Condición* – 26. Tras puertas cerradas.
- C *Evidencia* 27. Mis manos...Mi costado.
- D *Confesión* 28. Señor mío y Dios mío.

*Otras muchas señales (30, 31).*

La primera convicción de que el Señor había resucitado se produjo en el corazón de Juan por la evidencia de la tumba vacía y el hecho de que las ropas dobladas se encontrasen intactas. La segunda convicción se produjo en el corazón de María Magdalena cuando oyó ser llamada por su nombre, ¡María! La tercera convicción de que el Señor había sido resucitado se produjo en el corazón de los discípulos reunidos por la Presencia Personal en medio de ellos del Cristo Levantado. La cuarta se produjo en el corazón del discípulo Tomás por la evidencia de los clavos impresos.

Estos acontecimientos por separado tienen no en tanto asociaciones de más alcance con los demás discípulos, con las mujeres, con los miembros del concilio y los romanos, con los Sacerdotes, y con los Guardas del Templo. Las mentiras y la verdad se ven entablando una batalla mortal, y la verdad, y mismo la propia vida, se encuentran aquí en juego. Vamos por tanto pacientemente y en oración reunir las evidencias, recordando que las tales son algunas de las “señales” escritas con el objetivo de que podamos creer.

*La Tumba Vacía.* – Cuando María Magdalena llegó al sepulcro “siendo ya de noche” lo primero que vio fue que la piedra de entrada que lo encubría había sido removida. Examinemos el registro de dicha roca. Después que José de Arimatea hubiese depositado el cuerpo del Salvador en “su sepulcro nuevo...hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se fue” (Mateo 27:60). Estas grandes piedras generalmente se montaban sobre un trillo o surco descendiente en el cual la piedra rodaba con facilidad, sin embargo, tan solo podría ser retirada con gran dificultad, empleando para el efecto mucha fuerza. Marcos nos dice que esta piedra era “de gran envergadura” (Marcos 16:4). Visto que las tres mujeres consideraron que serían incapaces por sí para remover dicha roca, es evidente que constituía un grave obstáculo contra cualquier furtivo intento si cualquiera quisiese profanar la tumba o robar el cuerpo. Si bien las autoridades Judías no pretendiesen encender la ira de Pilato, aun así, todavía osaron hacerle más un pedido con el fin de aplacar sus propios temores. Que fueron realmente impulsivos es evidente por el hecho de que, si bien estuviesen preocupados para no contaminar el Sabbath o que ellos propios se contaminasen, no en tanto, “el día siguiente, que venía después del día de la preparación”, y, consecuentemente, en el propio Sabbath en sí, “los principales sacerdotes y los Fariseos vinieron juntos a Pilato, diciendo, Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aun: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero” (Mateo 27:62-64).

*La Guardia y el Sello.* – El propio acto de que los enemigos de la verdad estableciesen una guardia para prevenir que los discípulos robasen el cuerpo del Señor, nos fornece una confirmación añadida de que Él ciertamente resucitó de entre los muertos. Pilato despidió bruscamente la comitiva, diciendo: “Ahí tenéis una guardia”. Si el Sanhedrin ya poseía su propia guardia, ¿por qué motivo incomodaron a Pilato envolviéndole en el asunto? La respuesta debe hallarse en que, los cuerpos de aquellos que eran ejecutados por la ley de Roma, pertenecían a las autoridades de Roma, y establecer una guardia propia, sin el consentimiento de Pilato, les habría acarreado posteriores y graves problemas a los Judíos. No en tanto, por las palabras pronunciadas por Pilato, vemos que se les concedió el necesario permiso, si bien deben haber sentido el aguijón que conllevaba las palabras, “Id, y aseguradlo como sabéis”. La roca fue sellada, la vigilancia fue puesta, “el sepulcro quedó asegurado”. A seguir a la resurrección, y cuando no podía ya negarse que la tumba estaba vacía, la guardia explicó a los principales sacerdotes lo que había sucedido. Sobornaron a los guardias y les prometieron que los pondrían a salvo si las nuevas llegasen a oídos de los gobernadores romanos, haciéndoles correr el rumor de que los discípulos habían robado el cuerpo mientras los guardas dormían. El registro de Mateo nos dice que la roca fue removida por un ángel del Señor haciéndose acompañar de un terremoto (Mateo 28:2). Las mujeres vinieron muy temprano al amanecer de la mañana trayendo consigo las especias que habían preparado, y, hallando la gran piedra del sepulcro removida, entraron, sin hallar dentro el cuerpo del Señor Jesús (Lucas 24:3).

Tenemos, por tanto, la evidencia tanto de la tumba sellada y cerrada como de la tumba sin sello y abierta. Dos objeciones insuperables, al lado de muchas más de menor peso, las cuales se oponen a la idea de que los discípulos pudiesen haber robado el cuerpo del Salvador. Permitiremos que sea otro, cuya obra ya hemos citado, quien nos presente la dificultad en creer el rumor que circuló de parte de los Sacerdotes.

- “De alguna manera, el impetuoso pescador Pedro y su hermano Andrés, el característico Tomás titubeante, el razonable y no demasiado sensible cobrador de impuesto Mateo, el algo embotado Felipe, intensamente leal pero un poco lento de comprensión, ninguno de ellos se apropia fácilmente en las requeridas condiciones por una inexplicable colectiva alucinación. Y si no es tanto colectiva como inexplicable no nos sirve para nada. Los graves temores y las persecuciones que estos hombres últimamente tuvieron que enfrentar, y enfrentaron sin pestañear, no admite la adhesión de un corazón dividido al medio y enredado en el laberinto de la duda. La convicción tuvo que ser incondicional y de una fuerza diamantina para satisfacer las condiciones...la trajeron consigo a Jerusalén y la llevaron con una audacia inconcebible al centro más profundamente intelectual de Judea, contra los oradores más hábiles de la época, y enfrentando cualquier obstáculo que pudiese idear una brillante y altamente organizada camarilla. *Y vencieron.* En el espacio de veinte años, el clamor de estos simples Galileos provocó el colapso de la iglesia Judía y se implantó en cada una de las ciudades del literal Oriental del Mediterráneo, desde Cesárea hasta Troas. En menos de cincuenta años comenzó a amenazar la paz del Imperio Romano. (*¿Quién Removió la Roca?* Frank Morison).
- “Si el cuerpo de Jesús todavía permaneciese en la tumba donde José lo había depositado, ¿Por qué no irían a decirlo así? Una fría y desapasionada declaración de los hechos reales, emitida por alguien con autoridad, y públicamente exhibida en el recinto del Templo, habría sido como un balde agua fría sobre la leña ardiente de la herejía cristiana” (*Ibid*)

De hecho, ni los discípulos ni los Sacerdotes cuestionaron el hecho de que la tumba se encontrara abierta y vacía, simplemente, cada uno interpretó su significado conforme a su actitud hacia la verdad.

*Los vestuarios doblados.*- El especial aspecto que Juan nos pone delante es la evidencia provista por los vestuarios y el lienzo enrollados cada uno en su lugar. El hecho de que estas vestiduras se encontraran intactas, descartaba la idea de que hubiese habido un robo. Cuando Lázaro salió de la tumba se encontraba “atado de pies y manos con vendas, y el rostro envuelto en un sudario” y por la orden que el Señor dio, “Desatadle, y dejadle ir” (11:44), deducimos que debió tener una considerable cantidad de material envuelto. Cuando Juan vio esta evidencia, “vio y creyó” (20:8). Esta declaración es seguida por la observación, “Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que Él resucitase de los muertos”. Esto se halla exactamente en línea con la tendencia del Evangelio de Juan, pues, donde Mateo diría de cualquier acontecimiento, “entonces se cumplió aquello que fue dicho por el profeta”, Juan recurre a una evidencia personal. Por eso aquí Juan no entró en aquella tumba vacía con ninguna idea de probar la Escritura, él se convenció sobre la marcha y por primera vez, que el Señor había resucitado.

*El nombre pronunciado.* – María Magdalena, aparentemente, no se juntó con los dos discípulos en la inspección que hicieron de la tumba, sino que fue sola en sus pesares. El Salvador tan solo pronunció una palabra, pronunció su nombre, y también ella recibió la inalterable convicción de que su Salvador se hallaba en pie delante de ella y realmente vivo.

Muchas explicaciones se han dado considerando las palabras “no Me toques”. Si la ascensión que ahí se refiere, fuese la ascensión registrada cuarenta días más tarde en el capítulo primero de los Hechos, entonces, la insinuación dada a Tomás a que pusiese sus dedos en las heridas también precisaría explicación. Pero, por otro lado, si recordamos que Cristo, habiendo cumplido el tipo de la Pascua, se hallaba ahora a punto de cumplir el tipo de las Primicias, todo se vuelve comprensible. En la mañana siguiente al sabbath, el sumo sacerdote debía mecer primero levantando hacia el cielo la gavilla de las primicias delante del Señor (Levítico 23:10, 11). Él, Cristo, era la verdadera Primicia (1ª Corintio 15:23) y como tal, debía presentarse a Sí Mismo al Padre. La visible ascensión de los Hechos no es lo que el Señor le estaba dando a entender a María en Sus palabras.

La evidencia que convenció a los discípulos se registra en los versículos 19 a 23. Lucas rellena el registro por la descripción del temor natural de los discípulos, pensando que veían “un espíritu”. El Señor entonces los desafía, diciendo, “Mirad Mis manos y Mis pies, que Yo Mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne y hueso, como veis que Yo tengo” (Lucas 24:37-39).

*Las Manos y el Costado.*- Tomás, no en tanto, fiel a su temperamento un tanto pesimista, no se hallaba presente con los demás, y declaró que no se daría por satisfecho, diciendo, “A menos que vea en Sus manos las heridas de los clavos, y que ponga mi dedo en dichas heridas, e introduzca mi dedo en Su costado, no creeré”.

Todos sabemos bien como se llevó a cabo su desafío. Ocho días después, cuando Tomás se hallaba reunido con los demás discípulos y en condiciones similares, el Señor volvió a presentarse en medio de ellos. La convicción de Tomás fue total y completa, y con su confesión aporta Juan su testimonio central, “Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!” (20:28).

Aquellos que niegan la deidad del Salvador, pervierten y retuercen estas maravillosas palabras. Algunos dicen que se trata de una interjección, comparable a la actual y de moda interjección “¡Oh, Dios mío!” que cualquiera pronuncia en exclamación hoy en día. Un tal intento de explicación no deja de ser sino una muestra de ignorancia, puesto que, el Judío, jamás utilizaría una exclamación de ese tipo, sería extraña, ajena totalmente a toda su educación y enseñanza. Ya anteriormente María había empleado la palabra “Señor mío” (20:13) y Tomás, aquí, lo que hace no es otra cosa sino llevar hasta sus límites la misma convicción, “Señor mío, y Dios mío”. Además, el hecho de que estas palabras fuesen dirigidas “a Él Propio”, anula la idea de que fuesen una exclamación, así como también la ausencia de cualquier corrección en ese sentido en la respuesta del Salvador.

Las observaciones escritas por Dorothy L. Sayer para su publicación, *El Hombre Nacido para ser Rey*, son dignas de volver a leerlas aquí:

- “Sin ser de esperar, no deja de ser extraordinariamente convincente, que, la única declaración absolutamente inequívoca, en todo el Evangelio, de la Divinidad de Jesús, provenga de labios del titubeante Tomás. Es el único lugar donde la palabra *Dios* se emplea de Él sin calificativos de ninguna clase, y en la más ambigua forma de las palabras (no meramente *theos* sino *ho theos mou* con el artículo determinado). Y esto debe decirse, no estáticamente, o con un grito de espanto, sino con plena convicción, como siendo un reconocimiento de irrefutable evidencia:  $2 \times 2 = 4$ . Tan cierto como *el sol está en el cielo*, *Tú eres mi Señor y mi Dios.*”

Las palabras “Porque Me has visto, ¿has creído?, bienaventurados aquellos que no han visto, y han creído” no se limitan a Tomás, pues los demás discípulos también “vieron y creyeron”. A través de los cuarenta días que el Señor se fue apareciendo a los discípulos, fueron “viendo y creyendo”, y estas apariciones fueron preparatorias para aquel registro sobre el cual nosotros ahora creemos, sin haberle visto. Pedro fue un testigo ocular “de Su majestad” (2ª Pedro 1:16). Pedro “escuchó” la voz del cielo (2ª Pedro 1:18), sin embargo, nos recuerda respecto “una más segura y cierta palabra de profecía” (2ª Pedro 1:19), y así bien pudo escribir a sus lectores concerniente al Señor “A Quien sin haber visto, sin embargo amáis; en Quien, aunque no hayáis visto, sin embargo creéis, sin embargo os regocijáis con gozo pleno e inefable de gloria” (1ª Pedro 1:8 R.V.).

Nosotros no precisamos de “pruebas” externas de la resurrección, todos podemos decir: “Una cosa sé, que siendo yo ciego, ahora veo”, si bien que, la inmutable presencia de aquella tumba vacía en Jerusalén, accesible en todos los tiempos, así como el efectivo fracaso de los Sacerdotes y Gobernantes tanto en la invención del robo del cuerpo del Señor como a la hora de sobornar a quienes propagaron la falsa evidencia, ya sean por sí pruebas más que suficientes y convincentes. Además, el hecho de que sobre la veracidad del Cristo resucitado, estos pocos y débiles hombres, irguieran una estructura de tal calibre como jamás se haya edificado o puesto en pie, y fuesen acosados de tantos perseguidores para derribarla, no deja la menor suposición de que estuviesen propagando una mentira. Saulo de Tarso conocía muy bien la historia de aquella tumba vacía, y aceptó en principio la falsa nueva que propagaron bajo soborno los Sacerdotes; sin embargo, se quedó práctica y eternamente convencido por todo lo que vio y oyó en el camino a Damasco. “Entendió que si Sus discípulos no eran mentirosos, ellos eran entonces quienes estaban *ciertos* – ciertos en toda la gama y difusión de sus clamores. Se dio cuenta de por qué no podría asociarse un martirio tan glorioso como el sufrido por Esteban con una vulgar mentira, envolviendo en sí la complicidad con el secuestro de un cadáver...la tumba vacía fue un hecho histórico impreso e inalterable” (Frank Morison).

Nos hemos salido un poco fuera de los límites impuestos en nuestro estudio, pero bajo ningún sentido hemos tocado con eso todos los aspectos y los hechos, las personas y los acontecimientos, que van armando la historia completa de la resurrección. Al igual que el propio Juan, tenemos que concluir diciendo:

- “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de Sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en Su Nombre” (20:30, 31).

### **La Octava Señal (21:1-14)** **El Testimonio Final (21:15-25)**

Mientras leemos los dos últimos versículos del capítulo anterior, es natural que sintamos haber llegado ya al final de la narrativa. Consecuentemente, no debemos sorprendernos al venir a saber que, los críticos, hayan levantado dudas en cuanto a la autenticidad del último capítulo. En cuanto a nosotros concierne, el asunto se halla totalmente asiente. El reconocimiento del lugar estructural de la octava señal hace con que este capítulo sea vital, pues solo con él se completa plenamente la correspondencia. Juan, además, no es el único escritor del Nuevo Testamento que aparezca teniendo un doble final. Filipenses contiene dos finales, “Finalmente (“por lo demás”, en la Reina Valera), hermanos...” (3:1), y “Finalmente (“por lo demás” en la Reina Valera), hermanos...” (4:8), al tiempo que Romanos tiene nada menos que tres, “Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén” (15:33). “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén” (16:24), y la doxología (16:25-27).

Inmediatamente antes de escribir lo anterior, el autor escribió una carta, y después de firmarla le añadió una posdata diciendo que la carta decía respecto tan solo a una parte del negocio de una cuestión, pero que otro miembro de la familia se ocuparía tratando en otra de dar nuevas “noticias”. Sin embargo aquella posdata hacía parte de la carta tanto como todo cuanto se dirige al inicio o en la entera composición del mensaje. Hay varios motivos por los cuales Juan debió haber continuado más allá de la aparente conclusión.

En primer lugar, Pedro se nos presenta en la semana que acaba de mala manera. Pedro había negado tres veces al Señor, aun cuando protestando había manifestado su deseo de entregar su vida por el Salvador (13:37, 38; 18:27). Aquí, en este capítulo posterior, en el triple cuestionamiento y en la tripla comisión, Pedro vuelve a aparecer restaurado, y además, su deseo de poner su vida en respaldo y por causa de Cristo no es tan solo acepte, sino que además, el propio método a ser empleado para cumplir dicha ofrenda voluntaria también se da a conocer. En añadidura, Juan nos vuelve a decir el objetivo que tenía delante relatando las señales que había registrado, pero sabía mejor que cualquiera, que, el registro, no tenía que ser escrito tan solamente para todos los tiempos, sino además que su mensaje tenía que ser predicado, y, consecuentemente, el capítulo final gira en vuelta de la narrativa introduciendo a siete de los discípulos y una sugestión para con el servicio futuro.

El capítulo se divide en varias partes de la siguiente manera:

- Simón Pedro sale con los demás “a pescar” y no capturan nada (21:1-3).
- El Señor les ordena que echen la red al lado derecho del barco y capturan ciento cincuenta y tres grandes peces.
- El Señor entre tanto prepara para ellos una comida en la orilla (21:4-14).
- Simón Pedro es interrogado tres veces por el Señor, y tres veces es comisionado (21:15-17).
- A Simón Pedro se le informa además “de qué muerte iría a morir y así glorificar a Dios” y es convidado por el Señor a “Seguirle” (21:18, 19).
- La repetición del nombre “Simón Pedro” nos hace recordar la promesa de 1:42. *Cephas* al igual que *Pedro*, significa una piedra.
- Pedro exhibe una vez más su carácter impulsivo, preguntando concerniente al discípulo a quien Jesús amaba, “¿Y qué de éste?” y se le informa que eso a él no le decía respecto. “Sígueme tú” (21:21, 22).
- Juan corrige una falsa interpretación de las palabras del Salvador, especialmente en cuanto a él propio concernía (21:23).
- Vuelve a hacer una declaración, esta vez más definitiva, concerniente a la veracidad de su testimonio (21:24).
- Y concluye con un reconocimiento de la inmensa cantidad de material expuesto tanto por él propio como por terceros, y así finaliza el evangelio.

Antes de proceder a una más plena examinación del mensaje de este capítulo, prestemos atención a la perfecta correspondencia que existe entre la primera y la octava señal (2:1-12 y 21:1-14).

#### A 2:1-12 *La Boda en Caná*

**a** 1.45-51. *El Antecedente*, la duda de Natanael, a seguir, la plena convicción

**b** 1. *El Lugar*, “Galilea”

**c** 1. *Tiempo*, “Al tercer día”

**d** 2. *Invitación*, “Jesús convidado, y Sus discípulos”

**e** 3. *Carencia confesada*, “No tienen vino”

**f** 6. *Números*, “Seis tinajas. Dos o tres cántaros”

**g** 7. *Mandamiento*, “Llenad las tinajas de agua”

**h** 7. *Obediencia*, “las llenaron”

**i** 7. *Las tinajas llenas*, “Hasta arriba”

**j** 8. *Los Siervos*, “Los siervos llevaron” (*enenkan*)

**k** 11. *Resultado*, la Gloria de Dios manifiesta (*ephanerosen*)

#### A 21:1-14 *La Captura de Peces*

**a** 20:24-29. *El Antecedente*, “La incredulidad de Tomás, a seguir, su convicción

**b** 1. *El Lugar*, “Galilea”

**c** 14. *Tiempo*, “La tercera vez”

**d** 12. *Invitación*, “Venid y comed”

**e** 3, 5. *Carencia confesada*, “Nada, No”

**f** 8, 11. *Números*, “200 codos, 153 peces”

**g** 6. *Mandamiento*, “Echad la red”

**h** 6. *Obediencia*, “Entonces la echaron”

**i** 8, 11. *La red llena*, “de grandes peces”

**j** 10. *Los Discípulos*, “Traen los peces” (*enenkate*)

**k** 11. *Resultado*, “Se manifestó” (*ephanerothe*).

*Voy a pescar* (21:3). – Una vez que, a partir de entonces, Pedro es el líder y portavoz, los demás inmediatamente concuerdan, “Vamos nosotros también contigo”. Algunos han tomado la iniciativa como un acto de incredulidad, otros lo ven como un honesto esfuerzo para ganarse el sustento hasta que el prometido bautismo del Espíritu los enviase en misión a los hombres. Posiblemente, al igual que la mayoría de los actos y motivaciones humanas, ellos mismos no se diferenciaban, pero lo que sí sabemos es que hubo un significado simbólico en el acto y sus consecuencias: “En esa noche no pescaron nada”.

Esta fue una lección de lo más necesaria. El Señor ya previamente y repetidamente les había enseñado que Él, el propio Hijo, nada podría hacer de Sí Mismo (5:19), que la carne para nada aprovecha (6:63), que la noche viene cuando nadie puede trabajar (9:4), y que “sin” Él los discípulos nada podrían hacer (15:5). La base de la resurrección y el servicio en el nombre del Cristo resucitado no tiene espacio para la carne, ni para los actos independientes y compulsivos; aquellos incansables pescadores, hombres que conocían bien su oficio, tuvieron de una vez por todas que aprender que precisaban a partir de ahora una sumisión plena y condicional al mandamiento del Señor. No en tanto, cuando la red fue lanzada nuevamente, la bendición fue más que evidente. Aquí tenemos una lección para todos nosotros. Bien puede ser que hayamos visto adecuado en esta nueva aventura de fe y haber sido avisados a planificar, a trabajar duramente, y es bien probable que también hayamos llegado a confesar que con todo no hubo con eso sino muy pocos resultados, para dolor nuestro. Sin embargo, precisamos mantener un oído abierto y un voluntarioso corazón, aun cuando en nuestros mejores esfuerzos hayamos sido tan aparentemente infructuosos, por si Él quiere comandarnos de nuevo, y si Él nos indica “el lado derecho del barco”, grande ha de ser nuestro regocijo y bendito el resultado.

El número 153 ha provocado naturalmente una gran cantidad de especulaciones, y no ha de ser nuestra intención añadir al número más explicaciones. Hemos leído lo que otros han dicho, desde Agustín en adelante, pero no creemos que sirva para edificación transferir aquí sus deducciones.

Existe un obvio contraste con el milagro de Lucas 5:1-11, pues ahí la red llega a quebrarse, y no se registra el número de peces capturados. Pedro, viendo que este milagro dejaba al desnudo su propia indignidad, clama al Señor: “Apártate de mí, pues soy un hombre pecador”. A estos sorprendidos pescadores el Señor les dice: “No temáis; de aquí en adelante seréis pescadores de hombres”, y le siguieron.

En el registro de Juan no tenemos el mismo orden de acontecimientos. “La pesca” ya no se vuelve a utilizar como un símbolo del Ministerio, la figura muda por la más familiar del Pastor y las ovejas. En ninguna parte, a excepción de los Evangelios, nos encontramos con la figura de la “pesca”, y nosotros también deberíamos abandonarla.

Cuando los discípulos terminaron de comer y estaban tan bendecidos de estar por tercera vez en la Presencia viva del Señor, Pedro sobresale especialmente en el relato. Es bien probable que ya hubiese asociado el resultado de la pesca con la esencia del fragmento “para que nada se pierda” y las palabras del Salvador, “De todo lo que Él Me ha dado, no pierda Yo nada”, “Aquellos que Tú Me diste, Yo los he guardado, y ninguno de ellos se perdió”. No debió haber podido evitar una sucinta comparación con su



propia negación con sus juramentos y maldiciones, y la traición de Judas, precisando con eso de ser consolado y ser vuelto a llamar para ocupar su ministerio. Eso es lo que ahora viene a recibir.

El pasaje ocupa los versículos 15 a 17, y mientras que en la Versión Autorizada y la Revisada (y en la Reina Valera) leemos “Me amas tú a Mí” y “Tú sabes que yo Te amo”, en estos versículos, la Versión Revisada al margen dice, “Amor, en estos dos lugares se representa por dos distintas palabras griegas” – Es fácil deducir en consecuencia: “Entonces, ¿por qué los traductores no han utilizado dos distintas palabras inglesas?” – La respuesta se halla en que hay un serio problema a la hora de diferenciar las dos palabras empleadas, sin exagerar, y sin hacer una interjección mayor que la que el Salvador entiende. Vamos a indicar estas diferencias verbales.

*Agapas Me*, “¿Me amas tú?”; y *Philo se*, “yo Te amo”. Estas son las dos palabras que se emplean en los versículos 15 y 16. Sin embargo en el versículo 17 deja de lado *agapas* y adopta *philo*, así: *Phileis Me*. “¿Me amas tú?” *Philo se*, “yo Te amo”. Así vemos que, la tercera vez, Cristo adopta el lenguaje de Pedro, y sustituye poniendo *Phileis Me*, en vez de *Agapas Me*. Es evidente que no podremos esperar entender la importancia de esta triple pregunta si no somos conscientes de la distinción habida de las dos palabras empleadas. Cremer le ha dado a las palabras una cuidadosa examinación en su *Léxico Bíblico Teológico*, y ha dicho:

- (1) “El amor designado por *agapan* debe ciertamente poseer un distintivo elemento de sí propio. No estaremos equivocados si definimos la distinción así: *Philein* denota el amor de inclinación natural – afecto – amor, por decirlo así, originalmente espontaneo, involuntario; *agapan*, por otro lado, el amor que se dirige por la voluntad.
- (2) *Philein* nunca se utiliza del amor del hombre hacia Dios (Excepto en un solo caso, “Si alguno no ama al Señor Jesucristo” 1ª Cor.16:22, en el cual “se confirma la regla” pues “Dios” como tal, no está en vista).
- (3) *Agapan*, y nunca *Philein*, se emplea del amor hacia nuestros enemigos.
- (4) El rango de *Philein* es más amplio que el de *Agapan*, sin embargo *Agapan* permanece muy por encima de *Philein* por causa de su moral importancia. No excluye en sí mismo el afecto, sino que es siempre el afecto moral de conciencia deliberada lo que en sí contiene, no el impulso natural del sentimiento inmediato.”

Cuando recordamos la natura impulsiva de Pedro, su afecto natural, y no en tanto, su reciente triple negación de su Señor, podemos entender bien por qué se siente incapaz de elevarse a la más plenamente moral altura de *agapan*, y que a pesar de todas sus limitaciones, sin embargo, su natural afecto está por encima de toda cuestión. Esto es precisamente lo que el Señor gratuitamente acepta, y por el reconocimiento del más que evidente arrepentimiento y humildad de Pedro, se nos indica realmente que él, al fin y al cabo, manifiesta el verdadero fruto del espíritu, el cual es el amor *agape* (Gálata 5:22). Este no es el único conjunto de palabras que demanda comparación en este mismo pasaje.

- “Apacienta Mis corderos” *Boske ta arnia mou* (21:15).
- “Pastorea Mis ovejas” *Poimaine ta probata mou* (21:16).
- “Apacienta Mis ovejas” *Boske ta probata mou* (21:17).

Aquí tenemos dos palabras traducidas “apacienta” y “pastorea”, *Bosko* y *Poimaine*, que precisan de alguna explicación. La diferencia entre “corderos” y “ovejas” y la lección sobreentendida es bastante patente

para todos y no precisa de más explicaciones. Antes de nada observamos que el Señor comienza con *boske*, continúa con *poimaine*, y a seguir vuelve a emplear *boske*. Este hecho ha sido aprovechado para mostrar algunos que, Cristo, no debía tener en mente el aspecto progresivo de la obra pastoral, pues si así fuese, no habría vuelto a utilizar la palabra con la cual inició. Esta objeción, sin embargo, se anula por la siguiente cuestión, ¿No precisan las ovejas ser alimentadas del mismo modo que los corderos? Al tiempo que *bosko* significa simplemente “alimentar” y así se emplea siempre en el Nuevo Testamento, *poimaino* se traduce “regir” en cuatro ocasiones (Mateo 2:6 (“guiar” en la Reina Valera); Apoc.2:27; 12:5, 19:15 (en estas tres referencias, “regir” en la Reina Valera también) y siete veces “alimentar” y significa “guiar como lo hace un pastor”. También se pone por la “vara” o “cayado”, del que lidera, protege, que tiene el constante cuidado que el rebaño precisa del pastor, sobre todo de la necesidad de ser bien alimentado. Es precisamente Pedro quien posteriormente escribe:

- “Vosotros erais como ovejas descarriadas; pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas” (1ª Pedro 2:25).

Fue el mismo Pedro de Juan 21 que posteriormente escribió:

- “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que ha de ser revelada: Apacentad (guiad *poimante*) la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de vida” (1ª Pedro 5:1-4).

En la segunda epístola, Pedro habla de la muerte por la cual debería venir a glorificar a Dios, tal como le fue revelado por Cristo en Juan 21:18, 19.

- “Sabido que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado” (2ª Pedro 1:14).

El testimonio universal de la antigüedad es que Pedro siguió a su Señor literalmente, y fue realmente crucificado, y esto se prefigura claramente en Juan 21:18, 19.

La larga vida del apóstol Juan es también un hecho de histórico testimonio. La tradición sostiene que Juan, a la edad de alrededor noventa años, viajó a Éfeso, donde fue presionado por los obispos y cristianos de Asia a escribir lo que había oído del Salvador. Est fue lo que hizo, y nosotros poseemos el resultado en el Evangelio según Juan. Según Epifanio, Juan murió en Éfeso, en el tercer año de Trajano, siendo así, corresponde con el año 100 de nuestra era, a la edad de noventa y cuatro años.

El evangelio finaliza, en primer lugar, con una solemne afirmación de la verdad:

- “Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero” (21:24).

Y después con una expansión del pensamiento de Juan 20:30. No precisamos cuestionar la literalidad de las palabras “ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir”. Es una reconocida

hipérbole, así como la que encontramos empleada en Juan 12:19. La palabra traducida “cabrían” *choresai*, no debe limitarse a la recepción de una mera cantidad considerable, también dice respecto a la capacidad de la mente del hombre y a su habilidad para “recibir” (Mateo 19:11, 12). También el Señor empleó esta palabra cuando dijo: “Mi palabra no *halla cabida* en vosotros” (Juan 8:37). Suficiente ha sido escrito por los cuatro Evangelistas para ponernos delante tanto la Persona como la Obra del Redentor, y multiplicar estos registros no dejaría de ser sino sobrecargar las capacidades mentales.

Nosotros nos regocijamos en la completa y soberana disposición del material disponible. No desperdiciaremos ni el precioso tiempo ni el esfuerzo espiritual pregonando cada confesión y cada milagro de nuestro Señor que no haya sido registrado, en vez de eso, alabamos aquellas consideraciones en gracia que tan benévola y sabiamente han sido seleccionadas de entre toda la abundancia habida a Su disposición, las cuales, si se creen y aceptan, nos otorgan la “Vida A Través De Su Nombre”. Una vez que hemos llegado al fin de esta exposición, nuestros pensamientos se vuelven hacia aquel maravilloso Prólogo (1:1-18), y, volviendo a leerlo a la luz de estos veintiún capítulos de maravillosa enseñanza, somos constreñidos a clamar de nuevo:

**¡Gracias a Dios por Su don inefable!**

(2ª Corintios 9:15)

---